

La Dama del Nilo



Pauline Gedge

Para Airini, mi madre, y Lloyd, mi padre, con todo afecto.

Tengo una deuda de gratitud con el personal de la Biblioteca de la Universidad de Alberta, en Edmonton, por el excelente asesoramiento que me brindaron. Quisiera también expresar mi agradecimiento a los autores de las obras que he consultado, cuyo minucioso trabajo de investigación sobre el antiguo Egipto permitió que una neófita como yo escribiera este libro. Lo único que lamento es que la lista sea tan extensa que me impida nombrarlos a todos en forma individual.

*Mis acciones han sido fruto del amor que le profeso a mi Padre Amón.
He seguido sus designios para éste, mi primer jubileo.
La excelencia de su Espíritu me volvió sabia, y me impidió descuidar ninguno sus deseos.*

*Mi Majestad es prueba de que él es Divino.
Todo lo hice siguiendo sus designios; fue él quien guió mis pasos.
No llevé adelante ninguna empresa sin su beneplácito; fue siempre él quien me dijo el camino.*

*Su santuario me quitó el sueño; no me aparté jamás de sus dictados.
Mi corazón se volvió prudente delante de mi Padre; y yo me dediqué de lleno a asuntos que le eran más caros.*

No le di la espalda a la Ciudad del Soberano Señor de todos los Dioses sino volví mi rostro hacia ella.

Sé bien que Karnak es la morada de Dios sobre la tierra; del Augusto remontarse los Orígenes.

*Del Ojo Celestial del Soberano Señor de todos los Dioses; el lugar atesora por él.
Que ostenta su belleza y contiene a aquellos que lo siguen.*

Oración compuesta por el rey Hatshepsut I, en ocasión de Su Jubileo.

PRÓLOGO

Se retiró temprano de los festejos, tras hacerle una seña a su esclava y deslizarse del salón casi sin que los demás lo advirtieran, mientras la comida seguía humeando sobre las pequeñas mesas doradas y la fragancia de las flores, diseminada por todo el recinto, la acompañaba como una nube invisible por el corredor flanqueado de columnas. A sus espaldas se oyó una oleada de repentinos aplausos cuando los músicos ocuparon sus lugares y comenzaron a interpretar una melodía de ritmo rápido y alegre, pero ella siguió su camino y Merire tuvo que correr para no quedar rezagada. Cuando llegó a sus aposentos, no prestó atención al saludo de su guardia, entró rápidamente a la alcoba y se quitó las sandalias con una sacudida de los pies.

–Cierra las puertas –dijo.

Merire le obedeció y luego escrutó con ojos cansados a su ama, tratando de evaluar el estado de ánimo en que se encontraba. Hatshepsut se dejó caer sobre la banqueta delante del espejo y le dijo: –Quítame todo esto.

–Sí, Majestad.

Con sus manos hábiles levantó la pesada y trabajada peluca, le quitó el reluciente collar de oro y cornalina y despojé sus brazos de las campanilleantes pulseras. La habitación estaba agradablemente caldeada por dos braseros de carbón en cada rincón y las vacilantes llamas de las lámparas apenas alcanzaban a turbar la penumbra.

Hatshepsut permaneció de pie mientras Merire soltaba los lazos de la sutil túnica de lino y se la quitaba. Luego vertió en un recipiente agua caliente y perfumada y comenzó a lavarle el khol que rodeaba sus ojos oscuros y la roja alheña de las plantas de los pies y de las palmas de las manos. La mujer de más edad siguió contemplándose en las bruñidas profundidades del enorme espejo de cobre.

Cuando Merire terminó su tarea, Hatshepsut se acercó a la cabecera del lecho y se apoyó contra él, con los brazos cruzados.

‘Cuando el palacio bullía con las idas y venidas de mi corte y, siguiendo mis órdenes, el incienso se elevaba noche y día en el templo, entonces sí que todos estaban dispuestos a servirme hasta la muerte. Sí, de acuerdo, pero ¿hasta la muerte de quién? ¿Dónde están ahora los que tanto me aclamaban? Y, ¿qué he hecho yo para que todo terminara así? A los dioses les he entregado oro y esclavos a manos llenas; para honrarlos he construido y he dedicado todos mis esfuerzos. A este país, mi eterno y hermoso Egipto, le he brindado mi Divino Ser; he transpirado y he pasado noches en vela para que mi pueblo pudiera dormir y estar a salvo. Ni siquiera los campesinos hablan en este momento de otra cosa que no sea la guerra. Guerra: no incursiones de saqueo ni escaramuzas de frontera, sino grandes batallas para la conquista de un imperio. Y yo debo quedarme cruzada de brazos, impotente. No hemos nacido para la guerra. Reímos, cantamos, hacemos el amor, construimos, comerciamos y trabajamos, pero la guerra es algo demasiado solemne para nosotros y terminará por destruirnos.’

Merire se llevó el agua y regresó con la bata de dormir.

Pero Hatshepsut la apartó con un gesto.

–Esta noche, no. Deja todo como está. Puedes poner orden por la mañana. Ahora vete.

No era la muerte lo que le inspiraba temor: sabía que ese momento se aproximaba, que tal vez se produjera al día siguiente y que no le resultaría prematura, pues estaba muy cansada de vivir y anhelaba descansar. Pero sentía una enorme soledad y el silencio de la

habitación vacía le producía un extraño desasosiego. Se deslizó en el lecho y se quedó allí sentada, muy quieta.

—Oh, Padre mío —oró—, Poderoso Amón, Rey de todos los reyes; fue así, desnuda, que hice mi entrada a este mundo, y será así, desnuda también, que seré transportada a la Casa de los Muertos.

Se levantó y comenzó a caminar por el cuarto, sin que sus pies descalzos produjeran sonido alguno sobre el piso de mosaicos rojos y azules. Se acercó a la clepsidra y la contempló un momento: faltaban todavía cuatro horas para el amanecer. Cuatro horas. Y luego otro día de agotadora frustración y ocio forzado: sentarse en el jardín, navegar por el río, recorrer con su carro de combate la pista del campo de adiestramiento del ejército, al este de la ciudad. El mismo carro que sus propias tropas le habían ofrecido como homenaje aquella mañana fresca y luminosa. ¡Qué joven era en aquella época! ¡Cómo se había estremecido su corazón con una mezcla de temor y excitación, y cómo se había aferrado a su caja dorada y bruñida mientras los caballos galopaban como una exhalación sobre la arena compacta hendiendo el aire inmóvil y abrasador del desierto con fuego y muerte!

Ahora era invierno, el mes de Athor, un mes que ya parecía interminable, aunque apenas se hubiese iniciado. En las noches destempladas y los días un poco menos calurosos que los del verano, comenzó a sentir una creciente desesperación, fruto de su forzada inactividad. Y aquel viejo tormento, ese tormento que parecía siempre nuevo, comenzó a clavarsele con tal intensidad que la obligó a abrir los ojos. Frente a ella, por entre la penumbra, su propia imagen flotaba en el inmenso bajorrelieve de plata labrada que ocupaba una parte del muro. El mentón que portaba la Barba Faraónica se erguía altanero, la mirada firme y obstinada asomaba bajo el peso de la imponente y majestuosa Doble Corona de Egipto. De pronto sonrió.

‘Así pues, yo, Hija de Amón, he sido y seré siempre Rey de Egipto. Y en los días venideros, los hombres lo sabrán y se maravillarán, como también yo lo he hecho al contemplar los monumentos y las formidables obras llevadas a cabo por mis antepasados. No estoy sola. Después de todo, viviré eternamente.’

A pesar de que la pared norte del aula se abría al jardín, la brisa estival no corría por entre las deslumbrantes columnas blancas salpicadas de colores. Hacía un calor sofocante. Los alumnos estaban sentados uno muy junto al otro sobre sus respectivas esteras de papiro, con las piernas cruzadas y la cabeza inclinada sobre los trozos de terracota, tratando trabajosamente de copiar la lección del día. Khaemwese, cruzado de brazos, sintió que una leve somnolencia comenzaba a invadirlo y miró disimuladamente la clepsidra de piedra. Ya era casi mediodía. Tosió para llamar la atención, y una serie de rostros diminutos se alzaron para mirarlo.

—¿Habéis terminado ya? ¿Quién está dispuesto a leerme los conocimientos que aprendió hoy? O tal vez sería mejor preguntar quién posee los conocimientos necesarios para leerme la lección de hoy. —Se regodeó con su ingenioso juego de palabras, y un leve murmullo de risas corteses recorrió la habitación—. ¿Tú, Menkh? ¿O tal vez User—amun? Sé muy bien que Hapuseneb puede hacerlo, así que queda descartado. ¿Quién más se anima? Tutmés, te escucho.

Tutmés se puso de pie de mala gana mientras Hatshepsut, sentada a su lado, se burlaba de él y le hacía morisquetas. El muchachito no le prestó atención y, sosteniendo la vasija con ambas manos, la escuchó con expresión atribulada.

—Puedes comenzar. Hatshepsut: quédate quieta.

—Me dicen que... que...

—Corréis.

—Ah, sí. Corréis. Me han dicho que corréis tras los placeres. No cerréis vuestros oídos a mis exhortaciones. ¿O es que sólo prestáis atención a todo... a todo...

—Tipo de palabras necias.

–Claro... ¿a todo tipo de palabras necias?

Khaemwese lanzó un suspiro mientras el muchachito seguía leyendo en voz monótona. Era evidente que Tutmés jamás llegaría a ser un hombre instruido y culto.

La magia de las palabras no ejercía ninguna atracción sobre él; al parecer, su única aspiración era que lo dejaran dormir durante las clases. Tal vez el faraón haría bien en hacer ingresar a su hijo en el ejército a una edad temprana. Pero Khaemwese sacudió la cabeza al imaginar a Tutmés, arco y lanza en mano, marchando a la vanguardia de una compañía de aguerridos soldados. En ese momento el chiquilín volvió a estancarse en la lectura y se quedó mirando al maestro con torpe azoramiento, con el dedo clavado en el indescifrable jeroglífico.

El anciano sintió un arrebató de furia.

–Este pasaje –afirmó coléricamente, golpeando malhumorado su propio rollo de papiro– se refiere a la necesidad del empleo prudente y merecido del látigo de cuero de hipopótamo en el trasero de un jovencito holgazán. ¿No crees, Tutmés, que quizás el escriba pensaba precisamente en alguien como tú? ¿Que te vendría bien recibir un buen par de azotes? ¡Tráeme inmediatamente mi látigo de hipopótamo!

Varios de los chicos más grandes comenzaron a lanzar risitas ahogadas, pero Neferu–khebit extendió la mano en son de súplica.

–¡Por favor, maestro, no lo castigue! ¡Ayer ya recibió una tunda, y mi padre estaba muy enojado!

Tutmés se ruborizó y la fulminó con la mirada. Lo del látigo de hipopótamo era una broma vieja y gastada, pues sólo se trataba de una delgada y flexible vara de sauce que Khaemwese llevaba a veces bajo el brazo como el bastón de mando de un general del estado mayor. El auténtico látigo se usaba sólo con los delincuentes y los agitadores políticos. El hecho de que una muchacha hubiese salido en su defensa fue como un puñado de sal arrojado en una herida abierta, y Tutmés masculló en voz baja cuando el maestro le indicó con gesto perentorio que tomara asiento.

–Muy bien, Neferu. Puesto que deseas que se le conmute la sentencia, supongo que estás dispuesta a ocupar su lugar. Ponte de pie y continúa.

Neferu–khebit era un año mayor que Tutmés y considerablemente más inteligente que él. Ya había pasado de los cacharros viejos y rotos a los rollos de papiro, así que la lectura le resultó sencilla.

Como de costumbre, la clase concluyó con la Oración a Amón. Cuando Khaemwese abandonó el recinto los alumnos se pusieron de pie y estallaron en un parloteo simultáneo.

–No te preocupes por lo que ha pasado, Tutmés –dijo alegremente Hatshepsut mientras enrollaba su estera–. Después de la siesta ven conmigo a ver el nuevo cervatillo del zoológico. Papá mató a su madre, así que ahora no tiene a nadie a quien querer. ¿Me acompañarás?

–No –le respondió bruscamente–. Ya no me interesa acompañarte en tus correrías. Además, de ahora en adelante todas las tardes debo ir al cuartel para que Aahmes pen–Nekheb me enseñe a usar el arco y la lanza.

Fueron a un rincón y depositaron allí sus esteras sobre la pila que formaban las de los demás chicos, mientras Neferu–khebit llamaba por señas a la esclava desnuda que aguardaba pacientemente junto a la enorme jarra de plata. La mujer les sirvió agua y la entregó con una reverenda.

Hatshepsut bebió con avidez, chasqueando los labios.

–¡Ah, qué agua tan exquisita! ¿Y tú, Neferu? ¿No quieres acompañarme esta tarde?

Neferu bajó la mirada y sonrió a su hermana menor. Le acarició la cabeza rapada casi por completo y le acomodó el mechón infantil¹ para que volviera a caerle decorosamente sobre el hombro izquierdo.

Veo que has vuelto a mancharte el faldellín con tinta, Hatshepsut. ¿No crecerás nunca? Muy bien, iré contigo si Noznie te autoriza. Pero nada más que por un rato. ¿De acuerdo?

–¡Oh, sí! –Respondió la pequeña brincando de alegría–. ¡Ven a buscarme cuando te levantes!

En la habitación sólo estaban la esclava y ellos tres; los otros chicos habían partido deprisa a sus casas con sus respectivas esclavas, pues el calor aumentaba y ya se había convertido en una masa compacta y pesada de aire abrasador que parecía abatirse sobre ellos y adormilarlos. Tutmés bostezó.

–Me voy a buscar a mi madre. Supongo que debería agradecerte, Neferu–khebit, que me hubieras salvado del castigo, pero te ruego que en el futuro te ocupes de tus propios asuntos. Puede que a los otros varones les resulte un espectáculo divertido, pero para mí es humillante.

–¿Así que prefieres una paliza a hacer el ridículo? –Le preguntó Hatshepsut, con aire burlón–. Realmente, Tutmés, tienes demasiado amor propio. Y además es cierto, eres un holgazán.

–¡Cállate! –Le ordenó Neferu–. Tutmés, sabes bien que sólo lo hice pensando en ti. Aquí está Noznie. Portaos bien. Te veré más tarde, pequeña Hat.

Depositó un beso en la coronilla de Hatshepsut y salió al resplandor del jardín.

A Nozme le estaba permitido tomarse casi las mismas libertades que a Khaemwese con los hijos de la familia real. Como nodriza real los regañaba, los persuadía con halagos, ocasionalmente les propinaba una paliza y en todo momento los adoraba. Debía velar por su seguridad y responder con su vida ante el faraón. Había entrado al servicio de la segunda esposa de éste, Mutnefert, en calidad de ama de leche cuando nacieron los mellizos Uatchmes y Amunmes, y luego la Divina Consorte Ahmose la había conservado para que cuidara de Neferu–khebit y Hatshepsut. En cambio, Mutnefert misma se había encargado de amamantar a Tutmés, su tercer hijo; lo protegía como un águila a su pichón, pues el hijo varón era un don muypreciado, sobre todo tratándose de un hijo real, y sus dos otros pequeños habían muerto víctimas de la peste. En la actualidad Nozme tenía la lengua rápida, el rostro enjuto y estaba tan flaca que las vestiduras colgaban libremente de su cuerpo esquelético y flameaban y cacheteaban sus tobillos desnudos mientras corría de aquí para allá, gritándoles a las esclavas y sermoneando a los chicos. Ya nadie le temía y sólo Hatshepsut seguía teniéndole afecto tal vez porque, con el veleidoso egoísmo propio de la infancia, la pequeña se sabía amada por todos y tenía la certeza de que nadie se opondría a sus deseos.

Al ver a Nozme surgir de la penumbra del vestíbulo, Hatshepsut corrió hacia ella y la abrazó.

Nozme le devolvió el abrazo y le chilló a la esclava: –¡Tira esa agua de una vez y lava la jarra! Barre el suelo para la clase de mañana.

Luego puedes irte a tu cuarto y descansar. ¡Vamos, deprisa!

Le lanzó una mirada a Neferu–khebit y se preguntó a dónde iría a esa hora del día, pero ahora que la joven ya no llevaba la cabeza rapada sino cubierta de brillantes trenzas de pelo negro que le llegaban a los hombros y se vestía como las mujeres adultas, Nozme ya no tenía autoridad sobre ella. Luego, tomando a la pequeña de la mano, la condujo lentamente

¹ .Durante la infancia, las mujeres de la familia real llevaban la cabeza rapada con excepción de un mechón que le era cortado en el curso de una ceremonia al entrar en la pubertad. Después podían dejarse crecer el pelo. (N. de la T)

por el laberinto de columnatas y umbrosos atrios hasta llegar a la puerta del departamento de los niños, contiguo a las habitaciones de las mujeres.

En el departamento de Su Alteza Real la princesa Hatshepsut Khnum–amun corría una leve brisa. Las aberturas del techo apresaban cualquier brisa del norte, formando pequeños remolinos de aire caliente. Cuando Nozme y la pequeña entraron a la habitación, las dos esclavas que allí esperaban se incorporaron de un salto y levantaron los abanicos. Nozme no se dignó saludarlas. Mientras le quitaba a Hatshepsut el faldellín de hilo blanco, ladró una orden, y apareció otra esclava con un jarro lleno de agua y toallas. La nodriza lavó con presteza el cuerpo de la niña.

–Veo que de nuevo tienes la ropa manchada con tinta –le dijo–. ¿Por qué eres tan descuidada?

–De veras, lo siento –mintió Hatshepsut, de pie y medio dormida, mientras el agua le mojaba los brazos y le surcaba la piel morena del torso–. Neferu–khebit también me riñó por lo mismo. No puedo imaginar cómo pudo haberme ocurrido.

–¿La clase de hoy ha sido buena?

–Supongo que sí. Pero la escuela no me entusiasma: hay que aprender demasiadas cosas y siempre tengo la sensación de que en cualquier momento Khaemwese me reprenderá por algo. Además, no me gusta ser la única chica.

–También está Su Alteza Neferu.

–Su caso es distinto. A Neferu le importan un bledo las sonrisas de superioridad de los varones.

A Nozme le habría gustado responder que Neferu no parecía interesarse por nada en absoluto, pero de pronto recordó que esa pequeña de ojos despiertos y rostro atractivo que bostezaba sin cesar mientras se dirigía al lecho era la niña mimada del Gran Faraón, y sin duda le contaba a su padre cada una de las palabras pronunciadas en ese recinto. Nozme se mostraba abiertamente contraria a todo lo que implicaba apartarse de las costumbres tradicionales y, por consiguiente, la idea de que las niñas, aunque fueran las hijas del rey, estudiaran con los varones, constituía una permanente fuente de irritación para ella. Pero el faraón había hablado: deseaba que sus hijas recibieran una educación adecuada, y así se hizo. Nozme se tragó las herejías que pugnaban por salir de su boca y se inclinó para besarle la mano a la pequeña.

–Duerme bien, Alteza. ¿Necesitas algo más?

–No, Nozme. Neferu prometió que más tarde me llevaría a ver los animales. ¿Puedo ir?

–Desde luego, siempre que te acompañen una esclava y un guardia. Ahora descansa. Te veré más tarde –dijo, hizo una seña a las figuras inmóviles que estaban de pie en la penumbra y salió del cuarto.

Las dos mujeres se acercaron, con su piel negra brillante por la transpiración, y comenzaron a balancear lentamente los grandes abanicos sobre la cabeza de Hatshepsut sin quebrar el silencio.

Pequeñas oleadas de aire se desplazaron sobre su cuerpo y, por un momento, la pequeña se quedó mirando las plumas que se mecían y vibraban encima de ella, mientras poco a poco le fue invadiendo una sensación de seguridad y de paz. Cerró los párpados y giró el cuerpo para quedar de costado. La vida era hermosa, a pesar de los regaños de Nozme y de que Tutmés últimamente no hacía más que mirarla con el ceño fruncido.

No sé por qué se ha vuelto tan perezoso, pensó, adormilada. A mí me encantaría ser soldado y aprender a tirar con el arco y a arrojar la lanza. Quisiera poder marchar con los hombres y pelear junto a ellos. Los sueños comenzaron a poblar su cabecita y se quedó dormida.

Cuando despertó, el sol todavía estaba alto pero había perdido gran parte de su fuerza. A su alrededor, el palacio se sacudía de su letargo y comenzaba a avanzar pesadamente hacia el fin de otro día, como un enorme hipopótamo que se yergue en el barro.

En cuanto asomó afuera –limpia, fresca y llena de impaciencia–, rompió a correr y a la esclava y al guardia les costó mantenerse a su par. Por cada lugar que pasaba, los jardineros se incorporaban y la saludaban con una reverencia, pero ella casi no los veía.

Desde que comenzó a dar sus primeros pasos, el mundo siempre la había venerado como la Hija del Dios; así que en ese momento, a los diez años, la imagen de su destino fluía dentro de ella con la misma naturalidad que su sangre, sin que jamás se le hubiera ocurrido cuestionarse sus derechos a ese mundo y a todo lo que implicaba. Estaba el rey: el Dios, su padre. Estaba la Divina Consorte, su madre. Estaban Neferu–khebit, su hermana, y Tutmés, su medio hermano. Y también, por supuesto, el pueblo, que sólo existía para adorarla. Y, en algún lugar, al otro lado de los altos muros del palacio, estaba Egipto, esa tierra hermosa que jamás había visto pero que la rodeaba y le provocaba un temor reverente. Sabía que para conocerla bien debía esperar a ser grande, pues las personas mayores pueden hacer lo que se les antoje.

Así que esperaría.

Neferu la aguardaba junto a la cerca, sola. Volvió la cabeza y sonrió cuando vio que Hatshepsut se le acercaba a toda carrera, jadeando. Neferu estaba pálida y tenía los ojos cansados. No había dormido. Hatshepsut tomó a su hermana mayor de la mano y echaron a andar.

–¿Dónde está tu esclava? –Le preguntó Hatshepsut–. Yo tuve que traer la mía.

–Le dije que se fuera. Hay momentos en que me gusta estar a solas, y ya tengo edad suficiente para hacer casi todo lo que deseo. ¿Has dormido bien?

–Sí. Nozme ronca como un toro, pero me las ingenio para dormir. Sin embargo, extraño la época en que dormías en el lecho de al lado; ahora la habitación me parece inmensa y vacía.

Neferu sonrió.

–En realidad es un cuarto muy pequeño, querida Hatshepsut, como comprobarás cuando te trasladen a un departamento amplio y lleno de ecos como el mío–. Lo dijo con un dejo de amargura, pero la pequeña ni siquiera lo advirtió.

Traspusieron el portón y caminaron por un amplio sendero arbolado, flanqueado por jaulas ocupadas por una gran variedad de animales: algunos propios de la zona, como los íbices, la familia de leones, las gacelas; otros, en cambio, traídos por su padre de las tierras remotas donde había realizado sus campañas siendo joven. La mayoría de los animales dormían tendidos a la sombra y su olor fue como un manto cálido y cordial que rodeó a las muchachas en su deambular. El sendero desembocaba en el muro principal, que se erguía súbitamente frente a ellas y parecía velar el sol. A sus pies había una modesta casa de adobe de dos ambientes donde vivía el guardián del Zoológico Real, quien las aguardaba de pie en la galería. Cuando las vio acercarse salió al exterior, cayó de rodillas y se postró con la frente sobre el suelo.

–Salud, Nebanum –dijo Neferu–. Puedes levantarte.

–Salud, Alteza –respondió el hombre, poniéndose trabajosamente de pie y conservando la cabeza gacha.

–¡Salud! –Exclamó Hatshepsut–. Vamos Nebanum, ¿dónde tienes el cervatillo? ¿Está bien?

–Sí, muy bien, Alteza –replicó Nebanum con voz grave y un brillo divertido en los ojos–, pero lo único que le interesa es comer. Lo tengo en un corral detrás de mi casa. Si tenéis la amabilidad de seguirme... Es un pequeño muy alborotador; anoche gritó toda la noche.

–¡Pobrecito! Se ve que extraña a su madre. ¿Crees que permitirá que lo alimente?

–Tengo lista un poco de leche de cabra por si Su Alteza quiere hacer el intento.

Pero debo advertir a Su Alteza que se trata de un animalito muy fuerte, capaz de tirarla al suelo o de derramar la leche sobre su faldellín.

–Oh, eso no tiene ninguna importancia. Vosotros dos –dijo, volviéndose y dingiéndose a la paciente y sudada pareja que le servía de escolta–: quedaos aquí. Esperadme sentados debajo de un árbol o donde preferáis. No pienso escaparme.

–Luego se acercó a Nebanum y le dijo–: ¡Vamos!

Neferu asintió y la pequeña comitiva rodeó la casa. El muro se encontraba a sólo diez pasos y proyectaba sobre ellos una sombra fresca; justo debajo había un corral pequeño y provisional formado por un cerco de estacas de madera y cordel, por encima del cual asomaba una cabeza de color tostado con enormes ojos y larguísimas pestañas. Al verlo, Hatshepsut lanzó una exclamación, echó a correr hacia el animal y estiró los brazos para acariciarlo. Inmediatamente el cervatillo abrió su aterciopelada boca y de ella asomó una lengua rosada.

La niña gritó, excitada: –¡Mira, Neferu! ¡Mira cómo me lame los dedos! ¡Oh, apresúrate, Nebanum, está tan hambriento que debería hacerte azotar! ¡Trae la leche de una vez!

Nebanum casi no pudo disimular una sonrisa. Hizo una reverencia y desapareció por el otro lado de la casa.

Neferu se acercó y se quedó parada junto al corral.

–Es hermoso –dijo, mientras le acariciaba el fino pescuezo–. Pobrecito, verse convertido en un prisionero.

–¡No digas tonterías! –Exclamó Hatshepsut–. Si nuestro padre no lo hubiese traído, habría perecido en el desierto, devorado por los leones, las hienas y algún otro animal feroz.

–Ya lo sé. Pero en cierta forma tiene un aspecto tan patético, parece tan necesitado de cariño, tan solo...

Hatshepsut giró la cabeza lista para lanzar otra exclamación de impaciencia, pero quedó muda al ver a Neferu: estaba llorando; las lágrimas le caían a raudales por las mejillas. Hatshepsut la contempló atónita: Neferu siempre le había parecido tan controlada y dueña de sí, que ese súbito desahogo acaparó todo su interés. No pareció sentirse cohibida en absoluto y, al cabo de un par de segundos, apartó la mano de la boca del cervatillo y se la secó en el faldellín.

–¿Qué te pasa, Neferu? ¿Estás enferma o algo por el estilo?

Neferu sacudió la cabeza con vehemencia y apartó la mirada, esforzándose por controlar el llanto. Por último tomó el ruedo de su túnica y se secó la cara.

–Lo siento, Hatshepsut. No sé qué me pasa. Hoy no he podido dormir y supongo que estoy un poco cansada.

–Oh.

Fue el único comentario que Hatshepsut atinó a hacer, y comenzó a sentirse cada vez más incómoda. Así que cuando vio que Nebanum reaparecía con un jarro alto y fino en las manos, corrió hacia él con gran alivio.

–¡Deja que yo lo lleve! ¿Pesa mucho? Tú ábrele la boca y yo le verteré la leche.

Nebanum abrió el corral y ambos entraron. Con mucha suavidad sujetó al animal entre las rodillas y con ambas manos lo obligó a abrir las quijadas. Hatshepsut, con la lengua asomándole por entre los dientes, acercó el jarro a esa cara que se retorció y comenzó a inclinarlo para verter su contenido. Por el rabillo del ojo vio que Neferu daba media vuelta y se alejaba. Furiosa, maldijo en su interior a su hermana por haberle arruinado el día. En ese momento las manos le temblaron y una cascada de leche le empapó el frente del cuerpo, formando un charco bajo sus pies descalzos.

Nebanum tomó el jarro cuando ella se lo extendió, y el cervatillo se alejó bamboleándose, lamiéndose el hocico y lanzándoles una mirada soñolienta por entre los

párpados entornados. –Gracias, Nebanum. Es más difícil de lo que parece, ¿no crees? Volveré mañana y haré un nuevo intento. Adiós.

El hombre hizo una reverencia exagerada para disimular la sonrisa que le asomaba a los labios.

–Adiós, Alteza. Siempre es un verdadero placer teneros por aquí.

–¡Por supuesto! –Le contestó por encima del hombro, mientras salía de allí a la carrera.

Alcanzó a Neferu justo cuando su hermana trasponía la puerta. Hatshepsut la tomó impulsivamente del brazo.

–No estés enojada conmigo, Neferu. ¿He hecho algo para ponerte así?

–No –respondió su hermana mayor, rodeando sus hombros pequeños y huesudos con el brazo–. ¿Quién podría enfadarse contigo? Eres preciosa, inteligente y buena. Nadie te tiene antipatía, Hatshepsut, ni siquiera yo.

–¿Por qué me dices eso? No te entiendo, Neferu–khebit. Yo te quiero. ¿Acaso no me quieres tú también?

Neferu la arrastró a la sombra de los árboles, dejando que los sirvientes las esperaran en medio del sendero.

–Sí, yo también te quiero. Pero lo que pasa es que últimamente... oh, no sé si debería contarte todo esto; eres demasiado joven para entenderlo. Pero necesito decírselo a alguien.

–¿Tienes un secreto, Neferu? –Exclamó Hatshepsut–. ¡Sí! ¡Lo tienes, lo tienes! ¿Estás enamorada? ¡Oh, por favor, cuéntamelo todo! –Estiró a Neferu del brazo y las dos se dejaron caer sobre el césped fresco–. ¿Por eso lloras? Todavía tienes los ojos un poco hinchados.

–¿Cómo puedes imaginar siquiera lo que siento? –Se lamentó Neferu en voz baja–. Para ti la vida será fácil; día tras día, no será más que un juego continuo.

Cuando tengas edad para ello, podrás casarte con quien se te antoje y vivir donde te plazca: en las provincias, en los nomos², en las montañas. Serás libre, libre de viajar o no, de hacer lo que tú y tu marido deseéis, de disfrutar de tus hijos. En cambio yo... –entrelazó las manos y se recostó contra el tronco del árbol–. A mi se me aparta de los demás y se me prodigan toda clase de cuidados –continuó diciendo con expresión estoica–. Me alimentan con exquisiteces y me visten con las telas más finas.

Las joyas se amontonan como guijarros en mis joyeros y arcones, y todo el día esclavos y nobles se postran frente a mí. No hago más que ver coronillas. Cuando me levanto, me visten; cuando tengo hambre, me alimentan; cuando estoy cansada, surge un montón de manos para abrirme la cama y apartar las sábanas. Incluso en el templo, cuando oro, canto y agito el sistro³, allí están. –Sacudió la cabeza con gesto de fatiga y el cabello se le soltó y le cubrió la nuca–. No quiero ser Gran Esposa Real. No quiero ser Divina Consorte. No quiero casarme con el tonto y bienintencionado Tutmés. Sólo quiero que me dejen en paz, Hatshepsut, para vivir como me dé la gana.

Cerró los ojos y se quedó callada. Tímidamente, Hatshepsut le acarició el brazo.

Se quedaron allí un rato, tomadas de la mano, hasta que el sol comenzó a hundirse en el horizonte y poco a poco las sombras se fueron alargando. Por último Neferu se estremeció.

–He tenido un sueño –susurró–, un sueño espantoso. Lo tengo prácticamente cada vez que duermo. Por eso hoy no quise acostarme y preferí salir al jardín y quedarme tendida debajo de un árbol hasta que los ojos me ardieran de cansancio y el mundo me pareciera casi tan irreal como si hubiese dormido. Sueño... sueño que estoy muerta, y que mi ka está de pie en un recinto enorme y oscuro que huele a carne en descomposición. Hace mucho frío. En el

² División administrativa en el antiguo Egipto.

³ Antiguo instrumento musical de metal en forma de aro o de herradura y atravesado por varillas, que se hacía sonar agitándolo con la mano.

otro extremo hay un portal por el que se cuele la luz; la luz hermosa, brillante y cálida del sol. Sé que allí me aguarda Osiris, pero en cambio donde está mi ka sólo hay penumbras, hedor y una terrible desesperanza porque entre la puerta y yo está la balanza, y detrás de la balanza está Anubis.

–Pero ¿por qué le temes a Anubis, Neferu? Lo único que él desea es que los platillos de la balanza se equilibren.

–Si, ya lo sé. Toda mi vida he tratado de hacer el bien para no tener nada que temer cuando pesen mi corazón. Pero en este sueño las cosas son diferentes. –Se puso de rodillas, y las manos le temblaban cuando las apoyó en los hombros de Hatshepsut–. Me acerco a Dios. Tiene algo en la mano, algo que late y palpita. Yo sé que es mi corazón. La Pluma de Maat, tan hermosa, está sobre uno de los platillos. Anubis tiene la cabeza gacha. Coloca el corazón en el otro platillo y éste comienza a bajar. Yo me paralizó de terror. El platillo baja, sigue descendiendo, hasta que, con un golpe seco, golpea la mesa. En ese momento tengo la certeza de estar perdida y de que jamás recorreré ese suelo fresco hacia la gloria de Osiris, pero no grito. Por lo menos no hasta que el Dios levanta la cabeza y me mira.

De pronto Hatshepsut sintió la imperiosa necesidad de levantarse y salir corriendo, de huir lejos, bien lejos, a cualquier parte con tal de no tener que oír el final de esa pesadilla espantosa. Comenzó a retorcerse de miedo bajo las manos de su hermana, pero los dedos de Neferu la apretaron con más fuerza y su mirada ardiente la abrasó.

–¿Sabes qué ocurre entonces, Hatshepsut? Me clava la vista, pero lo que veo no son sus centelleantes ojos de chacal sino los tuyos. Pues eres tú quien me condena, Hatshepsut; tú, con los ropajes del Dios pero con el rostro de una criatura. Y lo que siento es más terrible que si Anubis hubiese vuelto hacia mí su rostro de perro y, entreabriendo la boca, me hubiese mostrado los dientes con gesto amenazador. Grito, pero la expresión de tu cara no cambia. Tu mirada es tan fría e implacable como el viento que sopla en ese lugar maldito. Yo grito y grito, y mis propios alaridos me despiertan y las sienas me laten furiosamente.

La voz de Neferu fue debilitándose hasta volver a convertirse en un susurro, y entonces abrazó con fuerza a esa pequeña criatura asustada y confundida.

Apretada contra el pecho de su hermana, Hatshepsut oía el galope desigual del corazón de Neferu. De repente el mundo ya no le pareció ese lugar seguro y lleno de diversiones de momentos antes. Por primera vez cobró conciencia de los reinos ignotos que se ocultan tras los ojos sonrientes de las personas amigas, de aquéllas en las que se confía. Tuvo la cabal sensación de entrar a formar parte del sueño de Neferu–khebit, sólo que ella estaba de pie al otro lado de la puerta, bendecida por Osiris, y veía a sus espaldas las tenebrosas tinieblas de la Sala del Juicio final. Forcejeó hasta librarse del abrazo de su hermana y se puso de pie sacudiéndose el pasto que había quedado adherido a las manchas de leche de su faldellín.

–Tienes razón, Neferu–khebit. No entiendo nada. Lo que es más: me asustas, y eso no me gusta. ¿Por qué no vas a ver a los médicos?

–Ya lo he hecho. No hacen más que asentir con la cabeza, y sonreír y decirme que debo tener paciencia, que las personas jóvenes suelen tener extraños pensamientos cuando crecen. ¡Y para qué hablar de los sacerdotes! Me aconsejan que presente más ofrendas, que Amón–Ra tiene en sus manos el poder de despojarme de todos mis temores. Así que oro y hago ofrendas, pero el mismo sueño sigue acosándome.

También Neferu se incorporó, y Hatshepsut se le colgó del brazo cuando se encaminaron al sendero.

–¿Se lo has contado a nuestra madre o a nuestro padre?

–Sé que la reacción de mi madre sería sonreír y regalarme un nuevo collar. Y ya sabes que mi padre no tiene mucha paciencia conmigo, que suele irritarse si permanezco demasiado tiempo a su lado. No; creo que lo único que me queda es esperar y ver si esto desaparece con el correr del tiempo. Lamento haberte perturbado, mi pequeña, pero ocurre

que estoy rodeada de gente pero no tengo amigos. A menudo tengo la sensación de que a nadie le importa en absoluto lo que me pasa, lo que siento. Por lo menos sé que nuestro padre no se preocupa por averiguarlo; y si él no lo hace, entonces ¿cómo pretender que lo hagan los demás? Porque él es el mundo, ¿no es así?

Hatshepsut suspiró. A esas alturas, había perdido por completo el hilo de los pensamientos de Neferu.

–Dime, Neferu, ¿por qué tienes que casarte con Tutmés?

Neferu se encogió de hombros con desaliento.

–No creo que tampoco puedas entender eso, y en este momento estoy demasiado cansada para tratar de explicártelo. ¿Por qué no se lo preguntas al faraón? –Le sugirió con aire un poco sombrío, y continuaron caminando en silencio.

Cuando llegaron al vestíbulo bañado por el sol que conducía a los aposentos de las mujeres, Neferu se detuvo y se desprendió con suavidad de Hatshepsut.

–Ahora ve a buscar a Nozme y haz que te laven un poco. Por el aspecto que tienes, cualquiera diría que eres un pilluelo sicio que se metió aquí por error –le dijo, riendo–. Yo debo regresar a mis aposentos y tratar de decidir qué me pondré esta noche. También ustedes pueden irse –dijo, dirigiéndose a los dos fatigados sirvientes apostados detrás de ellas–. Más tarde preséntense a la nodriza real.

Palmeó la cabeza de Hatshepsut con aire ausente y se esfumó sigilosamente, seguida por el tintineo de sus pulseras.

Muy alicaída, Hatshepsut se dirigió a sus propias habitaciones. La vida había sido tanto más sencilla y feliz cuando ella y Neferu eran más chicas y se pasaban el día jugando y riendo. Pero ahora se había abierto una brecha entre ambas. Después del sencillo y tradicional rito que indicaba que Neferu había alcanzado su plena condición de mujer, algo que para Hatshepsut seguía siendo una cosa misteriosa y terrorífica, la habían mudado al ala norte del palacio, donde tenía su propio jardín con estanque, sus propias esclavas, consejeros y portavoces, y también su propio sacerdote personal, encargado de hacer sacrificios en su nombre. Hatshepsut la había visto cambiar, convertirse de una muchacha despreocupada y amable en una persona adulta majestuosa y remota, que deambulaba de aquí para allá con su séquito con una actitud distante y fría.

Yo nunca cambiaré así, se prometió Hatshepsut con vehemencia mientras se volvía para dirigirse a su dormitorio y Nozme salía bruscamente del suyo para recibirla.

Yo seré siempre una persona alegre, tendré sueños hermosos y seguiré amando a los animales. Pobre Neferu.

Estaba inquieta y preocupada e hizo oídos sordos a los rezongos instantáneos y estruendosos de Nozme por el lamentable aspecto en que se encontraba su segundo faldellín limpio del día. Se quedó pensando en el sueño de Neferu, envuelta en una nube de abatimiento que se negaba a abandonarla. Hasta que, por último, los gruñidos de la nodriza lograron abrirse paso hasta ella y la pequeña tuvo una reacción de empecinada rebelión.

–¡Cállate, Nozme! –Dijo–. Quítame el faldellín, cepíllame el mechón y aféitame el resto de la cabeza; y hazme el favor de callarte de una vez.

El resultado fue sorprendente: como por arte de magia se terminaron los gritos y las farfullas. Al cabo de un silencio casi escandalizado durante el cual la nodriza se quedó inmóvil, con los labios fuertemente apretados y las manos paralizadas flotando en el aire, le hizo una reverencia y se volvió.

–Muy bien, Alteza –fue lo único que atinó a decir, con plena conciencia de que la última de las criaturas a su cargo estaba probando sus alas, un poco sorprendida frente a su propia osadía, y que sus días como nodriza real estaban contados.

El sol había decidido, por fin, comenzar a declinar. Ra iniciaba su trayecto hacia el reposo, y los ribetes rojos y flameantes de su ardiente barca se esparcían por los jardines imperiales cuando Hatshepsut fue a saludar a su padre. El Gran Horus meditaba instalado en

su enorme sitial y su abdomen asomaba por encima del enjoyado cinturón. Su torso voluminoso lanzaba llamaradas de oro y sobre su cabeza se erguían los símbolos de la realeza, que centelleaban con los rayos oblicuos de su Padre Celestial.

Tutmés I se estaba volviendo viejo. Tenía más de sesenta años, pero todavía parecía aquel hombre de fuerza colosal y gran empuje que no había vacilado en asir con decisión el cayado y el desgranador, las insignias reales que su predecesor le entregara, y emplear ese poder para borrar para siempre hasta el último vestigio de la dominación de los hicsos. Gozaba de inmensa popularidad entre la gente sencilla del pueblo de Egipto: por fin tenían un Dios, un símbolo de libertad y de venganza, que hizo que las fronteras fueran algo más que una palabra hueca. Sus campañas fueron famosas por la maestría de la táctica empleada y trajeron como resultado, no sólo un generoso botín para los templos y el pueblo, sino también un clima de seguridad que permitió que la gente se dedicara de lleno al cultivo de la tierra o a sus respectivos trabajos u ocupaciones. Había sido general del ejército del faraón Amenofis I, y el rey decidió pasar por encima de su propio hijo y colocar la doble corona en la testa más dispuesta de Tutmés. Era también un individuo despiadado que no vaciló en renunciar a su esposa para casarse con Ahmose, la hija de Amenofis I, con el fin de convalidar su derecho al trono. Los dos hijos que había tenido con su primera esposa servían en ese momento en la filas de su ejército, y eran hombres ya crecidos y aguerridos, cuya misión consistía en patrullar las guarniciones de frontera en nombre de su padre. El poder y la popularidad de Tutmés eran, quizá, mayores que los de cualquier otro faraón anterior, y ese poder no había disminuido ni menguado con el paso del tiempo. Su voluntad seguía poseyendo la fuerza y la solidez de un pilar de granito y, a su sombra, el pueblo de Egipto había restañado sus heridas para luego renacer y florecer.

Tutmés estaba sentado junto al lago con su esposa, sus escribas y sus esclavos, descansando antes de la cena y contemplando los rizos rosados que la brisa del atardecer dibujaba sobre la superficie del agua. Cuando Hatshepsut caminó sigilosamente hacia él, descalza sobre el césped tibio, su padre se encontraba conversando con su viejo amigo Aahmes pen-Nekheb, quien permanecía de pie frente a él, con aspecto desmañado y visiblemente incómodo. Era obvio que Tutmés estaba disgustado; si bien seguía contemplando fijamente el agua, Hatshepsut oyó que su voz se alzaba como en oleadas de irritación.

—Vamos, vamos, pen-Nekheb; tú y yo hemos pasado mucho tiempo juntos dentro y fuera del campo de batalla. No tienes nada que temer. Lo único que te pido es que me des tu opinión sincera y dejes de andarte con rodeos como un colegial que tiene algo que ocultar. ¿Acaso no te he formulado una pregunta directa? ¿No te parece, entonces, que merezco que me la respondas de la misma manera? Quiero que me informes acerca de los progresos de mi hijo, y quiero que lo hagas ahora mismo.

Pen-Nekheb carraspeó.

—Majestad, no cabe duda de que siempre os habéis mostrado más que benévolo con vuestro humilde siervo, por eso os ruego que no os enfadéis con él, quien se excusa desde ahora por cualquier reacción airada que sus palabras puedan suscitar en vos...

Tutmés golpeó el brazo de su sitial con su mano cubierta de anillos.

—Déjate de vueltas, viejo amigo. Conozco tu orgullo y también tu idoneidad. Dime de una vez, ¿tiene o no pasta de soldado?

Pen-Nekheb comenzó a transpirar debajo de su peluca negra y corta y, disimuladamente, se rascó la cabeza.

—Majestad, entonces permítaseme acotar que Su Alteza Real ha iniciado su entrenamiento hace relativamente poco tiempo. En tales circunstancias, su desempeño podría ser considerado satisfactorio...

Su voz se fue desvaneciendo y finalmente Tutmés lo miró y le indicó el césped.

–Siéntate. ¡Vamos, siéntate! ¿Qué pasa contigo hoy? ¿Piensas que te he encargado la instrucción militar de mi hijo porque tiene habilidad para la jardinería? Preséntame un informe conciso y claro, pues de lo contrario te mandaré de vuelta a tu casa sin cenar.

Ahmore giró la cabeza para disimular una sonrisa. Si había un hombre en el mundo que se había granjeado el afecto y la confianza de su marido, era precisamente ese soldado grandote y feo sentado en el suelo a considerable distancia de ellos y con franco aire de malestar. Aunque le parecía lamentable que Tutmés hubiese decidido abordar ese tema con el estómago vacío, la situación no dejaba de tener su lado cómico. Y si algo escaseaba últimamente en la vida de Ahmore, era el humor.

Pen–Nekheb parecía haber tomado una decisión. Cuadró los hombros y dijo: –Majestad, lamento de veras tener que decirles esto, pero no creo que el joven

Tutmés tenga en absoluto pasta de soldado. Es torpe y blando, a pesar de sus dieciséis años. No siente el menor amor por la disciplina. Es... –el pobre hombre tragó fuerte y siguió adelante– es perezoso y rehusa al trabajo y al esfuerzo físico. Tal vez esté mejor dotado para los estudios –dijo, por último, con tono esperanzado.

Tutmés no respondió. Mientras lentamente la sangre comenzaba a teñirle las mejillas, su mirada recorrió los muros de palacio, el lago y la cabeza inclinada de su esposa. Los que lo rodeaban aguardaban temerosos, pues conocían bien las señales que precedían a la tempestad. Cuando ya estaba a punto de estallar, de pronto vio a su hija menor, que aguardaba de pie junto a la muchedumbre y le sonreía. Le indicó por señas que se acercara, y todos lanzaron un suspiro de alivio: la tormenta se había reducido a una fugaz ventolina.

–Yo mismo iré al campo de adiestramiento –dijo Tutmés–. Iré mañana, y tú lo pondrás a prueba para que demuestre lo que vale. Si veo que estás equivocado, pen–Nekheb, prometo que serás destituido de tu cargo. Hatshepsut, ven aquí, querida, dame un beso y cuéntame qué has estado haciendo hoy.

La niña corrió hacia él, trepó a sus rodillas y le frotó la nariz contra el cuello.

–Oh, padre, qué bien hueles. –Se inclinó y besó a Ahmore–. Madre, fui a ver el cervatillo; Nebanum me permitió alimentarlo. Y Tutmés casi recibió otra paliza esta mañana en la escuela... –En ese momento, con esa veloz intuición propia de los niños, intuyó su error y vio que la cara de su padre se ensombrecía–: Bueno, pero al fin no pasó nada –se apresuro a agregar–. Neferu lo salvó... –El faraón comenzó a respirar pesadamente y Hatshepsut se descolgó deprisa de sus rodillas y buscó refugio junto a Ahmore. Pero luego decidió no darse por vencida y hacer un nuevo intento. Es una pena, pensó, que este día que empezó tan bien termine convertido en una de esas historias de terror que cuenta Nozme. Padre –dijo con voz fuerte y aflautada–: ¿por qué no eres bueno y haces que Tutmés se case con alguna otra persona? Neferu no lo quiere por marido, y se siente tan desdichada... –Hatshepsut se frenó en seco al ver que la expresión inicial de azoramiento de su padre al oír esas palabras se trocaba en furia. Al percibir el silencio pavoroso que la rodeaba, comenzó a saltar de un pie al otro–. Ya lo sé, ya lo sé –exclamó–. No hago más que meter la nariz en los asuntos de los demás...

–Hatshepsut –gimió su madre, atribulada–: ¿qué te pasa hoy? ¿Has estado bebiendo de nuevo la cerveza de los sirvientes?

Su padre se irguió y, con él, toda la corte.

–Creo que es hora –dijo lentamente– de que tú y yo tengamos una pequeña conversación, Hatshepsut. Pero en este momento me siento cansado y hambriento, y estoy hasta la coronilla de los problemas de mis hijos descarriados. –Le lanzó una mirada fulminante a pen–Nekheb y luego a su infortunada esposa–. Ahmore: averigua por intermedio de Nozme qué es exactamente lo que ha estado pasando por aquí; quiero saberlo esta misma noche. En cuanto a ti, Hatshepsut, ven a mis aposentos antes de acostarte. Y, por tu bien, espero que me encuentres de mejor humor.

Dicho lo cual, los miró ceñudamente, giró sus talones y se alejó, seguido por su camarilla.

Ahmoose le sonrió a su hija mientras caminaban juntas hacia los aposentos reales.

–Hoy has actuado con muy poco tino –le dijo–, pero no te preocupes. No está enojado contigo sino con Tutmés. Para cuando llegue la hora de su entrevista contigo, no creo que tenga mucho que decirte. Se sentiría perdido sin ti, Hatshepsut –le dijo, con pesar–. Vela por tu bienestar como un halcón. Pobre Neferu.

–Madre, yo también estoy cansada y tengo hambre. Nozme me obligó a ponerme ropa de hilo almidonada, y me está raspando la piel. ¿No podríamos hablar de alguna otra cosa?

‘Amón’, oró Ahmoose en silencio mientras entraban a su departamento espacioso y fresco y las esclavas se apresuraban a encender las lámparas, ‘ella es hija tuya.

En verdad, es tu mismísima Encarnación. Te lo suplico, protégela de sí misma’.

Para cualquier pescador solitario que navegara por el Nilo en la oscuridad en su pequeño bote de juncos, contemplar el palacio de Tebas debía representar algo así como una visión anticipada de las bienaventuranzas prometidas en el paraíso de Osiris. Al caer la noche, miles de lámparas se encendían al unísono. Era como si un gigante hubiese lanzado un puñado de estrellas luminosas y titilantes hacia la tierra y éstas se hubieran depositado, en forma aislada y en racimos, sobre los espaciosos vestíbulos y los innumerables y amplios senderos pavimentados de ese reino dentro de otro reino, y sus reflejos se arremolinaban y danzaban sobre la superficie de ese río de aguas rápidas hasta perderse en la oscuridad de la noche.

Los terrenos del palacio eran extensos e incluían jardines y santuarios, casas de verano y establos, graneros y habitaciones para la servidumbre y, desde luego, el imponente edificio del palacio propiamente dicho, con sus enormes salones de recepción y comedores, sus pórticos y corredores con columnatas, decorado por doquier con coloridas imágenes de peces y aves, cazadores y presas, y gran profusión de verdes: todo aquello que convertía la vida en un gozo. Ese conjunto llegaba hasta las puertas mismas del templo, con sus pilones y una multitud de imponentes estatuas de Tutmés, el hijo de Dios, sentado y con las manos apoyadas sobre sus monolíticas rodillas, cuyos rostros serenos e idénticos parecían perderse en la contemplación de su invencible imperio.

También los jardines estaban iluminados, y eran barridos constantemente por la luz intensa de lámparas en movimiento, cada vez que las esposas y las esposas secundarias, las concubinas y los nobles, los funcionarios y los escribas los recorrían de aquí para allá en las noches fragantes y dulzanas, precedidos y seguidos por sus respectivas esclavas, desnudas y perfumadas, quienes se encargaban de iluminarles el camino.

Sobre el río flotaba la barca real, una verdadera obra de arte de oro, plata y maderas preciosas, amarrada al pie de la ancha escalinata que surgía del agua y desembocaba en un amplio patio pavimentado cuyos tres lados estaban tapizados de árboles altos. Entre estos árboles corrían las avenidas que conducían a los salones blancos y dorados que servían de morada al corazón de Egipto.

No es muy probable que el hipotético pescador se demorara en la margen occidental del río. Allí la Necrópolis, al igual que el palacio, ocupaba también un espacioso terreno, extendida entre el río y los imponentes peñascos grisáceos que la separaban del desierto. En esa orilla, las luces de las viviendas de los sacerdotes y artesanos que trabajaban en las tumbas y templos de los súbditos de Osiris eran más mortecinas y estaban más esparcidas. El viento de la noche gemía suavemente en los santuarios desiertos y los vivos cerraban sus puertas hasta que Ra les invitara a comenzar otro día de trabajo en las residencias de los muertos. Las empinadas columnas y las casas vacías, en las que cada tanto se advertían ofrendas de comida y de flores que comenzaban a marchitarse, en honor de quienes seguían habitando sus últimas moradas, constituían una suerte de imagen en espejo, imperfecta,

distorsionada y algo triste, de la vida vibrante y palpitante que bullía en la ciudad imperial de Tebas.

El viento del atardecer había cesado y la noche era serena y calurosa cuando Hatshepsut, Nozme y sus criadas avanzaron rumbo al comedor por los corredores iluminados por antorchas y flanqueados por guardias inmóviles. Esa noche no se agasajaba en el palacio a ninguna delegación extranjera, pero el salón estaba lleno de invitados y nobles, funcionarios privilegiados y amigos de la familia real. Los ecos de su conversación y de sus risas le llegaron a la niña mucho antes de que traspusiera la puerta y aguardara a que el jefe de heraldos la anunciara con tono solemne:

–La princesa Hatshepsut Khnum–amun.

Los invitados interrumpieron por un momento su plática, le hicieron una reverencia y luego retomaron sus conversaciones. Hatshepsut buscó a su padre con la mirada, pero por lo visto aún no había llegado. Tampoco vio a Neferu. Pero sí localizó, en cambio, a User–amun, sentado sobre el suelo en un rincón junto a Menkh.

Hacia ellos dirigió sus pasos, esquivando a las esclavas que servían vino y proporcionaban a los comensales algunos almohadones o pequeñas sillas. Al llegar al lugar donde estaban los muchachos se instaló en el suelo junto a ellos.

–Salud. ¿Qué hacéis vosotros dos por aquí?

Menkh le respondió con una inclinación de cabeza nada entusiasta y le guiñó un ojo a User–amun. Hatshepsut les caía bien, pero tenía por costumbre aparecer en los lugares y en los momentos más inesperados y estar siempre deseosa de participar de sus correrías, lo quisieran ellos o no. Pero, por muchos defectos que tuviera, ciertamente no podía afirmarse que fuera aburrida.

User–amun, como hijo de una de las familias más antiguas y aristocráticas de Egipto, la trataba como un igual. Su padre, el visir del Sur y uno de los dos hombres más poderosos después del faraón, se encontraba realizando una gira de inspección por los nomos a su cargo, y User–amun vivía provisionalmente en el palacio. Le hizo una reverencia exagerada y exclamó:

–¡Salve, Majestad! ¡Vuestra belleza eclipsa la de las estrellas y su fulgor es tan intenso que me obliga a apartar la mirada!

Hatshepsut se puso a reír.

–User–amun, te prometo que un día te haré repetir esas palabras con la boca aplastada contra el suelo. Bueno, ahora contadme de qué hablabais.

–De caza –respondió User–amun, enderezándose–. El padre de Menkh nos llevará con él mañana temprano. ¡Con suerte, quizá lleguemos a cazar un león!

–¡Bah! –Comentó Hatshepsut–. Aún a los hombres hechos y derechos les resulta difícil matar un león. Además, primero hay que encontrarlo.

–Pensamos ir a las colinas –dijo Menkh–. Tal vez acampemos allí durante la noche.

–¿Puedo ir con vosotros? –Preguntó Hatshepsut con entusiasmo.

–¡No! –Respondieron los dos varones a coro.

–¿Por qué no?

–Porque eres una niña, y porque el faraón jamás te lo permitiría –adujo User–amun–. Las pequeñas princesas jamás van de caza.

–Pero las princesas crecidas si lo hacen. Cuando sea grande, saldré a cazar todos los días. Seré el mejor cazador del reino.

Menkh sonrió. El amor que Hatshepsut sentía por los animales jamás le permitiría cazar otra cosa que no fueran patos, y ella lo sabía. Pero, a pesar de tener sólo diez años, su amor propio la obligaba a querer superar a los demás en todos los terrenos.

–¿Qué has hecho durante todo el día? –Le preguntó Menkh–. No te hemos visto por ninguna parte.

–Metiéndome en líos –masculló ella–. ¡Ah! Aquí vienen mi padre y mi madre. Por fin podremos empezar a comer.

Todos los presentes se postraron y apoyaron la frente contra el suelo. La voz del jefe de heraldos resonó con fuerza:

–...Todo Poderoso de Maat, Horus Viviente, Favorito de Dos Diosas, Portador de la Diadema con el Uraeus.

Tutmés hizo un gesto y los presentes se incorporaron y prosiguieron con sus conversaciones. Los invitados se instalaron en sus sitios, frente a sus respectivas mesas bajas, y las esclavas comenzaron a deambular entre ellos, con las fuentes repletas de manjares. La esclava de Hatshepsut se le acercó y le preguntó, inclinándose: –¿Ganso asado, Alteza? ¿Carne de res? ¿Pepinos rellenos?

–¡Un poco de todo! –Fue su respuesta.

Mientras comía, recorrió el salón con la mirada en busca de Neferu, pero no vio señales de ella. Tras una breve inclinación de cabeza de su padre, los músicos ingresaron en fila: un hombre con un arpa muy alta y una serie de muchachas ataviadas con faldas largas y plisadas, conos de perfume sobre la cabeza y sus instrumentos debajo del brazo. Hatshepsut se alegró mucho al ver que las muchachas tocarían los nuevos laúdes traídos de las regiones del nordeste. Por un momento pensó ordenar que una de ellas fuera a sus habitaciones más tarde para deleitarla con su música, pero luego recordó su cita con el faraón. Cuando la música comenzó, Hatshepsut apartó su plato, se enjuagó los dedos en el bol con agua y se los secó en el faldellín.

Luego se deslizó entre los comensales hasta llegar junto a su madre. Su padre, a pocos pasos de allí, estaba abstraído conversando con Ineni, su arquitecto y padre de Menkh, pero su madre le sonrió y le indicó que se sentara sobre un almohadón, junto a la mesa.

–Madre, ¿dónde está Neferu–khebit? –Preguntó al arrodillarse sobre el cojín–. Si mi padre advierte su ausencia, se pondrá furioso. Y no olvides que es a mí a quien tiene intenciones de reprender esta noche.

Ahmose suspiró y volvió a colocar sobre el plato el trozo de granada que estaba a punto de llevarse a la boca.

–Quizá debería enviar a alguien a buscarla. ¿Dices que hoy la encontraste afligida?

–Sí. Me habló de una pesadilla que la atormenta desde hace un tiempo, un sueño en el que se le aparece Anubis.

–¿De veras? He notado que, además, lleva puesto el Amuleto de Menat. ¿Por qué se muestra tan tonta? ¿A qué le puede temer la Hija Principal del poderoso Tutmés?

‘A mí.’ Las palabras surgieron inesperadamente en la mente de Hatshepsut y la paralizaron, mientras su corazón latía descontroladamente. ‘¿A mí? ¡Tonterías! Neferu me debe de haber contagiado su miedo.’

Ahmose llamó a Hetefras, su criada y acompañante personal: –Ve a los aposentos de la princesa Neferu y averigua por qué no está aquí esta noche –le ordenó–. Y hazlo con disimulo. No quiero que el faraón reciba la respuesta antes que yo. ¿Me has comprendido, Hetefras?

La mujer sonrió.

–Perfectamente, Majestad –respondió con una reverencia y se escabulló del salón.

–Mamá, ¿por qué tiene Neferu que casarse con Tutmés?

–¡Oh, Hatshepsut! –Exclamó Ahmose levantando las manos–. ¿Tienes que saberlo todo? Muy bien, te lo diré. Pero no creo que lo entiendas.

–¿Es un misterio?

–En cierta forma, sí. Tu padre inmortal era sólo general del ejército de mi padre hasta que éste decidió convertirlo en su sucesor. Pero para legitimar su derecho a la corona, tuvo que casarse conmigo porque sólo en nosotras, las mujeres de estirpe real directa, fluye la sangre del Dios. Nosotras somos las portadoras del linaje real, y ningún hombre puede ser

faraón a menos que se case con una mujer de estirpe real, una cuya madre haya tenido sangre real y cuyo padre haya sido, a su vez, faraón. Es así como debe ser y como será siempre. Así lo dispone Maat, hija de Ra y principio del orden que rige el universo. Neferu-khebit es una princesa de estirpe real plena, en cambio Tutmés sólo recibió sangre real a través de tu padre, pues la segunda esposa Mutnefert no es más que la hija de un noble. –Lo dijo con total naturalidad y sin asomo de menosprecio, pues éstos eran los hechos inalterables de la vida–. Tu padre todavía no ha designado a su sucesor, pero es probable que se decida por Tutmés, puesto que es su único hijo real sobreviviente. En tal caso, Neferu se verá obligada a casarse con él para convertirlo en faraón.

–Pero, madre; si nosotras... –Ahmose sonrió– si las mujeres somos las que llevamos el linaje real, y los hombres tienen que casarse con nosotras para poder gobernar, ¿por qué no prescindir directamente de ellos? ¿Por qué no podemos ser faraones?

Su madre se echó a reír al ver ese pequeño rostro pensativo.

–Porque también eso es Maat. Sólo los hombres pueden gobernar. Ninguna mujer podrá jamás ser faraón.

–Yo si lo seré.

Una vez más las palabras le brotaron de forma espontánea, sin ninguna intervención de su voluntad, y de nuevo Hatshepsut sintió que el corazón comenzaba a galoparle dentro del pecho. Volvió a tener la extraña sensación de que algo se cernía sobre ella, como una amenazadora nube negra de tormenta, y comenzó a temblar.

Ahmose le tomó las manos y, al notar lo frías que las tenía, las cobijó entre las suyas.

–Las niñas pequeñas suelen tener grandes sueños, hija mía, y eso es lo que abrigas en este momento: un sueño. Jamás podrás ser faraón; por otro lado, estoy convencida de que si reflexionaras un poco sobre lo que ello implica, tampoco desearías serlo. Pero, supongamos por un momento que esa posibilidad existiera. No olvides que Neferu es mayor que tú. Por lo tanto, sería ella quien ascendería al trono.

–Rehusaría hacerlo –replicó Hatshepsut en voz baja–. No lo aceptaría. Se negaría de plano.

–Regresa a tu mesa, querida. –Ahmose se había cansado de tantas preguntas–. Tu comida ya debe estar fría. Cuando hable con Hetefras te haré saber cómo se encuentra Neferu. Pero no te preocupes, es mucho más fuerte de lo que parece.

Yo no lo creo, pensó Hatshepsut mientras se incorporaba. Ahmose, todavía sonriente, siguió comiendo y Hatshepsut se abrió paso hasta su rincón. En el camino vio a Tutmés e, impulsivamente, se agachó y le preguntó: –¿Sigues de mal humor, Tutmés?

–Déjame en paz, Hatshepsut. Estoy comiendo.

–Ya lo creo. ¿Quieres que te arruine la cena? ¿Sabías que mañana tu padre piensa darse una vuelta por el campo de entrenamiento para ver con sus propios ojos lo torpe que eres?

–Sí, lo sabía. Mi madre me lo dijo.

–¿Está aquí?

–En aquella mesa –dijo Tutmés, señalándola con el dedo–. Ahora vete. Ya tengo suficientes preocupaciones para tener que soportar, además, tus pullas.

La segunda esposa, Mutnefert, cubierta con las joyas que tanto amaba, estaba concentrada en la tarea de atiborrarse de comida: lo que siempre había sido su debilidad, en la actualidad se había convertido en una pasión desenfrenada, y las voluptuosas curvas que otrora fascinaron al faraón se estaban transformando en desagradables rollos de grasa.

Comparada con la refinada y exquisita Ahmose, Mutnefert era decididamente tosca, pero seguía siendo una persona alegre y sonriente, cuya facultad para gozar y disfrutar de las cosas no había mermado en absoluto. Pero, al mirarla, Hatshepsut pensó que Mutnefert era una mujer estúpida, y ese pensamiento la hizo encogerse de hombros mientras se sentaba. Los hombres. ¿Valía la pena tratar de entenderlos?

La comida de su plato estaba fría, y lo hizo a un lado.

–¿Deseáis que os traiga algo caliente, Alteza? –Le preguntó su esclava.

Hatshepsut rechazó el ofrecimiento con la cabeza.

–Tráeme un poco de cerveza.

–Pero a Su Alteza no le apetecerá.

–Me ha resultado potable en otras ocasiones. Así que no te pongas a opinar sobre si me gustará o no.

Por encima del borde de la taza observó que Hetefras regresaba a hurtadillas al salón y se inclinaba para susurrarle algo a su madre. Ahmose asintió y siguió comiendo. Entonces, pensó Hatshepsut, no puede pasarle nada demasiado grave.

Como el faraón tenía un fuerte dolor de cabeza, no hubo cantos y la música siguió siendo suave y lenta, la gente siguió comiendo, bebiendo y riendo, y las horas transcurrieron con lentitud. Hatshepsut se quedó sentada con el mentón apoyado entre las manos, la cabeza girándole un poco por efecto de la cerveza. Finalmente su padre apartó la mesa y se puso de pie. Los que estaban en condiciones de hacerlo también se pararon y lo saludaron con una reverenda.

Se le acercó y le ofreció el brazo.

–Ven, Hatshepsut. Es hora de que mantengamos nuestra pequeña charla. Y, desde luego, debes acostarte enseguida; parece cansada. ¡Nozme! –La mujer se puso de pie de un salto–. ¡Ven con nosotros!

Tanto los salones privados de recepción del faraón como sus aposentos tenían un mobiliario tan escaso como el resto del palacio, pero resultaba imposible no advertir que pertenecían a la persona que detentaba el poder absoluto. Las puertas estaban flanqueadas por dos estatuas de piedra arenisca recubierta de oro, que con ceño adusto miraban amenazadoramente a todos los visitantes. En el interior, una vez traspuestas las puertas de cobre batido en las que estaba representada la coronación de Tutmés, había una serie de habitaciones cuyas paredes, adornadas con imágenes de dioses de plata y árboles y aves doradas, centelleaban a la luz de un sinfín de lámparas de oro, y cuyas columnas estriadas trepaban hasta un techo con Incrustaciones de lapislázuli. El oro brillaba por doquier: era un don sagrado, un regalo del dios, y el lecho del faraón era de oro. Las patas eran cuatro enormes zarpas de león, y la cabecera ostentaba la imagen del mismísimo Amón, que velaba sobre su hijo con sonrisa protectora. En los rincones de la habitación se erguían las gigantescas efigies de cuatro dioses, con sus cuerpos fijados en mitad de un movimiento y sus cabezas adornadas por coronas doradas, y cuyas sombras se proyectaban sobre ese suelo interminable. Era un recinto capaz de llenar de orgullo y temor a una niña pequeña.

Tutmés se desplomó en la dorada silla junto a su lecho y le indicó a su hija que tomara asiento. Se quedó mirándola un momento a la luz de ese resplandor amarillento y ella le sostuvo la mirada, un poco mareada por la cerveza, con las manos tensas y comprimidas entre sus rodillas morenas. La imagen que tuvo de su padre en ese momento le dio un poco de miedo: la cabeza calva, los hombros anchos y fuertes, el mentón agresivo y prominente.

–Hatshepsut –dijo, por fin, y la niña dio un respingo–. Me propongo enseñarte una lección que espero no olvides jamás, pues, de lo contrario, lo lamentarás mucho en los años venideros. –Hizo una pausa como esperando que la niña le contestara algo apropiado pero, por más que ella abrió la boca, no pudo articular palabra alguna, así que su padre continuó–. En cada instante de cualquiera de mis días no menos de mil personas están enteradas de dónde me encuentro y qué estoy haciendo. Hablo y me obedecen. Callo y tiemblan. Mi nombre está en labios de todos, desde el bulle permanentemente con rumores, conjeturas, especulaciones con respecto a cuál será mi siguiente paso o qué planes barajo en mi mente.

Estoy rodeado de conjuras; conspiraciones, sospechas, pequeñas intrigas. Pero yo soy el faraón, y mi palabra representa la muerte... o la vida. Pero hay un lugar al que ninguno de ellos tiene acceso, y que, en última instancia, constituye la base del poder. –Se dio unos

golpecitos en la cabeza con un dedo cubierto de anillos-. Mi mente. Mis pensamientos, Hatshepsut. Jamás pronuncio una sola palabra sin haberla reflexionado antes cuidadosamente, pues sé que una vez salidas de mis labios, mis palabras son repetidas por todo el reino. Y ésta es precisamente la lección que deseo que se te grabe bien en la memoria. Jamás, óyeme bien, jamás debes volver a hablarme a mí ni a ninguna otra persona de tus propios temores o conclusiones apresuradas, delante de nadie que no sea tu amigo más fiel. Y, créeme, en definitiva, un faraón no tiene a quién recurrir. Cuando se ocupa el pináculo del poder, sólo es posible cambiar ideas con uno mismo. ¿Te das cuenta- de que, en este preciso instante, las palabras que me dijiste esta tarde son comentadas en voz baja en las cocinas, en los establos, en las celdas del templo? Neferu-khebit se siente desdichada. La princesa no desea casarse con el joven Tutmés. ¿Significa eso que el faraón ha elegido a su hijo como sucesor? Y así hasta el infinito. Hoy tus palabras han causado mucho daño, hija mía. ¿Lo sabías? -Se inclinó hacia ella-. En poco tiempo más, un descuido de esa naturaleza podría tener consecuencias muy penosas para ti. Pues aún no he decidido que Tutmés sea mi sucesor. No; y te aseguro que no es una decisión fácil. Los sacerdotes son muy poderosos y me presionan constantemente para que les dé mi respuesta. Mis consejeros se vuelven cada vez más impacientes a medida que mis años se van prolongando. También ellos se sienten preocupados. Pero yo sigo demorando mi decisión. ¿Sabes por qué, pequeña?

Hatshepsut logró por fin responderle.

-N...no, padre.

Tutmés se echó hacia atrás, cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando volvió a abrirlos, la miró con fijeza.

-Tú no eres como tu madre, la dulce, sonriente y dócil Ahmose; y te advierto que la amo mucho -dijo-. Tampoco eres tímida y apagada como tu hermana Neferu, ni perezosa y amante de las comodidades como tu medio hermano real. En ti veo la fuerza concentrada de tu abuelo Amenofis y la tenacidad de su esposa Aahotep. ¿Recuerdas a tu abuela, Hatshepsut?

-No, padre, pero a veces veo a Yuf deambulando y hablando consigo mismo.

Tiene el aspecto de una pasa vieja y seca. Los chicos se mofan de él.

-El sacerdote de tu abuela fue, hace mucho tiempo, un hombre muy importante y poderoso. Procura tratarlo siempre con respeto.

-Eso hago. Le tengo afecto. Siempre me regala dulces y me habla de los viejos tiempos.

-Y, dime, ¿tú lo escuchas?

-¡Oh, sí! Me encantan las historias acerca de cómo mi antepasado, el dios Sekhnenre, condujo a nuestro pueblo contra los pérfidos hicsos y ofendió su vida en el campo de batalla. ¡Es todo tan excitante! -La voz aflautada e infantil cobró intensidad- ¡Qué noble debió de ser!

-Ya lo creo; noble y valiente. Creo que tú te le pareces mucho, hija querida, y también tú, un día, tendrás como él poder sobre los hombres. Pero antes tienes mucho que aprender.

‘Tienes las cualidades necesarias, de eso no cabe duda’, se dijo. ‘¿A mí me toca, pues, decidirlo?’

-Pero, padre -acotó Hatshepsut tímidamente-. Yo soy solamente una niña.

-¿Solamente? -Lo dijo casi gritando-. ¿Solamente? ¿Qué quieres decir con eso? No te preocupes, Hatshepsut: Crece y florece, pero recuerda siempre mi lección. No permitas que tu lengua escape a tu control. Y no creas -concluyó con un esbozo de sonrisa, mientras se ponía de pie- que no advierto el comportamiento de Neferu, por más que tu madre a veces quisiera creer que es así. Ya me ocuparé de tu hermana cuando llegue el momento. Ella se plegará a mi voluntad, como todos los demás. ¡Nozme!

La nodriza entró en la habitación y permaneció de pie aguardando, con los ojos bajos.

–Llévala a su cama y sigue cuidándola mucho. En cuanto a ti, mi pequeña luciérnaga, medita sobre las palabras del Gran Dios Imhotep: ‘No permitáis que vuestra lengua se convierta en una bandera, que flamea a merced de cada rumor’.

–Lo recordaré, padre.

–Asegúrate de que así sea. –Se inclinó y la besó en la mejilla–. Buenas noches.

–Buenas noches –respondió la niña, uniendo las palmas de las manos y haciendo una reverencia–. Y gracias.

–¿Por qué?

–Por no gritarme, aunque a veces sólo te cause preocupaciones.

El faraón rompió a reír.

–Me alegra comprobar que también escuchas a tu maestro –le dijo, y le dio una palmada.

Entonces Hatshepsut corrió hacia Nozme y las puertas se cerraron lentamente detrás de ellas.

Catorce noches después de aquella en que Hatshepsut se fue a su lecho regañada por su padre y un poco mareada por el alcohol, un hombre joven, incapaz de conciliar el sueño, permanecía sentado en el borde de su jergón de paja. Corría el mes de Pakhon, y el aire era denso y tórrido. El río había comenzado a crecer, a fluir con mayor rapidez. El agua, que por lo general era una superficie plácida y plateada, se estaba volviendo rojiza y el gorgoteo de su paso, un murmullo sonoro que bien podría haberlo adormecido como una canción de cuna, le resultaba en cambio enojoso e irritante. Por último, apoyó los pies en el suelo de tierra y se sentó al pie de la cama, sudoroso y hambriento. Le dolían la espalda y las rodillas. Durante toda la semana no había hecho otra cosa que fregar suelos en los aposentos de los sacerdotes Sem, los hombres que tenían a su cargo preparar los cuerpos de los muertos para la sepultura, y se sentía decepcionado y furioso. No era para eso que había acudido a Tebas tres años antes; por aquella época se sentía lleno de optimismo y entusiasmo y soñaba con escalar vertiginosamente los distintos cargos sacerdotales hasta que, tal vez, el mismo faraón se dignara posar sus ojos en él y así, de la noche a la mañana, se convertiría en... ¿qué? Deslizó una mano sobre su cabeza rapada y lanzó un suspiro en la oscuridad. En un poderoso constructor. En un hombre capaz de plasmar en piedra los sueños imperiales. Pero, en cambio, se había pasado tres años de noviciado como sacerdote we'eb dedicado a las tareas más serviles y abyectas: lavar, barrer, llevar constantemente recados de su maestro en ese templo al del templo de Luxor, tres kilómetros al norte. Poco a poco sus sueños de fama y de riquezas se fueron desvaneciendo y comenzaron a verse reemplazados por una amargura y una frustración que le impedían dormir y sofocaban su natural alegría.

No me daré por vencido, les prometió con vehemencia a aquellos muros desnudos e invisibles. Tiene que haber otro destino para mí.

Recordó a su maestro de la pequeña escuela de campaña, allá en la zona en que su padre apenas lograba subsistir trabajando un terreno de dimensiones muy reducidas. Tienes una inteligencia rápida, le había dicho, y posees, además, la facultad de captar la esencia de las cosas. ¿No podrá tu padre hacerte ingresar en la escuela de algún templo? Deberías seguir una carrera, Senmut. Y eso ocurrió cuando sólo tenía once años.

Su padre había abandonado su granja para llevarlo a Tebas, donde uno de los hermanos de su madre era sacerdote Sem. Al cabo de varios días de espera y de ser ajetreídos de aquí para allá, finalmente habían logrado ser recibidos por el prefecto de los sacerdotes we'eb. Senmut no recordaba muy bien lo ocurrido durante la entrevista, pues a esa altura se sentía cansado y temeroso, y lo único que deseaba era regresar a su casa y olvidar todo el asunto. Pero su padre tomó la palabra y, con tono afable, habló en su nombre, sacando a relucir el rollo de papiro que el maestro les había entregado y en el que figuraban todas las dotes que poseía. El distinguido personaje, con vestiduras de un blanco níveo y un aroma que evocaba reminiscencias de la misma diosa Athor, reaccionó primero con un gruñido

despectivo cargado de tedio, pero luego terminó por asignar a Senmut una celda y un lienzo sacerdotal.

Senmut se despidió entonces de su padre con gran pena, abrazándolo con lágrimas en los ojos y agradeciéndole todo lo que había hecho por él.

Aquéel le respondió, con una sonrisa: ‘Cuando seas un hombre importante, tal vez un visir, cómpranos una buena tumba a tu madre y a mí para que los dioses se acuerden de nosotros’. Lo dijo mitad en broma, mitad con pesar. En el fondo, no creía que su hijo llegara jamás a hacer otra cosa que trabajos serviles en el templo; quizá, con el tiempo, se convertiría en Maestro de Misterios, pero nada más. No abrigaba ninguna ilusión con respecto al mundo frío y peligroso en el que Senmut habría de habitar. Después de besar a su hijo en ambas mejillas y de recomendarle que se mostrara bondadoso con todos los hombres, regresó a sus tierras de labranza, sin saber bien a qué dios debía implorar que protegiera a su hijo. Pues estaba seguro de que necesitaría protección, y mucha.

A partir de ese momento, los días de Senmut transcurrieron, como era previsible, recargados de tareas: por las mañanas, en la escuela del templo, entregado al trabajo que amaba, y por las tardes, realizando las faenas serviles que odiaba, rutina que día a día se fue volviendo más rígida.

Hubo momentos en que le habría gustado tener como meta el ser escriba –cosa que también deseaba para él el sacerdote que en ese momento era su maestro–, pues los escribas jamás tienen que ponerse a cuatro patas y fregar suelos. Están eximidos de todo trabajo físico y sólo deben acompañar a su maestro a todas partes y garabatear anotaciones, o permanecer sentados en los mercados de Tebas, esperando que alguien los contrate para escribir cartas. Pero, en lo más íntimo de su ser, Senmut sabía que eso equivaldría a marchitarse y morir, sería como traicionar esa fuerza interior que lo impulsaba a tratar de progresar, de convertirse en algo más.

Pero, ¿en qué?, se preguntó cansinamente al levantarse del jergón y buscar a tientas su manto en la oscuridad. Sin duda no en un prefecto de los sacerdotes, un filarca, que debe pasarse la vida organizando cosas con frenética premura.

‘Cuando contemplé esta ciudad por primera vez, con sus majestuosos pilones y torres, sus amplias avenidas pavimentadas y sus innumerables estatuas, creí saberlo. Pero ahora ya no estoy tan seguro. Ahora tengo catorce años a mis espaldas y, quizá, cinco veces ese número de años por delante. Y ya soy un prisionero’, se dijo Senmut.

Se echó el manto sobre los hombros, salió descalzo de su celda y avanzó sigilosamente por el largo corredor al que daba una serie de habitáculos similares al suyo.

La luz de luna se filtraba por entre las columnas y le iluminaba el camino. Se detuvo un momento junto a la clepsidra instalada al lado de la puerta de la habitación de su filarca. Todavía faltaban cinco horas para el alba. Sonriendo al oír los ronquidos al otro lado de la puerta, Senmut salió al patio. A su izquierda se erguía la mole del templo, si bien separada de donde él estaba por otro conjunto de celdas sacerdotales y un pequeño bosque de sicomoros. Se alejó apresuradamente, pues sabía que era posible que por esa zona hubiera cierta actividad. Lo que se proponía era llegar a las cocinas y buscar algo para comer. Siguió avanzando, impulsado por los ruidosos quejidos de su estómago. Llegó al final de la hilera de celdas y dobló en la esquina, alejándose de los recintos sagrados. Al cabo de una breve caminata llegó a otro grupo de edificios y entró por una pequeña puerta que conducía a las cocinas. Una vez allí se movió con mucha cautela, pues los dormitorios del personal no estaban lejos.

A su izquierda había dos enormes tinajas de piedra, una con agua y otra con cerveza. Tomó el jarro que había entre ambas y vaciló un momento, mientras la sed lo acuciaba; por último optó por el agua. Sin hacer ruido quitó la tapa de madera, extrajo el líquido y se lo bebió deprisa y con ganas, volviendo luego a colocar el jarro en su sitio. Después se puso a recorrer las mesas, levantando tapas y telas, hasta encontrar un par de muslos de pato asado,

frío, y media hogaza de pan ácimo de cebada. Estaba convencido de que nadie echaría de menos una porción tan ínfima entre la abrumadora cantidad de comida que aguardaba allí para ser distribuida entre los servidores de Dios por la mañana. Luego de echar un último vistazo para asegurarse de que no quedaba ninguna huella de su paso, colocó la comida bajo los pliegues de su manto y desandó camino hasta salir al aire libre.

Se quedó inmóvil un momento, dudando entre regresar a su celda o comer allí, pero finalmente decidió que su pequeño cuarto estaría convertido en un horno y era igualmente oscuro, así que echó a andar en dirección a los jardines del templo, donde había árboles y era menos probable que los guardias que patrullaban los senderos que desembocaban en el Lago Sagrado lo encontraran. Conocía al dedillo los movimientos de cada uno de ellos, las horas de los relevos, las rutas que seguían, y se ocultó al abrigo del primer pilón mientras un par de guardias caminaban por los alrededores inmersos en una conversación. Cuando sus espaldas se perdieron en la oscuridad, se escabulló hasta el otro lado de la avenida y desapareció entre las acogedoras sombras de un bosquecillo de palmeras.

Eligió un árbol con tronco ancho y abultado y se sentó apoyando la espalda contra el lado opuesto al camino. A lo lejos se observaba un hilo delgado, plateado y movedizo de luz que era el reflejo de la luna sobre las aguas del Lago de Amón, pero desde donde se encontraba sentado no llegaba a distinguir ni el templo propiamente dicho ni las torres del palacio emplazado detrás. Por un rato disfrutaría de un mundo de paz, al amparo del cordial roce de las hojas que se saludaban mutuamente en la penumbra. Sacó a relucir el muslo de pato y le hincó el diente con alegría, saboreando cada bocado, pues al verse obligado a trabajar como un esclavo, vivía con hambre.

Poco después arrojaba los huesos pelados y comenzaba a devorar el pan, que estaba un poco viejo pero no por eso menos sabroso. Cuando apenas había terminado de comerse hasta la última migaja caída sobre el manto y estaba a punto de limpiarse la boca con él, un sexto sentido –fruto de largas noches cuidando cabras en las colinas infestadas de sabandijas que rodeaban la granja de su padre– hizo que de pronto su cuerpo se tensara con alarma y su corazón comenzara a golpearle con fuerza. Durante un buen rato no oyó nada. Había comenzado a aflojar la tensión de su cuerpo cuando oyó pisadas sobre el césped y un murmullo apagado de voces. Se puso de pie de un salto sin hacer ruido y se apretó contra el tronco, mientras se envolvía el cuerpo con el manto. Se hundió más en las sombras, fusionándose con el árbol y con la noche, hasta que incluso su respiración cambió de ritmo y se adecuó a la quietud de la hora. Era así como solía cazar a los enormes felinos que iban tras los cabritos. Y fue esa reacción instantánea la que lo salvó, pues algunos segundos más tarde dos figuras embozadas se detuvieron bajo su árbol a escasa distancia de él.

Aunque no osó moverse para ver de quién se trataba, supo que no eran dos guardias pues no oyó ningún sonido de metal contra metal. Además, los guardias habrían hablado en voz alta y caminado sin ningún temor, en cambio esas dos personas se habían desplazado tan sigilosamente que casi tropezaron con él. Cerró los ojos apretando bien los párpados y elevó una plegaria a Khonsu. Quizás en un par de minutos se alejarían de allí, antes de que sus músculos temblorosos le jugaran una mala pasada y, sin darse cuenta, hiciera algún ruido. Siguió respirando con calma, superficialmente, obligando a sus pulmones a acatar ese ritmo pausado. Las dos figuras se enfrentaron, informes en las tinieblas, y pudo oír con claridad lo que se dijeron en susurros.

–Sólo es cuestión de tiempo. El faraón deberá pronunciarse en cualquier momento. ¿Qué otra alternativa le queda? No hará que regresen Wadjmose ni Amunmose. Sería descabellado: son soldados, han estado alejados demasiado tiempo de la sede del poder y no tienen la menor idea de cómo se gobierna un pueblo. Además, también debemos tomar en cuenta la cuestión de los derechos al trono. Los del joven Tutmés son superiores.

–Pero no es más que un mozalbete abúlico, amante de los placeres y estúpido.

—No lo niego. Pero, te repito, la elección recaerá sobre él. Es el único que queda. Es lamentable que se parezca tanto a su noble madre; me animaría a decir que es una verdadera catástrofe para Egipto. Durante muchos años el faraón ha gobernado con mano fuerte, y ello le ha asegurado la obediencia de todos sus súbditos. ¡Nosotros no seremos los únicos perjudicados cuando la doble corona sea colocada sobre la cabeza de Tutmés!

—¡Lo que dices es una blasfemia!

—Digo sólo la verdad. Con una consorte valiosa, las cosas no tendrían tan mal cariz; pero ¿quién habrá de legitimar a Tutmés? Su Alteza Neferu sólo desea evitar todo lo que implique una participación activa en su carácter de consorte. Quiere que la dejen tranquila. El faraón cavila y muestra los dientes como un gato acorralado, pero no hay nada que él pueda hacer al respecto.

—¡No podemos envenenar al hijo del rey! ¡Y, aún peor, el único que queda! ¡El faraón no descansaría hasta molernos la cabeza a golpes y desparramar nuestros sesos a los pies de Amón!

—¡Calma! ¿Acaso mencioné yo semejante posibilidad? Por sobre todas las cosas, debemos ser realistas. Pero creo que si existe una manera de conseguir lo que necesitamos... tiempo.

—¿Su Alteza la princesa Neferu?

—Sí, Neferu, sin duda. A la princesa más pequeña todavía le quedan algunos años por delante antes de convertirse en mujer, pero ya promete ser todo lo que un faraón necesita como consorte. Mientras no le pase nada a ella, el corazón del faraón estará contento.

—¿Y si el faraón fuera a reunirse con el Dios?

Se produjo entonces un silencio, durante el cual Senmut, casi paralizado de terror, contuvo la respiración.

—En ese caso, podemos asesorar al joven faraón y su nueva consorte, quienes tendrán mucho que aprender.

Al otro lado del árbol, Senmut sintió que estaba a punto de desmayarse. La comida que había engullido con tanta satisfacción pocos momentos antes ya era como una piedra en su estómago. La cabeza comenzó a darle vueltas, pero apretó los dientes y golpeó la mejilla violentamente contra el tronco, sobresaltándose un poco ante el dolor que le produjo. Todavía no acertaba a descifrar el significado cabal de las palabras que había oído, pero sabía más allá de toda duda que si en ese momento se dejaba llevar por el pánico o se derrumbaba, ello equivaldría a una muerte inmediata. Se aferró con fuerza a su manto mientras el sudor le empapaba la espalda.

—¿Estamos de acuerdo, entonces?

—Así es. No necesito recordarte que deberás guardar una discreción absoluta.

—Desde luego. ¿Cuándo será?

—Muy pronto. Estoy seguro de que el faraón está a punto de anunciar el nombre de su sucesor. Deja los detalles por mi cuenta. Supongo que si recurro a ti mis órdenes serán puestas en práctica de inmediato; eso es lo único que exijo de tu parte.

—¿Y qué pasará si somos descubiertos?

El otro hombre rió en voz baja y Senmut aguzó el oído. Estaba seguro de que ese sonido le era familiar. Algunos segundos más tarde, cuando la voz cobró cierta intensidad, lo supo con total certeza, pero le resultaba imposible reconocer a quién pertenecía. Flotando así, incorpóreo en medio de la noche, era un sonido irreal, la voz de un espíritu sin rostro. De nada sirvió que el muchacho tratara febrilmente de encontrarle un dueño.

—¿Crees, acaso, que al faraón no se le ha cruzado por la mente esa posibilidad? ¿No sabes que, en el fondo de su ser, lo desea pero no es tan desalmado como para tomar él mismo semejante decisión? No temas. No fallaremos.

Las siguientes palabras parecieron provenir de un poco más lejos, y entonces Senmut comprendió, con inefable alivio, que las dos figuras se marchaban.

El silencio volvió a reinar y él se deslizó al suelo lanzando un enorme suspiro. Todavía tenía los ojos cerrados, y así permaneció un momento en actitud de arrobado agradecimiento, sintiendo las piernas tan débiles como si fueran de agua. ‘Gracias, muchas gracias, poderoso Khonsu’, dijo en voz alta. Se incorporó y echó a correr, no hacia el lugar de donde había partido sino describiendo un amplio círculo que lo llevó hasta el borde mismo del Lago Sagrado y, pasando después bien lejos de la parte posterior del templo, hasta su propia celda. No deseaba encontrarse con nadie. Mientras corría, repetía mentalmente las palabras que acababa de escuchar, sintiendo cada vez más premura y haciendo que sus pies descalzos avanzaran a mayor velocidad. Cuando llegó al vestíbulo al que daban las habitaciones de los sacerdotes we'eb, ya había logrado descifrar por completo el significado de ese diálogo cuchicheado y eso le revolvió el estómago. En lugar de entrar en su celda pasó de largo, y corriendo y jadeando, se detuvo por fin frente a la puerta de su filarca. Llamó suavemente y miró el reloj de agua; quedó anonadado al comprobar que habían transcurrido tres horas. La luna ya se había puesto, dejando oscuridad y un atisbo de mañana sobre el suelo negro y blanco de piedra.

Dentro de la habitación, alguien se agitó.

–¿Quién es?

–Soy yo, maestro. Senmut. Debo hablarle.

–Entra, entonces.

Senmut abrió la puerta y entró. El filarca, un hombre joven con frente amplia y boca pequeña y fina, estaba sentado sobre el lecho entregado a la tarea de encender la lámpara. La llama surgió, amarillenta, y luego se aquietó. Senmut se acercó y lo saludó con una inclinación, cobrando una repentina y enojosa conciencia de su piel sudorosa y su mejilla rasguñada.

–¿Y bien? ¿Qué sucede? –Preguntó el filarca restregándose un ojo y observando a Senmut con expresión soñolienta.

En ese instante, justo cuando Senmut tomaba aire para responder, en su mente se produjo una extraña conexión y las paredes del cuarto comenzaron a girar. Extendió una mano para no caer, mientras un espasmo de náusea le arqueaba el cuerpo.

El hombre sentado en el lecho lo espoleó con tono irritado.

–¡Habla! ¡Habla de una vez! ¿Te sientes mal?

Senmut supo, con una certeza que escapaba a los límites del razonamiento y pertenecía más bien al mundo impenetrable e instintivo de la autoconservación, que no debía confiar en ese hombre, y que tampoco debía relatarle a ningún sacerdote las cosas que había oído. De pronto comprendió, con pánico y un terror paralizante, el motivo para no hacerlo. Pues acababa de encontrarle un cuerpo a esa voz grave y ronca –un cuerpo robusto y rugoso– y también un rostro artero y surcado de arrugas: nada menos que el del Sumo Sacerdote del mismísimo Amón: el poderoso Menena.

Segundos más tarde recobró la cordura y pudo hablar en forma coherente, sin traicionar los pensamientos caóticos y abrumadores que se agolparon en su mente.

–Maestro, lo lamento mucho, pero tengo fiebre y me duele el estómago... aquí –dijo, frotándose con la mano–. No puedo dormir.

–Es el calor –gruñó el filarca–. Regresa a tu habitación. Ya no falta mucho para la mañana; si entonces sigues sintiéndote mal, te enviaré un médico. Quedas eximido de tus tareas del día.

Senmut hizo una reverencia y murmuró algunas palabras de agradecimiento. No era que el hombre fuese poco afable sino, más bien, algo fastidioso, preocupado siempre por detalles que carecían de importancia. También él tenía problemas estomacales que con frecuencia le impedían dormir.

Movido por un impulso, Senmut volvió y le preguntó: –Maestro, si uno quisiera tener una audiencia con el faraón, ¿cuál sería la manera de obtenerla?

—¿Por qué me lo preguntas? —Fue la respuesta recelosa del filarca—. ¿Qué podrías querer decirle tú al faraón?

Senmut lo miró con expresión de asombro y desconcierto.

—¿Yo? Por cierto que no aspiro a semejante honor; sé muy bien que sólo a los personajes importantes les está permitido hablar con él. Pero sólo lo he visto en una oportunidad, desde muy lejos, con motivo de un viaje oficial, y sentía curiosidad por saberlo.

—Pues entonces deja de preocuparte al respecto. No me extraña que tengas fiebre si te pasas las noches rumiando semejantes pensamientos. Ninguno de los de nuestra clase puede soñar siquiera en hablar jamás con él. Sería imposible. Ahora vete, y regresa a yermes por la mañana si no has mejorado.

Senmut no respondió, hizo otra reverencia y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Mientras caminaba hacia su propia celda, tuvo plena conciencia de encontrarse en un estado de agotamiento físico y mental tan abrumador que amenazaba con dejarlo tendido en el suelo antes de que alcanzara a llegar a su jergón. Entró en su pequeña celda con un suspiro y se dejó caer sobre el camastro.

‘Si por algún extraño milagro consiguiera estar frente a él, ¿qué podría decirle? Aun cuando no ordenara a sus guardias que me encadenaran y me llevaran, ¿recibiría con beneplácito mi advertencia? ¿Acaso no dijo el Sumo Sacerdote que, en el fondo de su ser, el faraón deseaba que ese acto criminal pudiera cumplirse? ¿La seguridad de Egipto justifica semejante actitud?’

Con los ojos cerrados y el sueño a punto de apoderarse de él, Senmut pensó en la princesa alta y garbosa que acudía regularmente al templo con sus criadas. La había visto de lejos, igual que a su padre. No era hermosa, pero había en ella cierta mansedumbre, cierta delicadeza, que la hacían parecer más accesible que las altaneras mujeres de su séquito. Una punzada de remordimiento alejó el sueño y le obligó a abrir los ojos.

‘¿Debería yo sacrificarlo todo y tratar de escabullirme dentro del palacio?’ Se dio la vuelta. ‘Seré realista y sobreviviré, como el Sumo Sacerdote’, se dijo con aire sombrío.

Deseaba poder confiar en alguien. Pensó en su mejor amigo, Benya el hurriano, que era en ese momento aprendiz de un ingeniero del templo. Pero Benya, con su cabello oscuro y crespo, su sonrisa fácil y luminosa y su simpatía cautivante, se encontraba con su maestro muy al sur de allí, en Assuán, ayudándolo a supervisar la extracción de piedra arenisca de una cantera, en medio del calor sofocante. De todos modos, para Benya nada era serio ni sagrado, y tal vez se mostrara indiscreto.

Senmut se arrebujó en su manto y se durmió, pero tuvo sueños confusos y sórdidos. Despertó cubierto de sudor y vio que por fin se había levantado viento, que la arena se colaba por el único ventanuco diminuto de su celda cerca del techo y que las partículas de polvo gris flotaban suspendidas en el aire fétido. No tenía la menor idea de cuánto había dormido. Se levantó y espió por el corredor: todo estaba en silencio, las puertas de las demás celdas se encontraban abiertas; así que era evidente que sus compañeros estaban ya entregados a sus tareas. Sentía la boca sucia y áspera y estaba deseando lavarse. Fue hasta el final del pasillo y llamó a un esclavo.

Regresó a su celda y se quedó sentado en su única silla, un trasto incómodo hecho de haces de tallos de papiro atados. Le dolía la cabeza y se preguntó si la fiebre no lo habría hecho delirar e imaginar todo el episodio del jardín. A fin de cuentas, tanto él como quienes se movían en la periferia del poder estaban constantemente a merced de toda clase de rumores, y las habladurías sobre el faraón se sucedían desde el alba hasta bien entrada la noche. Pero Senmut poseía una mente práctica y calculadora que, sin dejar por ello de ser perceptiva, no daba lugar a conjeturas ociosas que interferían las realidades de la vida cotidiana. Además, tenía la facultad de observarlo todo con una mirada objetiva y casi despiadada, como si pudiera desprenderse de sus sentidos, y ello le permitía detectar y registrar las actitudes y reacciones de los que lo rodeaban. Por eso no pudo creer que un

hecho que le resultaba tan vívido, penoso y reciente pudiera ser fruto de los cansados devaneos de una mente febril.

Su esclavo se acercó corriendo y Senmut le ordenó un recipiente con agua caliente y una túnica limpia. Preguntó al muchacho qué hora era.

–Tres horas después del amanecer, maestro.

–Eso pensaba. ¿Ya han comido los otros sacerdotes?

–Sí, y ya están dedicados a sus tareas. El filarca me dio orden de que le trajera un médico si llegaba a necesitarlo. ¿Quiere que lo haga?

–No. No, no creo que sea necesario. Procura, en cambio, conseguirme algo de fruta en las cocinas. Luego límpiame la celda. He sido eximido de mis tareas del día, y creo que me iré un rato al río.

–No creo que le convenga salir, maestro. Ha comenzado a soplar el khamsin.

–Sí, ya lo sé.

El muchacho se alejó y momentos después regresó tambaleándose por el peso de la humeante palangana. La depositó en la celda de Senmut y partió una vez más, volviendo enseguida con un plato con fruta y una túnica limpia. Senmut le dio las gracias, y el muchacho inclinó la cabeza y desapareció.

Con un suspiro de alivio Senmut sumergió la cabeza y las manos en el agua caliente y se lavó cuidadosamente el cuerpo, mientras oía los gemidos espasmódicos del viento que escupía bocanadas de arena en el cuarto; arena que se le pegaba al cuerpo mojado antes de tener tiempo de secarse. Se envolvió el grueso paño de lino alrededor de la cintura, frunciéndolo delante para que cayera en pliegues hasta el suelo, y se lo sujetó con un broche de bronce. En el antebrazo se colocó la banda lisa, también de bronce, con las insignias de su cargo.

Mientras tomaba una fruta recordó, con cierta amargura, el orgullo que sintió la primera vez que se puso el brazaete. No imaginaba entonces que había de convertirse en un símbolo de mi prisión, se dijo.

Senmut no poseía las convicciones religiosas de muchos de sus amigos. Su presencia en el templo no era más que un medio para llegar a un fin, y ese fin era instruirse. Si para alcanzar esa anhelada meta debía entonar himnos sagrados, purificarse cuatro veces al día y afeitarse la cabeza, entonces no vacilaría en hacerlo. Sabía que su destino dependía, en última instancia, sólo de él mismo. Eso era, precisamente, lo que le provocaba una frustración tan formidable. Se sabía capaz y, al mismo tiempo, se sentía impotente, acorralado, prisionero en ese oscuro, estrecho e interminable pasadizo que implicaba hacer recados y fregar suelos. Sólo en el aula se sentía feliz, cuando estudiaba los colosales logros de esos antepasados que eran más que hombres. Anhelaba ver con sus propios ojos las bellezas de piedra, que parecían convocarlo por las noches para reclamarle aquello que él se sentía en condiciones de dar, pero que también sabía que jamás le estaría permitido ofrecer.

No se burlaba, como Benya, de las cosas sagradas. En Hurria, la patria de su amigo, allá lejos al nordeste, los dioses servían a los hombres. Pero en Egipto, en cambio, eran los hombres quienes servían a los dioses, y Senmut sólo deseaba descubrir, a través de éstos, los deseos y las metas de aquéllos. Para él, el faraón era más dios que el poderoso Amón. El faraón era un motor visible, la causa de todo lo que ocurría en el reino. Si a alguien le había entregado su lealtad era a ese hombre bajo y con apariencia de toro a quien sólo había visto en una oportunidad, yendo en su enojado baldaquín rumbo a Luxor para presentar sus ofrendas.

Amón era su dios y la fuente de todo poder. Senmut sabía que, para poder cumplir algún día su destino, debía lograr que el faraón se percatara de su existencia.

Pero no así, se dijo al abandonar el cuarto. No con el relato de una maquinación siniestra y un asesinato alevoso, en los que el mismo faraón quizás esté implicado. Eso implicaría una muerte segura.

Dos días más tarde, el viento no había cesado. Se abatía en rachas sobre el aula real, haciendo flamear los gruesos tapices con pájaros pintados que colgaban de la pared y formando remolinos de arena en el suelo.

Khaemwese luchaba por continuar con la clase, pero el viento había perturbado a sus alumnos, que cuchicheaban y se movían sin cesar.

–Veo que hoy no llegaremos a ninguna parte –dijo, enrollando su papiro–. El escriba afirma que los oídos de los varones están en sus traseros y que cuando reciben una buena tunda prestan mucha más atención; pero esta mañana me parece difícil que ninguno de nosotros logre oír a los demás por encima del rugido del viento.

–¿Me permite, maestro? –Preguntó Hatshepsut levantando la mano.

–Habla.

–Si, como dice el escriba, el oído de los varones está en sus traseros, ¿dónde tienen el oído las niñas? –Preguntó y lo miró con expresión de total inocencia.

Si se hubiese tratado de un hombre más joven o menos avezado en las preguntas taimadas de los niños, tal vez habría pensado que de veras Hatshepsut deseaba conocer la respuesta; pero como no era así, le golpeó el hombro con el rollo y le dijo: –Si de veras quieres saberlo, te lo demostraré. Ponte de pie. Menkh, tráeme el látigo de hipopótamo. Pronto lo descubriremos.

–Ahora si que la hiciste buena –le dijo Hapuseneb en un susurro cuando ella se levantó de mala gana–. Y Neferu no está aquí para protegerte.

–¡Ven aquí delante! –Le ordenó Khaemwese, y Hatshepsut le obedeció. Menkh sonrió y le entregó la vara de sauce, y el maestro la hizo restallar ruidosamente en el aire–. Muy bien. ¿Dónde tendrá el oído una niña? ¿Qué crees tú? –Preguntó, disimulando una sonrisa.

Hatshepsut tragó fuerte.

–Creo que si me azota, mi padre lo hará flagelar.

–Tu padre me ha encomendado tu instrucción. Tú me has preguntado dónde tiene el oído una niña, y yo sólo me propongo demostrártelo.

Khaemwese hizo una mueca con los labios y Hatshepsut pegó un respingo.

–¡No me golpeará! ¡Sé que no lo hará! Sólo pregunté para fastidiarlo.

–Pero, como ves, yo no estoy en absoluto fastidiado. Y te diré que el oído de una niña está exactamente en el mismo lugar que el de un varón.

Hatshepsut levantó el mentón con gesto altanero y lentamente paseó la mirada entre sus compañeros de clase.

–Por supuesto. No existe diferencia alguna. Y, lo que es más, las chicas podemos hacer cualquier cosa que hagan los varones –afirmó mientras se sentaba.

En ese momento Khaemwese levantó un dedo.

–Aguarda un momento. Si es así, entonces no te importará que te dé una buena paliza, pues eso es lo que hago cada tanto con todos los varones de esta clase para mejorar la percepción de sus oídos que, según tú sostienes, es idéntico al de las niñas. Entonces, los oídos de las niñas también deben fallar. Si es así, ¿por qué jamás te he golpeado? ¡Regresa aquí delante!

Khaemwese reía. Ella lo miró sonriendo, con los ojos centelleantes.

–Maestro, usted jamás me ha golpeado porque soy una princesa, y no le está permitido ponerle la mano encima a una princesa. Eso es Maat.

–Eso no es Maat –replicó Khaemwese con tono severo–. Eso es una práctica establecida por la tradición y un mandato, pero no es Maat. Yo he castigado a Tutmés, y él es un príncipe.

Hatshepsut se volvió con descaro y contempló a su medio hermano, pero él estaba con el mentón apoyado en una mano, muy ocupado en trazar círculos con la otra sobre la arena que se amontonaba en el recinto. La niña miró de nuevo a Khaemwese.

–Tutmés es sólo mitad príncipe –dijo–, en cambio, yo soy la Hija del Dios. Eso es Maat.

En la habitación reinó un repentino silencio.

Khaemwese dejó de reír y bajó la mirada.

–Sí –dijo con voz muy calma–, eso es Maat.

Por un momento sólo se oyó el zumbido del viento.

Hatshepsut volvió a levantar la mano.

–Por favor, maestro. Puesto que el viento nos impide seguir con la clase, ¿podemos jugar a la pelota?

Él la miró con desconcierto, esperando que la niña saliera con otra humorada, pero ella esperaba ansiosamente su respuesta, con los hombros gachos. El maestro se puso de pie con un quejido y estiró el cuerpo.

–Muy bien. Hapuseneb, busca la pelota. El resto de vosotros, enrollad vuestras esteras y guardarlas. ¡Y que sea con mucha rapidez! –Se produjo un alboroto general y una batahola de voces agudas, así que, como de costumbre, sus últimas palabras se perdieron en el griterío. Se dirigió a su silla y se sentó, complacido–. De acuerdo. Comenzad el juego. Tutmés, ¿no piensas participar?

La cara tersa y apuesta se levantó y lo miró.

–No tengo ganas –dijo Tutmés sacudiendo la cabeza–. Toda esta arena hace que el suelo esté demasiado resbaladizo.

Ya los vítores y gritos de los chicos que corrían por la habitación retumbaban hasta el techo. Hatshepsut se había apoderado de la pelota y parecía decidida a no permitir que se la quitaran. Cuando Menkh arremetió en picado contra ella, la niña cayó al suelo con un chillido y se la apretujó debajo del cuerpo. Los otros chicos fueron tropezando y cayendo en alegre montón, y Khaemwese contempló la escena sin inmutarse.

Por muy adorable que fuera la pequeña princesa, había algo en ella que lo atemorizaba: cierta faceta salvaje e insondable. A medida que iba creciendo, más evidente resultaba que salía a su padre. Pero ¿a cuál de ellos? No sabía si creer o no en los rumores que habían circulado diez años antes, en el sentido de que Amón–Ra había visitado cierta noche a la Gran Esposa Real Ahmose y había derramado en ella su Divina Simiente, y que en el momento de la concepción, Ahmose había exclamado en voz alta el nombre de la criatura prometida, ¡Hatshepsut! Pero entonces recordó que habían elegido ese nombre antes de que la pequeña naciera, y que poco después su padre, Tutmés, la había llevado al templo, y le había conferido el título de Khnum–amun. Si bien hubo algunos otros soberanos que alegaron tener un parentesco más cercano que el habitual con el Dios, pocos se atrevieron a elegir un nombre semejante: ‘La que está estrechamente emparentada con Amón’. A nadie se le pasó por alto lo que ello significaba. No cabía duda que en Hatshepsut despuntaban la belleza, la inteligencia, la obstinación y una vehemente vitalidad que la hacían atractiva a todos los hombres aunque todavía no tuviera once años. Cabía preguntarse de quién heredaba todas esas dotes. Pues si bien Tutmés era fuerte, no era exactamente sutil; y Ahmose, amada y reverenciada por todos, nunca había sido más que una respetuosa esposa real. Khaemwese pensó que era preciso buscar en otra parte el origen de esa infinita energía y ese encanto irresistible. Al oír el zumbido agudo y monótono del viento recordó cómo, unos años antes, los dos hijos que el faraón tuvo con Mutnefert habían muerto en poco tiempo. Miró a Tutmés sentado en el suelo y enfurruñado, y luego a Hatshepsut que saltaba sobre un pie, riendo divertida, e instintivamente, lleno de inquietud, se llevó la mano al amuleto. Agradezco a los dioses, pensó, que soy un hombre viejo y no es mucho lo que me queda de vida.

El juego finalizó pronto debido al mal tiempo. Los jóvenes nobles se apresuraron a regresar a sus casas, pero Nozme se retrasó en buscar a Hatshepsut.

La niña se sentó en el suelo junto a Tutmés, sucia y jadeando.

—¿Cómo te fue ayer, Tutmés, con los caballos? ¿Crees que te gustará manejarlos?

Estaba tratando de mostrarse cordial. Tutmés parecía sentirse tan desdichado e incómodo que ella se arrepintió de lo mucho que lo mortificaba.

En otro tiempo podrían haber sido amigos, pero había cinco años de diferencia entre ambos, demasiados, y a Tutmés le resultaba degradante correr por el palacio, trepar a los árboles y descolgarse de ellos, entrar y salir del lago con Hatshepsut y sus revoltosos amigos.

—No, —le respondió, mirándola muy serio—. Sé que mi padre me excluyó del adiestramiento militar y me mandó a los establos porque jamás seré un buen soldado. Pero tampoco seré buen conductor de carros de guerra. Odio los caballos. Me parecen unas bestias desagradables. Ojalá los hubiéramos sacado del país junto con los hicsos que los trajeron.

—Papá dice que son un gran paso adelante para las operaciones militares de Egipto. Gracias a ellos, nuestros soldados pueden ahora avanzar con rapidez y superar a nuestros enemigos. A mí me parece de lo más excitante.

—¿De veras? Cómo se ve que no tienes que bambolearte todos los días en un carro, mientras sientes que prácticamente te arrancan los brazos, con Aahmes pen—Nekheb gritándote y Ra concentrando malhumoradamente sus rayos desde el cielo sobre éste su hijo indigno. Soy muy desdichado, Hatshepsut. Lo único que deseo es ocuparme de mis monumentos y estar con mi madre. ¡Mi padre no debería ensañarse así conmigo!

—Pero, Tutmés, lo más probable es que algún día te conviertas en faraón. ¡Y Egipto no aceptaría un faraón que no supiera guerrear!

—¿Por qué no? Todas las luchas ya se han llevado a cabo. De eso se encargaron nuestro padre y nuestro abuelo. ¿Qué tiene de malo que me limite a aprender a gobernar?

—Supongo que lo aprenderás dentro de pocos años. Pero opino que deberías tratar de disfrutar de tu paso por los establos. ¡No sabes cómo ama el pueblo a un faraón que puede controlar todas las cosas y todas las personas!

—No sabes lo que dices. Jamás has salido del palacio —dijo Tutmés con una carcajada—. Déjame en paz. Busca a alguien más para contarle lo maravillosa que eres. Yo no pienso seguir escuchándote.

—Muy bien, me iré —dijo Hatshepsut, poniéndose de pie de un salto—. De todos modos ya no tengo ganas de seguir hablando contigo. Jamás volveré a mostrarme cordial. Espero que Sebek te devore con sus enormes fauces de cocodrilo. ¡Ve y quédate colgado de las faldas de tu madre vieja y gorda!

Antes que él atinara a expresar su airada protesta, ella había abandonado la habitación con la elasticidad de una joven gacela.

Desganadamente, Tutmés se puso de pie y se encaminó hacia la puerta. ¡Algún día le pagaría esas palabras, gatita insolente y consentida! ¿Qué sabía ella de lo que se sentía al saberse torpe; los denodados esfuerzos que hacía para que su poderoso padre le dirigiera aunque sólo fuera una crítica? ¿Cuántas veces había permanecido con las manos detrás de la espalda, un pie sobre el otro, aguardando cohibido a que su padre le prestara atención, mientras Hatshepsut parloteaba sin cesar y el faraón reía y farfullaba, y sólo tenía ojos para ella? ¿Cuántas veces había temblado ante su padre, con el corazón rebosante de un amor que no le estaba permitido manifestar a pesar de que contribuiría a limpiar su relación y a eliminar todo rastro de resentimiento e incompreensión, mientras el Poderoso Horus se mostraba impaciente por partir, y su hijo se ruborizaba y luchaba por contener las lágrimas? Adoraba a su padre, y también a Hatshepsut, con una envidia extraña e impotente y un sentimiento doloroso de culpa pues, en sus fantasías, su padre moría aferrado a su mano y suplicándole perdón, mientras una Hatshepsut cobarde aguantaba que Tutmés descargara sobre ella su ira cuando él, triunfalmente, ocupara el Trono de Horus. En las noches calurosas

de verano de su infancia solía yacer en la cama despierto, soñando que la castigaba con verdadero júbilo y luego la perdonaba; pero a la luz cruel e implacable de la mañana descubría que nada había cambiado y volvía a sentir el amar-go sabor de la derrota. No podía compartir estos pensamientos caóticos con nadie, ni siquiera con su madre, y así, lentamente, todo el amor que sentía por su padre, el afecto que jamás le fue permitido expresar ni sacar a la superficie, quedó estancado dentro de su ser, fermentó, y se volvió rancio.

En el exterior, su guardia se cuadró y Tutmés inició la larga caminata hacia los aposentos de su madre. Los atrios estaban desiertos y las llamas de las antorchas flameaban sacudidas por ese viento que parecía invadir hasta los rincones más remotos del palacio. Sus pisadas y las del guardia despertaron ecos de desolación cuando atravesaron el mortecino vestíbulo, cuya selva de columnas parecía despojada de sus colores en esa semipenumbra. Dobló hacia el corredor que llevaba al ala de las mujeres; al llegar a las puertas el guardia lo abandonó y los eunucos lo saludaron con una reverencia. Siguió avanzando hasta llegar a una bifurcación. Después de echar un fugaz vistazo hacia la izquierda, donde las concubinas sin duda dormían en su prisión de mármol, tomó el pasillo de la derecha en dirección a los aposentos de su madre.

Cuando entró en el pequeño vestíbulo oyó risas y parloteo en la habitación del fondo. Mutnefert apareció enseguida para darle la bienvenida, con su velo ondeando a su paso.

—Tutmés, querido, ¿cómo te fue hoy en la escuela? ¿No te resulta desesperante este viento? Bueno, por lo menos esta tarde te libraste de los caballos. Acompáñame a la otra habitación.

El muchacho la abrazó y echaron a andar tomados del brazo. Su madre lo condujo al dormitorio, donde ardían muchas antorchas y una serie de mujeres se encontraban sentadas en grupo, conversando y participando de algunos juegos de tablero.

Mutnefert se instaló en el diván y le ofreció dulces de una caja que tenía al lado, tomando luego uno y llevándose a la boca con fruición.

—¡Qué exquisiteces! Me los regaló el portador de las sandalias del faraón, quién a su vez los recibió del gobernador Thure. Me parece que Thure tiene mejores confiteros que el mismo faraón.

Palmoteó los almohadones ubicados junto a sus generosas caderas y Tutmés se instaló a su lado.

El viento era sólo un murmullo débil y lejano, pues los aposentos de Mutnefert se encontraban rodeados por completo de otras habitaciones, si bien tenía su propio pasadizo privado, que corría detrás de la sala de audiencias y desembocaba en los jardines. No le estaba permitido acceder al sector de la familia real a menos que fuera invitada pero, puesto que todos cenaban juntos, eso no constituía una privación penosa para ella. De todos modos, la presencia constante del faraón le habría resultado agotadora. La posición que ocupaba le parecía ideal. Tenía mucha más libertad que las mujeres extranjeras del faraón, las hermosas esclavas que traía consigo de sus múltiples campañas bélicas o que le eran ofrecidas por delegaciones de otros países y se pasaban la vida ocultas detrás de puertas cerradas, lejos de la vista de todo otro hombre que no fuera su amo. Por otra parte, el faraón la visitaba cada tanto en medio de la noche, un poco ebrio después de comer y beber en abundancia y con talante cariñoso. Por ser la madre de su único hijo real superviviente, siempre se mostraba amable con ella, pero con el correr de los años sus visitas se iban espaciando cada vez más, y ella sabía que prefería la compañía de la sedante Ahinose. Pero Mutnefert no le guardaba rencor: ella tenía a Tutmés, su querido hijo, y lo mimaba llena de orgullo, ufanándose por ese logro que Ahmose no había conseguido igualar. No era ninguna tonta y tenía plena conciencia de que, si su hijo llegaba a ocupar el Trono de Horus, también ella ascendería a una posición de privilegio. Pero las aspiraciones que pudo haber acariciado con respecto a su relación con el faraón durante los primeros años de su pasión se veían en ese momento suplantadas por una placentera pereza, y se pasaba los días entregada a toda clase de

habladurías y chismes con sus acompañantes. Su rostro había comenzado a distenderse por la vida fácil que llevaba: debajo del mentón asomaba una papada y tenía las mejillas flácidas, pero en sus ojos verdes ardía todavía un amor por la vida que, lamentablemente, su hijo no había heredado. Si bien el muchacho mostraba una evidente inclinación por los placeres físicos y una imperiosa necesidad de satisfacerlos, no poseía esa chispa vital de alegría que había conducido a Mutnefert al lecho del faraón. Al mirar a su hijo, ya un poco excedido de peso y con sus rasgos armoniosos velados por una expresión de malhumor, sintió cierta preocupación.

–Todavía no te he preguntado si te gusta tu adiestramiento con los carros de guerra.

–Pues eras la única que faltaba. Mi padre real me lo preguntó ayer, hoy lo hizo Hatshepsut, y ahora tú. Bueno, si de veras quieres saberlo, te diré que lo detesto.

Mientras pueda mantenerme en pie en esa maldita cosa, no veo por qué tengo que saber manejarla. Los reyes no conducen sus propios vehículos.

–¡Qué dices! Los reyes deben saber hacer muchas cosas, y tú, querido mío, serás rey. El palacio es un hervidero de rumores. He oído decir que el faraón está a punto de hacer un anuncio, y ambos sabemos cuál será. Su Alteza Neferu tiene edad suficiente para casarse; y tú también.

–Sí, supongo que sí. Neferu no estuvo en clase hoy. Me parece que está enferma: todas las noches cena en sus aposentos y no asoma la nariz para nada, a pesar de que mi padre fue a verla y se lo pidió. No quiero casarme con ella. Es demasiado flaca y huesuda.

–Pero igualmente lo harás, ¿no es cierto? Y te esmerarás todo lo posible por complacer al faraón. Prométemelo.

–Trato de hacerlo, pero te aseguro que no es nada fácil –respondió Tutmés con expresión contrariada–. Supongo que no hago más que decepcionarlo. No soy guerrero, como él lo fue; no soy inteligente, como lo es Hatshepsut. Cuando yo sea faraón y tenga mis propios hijos, les permitiré hacer lo que se les antoje.

—¡No digas tonterías! Todavía te queda mucho por aprender, y más vale que te apresures y lo hagas de una buena vez. Pues, en cuanto el faraón anuncie a su sucesor, tu tiempo se verá restringido y tus libertades habrán cesado. En ese momento hijo mío, ya no podrás darte el lujo de equivocarte, así que hazlo ahora y saca provecho de tus errores. ¿Te gustaría jugar al dominó o a las damas conmigo?

–Lo que quiero es dormir, hace demasiado calor para juegos. ¡Ojalá parara de una vez ese viento infernal!

Se puso de pie, y su madre le tomó la mano con afecto.

–Vete, entonces. Te veré esta noche. Ahora dale un beso a tu madre –dijo, frunciendo sus labios rojos, mientras él se agachaba y se los rozaba con los suyos.

También las demás mujeres se pusieron de pie, hicieron una reverencia y extendieron los brazos hacia él; Tutmés giró sobre sus talones y, pasando por el oscuro vestíbulo, se internó nuevamente en el corredor. A veces el palacio le resultaba un lugar siniestro, lleno de sombras amenazadoras y murmullos incorpóreos, sobre todo de noche o cuando, como en ese momento, soplaban el khamsin. Tutmés apresuró el paso y bajó la cabeza. Mientras pasaba junto a los silenciosos guardias que flanqueaban las paredes, le parecieron seres sobrenaturales y gigantescos del desierto, revestidos de cuero como grotescas formas humanas, cada una de las cuales ostentaba el rostro de su poderoso padre. Cuando por fin llegó a sus aposentos, donde lo aguardaba su criado, estaba sudado y le faltaba el aliento, no por el calor sino por el miedo.

El día fue arrastrándose tediosamente hasta su ocaso. A la hora de la cena la intensidad del viento había aumentado. La comida transcurrió con ese insistente aullido por acompañamiento, mientras el aire abrasador azotaba a los centinelas apostados sobre la muralla que rodeaba el palacio y arremetía en picado para desollar edificios y jardines. Había

arena por todas partes: en la comida, en los cabellos, entre la ropa y la piel, bajo los pies. Nadie tenía demasiado apetito. Hatshepsut se sentó a comer junto a su madre y terminó muy pronto. El faraón no probó bocado pero permaneció sentado bebiendo, los ojos enrojecidos debajo del khol, la mirada perdida ocultando sus pensamientos. Esa noche Ineni se había retirado a su finca y el salón estaba semivacío. El fiel Aahmes pen–Nekheb estaba instalado junto al faraón, pero éste no le dirigió la palabra. También Neferu estaba ausente, alegando enfermedad, igual que esa mañana, y el faraón apuraba su copa de vino y se preguntaba qué haría con ella. Siempre se había mostrado dócil y fácil de manejar, pero ahora algo parecía haberse rebelado en el interior de la muchacha, y se empecinaba en no tener trato alguno con los que la rodeaban. Mientras observaba a Hatshepsut, que en ese momento hacía rodar sus canicas por el suelo listado, el faraón decidió que, a la larga, Neferu entraría en razón. De lo contrario... Se agitó con desasosiego en su asiento. Extendió la copa para que se la volvieran a llenar y se sumió de nuevo en sus cavilaciones, contemplando distraídamente el movimiento de vaivén del líquido rojo sangre cuando movía la mano. Sus anillos y sus ojos oscuros centelleaban. Esa noche, totalmente a merced de su humor sombrío, era un hombre peligroso. Hasta Ahmose procuraba evitar su mirada.

La comida llegó a su fin, pero el faraón permanecía sentado e inmóvil. Aahmes pen–Nekheb se adormiló en su asiento y entre la concurrencia comenzó a reinar cierta inquietud y desazón, que hizo que las conversaciones fueran languideciendo y convirtiéndose en un murmullo. Pero Tutmés permanecía impasible.

Por último, movida por la desesperación, Ahmose llamó a Hatshepsut y le dijo al oído: –Ve junto a tu padre y pídele permiso para ir a acostarte. Esta noche no olvides postrarte ante él, y no le sonrías ni lo mires a los ojos. ¿Me has entendido?

La niña asintió con la cabeza. Recogió sus canicas, se las guardó en el cinturón de su faldellín, se dirigió hasta donde estaba su padre, se arrodilló y apoyó la frente contra el suelo a los pies del faraón. Se quedó así un momento, mientras la arena se arremolinaba alrededor de sus codos y sus piernas y se le metía en la boca. Los ojos de todos los presentes giraron y se centraron en ella. La tensión en el recinto era casi intolerable.

Tutmés no la vio sino después de vaciar su copa y depositarla sobre la mesa.

–¡Levántate! –Le dijo–. ¿Qué te ocurre?

Ella se puso de pie, se quitó la arena de las rodillas y desvió la mirada.

–Poderoso Horus –dijo a sus sandalias ornamentadas con joyas–, te solicito autorización para irme a la cama.

El faraón se echó hacia adelante, con los labios contraídos y sus dientes prominentes al descubierto y, a pesar de la advertencia de su madre, Hatshepsut no pudo evitar mirarlo a la cara. Tenía los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida, y la niña sintió una oleada de miedo: ese hombre era un absoluto desconocido para ella.

–¿A la cama? Por supuesto que puedes irte a la cama. ¿Qué te pasa esta noche?–Se echó hacia atrás en el asiento e hizo un gesto con la mano dándole permiso para retirarse, pero él no se levantó.

Un leve murmullo, como el suave aleteo de muchas aves, recorrió el recinto y Hatshepsut se demoró allí, sin saber bien qué hacer. La esclava volvió a llenar la copa del faraón y él volvió a llevársela a los labios y a beber su contenido. La niña giró la cabeza y miró a su madre como interrogándola. La cara de Ahmose estaba tensa, cuando hizo un gesto de asentimiento, y Hatshepsut respiró hondo. Dio un paso adelante, colocó una rodilla entre el muslo de Tutmés y el borde de la silla, y se estiró cuanto pudo hacia arriba para poder susurrarle algo al oído.

–Padre, es una noche horrible y también los huéspedes están cansados. ¿No podrías permitir que se fueran?

Él se agitó en su asiento.

–¿Cansados? ¿Dices que están cansados? También yo lo estoy, pero no puedo descansar. Me siento agobiado. Este viento brama como los kas de los condenados –farfulló. Cuando finalmente se puso de pie, se balanceó–. ¡Id a la cama, todos vosotros! –Gritó–. ¡Yo, el Toro Poderoso, el Bienamado de Horus, os ordeno que os vayáis a la cama! ¡Ya está! –Le dijo a la pequeña, desplomándose de nuevo en su asiento– ¿Ahora estás satisfecha, mi pequeña?

Ella se puso de puntillas y besó esa mejilla que olía a perfume y a vino.

–Completamente, padre. Muchísimas gracias –respondió y huyó precipitadamente hacia Ahinose antes de que él dijera nada más. Le temblaban las piernas.

Uno a uno se fueron retirando los huéspedes y su madre llamó a Nozme para que la llevara a la cama.

–Gracias, Hatshepsut –le dijo, y besó su boca cálida–. Por la mañana tu padre se sentirá mejor.

También ellas abandonaron el salón; pen–Nekheb continuó sumido en su letargo y el faraón volvió a dedicarse al vino.

Bastante más tarde, bien entrada la noche, Hatshepsut despertó de un sopor profundo. Había estado soñando con Neferu; Neferu, pero con el cuerpo del pequeño cervatillo huérfano, encerrado ahora en una jaula. Fuera de la jaula se encontraba Nebanum, jugueteando con una larga cadena de oro en cuyo extremo había una llave. Pero, a medida que transcurría el sueño, ya no era Nebanum sino su padre quien estaba frente a la jaula, y sus ojos rojos la miraban con expresión funesta cuando ella se acercó. La pobre Neferu abrió su boca de cervatillo y comenzó a balar: ‘¡Hatshe–e–psut! ¡Hats–he–e–epsut!’

Hatshepsut pegó un salto y se sentó en la cama, con el corazón golpeándole dolorosamente contra las costillas al oír que Neferu volvía a llamarla. ‘¡Hatshepsut!’.

En la mesita que había junto a su cama, la luz ardía tenuemente. Se quedó allí sentada, escuchando con atención durante un buen rato, todavía medio sumida en el sueño, pero esa voz aguda y llena de pánico no volvió a llamarla. Se recostó y cerró los ojos. Esa noche Nozme no roncaba o, si lo hacía, las ráfagas de viento ahogaban el sonido de sus ronquidos; en un rincón del cuarto, la esclava estaba profundamente dormida, acurrucada sobre su estera. Hatshepsut se quedó contemplando como hipnotizada la llama de la lámpara hasta que la vio crecer y volverse borrosa.

Cuando estaba a punto de quedarse dormida suavemente oyó voces junto a la puerta. Eran voces humanas reales, la de su guardia y la de otra persona. Se esforzó por oír lo que decían pero sólo llegó a detectar el ruido de pisadas que se alejaban en dirección a los aposentos de Neferu. Hatshepsut, perpleja por el sueño y medio dormida, se deslizó del lecho y, desnuda, echó a correr hacia la puerta. El guardia, atónito, se cuadró al verla. Después de cerrar la puerta del dormitorio procurando no hacer ruido, la niña preguntó qué ocurría.

Él pareció cohibido frente a la pregunta pero no tuvo más remedio que contestarle.

–En realidad no lo sé, Alteza, pero creo que algo pasa en los aposentos de Su Alteza Neferu, y el mayordomo principal acaba de preguntarme si alguien entró esta noche en sus aposentos.

Hatshepsut sintió que la boca se le secaba y en su mente volvió a surgir espontáneamente la imagen de Neferu encarnada en el cervatillo, con el rostro contorsionado por el miedo, la boca abierta, llamándola con desesperación. Sin decir ni una sola palabra, dio media vuelta y echó a correr por el vestíbulo. A sus espaldas, el guardia balbuceó: –¡Alteza! ¡Princesa! –y se demoró un momento, indeciso, sin saber si correr tras ella o despertar a la servidumbre dormida.

Optó por lo primero e inició una ruidosa carrera, pero ya ella había desaparecido. Y tuvo que conformarse con perseguir su sombra, que serpenteaba por las paredes y se alargaba entre una y otra antorcha.

El trayecto le resultó interminable, con el viento que gemía y la oscuridad que extendía hacia ella sus tentáculos desde las entradas de los corredores que se bifurcaban, pero Hatshepsut siguió corriendo, gritando en su interior el nombre de Neferu.

Pasó como una exhalación entre los guardias imperiales apiñados junto a las puertas de los aposentos de Neferu y llegó jadeando a la lujosa sala de recepción de su hermana mayor. Estaba desierta. Desde el otro lado de la puerta que daba al dormitorio, que se encontraba entreabierta, surgía el rumor de cánticos y se colaba una humareda gris y densa de incienso. Con un sollozo, Hatshepsut obligó a su cuerpo a avanzar. Cuando entró al otro cuarto se detuvo bruscamente y el corazón comenzó a latirle con tal violencia que creyó que le desgarraría la garganta.

La habitación estaba llena de gente. Los sacerdotes se arracimaban alrededor del lecho como desdibujados pájaros blancos, el Sumo Sacerdote entonaba himnos y sus asistentes llevaban incensarios que resplandecían como oro en sus manos, y el humo se elevaba en una nube que convertía la atmósfera del recinto, de por sí viciada y pegajosa, en una bruma asfixiante. Junto a la cabecera de la cama estaba su padre, cubierto sólo con un sencillo faldellín de dormir, y con el resto de su enorme corpachón desnudo. Cuando ella, después de su súbita entrada al dormitorio, patinó y por último se detuvo, llevándose las manos a la garganta, él levantó la vista pero pareció no reconocerla. De pronto se había convertido en un hombre viejo, con la cara llena de arrugas y los ojos hundidos. Ahmose estaba en un rincón, sentada sobre un pequeño taburete, envuelta en un velo transparente que llegaba al suelo. Tenía en las manos la pequeña corona de plata de Neferu que ostentaba la efigie de Mut, y con aire ausente la hacía girar permanentemente entre sus dedos, mientras sus labios se movían en una plegaria. El mayordomo principal y otros miembros del séquito del faraón permanecían junto a la puerta formando un corrillo y secreteando con preocupación.

Ninguno de ellos prestó la menor atención a Hatshepsut cuando la niña se acercó al lecho. Se abrió camino a codazos entre los acólitos y pasó junto a Menena hasta que alcanzó a tocar los dedos fríos que colgaban del borde de la cama. ‘Neferu’, dijo en voz muy baja, y se quedó parada allí, en silencio, inundada por una oleada de afecto que comenzaba a impregnarse de miedo.

El médico real había cubierto el pecho de la muchacha que yacía en la cama con un trozo cuadrado de tela de lino, sobre el cual había colocado una serie de poderosos amuletos. Junto a él, sobre la mesa, estaban sus frascos, sus morteros y sus vasijas, pero a esa altura sabía que sólo los dioses podían salvarla. Se arrodilló junto a Neferu y con suma delicadeza ató la cuerda mágica alrededor de su frente empapada, mientras preparaba los exorcismos que alejarían el demonio de su cuerpo frágil.

Pero, en el fondo, sabía que todo sería inútil pues Neferu había sido envenenada, y levantó la vista para mirar al faraón. Los ojos de éste estaban fijos en el rostro de su hija, y sólo la fuerza con que su mano aferraba la dorada cabecera de la cama traicionaba sus sentimientos. El médico, acongojado, volvió a sumirse en sus conjuros.

No había logrado hacer vomitar a la princesa. De haberlo conseguido, habría existido alguna posibilidad de que se recuperara. Pero quien había llevado a cabo la tarea lo había hecho con gran pericia, y el dolor le estaba devorando la vida a Neferu con implacable tesón, a pesar de media noche de denodados esfuerzos por salvarla. La muchacha iba declinando rápidamente, y el estado de ánimo reinante en el cuarto había cambiado. El viento seguía aullando sin tregua.

De pronto, Neferu abrió los ojos y el médico se sorprendió tanto que cayó hacia atrás y quedó sentado de cuclillas. Hatshepsut vio el rostro de su hermana surcado de sudor, gris a la luz de las lámparas, se arrojó junto a ella y hundió su cabeza en la almohada. Neferu dejó escapar un leve gemido y se movió un poco.

Entonces Tutmés rompió el silencio.

–Levantadla. Colocadle un almohadón debajo de la cabeza.

Mientras el médico le sostenía la cabeza flácida y colocaba debajo de ella otra almohada, Hatshepsut levantó la vista y miró a su hermana, temblando.

–Oí que me llamabas, Neferu, por eso vine. Oh, Neferu, ¿vas a morir? –Neferu cerró en ese momento los ojos en un espasmo de dolor y Hatshepsut rompió a llorar–. No te mueras, Neferu. Te lo suplico. ¿Qué será del cervatillo? ¿Qué será de mí? Neferu giró la cabeza y volvió a abrir los ojos. Cuando habló, lo hizo con gran esfuerzo, y alrededor de la boca se le formó una línea de espuma. Tenía las pupilas muy dilatadas y, en sus profundidades, Hatshepsut detectó pánico y una inmensa tristeza.

–¿Recuerdas a Uatchmes y a Amunmes, que murieron, Hatshepsut?

Su voz era apenas un murmullo agudo, como el viento invernal que sopla entre las cañas de los pantanos. Hatshepsut asintió en silencio.

–¿Recuerdas a nuestra abuela, que murió?

Hatshepsut no se movió siquiera. Se aferró a la mano de Neferu, temerosa de que si llegaba a contestar, los sollozos que contenía en la garganta le brotarían con un estallido y llenarían la habitación. Se concentró en reprimirlos y en seguir aferrando la mano de su hermana.

Neferu hizo una pausa, y Hatshepsut sintió en la mejilla su aliento caliente y su respiración apresurada mientras se preparaba para hacer un último esfuerzo. Ya la penumbra de la Sala del Juicio Final comenzaba a envolver su mente, y sus vientos fríos tiraban de sus piernas.

–Me recordarás, Hatshepsut. Recordarás esta noche y aprenderás. Mi sueño no mentía: Anubis me aguarda junto a la balanza y yo no estoy lista. ¡No estoy lista! –Sus ojos se clavaron en la cabeza de la pequeña con febril intensidad, y los sollozos murieron en el pecho de Hatshepsut mientras se esforzaba por captar el mensaje–. Toma esto que te doy, Hatshepsut, y sácale provecho. –Su mirada se apartó de Hatshepsut y recorrió el cuarto hasta encontrar a Menena–. Yo no elegí el destino que me tocó en suerte. No lo deseaba. Tómalo tú, Hatshepsut, y úsalo. Lo único que yo deseo es... paz...

Sus últimas palabras fueron apenas un suspiro y Hatshepsut se encontró mirando esos ojos que ya no la veían sino que parecían velados por alguna visión lejana. Llena de congoja, tomó el brazo frío de su hermana y lo sacudió, gritando: –No entiendo, Neferu. ¡Nunca entiendo lo que me dices! ¡Te quiero!

La cabeza de Neferu comenzó a agitarse violentamente sobre la almohada entre su propia maraña de cabello negro pegoteado, y sus murmullos entrecortados resultaron ininteligibles.

–Sueña –dijo Tutmés con voz baja pero serena–. El final está cerca.

Hatshepsut se incorporó y le lanzó a su padre un puñetazo bajo el mentón, mientras las lágrimas le empapaban la cara.

–¡No! –Le aulló–. ¡Neferu jamás morirá!

Giró en redondo y huyó del cuarto, aterrorizada. Su guardia la esperaba en la puerta de los aposentos, pero ella lo evitó y tomó en cambio el pasadizo particular de Neferu que conducía a los jardines, corriendo con la velocidad de un leopardo acosado. Antes de que su guardia hubiese logrado atravesar el vestíbulo y llegar a la entrada del pasadizo, ya ella se encontraba fuera del palacio y volaba raudamente por la avenida en la oscuridad.

El viento la azotó en cuanto abandonó el amparo del muro y la hizo tambalearse, golpearse la canilla y raspase el codo contra los ásperos bajorrelieves, pero casi no sintió el dolor que se le irradió desde el tobillo. El pavimento proseguía, ancho y liso, hasta el río, así que lo abandonó enseguida y se internó en la zona arbolada, que le brindaba mayor protección. Siguió avanzando por senderos serpenteantes que se destacaban como cintas descoloridas, incluso en medio de esa violenta oscuridad y viento y arena, y que la fueron

alejando de la formalidad de los canteros con flores y las cascadas hacia una zona más agreste y solitaria. A pesa de transitar debajo de las ramas de los sicomoros, el viento la encontró y la abofeteó, obligándola a aminorar la marcha. Los ojos, la nariz y la boca entreabierto por el resuello se le llenaron de arena pero ella siguió adelante, impulsada por una furia interior que le servía de motor, hasta que ya no pudo más. Justo en el momento en que el dolor lacerante del costado y el silbido de sus pulmones alcanzaron tal intensidad que estaba a punto de dejarse caer al suelo, se encontró fuera de la zona arbolada y a los pies de una de las ceñudas estatuas de su Dios–Padre que enfrentaba los pilones del templo.

Sabía que, en línea recta con ese lugar, pasando las enormes puertas del templo y otra zona arbolada, se encontraba el Lago Sagrado de Amón, donde estaba amarrada la barca sagrada. Después de hacer una breve pausa siguió avanzando a tropezones, con la idea fija del agua en su mente. No sabía bien si la deseaba para beberla, para purificarse o para arrojarse en ella, pero prosiguió su carrera y sintió dentro de sí que la furia disminuía y comenzaba a ser reemplazada por una creciente congoja.

¡Neferu! ¡Neferu! ¡Neferu!

Cuando menos lo esperaba se encontró frente al lago y sus rodillas se doblaron cuando cayó en él desde la orilla, con los brazos extendidos, y el agua se cerró sobre su cabeza. Inmediatamente cesó el ruido del viento y la calma le resultó sobrecogedora. La arena y el polvo se desprendieron silenciosamente de su cuerpo, el agua la envolvió con su frescura y luego flotó, con los ojos cerrados y los cánticos de su cabeza convertidos en un leve murmullo. Oh, Amón, Padre mío, pensó con arrobamiento. Sintió su presencia más cercana cuando el ritmo de su respiración disminuyó y su cuerpo comenzó a ser arrastrado por la corriente. El viento encrespaba la superficie del lago y su cuerpo se mecía suavemente, como si ella misma fuese la barca sagrada, esperando a Dios para realizar su viaje. Exhaló casi todo el aire de sus pulmones hasta que sólo su rostro quedó fuera del agua. Me gustaría quedarme aquí para siempre y no regresar nunca, pensó. En ese momento recordó su sueño y comenzó a llorar de nuevo, esta vez más serenamente, no sólo por la soledad que la esperaba en el futuro, sino movida por un auténtico pesar por Neferu, por los años de luz y felicidad perdidos para ella.

De pronto sintió que una mano fuerte le aferraba el hombro. Boqueó, se hundió casi sin aire en los pulmones y se atoró al volver a salir a la superficie. Comenzó a forcejear, pero la mano la aferró con más fuerza y, mientras ella tosía y se debatía, fue arrastrada inexorablemente a la orilla. Sintió que dos manos la rodeaban y luego la arrojaban muy poco ceremoniosamente sobre la hierba. Después de haber logrado por fin recuperar el aliento, comenzó a tiritar. La oscuridad le impedía ver a su agresor, y ya se preparaba a huir cuando una mano se cerró sobre su brazo y una voz de hombre tronó.

–¿No sabes qué sería de ti si los sacerdotes te sorprendieran en el Lago Sagrado? ¿Qué hacías allí?

El individuo no era más que una sombra vaga y oscura contra las sombras más profundas del cielo encapotado y la mole negra del templo. Su voz era joven pero severa. Comenzó a asustarse y logró liberar el brazo. Giró para echarse a correr, pero él la asió nuevamente y, en un solo movimiento, se la cargó sobre el hombro, dejándola atolondrada.

–Nada de eso –dijo él–, ni se te ocurra escapar.

Cuando Hatshepsut por fin recuperó el sentido, ya él avanzaba a grandes pasos hacia el lado oeste del templo, sacudiéndola como un saco de patatas.

Bordeaban el lago y muy pronto Hatshepsut perdió todo sentido de la orientación. Jamás había estado detrás del templo, en ese laberinto de habitaciones de la servidumbre, graneros, cocinas y depósitos; y mientras era llevada por entre árboles y luego por callejuelas y a través de estrechos portales, se sintió absolutamente perdida. Por la forma en que la hierba cedía su lugar al pavimento y luego éste, a su vez, a un traqueteado sendero de tierra, y por la forma en que el viento de pronto cesaba y luego volvía a fustigarla, supo que

avanzaban por entre una serie de edificios. En algún momento, un suelo de piedras pintadas que vio pasar borrosamente debajo de ella le resultó familiar. Pero cuando por fin él la descargó y la depositó de pie en un estrecho y oscuro corredor al que daban muchas puertas cerradas, no tenía la menor idea de dónde se encontraba y temblaba de miedo y como consecuencia del chapuzón. Él la tomó de la mano y la condujo deprisa y con paso seguro por ese pasillo en tinieblas. Abrió una de las puertas del otro extremo, entró con ella y cerró la puerta con llave. Entonces, la soltó y ella oyó que buscaba algo a tientas, hasta que de pronto brotó una luz que le reveló el interior de una celda pequeña y encalada, un jergón sobre el suelo, una silla rústica y un baúl de madera sin terminar, que obviamente servía tanto para guardar la ropa como de mesa, pues el hombre apoyó encima la lámpara.

Él se volvió para mirarla y, al observarlo, los temores de Hatshepsut se desvanecieron. En realidad no era un hombre, por lo menos no un hombre hecho y derecho, Sino un muchachito posiblemente de la edad de Neferu, con rasgos armoniosos y fuertes y mirada penetrante. Su cabeza rapada le dijo algo, y el lienzo blanco manchado y llenó de barro que se le pegaba a las piernas largas le dijo el resto. Era un joven sacerdote, así que debía de estar en algún lugar dentro de los límites del templo. Comenzó a sentirse mejor. No era agradable verse arrancada de todo lo que le era familiar y encontrarse de pronto en un mundo extraño y amenazador de manos toscas y palabras irrespetuosas, sobre todo en una noche que ya le resultaba suficientemente espantosa e irreal sin la tensión adicional que implicaba sentirse perdida.

–Todavía estás temblando –dijo él, con su voz grave que ostentaba los matices de una virilidad no del todo alcanzada–. El aire está muy caliente, pero el viento es peligroso.

Dicho lo cual, tomó una andrajosa frazada de lana de su jergón y, antes de que ella atinara a protestar, ya se encontraba rodilla en tierra y frotándola tan vigorosamente como Nozme solía hacerlo.

Ese tratamiento enérgico y casi profesional acabó por ponerla en la realidad y, a medida que su piel comenzaba a tomar color y a brindarle una agradable sensación de calor y los dientes dejaron de castañetearle, pudo analizar los acontecimientos de la noche previa con mayor claridad y sin la carga onírica que la había llevado junto a Neferu y, luego, a huir hacia la noche. Neferu se moría. Lo más probable era que ya estuviese muerta, y Hatshepsut, parada allí sin fuerzas mientras ese extraordinario joven infundía nueva vida a sus miembros, espío por el boquete oscuro y abismal de su futuro. Junto con la certeza de la muerte de Neferu surgió otro pensamiento igualmente sombrío. Un estremecimiento involuntario le recorrió el cuerpo y el muchacho interrumpió su tarea, levantó la vista y la miró. Ahora ella, Hatshepsut, era la única hija real que quedaba. Las implicaciones de ese hecho eran demasiado complejas para que llegara a comprenderlas cabalmente en ese momento, pero si recordó las pacientes palabras de su madre: ‘Sólo en nosotras, las mujeres de estirpe real directa, fluye la sangre del Dios... ningún hombre puede ser faraón a menos que se case con una mujer de estirpe real’. Las palabras que Neferu había pronunciado hacia tan poco tiempo eran todavía un confuso revoltijo en la mente de la niña, pero sí recordaba con claridad su rostro bondadoso contraído por el dolor, sus enormes ojos. De nuevo, intempestivamente, las lágrimas comenzaron a aflorar.

Senmut la envolvió con gran delicadeza en la frazada y la obligó a sentarse sobre el camastro.

–Muy bien –dijo, acercando la silla y tomando asiento, de modo que la luz le daba en el rostro, destacaba sus distintos planos, y las pinceladas de luz revoloteaban y cambiaban de lugar a medida que hablaba–. Ahora, no tengas miedo y dime qué hacías junto al lago, o incluso en los alrededores del templo. ¿Te caíste al agua por accidente? –Ella no respondió; se quedó sentada muy quieta, con la mirada fija en el suelo y la cara en lágrimas asomando sobre la frazada de color marrón. Senmut la observó con impaciencia y lástima–. Vamos, es preciso que lo sepa. Si no me dices cómo apareciste en el Lago del Poderoso Amón en una

noche de perros como ésta, entonces deberás darle cuenta de ello al Maestro de Misterios y acarrerar la desgracia o algo peor sobre ti y sobre tu familia. Si estabas perdida, llegaste allí por accidente y te caíste al agua, entonces puedo llevarte de vuelta a tu casa y no se hablará más del asunto, aunque te confieso que no entiendo cómo lograste eludir a todos los guardias que hay apostados de aquí a la ciudad. ¿Hablarás ahora? ¿O prefieres que mande llamar a mi filarca? ¿Fue un accidente?

Hatshepsut no podía detener su llanto y, además, le goteaba la nariz. Agachó la cabeza, se secó la cara con la vieja manta y se sonó la nariz. Pero entonces comenzó a llorar de nuevo y le resultó imposible hablar.

El joven aguardó.

–No tienes por qué temer –le repitió–. No te haré ningún daño. ¡Por Seth, deja de llorar!

No sabía bien por qué, pero había algo en esa criatura que le provocaba un extraño desasosiego. Esa carita de huesos pequeños, mentón cuadrado y pertinaz, frente amplia y nariz fina y aristocrática, le recordaba a alguien. No tanto en los rasgos mismos sino más bien en la forma en que sostenía la cabeza erguida sobre su cuello espigado, levantaba la barbilla y lo miraba con expresión solemne. Qué criatura más extraña, pensó. Tal vez no estuviera en absoluto a punto de ahogarse. Se apartó el lienzo mojado de las pantorrillas y de pronto recordó la botella de vino que había escamoteado de la cocina la noche previa. Elevó una plegaria mental de agradecimiento, apartó la lámpara y, después de hurgar en el arcón, sacó un tosco tazón de madera. Volvió a apoyar la lámpara, buscó detrás de su silla y esgrimió la botella, llenó el tazón y se lo ofreció a la niña.

–Toma, bebe un poco de vino. Te hará sentirte mejor.

Ella dejó de lloriquear, extendió la mano y, sin una palabra de agradecimiento, tomó el tazón y se bebió el vino, lanzando un suspiro y arrugando la nariz. Luego le devolvió el tazón.

–Es un vino ordinario. Tiene sabor ácido.

–¡Ah! Así que, a fin de cuentas, tenías lengua, ¿no?

Ella volvió a enjuagarse la cara y se sentó más erguida, mientras con una mano se apretaba la frazada contra la barbilla.

–Por última vez, chiquilla. ¿Te caíste al lago accidentalmente?

–Sí. ¡No! No estoy segura.

–¿En la casa de quién sirves? ¿Tus padres son esclavos en la ciudad?

–¡Claro que no! Vivo en el palacio.

–¡Ah! De modo que trabajas en las cocinas. ¿En el harén del Buen Dios?

Los ojos negros que asomaban debajo de los párpados hinchados le lanzaron una mirada fulminante.

–¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? ¡Si deseo bañarme en las aguas de mi Padre en medio de la noche, no es asunto que te concierna a ti, sacerdote! Y ya que hablamos de eso. ¿Qué hacías tú allí?

En realidad, Senmut se encontraba camino de regreso a su celda después de uno de sus frecuentes saqueos en las cocinas y de haber comido carne de res fría y tortas de miel al amparo del patio exterior del templo. Para eludir a los guardias, había decidido bordear el lago. Fue sólo por pura casualidad que acertó a oír el chapoteo cuando ella cayó al agua. Se puso entonces a mirarla con mayor atención, mientras una duda horrible crecía en su mente. Por primera vez advirtió el desordenado mechón que colgaba de su cabeza rapada, todavía entretejido en cintas blancas y azules, los colores de la familia imperial. Cerró los ojos. ‘Oh, misericordiosa Isis, rogó en su interior. No, te lo suplico, no’. Cuando volvió a abrir los ojos, la diminuta boca estaba apretada.

–¿Quieres decir que no sabes quién soy?

Él sacudió la cabeza con lentitud.

–Creí que os estabais ahogando. Pensé que erais una esclava que estaba dando un paseo por donde no debía. Sólo deseaba salvaros de la desgracia.

De pronto ella sonrió y se le iluminó el rostro. Era una sonrisa contagiosa, llena de humor y cordialidad, pero él no pudo devolvérsela. Sabía que esa criatura podía acarrearle la muerte. Él le había puesto las manos encima a un miembro de la familia real, y su vida ya no le pertenecía.

–Muy bondadoso de tu parte –dijo ella en tono burlón–. Tú, un insignificante sacerdote we'eb, deseando salvarme de la desgracia a mí, la princesa Hatshepsut.

–Se sentó más atrás y apoyó la espalda contra la pared, con los ojos encendidos–. ¡Qué emocionante! ¿De veras creíste que estaba a punto de ahogarme?

–Sí, Alteza –respondió él y tragó fuerte.

–Entonces te perdono –dijo haciendo un gracioso gesto con la mano–. Eres un auténtico hijo de Maat. –Luego entornó los ojos con expresión astuta–. Y ahora, ¿qué piensas hacer conmigo? Los guardias deben de estar buscándome, pues saben que escapé del palacio. Seguramente mi padre está furioso y Nozme se encuentra sumida en un mar de lágrimas porque sabe que será castigada por no cuidar de mí. Pero no fue culpa suya. Yo me escabullí del cuarto mientras ella dormía.

Senmut se descorazonó más todavía. Así que a esto me trajiste, oh padre mío, cuando vinimos juntos a la ciudad santa, pensó. A una muerte ignominiosa para mí y la desgracia para ti. Luego dijo en voz alta: –Alteza, ¿puedo haceros una pregunta?

–Jamás imaginé –le respondió ella con cierta irritación– que, después de haberme puesto las manos encima en el lago y haberme cargado sobre tu hombro; después de recorrer toda la zona al trote sacudiéndome sin piedad y de fregarme con tu áspera y vieja frazada hasta casi desollarme, de pronto tendrías reparos en formularme otra pregunta. Confieso –siguió diciendo con admiración– que tienes espaldas muy fuertes. Pues bien; huí del palacio porque... porque mi querida Neferu... –entonces comenzó a llorar muy despacio, mirando hacia otro lado, y Senmut la contempló con preocupada impotencia–. Un veneno... mi preciosa Neferu está agonizando.

La premonición y el horror le recorrieron la piel y le treparon por la columna como las patas suaves y peludas de un puñado de arañas venenosas. Sus manos se cerraron en los brazos de la silla. De modo que había sucedido. Y tan pronto. Y él no había hecho otra cosa que enterrar la cabeza en la arena de su propia seguridad, como esos estúpidos avestruces de Nubia, mientras allá en el palacio una muchacha encontraba la muerte, con el cuerpo destruido y atormentado por el veneno que casi haría decirse que él mismo, Senmut, le había administrado. Cuán apropiados son tus juicios, Poderoso Amón, pensó. Moriré, y merezco la muerte, pero no por el crimen por el que seré acusado. Refrenó un imperioso deseo de estallar en una carcajada histérica.

La pequeña princesa estaba acurrucada contra la pared, la cabeza oculta entre los brazos, sollozando ahora sonoramente, como si todo ese horror pudiese ser lavado con sus lágrimas.

–Ella me llamó –en mis sueños– y yo acudí y la encontré allí, tan enferma... morirá... oh, Neferu, Neferu... –Por último se irguió y le tendió las manos–. Por favor, sacerdote, ¿podrías tomarme de la mano? Tengo tanto miedo y nadie me comprende, nadie.

¿Qué más da?, Pensó, abatido, mientras pasaba de la silla al jergón y se sentaba junto a ella. Ya la he tocado, y eso me convierte en hombre muerto. La rodeó con los brazos, la apretó contra su pecho y la acarició para tranquilizarla, mientras sentía que los hombros de la niña, frágiles como las alas de un ave, se estremecían con cada sollozo. La pequeña hundió su cara empapada contra el cuello de Senmut y se aferró a él como si realmente se estuviera ahogando y él fuese la única roca de salvación que le quedaba.

–Calmaos, pequeña princesa –murmuró mientras la acariciaba–. La vida continúa. Vivimos, morimos, y sólo los dioses saben cuándo ocurrirá eso. Llorad, si eso os sirve de consuelo.

De pronto advirtió la ironía contenida en sus palabras y calló.

Hasta que finalmente se quedó dormida, con la cabeza apoyada contra el hombro de Senmut, y él permaneció en silencio, contemplando el aleteo de sus largas pestañas sobre su mejilla bronceada. Al cabo de una hora la sacudió con mucha suavidad y ella se agitó y lanzó un pequeño quejido.

–Vamos, Alteza, es hora de irnos. El viento está amainando y mañana será un día hermoso y lleno de sol. –La ayudó a ponerse de pie y le dio de beber un poco más de vino, cosa que ella hizo sin ningún comentario, balanceándose un poco por el agotamiento que sentía–. Os llevaré de vuelta a vuestro padre. Me parece que deberíais llevaros mi frazada para que os abrigue.

Senmut se ajustó el cinturón y se pasó una mano por la cabeza rapada, pero cuando se volvió para iniciar la marcha vio que ella lo contemplaba con expresión meditabunda. El tenue resplandor del amanecer comenzaba a iluminarlos y bajo esa pálida luz la pequeña parecía a un tiempo vacía pero también mayor, como si las lágrimas se hubiesen llevado para siempre la esencia de su infancia.

–¿Cómo te llamas? –Le preguntó.

–Senmut, Alteza.

–Senmut. Mira, Senmut: regresaré sola, como vine, y no me llevaré tu frazada.

¿Crees que no sé lo que mi padre te haría si supiera lo de esta noche? Sólo te pido que me lleves de vuelta hasta el lago; de allí en adelante no me costará mucho orientarme. Y no temas. Mi padre me enseñó la importancia de guardar silencio, y me parece que sólo ahora comprendo el significado de sus palabras. No le hablaré a nadie sobre ti.

–Princesa, tal vez sería mejor que el faraón lo supiese por mis labios en lugar de enterarse a través de las habladurías y los rumores.

–¡No digas disparates! Las habladurías se alimentan de los hechos, por lo menos eso es lo que sostiene mi madre, y sólo tú y yo sabemos lo que ocurrió. Te aseguro que no hablaré. ¿Acaso dudas de mi palabra?

Senmut no abrigaba la menor duda al respecto. Al desplegar la manta y dejarla caer al suelo, la niña irradiaba la arrogancia inconsciente propia de la realeza. Él le hizo una reverencia y, sin más, abandonaron la celda.

En el exterior reinaba una inmovilidad casi total. Los últimos resabios de viento les acariciaron las rodillas mientras atravesaban sigilosamente el patio y se esfumaban en las sombras de los graneros pero, por encima de sus cabezas, el cielo estaba despejado y presentaba el tono blanco lechoso del amanecer. No había ni rastros de bruma alrededor de los obeliscos y torres del templo, y ambos avanzaron deprisa entre los árboles y llegaron por fin a orillas del Lago Sagrado, cuyas aguas apenas se movían en la quietud de la mañana.

Se detuvieron y se miraron. Hatshepsut respiró hondo.

–El khamsin ha cesado. Soplaba por ella, por Neferu, y se la ha llevado consigo.

Lo sé. Gracias, Senmut, por arriesgar tu vida por mí. Pues sé bien que eso es lo que hiciste; y cuando descubriste quién era yo en realidad, no te amedrentaste sino que me consolaste como un hermano. No lo olvidaré.

Senmut contempló esa carita sincera y luego se arrodilló y besó la hierba junto a sus pies.

–Alteza –dijo–, sois la mujercita más valiente que he conocido, y también la más sabia. ¡ Os deseo una larga vida!

–¡Levántate, levántate! –Exclamó ella, sonriendo–. Te aseguro que tu saludo posee mucha más nobleza que la desfachatez del tonto de User–amun. ¡Ahora será mejor que comience a correr antes de que mi padre decida ejecutar a los guardias uno por uno!

Le hizo un saludo con la mano y empezó a correr como un cervatillo hacia los árboles que estaban del otro lado de la avenida festoneada de esfinges, y su cuerpecito desnudo resplandeció al ser alcanzado por los rayos incipientes del sol.

La vieron correr desnuda como una exhalación hacia el portal oeste del palacio, así que cuando por fin traspuso la puerta de sus aposentos, encontró allí a su padre, solo, esperándola. Las esclavas estaban entregadas a sus tareas, barriendo la arena que lo cubría todo, pero ninguna entonaba los cánticos habituales y todos los moradores del palacio que se encontraban despiertos estaban en silencio. En el aire flotaba una atmósfera ominosa, por más que Ra jugueteaba entre el polvillo dorado que levantaban las escobas, saltaba a lo largo de los suelos de mosaico y asomaba por entre las blancas columnas. Hatshepsut intuyó la opresión reinante incluso antes de arrodillarse frente a Tutmés para disculparse por su proceder y sentirse traspasada por su mirada helada.

El faraón había sido bañado y llevaba ceñida a la cintura una tela amarilla de lino. Sobre su torso colgaba un sencillo pectoral de oro y loza azul que presentaba el Ojo de Horus flanqueado por dos halcones. Tenía la cabeza cubierta con un tocado de cuero con listas negras y amarillas que le llegaba hasta los hombros y, en la frente, una banda con el Uraeus real. No había dormido ni comido y su aspecto era el de un anciano; debajo del khol negro recién colocado brillaban un par de ojos húmedos y enrojecidos. Como no le dijo que se levantara, Hatshepsut permaneció con la nariz pegada al suelo, tratando de recuperar el aliento. El faraón comenzó a caminar por la habitación.

–¿Dónde has estado?

–Deambulando por los jardines, padre.

–¿De veras? ¿Durante las últimas cuatro horas?

–Sí, Poderoso Horus.

–¿En la oscuridad? ¿En medio del viento y la arena?

–Sí.

–Mientes –dijo él sin perder la calma, como si se tratara de un comentario casual hecho a su esposa en medio de una caminata matinal–. Desde que te fuiste, los jardines han sido registrados una y otra vez, y mi capitán está a punto de ser azotado porque no te hallaron allí. ¡Contéstame! –Exclamó, ahora con voz más severa–.

Soy tu padre, pero también soy el faraón. Puedo hacer que te den una buena tunda, Hatshepsut. ¿Dónde estuviste?

La niña vio que los pies de su padre se aproximaban y se detenían uno a cada lado de su cabeza. Lo incómodo de su posición le estaba provocando un calambre en la nuca y desde algún rincón del cuarto le llegaron efluvios de pan recién horneado que le recordaron cuánto apetito tenía, pero permaneció inmóvil.

–De veras estuve en los jardines, padre; sólo que después seguí corriendo hacia el templo.

El pie que estaba junto a su oreja izquierda comenzó a dar leves golpes en el suelo.

–¿Ah, sí? ¿Y no te parece extraño, entonces, que los guardianes del templo, que bullen en su interior como hormigas atareadas a toda hora del día y de la noche, todavía estén buscándote?

–Fui hasta el templo, padre, pero no entré. Me dirigí a la... a la barca sagrada, bajé por la rampa y me quedé tendida dentro de ella, donde el viento no pudiera alcanzarme.

Hatshepsut se alegraba mucho de que su padre no pudiera verle la cara, pues todavía no había aprendido a mentir sin que se le notara.

–¡No me digas! ¿Y por qué hiciste eso?

–Deseaba estar cerca de mi Padre. Quería pensar en... en mi querida Neferu.

De pronto Tutmés se quedó inmóvil. Se alejó de ella y tomó asiento en la silla baja de la niña.

–Levántate, Hatshepsut, y ven aquí –le dijo con tono bondadoso–. Esta noche me has hecho pasar momentos de extrema preocupación, y he descargado mi cólera sobre los soldados y la servidumbre por igual. ¿Cuándo aprenderás a ser prudente? ¿Tienes hambre? – Ella se levantó de un salto y corrió a la mesa mientras su padre levantaba el lienzo de hilo que la cubría, dejando al descubierto pan caliente, pescado ahumado y una ensalada verde que olía a cebollas y brotes de papiro y que hicieron que la boca se le llenara de saliva–. Come, entonces.

El faraón no llamó a ninguna esclava para que le lavara las manos, pero a ella no le importó en absoluto. Ya he purificado todo mi cuerpo en las aguas de mi Padre, pensó, y miró con expresión culpable a Tutmés mientras cruzaba las piernas y se dejaba caer sobre su cojín, partiendo la hogaza de pan con manos anhelantes.

Él aguardó pacientemente a que ella hubiese terminado hasta el último trozo de pescado y se hubiese bebido la última gota de leche de la taza. Entonces le dijo en voz muy baja:

–Neferu ha muerto, Hatshepsut.

Ella dejó caer la cabeza y esbozó un gesto de asentimiento.

–Ya lo sé, padre mío. Estaba tan asustada, mucho antes de esta noche. Solía tener unas pesadillas tan espantosas. ¿Por qué tuvo que pasarle a ella? –Preguntó, mirándolo a los ojos–. Lo único que deseaba era ser feliz.

–Todos debemos morir algún día, Hatshepsut; algunos antes, otros después, pero todos al final debemos postrarnos a los pies de Osiris. Neferu no era feliz.

–Pero podría haberlo sido. Si tan sólo no hubieses planeado su casamiento con Tutmés. Si no hubiera sido la Hija Principal...

–¿Quieres cambiar lo inmutable, hija mía? –La regañó con ternura–. Lo cierto es que era la Hija Principal. No tengo un hijo que pueda sucederme en el trono por derecho propio. ¿Habías preferido que la eximiera de cumplir su destino y, con ello, hiciera a un lado a Tutmés?

–Tú no has eximido a Neferu de su destino –replicó Hatshepsut–. Su destino era la muerte.

Sobresaltado, Tutmés estudió a fondo esos ojos serenos y límpidos y observó en ellos cierto cambio. Era un hombre dotado de una fina percepción, agudizada por tantos años de gobierno. Las circunstancias de la muerte de Neferu señalaban, a su criterio, en una dirección que por un lado lo afectaba enormemente y, por otro, le procuraba un gran alivio. A lo largo de su carrera había tenido oportunidad de enfrentarse muchas veces a muertes violentas y sabía reconocer la acción del veneno.

También conocía al dedillo las vidas y ambiciones de sus ministros, y más de una vez se había visto obligado a rechazar las sutiles presiones de la manipulación. No le cabía la menor duda de que lo ocurrido con su hija mayor constituía un nuevo intento de torcer el curso de su reinado o de saciar la ambición de algún sacerdote o funcionario, y esa certeza había encendido dentro de él un fuego que seguiría ardiendo hasta que descubriera la verdad de los hechos. Pero no podía negar que sentía también cierto alivio: alivio porque le permitía postergar una toma de decisión que le resultaba difícil y angustiosa. Si bien Neferu había sido la segunda mujer en importancia en Egipto y llevaba su sangre real, nunca había logrado entenderla del todo y le espantaba verse obligado a hacer una proclamación que implicara dejar su bien amado país en manos de un muchacho insensible y gordinflón y una muchacha fantasiosa, soñadora y pusilánime. No era para eso que había arriesgado su vida incontables veces, conspirado y cubierto su cuota de pillaje tanto del ka como del cuerpo.

Casi deseaba no descubrir jamás la verdad acerca de la muerte de su hija, pues le venía como anillo al dedo a sus propósitos. Pero la tortuosa maquinación que entrañaba, el grado en que alguien intentaba manejar los hilos del futuro y que podría poner en peligro su dinastía, le obligaban a husmear aquí y allá, y a hacer indagaciones, aunque jamás llegara a

acusar a nadie en concreto ni a presentar a ningún reo ante las Cortes de Justicia. Mentalmente se dirigió a esa forma borrosa que había acercado la copa de veneno a los labios de Neferu y le advirtió: Te demostraré una vez más quién detenta el poder en Egipto. Yo soy Maat, y mis deseos son los deseos del Dios. Pero ahora Hatshepsut, su tesoro, se había convertido en Hija Principal, y eso le permitía respirar aliviado. En el trasfondo de su mente comenzó a esbozarse un nuevo plan, todavía impreciso, pero que iba tomando forma con rapidez.

–No –le dijo al resignado rostro que tenía ante sí–. Su destino era ser Divina

Consorte, pero ella no quiso aceptarlo. Te lo transfirió a ti, y así te lo dijo expresamente. ¿No lo recuerdas, Hatshepsut? ‘Yo no elegí el destino que me tocó en suerte. No lo deseaba... tómalo.’

Hatshepsut sintió un desagradable escalofrío al recordarlo.

–Tómalo tú... y úsalo –completó la niña–. Sigo sin entenderlo. Neferu siempre decía cosas que me resultaban incomprensibles, por mucho que intentara descifradas.

Tutmés apartó la mesa, alzó a su hija y la sentó sobre sus rodillas.

–Neferu fue llevada a la Casa de los Muertos hace dos horas –dijo–, y eso es algo muy serio para ti, mi pequeña. Ahora tú eres la última hija real. –Sintió que el cuerpo de Hatshepsut se ponía tenso.

Ella giró la cabeza para no mirarlo y al cabo de un momento le dijo con voz apagada:

–Gran Faraón, ¿eso quiere decir que me obligarás a casarme con Tutmés?

–Eres demasiado joven para hablar de matrimonio. ¿No te gusta Tutmés?

–No. Es terriblemente aburrido.

–Hatshepsut, tienes muchos años por delante, y en ellos llegarás a comprender las responsabilidades que Neferu se negó a enfrentar. Precisamente por eso murió; ¿no lo comprendes?

–No –contestó con voz cansada–. Desde luego que no. Jamás entiendo esas cosas.

–Tú has sido forjada en un molde diferente –siguió diciendo el faraón–. El mismo Amón te protege. Pero aun así, de ahora en adelante debes tener mucho cuidado con todo lo que haces y dices. Y no te preocupes por el futuro: de eso me ocuparé yo. Pero si llegara a decidir que es preciso que te cases con Tutmés, me obedecerás, ¿no es cierto?

–Sólo si tú me lo ordenas.

–¡No has tenido reparos en desobedecerme en otras ocasiones! –Dijo, sacudiéndola con suavidad–. Pero basta de hablar del futuro y volvamos al presente.

Dime, ¿qué estuviste haciendo en realidad esta noche?

–Lo siento, padre, no puedo decírtelo. Pero te aseguro que no fue nada malo –dijo, después de bajarse de sus rodillas y pararse frente a él, con las manos tomadas detrás de la espalda.

–Muy bien –dijo su padre, dando por terminado el tema, pues sabía bien que no lograría sonsacarle nada más–. Ahora comienza el periodo de duelo por Neferu.

No habrá escuela, y tampoco verás a ninguno de tus amigos. Tu madre duerme en este momento, y te sugiero que hagas lo mismo; parece muy cansada. Y no esperes ver a Nozme durante algunos días. Estará desempeñando las tareas de esclava en la cocina para que aprenda que yo, el faraón, así como la convertí en nodriza real, puedo convertirla ahora en asistente de cocina del palacio.

Hatshepsut sonrió.

–No fue culpa suya que yo escapara.

–Era su responsabilidad cuidar de ti. –Su padre golpeó las manos y apareció Tiyi, la segunda nodriza real, hizo una reverencia y se quedó aguardando–. Llévala a la cama y procura que se quede allí toda la mañana –le ordenó Tutmés–. Y no le quites los ojos de encima ni por un momento. –Se agachó y besó a Hatshepsut.

De pronto la niña se le colgó del cuello.

–Te quiero, padre mío.

–También yo te quiero, mi pequeña Hat. Y me alegro de que estés sana y salva.

–¿Cómo podría ser de otro modo, teniendo dos Padres tan poderosos para protegerme? –Respondió con tono solemne.

La sonrisa que siempre acechaba en sus labios afloró sin reservas y Hatshepsut echó a andar hacia la puerta de la mano de Tiyi.

Durante setenta días, durante los cuales la inundación alcanzó su apogeo y toda la tierra se convirtió en un vasto lago rojizo, punteado por villorrios convertidos en islas y árboles que parecían flotar enhiestos, como por encanto, sobre la marea calma, el cuerpo vaciado de Neferu yacía en la Casa de los Muertos, mientras era preparado con reverencia para su nueva morada. La piel tersa y cetrina que se había caldeado al sol y sentido el roce del oro y de manos humanas, ahora conocía una paz muy distinta de la que tanto anhelara. Mientras los sacerdotes Sem envolvían sus miembros con costosos lienzos de lino y rellenaban sus cavidades, no con comida, ni vino, ni amor, sino con paños empapados en natrón, sus ojos sin vista los contemplaban con ciega resignación. En los talleres del templo, los artesanos daban los últimos retoques a los ataúdes que contendrían su cuerpo. Al otro lado del río, a pesar de los inconvenientes creados por el agua que lamía las puertas y se escurría entre el suelo empedrado, los pintores, escultores y albañiles trabajaban día y noche para completar el pequeño templo funerario que la misma Neferu había comenzado a hacer construir a fin de que, en años futuros, pudiera recibir las ofrendas de la gente que recurriera a ella con sus penas y deseos. Pero no tan pronto. No todavía. Había algo patético y cruel en esa biografía truncada que iba tomando forma en los muros exteriores, en el suelo del santuario colocado tan deprisa, en las estatuas rodeadas de polvo y fragmentos sueltos de piedra que los escultores se afanaban por concluir antes de que Neferu pasara por allí camino al acantilado que estaba a sus espaldas, hacia el oscuro silencio de su tumba excavada en la roca, cuya entrada quedaría oculta para todos salvo para ella misma.

Había sido una buena inundación. Los impuestos aumentarían y las cosechas serían abundantes. Los labriegos, al no poder trabajar sus tierras durante esos meses, habían participado, en cambio, en la construcción de las obras encargadas por el faraón. Seguían recibiendo pan y cebollas, y se sentían felices. De Egipto brotaba una música exultante, la música de la fecundidad y la riqueza. Pero en lo más recóndito de la Casa de los Muertos, las mejillas de Neferu eran rellenadas para que pareciera estar durmiendo, hasta que finalmente las vendas cubrieron sus ojos para siempre.

En el palacio no se oían músicas ni risas. En los aposentos de Neferu, la servidumbre se ocupaba en reunir todas sus pertenencias –la ropa, la vajilla, los muebles, los potes de cosméticos–, todo aquello que había empleado en vida y seguiría usando en la solitaria intimidad de su tumba. Sus joyas fueron envueltas y colocadas en sus estuches de oro, y sus coronas yacían en sus cajas forradas. En el cuarto de los niños, Nozme y Tiyi guardaban sus viejos juguetes –las pelotas de cuero rojas y amarillas, los trompos, las muñecas de madera y los pequeños gansos pintados–, y también las diminutas cucharas con que la habían alimentado cuando era bebé, y las cintas y faldellines que había usado cuando era pequeña. Sus pelucas fueron incineradas en una ceremonia breve y conmovedora, y por último las enormes habitaciones quedaron vacías transitoriamente, esperando ser ocupadas por otra heredera real. Las puertas fueron cerradas con llave y selladas, y entonces los rayos del sol se derramaron dentro de ellas, como un río de oro líquido que fluía hasta el último rincón; era Ra, que buscaba a su Hija desaparecida.

Para Hatshepsut fue una época de extremo aburrimiento, entretejido con accesos de extremo pesar. Pasaba gran parte de su tiempo en el Zoológico Real, viendo crecer al cervatillo, alimentando a los pájaros y acompañando a Nebanum en su recorrido por todas las jaulas para dar de comer y de beber a los animales a su cargo.

Solía sentarse con él en su pequeño jardín, deshojando las pequeñas margaritas blancas y amarillas que salpicaban el césped y preguntándole cosas acerca de todo lo que crecía, volaba y caminaba sobre la tierra. Nebanum era un hombre simple, solitario y feliz, con una sorprendente sabiduría con respecto a todo lo relacionado con la naturaleza. Sintió una enorme ternura por esa pequeña que parecía sentirse de pronto tan desconcertada e insegura. Le habló de los hábitos de las aves, y de los distintos tipos de flores y qué atención se les debía prestar; le refirió cuáles eran los escondrijos preferidos de los ciervos del desierto. Ella lo escuchaba siempre con avidez. En ocasiones acudía a su puerta con el único deseo de permanecer en silencio, y entonces él se quedaba sentado y contemplaba su rostro impassible y sus dedos inquietos, adivinando la pena y las dudas que acosaban a la pequeña lo mismo que intuía las necesidades de sus animales, pero sin poder ofrecerle otra cosa que su compañía y la tibia leche de cabra que ordeñaba todos los días. De una extraña manera, ella lo necesitaba. Él recordaba a Neferu y también guardaba silencio.

La escuela había suspendido sus actividades, y el preceptor real Khaemwese solía sentarse en algún rincón de los jardines y dormir al sol. El joven Tutmés pasaba el tiempo en compañía de su perpleja y malhumorada madre; y los hijos de los nobles, que normalmente habrían compartido el aula con Hatshepsut y Tutmés, permanecían en sus respectivas casas, disfrutando de las vacaciones escolares.

Ahmose no salía de sus aposentos, ni siquiera para las comidas; y sólo Hetefras cuidaba de ella. No compartía con nadie su hondo pesar. Había nacido en una corte palaciega, tanto su padre como su abuelo habían sido faraones, así que sabía bien cuál debía ser su proceder. La muerte entre los miembros de la realeza se parecía bastante a la vida: estaba sujeta a súbitos cambios de fortuna y de dirección. Ahmose pasaba mucho tiempo orando a Isis, su amada benefactora, arrodillada delante del altar que había erigido muchos años antes en su dormitorio. Con frecuencia sus súplicas se referían más a la pequeña Hatshepsut que a Neferu, quien sin duda ya se encontraría gozando de la compañía de Amón-Ra en su barca celestial y no necesitaba las oraciones de nadie. En cambio, la preocupación que sentía por su pequeña hija se había convertido en una presencia permanente dentro de su ser, una especie de nueva criatura que llevaba en sus entrañas, cuyos estremecimientos la llenaban de desasosiego.

En cuanto al Poderoso Toro de Maat, adquirió la costumbre de deambular por los salones y los corredores en mitad de la noche, perturbando a la servidumbre y sobresaltando a los guardias que tenían a su cargo la vigilancia en las horas silenciosas y quietas de la noche. Durante el día se dirigía al templo para realizar él mismo los sacrificios que por lo general llevaba a cabo en su nombre el sacerdote que lo sustituía. Ya sabía cuál era su voluntad, y no era precisamente que Tutmés tomara las riendas del gobierno. Durante sus caminatas nocturnas se había debatido tratando de decidir si debía o no hacer regresar a sus hijos Wadjmose y Amunmose de la frontera y colocar la corona sobre la cabeza de alguno de ellos, pero había terminado por descartar la idea. Los dos tenían más de cuarenta años y eran soldados desde su juventud. No era que ese hecho tuviera demasiada importancia, pues un faraón aguerrido sin duda gobernaría a su pueblo con mano dura y férrea. Más bien se debía al rechazo afectivo que le provocaba la idea de tener que hacer que uno de ellos se casara con Hatshepsut, una niña de sólo diez años; aunque tal vez ésa fuera una solución más atinada que el temerario plan que maquinaba en su mente. Además los dos estaban casados y tenían sus familias y propiedades fuera de Tebas; ambos habían estado alejados de toda actividad política durante muchos años y... y... ‘Y no es eso lo que quiero’, se dijo al arrodillarse delante de su dios en la penumbra del inmenso santuario. ‘Mi voluntad es también la voluntad de Amón, pero a veces hay un largo trecho entre desear algo y poder llevarlo a la práctica.’ Así, pues, siguió presentando ofrendas y recorriendo los recintos de su palacio con pasos resueltos cuyo eco resonaba con fuerza en la oscuridad.

Finalmente, en el mes de Mesores, cuando el Nilo había comenzado a descender, dejando en su lugar un suelo oscuro y fértil, el cortejo fúnebre se congregó en la ribera este para llevar a Neferu a su morada definitiva. Una muchedumbre silenciosa observó cómo su ataúd era ubicado en la barca, junto con todas las cosas que la habían ligado a la vida. Los sacerdotes, la comitiva fúnebre y la familia se embarcaron para ese breve viaje hacia el oeste con los ojos bajos, cada uno sumido en sus propios pensamientos. En la otra orilla aguardaban inmóviles las narrias y los bueyes y, a medida que las barcas se acercaban lentamente a los amarraderos, y las pértigas empuñadas por los esclavos que hacían avanzar las embarcaciones brillaban al sol al hundirse y volver a emerger empapadas, Hatshepsut comenzó a temblar.

Los días de duelo le habían proporcionado una serenidad precaria que le permitió sentirse de nuevo en paz con la vida, pero la visión de esas enormes bestias rojizas sujetas por los servidores inmóviles y de aspecto un poco siniestro de la Necrópolis la llenó de un pánico similar al que la había catapultado del lecho de muerte de Neferu al Lago Sagrado. Sus dedos buscaron el cálido consuelo de la mano de su madre.

Las barcas golpearon suavemente contra la orilla, se colocaron las rampas y Hatshepsut, Ahmose y el faraón se quedaron de pie aguardando a que el ataúd y las arcas fuesen desembarcadas.

Mutnefert y su hijo se mantuvieron a cierta distancia. Hatshepsut advirtió las cautelosas miradas de soslayo que Tutmés le lanzaba, pero la angustia que sentía borró cualquier vestigio de fastidio que eso pudiera provocarle. Deliberadamente le dio la espalda y se apretó a Ahmose.

Tutmés la observó con expresión taciturna. Su madre le había dicho que, puesto que Neferu había muerto, para poder ser rey tendría que casarse con Hatshepsut.

Eso lo había disgustado mucho, pero su rebelión no había durado demasiado. Como de costumbre, la había ocultado tras la acolchada capa de su indolencia, aflorando apenas bajo la forma de un leve enfurruñamiento.

Mutnefert estaba casi irreconocible ese día: aparecía envuelta en voluminosos pliegues azules y no ostentaba ninguna joya. Observaba furtivamente a su imperial marido con un leve destello en la mirada. Confiaba en que no pasaría demasiado tiempo antes de que su hijo fuese nombrado príncipe heredero y que cuando éste se casara con Hatshepsut, lograría sofocar sin mucho esfuerzo el carácter rebelde e indómito de la pequeña. Reflexionó que, a fin de cuentas, la muerte de la princesa no había sido tan catastrófica para sus planes como creyó al principio, si bien, por supuesto, era un hecho lamentable. Mutnefert sabía que Neferu habría sido una esposa mucho más obediente y dócil que Hatshepsut, pero eso era un asunto que ya no tenía remedio. Sólo significaba que deberían tener paciencia. Lo único que se había perdido era un poco de tiempo.

Se formó entonces el cortejo fúnebre. En primer lugar una serie de esclavas que portaban sobre sus hombros recipientes de alabastro rosado que contenían alimentos y ungüentos preciosos, luego más esclavas, que transportaban las ropas y las joyas de Neferu en arcones de cedro. A continuación, la narria con los cuatro canopes que contenían las vísceras de la muchacha muerta, cada una de cuyas tapas representaba la efigie de uno de los cuatro Hijos de Horus. Este conjunto era precedido por un sacerdote que avanzaba a pie, entonando himnos; detrás de los vasos canópicos venía la rastra con el ataúd, rodeado de sacerdotes. Hubo un leve murmullo cuando la procesión se formó, y Hatshepsut se dirigió con Ahmose y el faraón a ocupar su lugar detrás del ataúd, todavía prendida de la mano tranquilizadora de su madre.

Menena se acercó a Tutmés y le saludó con una reverencia, y el faraón le indicó que diera comienzo a la ceremonia. Los bueyes arrancaron y la rastra se puso en movimiento con una sacudida. Hatshepsut comenzó a caminar, oyendo a sus espaldas los lamentos de las plañideras; mantuvo los ojos bajos con la mirada pendiente de los talones del sacerdote que le

precedía, pues no deseaba mirar al ataúd ni pensar en su contenido. A todo lo largo del recorrido del cortejo, los servidores de la Necrópolis se encontraban arracimados y en silencio, inclinándose al paso de Tutmés como trigo mecido por el viento, pero recuperando luego su total inmovilidad.

Hatshepsut los vio por el rabillo del ojo: túnicas blancas que flameaban al viento, un pueblo entero de espíritus truculentos que vivían de la muerte. De pronto se oyó la voz de Ani, el joven y vigoroso sacerdote de Neferu, que surcaba el aire de la mañana con la claridad de una trompeta: ‘¡Llorad de gozo pues ella se ha hecho dueña del Horizonte!’. Había una nota triunfal en su cántico, y también un pesar más profundo que el que podían experimentar los demás. Cuando los otros respondieron:

‘¡Vive, ella vive por siempre!’ Hatshepsut rompió a llorar. Sintió entonces que el inmenso puño de su padre se cerraba sobre su otra mano, pero eso no logró consolarla. En la entrada de la tumba, donde aguardaban algunos criados para prestar su colaboración, la procesión se detuvo. La muchedumbre había quedado atrás y los lamentos de las plañideras se convirtieron en un leve murmullo entrecortado. El ataúd fue apoyado en el suelo y colocado en posición vertical. Por un instante fugaz y sobrecogedor Hatshepsut levantó la mirada e imaginó que de pronto la tapa dorada se abriría de par en par y Neferu daría un paso adelante, pero no fue así. Los sacerdotes Sem se congregaron para verter las libaciones. Menena se adelantó, empuñando el cuchillo sagrado, y así dio comienzo la Ceremonia de la Apertura de la Boca.

Durante cuatro días y cuatro noches el cortejo acampó a la vera del pequeño templo y de la nueva tumba excavada en el acantilado. Las carpas azules y blancas aletearon y tiraron suavemente de sus estacas como torpes pájaros atados; hora tras hora, racimos de sacerdotes dejaban oír sus murmullos y agitaban los turíbulos⁴ entre sus manos, y el humor gris del incienso se elevaba en brumosas columnas que fluctuaban y luego desaparecían en el aire diáfano del desierto.

El ataúd seguía apoyado verticalmente sobre la roca y los sacerdotes proseguían con sus himnos. Las lágrimas surcaban las mejillas ardientes de Hatshepsut que, tendida bajo su carpa, se sentía espantosamente sola.

Finalmente, en el ocaso del cuarto día, todos se congregaron en el exterior de la tumba y los sacerdotes y los asistentes de la Necrópolis llevaron a Neferu al interior del acantilado. Tutmés, Ahmose y Hatshepsut los siguieron, con los brazos llenos de flores y los pies descalzos, estremeciéndose un poco al ser acogidos por ese ambiente umbroso y escalofriante. El estrecho pasadizo avanzaba un tramo en línea recta y luego descendía bruscamente y comenzaba a describir una curva. Los gruñidos de esos hombres sudorosos, la titilante luz de las antorchas y el reacio y pausado rechinar del ataúd contra el suelo arenoso se conjugaron para que un pánico creciente palpitará en la garganta de Hatshepsut.

Caminaba en último término, con excepción de un criado, y su sombra brincaba y giraba sobre las toscas paredes que la rodeaban. Concentró la mirada en las caderas cadenciosas de su madre y, cuando por fin llegaron a la helada cámara mortuoria, se sobresaltó. Ahmose extrajo un pétalo de su túnica y lo dejó caer, y luego se volvió y esbozó una sonrisa lastimosa, pero Hatshepsut, consternada, estaba muy ocupada recorriendo el recinto con la mirada. Estaban levantando a Neferu para colocarla en su lecho de piedra, y otros hombres aguardaban, listos para sellar su tumba. Alrededor de su hermana yacían todos sus tesoros, con un aspecto casi desconocido, ostentando ya el color gris de la muerte, formales y extrañamente intocables, como dotados de una vida propia hostil y celosa. Todos aguardaban. Hatshepsut no se atrevía a moverse siquiera: temía que si llegaba a tocar algo, desencadenaría... ¿qué? ¿El rechinar de la tapa del ataúd? ¿La acometida de manos ya marchitas contra el frágil muro de los vendajes?

⁴ Incensarios.

Por último, los hombres retrocedieron y Menena entonó el último cántico ritual. Ahmose sintió que los ojos comenzaban a arderle pero no se atrevió a llorar. Tutmés permaneció allí inmóvil, como si la magia de la tumba lo hubiese transformado en la misma piedra empleada para tallar los inmensos guardianes pintados; pero su mente, en cambio, desplegaba una actividad febril y a pesar de su mirada inexpresiva, se encontraba a la caza de su presa. El Sumo Sacerdote calló, se volvió, hizo una reverencia y los dejó. Tutmés se adelantó y depositó las flores sobre su hija. Ahmose siguió su ejemplo y ambos se dirigieron al pasadizo.

Hatshepsut quedó a solas. Era su turno. Se acercó a Neferu, y enseguida advirtió que en esa atmósfera de inmovilidad que la rodeaba se había operado un cambio: percibió cierto aire de impaciencia, como si estuviera a punto de sobrevenir algo aterrador, y de pronto sintió miedo. ‘No es cierto que estés muerta, ¿no, Neferu?’, Susurró. A sus espaldas, el esclavo que sostenía la última antorcha se agitó con desazón. Hatshepsut arrojó las flores al suelo en una cascada verde y rosada y echó a correr tras el faraón llamándolo en voz alta en medio de esa oprimiente oscuridad.

Iniciaron el regreso al palacio con enorme alivio: cruzaron el río a toda prisa y se dispersaron luego, cada uno rumbo a sus respectivas habitaciones; hambrientos de afecto, comida y diversiones. Tutmés, Hatshepsut y Ahmose cenaron juntos en los aposentos de ésta, sentados en almohadones distribuidos sobre el suelo, rodeados de muchas lámparas. Comieron con verdadero entusiasmo, mientras las esclavas, en incesante vaivén, se deslizaban por los suelos frescos de mosaico portando vino, ganso asado y agua caliente endulzada. Hasta Tutmés se permitió relajarse ahora que el duelo había concluido. Por la mañana llamaría a sus espías y la pesquisa comenzaría, pero en ese momento sonreía y les hacía bromas, mirándolas con los ojos tiernos de un sencillo hombre de familia.

Para Hatshepsut, había llegado el momento de olvidar todos esos misterios inexplicables. Neferu había desaparecido. Era hora de mirar hacia delante: de volver a concentrarse en la escuela, en sus amigos, y en Nebanum y los animales. Cuando terminaron de comer, su madre mandó llamar a la intérprete que les había deleitado con el nuevo laúd, quien enseñó a la pequeña a tocar una melodía. Hatshepsut quedó encantada.

–¡Quiero tener uno de esos instrumentos! –Exclamó–. ¡Y tú debes venir todas las noches a mis aposentos y enseñarme a tocar otras melodías! Me gustaría aprender algunas de las canciones maravillosas de tu país ¿Puedo? –Preguntó, dirigiéndose a Tutmés, quien asintió con aire indulgente.

–Haz lo que quieras –replicó—. En tanto estudies tus lecciones y obedezcas a Nozme puedes dedicarte a lo que se te antoje. Vete ahora –le dijo a la mujer, quien se inclinó y se ruborizó, y luego se dirigió a la puerta con el laúd bajo el brazo–.

Son un pueblo estupendo –le comentó Tutmés a Ahmose–. A pesar de los elevados impuestos con que mis nomarcas los agobian todavía encuentran tiempo para hacer música. En este momento, en todos los rincones de Tebas se oye a estos moradores del norte, que cantan y tañen sus instrumentos. Hasta el ciego Ipuky está tomando lecciones para aprender a tocar el nuevo laúd. Bueno, Hatshepsut –dijo, levantándose, y ella también lo hizo–: mañana, de vuelta a la escuela. Que duermas bien.

Ella se inclinó e hizo una mueca.

–¡Y también de vuelta al perezoso Tutmés! –Gruñó–. Preferiría mil veces cazar contigo en los pantanos esta primavera a tener que sentarme junto a ese muchachito rezongón y aburrido.

Una expresión de satisfacción inundó la cara de Tutmés.

–¿De veras? ¿Y también preferirías tener entre tus manos las riendas de un carro de combate en lugar del cálamo con que escribes?

–¡Oh, sí! –Exclamó ella enseguida mientras en sus ojos asomaban destellos de excitación–. ¡Desde luego que sí! ¡Seña maravilloso!

–¿Y qué me dices de las riendas del gobierno, mi pequeña flor? –Siguió diciendo el faraón. Ahmose reprimió una exclamación y se irguió en su asiento–. ¿Qué te parecería poseer un país en el que pudieras tallar tu nombre, pichoncito de Horus?

En sus labios asomaba una sonrisa, sus ojos estaban entornados, y la niña lo miró con incredulidad.

–Son muchas las cosas que no entiendo, padre, pero hay una que me han repetido hasta el cansancio, para que me la grave bien: las mujeres no pueden gobernar.

Una mujer... –le lanzó una mirada a su madre, quien se cuidó muy bien de apartar la vista–, jamás puede ser faraón.

–¿Por qué no?

–¡Eso sí que no lo entiendo! –Dijo, riendo. Entonces se acercó furtivamente a él y le acarició un brazo–. ¿Puedo aprender a manejar los caballos? ¿Y a lanzar la lanza corta?

–No veo ningún inconveniente en que tomes algunas lecciones sencillas. Pero primero será la lanza corta, pues para manejar los caballos hace falta tener muñecas muy fuertes.

Hatshepsut bailoteó hacia la puerta y hacia Nozme, que la aguardaba fuera.

–¡Tutmés se enojara! ¡Se pondrá furioso! Gracias, Poderoso Horus. No te decepcionaré.

Se quedaron escuchando su excitado parloteo y los comentarios intermitentes de Nozme hasta que el sonido de sus voces se desvaneció por completo. Entonces, cuando volvió a reinar el silencio, Ahmose se dirigió a su marido.

–Gran faraón, en algunas ocasiones, y debido a la posición que ocupó, me ha sido permitido ofrecerte mi opinión. ¿Puedo hacerlo en este momento?

Tutmés la contempló con un afecto entremezclado con los efluvios del vino e hizo un gesto de asentimiento.

–Habla. Sabes bien cuánto valoro tus palabras.

Ahmose se levantó del piso y se instaló en una silla.

–No conozco cuáles son tus planes con respecto al sucesor al trono. Es cierto que tampoco antes los conocía, pero mientras Neferu vivía no existía ningún problema al respecto. Tutmés reinaría, con ella como consorte, a la manera y según la tradición de nuestros antepasados y de acuerdo con los dictados de Maat. Pero, de pronto, todo se complica. Egipto ha quedado con un hijo real pero sin ninguna hija con edad suficiente para convalidar sus derechos a la corona, pues sin duda la pequeña Hatshepsut es demasiado joven para casarse. Y mientras aguardamos a que ella crezca, mi querido marido, tu envejeces. – Vaciló un instante y se estrujó nerviosamente las manos. Al ver que él no decía nada, siguió hablando, con voz más alta y ritmo más veloz–. ¡Dime lo que piensas, Noble Señor, pues es mucho lo que sufro! Sé muy bien la opinión que tienes de Tutmés. Sé también lo mucho que te decepciona el que tu único hijo sea como es y que Wadjmose y Amun–mose ya sean hombres grandes, con sus vidas y sus familias lejos de Tebas. ¿Piensas llamar a alguno de ellos? ¡Supongo que no habrás pensado en colocar la doble corona sobre la cabeza de Hatshepsut! ¡Los sacerdotes no te lo permitirían! –De pronto Ahmose elevó los brazos como en una plegaria, y Tutmés levantó la vista y la miró

–. ¡No cambies nada, Dorado Horus! ¡No interfieras con Maat! ¡El precio de ello serían la guerra y la muerte! –Su voz se elevó y luego descendió bruscamente, y la habitación se llenó de silencio.

Tutmés bebió el vino a pequeños sorbos, paladeándolo y apreciando su aroma, y se enjuagó las manos en el bol con agua. Comenzó a sonreír. Fue hasta el lecho de Ahmose, se dejó caer sobre él y, con un gesto perentorio del brazo, le ordenó que acudiera a su lado. Ella le obedeció, temblorosa, y él atrajo su cabeza y la besó.

—¿Quieres, entonces, que hagamos juntos otra hija real? ¿O un hijo? ¿Te parece que es mejor que llame a mis hijos del desierto y los enemiste, interponiendo entre ellos los símbolos de la realeza? ¿Preferirías que apresurara las cosas y llevara a Tutmés y a la pequeña Hat al templo y los obligara a contraer matrimonio? —La mano que la aferraba ya no era una caricia y la expresión de su rostro se había endurecido, pero la destinataria de su furia no era ella. Sus ojos miraban fijamente los rincones en sombras de la habitación—. Quisieron convertirme en un idiota senil para poder manejarme como un eunuco nubio amedrentado. Pues bien —aflojó el peso de la mano apoyada sobre su hombro y se recostó, atrayéndola hacia él hasta que ambos quedaron tendidos uno junto al otro sobre el lecho dorado—: yo soy Maat, mi dulce Ahmose. Yo, y sólo yo. Mientras yo viva, Egipto y yo seremos una sola cosa. Ya he tomado mi decisión. En realidad la tomé hace varias semanas, mientras Neferu todavía yacía en la Casa de los Muertos. No estoy dispuesto a permitir que Tutmés, ese hijo mío estúpido, blando y aferrado a las faldas de su madre, ocupe mi trono y gobierne mi país para que lo convierta en un caos. Y tampoco afligiré a mi pequeña Hat colocándole una brida tan penosa y molesta como ese muchacho. Las cadenas que ella usará serán de oro. Ella es Maat. Ella, más que yo, más que el tonto de Tutmés, es la Criatura de Amón. Pienso nombrarla príncipe heredero, y lo haré mañana mismo. —Se incorporó con cierto esfuerzo e hizo girar su cuerpo. Ella se estremeció al sentir su peso sobre sí—. Los sacerdotes saben lo que pueden hacer con sus objeciones. El pueblo de Egipto me ama y me reverencia. Ellos acatarán mi voluntad —dijo, bajando su cara hasta apoyarla sobre la de ella.

Sí, pensó Ahmose, mientras él buscaba nuevamente sus labios, de acuerdo; pero cuando hayas muerto, mi Poderoso Señor, ¿qué ocurrirá entonces?

Al día siguiente, el anuncio de Tutmés provocó en su pueblo una conmoción que Superó ampliamente la de cualquier otro acontecimiento acaecido en el curso de doscientos años de ocupación, guerra y privaciones. Los heraldos reales se desperdigaron hacia el norte y hacia el sur y, como antorchas humanas, propagaron la noticia por las ciudades y pueblos de las distintas provincias, y su fuego ardió en Menfis, Buto y Heliópolis, haciendo que los habitantes salieran a las calles como en una gran festividad religiosa. En los campos y en las granjas, en cambio, los campesinos escucharon las nuevas, se encogieron de hombros y volvieron a agachar sus lomos sobre la tierra. Todo lo que hiciera el Buen Dios estaba bien; el interés que la novedad despertó en ellos consistió sólo en escuchar y asentir. Al sur, en Nubia, en la zona occidental del desierto, los hombres de Kush y los nómades shashu recibieron el anuncio con circunspección y cautela, tratando de olfatear qué vientos de cambio soplaban en Egipto, y si ello vaticinaba un desmoronamiento no muy lejano o, en cambio, un acrecentamiento de su poder. Pero en el palacio mismo, el joven Tutmés escuchó a su padre en un silencio pétreo, sin que su rostro de facciones armoniosas traicionara la zozobra que comenzaba a trocarse en odio. Mutnefert, su obesa madre, se rasgó las vestiduras y se revolcó por la tierra de los jardines del palacio al ver desbaratadas sus esperanzas y quedar a merced de un futuro incierto.

Sólo Hatshepsut recibió la noticia serenamente. Escuchó las palabras de su padre con expresión impávida, mirándolo con sus enormes ojos oscuros, y se limitó a asentir.

—¿De modo que ahora soy el príncipe heredero Hatshepsut?

—Sí.

—¿Y seré faraón?

—Así es.

—¿Tienes suficiente poder para ello?

Su padre sonrió.

—La respuesta es nuevamente sí.

—¿Qué dirán los sacerdotes?

La pregunta lo sobresaltó. Bajó la mirada y observó a la pequeña, con su faldellín mugriento, la cinta de su mechón infantil desatada, una de las diminutas sandalias desabrochada y tuvo una oleada de afecto y admiración. En ocasiones le resultaba insondable: en lugar de una criatura le parecía un ser que se comunicaba directamente con el Dios, alguien rodeado por su aura. Percibió claramente en ella una voluntad, una búsqueda, un poder todavía sin forma, que aguardaban, palpitantes, la oportunidad de desarrollarse hasta llegar a su plenitud.

Le respondió como lo habría hecho con uno de sus ministros.

–Anoche hablé con Menena. No se alegró. Diría más bien que está furioso, pero le recordé que entre mis prerrogativas figura la de nombrar otro Sumo Sacerdote en su lugar.

En realidad había hecho bastante más que amenazar a Menena, pero sabía que relatarle a Hatshepsut las verdaderas causas de la muerte de su hermana equivaldría a cargar sus pequeños hombros morenos con un peso mayor del que podrían soportar. Por otra parte, se resistía a hacer referencia a un asunto tan sórdido como ése y a correr el riesgo de que se convirtiera en un escándalo de proporciones. Así que decidió evitarle ese sufrimiento a su pequeña flor, sintiendo al mismo tiempo remordimientos por el alivio que le había significado la desaparición de Neferu.

Un sacerdote del templo había acudido a verlo a hora muy temprana y le había hablado de ciertos encuentros nocturnos furtivos debajo de los árboles, mantenido por Menena y otra persona, y del soborno de los magos. Después de oír su relato, Tutmés mandó llamar a Menena y observó con una mezcla de odio y perplejidad al que otrora fuera su amigo, pues aquél no dio la menor muestra de inquietud.

El Sumo Sacerdote se había postrado ante él, hasta que le fue ordenado incorporarse. Luego se había quedado parado, aguardando con actitud cortés, la mirada fija en un punto de la pared ubicada detrás de la cabeza de Tutmés, las manos ocultas dentro de su túnica. Por última vez el faraón vio en él al hombre que alguna vez fue su padre, hermano y confidente; el hombre a quien él había investido de inmenso poder movido por el afecto y la gratitud; el hombre que había terminado por dejarse corromper por ese mismo poder. Entonces el pesar que lo embargaba se desvaneció.

–Lo sé todo –le dijo con voz calma, con ese murmullo suave que siempre había puesto en fuga a sus criados–. ¡Qué torpe de tu parte, viejo amigo! Creíste que con Neferu–khebit muerta y mi hijo casado con la pequeña Hat, los sacerdotes del templo tendrían en sus manos un enorme poder si yo llegaba a morir de forma intempestiva. –Luego caminó hasta donde se encontraba Menena y acercó tanto su cara a la suya, que el Sumo Sacerdote se vio obligado a mirarlo a los ojos–. Y, ¿qué me dices de mí, viejo cuervo? –Susurró Tutmés con furia–. ¿También estabas dispuesto a tramar mi propia muerte? ¡Habla! ¡Habla si en algo valoras tu vida!

Menena había dado un paso atrás y bajado la vista.

–Poderoso Toro –dijo, esbozando una sonrisa–; como Dios que eres, todo lo ves y todo lo sabes. ¿Qué necesidad hay entonces de que hable? Si lo hiciera, ¿no estaría acaso inclinando mi cabeza frente al verdugo?

Tutmés lo fulminó con la mirada y luego exclamó: –¡Vosotros, los sacerdotes! ¡No sois más que unos hipócritas charlatanes y maquinadores! ¡Pensar que tú, nada menos que tú, hayas llegado a esto! –Su voz creció en intensidad y las venas de su frente se hincharon–. ¡Tú eras mi amigo! ¡Mi aliado frente a todas las adversidades cuando crecimos juntos! Pero te has convertido en una serpiente, Menena, en una alimaña vil y ponzoñosa. Tú y yo ya no tenemos nada más que decimos. En nombre de nuestra vieja amistad, no te haré matar ni deshonraré tu nombre para siempre. Pero te condeno al exilio. Te doy dos meses para desaparecer de aquí. Yo, Tutmés, el Bienamado de Horus, ordeno que así sea hasta el fin de los tiempos. –Luego había hecho una pausa, se había alejado y había permanecido junto a su mesa con la mirada llena de cólera perdida en la oscuridad–. Y llévate contigo a tus pestilentes amigos –farfulló.

De pronto Menena dejó escapar unas risitas ahogadas. Tutmés lo miró atónito, con la cara congestionada por una furia repentina, pero ya Menena se incorporaba y se escabullía hacia la puerta.

–Majestad, todo lo que decís es cierto, palabra por palabra. Pero no me carguéis todo el fardo. Pues ¡Mirad! ¿Acaso no os he hecho de paso un gran favor? Tal vez en mi corazón aniden la maldad, la ambición, como acabáis de afirmar, pero ¿habéis observado el vuestro? ¿En el bien de quién pensáis, cuando os estremecéis de indignación y dejáis escapar vuestros gruñidos? ¿En el de Tutmés, vuestro hijo? –y luego de reír disimuladamente había desaparecido de su vista.

Ahora, recordando ese doloroso episodio, la ira aceleró los latidos de su corazón.

–Los sacerdotes se afanan y van de un lado al otro, pero su principal deber es para con el Dios, y tú eres la Hija del Dios, ¿no es así?

Ella sonrió, él sonrió, y ambos salieron a caminar por el jardín tomados de la mano, admirando las flores. Tutmés volvió a sentirse absurdamente joven, con el corazón liviano, sin abrigar la menor preocupación con respecto a Tutmés el Joven. Le dará una esposa, o dos si lo desea, y lo nombraré virrey de alguna parte. Pero no tendrá a mi pequeña Hat, pensó alegremente. Sabía bien que esos pensamientos habían asomado furtivamente por debajo de la férrea disciplina de hombre de Estado y que no eran propios de la mente de un faraón, pero por una vez había seguido los dictados de su corazón y no los de su inteligencia, y ello lo alegraba. Le enseñaría a su pequeña a gobernar, y proseguirían su camino juntos.

De pronto le preguntó:

–¿Deseas alguna cosa en especial, Hatshepsut? ¿Algún favor que esté en mis manos concederte? No he puesto una carga muy gozosa ni fácil sobre tus hombros.

Ella reflexionó un momento y luego se le iluminó la cara.

–¿Un favor? Sí, padre, pues tengo una gran deuda de gratitud con alguien y no sé cómo pagársela. En cambio a ti no te costaría nada hacerlo.

–¿Qué puedes deberle tú a otra persona?

–Hay un joven sacerdote we'eb que se mostró bondadoso conmigo hace algún tiempo. ¿Me permites que le pregunte si necesita algo?

–¡Claro que no! ¿Qué relación puede haber entre tú y un labriego?

–Me prometiste un favor y ya has oído lo que deseo. No es propio de un faraón el desdecirse. ¿Acaso no son todos los sacerdotes merecedores de tu atención, Poderoso Horus? ¡Y este pequeño sacerdote, este campesino, me hizo un enorme favor, un favor de tal magnitud que, si hubiese sido un noble de tu casa, inmediatamente

lo habrías convertido en príncipe Erpa–ha!

–¿Ah, sí? –Exclamó enarcando las cejas–. ¿En un Erpa–ha? ¡Cuánta generosidad! ¡Para merecer tal honor, lo menos que debe de haber hecho es salvarle la vida al príncipe heredero!

–¿Puedo hablar con él? –Se apresuró a decir la niña para ocultar la impresión que le produjo el hecho de que su padre prácticamente hubiese adivinado la verdad–. ¿Me permites que lo haga comparecer en mis aposentos? Sí, dime que sí.

–Todo esto me resulta de lo más interesante, pequeña. Por cierto, hazlo. Que sea mañana mismo: yo estaré allí y honraré a ese... campesino con mi augusta presencia.

–¡No! –Exclamó y tragó con furia al comprender que en ese momento, al igual que en aquella otra noche en que soplaban los khamsin, se encontraba en aguas peligrosas e impredecibles–. Si tú estuvieras presente, padre, se sentiría intimidado y eso le impediría hablar. Y entonces yo jamás sabría cuál es el deseo más próximo a su corazón.

Tutmés sacudió la cabeza.

–¡Haz como quieras, entonces! –Replicó con brusquedad–. Pero quiero que inmediatamente después vengas y me lo cuentes todo. ¡Vaya combinación tan extraña: un príncipe y un sacerdote we'eb!

Su padre prosiguió la caminata y ella corrió tras él. De hecho, había olvidado todo lo referente a Senmut hasta que su padre sacó a relucir el tema de los favores, pero ahora se sentía francamente excitada y comenzó a planear la entrevista. Pero debió interrumpir sus cavilaciones repentinamente pues si bien recordaba su voz áspera, casi masculina, penetrante, bondadosa— y su mera evocación le producía una sensación de calidez, en cambio su rostro se le había borrado por completo.

A Senmut, arrodillado fregando los suelos del templo, le había pasado todo lo contrario. Durante el día lo acosaba una imagen, la misma que también poblaba sus sueños durante la noche y que no le daba tregua: siempre veía en su mente a la princesa, señalándolo con un dedo acusador, mientras los temibles guardias del Ejército de Su Majestad se apresuraban a llevárselo prisionero. A pesar de que el periodo de duelo por la pobre Neferu transcurría sin que ninguno de sus temores se materializara, Senmut tampoco se sentía aliviado, pues los remordimientos que sentía por el envenenamiento de la muchacha le hacía la vida imposible. Pero, al menos, había comenzado a llevar a cabo sus tareas sin que la amenaza de un arresto inminente le contrajera la espalda, y sus días comenzaron a sucederse con inexorable monotonía.

He sido un necio rematado, se dijo, al soñar que algún día podría llegar a ser algo más que un servidor del templo. Hubo una época en que, en este país, hasta un campesino tenía oportunidad de mejorar su posición, pero ahora sólo los sacerdotes, los príncipes y los nobles gozan de privilegios, y es preciso que renuncie a mis anhelos y me resigne a continuar con mis tareas serviles.

Al endosarse ese sermón sensato y tranquilizador, su ambición volvió a inquietarlo con violencia, por lo cual terminó sentado sobre sus talones, enjugándose la frente y gruñendo en voz alta. Era inútil. Jamás sería un modelo de sacerdote we'eb, como su padre esperaba, y tampoco podía tolerar la idea de estudiar para convertirse en escriba. El incidente vivido con Hatshepsut lo había atemorizado y pocos días después había estado a punto de presentarse ante el escriba mayor del Templo y solicitarle ser admitido entre sus discípulos; pero se frenó justo en el umbral de la puerta de aquél y luego regresó corriendo a su celda, horrorizado.

No renuncies a tus sueños, le susurró su corazón. Sigue aguardando un golpe de suerte que sólo los dioses te pueden conceder. Y sigue también confiando en que la pequeña princesa tenga mala memoria y olvide la osadía de un campesino.

Por último, se alineó junto a sus compañeros para presenciar el paso de la familia real que regresaba de la Necrópolis. Benya estaba con él. Su indómito amigo había regresado de Assuán la semana anterior, desconociendo la tragedia que se había abatido sobre el palacio. Se suponía que debía trasladarse al norte con las piedras recién extraídas de las canteras, y dirigirse río arriba hasta Medinet Habu, donde el faraón estaba construyendo; pero el proyecto había sido postergado durante los meses de duelo por la Princesa. Así que Benya y Senmut habían deambulado por Tebas bebiendo, conversando con los comerciantes y los artesanos en los mercados, deteniéndose en los talleres de metales del templo para contemplar cómo se mezclaba y se derramaba en moldes el oro argentífero convertido en un líquido calentado al blanco, y luego observar cómo los asistentes martilleaban el metal precioso hasta convertirlo en planchas con las que tapizarían las barcas del Dios. No pudieron acercarse al taller de orfebrería, pero sí pasaron muchas horas en el patio donde se trabajaba la piedra, pues los dos jóvenes estaban sedientos de conocimientos. Toquetearon los bloques de granito y de piedra caliza que aguardaban allí que alguien les diera su forma definitiva; manejaron las enormes sierras y sudaron gozosamente con los barrenos que mordían la piedra de manera tan satisfactoria y dejaban al descubierto repliegues marmóreos grises y rosados, cristales que refulgían a la luz del sol, delicado alabastro que resplandecía como la miel.

Los ingenieros conocían a Benya y sabían de su apasionado interés por cada roca, su ingenio rápido y su inagotable capacidad de trabajo. Pero Senmut les hacía preguntas que no estaban en condiciones de responder, y la intensidad de ese interrogatorio constante terminaba por cansarlos. Podían hablarle de las vetas de la superficie de una roca, informarle en qué lugar convenía incrustar los tarugos de madera para realizar un corte adecuado, o qué piedras aguantarían la tensión de determinado tipo de construcciones y cuáles se rajarían o se desmoronarían. Pero, en cambio, ignoraban todo lo referente a ideas, planos, perspectivas, innovaciones, proporciones, todo aquello que tenía lugar después de la intervención de los ingenieros en una obra, o que la precedía.

—Lo que deberías hacer es hablar con alguno de éstos —le dijo un trabajador fastidiado, señalándole, con una sacudida de su rollizo codo, un grupo de hombres altos ataviados de blanco y con pelucas cortas que se encontraban congregados a la sombra en el otro extremo de la excavación, conversando sobre una verdadera montaña de rollos de papiro—. Ellos te dirán todo lo que quieres saber.

Senmut los observó y luego desvió la mirada. Arquitectos: los hombres más respetados, venerados y reputados de Egipto. El famoso y legendario Ineni hablaba a diario con el faraón. Tenía tantas obras y cargos que necesitaba que su escriba se los recordara. Pero para Senmut no habría una cordial sonrisa de bienvenida, nadie lo invitaría a participar en la conversación.

Así él y Benya fueron conociendo Tebas. En ocasiones Benya salía por su cuenta, ávido de disfrutar las noches impetuosas y excitantes de los prostíbulos; para Senmut, en cambio, las mujeres seguían siendo nada más que su madre, su Prima Mut—ny, y las muchachitas pordioseras, delgadas como varas de papiro, que le arrojaban barro cuando pasaba por las calles. No tenía tiempo de descubrir la sexualidad ni tampoco mayor urgencia en hacerlo. Si bien era un individuo de gran sensualidad, que sabía apreciar la armonía de líneas y curvas, el revoloteo de una cabellera femenina o los reflejos del sol sobre una dentadura blanca, sus impulsos se encontraban todavía sepultados, ocultos. Por las noches solía sentarse a Solas en su celda y soñar con los edificios que construiría: esos imponentes e imperecederos monumentos que pregonarían su nombre por los siglos de los siglos.

No son más que delirios descabellados, solía decirse, sueños acunados por mi mente febril.

Dos días después de la sepultura de Neferu, Senmut y Benya se encontraban sentados junto al pilón que marcaba la entrada al templo. La mañana estaba fresca y la dulce fragancia de tierra mojada saturaba el aire.

Benya había ido a despedirse de su amigo. Los trabajos se habían reiniciado en el templo de Medinet Habu, y él había preparado su equipaje y fue a reunirse con Senmut mientras el equipo era cargado en las barcas y los bloques de piedra eran instalados en las balsas y sujetos a ellas.

—¿Cuánto tiempo estarás lejos esta vez? —Le preguntó Senmut.

Se sentía consternado ante la idea de quedar solo y tener que volver a enfrentarse con su monótona ronda de tareas serviles.

Benya se recostó con un suspiro de satisfacción.

—¡Qué mañana tan increíble! —Exclamó—. Será agradable viajar hoy por el río, sin otra cosa que hacer que pasarme las horas contemplando el agua. No sé cuándo volveré a verte. Quizá cuando les toque el turno a las cuadrillas de construcción, dentro de un par de meses. Todavía es mucha la piedra que debemos cortar y tallar, y mi maestro detesta trabajar deprisa. Cuando llegue el calor y se presenten allá los campesinos para iniciar sus tareas como albañiles, entonces regresaré.

Senmut contempló con envidia el cuerpo sano y delgado de su amigo y su rostro sonriente y satisfecho.

–Me voy –dijo Benya–: abrázame. –Senmut se puso de pie y lo hizo–. Que Isis te proteja –dijo Benya con tono jovial mientras recogía sus cosas. Ambos se sonrieron y Benya se volvió para irse, pero un segundo después le murmuró a Senmut al oído–: ¡Un guardia del Ejército de Su Majestad y un heraldo! ¡Y vienen hacia aquí!

Senmut dio un paso adelante, con el corazón galopándole en el pecho y las manos húmedas. Entrelazó los puños cerrados detrás de la espalda y se quedó observando la figura alta que se aproximaba. Casi no prestó atención al heraldo. Tenía la mirada clavada en la lanza empuñada por esa mano enorme, en el haz de músculos que asomaban en su poderoso torso y en el resplandeciente y dorado Ojo de Horas que ostentaba el casco del individuo. Su rostro carecía por completo de expresión.

Se acercaron a Senmut, y con un leve golpe seco, la punta de la lanza se clavó en tierra. El heraldo lo saludó con una reverencia y entonces Senmut, como atontado, volvió hacia él su mirada.

–¿Sois Senmut, sacerdote de los sacerdotes del Poderoso Amón? –Preguntó el heraldo con tono cordial al advertir la palidez del muchacho.

Senmut asintió imperceptiblemente. Así que finalmente ha ocurrido, pensó. Ahora soy hombre muerto.

El heraldo lo saludó a la manera imperial, apoyando la mano derecha sobre el hombro izquierdo de Senmut.

–Os traigo una citación de parte del príncipe heredero Hatshepsut Khnumnun. Su Alteza os ordena presentaros ante ella dentro de una hora, a orillas del Lago del Poderoso Amón. No lleguéis tarde. No le habléis a menos que ella os lo solicite, y mantened los ojos bajos. Es todo. –Sonrió, hizo otra reverencia y se alejó de allí, seguido por el soldado.

Benya lanzó un suspiro tembloroso.

–¡Por Osiris, Senmut! ¿A qué se debe todo esto? ¿En qué has andado, para que la Hija del faraón quiera verte? ¿Estás metido en algún lío?

Senmut se volvió hacia él. La excitación le recorrió las entrañas y, como una brasa encendida, saltó hasta sus ojos y los hizo centellear; en sus labios comenzó a esbozarse una sonrisa. Merró a Benya por los hombros y se puso a sacudirlo.

–¡No, no! ¡No se trata de problemas, mi querido Benya! Si la finalidad era arrestarme, ella no me habría enviado un heraldo. ¡Tendré una audiencia con ella!

–¡Eso ya lo sé! –Respondió Benya sonriendo y liberándose de las manos de su amigo–. Pero ¿cuál es el motivo? ¿O acaso es un secreto?

–En cierto modo, sí. En una ocasión le hice un favor a la princesa. Oh, bueno, no; en realidad cometí una torpeza, y ella... Mira, Benya, lo que ocurrió es que yo me equivoqué de medio a medio, y el recuerdo de ese error mío me ha acosado durante semanas. Me ha llenado de miedo y ansiedad. Y ahora...

–Ya veo que tendré que irme sin que el misterio se aclare –dijo Benya volviendo a colocarse el fardo sobre el hombro con un envión–. Pero no me dejes así, Senmut; mándame noticias sobre lo que pasa por aquí. Debo saberlo pues mi curiosidad es insaciable y tú me la has despertado. Envíame un papiro con un relato coherente, redactado por un escriba sabio y sensato, o juro que no te dirigiré la palabra cuando regrese. –Comenzó a alejarse, pero luego se volvió–. ¿Seguro que no estás en problemas?

–Sí, seguro. Creo –y, al decirlo, Senmut extendió los brazos en un gesto que era a la vez de éxtasis y de liberación–, creo que, a fin de cuentas, es posible que mis sueños se cumplan.

–Espero que así sea. Adiós, Senmut.

–Adiós, Benya.

–¡No dejes de mandarme tus noticias!

–¡Así lo haré!

Senmut saludó a Benya con la mano. Antes de que su amigo hubiese desaparecido de su vista, Senmut echó a correr hacia su celda, llamando a gritos a un esclavo.

Quería que le llevaran agua y ropa limpia, y que le afeitaran la cabeza; y todo en una hora. Lo haré –exclamó exultante para sí mientras corría–, lo haré. Pero ni él mismo sabía a ciencia cierta a qué se referían esas dos palabras suyas.

Exactamente una hora después, lavado, afeitado y cubierto con un lienzo crujiente de lino almidonado, llegó a la cima de la pequeña colina cubierta de pasto, se detuvo un momento y oteó en dirección a la ribera occidental de las Aguas Sagradas. Hacia su izquierda, meciéndose suavemente, el sol del atardecer reflejándose en sus mástiles de oro y su proa de plata, estaba la barca del Dios. Pero su mirada no se detuvo en ella, pues a los pies de la colina, sobre alegres cojines colocados sobre esteras azules, lo aguardaba su destino. Dos mujeres y una niña. Sí, es ella, pensó, con un estremecimiento de placer que le resultó totalmente nuevo. Estaba de rodillas, conversando con Nozme y Tiyi, que se encontraban sentadas a su lado en el suelo.

En ese preciso instante pareció intuir la presencia de Senmut, pues levantó los ojos y enseguida hizo señas a las mujeres, quienes al punto se alejaron. Luego se puso de pie y se quedó parada, esperándolo. El descenso le resultó interminable, pero de pronto se encontró postrado frente a ella, con los brazos extendidos y la cara apretada contra el pasto dulce y tibio.

Hatshepsut le tocó suavemente un hombro con el pie.

–Así que has venido, sacerdote –dijo–. Puedes levantarte.

Él se incorporó pero se dedicó a observar con gran atención sus propios pies.

Al cabo de un momento ella exclamó, irritada:

–¡Mírame! ¡Esa actitud sumisa no te queda bien, sobre todo teniendo en cuenta que no tuviste inconveniente en hacerme recorrer a rastras mis propios dominios!

Su voz no había cambiado; seguía siendo imperiosa, desafiante, con el timbre agudo propio de una criatura. Pero cuando él levantó la cabeza y su mirada se encontró con los ojos enormes y negros de ella y vio esa barbilla cuadrada debajo de su boca grande y bien formada, quedó atónito. Era la misma y, sin embargo, estaba totalmente cambiada. Seguía siendo alta y delgada y tenía los huesos pequeños propios de su edad, pero en algún momento de esos tres meses transcurridos, había perdido todo vestigio de su infancia.

Permanecieron un buen rato contemplándose mutuamente, después de lo cual Hatshepsut asintió, como si estuviera satisfecha, y le indicó uno de los almohadones.

–Ven, siéntate aquí, a mi lado. Siento no poder ofrecerte una hermosa y vieja frazada mugrienta: ¿aceptarás usar, en cambio, mi hermosa y vieja estera mugrienta? ¿Sabes? Había olvidado tu cara por completo pero ahora, al volver a verte, me pregunto cómo pudo sucederme tal cosa. No has cambiado mucho, ¿no es así? –Se agachó hacia él y le dijo, con aire de complicidad–. ¿Has sacado últimamente a otras chicas de las aguas del Lago de Amón? –Y rompió a reír, y él le sonrió–. Muy bien, sacerdote, cuéntame qué has andado haciendo desde la última vez que nos vimos.

Senmut apretó las rodillas y contempló la quietud del lago antes de responder.

Ignoraba el motivo de esa audiencia, por más informal que fuera, y por consiguiente le resultaba imposible predecir sus consecuencias, pero sabía que debía escoger con cuidado cada una de sus palabras. Jamás se le cruzó por la mente la idea de sacar ningún provecho de su relación con Hatshepsut. Sólo deseaba llegar a conocerla mejor, pues sentía que el destino los había reunido y, en cierto modo, le había dado así una nueva amiga. Detrás del enorme muro de castas que lo separaba para siempre de esa niña dorada, Senmut presintió que habitaba una suerte de alma gemela, y eso le permitió hablar con soltura y sin inquietud.

–He estado cumpliendo mis tareas en el templo, como debe hacer todo buen sacerdote, princesa.

–¿Fregando suelos y haciendo mandados?

Senmut le escudriñó el rostro, pero no encontró en él ningún rastro de malicia.

–Sí. Así es.

–¿Y piensas seguir haciéndolo hasta que mueras? ¿No tienes ningún otro plan en mente?

Ella se quedó observando los dedos largos y ahuesados de Semnut, entrelazados sobre el paño de lino, y sus hombros cuadrados y fuertes. Debajo de sus cejas negras y rectas, su mirada era serena, y ella se sentía cómoda junto a él sin desear mortificarlo ni provocarlo, como solía hacer con Tutmés. Lo encontró mucho mejor dotado que el tonto de Tutmés para manejar un carro de combate y una lanza.

–Tengo sueños, por supuesto, Alteza –dijo en ese momento Semnut–, como los tienen todos los hombres; sueños secretos que tienen muy poco que ver con la realidad.

–Cierto. Pero he oído decir que cuando un hombre es fuerte y su voluntad es firme, puede lograr convertir sus sueños en realidad, siempre y cuando le importen lo suficiente.

–Yo no soy todavía hombre, noble princesa.

Las palabras lo decían todo y, a la vez, no lo comprometían. Pues, a pesar de la escasa educación que había recibido, Semnut no desconocía los recursos de la diplomacia.

Hatshepsut lanzó un suspiro.

Entonces él, creyendo que la entrevista había llegado a su fin, hizo ademán de levantarse, pero ella apoyó una mano sobre su brazo desnudo y el roce lo hizo estremecerse.

–¿Sabes que ahora soy príncipe heredero? –Le dijo en voz baja.

–Desde luego, Alteza –dijo, inclinando la cabeza–; todo Egipto se regocija de que así sea.

–Te debo un favor, sacerdote, y me da mucho gusto poder retribuírtelo ahora.

Mi padre dice que puedo pedirle lo que desee, y lo que quiero es recompensarte –dijo, y lo miró con ansiedad–. ¿Verdad que no te negarás a ello?

–Alteza, no me debéis nada. No hice más que lo que creí era mi deber. Pero si consideráis que eso merece una recompensa, entonces no la rechazaré.

–¡Sabias palabras! –Dijo ella con un leve tono burlón–. Entonces, piensa. Dime qué deseas.

Sé muy bien lo que quiero, pensó con total certidumbre, y ahora sé también que la prolongada espera y el empecinado rechazo de todo lo que no fuera eso no fueron en vano. Se puso de rodillas ante Hatshepsut.

–Alteza, lo que deseo, más que nada en el mundo, es estudiar arquitectura con el gran maestro Ineni. Ése, y sólo ése, es mi deseo.

–¿No te gustaría tener una casa lujosa?

–No.

–¿Y una extensión de tierra? ¿Un par de esposas? ¿Una enorme finca?

Senmut rompió a reír, y la suya fue una sonora carcajada de alivio que brotó de su corazón lleno de gozo.

–¡No, no y no! Sólo quiero ser arquitecto, por insignificante que sea. No sé si me convertiré o no en un buen arquitecto, pero debo averiguarlo. Alteza, ¿comprendéis lo que os digo?

Hatshepsut se irguió, con gesto altanero.

–Ahora hablas como mi querida hermana muerta, Osiris–Neferu. Ella siempre me preguntaba si entendía o no sus palabras, y debo confesar que a veces me fastidiaba tener que tomarme el trabajo de intentarlo. Pero, sí –dijo, tomándole una mano, que, involuntariamente, se cerró sobre la de ella–, creo entenderlo. Yo he apresurado la materialización de tu sueño. ¿Es eso?

Senmut se inclinó y le besó la diminuta palma de la mano.

Ella apartó la mano, se puso de pie y batió palmas para llamar a sus acompañantes.

–¿Estás seguro? –Insistió.

–Sí; muy, muy seguro.

–Entonces hablaré con mi padre, quien a su vez hablará con Ineni, que es un viejo sumamente gruñón y malhumorado a quien no le hará nada feliz la idea de tener un nuevo discípulo, y entonces tú serás feliz. ¡Es una orden!

Senmut se inclinó.

–¡Vamos! –Le ordenó a Nozme.

Pocos segundos después había partido, y sólo quedaba Tiyi para enrollar la estera y recoger los cojines. Senmut, solo y aturdido de alegría, cayó en la cuenta entonces de que ella ni siquiera había permanecido el tiempo suficiente para que él pudiera expresarle su gratitud.

Esa noche Tutmés hizo que su hija cenara a su lado para que pudiera relatarle lo ocurrido en la entrevista. Todo el asunto le resultaba sumamente divertido, y escuchó con gran atención. Cuando Hatshepsut le dijo qué era lo que ese we'eb impertinente y advenedizo deseaba, lanzó una carcajada estentórea, mitad risa y mitad indignación. Los asistentes se volvieron y lo miraron con inquietud, pero el faraón les gritó a los músicos que siguieran tocando sus instrumentos y envió de prisa a un mensajero a casa de Ineni. En el ínterin, hizo que su hija le relatará de nuevo el desarrollo de la entrevista, resoplando y riendo entre bocado y bocado de paloma asada.

Hatshepsut estaba molesta: su padre no le daba tiempo a comer, y el contenido del plato se le enfriaba antes de poder siquiera probarlo.

Por fin apareció Ineni y saludó con una reverencia. Su aspecto era tan immaculado e impasible como de costumbre, a pesar de haber tenido que renunciar a una cena de cinco platos y a sus nuevas bailarinas para acudir a la llamada perentoria del faraón. Ineni era un individuo alto, más alto que la mayoría de los hombres, y todavía delgado, a pesar de estar frisando ya los setenta años. Su nariz aguileña se proyectaba sobre una boca recta y decidida; y su cabeza, fantásticamente formada, estaba rapada. Se negaba a usar peluca. Excepto por cierto brillo singular y comprensivo en su ojos grises, la expresión de su rostro habría sido severa e implacable. Pero cuándo y cómo sonreír, y su amor por la vida lo salvaba de las mortificaciones que traía aparejado el hecho de ser un genio.

–Ineni –ladró Tutmés–, siéntate aquí, junto a Hatshepsut. Su Alteza tiene algo que decirte. –Y de nuevo comenzó a reír.

Cuando el arquitecto inclinó su osamenta y aceptó el vino que le ofrecía la esclava del faraón, su rostro no traicionaba la perplejidad que sentía. Se puso a beber con lentitud, contemplando sus anillos, y aguardó.

Hatshepsut estaba enojada. Relató la historia por tercera vez, con frases cortas y concisas. Pero Ineni no rió, como lo había hecho su padre; la escuchó con atención, mirándola fijamente. Cuando por fin terminó de hablar y abrió la boca para introducirse un trozo de apetitoso pan de cebada, Ineni le preguntó: –Alteza, ¿decís que este sacerdote no es más que un we'eb? ¿Un campesino?

Pero, a esa altura, ella ya había perdido los estribos por completo.

–Lo que digo es que te ordeno que te calles la boca y me dejes comer. Y también te digo que después responderé a todas tus preguntas, pues estoy muerta de hambre, y hasta los criados se han llenado ya el buche.

Ineni aguardó, Tutmés aguardó, Ahmose aguardó, las esclavas aguardaron, y Hatshepsut comió y bebió hasta que ya no pudo tragar otro bocado. Entonces apartó la mesa y se recostó en la silla con un suspiro de satisfacción.

–Es un jovencito inteligente y muy prometedor. Me gusta. Es bondadoso y respetuoso, y no está siempre quejándose como... –estuvo a punto de decir ‘como Tutmés’, pero recordó justo a tiempo las palabras de su padre instándola a ser más prudente y reservada, así que dijo en cambio–: ...como otras personas. Además, estoy en deuda con él y le he prometido concederle este favor, siempre y cuando mi padre consintiera. De veras, honorable Ineni, confío en que al menos le brindarás la oportunidad de demostrar si posee o

no aptitudes para llevar a cabo esos estudios. Anhela con vehemencia tener ocasión de comprobarlo.

–Hmmmmm –farfulló Tutmés.

Ineni no dijo nada, pero lentamente una sonrisa burlona encendió sus ojos grises y helados. También él sentía una gran simpatía por el nuevo príncipe heredero, y le parecía una persona mucho más resuelta y capaz que el muchachito que debería llevar ese título y que, carcomido por el resentimiento, permanecía encerrado en los aposentos de su madre y rehusaba salir de ellos. Por último, Ineni dijo: –Me complace poder satisfacer los deseos de vuestra Alteza. Enviad a esa persona a mi despacho, y yo le enseñaré lo que sé.

Lo cierto era que no deseaba tener un nuevo alumno, no a su edad. Lo que anhelaba era retirarse pronto de la profesión y gozar de los frutos de tantos años de trabajo intenso: sus esposas, su hijo, sus jardines. Pero no podía rehusar esa petición.

Ya veremos hasta qué punto el juicio de la pequeña princesa es o no atinado, Pensó mientras se dirigía a la puerta y, en la entrada del palacio, llamaba por señas a sus guardias y a sus portadores de antorchas. He servido demasiado tiempo al faraón como para no estar seguro de que será un trepador incompetente y pusilánime, con más ambición de la que le conviene, reflexionó mientras caminaba hacia su casa en esa noche fragante y estrellada. Se sentía realmente cansado.

A la mañana siguiente, muy temprano, Senmut fue despertado por unos golpes en su puerta. Antes de haber tenido tiempo de levantarse de su jergón, ya la celda se encontraba colmada de gente. Su filarca, con la vista nublada y cara de fastidio, lo saludó con tono severo, y a sus espaldas había dos esclavos ataviados con los colores azul y blanco del palacio.

–Se te ordena que abandones tu celda y acudas de inmediato al despacho del noble Ineni –dijo el filarca con irritación–. No sé de qué se trata, y tampoco deseo saberlo. Apresúrate y vístete. Estos hombres recogerán tus pertenencias.

Dicho lo cual dio media vuelta y partió.

Senmut se quedó un momento de pie, medio dormido, mientras los esclavos abrían su arcón y arrojaban en él sus escasas pertenencias: el rústico tazón de madera, sus sandalias, su mejor lienzo de lino y muy poco más.

Se lavó apresuradamente la cara en la palangana de piedra y se colocó el faldellín del día anterior. Casi se dio de bruces con el guardia que lo esperaba para escoltarlo al palacio. Se excusó, pero el hombre se limitó a indicarle que lo siguiera y juntos abandonaron el templo. Senmut no miró hacia atrás. No sentía el menor pesar por irse de allí, ni el menor afecto por sus compañeros, los otros sacerdotes we'eb. Levantó la cabeza y aspiró el aire matinal, mientras caminaba detrás del imperturbable soldado por los senderos desiertos iluminados por la aurora.

Pocos minutos más tarde pasaron por debajo del primero de los pilones reales y se internaron en una avenida pavimentada flanqueada por estatuas doradas del Dios Tutmés. Muy pronto atravesaron los bosquecillos de sicomoros y se encontraron frente al portón occidental del palacio propiamente dicho. Allí su compañero se detuvo e intercambió algunas palabras con los guardias; traspusieron la entrada y Senmut se encontró, por primera vez en su vida, dentro de los límites del palacio imperial.

Ya se había despabilado por completo, y contempló los alrededores con una mezcla de temor y decepción. A fin de cuentas, no era demasiado diferente de las hileras de celdas de los sacerdotes.

Sólo más tarde cayó en la cuenta de que no se encontraba ni remotamente cerca de los aposentos reales o de los enormes salones de audiencias. Habían entrado directamente al ala del palacio en la que estaban ubicados todos los despachos y ministerios; un lugar dedicado al trabajo funcional y a la eficiencia silenciosa. El faraón acudía allí casi a diario, pero no para ser agasajado sino para coordinar los trabajos, por eso no se advertía ni el menor

asomo de pompa. Los corredores eran pequeños, limpios y silenciosos. Las baldosas estaban decoradas con pequeñas escenas de la vida de los funcionarios: se los veía pesando cereales, escuchando causas de las Cortes de Justicia, visitando las provincias, administrando azotes o ajusticiando a los reos. Sobre las puertas que conducían a más despachos y más pasillos figuraba el emblema del poder que detentaba cada ministerio.

Jamás lograré orientarme en este laberinto, pensó Senmut con excitación. Tardaré varios hentis en volver a encontrar la salida.

Su escolta se detuvo de repente frente a una puerta de cedro delicadamente tallada, con tracería⁵ de plata. Llamó con varios golpes y fue abierta enseguida por un joven esclavo que hizo una profunda reverencia.

–Se os espera –dijo, con cierta vacilación.

Al descubrir en él cierto parecido con Benya, Senmut conjeturó que sin duda se trataría de una reciente adquisición de Siria. Su guardia también se inclinó y Senmut, un poco desolado ante la perspectiva de un futuro incierto, en ese momento sintió que estaba a punto de perder a un amigo. En un abrir y cerrar de ojos el guardia desapareció y el esclavo lo condujo a una habitación tan profusamente iluminada por la intensa luz de la mañana que lo hizo parpadear y permanecer un momento inmóvil y atónito, como un animal que emerge de su madriguera.

–Acércate –dijo una voz clara y serena–. Quiero mirarte bien.

Senmut se apartó de la puerta cerrada. Frente a él se extendía lo que parecía ser un inmenso mar de baldosas blancas y negras en cuyo otro extremo había una enorme y pesada mesa, sobre la que se encontraban apilados rollos de todo tipo y tamaño. A su derecha, la pared se alzaba recta hasta el techo, sin otro adorno que un mural en la pared superior que representaba al Dios Imhotep construyendo las Grandes Pirámides. A mano izquierda no había pared alguna sino un sendero ancho de piedra, más allá del cual centelleaban las aguas del lago real. Entre el sendero y el lago crecían infinidad de árboles y arbustos prácticamente hasta la misma habitación, y Senmut tuvo la sensación de encontrarse al borde de un bosque, mientras el sol se filtraba por entre las copas de los arbustos e iluminaba así el trabajo del maestro hasta que Ra se ocultara detrás del horizonte.

Junto al escritorio, un hombre estaba de pie. Senmut no había visto jamás a Ineni, pero inmediatamente supo que se encontraba frente al más grande arquitecto surgido en Egipto desde el Dios–hombre que había planeado las tumbas reales que el sol hacía resaltar al caer sobre el mural. Era un individuo que inspiraba respeto e incluso temor, pero Senmut intuyó enseguida que era posible llegar a venerarlo.

Ineni aguardaba, cruzado de brazos, y Senmut cuadró los hombros y fue a su encuentro. Lo saludó con una reverencia e Ineni le sonrió.

–Soy Ineni –dijo–, y tú eres el sacerdote Senmut, mi nuevo discípulo. ¿No es así?

–Sí, así es.

–¿Por qué estás aquí?

Senmut le devolvió la sonrisa, y el otro hombre pensó: éste no es, por cierto, ningún sacerdote sumiso. Ineni escrutó con la mirada las cejas espesas, los ojos oscuros y desafiantes, los pómulos altos y la boca firme y sensual del muchacho y tuvo la total certeza de que reflejaban el sello inequívoco de la grandeza. De modo que mi Princesa no se equivocaba, se dijo. No cabe duda de que es un joven muy prometedor.

–Estoy aquí para aprender a plasmar los sueños imperiales. He nacido para ello, noble Ineni.

–¿De veras? ¿Y crees también poseer la voluntad, la salud, la fuerza que te permitirán seguir trabajando hasta que fracases, tengas éxito o mueras?

–No he sido probado, Maestro, pero así lo creo.

⁵ Decoración arquitectónica formada por figuras geométricas.

Ineni descruzó los brazos y señaló el atiborrado escritorio.

–Entonces comenzaremos enseguida. Debes leer todo eso, y no te detendrás excepto para comer y dormir, hasta que aprendas todo lo que esos rollos contienen.

Allá –dijo, indicando una puerta más pequeña– tienes tu lecho. Este muchachito será tu esclavo y te traerá todo lo que necesites. Dentro de uno o dos días volveremos a hablar, y entonces... –se apartó del escritorio y avanzó hacia la puerta– ...entonces veremos. Como habrás notado, comienzo muy temprano y sigo trabajando hasta tarde. Espero lo mismo de ti. Y no te preocupes –su voz retumbó en el recinto y su mano estaba apoyada en el pomo de la puerta–: me caes bien. Le caes bien al príncipe heredero, ¿qué más puedes pedir?

Hizo un gesto de asentimiento y desapareció. Senmut lanzó un suspiro, levantó las cejas y se acercó a los rollos de papiro. La pila era tan imponente que no alcanzaba a ver el fondo, pero extendió las manos sobre ella, consciente de la trascendencia del momento que estaba viviendo. Allí estaba la llave de su destino, allí, debajo de sus manos; tersa e incitante.

–Tráeme algo para comer y un poco de vino –le dijo con aire ausente al muchachito que revoloteaba a sus espaldas.

Tomó el primer rollo, se sentó al otro lado del escritorio, lo desplegó y comenzó a leerlo.

Al cabo de un año de quemarse las pestañas, llegar casi al agotamiento y sentir que la cabeza le daba vueltas de tanto leer y estudiar antiguos planos y diagramas y aprender todo lo referente a su oficio, finalmente le permitieron concurrir a algunas de las numerosas obras que Ineni supervisaba. Llegó a dominar la elaboración de planos, el manejo del instrumental de control de obras, la pluma del dibujante. Su mirada atenta y su intuición innata le permitían descubrir sin tardanza un ángulo incorrecto, solucionar un difícil problema de construcción y, mientras día a día aumentaba sus conocimientos, también su placer crecía. Se sentía feliz, realmente feliz por primera vez en su vida, y nada existía para él fuera del tiempo que pasaba junto a su maestro.

Ineni, a su vez, estaba complacido y sorprendido. Llegó a disfrutar de la compañía de ese muchacho que con tanta claridad se estaba transformando en un hombre apuesto dotado de una inteligencia rápida y clara, y gradualmente fue permitiendo que Semnut expresara su opinión acerca de cada uno de los proyectos. El templo de Medinet Habu ya estaba terminado. Otros, como el de Ombos, Ibrim, Semneh y Humneh se fueron construyendo año a año. Sólo una obra le estaba vedada a Senmut: el templo de Osiris que se estaba erigiendo en Abydos y que era ‘la niña mimada’ del faraón. Allí sólo Ineni tenía acceso y, cada vez que Su Majestad iba a conversar sobre el proyecto con su arquitecto, Senmut se veía obligado a dar un paseo por los jardines o por el lago.

Había momentos en que le habría gustado volver a ver a la princesa, aunque sólo fuera de lejos, pero ello jamás ocurrió. Era como si nunca se hubieran conocido. Solía encontrarse, en cambio, con el joven y díscolo Menkh, el hijo de Ineni, y él le relataba muchas anécdotas de Hatshepsut: por ejemplo, que cuando hizo su primera salida a los pantanos para cazar patos, había lanzado con absoluta precisión la lanza corta y abatido un ave; y tras la inicial explosión de triunfo rompió a llorar con desconsuelo y acunó en sus brazos el cuerpo ensangrentado de su víctima. También Menkh le contó que a la princesa le iba muy bien en su instrucción militar. Aahmes pen–Nekheb la acicateaba y le gritaba como a cualquier otro joven recluta, pero ella lo toleraba bien; generalmente le devolvía los gritos y conducía los caballos de combate al trote alrededor de la pista como lo haría un hombre. Senmut sentía verdadero aprecio por Menkh: exhibía el aplomo y la soltura naturales del hijo de un personaje tan importante como Ineni, pero al mismo tiempo veía con buenos ojos el deseo de Senmut de ir escalando posiciones y lo trataba con auténtico afecto.

Ambos jóvenes descubrieron que tenían mucho en común a pesar de su diferente condición social.

Poco después de iniciar sus clases con Ineni, Senmut fue al mercado de Tebas y, después de contratar los servicios de un escriba, le dictó una carta para Benya, relatándole tantas novedades de su vida como alcanzó a cubrir el dinero que llevaba, pues el escriba cobraba por palabra y éstas le brotaron a raudales. Un mes más tarde recibió una exuberante respuesta de Benya, quien no regresó hasta la primavera siguiente, época en que Senmut se encontraba demasiado atareado para pasar mucho tiempo con su amigo.

Se compró un vistoso brazalete de oro argentífero blasonado con las insignias de su nuevo cargo, para que todo el mundo lo viera, y sus ropas eran ahora de lino bordado con hilos de oro. Todavía era sacerdote y seguiría siéndolo, pero casi nunca iba al templo. Los ritos del culto no le interesaban demasiado, pero con frecuencia caminaba sin rumbo fijo entre los obeliscos y los pilones de Karnak, soñando qué haría si tuviera la posibilidad de añadir algo a ese despliegue de piedras tan formidable y vasto. Disfrutaba con los homenajes que le tributaban quienes muy poco antes pasaban a su lado sin siquiera mirarlo, y se sentía cómodo y seguro en la cantera conversando con los arquitectos, inclinándose sobre los píanos al abrigo de la sombra mientras los albañiles trabajaban bajo el sol abrasador. Pero no se volvió complaciente. Estaba demasiado atareado y era demasiado obstinado como para conformarse con eso. Sabía que desde el lugar que ocupaba hasta poder ganarse la confianza del faraón había una distancia sideral, por más que las ropas que ahora usaba refulgieran al sol y el vino que bebía procediera de Charu.

Tampoco olvidó a la muchachita a quien le debía ese viraje decisivo de su vida.

Pero era como si ella, después de pagar su deuda, hubiese saltado velozmente por encima de él y galopara presurosa hacia la madurez en compañía de sus aristocráticos amigos.

No era del todo cierto que ella lo hubiera olvidado. En ocasiones, cuando pensaba en él, le preguntaba a Ineni cómo se desempeñaba su nuevo discípulo; y puesto que todo parecía marchar a las mil maravillas, no vio motivo alguno para interferir.

Dos años después del primer encuentro de ambos, por la época de la cosecha del mes de Payni, cuando la tierra estaba tan agostada y reseca que parecía a punto de estallar en llamaradas y el único verdor que se advertía era el que brotaba, con prodigalidad y exuberancia, dentro de los confines del palacio, Hatshepsut descubrió, con gran sorpresa, que se había convertido en mujer. Así pues, se iniciaron los ritos pertinentes. Ani, su sacerdote, el mismo que tanto había llorado la desaparición de Neferu, le cortó su mechón infantil, y Nozme recogió sus juguetes, que, junto con los demás objetos y mobiliario del cuarto de los niños, guardó en el lugar donde permanecerían arrumbados hasta el día en que los sacerdotes los solicitaran para preparar el entierro de Hatshepsut. Ani quemó el mechón de cabello en un bol de plata mientras la princesa, con la mirada perdida, reflexionaba en la criatura que había sido dos años antes, cuando Neferu fue llevada a su tumba, y en cómo en un lapso tan breve ese recuerdo fue perdiendo fuerza y su hermana terminó por convertirse en algo perteneciente a una infancia que prácticamente había quedado atrás.

El humo acre del cabello quemado siguió flotando en su dormitorio durante ese último día en que lo ocupó, y el sudor le corrió por la espalda al pensar en las refrescantes aguas del lago del palacio. User–amun la esperaba allí, y también Hapuseneb, y Hatshepsut casi no pudo ocultar su impaciencia al ver que Am continuaba pronunciando con tono monótono las palabras del rito. Cuando por fin concluyó la ceremonia, la niña dirigió un discurso formal y prolongado de despedida a Nozme, quien a partir de ese momento cesaba en sus funciones de nodriza y debía mudarse a la casa construida para ella en las afueras de los terrenos del palacio, y en cuanto pudo echó a correr hacia los árboles, pues en ese momento la atracción que el agua ejercía sobre ella era mayor que la del deber. Pero más tarde lamentó haberse mostrado tan descortés y mandó llamar a la anciana mujer para excusarse.

A primera hora de la tarde fue escoltada hasta sus nuevos aposentos. No eran mucho más amplios que los anteriores y tampoco menos espartanos, pues todavía no había sido designada Heredera del Trono o Gran Esposa Real. La escuela continuaba, pero ya sin la mirada severa y vigilante de Nozme. A los doce años era, pues, relativamente libre. Sus nuevas criadas eran más respetuosas y fáciles de manejar, pero en cambio su padre se ocupaba más de ella: la buscaba, la mandaba llamar, llegaba inesperadamente a sus aposentos por la mañana antes de que ella partiera para la escuela; y era sin duda un guardián mucho más formidable de lo que pudo haber sido jamás Nozme. Los soldados que custodiaban su puerta eran miembros selectos del Ejército de Su Majestad, y eran pocas las veces que lograba eludir su vigilancia para visitar a Nebanum a escondidas o para alimentar los caballos.

Cierta tarde en que el aire de su habitación parecía tan denso como el almíbar caliente y había apilado almohadones en el suelo cerca de las ventanas superiores para poder dormir mejor, le anunciaron la llegada de su madre.

Hatshepsut había visto muy poco a Ahmose después de la ceremonia. Se habían encontrado a la hora de la cena y habían conversado sobre sus progresos en la escuela y su habilidad en el arte de arrojar la lanza corta. Habían bromeado sobre el futuro que podía tener una muchacha como conductora de carros de combate, pero Ahmose ni siquiera había mencionado su nueva posición de príncipe heredero; y el hecho de saber que su madre la desaprobaba había abierto una brecha entre ambas.

Hatshepsut se sentía desconcertada y dolida. Todavía seguía siendo lo bastante joven para necesitar la seguridad, la comprensión y el apoyo moral que sólo su madre podía brindarle, y jamás se le ocurrió que la aparente frialdad de Ahmose se debía a la excesiva preocupación que sentía con respecto al futuro de la Flor de Egipto.

La visita era toda una sorpresa y Hatshepsut se levantó de un salto del nido que había armado en el rincón y corrió a abrazar a su madre, que estaba vestida del color azul que a ella tanto le gustaba. Ahmose la ciñó con fuerza y despidió a la servidumbre, y ambas quedaron a solas. El palacio estaba en completo silencio. Ahmose sonrió con cierta vacilación y permaneció de pie, pero Hatshepsut se desplomó en una silla y cruzó las piernas.

—Estaba tratando de que llegara un poco de fresco —dijo—. Los abanicos me resultan muy molestos. El ruido que hacen al cortar el aire me impide dormir. ¿Cómo es que no estás durmiendo, madre?

—Tampoco yo podía dormir. Estoy preocupada por ti, Hatshepsut, y quería hablarte sobre tu vestimenta.

—¿Mi vestimenta?

Lo que se ponía o se dejaba de poner seguía careciendo de toda importancia para ella.

—Sí. Me parece que, puesto que ya eres casi una mujer, deberías usar una túnica o un velo en lugar de correr de aquí para allá cubierta sólo por un faldellín de varón, como si fueras un animal salvaje. Todas las muchachas comienzan a vestirse como mujeres en cuanto les cortan el mechón. Y particularmente tú, Hatshepsut, deberías fijarte más en lo que usas.

—Pero ¿por qué? Tal vez me falte poco para ser mujer, pero el hecho es que todavía no lo soy. Y si uso un velo estrecho y largo, no podré seguir trepando a los árboles ni hacer carreras con Menkh. ¿Lo consideras tan importante, noble madre?

—Si lo es. —Ahmose lo dijo con una firmeza que en el fondo no sentía. Esa personita con piernas largas y tostadas y cintura espigada, que balanceaba un pie y la contemplaba con afectuosa condescendencia, prácticamente era una extraña para ella—. No es correcto que una princesa ande vestida de varón.

—Pero es que yo no soy una princesa. Soy el príncipe heredero. Mi padre lo dijo.

Algún día seré faraón, y las mujeres no pueden serlo; por lo tanto, soy un príncipe —sus palabras se mezclaron con risas entrecortadas y Ahmose volvió a reconocer en ella a la chiquilla traviesa que ahora se ocultaba tras los signos de una floreciente femineidad.

Hatshepsut se puso de pie—. Realmente no veo qué importancia tiene el que yo siga usando faldellín o me ponga un vestido largo. Todavía no quiero ser mujer. ¡Oh, madre querida! — Exclamó con total sinceridad y enlazó la generosa cintura de Ahmose con aire zalamero—. ¿Cómo podría mantener el equilibrio con el traqueteo del carro de guerra, tensar el arco o arrojar la lanza, si todo el tiempo tuviera que estar pendiente de no enredarme en los pliegues de la túnica?

—¿De modo que ahora son el arco y la lanza, ¿no es así?

—Bueno, sí. Pen—Nekheb está satisfecho conmigo, y mi padre dio su permiso.

—¿Y Tutmés? ¿Sigue siendo discípulo de pen—Nekheb?

—Supongo que sí —dijo Hatshepsut sacudiendo la cabeza—. Ya no me dirige la palabra.

Esa novedad hizo que Ahmose se sobresaltara, aferrara con intensidad un brazo de su hija, la obligara a sentarse en el diván y le dijera:

—Escúchame, Hatshepsut. Yo he vivido sobre esta tierra muchos más años que tú y sé muy bien que entre desear una cosa y lograr que ésta se cumpla existe un verdadero abismo; y que ese abismo es oscuro y está poblado por las serpientes de la decepción y la desesperación.

Hatshepsut levantó los ojos y la miró azorada. Su madre le hablaba con tono autoritario y dominante y no se parecía en nada a la mujer dócil y apacible que conocía, famosa por su dulzura y su buen humor. Se irguió en el asiento mientras Ahmose continuaba con su perorata.

—Tu padre te ha nombrado príncipe heredero y, por tanto, eso eres. Supones que el futuro será para ti una interminable extensión de campo verde, tan vasto y colmado de delicias como el paraíso de los dioses. Pero, antes de que pasen muchos años, tu padre se irá al Dios y entonces tú estarás a merced de los sacerdotes... y de Tutmés.

La muchacha parpadeó y se agitó con inquietud.

—¿Tutmés? No es más que un muchacho tonto y endeble.

—Tal vez lo sea, pero es también el hijo real sobre cuya cabeza colocarán algún día la doble corona, no importa lo que haga tu padre en vida para impedirlo. Y tú tendrás que casarte con él, Hatshepsut. De eso no me cabe la menor duda. —Pero los sacerdotes sirven a Amón, y yo soy la Encarnación de Amón sobre la tierra, ¿qué puede hacer Tutmés frente a eso? —Dijo levantando el mentón, mientras sus ojos echaban chispas.

—En el templo son muchos los que desearían tener un faraón débil y manejable a fin de poder incrementar sus riquezas. Además, nadie se mostrará dispuesto a creer que una muchacha joven e inexperta pueda estar en condiciones de soportar sobre sus hombros el peso de toda una nación, qué digo, de un imperio como éste, conquistado con guerras y mantenido por medio de una incesante vigilancia.

—Pero para cuando mi padre ascienda a la barca de Ra, yo ya no seré una muchacha inexperta: seré una mujer.

—Me pareció entender que no querías ser mujer —le replicó Ahmose con astucia.

A la muchacha se le fue el alma al suelo, pero le devolvió a su madre una sonrisa caprichosa mezclada con cierta dosis de desconsuelo.

—Me parece que lo que pasa es que sí quiero ser faraón —respondió—, pero no quiero ser mujer todavía.

—Pues de todos modos —dijo Ahmose con solemnidad— debes dejar de vestirte como una chiquilla y arreglarte como es debido, como corresponde a la posición que ocupas.

—¡No lo haré! —Exclamó Hatshepsut poniéndose de pie de un salto—. ¡Me vestiré como me dé la gana!

Ahmose también se incorporó y, recogiendo con gran majestuosidad sus velos plegados, echó a andar hacia la puerta.

—Ya veo que Khaemwese se ha vuelto demasiado viejo para ser el preceptor de los hijos de la familia real. No te ha enseñado el respeto que le debes a tu madre.

Por tanto, tendré que hablar del asunto con tu padre inmortal. Eres una criatura terca y malcriada, Hatshepsut, y es hora de que asumas las responsabilidades de tu posición. Ya veremos quien tiene la última palabra.

Ahmo se abandonó sigilosamente la habitación, mientras detrás de sus tuestas espaldas flotaba el velo transparente de lino azul.

Hatshepsut hizo una mueca y volvió a desplomarse sobre sus almohadones con gesto rebelde. ¡Jamás!, Pensó. Y, aunque la tarde se le hacia interminable y estaba cansada, no pudo dormir.

Tutmés no la obligó a cambiar de vestimenta. Cuando Ahmo se sacó a relucir el tema, él le respondió bruscamente: ‘Deja que la chiquilla use lo que le plazca. Todavía no es tiempo de abrumarla con los atavíos de los adultos, y no quiero agregar ningún estorbo a sus estudios. He dicho’. Así que Ahmo se, desairada, se había retirado a sus aposentos con dolor de cabeza y no había implorado la ayuda de Isis. La diosa debía tener cosas más importantes que hacer, pues de lo contrario habría escuchado sus súplicas hacia mucho tiempo, pensó en ese momento.

Hatshepsut siguió corriendo, semidesnuda y desgredada, por todo el palacio y los jardines, creciendo a la manera silvestre y exótica de las hermosas flores de loto azules que tanto amaba. En el aula, junto a Menkh, User–amun, Hapuseneb, Tutmés y el resto, comenzó a asimilar una serie de conocimientos. Pero en el campo de adiestramiento aprendió otras cosas: cómo dar en el blanco mientras mantenía el equilibrio en el carro en movimiento, cómo apuntar al corazón, cómo realizar una maniobra fingida para engañar al enemigo, cómo anticiparse a éste. Le fascinaba permanecer de pie debajo de su baldaquín, en medio de un calor abrasador y observar los ejercicios de adiestramiento: el polvo que se arremolinaba; las tropas con uniformes de cuero que respondían a las órdenes roncadas y casi ladradas por el Comandante de Maniobras. Hacían una conversión girando sobre el flanco con sorprendente precisión, el sol que se reflejaba en las puntas de las lanzas, los escudos fileteados de oro.

Participaba de tal manera de la escena, erguida y atenta con su diminuto faldellín y sus pies descalzos, que de lejos parecía, sin duda, un pequeño príncipe que pasaba revista a sus hombres y con majestuosa solemnidad recibía el saludo de las lanzas en alto.

Cierta mañana del mes de Tot, en las frescas horas que preceden al alba, mientras se encontraba durmiendo, acurrucada debajo de sus frazadas y abrigada por el calor de los braseros, su padre la despertó. Sintió que su mano se le apoyaba en un hombro y la sacudía con suavidad, y despertó inmediatamente. Lo vio confusamente, como una enorme mole borrosa contra el débil resplandor de la luz de su lámpara de noche y se incorporó en el lecho, temblando. Él le apoyó el dedo sobre los labios y le hizo señas de que se levantara, y ella obedeció, con la mente todavía poblada de sueños agradables. Extrañamente, su esclava había desaparecido, así que tanteó en la penumbra tratando de encontrar algo para cubrirse. Su padre le tiró una gruesa capa de lana y un par de sandalias; ella se las calzó y se ató las tiras de cuero con los dedos ateridos y luego se envolvió con rapidez en la capa para protegerse del frío de la mañana. Él abandonó la habitación y ella lo siguió, preguntándose a qué se debería tanto misterio. Después de haber atravesado el pasaje prácticamente de puntillas y trasponer la puerta privada que daba al pequeño jardín cercado de Hatshepsut, su padre se detuvo. Las estrellas seguían brillando en el cielo oscuro y las palmeras que bordeaban el río, un poco más allá, sólo eran siluetas borrosas de un negro más intenso. El viento hurgó en su capa con sus dedos helados y curiosos, tratando de encontrar su piel, mientras ella aguardaba pacientemente recibir alguna explicación. El faraón se inclinó y le susurró al oído: –Vamos a hacer un pequeño paseo: tu, yo, tu madre e Ineni; y nadie debe enterarse. Iremos al otro lado del río.

–¿Al país de los muertos?

—No, más allá de la Necrópolis. No queda demasiado lejos, pero tendremos que impulsar nosotros la embarcación y caminar sin la compañía de nuestros portadores de baldaquines, así que más vale que aprovechemos el fresco del amanecer y regresemos a última hora de la mañana.

Giró bruscamente, se abrió paso por entre los arbustos del sendero y ella lo siguió con el sigilo de un gato merodeador.

En una oportunidad les dieron el ‘quién vive’ y Tutmés hizo a un lado con impaciencia la lanza que les cerraba el paso y se echó hacia atrás la capucha, dejando su cabeza al descubierto. El soldado, atolondrado, le hizo una reverencia y ellos siguieron avanzando sin hacer ruido. La avenida pronto describió un giro hacia la derecha y se encontraron frente a los peldaños del embarcadero, cubiertos por el agua que crecía y se mecía lenta y sedosamente iluminada por el resplandor mortecino de la luna. Dos figuras encapuchadas los aguardaban, inmóviles, ascendiendo y descendiendo junto con el pequeño bote amarrado allí. Tutmés alzó a Hatshepsut y, muy poco ceremoniosamente, arrojó a la niña por el aire hacia ellas. Ahmose la cogió al vuelo y la instaló sobre un tablón de madera que cruzaba la embarcación de lado a lado.

Parece que estoy destinada a tener aventuras en el agua, pensó Hatshepsut mientras Tutmés le arrancaba a Ineni la pértiga de las manos e impulsaba el bote con un fuerte empujón. Se quitó la capa y la arrojó al suelo. Una vez más hundió la pértiga y repitió la operación, mientras Hatshepsut lo contemplaba maravillada, pues era la primera vez que veía a su padre hacer algo que por lo general era tarea de los esclavos. Oyó su respiración profunda y pareja y vio las contracciones rítmicas de sus músculos con un dejo de alarma.

¿Qué estamos haciendo aquí a esta hora, en medio del río que crece? ¿Qué habrá ocurrido de malo? ¿Estaremos huyendo? ¿Acaso Egipto ha sido invadido?

Pero sabía que, de ser así, Tutmés jamás habría huido sino que se encontraría al frente de sus tropas. Justo cuando comenzaba a adormilarse por el suave movimiento de vaivén y los susurros del agua, su padre saltó del bote y los ayudó a ascender por la escalinata de los Muertos. Allí había desembarcado Neferu, y también su abuela y los pequeños príncipes. Hatshepsut tuvo un estremecimiento supersticioso cuando su padre la alzó y la depositó sobre la piedra fría y gris. Luego la siguió su madre. Por último, Ineni le entregó su capa a Tutmés, descendió del bote y ató la soga del remolque al poste del amarradero. Luego, sin decir una palabra, tomó la delantera e iniciaron la marcha hacia el sur, siguiendo la línea de espuma blanca que se dibujaba junto a sus pies. Del otro lado del río se veían las luces de Tebas, cálidas y acogedoras, tendiéndose hacia ellos por sobre el caudaloso Nilo.

No miraron hacia la derecha. Tanto los templos como las cintas blanquecinas y desiertas de los caminos exudaban una atmósfera hostil de desolación, de advertencia, de atención, de triste cavilación, que les hizo apurar el paso y desviar la mirada.

Cada tanto Ineni se detenía, estudiaba los acantilados y farfullaba algo para sí. Luego sacudía la cabeza y la comitiva reiniciaba la marcha, cada uno concentrado en sus propios pensamientos. Hatshepsut ya comenzaba a preguntarse si el Poderoso Toro no habría perdido el juicio, cuando Ineni se frenó de golpe con una exclamación de satisfacción y los demás se agruparon a su alrededor. El cielo estaba un poco más claro. Seguían sin poder verse bien las caras, pero los templos ya no se dispersaban entre ellos hacia el oeste y, aunque borrosamente, se podía distinguir el borde de los acantilados. Habían dejado atrás la ciudad al otro lado del río, pero una luz solitaria más al sur, proclamaba la existencia de Luxor y el otro hogar de Amón.

Ineni señaló hacia el suelo y luego hacia los acantilados del oeste.

—Éste es el sendero, Majestad —dijo en voz baja, como quien revela un secreto—. Debemos internarnos tierra adentro. La arena estará llena de rocas y las zonas escabrosas, así que tal vez convenga que el príncipe camine detrás de su madre y que vos me sigáis a mí.

Tutmés asintió y reiniciaron la marcha.

Había realmente un sendero, algo así como una huella dejada por las cabras por entre las acacias atrofiadas y las higueras dispersas. Hatshepsut, ascendiendo a la retaguardia, comenzó a fijarse bien dónde pisaba. Abundaban las rocas filosas, algunas de las cuales estaban cubiertas por una capa fina de arena, y el sendero serpenteaba y viraba bruscamente como si hubiese sido trazado por el vacilante deambular de un borracho. Hatshepsut ya se sentía menos destemplada con la caminata y la sangre comenzó a fluir con mayor rapidez por sus venas. Cuando lentamente el día los encontró, ella canturreaba en voz baja, trotando detrás de Ahmose en pequeñas arremetidas; y cuando Tutmés ordenó hacer un alto para preguntarle si avanzaban demasiado rápido para ella, la niña sacudió la cabeza con vehemencia, jadeando, los ojos encendidos por la aventura que estaba viviendo. Igual redujeron un poco el ritmo de marcha por Ahmose. Cuando la luz chata y descolorida de Ra iluminó los alrededores con esa extraña claridad de las primeras horas del día, Hatshepsut quedó maravillada al comprobar qué lejos estaban del punto de partida. Más allá de la figura delgada y movidiza de Ineni alcanzaba a ver el sendero sinuoso que trepaba hasta la cima de la colina y desaparecía bruscamente en un viraje hacia la izquierda, para luego perderse en esa mole perteneciente a las montañas que separaban Egipto del desierto. En el momento en que bajaba la vista para volver a concentrarse en el terreno que pisaba, Tutmés levantó una mano e Ineni se frenó en seco, como si le leyera los pensamientos. Las dos mujeres aguardaron.

—Ra surge hacia nosotros una vez más —dijo Tutmés—. Aquí nos detendremos un momento para rendirle homenaje.

Hatshepsut quedó como paralizada, sobrecogida por la solemne gloria de ese momento. Los minutos parecieron avanzar con mayor lentitud por el peso de las circunstancias y convertirse en una silenciosa vanguardia áurea que marchaba al frente del dios dorado.

De repente, cuando la quietud, la calma y la espera resultaban ya insoportables, las cumbres de los acantilados comenzaron a teñirse de rojo y los cuatro se pusieron de rodillas. De pronto Tutmés dejó escapar un grito, y Ra se elevó, trémulo, sobre el horizonte; rojo y grávido. La sangre de sus manos cayó sobre las rocas, que parecieron comenzar a brincar y a trocarse en un asombroso escarlata, y sus sombras se tiñeron de un violáceo intenso. A medida que el inmenso globo solar fue ascendiendo, el color se derramó sobre sus adoradores y cayó hacia el río, dejando en su camino una estela de chisporroteantes amarillos, verdes y azules. A lo lejos, la bruma de la noche seguía colgando sobre Tebas, aguardando que su soberano le diera permiso para partir.

Fue en ese momento, por primera vez en su vida, cuando Hatshepsut comprendió cabalmente qué se sentía al ser la Hija del Dios, su perfecta encarnación. La pequeña se puso de pie y volvió, con los brazos extendidos hacia la ciudad y el río, el contorno de su silueta orlado con los colores del fuego, su cuerpo tenso por el arrobamiento. Su Padre Celestial seguía elevándose cada vez más, y el gran Sol y su pequeña hija se intercambiaron una sonrisa comprensiva.

Tutmés suspiró.

—Yo también me sentí así la mañana de mi coronación, de pie sobre las torres de Tebas, al ver elevarse al Poderoso Amón—Ra en los cielos con renovado vigor —dijo—. Y creo que no pasará mucho tiempo antes de que me una a él en su recorrido por la bóveda celeste. Prosigamos ahora con lo nuestro. Todavía es mucho lo que nos queda por hacer hoy, y acabamos de recibir la bendición del Dios.

No tardaron en llegar a esa parte del sendero que parecía perderse en el acantilado. Lo siguieron en su curva violenta hacia la izquierda y de pronto se encontraron a la sombra. A ambos lados se alzaban moles de piedra y el camino se volvió más rocoso. Pero después de girar hacia la derecha comenzó a desplegarse frente a ellos un valle cada vez más amplio y extenso.

Era un lugar de silencio total. El sol lo bañaba y no había nada en él que se moviera. El valle se prolongaba en línea recta hasta un imponente acantilado que se levantaba, casi a pico, hasta el cielo. Hacia la derecha y a izquierda las rocas se extendían hacia ellos y el sendero que debían seguir se enroscaba hacia la ladera norte, volviendo a desaparecer de la vista al llegar a la cumbre. Hacia el sur, sobre el terreno del valle y al abrigo del peñasco más lejano, se acurrucaba una pequeña pirámide, que parecía poseer ángulos demasiado agudos, ser demasiado afilada para pertenecer a esa atmósfera calma de suaves declives y curvas masivas y desmesuradas.

Sus blancas facetas de piedra caliza relampagueaban al sol y en torno a la misma yacían escombros de gigantescos bloques de granito, de columnas derruidas cuyos tocones parecían dientes desaparejos y cariados.

–Es el templo mortuario de Osiris–Mentuhotep–habet–Ra –dijo Tutmés con pesar–, hace mucho tiempo olvidado y que yace en ruinas en este lugar.

La atmósfera pareció resultarle oprimente, pues se encogió de hombros y, con un estremecimiento, regresó al sendero.

Ineni y Ahmose lo siguieron, un poco rezagados, pero Hatshepsut no podía arrancarse de esa ensoñadora quietud. Se sentía invadida por una sensación de predestinación y se quedó contemplando las paredes de roca, la pequeña pirámide, la arena amarilla y grisácea que corría desde sus pies hasta la falda del acantilado.

Este valle es tuyo, se dijo. Estás en un lugar sagrado. Sus ojos recorrieron de nuevo lentamente la magnífica elevación del acantilado hasta llegar al azul intenso que lo coronaba. Sé que construiré algo aquí algún día, siguió reflexionando, pero me pregunto qué será. No lo sé todavía. Lo único que sé es que aquí reina la paz y es un lugar apropiado para la Hija de Amón. Y tuvo la sensación de haber sido consagrada, como si el Dios se hubiese apresurado a asentir con ella.

Cuando su madre la llamó con voz preocupada, a Hatshepsut le pareció que ella misma se había convertido en piedra y le costó alejarse de allí. Pero en su interior quedó grabada la magia de aquel lugar.

Pronto llegaron a la cumbre de la colina y el sendero siguió durante un trecho avanzando por la cresta hasta descender súbitamente en el sinuoso y prolongado desfiladero que aparecía frente a ellos. Cuando bajaron hasta el fondo, descubrieron que habían llegado finalmente al destino elegido por Ineni.

–Éste es el lugar del que os he hablado –le dijo a Tutmés–. Sólo los viajeros muy curiosos osarían aventurarse hasta aquí y, como podéis ver, se podrían tallar no menos de cien tumbas reales a lo largo del desfiladero, y su entrada quedaría oculta para siempre a los ojos de todos por las enormes rocas diseminadas por doquier.

Tutmés tomó ánimo y se ajustó el cinto.

–Ven, Ineni, muéstrame cuál es exactamente el lugar que has elegido. Ahmose, Hatshepsut, quedaos aquí. Buscad algún refugio entre las rocas para protegeros del sol –partió junto a Ineni por el valle, y poco después había desaparecido de la vista.

El silencio era opresivo. Ahmose se había tendido sobre la tierra y tenía los ojos cerrados. Parecía muy cansada y jadeaba con suavidad. Al cabo de un rato Hatshepsut se puso a observar los alrededores, pero no había mucho que ver, sólo roca.

Se alegró mucho de ver reaparecer a su padre y a Ineni, ambos sudorosos y sedientos.

–Apruebo el lugar –dijo Tutmés–, y te sugiero, Hatshepsut, que también tú aceptes la tumba que Ineni ha escogido para ti, bastante más arriba del lugar en que nos encontramos. Es un sitio adecuado para que en él descanse una reina.

–¿O un faraón?

Tutmés no sonrió. Estaba cansado, y ahora que todo había llegado a feliz término, lo único que deseaba era su vino y su desayuno.

–Si a mi me satisface, entonces supongo que también les resultará satisfactorio a los demás –le contestó con severidad–. Ineni, tendrás que construir el alojamiento para los trabajadores en el desierto y nivelar y ampliar todo lo posible este maldito sendero de ovejas. Elige a tus ingenieros con gran cuidado y no contrates a demasiados hombres. Esta vez todos deben morir cuando el trabajo esté concluido. Quiero descansar a salvo de los profanadores de tumbas, y lo mismo deseo para mi familia.

El primero en morir será ofrecido a Amón como prenda del agradecimiento de su obediente Hijo. Vámonos, ahora. El silencio tiene oídos y estoy muy intranquilo.

Como si sus palabras hubiesen desencadenado en cada uno las puertas del pánico, todos se apresuraron a salir del valle y a echar, cada tanto, una mirada temerosa por encima del hombro. Sintieron un enorme alivio cuando llegaron al fondo del soleado valle de Hatshepsut y, de allí hasta el río, sólo fueron pocos minutos de marcha sostenida. El bote se mecía, las aguas centelleaban y, en la otra orilla, las insignias de la ciudad imperial flameaban alegre y gallardamente con la brisa. Treparon a bordo e iniciaron el cruce, mientras Hatshepsut seguía soñando con su valle y las fragancias de las flores se extendían hacia ellos sobre el río.

Senmut tenía dieciocho años y se sentía aburrido, sentimiento que lo había acompañado durante la mayor parte del año, desde que su maestro había dejado de trabajar en el despacho y partido a las colinas tebanas para emprender cierto proyecto vasto y secreto, llevándose consigo a Benya y a algunos otros ingenieros jóvenes. El primer par de semanas, Senmut se había entretenido haciendo planes grandiosos para su propia tumba futura, pero su entusiasmo no había durado demasiado y terminó por archivarlos. Ese año la inundación del Nilo había sido escasa y una atmósfera de ansiedad flotaba sobre Tebas.

Recibió una breve carta de su padre en la que le informaba que la siembra había sido buena pero que, debido al bajo nivel del río, gran parte del terreno no había sido cubierto por el agua y, por consiguiente, tampoco rendiría frutos. La carta proseguía solicitando a Senmut que, de ser posible, les enviara alguna ayuda pecuniaria puesto que, para colmo de males, su madre se encontraba enferma, su hermano se había roto un brazo al colocarle el yugo a un buey arisco y el futuro no parecía muy alentador. Senmut se preguntó cuáles serían las expectativas de su padre con respecto a él. Era ciego que vivía bien, a pesar de tener un sueldo escaso; pero suponía que su familia lo imaginaba convertido en un gran señor, un arquitecto famoso y solicitado. En realidad, todavía seguía siendo un aprendiz. Sabía que si Ineni se encontrara allí habría dispuesto enviar algún tipo de ayuda, cuanto menos uno o dos esclavos pero, tal como estaban las cosas, Senmut tuvo que contentarse con explicarle a su padre la situación, acompañando sus palabras con una serie de promesas para el futuro. Estaba preocupado, y es bien sabido que la preocupación y el tedio no son la mejor compañía.

Fue así como en ese día en particular, el tercero del mes de Paopi, se preparó un bolso que contenía pescado ahumado, un poco de pan y queso, un puñado de higos y una pequeña botella de vino y partió rumbo al río. Sentía en su cuerpo la necesidad de hacer ejercicio, cosa que no siempre le era posible; pero en esa mañana soleada y diáfana no encontró otra cosa mejor que hacer que caminar. Eligió un sendero que nacía en las afueras de la ciudad y bordeaba el río, rodeando los pantanos y serpenteando por entre cañaverales que casi eran más altos que él y hierbas acuáticas de un verde brillante. Para tener mayor libertad de movimientos se puso el faldellín corto y de tela basta de los campesinos, en lugar del habitual lienzo con ribetes dorados, largo hasta el suelo, así que le resultó muy agradable sentir la caricia del aire sobre sus piernas descubiertas. Tampoco llevaba sandalias, y sus pies descalzos se hundían en la tierra mojada y chapoteaban alegremente entre la hierba. Las palmeras, que crecían por doquier siguiendo los cursos de agua, se trataba de un canal o del río mismo, sacudían intermitentemente sus indómitas melenas y Senmut caminaba feliz, vetado por las sombras y con los ojos entreabiertos por el fuerte resplandor del sol.

Alrededor del mediodía ya se encontraba prácticamente al borde del río, flanqueado a derecha e izquierda por crujientes papiros y pantanos mientras, frente a él, se desplegaba el panorama del Nilo y de un grupo de chozas de barro en la otra orilla. Se instaló debajo de una palmera datilera y sacó las provisiones del bolso. La caminata le había despertado el apetito, así que comió con ganas, mientras por su cabeza desfilaba el recuerdo de la época en que – hacia tan poco, aunque parecían haber transcurrido varios hentis– solía escabullirse de su celda para hacer incursiones en las cocinas y robar el alimento destinado al Dios; por aquel entonces, el hambre que tenía era de tal magnitud que nada parecía saciarla. En la actualidad, en cambio, la vida más descansada que llevaba había contribuido a mitigar su apetito. Siguió comiendo gozosamente, arrojando migajas a las aves curiosas que se le acercaban a saltitos pero manteniéndose fuera de su alcance. Cuando terminó, se recostó con las manos cruzadas sobre el estómago y, medio adormilado, se puso a contar las ramas de palmera suspendidas sobre su cabeza. Pronto se le cerraron los ojos.

Tenía tiempo de sobra para echarse un sueñecito y estar de regreso a sus aposentos antes de que oscureciera. Comenzó a dormir.

De pronto, algo le golpeó el pecho con tanta fuerza que se encontró de pie, doblado en dos de dolor y jadeando para poder respirar. Cayó de rodillas, temblando, los brazos rígidos y la mente convertida en un confuso torbellino de sangre y color restallantes. Por un instante, presa de un absurdo acceso de pánico, pensó que se trataba de su propia sangre. Pero un momento después, cuando la cabeza se le despejó y el dolor en el pecho cedió un poco, descubrió que lo que tenía frente a los ojos era un pato muerto, cuyas plumas despedían reflejos verdosos y azulados al ser golpeadas por los rayos del sol y cuya cabeza era una masa flácida de pulpa y sangre. Junto al ave había una lanza corta blanca y plateada cubierta de manchas pardas. Instintivamente la tomó con dedos temblorosos y se puso de pie, todavía un poco aturdido. Volvió a mirar al pato y en ese momento se oyó un murmullo entre los pastos altos. Antes de tener tiempo de volverse, el pastizal se entreabrió y apareció una muchacha, con una mano apoyada en el tallo de una caña doblada y la otra sobre su cadera.

Era esbelta, tan espigada como el arma que él tenía en la mano, y casi tan alta como él. Sus diminutos pies estaban calzados en unas sandalias de tiras finas como cordeles, adornadas de joyas azules. Tenía las uñas de los pies y de las manos pintadas de rojo, lo mismo que su generosa boca, en ese momento entreabierta por la sorpresa. Sus enormes ojos estaban rodeados de una capa negra de khol que, esfumándose hacia las sienes, formaba un triángulo en el extremo de cada ojo. Entre el khol y las cejas se advertía un leve toque de azul. El corte de su cabello era neto y preciso, y el flequillo que le cubría la frente le formaba una suerte de ribete negro azulado sobre los ojos, mientras que el resto, lacio, abundante y lustroso, era como una gran capa que se mecía entre sus orejas y sus hombros. Una gruesa banda de oro le ceñía la cabeza, y también en sus brazos había brillos dorados, pero sobre el pecho, cayendo como en cataratas hasta su ombligo chato y firme, llevaba una maraña de eslabones de oro argentífero tachonada en un aparente desorden con turquesas en bruto que centelleaban cada vez que ella respiraba. Vestía sólo un corto faldellín de muchachito, pero lo tenía sujeto a la cintura con un cinto de oro del cual colgaba una cruz egipcia. El pectoral le impedía a Senmut contemplar los pechos de la muchacha: sólo advertía un par de tenues protuberancias provocativas. Tenía el mentón levantado; esos ojos enormes y negros lo fulminaron desde su rostro de tez color bronce oscuro; las ventanas de su aristocrática nariz se ensancharon; los labios se apretaron con fuerza. Senmut estaba absolutamente encandilado; tanto que ni siquiera vio al esclavo que se situó prestamente junto a su ama ni al joven noble que la seguía y cuyo casco emplumado enmarcaba un rostro bondadoso que lo miraba con curiosidad.

–¡De rodillas! –le ordenó la visión en tono de sorprendida indignación y las rodillas de Senmut se doblaron.

Aferrando todavía la lanza corta se prosternó por completo, pero ahora sonreía.

No pudo menos que reconocer esa voz, aunque se hubiese vuelto un poco más grave y melodiosa en los cuatro años transcurridos. Era ella, su pequeña benefactora, pero ¡qué cambiada estaba!

–Campesino, mi pato está a tus pies y mi lanza corta en tus manos. Sólo los nobles tiene el privilegio de aferrar esa arma. Suéltala.

Lentamente fue abriendo sus dedos acalambrados y el esclavo se inclinó y recogió el arma.

Sintió que con ella le daban unos golpecitos en la nuca.

–Y con respecto a mi pato –siguió diciendo ella–, ¿qué te proponías hacer con él? – Ahora el tono de voz era suave, casi un ronroneo–. ¿Cuánto tiempo hace que merodeas furtivamente por entre los cañaverales, aguardando una oportunidad para huir con mi presa? ¿Crees que debo permitirle hablar, Hapuseneb?

–Eso depende exclusivamente de ti, príncipe –replicó el joven con tono solemne–. Pero yo me preguntaría, más bien, cómo es que un campesino lleva en el brazo la insignia de arquitecto y tiene la cabeza rapada como un sacerdote.

A ese comentario siguió un prolongado silencio. Luego, con voz serena, ella dijo: – Levántate, sacerdote. Eres tú, ¿no es verdad? ¡Por supuesto que sí! No conozco ningún otro sacerdote tan loco como para disfrazarse simultáneamente de arquitecto y de campesino.

Senmut se puso de pie y se restregó las rodillas. Pero esta vez no apartó la vista sino que la miró directamente a los ojos. Ella le devolvió la sonrisa con un repentino fulgor de dientes blancos y, en un impulsivo gesto de afecto, se acercó a él.

–Parece que estamos destinados a encontrarnos en situaciones algo embarazosas– dijo, riendo–. ¿Jamás lograré verme libre de ti? ¿Qué haces tan lejos de Tebas?

El tono era burlón y, mientras ella le hablaba, el esclavo levantó el pato y regresó a su lugar.

–Necesitaba estirar las piernas –dijo por fin Senmut–, y después de descansar un momento y de comer, me quedé dormido. Vuestro pato, príncipe, se precipitó sobre mí como un relámpago del cielo –aclaró mientras, con cautela, se tanteaba los rasguños que tenía en el estómago.

–¿Y qué me dices de tus obligaciones? –Preguntó ella.

–En este momento no tengo ninguna. El noble Ineni ha partido y no sé en qué ocupar mi tiempo.

Ella lanzó un suspiro.

–Por supuesto. Ineni está trabajando en un proyecto de mi padre. Muy bien, ¿te gustaría acompañarme entonces en nuestra partida de caza, sacerdote? Estoy segura de poder ofrecerte muchas maneras en qué ocupar tu tiempo. –Impulsivamente se volvió hacia el paciente Hapuseneb–. Éste es el sacerdote que en cierta ocasión me hizo un favor –le dijo–, y está visto que me sigue a todos lados como un cachorro.

El brillo pícaro que apareció en sus ojos hablaba a las claras de un espíritu juguetón que la madurez no había logrado borrar y de lo mucho que seguía disfrutando de las bromas.

Senmut le hizo una solemne reverencia al hijo del Visir del Bajo Egipto, sintiéndose por un momento anonadado por estar entre personas tan importantes. Hapuseneb inclinó la cabeza. Sólo un año mayor que Senmut, Hapuseneb, lo mismo que Menkh, ostentaba en su porte y en su manera de ser la arrogancia inconsciente de su posición social. Pero, a diferencia de Menkh, era un individuo metódico y con visión de futuro, capaz de asumir ya el cargo de su padre y de hacerlo con autoridad y eficiencia. Hatshepsut siempre había confiado en él, pues era un hombre de palabra. Con frecuencia habían jugado y cazado juntos, así como habían estudiado juntos en el aula, rivalizando mutuamente por la aprobación de Khaemwese, compitiendo luego en el manejo del arco o en carreras disputadas con los carros de guerra.

–Salud, sacerdote –le dijo–. No cabe duda de que eres afortunado si has podido hacer un servicio a la Esperanza de Egipto.

–¡La Esperanza de Egipto! –Se burló Hatshepsut con una risa alegre–. ¡La Flor de Egipto! Vamos, regresemos de una vez a la embarcación pues el día sigue avanzando y un solo pato es un botín bastante lamentable.

Giró velozmente y desapareció entre las cañas, seguida por Hapuseneb. Senmut recogió la pequeña bolsa que había contenido su frugal comida y fue deprisa tras ellos, sin lograr desembarazarse del todo de la confusión que reinaba en su mente.

Poco después los cañaverales cedieron paso a las aguas abiertas del río y a la visión de un pequeño esquife⁶ rojo y amarillo cuyas banderas azules y blancas flameaban con la brisa de la tarde. Los cortinajes ondulantes de damasco dorado que formaban las paredes de la cabina le permitieron a Senmut atisbar una serie de almohadones y una mesa baja sobre la cual había un botellón y una cesta con frutas. En la amura⁷ de proa estaba instalado un marinero, con una pértiga en la mano; delante de él, un pequeño mástil de oro con la vela cuidadosamente plegada y atada. A popa se había tendido un toldo, debajo del cual holgazaneaba un grupo de jóvenes y muchachas, ellas cubiertas por velos resplandecientes, tan delgados y finos como alas de abejas, similares a los que adornaban la flexible cintura de Hatshepsut.

Por encima de sus cabezas se mecían lentamente los abanicos de plumas de avestruz cuyo blanco veloso y aterciopelado contrastaba con el azul intenso del cielo.

Una pequeña rampa descendía de la entrada de la cabina a la orilla donde un soldado aguardaba pacientemente.

El sonido de parloteo y risas llegó a oídos de Senmut mucho antes de que éste saliera de la alta vegetación existente junto al río, y de pronto deseó estar en alguna otra parte, en algún lugar protegido, tal vez en el despacho de Ineni, o dormitando todavía bajo la palmera. Allí se sentía como un pez fuera del agua y lo que menos deseaba era ser objeto del escrutinio y las miradas condescendientes de ese grupo de jóvenes nobles y lujosamente ataviados; pero ya era tarde para huir.

El guardia se cuadró, la conversación se convirtió en una burbuja espasmódica que repentinamente estalló y Hatshepsut ascendió la rampa corriendo hacia esa serie de cabezas inclinadas, mientras Hapuseneb la seguía con aire imperturbable.

Senmut lo hizo en último término, dolorosamente consciente de su tosco atuendo campesino, su falta de peluca, sus rodillas sucias y su humilde bolso bajo el brazo.

Sintió que la mirada del guardia se le clavaba en la espalda y un segundo después se encontraba al otro lado de la borda, caminando junto a la entrada de la cabina, hacia cuyas profundidades frescas y umbrosas le habría gustado huir y esconderse. Se armó de coraje para resistir la primera mirada hostil de los ojos helados que se volvieron para contemplarlo. A sus espaldas, dos servidores izaron la rampa, y Hatshepsut le hizo una señal con la mano al hombre que sostenía la pértiga. La embarcación se deslizó hacia la corriente y, para su sorpresa, Senmut sintió que Hapuseneb le tomaba del brazo y lo arrastraba bajo el toldo. Hatshepsut se había desplomado sobre los almohadones y bebía agua casi con furia, chasqueando los labios. Se hizo un silencio. Todos clavaron la vista en Senmut, tal como él había temido; tragó fuerte y les devolvió una mirada desafiante. Hapuseneb le apoyó una mano en la espalda.

–Éste es el sacerdote... ¿cómo te llamas? –Le preguntó en voz baja.

–Soy Senmut, sacerdote de Amón y arquitecto bajo las órdenes del gran Ineni –dijo en voz alta.

Se dio cuenta de que prácticamente lo había gritado, y sus palabras llenaron la

⁶ Bote que se lleva en el navío para saltar a tierra

⁷ Parte de los costados de un buque donde éste se estrecha para formar la proa.

embarcación y retumbaron contra los árboles que parecían desplazarse a gran velocidad por la orilla.

Todos se incorporaron. Hapuseneb asintió con gesto de aprobación y Hatshepsut palmoteó los almohadones que había a su lado.

Senmut aceptó la invitación con cierta desconfianza, se sentó, cruzó las piernas y tomó la copa que ella le ofrecía. Mientras bebía, percibió algo así como la eclosión de un monumental suspiro, como si las cuerdas que mantenían tensa a la gente se hubiesen cortado de golpe. El parloteo se reinició, y Senmut sintió que varios hilos de sudor le corrían por las sienas. Por todos los dioses, pensó, ¿seré de veras yo el que está sentado aquí, rodeado de los satines más finos y lujosos, junto a la mujer más favorecida y poderosa de Egipto?

–Estuviste muy bien –dijo Hapuseneb con tono de aprobación–. Si algo me merece respeto es un hombre que sabe hacerse valer. Dime, Senmut, ¿cómo te sientes trabajando con Ineni? De chico siempre me inspiraba temor. Era muy amigo de dar palizas y cada vez que visitaba a mi padre, nos miraba como si fuéramos ayudantes de cocina y nos gritaba: ‘¡Fuera de aquí!’ Senmut lo miró con gratitud, sabiendo que le hablaba para tranquilizarlo y hacerlo sentir menos incómodo; así que procuró contestarle con el mayor cuidado. La expresión de Hapuseneb era abierta y cordial, y de inmediato Senmut tuvo la certeza de tener en él a un aliado, aunque sin saber muy bien por qué. El joven noble era bien parecido y tanto su mandíbula cuadrada como su mirada profunda invitaban a la confianza. Senmut descubrió que las palabras fluían de su boca con la misma facilidad que el río en plena crecida pero, al mismo tiempo, una parte de su ser tomó cierta distancia y lo contempló con aire cauteloso, aconsejándole: ‘No digas nada demasiado importante, pues navegas en una barca de ensueño con seres inmortales, y tus palabras deben referirse a cosas sin trascendencia’. En ese momento sintió que alguien le palmeaba el hombro. Giró la cabeza y se encontró con la mirada traviesa de un rostro oscuro y sonriente.

–¡Menkh! –Exclamó, aliviado, y el muchacho se sentó junto a él.

–¡Vaya lugar tan extraño para encontrar a un humilde sacerdote we'eb! –Dijo Menkh, mientras su sonrisa se ensanchaba aún más–. ¡Espera a que mi augusto padre se entere de esto! ¿Será acaso que está a punto de perder a su discípulo predilecto?

–¡Por supuesto que no! Y te aseguro que, puesto que soy un humilde sacerdote we'eb, me siento doblemente afortunado –respondió Senmut alegremente.

Y así siguieron avanzando, mientras el esquife surcaba las aguas tan silenciosamente como un cisne dorado y el sol refulgía sobre el caudal cada vez mayor del río.

Hatshepsut se alejó con su arma hacia un costado del barco, se puso de rodillas y cada tanto sumergía una mano en el agua transparente, o se ponía a contemplar el sol.

Mientras hablaba, Senmut se descubrió mirándola con frecuencia, recorriendo con los ojos su cabello agitado por el viento, su perfil puro y armonioso. Se sentía atraído hacia ella; estaba a un tiempo fascinado y avergonzado por la pasión que bullía en él. Hatshepsut era un ser remoto, una diosa; no está bien que sintiera por ella lo mismo que experimentaría por cualquier esclava de un despacho de cerveza.

Sin embargo, no era sólo eso. Entre ambos existía un afecto implícito, un reconocimiento de la intervención del destino en su relación, ese mismo destino que había sembrado dentro de él las semillas de la ambición y que las había cultivado durante los años de pesado trabajo en el templo. Comprendía que, como hijo de un campesino, no le correspondía estar en ese lugar. Pero también sabía que era el destino el que lo había colocado precisamente allí, a bordo de la Barca Real.

Sintió la mirada escrutadora de las mujeres, pero en cambio no percibió la admiración que suscitaba en ellas. No soñaba siquiera que pudieran verlo como un joven alto que poseía la gracia de la legendaria pantera y un rostro provocativamente sensual. Más aún: un hombre en cuya frente amplia y manos rápidas y hábiles se advertía el sello del poder.

Poco antes del atardecer, el paso del barco espantó a una bandada de gansos blancos que levantaron vuelo ruidosamente de los pantanos, y ella le entregó su lanza corta sin decirle una palabra. Era un desafío.

De pronto, por su mente cruzó como un relámpago el recuerdo de los años de infancia pasados en la granja de su padre, las peleas simuladas con su hermano Senmen, los dos resoplando bajo el peso de los enormes garrotes de madera. Esa suerte de arma de juguete que en ese momento tenía en las manos le resultaba ligera y equilibrada; la levantó, apuntó y la arrojó. Salió disparada en línea recta hacia su blanco, y el ave cayó pesadamente. Senmut oyó un murmullo de aprobación.

Menkh le palmeó la espalda y Hapuseneb arqueó las cejas.

–Tienes muy buena puntería para ser un sacerdote, sacerdote –dijo Hatshepsut, con los ojos entreabiertos.

Senmut se volvió hacia ella más bruscamente de lo que era su intención, destilando ira por todos los poros.

–Mi padre es campesino –afirmó–. Y no es precisamente con este tipo de armas que los campesinos enseñan a cazar a sus hijos.

–Ya lo sé –fue la simple respuesta de Hatshepsut, y la furia de Senmut se desvaneció.

El barco se arrimó a la orilla y los criados bajaron la rampa, pero ninguno de los dos se movió. Fue Menkh quien corrió a buscar el ave abatida y luego la presentó con una alborozada reverencia.

Hatshepsut acarició las plumas blancas.

–Llévatela –le dijo a Senmut–. Haz que los cocineros la preparen, y tal vez la comamos juntos.

Él la tomó con cautela, sin decir una palabra, pero entonces ella rompió a reír, sacudió la cabeza, y navegaron de vuelta a Tebas quietos uno junto al otro, en aquella tarde ventosa y dorada.

Cuando desembarcaron, lo envolvió un sentimiento que con frecuencia lo asaltaba durante la infancia, cuando acompañaba a su padre al mercado del pueblo para comerciar el maíz, el lino, los frijoles, los melones y las hortalizas: la felicidad y el cansancio de lo desconocido, lo inesperado, pero también la tristeza de cuando todo llegaba a su fin.

Se quedó parado en lo alto de las gradas del desembarcadero, frente a las columnas amarillas, azules y rojas salpicadas por el sol, sintiéndose perdido. Menkh y Hapuseneb se despidieron cordialmente de él y se embarcaron en sus respectivos esquifes, donde sus criados los aguardaban para llevarlos de regreso a sus casas. Los que habían formado parte del grupo echaron a andar por la avenida de sicomoros en dirección al palacio. Ya Ra estaba bajo en el cielo, desplazándose lentamente hacia el oeste, despojado de su abrasadora blancura y ataviado, en cambio, con un suave tono bronceado que lo teñía todo de oro. Senmut levantó la cara y cerró los ojos, en un gesto de súbito y sorpresivo amor hacia el Dios que le había regalado ese día.

–¿Te gustaría conocer a mi padre?

Sintió su voz muy próxima y giró la cabeza hacia ella con cierto desconcierto, imaginando por un instante que lo estaba invitando a navegar en la Barca Celestial.

Su cutis cobrizo parecía encendido por el sol y su cabello lanzaba destellos luminosos. Estaba tan cerca de él que Senmut pudo percibir su perfume, el perfume sagrado, la mirra.

–Has estado muy callado hoy, sacerdote –siguió diciendo ella–. ¿Ha sido un día auspicioso para ti?

–No lo sé –respondió con cierta torpeza–, pero sin duda ha sido un día inolvidable.

Seguía aferrando el ganso, pero había perdido su bolso en alguna parte.

–Dame el ave –dijo Hatshepsut–; lo haré asar especialmente, y tú, yo y mi padre lo comeremos juntos. Ve y descansa un rato; te mandaré llamar. ¿O prefieres dejar las cosas como están y volver a sumergirte en tus planos de arquitectura?

Senmut sabía que ella se refería a algo más que a la cena con el faraón.

–No, Hermosa entre las Hermosas –dijo en voz baja–. Y gracias por este día.

–¿Un día de iniciación? Me alegro de que lo hayas disfrutado.

Él hizo una reverencia y Hatshepsut se alejó, seguida por su cortejo de mujeres que parecía un racimo de burbujas iridiscentes; entonces Senmut echó a andar con lentitud hacia la oficina de Ineni y su propio cuarto pequeño.

Lo fueron a buscar puntualmente a la hora de la cena y él siguió a la esclava por entre la penumbra. Los jardines se encontraban envueltos en una cálida oscuridad, pero en el palacio las lámparas ardían y los salones y atrios estaban saturados con el aroma de comida y el enérgico chasquido del incesante ir y venir de pies calzados con sandalias. La esclava lo dejó junto a las puertas dobles del salón de banquetes donde se encontraba el jefe de heraldos, listo para abrirlas y anunciarlo. Senmut comenzó a balbucear su nombre, pero el hombre levantó una mano, hizo girar las puertas en sus goznes y entonó en voz alta: ‘Senmut, sacerdote del Poderoso Amón, arquitecto, y él se encontró de pronto caminando hacia la multitud. El salón le pareció inmenso, tanto como el atrio exterior del templo, con un techo que se perdía en la oscuridad a pesar de los cientos de lámparas encendidas que colgaban de las cavernosas paredes. La gente deambulaba entre las elevadas y esbeltas columnas que se alzaban a lo largo del suelo de baldosas blancas o aguardaban en grupos, bebiendo vino y conversando. En el otro extremo, el salón se abría a una verdadera selva de columnas que desembocaban en la noche que inundaba los jardines. Una leve brisa le rozó la cara, mezclándose con el aroma de los perfumes y los aceites.

Puesto que todavía era primavera, las diminutas mesas esparcidas aquí y allá como y al azar a la espera de los comensales, estaban cubiertas con flores de los árboles: capullos blancos de sicomoro, anaranjados de granado, fragantes capullos de persea de color verde amarillento y, además, un verdadero mar de flores de loto celestes y rosadas diseminadas entre los almohadones.

Una pequeña esclava, desnuda y tímida, casi una criatura, se le acercó y, después de saludarlo con una reverencia, le colocó sobre la cabeza un cono de perfume. Inmediatamente apareció un esclavo, quien también le hizo una profunda reverencia.

–Os ruego me sigáis, noble Senmut –le dijo respetuosamente.

Senmut experimentó la súbita tentación de lanzar una carcajada al oír ese título inmerecido, pero lo siguió obedientemente.

Se abrieron camino entre la gente hasta llegar a un pequeño estrado, a mitad de camino entre la puerta y la columnata que daba al jardín. El criado indicó un grupo de cuatro pequeñas mesas de oro, cuya superficie estaba cubierta de flores y cuyas patas se hundían entre los almohadones. Cerca, alrededor de la tarima, había otras mesas semejantes pero el criado, al ver la vacilación de Senmut, le hizo seña de que subiera.

–Esta noche cenaréis con el faraón –le dijo y, cuando Senmut, un poco cohibido, ascendió los dos escalones y se quedó allí, indeciso, agregó–: ¿Deseáis un poco de vino?

Senmut asintió y el criado se perdió entre la multitud. El calor de la noche y la tibieza del cuerpo de los asistentes ya estaban comenzando a derretir los conos pardos de cera que coronaban sus cabezas, y el perfume se les escurría por la nuca.

Senmut, aguardando el vino con la boca seca y los nervios de punta, se sintió también rodeado por ese miasma espeso, pero no le resultó desagradable. Por fin llegó su vino, presentado en un botellón de oro batido tan delgado que le pareció ver a través de él el contorno de sus manos cuando lo tomó y se sirvió. Por el rabillo del ojo, y por encima del mar de cabezas que se movían sin cesar, observó que por fin las puertas se abrían de par en

par y del otro lado, por entre la penumbra, hubo un centelleo de piedras preciosas. La conversación cesó y sólo se oyó el jugueteo caprichoso de la brisa. El jefe de heraldos tomó aliento y levantó la voz.

—Horus, el Toro Poderoso, Amado de Maat, Señor de Nekhbet y Per-Uarchet, el que ostenta la Diadema con el Uraeus, El que da Vida a los Corazones, Hijo del Sol, Tutmés, que vivirá por siempre jamás. La Gran Esposa Real Ahmose, Señora de las Dos Tierras, Gran Dama, Hermana Real, Bienamada del faraón. El príncipe heredero Hatshepsut Khnum-amun, Bienamada de Amón, Hija de Amón.

Todos se arrodillaron, extendieron los brazos, inclinaron la frente y el suelo del salón se convirtió en un mar de cuerpos que se mecía como las olas de un lago.

Senmut, expuesto en el estrado, también se postró y cierto malestar comenzó a embargarlo. ¿Qué pasaría si no le caía bien al faraón? ¿O si decía algo fuera de lugar y se le ordenaba que abandonara el recinto? La perspectiva de una posible deshonra lo espantaba aún más que la idea de la muerte. Estos pensamientos desfilaron velozmente por su mente mientras apoyaba la cabeza sobre un almohadón y volvía a levantarla, y pronto estuvo nuevamente de pie, contemplando el cortejo real que se abría paso por entre ese mar de adoradores.

De cerca, el faraón transmitía una autoridad mucho más imponente que la de aquella figura rechoncha que Senmut había visto caminar por la avenida rumbo a Luxor. Sus hombros eran más anchos, sus piernas, más musculosas; su cabeza, más beligerante y de aspecto taurino; sus ojos, más penetrantes, observándolo todo, sin que nada se le pasara por alto. Esa noche sus vestiduras eran amarillas, uno de sus colores favoritos. Su faldellín era amarillo, salpicado con dorado, y sus sandalias tenían adornos de oro. Su pectoral consistía en dos manos de cristal, cuyos dedos dibujados en oro sostenían la turquesa azul que simbolizaba el Ojo de Horus, con incrustaciones de amatista y fina loza esmaltada azul de faenza que su Visir del Bajo Egipto le había regalado esa misma tarde. El tocado de cuero de Tutmés era también amarillo y sus dos laterales le llegaban casi hasta la cintura, sobre su brillante frente se erguían la Cobra y el Buitre, cuyos ojos helados de cristal parecían contemplar a la multitud.

Senmut estudió a Ahmose con franco interés. Nunca había visto a la madre de Hatshepsut y se sintió un poco decepcionado, pues no las encontró nada parecidas. Era una mujer sonriente y regordeta, querida por todos por la dulzura de su carácter, pero sin rastros del fuego, la vivacidad y la chispa de su hija.

Finalmente, cuando el Portador del Abanico de la Mano Derecha del Rey y otros funcionarios que abrían un sendero entre la muchedumbre estuvieron prácticamente encima de él, Senmut vio a Hatshepsut. Seguía usando un atuendo de muchachito y su faldellín se balanceaba algunos centímetros por encima de sus rodillas, pero esa noche resultaba imposible que nadie se equivocara con respecto a su sexo.

Los párpados que ocultaban sus ojos negros estaban cubiertos con una capa de verde intenso rodeada de refulgente khol. Su boca generosa estaba pintada de rojo y en las trenzas de su cabello negro y lustroso se destacaban una serie de capullos blancos. Sobre la cabeza llevaba una corona de filigrana de plata tan delicada que parecía entretejida con su pelo. La plata le rodeaba asimismo el cuello y le acariciaba los hombros, y serpientes de plata le reptaban por ambos brazos, sus colas y cabezas chatas labradas en calcedonia. También su cinturón era de plata, lo mismo que sus sandalias, y si bien esa tarde había resplandecido y brillado con las tonalidades cálidas y doradas del mismísimo Sol, esa noche refulgía con la luz fría y pálida de la luna llena. Senmut se sintió completamente fuera de lugar y tuvo miedo.

Los emblemas del faraón fueron depositados al pie de la plataforma y los funcionarios desaparecieron. Tutmés ascendió pesadamente los escalones y se instaló en los almohadones. Ahmose se ubicó a su lado y Hatshepsut fue a sentarse junto a Senmut con la

cara iluminada por una sonrisa. El faraón ordenó que se sirviera la comida y todos los asistentes tomaron asiento frente a sus mesas.

–Me alegro de que estés aquí –dijo Hatshepsut a Senmut–. Y también tengo un hambre espantosa. Tu ganso aparecerá de un momento a otro, y entonces sabremos si tienes o no buen ojo para la carne tierna. Bueno –se inclinó por encima de su madre y dio unos golpecitos sobre la rodilla de Tutmés–: padre, éste es el sacerdote del que te he hablado. No te incorpores de nuevo, sacerdote; ya has hecho suficiente ejercicio por hoy.

Senmut se encontró atrapado en la mirada más escrutadora y penetrante que jamás había visto. La atenta evaluación a que Ineni lo había sometido no fue nada comparado con ese profundo sondeo. Los ojos de Tutmés lo acorralaron y procedieron a analizarlo centímetro a centímetro, y Senmut tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para no desviar la mirada. Al cabo de un momento que le pareció eterno, el faraón lanzó un par de gruñidos.

–Eres un jovencito escurridizo –dijo con voz grave y áspera pero no exenta de bondad– Durante muchas semanas mi inspector de Obras me ha hablado de ti, pero jamás he llegado a ver siquiera tu sombra. Ineni tiene una muy buena opinión de ti: afirma que tienes talento e imaginación. Mi hija te aprecia. Eres realmente afortunado. –Cuando su esclavo se inclinó para servirle el primer plato, Tutmés despejó la mesa con un movimiento del brazo y las flores fueron a dar sobre el amplio regazo de Ahmose–. ¿Ese zarrapastroso faldellín sacerdotal es todo lo que tienes que ponerte? ¿Dónde está tu peluca? ¿Y bien? ¿Tampoco tienes voz?

Hatshepsut contemplaba la escena mientras que en sus labios rondaba una sonrisa divertida.

a Senmut contestó con la misma prudencia con que lo hizo cuando le presentaron Hapuseneb.

–No soy más que un aprendiz, Poderoso Toro, y un humilde sacerdote we'eb cuya misión es servir a todos los demás sacerdotes. No sería apropiado que luciera los mismos adornos que mis superiores.

Tutmés le lanzó una mirada penetrante por debajo de sus amenazadoras cejas.

–Bien dicho. Pero con los sentimientos no se compra comida, como dijo en cierta oportunidad el gran Imhotep.

–Yo estoy bien alimentado, Poderoso Faraón. Mi maestro me hace trabajar duro pero es un hombre justo.

–Eso lo sé mejor que tú. ¿Dónde vives?

–Tengo una pequeña habitación junto a la oficina de mi maestro.

–Hatshepsut, haz lo que quieras con él. Me gusta. Ahora comeremos. ¿Dónde están los músicos?

Bruscamente apartó su atención de Senmut, y éste lanzó un suspiro de alivio. Un esclavo aguardaba pacientemente junto a él con una bandeja llena de comida; ahora que la entrevista había concluido el joven descubrió que tenía un apetito voraz, así que con un gesto de asentimiento aceptó por fin los manjares que le ofrecían. Hatshepsut ya comía con entusiasmo, mientras sus ojos espiaban a todos los que la acompañaban. Senmut comió en silencio, y una vez que el apetito de Hatshepsut se vio satisfecho, ella comenzó a señalarle a algunos de los presentes y a susurrarle al oído toda clase de murmuraciones y habladurías, con un brillo travieso en los ojos.

–¿Ves allá, a la derecha de la quinta columna lotiforme, debajo de la lámpara? ¿Esa mujer gorda y cubierta de oro hasta las rodillas? Es la segunda esposa Mutnefert, la madre de mi hermano Tutmés; la que se encerró con llave en sus aposentos durante meses y le negó la entrada a mi padre cuando fui nombrada príncipe heredero. Se dice que hace el amor con el jefe de heraldos, pero yo no puedo creerlo. Si fuera cierto, mi padre la habría hecho matar hace mucho.

‘Tutmés no se encuentra aquí –dijo, en respuesta a la pregunta que él no se había atrevido a formularle–. Mi padre lo envió con pen–Nekheb en una gira por las guarniciones del norte. Tiene la esperanza de que aprenda algo, pero sufrirá una decepción. Tutmés quiso llevarse a su concubina, y mi padre casi estalla de furia... ¿Ves? Allá, el que te saluda con la mano. ¡Es Menkh!

En cuanto concluyó la cena y estaban a punto de comenzar los entretenimientos, el Visir y su hijo se pusieron de pie y se acercaron al estrado. Tutmés los alentó a hablar.

–¿Qué ocurre, mi amigo?

–Deseo que me excuséis, faraón, y me permitáis regresar a casa junto a mi esposa. Me siento muy cansado después del viaje.

–Entonces vete. Y llévate también a tu hijo, si lo deseas. Te espero mañana en la sala de audiencias una hora antes del alba para que me presentes tus informes.

Los despidió y, cuando se volvieron para irse, Hapuseneb intercambió una mirada de complicidad con Senmut y le dedicó una cálida sonrisa.

Los criados quitaron las mesas, quedó un espacio despejado y del otro extremo del salón se oyó el alegre sonido de las castañuelas y las panderetas. Ahmose dormía, recostada en sus almohadones, emitiendo cada tanto suaves ronquidos. Tutmés descendió del estrado y se instaló en una silla desocupada.

–Ahora veremos a las bailarinas –dijo Hatshepsut–. Sentémonos en el suelo junto a Menkh para poder observar así mejor los pies de las muchachas.

Se levantó de un salto de los almohadones y Senmut la siguió, llevándose el botellón de vino.

Siete bailarinas entraron corriendo en el recinto. Por su piel cetrina, su nariz aguileña y su cabello renegrado que les llegaba hasta las rodillas, Senmut juzgó que eran oriundas de Siria. Cada una llevaba una pandereta y cascabeles. Estaban todas desnudas, salvo por sus tintineantes pulseras de cobre y una multitud de anillos en los dedos de los pies, tenían los cuerpos brillantes por el aceite que fluía de sus conos de perfume. En sus ojos se adivinaba un temperamento indómito. Senmut recordó después poco de la danza en sí misma, si es que así podía llamársela. Estaba embriagado por el vino, la intensidad de las fragancias y la proximidad de Hatshepsut. Con un murmullo de cascabeles y un rápido meneo de panderetas, las muchachas desaparecieron del salón y fueron reemplazadas por los malabaristas, con sus esferas, argollas y varas de madera. Después le tocó el turno a un mago, que lanzó una lluvia de polvo dorado sobre la concurrencia y transformó flores en bolas de fuego.

El faraón estaba de un humor excelente: reía y bebía, palmeándose sus imponentes muslos y aplaudiendo con entusiasmo. Ahmose, en cambio, seguía dormitando. Por último, cuando en la clepsidra ya casi no quedaba agua y hacia el este el firmamento comenzaba a grisarse, Tutmés se puso de pie y vociferó: –¡A la cama, todos! –y se precipitó pesadamente hacia la puerta.

La música cesó. Los criados comenzaron a transportar a aquellos invitados demasiado borrachos para caminar, y el resto comenzó a dirigirse perezosamente hacia y los jardines, los embarcaderos o los corredores, como fantasmas fatigados y silenciosos.

Senmut parpadeó y se puso de pie, cansado y saciado, deseando encontrarse ya en su lecho y, a la vez, consumido por un extraño fuego. Hatshepsut, cubierta ahora con un manto con capucha, le tocó un brazo.

–Mañana ven antes del mediodía a la pista de entrenamiento, así puedes ganarte tu propia lanza corta antes de que salgamos nuevamente de caza –le dijo.

Mientras él todavía se encontraba inclinado haciéndole una reverencia, ella echó a andar hacia el claustro con columnas y el jardín en penumbras.

Senmut avanzó tambaleándose tras ella, pues desde el exterior del palacio le resultaba más fácil orientarse y encontrar sus aposentos, pero la misma esclava que lo había

conducido hasta allí lo llamó por señas desde la puerta y él la siguió agradecido, empapado en perfume y sudor, sintiendo un agotamiento total en todo el cuerpo.

Ese mismo año, en pleno verano, cuando los seres humanos, los animales y las plantas eran agostados por la bochornosa furia de Ra, Ahmose falleció. Despertó en mitad de la noche sofocante implorando agua y Hetefras le dio de beber de la jarra de piedra que solían dejar en el vestíbulo para que se mantuviera fresca. Ahmose yació la copa y pidió más, quejándose del calor y de una molestia que sentía en los brazos, mientras se apretaba el corazón con una mano temblorosa. Luego había vuelto a dormirse pero al rato despertó una vez más, esta vez muy asustada y llamando a Tutmés. Hetefras la vio tan agitada que fue ella misma a despertar al faraón, quien en el camino mandó llamar al médico, pero al llegar a su lado la encontraron muerta.

Esa noche Hatshepsut dormía profundamente, sin que su sueño se viese turbado por ninguna premonición. Fueron a buscarla y ella recorrió los interminables pasillos y luego se quedó mirando a su madre como si todavía estuviese soñando. Ahmose parecía formar parte de ese sueño: en sus labios asomaba una leve sonrisa, su rostro era en la muerte tan bondadoso como lo había sido en vida, y la paz que se advertía en sus ojos opacos indicaba a las claras que el balance de su alma había sido favorable.

–De nuevo eres joven para siempre –dijo en voz baja Hatshepsut, citando las palabras del Rito fúnebre–. ¡Qué hermosa debió de haber sido, padre! No siento ningún pesar por ella. Gozó viviendo para todos nosotros y en este preciso instante transita ya por el bienaventurado reino de Osiris.

A Tutmés eso no le resultaba sorprendente, pues Ahmose le había dedicado más plegarias a la consorte de Osiris que al Poderoso Amón y, por consiguiente, sólo representaría una merecida recompensa por su devoción; lo que sí le maravillaba, en cambio, era la intuición de su hija.

–La tumba del valle ya está casi concluida –dijo el faraón–. Allí descansará sin ser molestada.

Como de costumbre, se reservaba para sí sus propios pensamientos, ocultos tras la máscara de su dignidad real; permaneció tristemente sentado sobre la pequeña banqueta de Ahmose, la mirada fija sobre la forma inmóvil de su esposa, y al cabo de un rato Hatshepsut se fue a sus aposentos y lo dejó solo.

Durante los setenta días de duelo una enorme paz descendió sobre Tebas. Era como si Ahmose, como regalo póstumo le estuviera entregando su propia esencia a la ciudad que tanto amaba; y, así, extrañamente, desapareció de la superficie de Tebas todo rastro de encono y de rivalidad, y la vida se volvió más moderada, más serena. Tutmés siguió silenciosamente entregado a sus tareas y Hatshepsut pasó mucho tiempo con los animales y con Nebanum, como lo había hecho en ocasión de la muerte de su hermana. Pero en esta oportunidad la quietud del zoológico, la compañía de esos animales confiados y agradecidos y el afecto de Nebanum, parecían fundirse en una profunda y prolongada sensación de plenitud. Comprendió que últimamente había estado corriendo hacia sus quince años a un ritmo cada vez más vertiginoso, bebiéndose la vida a borbotones en lugar de paladearla como se hace con un bocado particularmente exquisito; y el hecho de verse privada de fiestas, bailes y carreras con el carro de combate no le resultó enojoso como habría ocurrido sólo pocas semanas antes. Cierta tarde sofocante y violeta en que se encontraba sentada en el techo, recordó de pronto aquel valle que tanto la había fascinado –su valle– y una idea comenzó a tomar forma en su mente. Un templo. Pero no un templo que intentara competir neciamente con los insuperables acantilados sino que, de alguna manera, los complementara y que a la vez expresara su propia inflexibilidad y belleza reales. Entornó los ojos para poder contemplar mejor esa visión, ciega al carmesí del sol poniente. Necesitaba un arquitecto, alguien que conociera bien sus pensamientos, sus sueños, las imágenes que se reflejaban en la superficie azogada de su imaginación; y no fue precisamente en Ineni en quien pensó. Se

puso en pie de un salto, bajó rauda la escalera y envió a un guardia que acertó a pasar por allí en busca de Senmut.

Regresó al techo y esperó con impaciencia, con plena conciencia de que se había iniciado un largo crepúsculo. En cualquier momento debería verlo aparecer caminando por entre los árboles, siguiendo al soldado. Debió de haberse estado bañando, pues sólo llevaba puesto un escudo faldellín y en el brazo no tenía su insignia de arquitecto. Observó qué anchos eran sus hombros, qué largas y elásticas sus piernas, qué atractivo era su pecho para que una mano llena de afecto lo acariciara. El soldado señaló hacia arriba y cuando él levantó la vista, descubrió cierto anhelo en su rostro. Al cabo de un instante se encontraba ya frente a ella, inclinándose reverentemente, la cara que había expresado tanto gozo convertida en una máscara expectante y cortés, como correspondía a un servidor que ha sido llamado por su amo.

Hatshepsut reparó en lo tostado de su tez, en la fuerza de sus pómulos y en lo sensual que era su boca. Cuando sus ojos se encontraron, ella apartó la mirada con brusquedad.

–Salud, sacerdote. Todavía tienes los hombros mojados. ¿Te estabas bañando?

Ven y siéntate junto a mí y contemplemos los últimos rayos del sol.

Obedientemente, él se sentó a su lado, mirando el cielo que se oscurecía. Había estado nadando en el Nilo, a favor y en contra de la corriente, una y otra vez, un ejercicio que le había recomendado su instructor de tiro, y sentía un saludable cansancio en los brazos y las piernas.

Su cuerpo se había vuelto más musculoso desde la noche de la fiesta y su voz más grave. Pero también se había convertido en un ser callado y silencioso, y los criados que limpiaban y atendían las oficinas de Ineni comenzaron a temerle, aunque fuera todavía un muchachito.

Descansó junto a ella, los brazos cruzados sobre las rodillas. Miraba serenamente hacia adelante y su aspecto era tan introvertido, tan remoto, que por primera vez en su vida Hatshepsut deseó tener que romper ese silencio, pero la noche corría a su encuentro.

–Hoy estuve en los establos y le di al caballo oscuro, ese que tanto te gusta, un poco de avena. Lo encontré muy decaído por la falta de ejercicio –dijo ella.

–Los sirvientes deberían ejercitarlo un poco –respondió Senmut–. Para cuando la Gran Esposa Real sea llevada a su lugar de descanso, se habrá convertido en un animal arisco e ingobernable.

–Confieso que todavía no he llegado a extrañar mis prácticas de tiro. ¿Y tú?

–Tampoco.

–¿Estás contento de que haya dispuesto las cosas para que también tú practiques tiro y conduzcas los carros? ¿Estás satisfecho con tu vida?

–Sí, estoy contento; pero debo confesaros, príncipe, que extraño mis clases con Ineni. –Se agitó con cierto desasosiego–. No os he agradecido aún el pequeño departamento que me habéis asignado, ni los criados y los cereales que hicisteis enviar a mi familia.

–No te di oportunidad de hacerlo. Y luego murió mi madre, y yo me he dedicado a deambular de aquí para allá, sumida en mis propios pensamientos. ¿Cómo está tu familia?

–Muy bien, y os ofrece su eterna veneración. El brazo de mi hermano sanó y mi madre se está recuperando, aunque todavía se siente un poco débil. Alteza –dijo girando la cabeza para mirarla con expresión atribulada–: habéis sido extremadamente generosa conmigo, en una medida que supera con mucho el pago de una deuda de gratitud. ¿Puedo preguntaros por qué?

–Puedes preguntármelo –le replicó ella–, pero también es posible que no te conteste. Si quieres que te sea franca, no lo sé. Supongo que porque veo en ti lo que me gustaría ver en mi hermano, y eso me enfurece. ¿Por qué se considera natural que un inútil como él reciba los beneficios de la mejor educación e instrucción en todos los órdenes y, en cambio, alguien como tú esté condenado a servir para siempre en el templo mientras tu familia pasa hambre?

Lo dijo con una vehemencia desusada, y él no supo qué contestarle.

En el fondo, Hatshepsut temía a su hermano Tutmés y, al igual que Ahmose, comenzaba a preguntarse si cuando muriera su padre no terminaría casándose con él, a pesar de las protestas del faraón en sentido contrario. Estaba descubriendo que la muerte puede cambiar muchas cosas: que, en realidad, puede cambiarlo todo. Y se estaba volviendo cautelosa y prudente como una cabra de montaña que se encuentra en terreno desconocido.

Hatshepsut se encogió de hombros.

–Pues ya ves que no lo sé, y tú, mi buen amigo, no tienes derecho a preguntármelo. ¿Acaso un príncipe heredero no puede hacer lo que se le antoje? Pero te he llamado por otro motivo. Hay un lugar que quiero mostrarte, un lugar sagrado para mí. He tenido una visión de lo que quiero hacer allí, pero necesito tu ayuda. ¿Me acompañarás hasta allá?

–¡Desde luego, Alteza! ¿Dónde queda ese sitio?

Ella señaló hacia el oeste, al otro lado del río.

–Está allá, oculto. Es un valle, el lugar de descanso del gran Mentuhotep–ha–pet–Ra. No puedo decirte nada más hasta que lo hayas visto. Iremos mañana. Te espero en el desembarcadero una hora después del amanecer. Y trae tus sandalias, pues en algunos trechos el camino es rocoso.

–Allí estaré. Pero ¿por qué yo, Alteza? ¿De qué manera puedo ayudarlos?

–Te contaré mi sueño y lo comprenderás. Ineni podría escucharme pero jamás lo entendería, por mucho que lo intentara. En cambio, tú y yo, sacerdote, nos hemos probado mutuamente, aunque no hayamos estado juntos ni diez veces. Tú me conoces bien. ¿No es así?

–Os reverencio, príncipe, pero no creo que nadie llegue jamás a conocerlos.

Creo que confiáis en mí, y que eso es lo que queréis decirme. No me teméis porque no soy nadie, sólo un humilde sacerdote we'eb.

–Dejaste de ser un humilde sacerdote we'eb en el preciso instante en que compareciste delante de Ineni –le replicó ella–. Pero ¿qué eres exactamente ahora?

Cuando sonaron las trompetas anunciando la cena, ella fue la primera en agitarse.

–Esta noche no tengo ganas de comer. Vete ahora, sacerdote; nos veremos mañana.

Era una orden. Senmut se puso de pie torpemente y la saludó con una reverencia, pero ella ya no lo miraba: escrutaba intensamente por encima de los jardines, como si con un esfuerzo de voluntad le fuera posible atravesar la oscuridad y contemplar su valle. Senmut bajó la escalera corriendo. Ya no se preguntaba cuál sería su destino: estaba listo para aceptarlo.

Al día siguiente se apresuró a acudir al muelle y la encontró esperándolo de pie en la cubierta de su pequeña embarcación de caza, con su portador de abanico junto a ella. Hatshepsut estaba envuelta en un manto de deslumbrante lino blanco para protegerse del calor, pero su portador de abanico era un nubio negro como la noche. Después de hacer la reverencia, Senmut trepó ágilmente a bordo y los sudorosos marineros hicieron avanzar la barca.

–Sentémonos debajo del toldo –dijo ella–. Ya hace demasiado calor. Mi padre me autorizó a ir pero me previno que no me internara en las colinas más de lo necesario y sano. Pero con este calor, no sé siquiera si daré un paso –comentó, señalando una litera plegada a un costado del barco con el parasol apoyado sobre ella. Luego lo miró con aire crítico–. Deberías usar khol para protegerte los ojos del resol–. ¡Ta–kha'et!

De la cabina asomó una esclava que permaneció de pie, aguardando, con los ojos entornados por la fuerte luz solar.

–¡Trae la caja de cosméticos y los pinceles! –Le ordenó Hatshepsut, y la muchacha echó a andar por la cubierta con un extraño movimiento cadencioso que cautivó la atención de Senmut–. Ésa es Takha'et, mi esclava más reciente –comentó Hatshepsut al advertir la

mirada aprobadora de Senmut-. Es dispuesta y obediente, pero también callada. -Cuando la muchacha regresó, le dijo-: Toma el khol y unta a este sacerdote. -Elegió un pincel y se lo entregó a la esclava-. No le apliques demasiado y apresúrate. Ya casi hemos llegado a la Necrópolis.

Ta-kha'et se arrodilló delante de Senmut, abrió la caja de cosméticos y la apoyó sobre la cubierta. Su rostro estaba impasible, pero cuando mojó el pincel en el frasco negro, sonrió.

-Os lo ruego, Señor, cerrad los ojos -le dijo, y Senmut obedeció, y luego sintió el aleteo de sus manos cálidas sobre las mejillas y el pincel mojado y fresco que le recorría los párpados-. Ahora abridlos -dijo Ta-kha'et.

Su pequeño rostro ovalado, con ese par de ojos verdes y el flequillo pelirrojo, estaba tan cerca del suyo que, con un leve movimiento, sus narices habrían chocado.

La contempló mientras llevaba a cabo su tarea, la punta de la lengua asomándole entre los dientes y su aliento exhalando un aroma a dulces y a semilla de anís. Cuando concluyó, se sentó hacia atrás apoyándose en los talones para examinar su obra y, tras una orden de Hatshepsut, se apresuró a cerrar la caja y a desaparecer con su andar armonioso. El esquiife golpeó levemente contra la escalinata de los muertos y ambos se incorporaron.

-Ha hecho un buen trabajo -comentó Hatshepsut, mirándolo-. El khol te favorece. Ahora debemos apresurarnos, pues nos espera un camino largo. Creo que haré que me lleven. ¡Bajad la litera! -Ordenó a los marineros.

Senmut la siguió hasta la orilla, donde desplegaron la litera. El nubio abrió el parasol, que arrojó un pequeño círculo de sombra sobre el suelo, y Hatshepsut se acomodó en la litera, apoyándose sobre un codo para poder conversar con Senmut mientras avanzaban.

Iniciaron la marcha y muy pronto ella se sumergió en el silencio con la mirada perdida hacia adelante y expresión meditabunda. Senmut, el nubio y los dos criados que portaban la litera comenzaron a transpirar profusamente con las oleadas de calor, que parecían brotar de la arena y de las rocas y hacían que todo bailoteara frente a sus ojos. Poco después el sendero viraba bruscamente hacia la derecha, pero Senmut observó, un poco más allá, otro camino, más nuevo y más amplio que arrancaba del que transitaban y continuaba en línea recta hasta perderse en el acantilado, donde las rocas rozaban con el desierto. Senmut advirtió también que estaba surcado por huellas de bueyes y hollado por el paso de muchos pies. Se sintió intrigado al respecto pero giró hacia la derecha cuando Hatshepsut así lo ordenó, y comenzaron el lento ascenso por la senda sinuosa.

Las piernas comenzaron a dolerle, pero siguieron subiendo. Justo cuando sentía que no podía dar ni un paso más a menos que tomara un poco de agua, se adentraron en la sombra del acantilado y Hatshepsut ordenó hacer un alto en la marcha. De algún lugar de la litera salió a relucir un botellón y todos bebieron. Hatshepsut ordenó que los marineros permanecieran allí y le indicó al nubio que los acompañara con la sombrilla.

-Es sordo -comentó descuidadamente-, así que podemos hablar con total libertad.

Ella, Senmut y el imponente negro reiniciaron la marcha. No habían avanzado mucho cuando de pronto se abrió delante de ellos un valle profundo y amplio, cuyo terreno se prolongaba, llano, hasta otro grupo de acantilados que lo rodeaban por sus tres lados. Se detuvieron al unísono y Hatshepsut suspiró.

-Mira, el sagrado lugar de descanso de Osiris Mentuhotep -dijo.

Permanecieron en silencio y, de pie bajo la sombra del parasol, Senmut se sintió anonadado. No cabía duda de que era un lugar sagrado; un lugar secreto y magnífico que lo hacía sentir un intruso, un ser insignificante y vacío. El sol se derramaba sobre el valle como de un recipiente inagotable y ardiente, sin que ningún sonido perturbara su sueño.

-Es aquí donde quiero construir -dijo Hatshepsut, con una voz tan tenue que apenas se alcanzó a oír en ese silencio oprimente-. Éste es mi valle sacrosanto, un monumento adecuado para mi Ser Sagrado. En los años venideros los hombres podrán venir aquí a

rendirme culto. Pero ¿cómo construir un templo que me haga justicia? ¿Un monumento cuya belleza compita con la mía? No imagino en él una pirámide como la del poderoso Mentuhotep, pues, en mi opinión, la imponencia de los acantilados la hace parecer insignificante. Pero, entonces, ¿qué? ¿Crees que podremos planear juntos una joya adecuada para engazarla en la corona de estas inmensas rocas?

Senmut no respondió. Ya su mente de arquitecto estaba atareada calculando distancias, evaluando proporciones, midiendo alturas. Sin darse cuenta comenzó a caminar hacia adelante. Hatshepsut y el nubio lo siguieron, avanzando lentamente por esa superficie arenosa. La pequeña pirámide pareció acercarse a ellos pero, incluso después de haber recorrido la mitad del trecho que los separaba de ella, seguía ofreciendo un aspecto pequeño, fuera de lugar. Senmut se detuvo, frunció el ceño y giró la cabeza en dirección a Hatshepsut, quien entonces se le acercó, envuelta en su manto, buscando con sus ojos negros su mirada.

—Aquí podría erigirse el templo más grandioso del mundo —dijo Senmut pausadamente—. Habéis elegido el lugar con gran acierto, Poderosa Alteza. Lo que yo imagino aquí es algo más bien etéreo y fresco, tal vez un conjunto de columnatas.

Algunos ángulos, sí, pero ningún pico pronunciado que compita con las rocas del fondo. Debo pensarlo mejor. ¿Me otorgáis vuestro permiso, Alteza, para venir aquí de nuevo a recorrer el lugar y meditar?

—Ven cuantas veces quieras —le respondió—. Y cuando tengas una idea más precisa o concreta, comenzaremos a construir. ¿Qué opinas de un santuario, enclavado en las raíces mismas del acantilado, donde mi efigie pueda reposar y escuchar las plegarias?

—Sería posible, pero necesitaría la ayuda de un buen ingeniero, uno que ame la roca y la conozca palmo a palmo.

Pensó inmediatamente en Benya; él sabría dónde practicar los cortes y qué profundidad darles; la tallaría con la total seguridad que le otorgaba su experiencia y la pasión que ponía en su trabajo. Pero sólo los dioses sabían dónde se encontraba, pues había partido con Ineni para participar en un proyecto secreto del faraón. Senmut le habló a Hatshepsut de Benya y la actitud de ella cambió.

—¿Es tu amigo? —Preguntó— ¿Es un buen ingeniero? Debe de serlo, pues de lo contrario no estaría trabajando con Ineni.

Levantó entonces la vista y miró hacia atrás, hacia el otro camino que serpenteaba hasta lo alto del acantilado y continuaba más allá.

Senmut intuyó cierto desasosiego en ella.

—¿Es preciso que sea él?

—Lo conozco bien, Alteza, y confío en su juicio. Trabajaremos muy bien juntos.

—Quizá sea imposible —replicó con brusquedad—. Tal vez no regrese.

Una vez más lanzó una mirada hacia la cima del acantilado.

Senmut se sintió invadido por un extraño temor, un temor que ella le transmitía y que la particular atmósfera de ese lugar intensificaba; pero supo que no debía preguntarle el porqué de sus palabras.

Ella se envolvió más en la túnica y cruzó los brazos. El nubio permanecía inmóvil como una estatua de piedra. Ambos se habían olvidado por completo de su existencia.

—Veré qué puedo hacer —dijo Hatshepsut ásperamente—, pero no te prometo nada. Sólo mi padre tiene en sus manos el poder de hacer regresar a ese tal Benya o dejar las cosas como están.

—Es un hombre sumamente valioso —se apresuró a añadir Senmut.

Ella sonrió y su expresión se iluminó.

—Como tú, Senmut —dijo en voz muy baja.

El inesperado empleo de su nombre de pila en labios de Hatshepsut le produjo una oleada de gozo.

–Yo os venero, Alteza –susurró él, sabiendo que era verdad–. Os serviré hasta la muerte.

Al percibir que esas palabras le habían brotado de lo más profundo de su corazón y no eran la lisonja fácil y hueca de un cortesano adulator, ella le tomó una mano y la sostuvo un momento entre las suyas.

–Hace mucho tiempo que lo sé –respondió–. Y también sé que, tanto si te colmo de favores como si te envío a prisión, tu corazón me pertenece. ¿No es así?

–Sí, así es –replicó con una sonrisa, y echaron a andar lentamente hacia la litera y los criados que los aguardaban medio sofocados y soñolientos por el calor.

La mañana siguiente fue llamado bien temprano para comparecer ante el faraón.

Encontró a Tutmés en la oficina del Visir del Sur, caminando por el recinto en uno y otro sentido, con un revoltijo de papiros y despachos en las manos. Cuando anunciaron a Senmut, el faraón los arrojó sobre el escritorio mientras el padre de User–amun se despedía con una reverencia.

Tutmés parecía disgustado y Senmut aguardó con ansiedad, preguntándose qué habría hecho de malo. Esa mañana el Toro Poderoso le recordaba a su viejo maestro, y se quedó mirando esa espalda musculosa que se alejaba hasta el otro extremo de la habitación, giraba y luego el imponente torso marchaba hacia él. Finalmente Tutmés interrumpió sus recorridos.

–Así que quieres a Benya, el humano –ladró.

–Sí, Majestad.

–Elije a algún otro de mis ingenieros. ¡Por Seth! ¡Tengo suficientes Ingenieros Reales como para construir un templo por día durante los próximos mil hentis! Escoge uno. ¡El que se te antoje!

–Majestad, conozco a Benya desde hace muchísimo tiempo. Es un buen ingeniero y un buen hombre. Es a él a quien quiero.

–¿Qué sabes tú para juzgar si un hombre es bueno? –Le gritó Tutmés–. ¡Nada menos que tú, que eres poco más que un imberbe!

–Creo que este año sé un poco más acerca del bien y del mal que el año pasado –respondió Senmut sin amilanarse, aunque tenía las palmas de las manos húmedas y le temblaban las rodillas–. Y conozco a un buen ingeniero que creo es, además, una buena persona.

Tutmés lanzó de pronto una risotada y rodeó los hombros de Senmut con su pesado brazo.

–¡Bien dicho! ¡Con las palabras que corresponden al hombre que parece ser!

No cabe duda de que mi hija es sabia, y también malcriada y testaruda. ‘Senmut será mi arquitecto, me dijo, con el mentón en alto. Y él desea trabajar con ese humano. Así que consíguemelo, padre mío, os lo suplico.’ –El faraón se serenó, se alejó de Senmut, se desplomó sobre la silla que se encontraba junto al escritorio del Visir y comenzó a tamborilear con sus dedos rechonchos sobre la superficie lustrada–. Y, sin embargo... –musitó para sí–. Y, sin embargo... sabrás, Senmut, que tu Benya debe morir dentro de tres días.

Senmut sintió que las paredes se desmoronaban y, a pesar de sí mismo, extendió una mano en busca de apoyo. Su corazón comenzó a palpar con latidos lentos y rítmicos que le repercutían en la garganta. Sabía que tenía la cara blanca, pero Tutmés no lo miró.

–Dentro de tres días mi querida Ahmose irá camino a su sepultura, esa tumba cuya localización he ocultado celosamente a todos, salvo a mi hija y a Ineni. Al alba de ese día, todos los hombres que han trabajado en los lugares secretos perderán la vida. El humano conoce todos los secretos de la tumba: trabaja para Ineni en las profundidades de la tierra y, por consiguiente, no regresará.

Senmut comprendió entonces el motivo de la súbita ansiedad de Hatshepsut en el valle, y contestó al faraón con serenidad.

–Majestad, sé muy bien que este secreto debe ser guardado eternamente y, por tanto, los servidores deben ser sacrificados. Pero tal como Vos confiáis en el gran Ineni y permitís que viva, así confío yo en mi amigo. Si me lo concedéis, os garantizo con mi vida que sabrá guardar el secreto. A Benya no le interesan las posesiones materiales ni las recompensas; es imposible sobornarlo. Lo único que ama realmente es la piedra, y por eso me resulta tan imprescindible. La tarea que el príncipe heredero me ha confiado no es fácil, y sin Benya se volverá también muy lenta. Si, es cierto que podría trabajar con otro ingeniero; pero ¿cuánto tiempo tardaría en hacerle comprender cuáles son los deseos de la Flor de Egipto? En cambio, un hombre rescatado de la muerte trabajará con verdadero ahínco.

–Lo que dices no son más que tonterías –respondió, irritado, Tutmés, pero sus dedos quedaron inmóviles. Al cabo de un momento se puso de pie–. La senilidad se aproxima –dijo– y yo me vuelvo blando. Hace veinte años, tu amigo habría muerto y tú terminarías siendo azotado. ¡No vuelvas a abusar de tu suerte! –Le gritó, agitando amenazadoramente un dedo al ver la sonrisa agradecida de Senmut–.

¡Si llego a escuchar el más leve rumor de las Cortes de Justicia, en el sentido de que mi Bienamada ha sido molestada, te prometo que tu sangre cubrirá los suelos del templo! Ahora vete. Enviaré al Mensajero Real a las colinas y él te traerá a ese jovencito más que afortunado. Procura no servir tú a mi Hatshepsut con una lealtad tan insensata como la forma en que yo acabo de obrar.

Lo despidió con un ademán impaciente de la mano y volvió a enfrascarse en los papeles.

Senmut salió del recinto caminando hacia atrás y, en cuanto estuvo fuera del palacio, lanzó una exclamación de alegría y rompió a correr en dirección al templo.

Por primera vez ofrecería un agradecimiento formal al Dios cuya Hija era capaz de obrar semejante milagro. Benya conservaría la vida.

Al amanecer del tercer día, mientras él y Benya permanecían sentados en silencio en el pequeño vestíbulo de Senmut, los valientes del Rey, armados con cuchillos, se abatían sobre la pequeña aldea de indefensos trabajadores en medio del desierto y los degollaban, mientras el escriba del capitán registraba cada muerte para asegurarse de que no escapara ninguno. Cuando la matanza llegó a su fin, enterraron los cuerpos juntos en la arena. El sacrificio a Amón había tenido lugar la mañana previa, y Benya fue muy afortunado al poder escapar de él.

Los dos jóvenes oyeron que en el jardín comenzaba a formarse el cortejo fúnebre y Senmut ordenó que le llevaran vino.

–Brindaremos por tu liberación –le dijo a Benya– y por la Bendita Gran Esposa Real Ahmose.

–¡Y también por tu asombrosa buena suerte! –Acotó Benya con fervor–. De no haber sido por la intervención del pequeño príncipe heredero, en este momento yacería con la boca llena de arena.

Senmut rió.

–Te aseguro que ya no es tan pequeña –dijo–. Hace mucho que faltas de Tebas, Benya, y las criaturas crecen.

–Tienes razón, y me alegro de que así sea. Y, además, es muy hermosa, ¡por lo menos eso es lo que no cesas de repetirme!

–¿De veras? Ella es mi Señor. Todo parece indicar que me he convertido en su siervo pasando por encima del mismo faraón, aunque te confieso que no tengo la menor idea de cómo puede haber sucedido tal cosa.

Llegó el vino y los dos amigos brindaron.

–¡Charu, podría jurarlo! –Exclamó Benya chasqueando los labios–. Por lo visto has escalado bastantes peldaños en este mundo. ¡Pensar que mientas yo me deslomaba allá arriba en las montañas, sudando de lo lindo, tú permanecías aquí sentado, paladeando el vino de los aristócratas!

Senmut lo contempló con afecto. No había cambiado nada. La amenaza de muerte apenas si lo había rozado transitoriamente, y ya era el mismo de siempre: fresco y juguetón.

–El príncipe te ha salvado la vida para que trabajes –le recordó.

–Ah, sí. Para este nuevo trabajo. ¿Qué se supone que debo hacer exactamente? ¿Tú serás mi amo en esta obra, Senmut?

–Nada de eso: trabajaremos juntos. ¡Entre nosotros no habrá amo ni servidor, pedazo de tonto!

Entonces Senmut le habló del valle y de su visión y del sueño del príncipe, y Benya lo escuchó atentamente, con auténtico interés.

–Por lo que me dices, parece tratarse del valle que vi en cierta oportunidad. Lo observé desde lo alto de las montañas.

De pronto se interrumpió, asustado.

–¡Basta, Benya! –Exclamó Senmut, alarmado–. ¡Ni una palabra más! ¡Y más vale que controles un poco esa lengua, o acabarás por matarme!

Benya palideció.

–Perdóname, amigo mío –dijo humildemente–. De ahora en adelante jamás volveré a hablar de las cosas que he visto.

–Asegúrate de que así sea.

Bebieron más vino y, al rato, Benya dijo: –El templo. Dibújame los planos y yo te diré qué tipo de piedra aguantará el peso y cuál no. Tengo la impresión de que preferirías emplear piedra arenisca, pero el granito es mucho más resistente.

–No quisiera que hubiera sensación de paredes, ni de nada demasiado pesado.

En su parte posterior, la piedra debe fundirse con el acantilado para que, a primera vista, parezca formar parte de él.

–Pero ella desea un santuario de roca, bien incrustado en la montaña. ¿Cómo piensas equilibrar el conjunto?

–Eso es problema mío. Te sugiero que vayamos allá juntos lo antes posible y estudiemos el lugar a fondo. Después haré un bosquejo junto con Su Alteza. ¿Dónde te alojas?

–En mi antigua celda, junto al Inspector de Ingenieros.

–Eso queda demasiado lejos. Y debemos trabajar mucho juntos. Veré si puedo conseguirte un cuarto aquí.

Benya miró a su amigo con extrañeza, pero no dijo nada. Esa seguridad que advertía en él era nueva, como también lo eran los aposentos, la esclava, el comfortable lecho en el pequeño dormitorio. Pero su mirada franca y penetrante no había cambiado y seguía teniendo la misma sonrisa curiosa y tímida. Benya se preguntó si no le esperaba una vida completamente nueva en más de un sentido.

Visitaron juntos el sitio elegido, estudiando atentamente la superficie de la roca, observando el valle desde todos los ángulos posibles, pero en la mente de Senmut todavía no se había formado del todo el plan de la obra, y no veía a Hatshepsut desde antes del funeral de su madre. Volvió al valle, solo, en otras dos oportunidades.

Y se puso a deambular por él en busca de inspiración, y en una de esas ocasiones la vio allí, sentada sobre una roca con el mentón apoyado sobre las rodillas y abrazándose las piernas con los brazos, mientras el nubio sostenía el parasol sobre su cabeza.

Pero, si lo vio, no dio ninguna señal de ello. Parecía sumergida en una lejana visión interior, así que Senmut se alejó sin hablarle, pues no deseaba molestarla. Ya habría tiempo de sobra para consultas y cambios de ideas. Sintió el sol en sus fuertes espaldas, la sangre

fluyéndole por sus largas piernas. Ya habría tiempo para todo. Fue con frecuencia al campo de adiestramiento con la lanza y el arco, esperando que en cualquier momento apareciera ella y lo desafiara a una carrera alrededor de la pista en los carros de guerra. Su puntería mejoró notablemente y sus muñecas cobraron mayor fuerza, pero Hatshepsut no apareció.

El último día del mes de Apap, cuando el Nilo se había convertido una vez más en un lago que cubría la tierra y reflejaba un cielo invernal, Tutmés mandó llamar a Hatshepsut. Habían concluido ya los festejos con que se celebraron sus quince años de vida y todo lo que prometía ser se estaba convirtiendo ya en una realidad. Seguía empecinadamente aferrada a los faldellines de su infancia pero, debajo de ellos, sus caderas insinuaban una suave curva y sus pechos, ocultos tras las joyas que tanto amaba, aparecían plenos y bien formados. Usaba el cabello suelto, desechando las innumerables pelucas que se cubrían de polvo en sus pedestales del dormitorio, pero tenía infinidad de coronas, argollas y bandas de oro, plata y oro argentífero con que se adornaba la cabeza. Cuando recibió el mensaje de su padre se encontraba conversando con Nozme acerca de su niñez y de su madre, compartiendo recuerdos con la anciana y jugando con sus gatos. Pero el tono del mensajero era solemne y Hatshepsut supo enseguida que no sería una audiencia común y corriente.

Soplaban vientos de cambio alrededor del faraón y en el palacio reinaba un clima de desasosiego. Era una mala estación: los mosquitos constituían una molestia permanente y diversas enfermedades acechaban a la numerosa población infantil. El faraón se perdía en cavilaciones y los criados encargados del cuidado de su cuerpo lo tocaban con cautela, pues no había sitio que no le doliera. Sólo el príncipe heredero representaba una fuente de alegría, y todos deseaban que estallara la tormenta de una vez para poder volver a respirar con tranquilidad.

Pero lo que Tutmés incubaba no era una tormenta. Saludó a Hatshepsut con amabilidad, la besó y la acercó a una mesa con vino caliente y pasteles. Pero ella se sentó en el borde de la silla con la mirada clavada en el rostro de su padre, y él permaneció parado a su lado, las manos apoyadas en las caderas.

—El Año Nuevo se aproxima —le dijo—, y con él, muchos cambios. Ya has sido príncipe heredero suficiente tiempo, Hatshepsut. Es un título para una criatura, y tú ya no lo eres. Yo me siento cansado y necesito la ayuda que sólo un regente puede darme. Tú y yo nos iremos de viaje, un viaje oficial. Por fin te mostraré tu reino y todas las glorias que encierra, para que puedas apreciar mejor el don que Dios te concede. Y cuando regresemos, te haré coronar Heredera.

—¿Tendrás que casarte conmigo, padre? ¿El hecho de que mi madre haya muerto hace que debas casarte con una mujer de linaje real para conservar el trono?

Tutmés estalló en carcajadas y Hatshepsut se contrarió.

—¡No me parece que la mía haya sido una pregunta tan desatinada! Se me ha repetido hasta el hartazgo que para ser faraón es preciso casarse con alguien que lleve sangre real y puesto que tú, querido padre, pareces realmente inmortal, supuse que te casarías conmigo.

—¿Crees que necesito otra esposa para legitimar mis derechos al trono? ¿Nada menos que yo, que he tenido a Egipto en un puño durante casi un henti? No, Hatshepsut querida, tal matrimonio no es necesario. Lo único que deseo es descargar en ti parte de mis tareas. Te he prometido la doble corona y la tendrás, pero con ella recibirás también una enorme cantidad de trabajo. ¿Estás preparada para afrontarlo?

—Hace meses que lo estoy —le respondió con la velocidad de un rayo, mientras —el Poderoso faraón se consumía como una olla que no consigue alcanzar el punto de ebullición—. Pero jamás dudé de ti. Amón mismo me engendró para ello. Tú me lo dijiste y, en el fondo de mi ser, sé que es verdad. Y gobernaré bien. Eso también lo sé con certeza.

Tutmés se sentó junto a ella.

–Naciste para gobernar, Hatshepsut; del mismo modo que Ineni nació para dibujar y pen–Nekheb para combatir. Pero debo advertirte que no todos se alegrarán de que te nombre Heredera, y si yo muero pronto, es posible que tengas problemas con los legalistas.

–¡Bah! Esos viejos que viven inclinados sobre los libros y cuya sangre se les ha secado hace tiempo en las venas. El ejército es tuyo y, por consiguiente, mío; ¿a quién debo temer entonces?

–Me sorprendes. Desde luego que no tienes por qué temer al ejército. Los soldados tienen una excelente opinión de ti, un príncipe capaz de arrojar la lanza desde un carro que se bambolea y hacer centro. Pero ¿qué me dices de tu hermano Tutmés y de los sacerdotes de Amón?

–¿Qué ocurre con ellos? La ambición de Tutmés no supera a la de un mosquito, basta proporcionarle mujeres y comida y quedará satisfecho. Y tú mismo expulsaste al artero Menena hace tiempo.

–Así es, pero muchos sacerdotes temerán que bajo el gobierno de una mujer el país se relaje, las fronteras vuelvan a ser asoladas y los keftiu, los kushitas y los Nueve Arqueros dejen de volcar sus tributos en las voraces arcas de los servidores de Dios. En cambio, no tendrían reparos en servir a Tutmés hasta que descubrieras que el calor y la sangre del campo de batalla le inspiran más temor que a cualquier mujer.

–¿Qué debo hacer entonces?

–Ser coronada por mí y trabajar a mi lado. Aprender lo más posible sobre el gobierno de una nación, así tal vez cuando yo muera tendrás suficiente poder como para aplastar los conatos de rebelión que sin duda se producirán.

Ella se puso de pie y comenzó a caminar alrededor de su padre.

–Entonces no será sencillo. Por fin comienzo a comprender los temores de Neferu, aunque ni en sus sueños más oscuros pudo haber imaginado jamás que yo llegara a ocupar el Trono de Egipto. –Rió y extendió los brazos hacia adelante–. Seré reina. No, más que reina, ¡seré faraón!

–Sólo cuando yo vaya a reunirme con el Dios –le recordó Tutmés, divertido–. Y, para entonces, tal vez te sientas cansada del yugo del poder y busques a Tutmés, prefiriendo un mullido lecho matrimonial al duro trono real. –Se lo dijo en son de broma, pero ella le lanzó tal mirada de espanto que el faraón dejó de sonreír.

–¡Oh, padre mío! Preferiría acostarme con el último soldado del ejército antes que con Tutmés –dijo con un estremecimiento–. No soporto a los tontos.

–¡Cuidado! –La amonestó su padre con severidad–. ¡No sigas hablando así de tu hermano! A tu madre le asustaría la ligereza de tu lengua y cabe la posibilidad de que, a pesar de todas las disposiciones que he tomado, él posea algunas virtudes ocultas y termine sentándose en el Trono de Horus.

–Sólo cuando yo muera –dijo Hatshepsut mostrando los dientes–. Sólo entonces.

–Espero que así sea. Pasaremos el mes de Mesore recorriendo las antiguas maravillas de esta tierra, y es tu deber rendir homenaje a los dioses cuyos santuarios aguardan tu visita. Entonces regresaremos y recibirás la corona. Después de muchas consultas de los astrólogos, he decidido llevarlo a cabo el Día de Año Nuevo. Procura pasar el resto del mes preparándote para tal evento, Hatshepsut, pero no hables de ello con nadie, pues no tengo intenciones de hacer anuncio alguno hasta que regresemos. Examina también todas las dudas que puedas abrigar en tu corazón. Es preciso que estés segura de que eso es lo que realmente deseas. ¿Lo estás?

–No necesito explorar mi mente –respondió, ella con firmeza–. No tengo dudas ni las tendré jamás. Es un don que no depende sólo de ti concedérmelo, faraón, pues sé que desde siempre el Dios así lo dispuso para mí. No temas. Gobernaré bien.

–¡De eso no me cabe la menor duda! –Replicó su padre sin vacilar–. Ahora regresa a tus gatos y tus flores y disfruta de los últimos días de verdadera libertad que te quedan.

–¡No digas eso! –Exclamó después de besarle en la mejilla y mientras flotaba hacia la puerta–. Siempre seré libre. Oh, padre mío, porque todo en mí está subordinado a mi voluntad. Así debería ser en todos los seres humanos. Pero como eso no ocurre, son los fuertes quienes prevalecen sobre los débiles, como Tutmés.

Desapareció bailoteando y el faraón ordenó que le llevaran sus mapas. No debían pasar por alto a ningún dios, y los puntos que indicaban los distintos santuarios orlaban ambas márgenes del Nilo en todo su noble recorrido.

Una semana más tarde Senmut recibió un rollo de manos de uno de los Mensajeros Reales. Se lo llevó inmediatamente a sus propios aposentos, pues en ese momento estaba comiendo con Benya en el despacho de los ingenieros. Enseguida advirtió que no se trataba de una carta toscamente escrita procedente de la aldea de su padre, y rompió el pesado sello con dedos temblorosos. Los renegridos jeroglíficos le golpearon los ojos.

Muy pronto me embarcaré con mi padre y realizaremos un viaje que me obligará a estar ausente de aquí durante todo el mes de Mesore. Te ruego que prosigas con la tarea que te he asignado, así en cuanto regrese podremos comenzar a construir. Te ofrezco a mi esclava Ta–kha'et, para que hagas con ella lo que mejor te plazca. No la tengas ociosa.

Estaba firmado por el Gran Escriba Real Anem mismo, en nombre de Hatshepsut. Cuando apenas terminaba de leer la misiva, Senmut oyó que llamaban a la puerta.

–¡Adelante! –Exclamó y vio que Ta–kha'et se deslizaba dentro de la habitación, cerraba la puerta tras de sí y se postraba ante él–. ¡Levántate! –Ella se incorporó de un salto y permaneció de pie junto a él con los ojos bajos–. ¿Y qué se supone que debo hacer contigo? – Le preguntó–¡Mírame!

De inmediato un par de ojos verdes lo contemplaron fijamente y en sus profundidades Senmut descubrió cierto aire de regocijo. Era evidente que disfrutaba de la broma.

–El príncipe heredero me ha encomendado a vuestro servicio para que no os expongáis al sol sin la protección de khol –explicó. Tenía una voz aguda y melodiosa, con un pronunciado acento extranjero; cuando hablaba, se alcanzaban a entrever sus dientes blancos y pequeños. Su tez era pálida, casi blanca, y Senmut tuvo la certeza de que, cualquiera que fuese su nacionalidad, provenía de un país que estaba muy lejos de Egipto–. El príncipe heredero también dijo que debía entreteneros durante su ausencia y hacer que las noches de invierno os resultaran menos tediosas.

Senmut sonrió.

–¿De dónde vienes? –Preguntó, y ella lo miró con expresión confundida ¿Dónde naciste?

–No lo sé, mi Señor –dijo encogiéndose de hombros–. Recuerdo un frío intenso y el mar, eso es todo. He estado mucho tiempo en la casa del hijo del Visir del Norte, como criada personal.

–¿Cómo llegaste entonces al palacio?

–El príncipe Hapuseneb me dio en ofrenda a Su Alteza por mi habilidad en la aplicación de afeites.

Senmut terminó por reír a carcajadas y ella le devolvió la sonrisa, mientras la comprensión entre ambos se acrecentaba.

–Supongo que tienes, además, otras habilidades.

Ella bajó la mirada y con sus dedos cubiertos de pecas se puso a jugar con el faldellín.

–Vos, mi Señor, sois quien debe juzgarlo.

–Ya lo veremos. No cabe duda de que eres un regalo muy preciado.

–Así lo espero. El príncipe heredero me recomendó que os diera pruebas de mis virtudes tan pronto como fuera posible.

Senmut la despidió y se sentó un momento, sonriendo, junto a su lecho. Luego prosiguió con su trabajo y por la noche cenó con Benya. Pero cuando regresó a sus aposentos, envuelto en su capa pues las noches de invierno solían ser muy frías, encontró un brasero ardiendo en un rincón del dormitorio, las lámparas encendidas e incienso consumiéndose y exhalando un aroma dulzón frente a su pequeño altar dedicado a Amón.

Ta-kha'et lo saludó con una reverencia cuando él entró. La cubría un velo sutil que parecía rodear su pequeño cuerpo como un halo, o como el humo que se elevaba del incensario, y en el cabello llevaba intercaladas flores invernales de color verde y malva.

—¿Os gustaría beber un poco de vino caliente con especias para reconfortar vuestro cuerpo en esta noche fría? —Le preguntó, pero sus ojos le hablaron de una droga más poderosa que el vino caliente, más sabrosa y aromática que tortas de miel recién horneadas.

Le resultó imposible hablar. Se acercó a ella, y Ta-kha'et tomó la capa que se deslizaba de los hombros de Senmut y la colgó en una banqueta ubicada a sus espaldas; luego se volvió hacia él y sus manos comenzaron a explorar esos hombros tensos. Él la rodeó con un brazo y la apretó contra su cuerpo, sintiendo la turgente redondez de sus pechos mientras sus labios encontraban la tibieza de su cuello. Ella rió muy bajo y lo condujo hacia el lecho. Las lámparas ya ardían con una llama diminuta que amenazaba con apagarse cuando él volvió a estar en condiciones de hablar.

Y así fue cómo Senmut, campesino, sacerdote y arquitecto, perdió finalmente su virginidad. Le cobró verdadero afecto a Ta-kha'et, aprendió a disfrutar de la parquedad de su ingenio, de sus cómodos silencios, de sus pasiones no expresadas con palabras. Descubrió que el hecho de saber que ella lo aguardaba en la intimidad de su pequeño dormitorio le permitía entregarse a sus tareas con la mente más despejada. Era evidente que el príncipe había tenido eso muy en cuenta, y comprendió entonces que la dedicación que Hatshepsut le exigía en su calidad de arquitecto no debía verse obstaculizada por las tensiones y luchas interiores que suelen acosar a un varón insatisfecho. ¡Qué sabia y astuta era! Y, al mismo tiempo, qué implacable en sus propósitos y en dar por sentado que con su mera voluntad lograría hacer que sus deseos se cumplieran. Senmut regresó a los planos con renovado vigor, y a su lecho con insaciable apetito.

El primer día de Mesore, Hatshepsut y su padre iniciaron su travesía. Era un glorioso día de invierno, cálido pero con una leve brisa; el cielo había perdido ese aspecto implacable y ardiente del verano y parecía saludarlos, diáfano, luminoso y azul. Los gallardetes azules y blancos flameaban alegremente en ambos mástiles y la proa dorada se apartó del muelle y hendió el agua.

Hatshepsut y el faraón permanecieron de pie, muy juntos, viendo alejarse la ciudad. A sus espaldas, el desayuno los aguardaba en la cabina cubierta, cuyos laterales de tela habían sido recogidos para que la pareja real pudiera disfrutar del panorama mientras comía; pero ninguno de los dos tenía todavía suficiente apetito como para abandonar la proa.

Hatshepsut lanzó un suspiro, un suspiro de puro gozo. Era la primera vez que salía de la ciudad, así que todo lo que veía era nuevo para ella. Se sentía excitada como una criatura frente a la perspectiva de lo que le depararían los días venideros: celebraciones y deleites informales, interminables horas junto a su padre contemplando ese Egipto que se deslizaba junto a ellos, observando las estrellas mientras la barca la mecía hasta adormecería.

Tutmés se sintió satisfecho al ver los labios entreabiertos de su hija, el brillo de sus ojos, sus manos bronceadas aferradas a la barandilla del barco. Él, por su parte, se encontraría libre por un tiempo de informes, abogados y disputas mezquinas en las Cortes de Justicia; Ineni y sus Visires serían quienes deberían sudar bajo el peso del gobierno. Afirmó bien los pies sobre cubierta y echó la cabeza hacia atrás, olisqueando el aroma de la brisa. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que abandonara Tebas para hacer la guerra o visitar sus monumentos. Estaba tan excitado como su hija, impaciente por mostrarle las incomparables delicias de esa tierra que era un verdadero regalo de los dioses. Cuando

finalmente se dirigieron a la cabina para desayunar, ya la ciudad había quedado bien atrás y el río serpenteaba plácidamente por entre campos anegados y grandes extensiones de palmeras empapadas que se recortaban contra el cielo. Comieron con ganas, riendo alegremente por cosas sin importancia y reclinándose en sus almohadones para saborear el vino.

Cuando volvieron a salir a cubierta para instalarse en las sillas ubicadas bajo el toldo, el río describía una gran curva hacia el este y los acantilados habían comenzado a alejarse de ellos y a perderse nuevamente en el desierto.

–Dentro de un día regresarán –le comentó Tutmés–. Nunca se apartan demasiado de nosotros y es bueno que así sea, pues esos riscos hacen las veces de muchas divisiones de soldados y nos protegen con gran eficacia de las tribus nómadas del desierto. En tres o cuatro días más llegaremos a Abydos, el más sacrosanto de los lugares, pero no deseo desembarcar allí. Echaremos anclas y tal vez pasaremos la noche, pero luego proseguiremos viaje.

Ella no respondió, concentrada como estaba en la contemplación del panorama de su reino que se desplegaba ante sus ojos como un colosal rollo de papiro.

Al atardecer del cuarto día llegaron a Abydos. El sol comenzaba a hundirse detrás de la pequeña aldea y Hatshepsut no alcanzó a distinguir gran cosa. Pero cuando Ra desapareció por completo y el firmamento se volvió azul oscuro, ataviado ahora con una luna alta y nacarada y algunas estrellas tempranas, pudo divisar los techos blanquecinos de los edificios ocultos tras las palmeras y, más allá, los pilones y columnas de un templo. Las construcciones pálidas y fantasmales y los brazos oscuros de los árboles que se interponían en el camino la hicieron sentir un poco sola.

–Ésta es la sacrosanta ciudad de Abydos, donde se encuentra la cabeza de Osiris –le dijo Tutmés–. Así como tu madre me amó, así amó Isis al Dios y se ocupó de reunir las distintas partes de su pobre cuerpo despedazado que habían sido diseminadas por los confines de la tierra. Yo he construido aquí pero no nos demoraremos en este sitio: Abydos no queda muy lejos de Tebas, así que ya tendrás oportunidad de conocerla mejor. Ahora me iré a la cama. Por la mañana llevaremos a cabo las ceremonias en honor a Osiris y luego zarparemos nuevamente.

Le besó la frente fresca y se alejó a grandes trancos, pero Hatshepsut todavía no había satisfecho su sed de embriagarse con la visión de la noche. Permaneció donde estaba, reclinada sobre la borda, contemplando los reflejos de las luces de popa que centelleaban sobre la superficie calma y aceitosa del agua. Se puso a reflexionar acerca del asesinato del Hijo del Dios Sol y la devoción de su amante esposa Isis, y luego hizo un recorrido circular por toda la cubierta, en cuyo transcurso oyó los ronquidos de su padre y el rumor apagado de conversación y de risas que flotaba sobre el río desde los esquifes de la servidumbre. Sólo cuando el silencio se hizo total, partió rumbo a su lecho.

En la mañana fresca del nuevo día, todos se congregaron en la orilla y ofrendaron un solemne sacrificio a Osiris. Pero el estado de ánimo reinante era alegre y cuando la ceremonia concluyó todos se apresuraron a embarcarse y reiniciar la travesía, felices de encontrarse nuevamente en camino. Hatshepsut había dormido profundamente, sin sueños, despertando con el canto de los pájaros y el aire fresco que fluía como vino por su camarote. Ella y Tutmés se sentaron frente a frente a la mesa y comenzaron a desayunar mientras los marineros empujaban con sus pértigas la embarcación hacia el medio del río y volvían a desplegar las velas. El viento era favorable y los paños lo engulleron como si se tratara de un pez. Desde popa se oyó una orden perentoria del capitán, y el golpeteo de pies descalzos que corrían por cubierta se fusionó armónicamente con el aroma a pescado fresco y a huevos de ganso calientes. Hatshepsut había notado la existencia de ruinas unos tres kilómetros al norte de la ciudad y se lo comentó a Tutmés, quien frunció el ceño.

–Eso fue antiguamente el Templo de Khentiamenti, el Dios–Chacal de Abydos –gruñó–. Ahora yace abandonado, sin que haya quedado piedra sobre piedra, y los animales

salvajes lo han convertido en su morada. ¡Asquerosos y deleznales hicsos! Han transcurrido muchos hentis desde que abandonaron Egipto, empujados hacia el norte por la santa ira de nuestros ilustres antepasados. Pero los estragos y los destrozos que causaron les sobreviven.

–Khentiamentiu –repitió Hatshepsut–. Sin duda fue un dios poderoso para la gente de Abydos. Reconstruiré el templo para ellos, creo, y también para él.

Tutmés la miró sorprendido.

–¿De veras? ¡Me alegro! Yo he hecho todo cuanto me ha sido posible, pero los santuarios vacíos pueblan Egipto por doquier como cáscaras huecas y la gente sigue lamentando su pérdida. Dentro de cinco días te mostraré otras ruinas, Hatshepsut.

Pero será preciso que te aproximes a ellas para oír lo que esa diosa tiene que decirte. Se trata de Athor, y de su templo de Cusae no queda más que una maraña de hierbajos y arbustos secos.

Siguieron navegando, y el paisaje no cambió: una extensión de arena amarilla y cegadora entre las orillas y los acantilados y, de vez en cuando, algún camino solitario que corría hacia las colinas y se perdía en el ardiente desierto.

Al cabo de cinco días llegaron a un camino que parecía descender en línea recta hasta el río. El faraón ordenó echar anclas y bajar las literas. Mientras aguardaban, señaló hacia tierra adentro.

–Cusae está justo detrás de los acantilados –dijo–, y este camino solía ser utilizado por los lugareños para llegar al río. En la actualidad no es muy transitado, pero he estado pensando en apostar un destacamento de tropas allá arriba en las colinas, pues algunos bandoleros y hombres del desierto han comenzado a introducirse subrepticamente hasta aquí, y la vida ya no es segura para los que siguen aquí.

El faraón y Hatshepsut se instalaron en sus respectivas literas y así se inició una marcha de más de seis kilómetros. Iban precedidos y seguidos por cuatro integrantes del Ejército de Su Majestad, cuya mirada escrutaba sin cesar las crestas de los acantilados para tratar de descubrir cualquier vestigio de movimiento; pero en el horizonte todo permaneció en calma, salvo por algunas aves que volaban en círculos a gran altura, demasiado lejos como para ser identificadas.

Durante el verano ese trayecto habría sido una verdadera tortura, pero en esa época del año constituía una excursión placentera. Muy pronto se encontraron avanzando sobre la roca, bajo una sombra profunda, y poco después pudieron contemplar la aldea de Cusae. No había mucho para ver: unas pocas chozas de barro de cuyos techos se elevaban perezosas espirales de humo; campos indómitos poblados por tortuosos arbustos espinosos, acacias atrofiadas y palmeras; ruinas de casas de piedra antiguamente habitadas por familias adineradas que habían abandonado el pueblo en las difíciles épocas de la ocupación. A un orden de Tutmés siguieron avanzando, pues al borde del poblado había un pequeño templo cuyos seis pilares arañaban el cielo azul con sus dedos delicados que la luz matinal teñía de un blanco resplandeciente. Las paredes del atrio exterior yacían en ruinas, y entre el pastizal niecido por el viento asomaban algunas piedras como los huesos rotos y desnudos de la tierra misma. Dentro de la línea de las paredes, Hatshepsut divisó lo que en algún momento había sido un jardín y estaba convertido en una colección de varas secas y una alfombra rojiza de césped seco.

–Te esperaré aquí –le dijo Tutmés y la procesión se detuvo–. Ve tú, pues ése es el templo de Athor, a quien debes rendirle homenaje.

Obedientemente, Hatshepsut se apeó de la litera y se alejó. El suelo de arena le quemaba los pies y le dificultó la marcha. Pero un poco más adelante se volvió más firme, lo cual le indicó que se encontraba transitando por lo que en un tiempo fue una avenida y luego quedó enterrada bajo la arena. Segundos después traspuso las puertas del patio exterior y entró en el atrio. Las piedras del suelo estaban llenas de grietas, arqueadas y desperdigadas y

entre ellas asomaban los arbustos espinosos del desierto; por todas partes se veían columnas rotas, cuyos colores iban de un gris sucio hasta un amarillo barroso, astilladas y carcomidas por el paso de los años. Siguió avanzando hacia el santuario y sus pilares blancos pero, a medida que se fue acercando, descubrió que no eran más que una fachada, una grotesca y dolorosa parodia de lo que alguna vez fueron, pues al otro lado no había nada, sólo el desolado desierto que vibraba con los rayos del sol.

Se volvió, casi al borde del llanto, sintiendo en sus entrañas la infinita y patética soledad de ese lugar. De pronto alguien le rozó tímidamente una mano. Bajó la vista y se encontró con cuatro criaturas que la habían seguido y en ese momento la contemplaban, inmóviles, con esa mirada franca y abierta que sólo los niños poseen. Uno tenía en las manos un tosco arco fabricado con papiro, y otro, una lanza confeccionada con la rama de un arbusto espinoso, a la que le había adosado una punta de madera. Todos estaban muy flacos y de sus cuerpecitos asomaban los huesos casi como las piedras melladas que los rodeaban; el color de su tez se asemejaba mucho a ese marrón agostado e indescriptible de las plantas muertas sobre las que se apoyaban sus pies. La pequeña que la había tocado dio un paso atrás y se metió el dedo en su boca mugrienta. Hatshepsut estuvo en un tris de romper a reír, a pesar de sí misma.

–Decidme: ¿qué hacéis aquí? –Les preguntó con tono severo–. ¿Acaso no sabéis que éste es un lugar sagrado?

Los cuatro siguieron mirándola con cara de no entender, hasta que uno de los varones habló.

–Venimos aquí a jugar –le respondió con aire desafiante–. Ésta es nuestra guarnición, y la estamos defendiendo con nuestras vidas para el faraón. ¿Has visto alguna vez al faraón? –Preguntó, observando la tela lujosa que la cubría.

Antes de que Hatshepsut tuviera tiempo de contestar, la niña comenzó a tirarle del faldellín.

–Yo sé por qué estás aquí –susurró–. ¿Has venido a ver a la hermosa señora?

Hatshepsut buceó dentro de esos ojos inocentes abiertos de par en par y asintió.

–Sí, a eso he venido. ¿Querías conducirme hasta ella?

La pequeña le tendió una mano cubierta de polvo y Hatshepsut la encerró en la suya. Caminaron juntas hacia el patio exterior. La niña se abrió camino con paso seguro por entre la maraña de piedras y arbustos y se detuvo por fin en un rincón donde una parte de la pared todavía seguía en pie.

–Allí la tienes –balbuceó y echó a correr junto a sus amigos.

Hatshepsut se agachó, sorprendida. A sus pies había un cesto tosco que contenía los restos de una ofrenda de alimentos: pan duro, fruta pasada, un capullo marchito de loto. Contra la pared, oculta por un trozo de mampostería caído, estaba la imagen de la diosa, ataviada todavía de azul, rojo y amarillo, contemplando sonriente

los ojos de Hatshepsut; sus cuerpos de vaca se elevaban como cetros, y uno se encontraba todavía recubierto de oro. Hatshepsut se volvió con rapidez, pero ya los chicos habían huido. Entonces se arrodilló y besó los pies de Athor, con el corazón lleno de afecto hacia la mujer que todavía acudía a rendirle homenaje a esa diosa sonriente y bondadosa y depositaba ante ella sus humildes ofrendas. Se sentó en cuclillas y comenzó a recitar sus oraciones, cuyas palabras le costaba bastante recordar, pues no le rezaba a Athor desde su niñez, cuando incluso abrigaba serias dudas de llegar algún día a convertirse en una mujer alta y hermosa. Le suplicó que le concediera paciencia y que bendijera su reinado. Athor, con su suave sonrisa bovina, parecía prohibirle toda clase de intranquilidades y preocupaciones.

–Hazme hermosa como tú, y te prometo que volveré a erigir tu templo. Y te devolveré tus sacerdotes y el incienso volverá a consumirse en tu honor –le aseguró Hatshepsut.

Luego se inclinó, le volvió a besar los pies, se incorporó y abandonó el patio, caminando deprisa.

Al otro lado de la puerta exterior la aguardaban los chicos, amontonados, y movida por un impulso Hatshepsut se detuvo.

–¿Os gustaría conocer al faraón? –Les preguntó.

La miraron, anonadados, sin poder articular palabra. Hasta que uno de los varones habló.

–¡Te burlas de nosotros! –Protestó–. ¿Qué podría estar haciendo el faraón por estos lugares, lejos de su trono y de su corona?

–Sin embargo, está aquí –le replicó ella, aferrándolo de un brazo–. Acompáñame.

Después de una serie de miradas recelosas y de corrillos, la siguieron. Pocos minutos más tarde Tutmés vio a su hija caminar hacia él, seguida de un grupo de chiquillos campesinos. Bajó de la litera con un gruñido.

–Padre –le gritó Hatshepsut–, ¡aquí están los chicos de Cusae que quieren conocer al faraón!

Se acercó sonriendo y jadeando, con el cabello revuelto y el faldellín manchado.

Detrás de ella, los pequeños espiaban con curiosidad a ese hombre bajo y fuerte con ojos negros y refulgentes y la cabeza hacia atrás, hasta que de pronto vieron que, en efecto, sobre el casco llevaba el flameante Uraeus de la realeza.

–¡Abajo! ¡De rodillas! –Les susurró a los demás con tono imperativo el varoncito que llevaba la voz cantante–. ¡Es él! Se pusieron de rodillas como solían hacerlo en sus juegos, vacilantes, sin saber bien qué hacer.

Hatshepsut se inclinó y les palmeó las cabecitas.

–Bueno, ya está bien. Levantaos. Éste es el faraón. ¡Hoy si que tendréis algo que contar a vuestras familias!

Hatshepsut se sentía excitada y arrebatada.

Tutmés no pudo menos que soltar la carcajada.

–¡Te mando a buscar a la Diosa y apareces con una bandada de gansos del Nilo! –Farfulló–. Y bien, chiquillos, ¿qué decís ahora? Vamos a ver, muchacho; muéstrame tu arco. –Con una sola zancada se acercó al niño y le quitó el arma de las manos–. ¿Lo hiciste tú mismo?

El varón tragó fuerte.

–Sí, Poderoso Señor.

–Ajá. ¿Y sabes usarlo?

–Bueno, tengo algunos problemas con él. No consigo la madera apropiada, y la flecha no vuela muy lejos.

Tutmés arrojó el arma al suelo.

–¡Kenamun! –Ladró. Su capitán se apartó del grupo de soldados sonrientes y se aproximó con una reverencia–. Dale a este muchachito tu arco y tus flechas.

Así lo hizo, y los ojos del pequeño parecieron saltársele de las órbitas al tomar esos preciados objetos con manos temblorosas. El arco tenía su misma altura, pero tensó la cuerda y lo probó, y el arma dejó escapar un zumbido armonioso.

–¡Oh, gracias, Poderoso Horus, Majestad! –Tartamudeó.

Tutmés sonrió.

–No olvides nunca este día –le dijo–; y cuando seas mayor, espero que lo uses en mi servicio. Ahora quiero almorzar –afirmó, y los portadores de literas se incorporaron de un salto–. Ven, Hatshepsut, antes de que la población entera se presente y despoje a mis hombres de todas sus pertenencias.

Volieron a subirse a las literas y partieron. Cuando Hatshepsut miró hacia atrás algunos minutos después, los chicos seguían clavados en el mismo lugar en que los había

dejado; cuatro puntos diminutos contra el vasto horizonte, a cuyas espaldas refulgían los blancos pilares de Athor.

–Hoy llegaremos a las grandes planicies de las pirámides –le informó Tutmés mientras permanecían de pie en la proa.

Atrás quedaban dos semanas de navegación casi constante. Para Hatshepsut, el viaje había comenzado a adquirir las características de un sueño placentero: un día tras otro dedicados a tomar el sol, comer y esporádicamente conversar, mientras el país se deslizaba frente a sus ojos; noches de profundo sopor, mecida por las suaves olas, en alguna bahía oculta y desierta. Si, su Egipto era, evidentemente, una tierra hermosa, una flor verde y fragante, una gema, mucho más hermosa de lo que ella había imaginado jamás. Si en ese momento hubiesen decidido regresar, se habría sentido satisfecha.

–Es precisamente esta planicie, más que cualquiera de las otras maravillas –siguió diciendo Tutmés–, lo que quiero que contemples, pues sólo entonces podrás tener una idea cabal de tu destino, Hatshepsut. Quedarás maravillada. Fueron tus antepasados los que construyeron en ella; pero no te diré más. Observa con atención la orilla izquierda del río, y verás cómo las colinas retroceden hasta hacerse invisibles.

La mañana fue transcurriendo y Hatshepsut estaba deseando ir a sentarse a la sombra, pero su padre permaneció inmóvil, con el rostro curiosamente impassible, mirando vigilante hacia adelante y hacia el oeste.

Hasta que ella se cansó de esperar y se volvió hacia él, solicitando que le alcanzaran una silla, pero en ese momento uno de los marineros lanzó un grito.

Tutmés hizo una inspiración profunda.

–¡Mira, allá lejos, hacia el oeste, casi sobre el horizonte! ¡Es la primera!

Ella miró. A lo lejos se vislumbraba una forma pequeña y remota de punta roma, a pesar de lo cual se erguía asombrosamente de la planicie que había comenzado a desplegarse frente a ellos. No había allí ningún cultivo, ningún poblado; sólo una lonja de verdes cañaverales separaba el río de la arena. La pirámide parecía una enorme piedra caída del cielo.

Los criados les acercaron sillas y parasoles, y ellos se sentaron pero permanecieron en silencio, lo mismo que los marineros y la servidumbre. La forma se fue acercando, fue haciéndose más precisa, hasta que ninguna otra cosa pareció tener importancia. Hatshepsut alcanzó a divisar que detrás de esa pirámide y más allá de ella se alzaban otras, borrosas, a muchos kilómetros de distancia, y su excitación se acrecentó. Ahora ya casi se encontraban al par de esa maravilla, y vio que estaba rodeada de caminos empedrados y secos y de piedras rotas; sin embargo, su cima chata y su base rechoncha eran como un desafío a los estragos que el tiempo y el hombre le habían infligido.

–No siempre tuvo ese aspecto –afirmó Tutmés mientras pasaban lentamente a su lado–. Hubo una época en que estaba recubierta de piedra caliza de un blanco purísimo, como el Sol en todo su esplendor. Nadie sabe a ciencia cierta qué dios se encuentra sepultado allí, pero se dice que Senefru descansa debajo de la piedra.

Otra pirámide se aproximaba a ellos, su cumbre aguzada elevándose hacia el cielo como una lanza. Hatshepsut contuvo el aliento. Le pareció imposible que hubiese sido construida por hombres, y el hecho de saber que quienes habían obrado semejante prodigio eran sus antepasados la conmovió profundamente. Recordó la pequeña pirámide de Mentuhotep–Ra, al lado de la cual las que ahora contemplaba eran moles gigantescas, de una fuerza infinita.

–Todavía faltan muchas –dijo Tutmés–. Lo que acabas de ver es sólo el comienzo. De aquí a Menfis, de la que nos separa una jornada de navegación sin prisa, el desierto está repleto de pirámides de distintos tamaños. Son todo un espectáculo, ¿no es verdad?

El faraón volvió su rostro complacido hacia Hatshepsut, pero ella ni siquiera había oído su comentario. Tenía los ojos fijos en el lento y majestuoso desfile de tumbas y su rostro permanecía inmóvil.

Llegaron a Menfis al atardecer pero anclaron un poco más allá, río arriba, para pasar la noche. Para ese entonces había oscurecido y las sombras ocultaban las pirámides, pero Hatshepsut, recostada en el camarote, podía oír los rumores de la ciudad: el golpeteo de las embarcaciones contra los muelles, el murmullo incomprensible y apagado de voces humanas, la cacofonía de los sonidos de la noche; ruidos con los que no estaba familiarizada y que le impedían dormir. Su padre le había hablado poco de la ciudad, pero sabía que era muy hermosa y que en una época, cuando Buto, la más antigua y misteriosa de las ciudades, cayó en desgracia, Menfis se convirtió en capital de Egipto. Ese suave ronroneo desconocido la hizo extrañar un poco Tebas, sus frescos aposentos y los rostros que le eran tan familiares, y se agitó con desasosiego bajo la calidez de sus sábanas. De repente se preguntó cómo estarían Senmut y su esclava Ta-kha'et. Ese pensamiento le levantó el ánimo y la hizo sonreír en la oscuridad. De Senmut, sus pensamientos cruzaron el río y se instalaron en su querido valle, que sin duda yacía en silencio, iluminado por la luna. Todo lo visto durante el día parecía haberla agotado y despojado de ideas; lo que deseaba era dormir, pues al día siguiente debería volver a usar vestiduras reales y recibir el homenaje del Virrey. Pero no pudo conciliar el sueño.

Cuando despuntó el día, se envolvió en un manto, salió a cubierta y descubrió que estaba rodeada por una verdadera selva verde grisácea de palmeras datileras.

Parpadeó, sorprendida, y caminó hasta la borda con los pies descalzos, pero no se trataba de un sueño: arrebujados en la niebla de las primeras horas de la mañana, no vio más que un árbol, y otro, y otro más, y así hasta el infinito. Mientras aspiraba a fondo ese olor vegetal húmedo y lleno de vida, el sol se sacudió sus velos de bruma y se elevó libremente en el cielo, reflejándose en algo blanco que Hatshepsut apenas alcanzó a adivinar en forma vaga por entre los árboles. Regresó temblando al camarote, cerró el faldón de tela detrás de ella, se introdujo de buena gana en la tina de agua caliente que su esclava le había preparado y dejó que ésta la bañara.

Ese día había consentido en usar una túnica larga y estrecha, así que después del baño permaneció de pie, inmóvil, mientras la muchacha se la deslizaba sobre la cabeza y luego se la alisaba a lo largo de los muslos. Era de lino blanco, toda bordada con hojas doradas, y su ruedo ancho de oro laminado le rozaba los tobillos. Levantó los brazos y la criada le ciñó el cinturón, un cordel de oro con incrustaciones de grandes trozos de lapislázuli, terminado en borlas de hilo de oro. Luego se sentó para que la maquillaran: pintura dorada para los párpados, khol alrededor de los ojos, alheña para los labios y las palmas de sus delicadas manos. Su esclava le cepilló el pelo y le colocó la pesada peluca ceremonial: un centenar de trenzas negras y largas que le llegaban a los hombros y le acariciaban la nuca. Movié la cabeza con incomodidad mientras le alcanzaban el joyero. Lo abrió y se puso a reflexionar qué elegiría.

Habría preferido usar algo bonito y no muy recargado como las cadenas de plata y las flores azules de loza de Faenza, pero se decidió en cambio por un pesado pectoral de oro, con dos halcones reales enfrentados que representaban a Horus y cuyas cabezas ostentaban la doble corona, unidos por serpientes enroscadas en un par de cruces egipcias idénticas, todo trabajado en feldespato y coralina y que, al ponérselo, se apoyó pesadamente sobre sus pechos. En los brazos se colocó pulseras de oro argentífero y, en la cabeza, un pequeño casquete de tela de oro, bordado con turquesas formando un dibujo de plumas.

Cuando su esclava le colocó las sandalias, Hatshepsut fue en busca de su padre y encontró a Tutmés aguardándola, mientras el barco se acercaba al desembarcadero.

También el faraón estaba ataviado con la pompa que la ceremonia requería, y la saludó con aire ausente, la mirada fija en la solemne asamblea de dignatarios que rodeaban

las gradas que surgían del agua. Detrás de ellos, una amplia avenida conducía al blanco y resplandeciente muro que rodeaba la ciudad y a los portones de bronce, en ese momento abiertos de par en par. Tras ellos Hatshepsut pudo distinguir algunas casas y obeliscos y los jardines de un templo.

–Lo que ves es el famoso Muro Blanco de Menes –le dijo Tutmés– y, allá al fondo, los pilones de la morada de la esposa del dios Ptah. Esta mañana desayunaremos con el Sumo Sacerdote de Menfis, pero antes debemos ir al templo y rendir nuestro homenaje.

Llegaron, finalmente. Los marineros bajaron la plancha y desde el otro lado del muro resonaron las trompetas. Ella y el faraón descendieron lentamente en dirección a los sacerdotes congregados allá, quienes se encontraban con los rostros contra el suelo. Esperaron a que el Jefe de Heraldos de Tutmés anunciara los títulos del faraón, y luego el Sumo Sacerdote se arrastró hasta ellos y les besó los pies.

–Levántate, hombre afortunado –dijo Tutmés.

Así lo hizo el Sumo Sacerdote y, luego de dedicarles otra reverencia, les dio la bienvenida con expresión solemne.

Hatshepsut notó que era un hombre bastante joven, algo rechoncho, con nariz torcida y ojos vivarachos. Era obvio que se sentía muy nervioso, y el sudor se le agolpaba en la frente, bajo el tocado propio de su cargo.

–¡El de hoy es un día venturoso! –Le respondió Tutmés–. Todo Egipto se regocija ante el paso de la Flor de Egipto, quien recorre su tierra para apreciar sus delicias. ¡Bienaventurada es la ciudad de Menfis, tan cara a Ptah!

Concluidas estas breves palabras, siguieron al Sumo Sacerdote y traspusieron con él las puertas de la ciudad, donde fueron objeto de un recibimiento alborozado de gritos, brazos en alto y gente de rodillas. Toda la ciudad parecía estar de fiesta.

Su paso era precedido por un conjunto de niños que corrían y cubrían el camino con capullos de loto; y cuando Hatshepsut se agachó, tomó uno, aspiró su fragancia y lo conservó en la mano, la multitud lanzó un rugido ensordecedor. Para los habitantes de la ciudad era un evento absolutamente memorable. El Dios y su Hija pasarían dos días con ellos, y durante ese lapso los comercios y las escuelas permanecerían cerrados y todos se volcarían a las calles con la esperanza de poder contemplar, aunque fuera de lejos, a ese alto y flexible príncipe cuya belleza y arrogancia comentaba todo Egipto, y al hombre que se había convertido ya en una figura legendaria y amada para sus súbditos.

Los aposentos reales ubicados dentro del conjunto de edificios pertenecientes al templo se encontraban ya abiertos y listos, y en el salón de banquetes el sol se derramaba sobre las mesas, las flores, las alfombras, los almohadones y los cálices de vino. Los esclavos aguardaban con impaciencia el momento de servir la comida y el vapor se elevaba de los cuencos con agua caliente para enjuagarse los dedos. Se había encendido un brasero para contrarrestar el fresco de la noche previa y Hatshepsut, agradecida, se instaló con su almohadón justo al lado y extendió las manos sobre las llamas. No había querido cubrirse con un manto para que la gente la viera mejor, y sentía frío. Después de otra serie de discursos y reverencias, sonó una campanilla y se inició el desayuno. Hatshepsut quedó encantada al ver que le servían sus platos favoritos: pepinos rellenos con pescado, ganso asado con salsa y ensaladas varias. Felicitó al Sumo Sacerdote por su eficiencia.

–¿Cómo te llamas? –Le preguntó.

–Ptahmes, Alteza. Mi padre es Virrey del faraón y, en su honor, fue llamado también Tutmés.

–Sin duda debes de servir a la esposa de Ptha con diligencia, pues de lo contrario no habrías llegado a ser el Sumo Sacerdote.

La cara redondeada se tiñó de rubor y Ptahmes se inclinó.

–He hecho lo que es bueno a los ojos del Dios, y él me ha recompensado –fue su respuesta.

Estudiaba con franca curiosidad ese rostro que le habían descrito en forma tan detallada algunos amigos que tuvieron ocasión de viajar a Tebas. Al ver que esa boca generosa y roja le sonreía sin disimulo y esos ojos, más negros y exóticos que una noche de verano, se encontraban con los suyos, descubrió que ninguna de aquellas descripciones le había hecho justicia. Pues gran parte de su atractivo sólo podía apreciarse en sus movimientos: en la delicadeza con que levantaba una mano o inclinaba su majestuoso cuello. Además, el tono grave y armonioso de su voz hacía que uno tendiera a escuchar más la música que las palabras.

–Hace mucho que siento veneración por Sekhmet –le dijo Hatshepsut–, y fue para mí un verdadero placer presentarme esta mañana ante ella por primera vez en mi vida. No cabe duda de que Amón es poderoso, pero Sekhmet conoce el corazón de las mujeres, lo mismo que Athor.

Le hablaba inclinada hacia él, con el aire de quien hace una confidencia, y Ptahmes quedó conquistado por ella. Pues, en honor a la verdad, también le habían llegado de Tebas noticias sobre su obstinación, su vanidad, sus repentinos estallidos de cólera, y él había pasado la noche previa torturado por temor a acarrear la deshonra sobre sí y sobre su padre ante el príncipe y el faraón.

El resto del día estuvo dedicado a actos oficiales. Hatshepsut y Tutmés fueron al palacio del Virrey a visitar al padre de Ptahmes y almorzaron en los jardines con él, su tímida esposa y la hermana del Sumo Sacerdote. Luego regresaron a la embarcación para descansar un rato. Más tarde, cuando el sol avanzaba rumbo al oeste y se levantó fresco, Tutmés se dirigió al Tribunal de Justicia, con los atributos de la realeza en la mano, y escuchó los casos que debían resolverse, mientras Hatshepsut, sentada en un banquito a sus pies, no perdía palabra. Cuando volvieron a salir al exterior ya había caído la noche y fueron a comer a la barca, cuyas luces iluminaban la costa y se reflejaban hasta muy lejos, titilantes, sobre la superficie del agua. Ptahmes asistió a la cena, ya más tranquilo, y también estuvieron presentes su padre y el resto de la familia.

Cuando los invitados por fin regresaron a tierra, Hatshepsut bostezó.

–Ven. Acompáñame a beber un poco de vino antes de irte a la cama –le dijo Tutmés alcanzándole su copa, y ella se instaló a su lado mientras la servidumbre sigilosamente se encargaba de retirar y limpiar los restos del festín.

–¡Qué tranquilo está todo! –Exclamó ella–. Esta paz me fascina.

–No falta mucho para el amanecer, momento en que debemos ir a visitar al Toro Sagrado –dijo el faraón–, así que descansa mientras puedas hacerlo. Por la tarde zarparemos nuevamente.

Antes de la salida del sol se encontraban ya caminando por la avenida rumbo al corral del Toro Sagrado de Menfis. Apis era venerado en todo Egipto como un símbolo de la fertilidad del hombre y de ese suelo tan vital para la vida del país, y Tutmés visitaba regularmente su santuario, pues también él mismo era un símbolo de la tierra, era Egipto honrando la Fertilidad. Esa mañana iban vestidos con la misma simplicidad de los criados: faldellines, sandalias y cascos, y estaban envueltos en capas, pues a esa hora la ciudad todavía dormía y nadie los vería.

Apis residía en un pequeño templo cerca del Muro Blanco, en el otro extremo de la ciudad. Cuando Hatshepsut y Tutmés pasaron bajo el pequeño pilón y llegaron al patio exterior, su olor los alcanzó; un olor punzante a ganado que ponía una nota áspera en el aire límpido de la mañana. Su sacerdote los aguardaba y les entregó guirnaldas para que con ellas adornaran al Dios. Lo oyeron bufar, moverse y resoplar en el santuario; pero cuando los vio acercarse se quedó muy quieto y lanzó un bramido que retumbo con violencia en los oídos de Hatshepsut. El sacerdote abrió de par en par la puerta del santuario, ambos entraron y estuvieron a punto de desmayarse por el fuerte olor animal que reinaba en el recinto. Pero cuando comenzaron a habituarse a la penumbra y a ese hedor particular, de pronto Hatshepsut

sintió un estremecimiento en la nariz y su mente retrocedió vertiginosamente en el tiempo para evocar a Nebanum y a su adorado cervatillo. El cervatillo había crecido hacía ya mucho, y cierto día ella y Nebanum lo habían llevado al desierto para dejarlo en libertad. Esos recuerdos la embargaron cuando se arrodilló sobre el suelo cubierto de paja y comenzó a arrastrarse hacia adelante. Tutmés colocó incienso en el turíbulo y juntos comenzaron a entonar el monótono himno mientras la bestia los escuchaba inmóvil y la saliva le goteaba de la trompa grisácea y humedecía sus pezuñas recubiertas de oro. Cuando el rito concluyó, Hatshepsut dio un paso adelante para deslizarle las guirnaldas de flores por encima de los cuernos. En el momento en que ella se apoyaba sobre la barandilla de oro, el toro levantó la cabeza y le lamió un brazo. Encantada, ella se estiró más y lo rascó detrás de las orejas, y el animal cerró los ojos y dejó escapar un sonido grave, como de aprobación. El sacerdote comenzó a murmurar en voz baja, atónito, pues ese Apis tenía fama de realizar embestidas repentinas y más de un joven sacerdote, al intentar lavarlo, había terminado huyendo aterrado y lleno de moretones. Por último Hatshepsut le palmeó el lomo y se hizo a un lado para que Tutmés pudiera ofrecerle sus flores.

Una vez fuera del santuario, el sacerdote le hizo una reverencia a Hatshepsut.

–Mientras vos gobernéis, el país disfrutará de una gran prosperidad –le dijo–. Habéis recibido la señal. ¡Que a Vuestra Majestad os sea concedida una vida larga y saludable!

Era la primera vez que le decían Majestad y ella, sorprendida, miró inmediatamente a su padre. También Tutmés había quedado impresionado por la forma en que había dominado al animal, y le dedicó una leve inclinación de cabeza. La tomó del brazo y la condujo hacia fuera. El sol apenas asomaba por el horizonte y toda la ciudad aparecía bañada por un resplandor rosado.

–Ahora rendiremos homenaje a Ptha, el Creador del Mundo –le dijo–, y luego a nuestros estómagos. ¿No te cansa todo esto, Hatshepsut?

–No. ¡Soy tan fuerte como tú, padre mío, y lo sabes mejor que yo! Pero, en cambio, sí me cansan los discursos.

–¡Pero si todavía no has pronunciado ninguno! –Bromeó Tutmés y echaron a andar hacia el templo de Ptah.

Mientras Tutmés dialogaba con el Virrey, su hijo ofreció una litera a Hatshepsut y la acompañó a recorrer la ciudad. Le mostró el antiguo palacio real, sede del poder de Egipto durante varios siglos, y la hizo subir hasta lo más alto del Muro Blanco, desde donde la vista podía abarcar kilómetros y kilómetros sobre el mar de palmeras datileras, hasta los acantilados rojizos que en ese momento se encontraban a gran distancia, hacia el oeste. Visitaron los mercados, los edificios donde se recaudaban los tributos y el lugar donde se construían los barcos. Acerca de todo encontraba ella algo que decir, así que el Sumo Sacerdote, aliviado, no tuvo que esforzarse por superar incómodos silencios. A Hatshepsut le gustó la ciudad: parecía subsistir merced a sueños de glorias pasadas, pero no con amargura ni rencor sino con orgullosa satisfacción. Sus habitantes eran personas agradables y tranquilas. Si bien no lamentaba tener que despedirse de Menfis, por nada del mundo habría querido perderse esa visita y le prometió a Ptahmes que algún día regresaría.

–Cuando vengas a Tebas, yo te mostraré mi ciudad –le anunció, dejándolo exaltado por el triunfo y convertido en un ferviente admirador de sus encantos.

–Antes de partir, quiero hacer un pequeño viaje hacia el oeste de la ciudad –dijo Tutmés–. No se lo mencioné a la buena gente de Menfis, pues esta Necrópolis es algo que quiero que veas libre de la presencia de idiotas bienintencionados.

Y zarparon, dejando en la costa a sus anfitriones convertidos en lejanas figuras de blanco postradas para rendirles su homenaje de despedida. Pero después de girar en un recodo del río y quedar ocultos, volvieron a atracar en la margen occidental.

Tutmés se apresuró a ordenar que bajaran las literas y una Hatshepsut cansada y gruñona emprendió viaje nuevamente, con un terrible dolor de cabeza y los ojos irritados por

la falta de sueño. A esta hora del día, toda la gente sensata se mete en la cama para descansar, pensó, fastidiada. Mi padre bien podría tener en cuenta que ya he hecho demasiado por hoy. Lanzó una mirada fulminante a la cabeza absorta del faraón y reprendió con irritación a uno de los portadores de su litera cuando tropezó con una roca y la sacudió.

Al cabo de una hora de marcha, durante la cual la furia de Hatshepsut siguió creciendo y la llevó a viajar sentada bien erguida en la litera como un gato agraviado, Tutmés ordenó finalmente que hicieran un alto. Se apeó y le ofreció la mano su hija, pero ésta la apartó con un gesto de fastidio y se puso de pie sin su ayuda, ajustándose luego el faldellín con una serie de palmadas rápidas y bruscas.

El faraón, a pesar de notar su expresión enfurruñada y sus ojos hinchados, no dijo nada; se limitó a tomarla del brazo y la condujo hacia adelante.

–Contempla las ruinas de la Ciudad de los Muertos, la Necrópolis de la Antigua Menfis –le dijo–. Tienes delante de tus ojos nada menos que las obras del Gran Dios Imhotep mismo.

Hatshepsut se protegió los ojos con una mano y su furia se desvaneció. La plan parecía prolongarse hasta el infinito. Estaba vetada por algunas palmeras aisladas, pero sobre la arena se erguía Saqqara, la ciudad del polvo: una profusión de terrenos y caminos empedrados secos como huesos viejos, pirámides, muros y pasadizo que no conducían a ninguna parte. Era un paraje inquietante y a Hatshepsut, a pesar de encontrarse rodeada de la resplandeciente luz del día, le pareció oír el lamento de huesos resecaos, el sollozo de muertos profanados. El lugar conservaba su magnificencia entre esas ruinas caóticas y, mientras lo recorría con la mirada, su mano buscó a tientas la de su padre.

–Todo esto que ves fue obra de Imhotep, Dios y genio –dijo Tutmés en voz baja. Luego levantó un brazo y Hatshepsut vio un muro lóbrego, cuadrado y grueso con un hueco que se asemejaba a un portal. Al otro lado había una pirámide de paredes escalonadas, como una imponente escalinata que conducía a un techo hace mucho inexistente–. Lista es la tumba de Zoser, Rey y guerrero poderoso, construida por las manos del mismo Imhotep. Sobre su efigie el Rey hizo tallar la siguiente inscripción: ‘Canciller del Rey del Bajo Egipto, el Primero después del Rey del Alto Egipto, Administrador del Gran Palacio, Príncipe Hereditario, Sumo Sacerdote de Heliópolis, Imhotep, constructor, escultor’. ¿Qué ha sido de su palacio, de sus jardines impregnados de fragancias? Observa y aprende, Hatshepsut.

Ella se estremeció.

–Sin duda es un sitio sagrado, pero me produce desasosiego –dijo ella–. Mira allá, ¡qué hermosura esos pilares lotiformes! Pero ¿dónde están los ojos que fueron erigidos?

Se sentía perturbada, y eso hacía que aferrara con más fuerza la mano de su padre.

–También esto forma parte de tu herencia –dijo Tutmés, volviéndose–. Es bueno que un rey recuerde que, en última instancia, lo único que permanece es la piedra.

Antes de regresar a la barca se dirigieron a la capilla de Imhotep, visitada desde siempre por infinidad de enfermos, y permanecieron de pie un momento contemplando el rostro intenso e inteligente del hombre a quien todo Egipto veneraba por sus curaciones milagrosas. Hatshepsut pensó en las ruinas que acababa de conocer y en el enorme gasto de inteligencia y de músculos que debió significar el traslado de esas moles de piedra. Zoser fue sin duda un rey poderoso, pero sin su arquitectura no habría podido lograr esas maravillas. Una vez más sus pensamientos volaron hacia Senmut y se preguntó qué estaría haciendo. Jugando con Ta-kha'et, quizás, o sumergido en sus planos y esperando su aprobación.

Finalmente abandonaron la capilla y se recostaron en sus respectivas literas, agotados por las emociones vividas. Mientras los marineros llevaban nuevamente la barca hacia aguas profundas y ellos dormían, exhaustos, ese conjunto de ruinas que era Saqqara se fue hundiendo lentamente en el horizonte.

En Gizeh, al norte de Menfis, otra vez treparon a sus literas y fueron transportados ocho kilómetros tierra adentro, atravesando cultivos y bajo la protección de una cantidad

infinita de palmeras, para contemplar lo que Tutmés describía como la prueba concluyente de la naturaleza divina de sus antepasados.

Ahora Hatshepsut lo observaba todo con enorme atención, con plena conciencia de lo que había visto hasta ese momento y lo que le quedaba por ver era para ella más importante que cualquier otra cosa en la vida. Anhelaba construir para sí el monumento más grandioso de todos los tiempos, y las pirámides y los templos que acababa de conocer sólo habían servido para estimular aún más una ambición de gloria que era ya casi insaciable. Su padre había edificado monumentos, y también el padre de su padre lo había hecho antes que él, pero ella en cambio todavía no había concretado nada y continuaba aferrada a su ambición, sus visiones y sus sueños.

Mientras seguían avanzando, se puso a pensar en su valle, y una vez más sintió la presencia del destino, la muda súplica de esos acantilados incompletos. No en vano he sido engendrada por el Dios para gobernar esta tierra, pensó con una mezcla de impetuosidad y de espíritu protector. Lo que ese viaje le había permitido conocer había despertado en ella un amor cada vez más profundo por la tierra y la gente; ese pueblo alegre y de sonrisa fácil.

—Siéntate y observa —le gritó Tutmés—. Allí tienes las tres coronas de Egipto.

Repentinamente el horizonte quedó ocupado por ellas: tres formas colosales, tan blancas que le lastimaron los ojos. Mucho antes de que la litera se detuviera y ella se apeara, con el corazón golpeándole fuertemente en el pecho, las pirámides acapararon sus sentidos y sus pensamientos. Cuando finalmente pudo comenzar a avanzar hacia ellas, se tambaleó y habría caído al suelo si no la hubiese sujetado el brazo veloz de su esclavo; tan extasiada se encontraba. Se recostó contra la piedra caliza caliente, se estiró hacia arriba para ver mejor y miró a Tutmés sacudiendo la cabeza, incapaz de hablar. Cuando logró sobreponerse comenzó a caminar, con la intención de rodear cada una de ellas, mientras tocaba la piedra de vez en cuando y mantenía la vista clavada en la cima. Pero después de completar el recorrido del perímetro de la primera se dio por vencida y, maravillada, se acercó a Tutmés.

—¡No es posible que esto sea obra de hombres! —Exclamó—. ¡Deben de haber sido los dioses quienes las colocaron aquí como un homenaje a su propia gloria! La simetría de las pirámides la fascinaba, lo mismo que el ascenso veloz de esos planos inclinados hacia el vértice de su cima. Desde su emplazamiento, en medio de una explanada lisa y arenosa, parecían limpias y sencillas, tan filosas como los dientes de Seth, autosuficientes, totalmente seguras en su majestuosa superioridad.

—Pues no cabe duda de que son obra de los hombres —le respondió Tutmés—.

Durante medio henti, muchos miles de esclavos trabajaron aquí para construir las tumbas de los reyes. Keops, Kefrén y Micerinos descansan aquí. Las pirámides constituyen una cobertura adecuada para sus cuerpos sagrados. Ven y observa otra maravilla.

La condujo hacia el sur, al otro lado de la pirámide, y Hatshepsut se encontró entre dos gigantescas garras de león.

—Esta es la efigie del Rey Kefrén —le informó Tutmés—, quien custodia para siempre la entrada a su tumba. En el pecho se hizo grabar palabras llenas de magia y de poder. Este monumento fue tallado directamente sobre el acantilado que se erguía en este lugar; y aquí permanece agazapado, siempre vigilante, con su cuerpo real de león listo para saltar sobre los hombres indignos.

¿Me considerará digna a mí? Pensó Hatshepsut casi sin aliento, paralizada y empuñada por la vastedad de ese cuerpo y la severa advertencia que lanzaba ese colosal rostro de piedra, el más inmenso que jamás había visto. Se quedó allí un buen rato mientras la sombra que se proyectaba entre esas dos garras crecía, jugueteando con el desierto y con las tumbas silenciosas.

Permaneció en Gizeh durante el resto de ese día hasta bien entrada la noche, encaramándose sobre las ruinas de las mastabas de los cortesanos muertos, recorriendo las

amplias avenidas, sintiéndose en carne viva. Pero su mirada volvía sin cesar a las tres gigantescas tumbas y a su guardián agazapado.

Tutmés la observaba instalado en lo alto de una roca achatada: Hatshepsut no era más que una figura diminuta que revoloteaba de aquí para allá como una polilla al anochecer, desapareciendo de su vista y volviendo a aparecer, su faldellín blanco, un manchón impreciso y más claro entre la penumbra. Sabía lo que su hija pensaba y sentía en ese momento pues también él, cuando contempló por primera vez los prodigios de sus antepasados, se vio enfrentado con un desafío y dudó de su capacidad para responder a él. Su respuesta a los dioses fue guerrear por su país, pero no imaginaba cuál sería la de Hatshepsut. Tenía la certeza de que también ella pondría todo su empeño, sudaría y se enfrentaría con ese desafío con lo mejor de sí misma, pero sólo ella podía encontrar su camino para hacerlo. Finalmente, cuando Tutmés ya no pudo divisarla en la oscuridad, envió a Kenamun en su busca y el soldado la encontró sentada sobre una de las patas del Dios Sol, el mentón apoyado en una mano, escrutando la noche con expresión preocupada.

—¿Cómo es posible igualar todo esto? —Preguntó, más a sí misma que al soldado—. ¿Cómo?

Su pregunta quedó sin respuesta. Kenamun se limitó a inclinarse frente a ella y Hatshepsut se dejó caer cansinamente al suelo y lo siguió. Nunca antes se había sentido tan llena de orgullo por sus antepasados ni con tal peso en el alma. Luego, al ver por entre la bruma del cansancio las luces de la barca que iba a su encuentro, se sintió una vez más agobiada por la intensidad de sus sueños, pasados y presentes.

Por eso, representó un inmenso alivio para ella que su esclava la bañara para quitarle la arena del desierto y le colocara un faldellín limpio. Cuando se sentó en su silla debajo de las lámparas, con una copa de vino en la mano, los sueños se alejaron y tuvo la cabal sensación de que un nuevo cambio se había operado en ella, de que acababa de perder otra piel de su niñez y la había dejado a los pies de Kefrén como una ofrenda y una promesa.

Sólo medio día de travesía separaba a Gizeh de Heliópolis, el verdadero corazón de Egipto, y llegaron a la ciudad a mediodía. Los dignatarios subieron a bordo y se arrastraron sobre cubierta para ofrecerles la bienvenida, pero la pareja real no desembarcó, pues era allí donde Hatshepsut habría de recibir su primera corona en el templo del Sol. Cuando ellos le besaron los pies, ella estaba sentada en su pequeña silla, con los pensamientos muy lejos de allí, observando por encima de sus cabezas las relucientes torres de la ciudad. A sus espaldas, en la orilla occidental del río, había otra cantidad de pirámides que parecían rodear su propia cabeza como una corona que le confería poder y la hacía invencible. La comitiva oficial partió y Tutmés fue a acostarse un rato. Pero Hatshepsut hizo que le colocaran la silla donde pudiera mirar río abajo, hacia Tebas, y se quedó meditando sobre su destino.

Permaneció allí hasta el atardecer, sin comer ni beber nada, y Tutmés no quiso molestarla y la dejó sola.

Cuando al día siguiente el sol se elevó en el horizonte, ella ya se encontraba en cubierta, sentada de nuevo en la sillita. Su esclava se le acercó y le pidió que regresara al camarote para prepararse para la ceremonia, y ella la siguió dócilmente y en silencio. Salió una hora más tarde, envuelta en un manto blanco y con la cabeza descubierta.

Tutmés enarcó las cejas y la interrogó con la mirada, mientras los sacerdotes aguardaban en la orilla, con aire solemne.

Ella le dedicó una tenue sonrisa.

—Estoy lista —dijo.

La condujeron al templo atravesando calles flanqueadas por gente silenciosa, pues todos sabían de qué ocasión se trataba. Al llegar, Hatshepsut ascendió los escalones y esperó a que le abrieran las puertas. Dentro del templo se había congregado toda la jerarquía de Heliópolis, ansiosa de echarle una mirada a esa figura prominente que terminó siendo sólo

una muchacha pálida con labios tensos. Avanzó con lentitud por entre las hileras de hombres hasta llegar finalmente ante la Piedra Sacrosanta. Se quedó un momento mirándola, abstraída de la multitud que se encontraba a sus espaldas, perdida en una muda admiración, pues de esa piedra –ahora encastrada en un pilar de oro– había surgido el primer sol el primer día de la Creación, y tuvo plena conciencia de encontrarse en un lugar sagrado. Entonces giró, levantó la barbilla y se enfrentó con arrogancia a esos rostros desconocidos y expectantes. Con un movimiento rápido dejó caer el manto blanco de lino al suelo y un formidable suspiro estremeció el templo como la brisa sacude las palmeras, pues el vestido que llevaba debajo era de oro macizo con incrustaciones de piedras preciosas, y sólo su cabeza carecía de adornos.

Se postró delante de la imagen de Amón–Ra, que ocupaba su trono junto a la Piedra Sacrosanta y hubo una conmoción cuando los demás dioses se acercaron, entre nubes de incienso. Al volver a ponerse de pie allí estaban todos: Tot, con su cabeza de ibis; Horus, con sus ojos relampagueantes de halcón; su amada Sekhmet, con su cabeza de leona, y Seth el frío, Seth el feroz, con extremidades grisáceas y aspecto lobuno. Todavía experimentaba la extraña sensación de estar muy lejos de todo eso y su respiración era muy superficial, pero cuando Tutmés se acercó para abrazarla, ella levantó los brazos y se arrojó contra él, enterrando la cabeza en el grueso cuello de su padre. Hatshepsut sabía que, más que en todas las solemnes ceremonias que se llevarían a cabo en Tebas, era en ese lugar y en ese momento que Tutmés le ofrecía su último regalo, el de su trono, y ella lloró, sin avergonzarse por ello, mientras los presentes lanzaban exclamaciones de júbilo y su clamor reverberaba en el techo que los cubría allá en lo alto. Tutmés la sostuvo fuertemente con un brazo, mientras con el otro solicitaba silencio.

–¡Bendita Criatura! –Musitó en su cabello. Y luego repitió con voz clamorosa–: Bendita Criatura, a quien tomo entre mis brazos. ¡Te nombro mi heredera, a ti y nada más que a ti!

Luego la hizo avanzar hacia adelante, y las lágrimas surcaron el rostro de Hatshepsut, pero no intentó ocultarlas ni enjugárselas y prácticamente no pudo oír el resto de las palabras que constituían el rito.

De pronto sintió que le colocaban sobre la cabeza la hermosa corona incrustada en piedras preciosas que había pertenecido a su madre y, antes todavía, a todas las demás reinas: la Cobra, la Señora de la Vida. El Sumo Sacerdote comenzó a recitar los títulos que habían pertenecido a Ahmose, pero su monótona letanía se perdió cuando Hatshepsut levantó los brazos en actitud triunfal y todos los presentes estallaron en una cacofonía de aplausos y alabanzas.

Tutmés volvió a abrazarla y entonces se dirigió a los asistentes, y su poderosa voz se elevó como un trueno sobre el alboroto reinante.

–Esta es mi hija, Hatshepsut, mi Bienamada: la pongo en mi lugar. Que de ahora en adelante sea ella quien os guíe. ¡El que la obedezca vivirá, pero el que alce su voz contra ella, morirá!

Iniciaron la marcha hacia la salida del templo, pero sólo pudieron hacerlo con gran lentitud, pues a su paso todos caían de rodillas e intentaban tocarle los pies.

Cuando por fin lograron llegar al exterior y avanzar hacia las calles, ya era plena mañana y, a pesar de la solemnidad del momento, Hatshepsut sentía hambre.

En la orilla del río se habían levantado enormes tiendas y se había preparado un festín. Hatshepsut y Tutmés se agasajaron mutuamente mientras los nobles de Heliópolis comían y bebían a la salud de su nuevo soberano. No todos estaban contentos: algunos abrigaban ciertas dudas con respecto a la salud mental del faraón, otros miraban el rostro pequeño y sonriente del Regente y sus dedos delicados, y temían por la seguridad de Egipto y rogaban a los dioses que Tutmés pudiera seguir reinando algunos años más.

A Tutmés no se le pasaban por alto esas dudas: las leyó en sus rostros, pero no dijo nada y paseó sus ojos negros e impávidos por todos ellos, embargado de pronto por unos celos incontrolables y protectores con respecto a Hatshepsut, su Bienamada. Ella estaba embarcada en una conversación con Kenamun y asentía de vez en cuando con la cabeza mientras comía; mientras él gesticulaba por encima de los platos y las copas. Hatshepsut lo observaba con gran atención, como si sus palabras le interesaran sobremanera, y cuando Tutmés alcanzó a oír un trozo de su conversación, se dio media vuelta con una enorme sonrisa y pidió a gritos que le sirvieran vino.

–Yo soy partidaria de tenerlos a rienda corta y con freno duro –decía ella–, pues de lo contrario, ¿cómo es posible dominar después a un caballo en el fragor de la batalla, si no se lo acostumbra desde el principio a obedecer de esa manera?

Tutmés yació su copa y se lamió los labios con fruición.

Durante tres días fueron agasajados por los habitantes de Heliópolis y, al cuarto día, levaron anclas y salieron a relucir los remos.

–Oh, Tebas, mi hermosa Tebas –suspiró Hatshepsut–. Padre mío: he disfrutado enormemente de este viaje pero me alegro de regresar a casa. –La Cobra centelleaba en su frente cuando giró la cabeza para mirarlo–. Mi cuerpo necesita con urgencia reanudar las prácticas en el campo de adiestramiento, y estoy impaciente por comenzar a erigir mi templo.

–¿Así que ya sabes lo que deseas construir?

–Así lo creo, pero no puedo hablar de ello hasta haber consultado a Senmut.

–Ah, sí. El joven y apuesto arquitecto. Sin duda debe de estar muy atareado en este momento, pues Ineni ha sido nombrado Alcalde de Tebas y no creo que le quede mucho tiempo libre para dedicarlo a sus preciosas construcciones.

Hatshepsut estaba atónita.

–¿Cómo lo sabes? –Preguntó.

–Me avisaron anoche. También los heraldos surcan el río, como nosotros.

–¡Qué hermoso ha sido todo! –Dijo ella con un suspiro de satisfacción–. ¡Mi madre se habría sentido tan feliz de verme coronada en el templo!

–No lo creo –le replicó Tutmés con afecto–. Siempre le preocupó mucho tu futuro, y la corona que ahora llevas no es nada comparada con la que recibirás el Día de Año Nuevo –dijo con una sonrisa llena de ternura–. No, me parece que no lo habría aprobado en absoluto.

–Supongo que tienes razón. Y ahora soy yo quien lleva los títulos que fueron de ella. Gran Esposa Real. ¡Qué extraño me suena! Recuerdo haber oído esas palabras en labios de tantas personas, desde que nací. ¡Cuánto la amaba el pueblo de Egipto!

Se preguntó entonces si también la amarían a ella, pero luego decidió que eso no tenía ninguna importancia. Lo único importante era el poder; el poder para obligar a sus súbditos a cumplir su voluntad por su propio bien. Y ese poder ya casi se encontraba al alcance de su mano.

Atracaron junto al desembarcadero familiar dos días antes de Año Nuevo. El río había recobrado su ancho normal y las tierras zumbaban con las diligencias de la siembra. En los jardines del palacio había brotes nuevos por donde se mirara, y los árboles y arbustos habían empezado a florecer. Para delicia de Hatshepsut, su regreso al hogar fue como un colosal y único aroma de flores combinadas. Soportó los recibimientos formales, feliz de oír los nuevos títulos que se le daban. Saludó a Ineni con una enorme sonrisa y, cuando éste partió con el faraón para ponerlo al tanto de todas las novedades, Hatshepsut llamó a su guardia y a sus asistentes y fue en busca de Senmut.

Lo encontró tendido de espaldas entre la hierba alta que crecía al borde del pequeño estanque ubicado junto a los sicomoros, debajo del muro. Ta–kha'et se encontraba con él, cubriéndole el pecho de flores. Hatshepsut oyó que reían y, para su gran sorpresa, se sintió

contrariada. Caminó hacia ellos y, cuando la oyeron aproximarse, Senmut le dijo algo a Ta-kha'et que hizo que la muchacha se alejara deprisa.

Entonces Senmut corrió al encuentro de Hatshepsut y se postró ante ella, quien ya no pudo seguir enojada.

–Levántate, sacerdote –le dijo–. Veo que en mi ausencia has empleado muy bien tu tiempo.

El tono era burlón, pero detrás de esa sonrisa Senmut percibió un dejo de irritación y volvió a hacerle una reverencia.

–No he malgastado mi tiempo, Divina Señora, si bien confieso que la magnificencia de vuestro regalo me ha tentado en más de una ocasión a entregarme a la indolencia. –La mirada franca de Senmut buscó sus ojos para tranquilizarla; ella apartó la vista y el fastidio que la embargaba se esfumó–. Tengo algunos bosquejos que aguardan vuestra aprobación.

–Entonces vayamos inmediatamente a verlos, pues estoy impaciente por comenzar y ya sé lo que quiero –replicó ella con tono seco.

Permanecieron un momento sonriéndose mutuamente, contentos de estar de nuevo juntos. Senmut sabía que muy pronto ella se convertiría en regente, pues aunque el faraón no había hecho ningún anuncio oficial, Tebas era un verdadero hervidero de rumores y todos estaban enterados de su coronación como Divina Consorte y Gran Esposa Real. La Cobra que llevaba sobre la frente le sentaba bien, a juicio de Senmut. Parecía simbolizar todas sus capacidades latentes y su fuerza impaciente que aguardaban la oportunidad de expresarse. Senmut también pensó que la doble corona real le sentaría aún mejor. Ella lo miraba con serena felicidad, los ojos entornados por el fuerte sol, el cabello negro flameándole alrededor de la cara. Su mayor apreciación de lo femenino, que le debía en gran medida a Ta-kha'et, le permitió admirar no sólo la belleza de Hatshepsut como reina y Dios, sino la enorme fascinación y ministerio que ejercía sobre él como mujer. Deseaba apartarle el cabello de la cara y sujetárselo detrás de las orejas, pero en cambio se cruzó de brazos y aguardó.

–Condúceme a tus aposentos –le dijo ella– y juntos beberemos vino, comeremos tortas de miel y estudiaremos esos planos.

Fueron a los aposentos de Senmut, donde Ta-kha'et dio la bienvenida a su ama y les ofreció vino tinto en jarros de alabastro, pequeñas copas de oro y una bandeja de plata con dátiles confitados y tortas de miel. Cuando Ta-kha'et terminó con sus tareas Senmut la despidió con aire ausente mientras buscaba sus rollos y sus anotadores de papiro, y antes de que las puertas se cerraran tras ella ya la había borrado de su mente.

–Esto es lo que tengo pensado –dijo, desplegando su trabajo sobre el escritorio.

Hatshepsut se inclinó sobre los dibujos, y su cabello y sus collares cayeron hacia adelante. A pesar de estar tan próximo a ella, Senmut no tenía ojos en ese momento para otra cosa que no fueras esas hojas amarillentas cubiertas por líneas negras y prolijas trazadas por él.

–Como podéis ver, Alteza, no he intentado realizar un proyecto de gran altura pues, como bien dijisteis, ninguna construcción podría competir con los acantilados de Gurnet. Por eso he pensado en una serie de terrazas, una encima de la otra, que partan del suelo del valle y conduzcan al santuario que deseáis hacer tallar en lo más profundo de la roca.

–Has hecho un buen comienzo –dijo Hatshepsut–, pero las terrazas deben ser más anchas y más largas para que no queden comprimidas contra el acantilado.

¡Dibújame! –Él obedientemente lo hizo y ella exclamó con satisfacción–: ¡Sí! Todo el templo debe ser etéreo y delicado, como yo.

–No habrá peldaños para llegar hasta él –dijo Senmut–; considero que lo mejor sería una extensa rampa que permita un ascenso gradual. Y debajo de la primera y segunda terraza, y a la entrada del santuario, debe haber pilares, bien espaciados y con mucho aire.

Y con unos pocos trazos rápidos se lo dibujó, y los ojos de Hatshepsut se iluminaron.

–Quiero que haya otras capillas, además de la reservada a mi culto –dijo ella–: una dedicada a Athor y otra a Anubis. Y, desde luego, todo el templo estará consagrado a mi Padre Amón, quien también debe tener su altar.

–¿En la roca? ¿Todos ellos?

–Así lo creo. Haz que tu ingeniero se gane su pan. Ahora sírvenme un poco más de vino.

Senmut llenó las dos copas y ambos se enfrascaron en un cambio de ideas sobre el templo, mientras bebían juntos y olvidaban esa hora habitualmente dedicada al reposo.

–Quiero que la obra se inicie inmediatamente: mañana mismo –le dijo–. Llévate una cuadrilla de hombres para que despejen el lugar. Si lo deseas puedes utilizar lo que queda del templo de Mentuhotep.

–La operación de despeje tomará un buen tiempo, Alteza, pues existe una elevación natural del terreno al pie de los acantilados que es preciso nivelar.

–Eso es problema tuyo. Pide lo que te haga falta. Los sacerdotes han aprobado el emplazamiento; yo me ocupé personalmente de ello el mismo día que descubrí ese lugar sagrado, así que no hay nada que nos impida comenzar enseguida. ¡Ya verá mi hermano de lo que es capaz una reina!

De pronto pareció sumergirse en algún pensamiento lúgubre, que le hizo fruncir el ceño y dejar caer sobre las rodillas la mano que sostenía los rollos. Segundos después le lanzó una mirada escrutadora y fría, tan parecida a las de su padre que Senmut reprimió un estremecimiento.

–Dentro de dos días debo ir al templo para ser coronada regente de Egipto –le dijo, pero Senmut no le respondió–. Entonces mi vida cambiará, sacerdote. Muchos de los que hasta ahora se han inclinado con indulgencia ante mí y me han llamado alteza comenzarán a apartar los ojos del rey y a eliminarme de sus pensamientos. Debo comenzar a rodearme, con gran cuidado, de aquellas personas en las que puedo confiar. Personas en las que puedo confiar ciegamente –repitió con lentitud, con expresión meditabunda y con los ojos fijos en él–. ¿Qué te parecería convertirte en mayordomo de Amón?

Durante ese segundo interminable de conmoción y de sorpresa, Senmut recordó de pronto su primer día en Tebas y también al altanero y perfumado siervo de Dios que había escuchado con aire tan aburrido las ansiosas recomendaciones de su padre en su despacho blanco y dorado. Revivió la vergüenza y las ganas de salir corriendo de aquel día y el olor de la transpiración nerviosa de su padre.

–Alteza, no os comprendo –dijo.

–Yo creo que sí –dijo Hatshepsut, sonriendo–. Desde el principio te has mostrado discreto. No has titubeado en defender la admiración y la lealtad que sientes por mí y por tu amigo frente al faraón mismo, y no creo que eso fuera nada sencillo.

Te necesito en el templo, Senmut, como guardián mío. Amo al Dios, mi Padre, y rindo homenaje a sus servidores, pero no soy estúpida. Todavía soy joven para ser rey y no tengo experiencia. Muchos en el templo no cesarán de vigilarme y temerán perder la posición que ocupan. Te colocaré por encima de ellos, como mayordomo, y me servirás con eficiencia. Estoy segura de ello. ¿Ahora lo entiendes?

Sí, lo entendía, pero no podía evitar seguir sumido en la visión de las espaldas de su padre, postrado ante ese hombre de albas y resplandecientes vestiduras, y sus propias manos temblorosas y ásperas por el trabajo en la tierra, extendidas como en una súplica.

–Ya os he dicho antes que sólo vivo para servirlos –le respondió–, y eso es lo que haré. Sólo a Vos venero.

–Entonces es asunto arreglado. Haz una buena limpieza en el templo y quita de allí todos aquellos sacerdotes que no te merezcan confianza; y no temas a nadie más que a mí. Preséntame tu informe todos los días a la hora de las audiencias, y te daré un portador de insignias para anunciarte y escribas que te acompañen. Serás el superintendente de los

campos, el jardín, las vacas, los siervos, los labradores y los graneros de Amón. ¡Y pobre del que se atreva a enfrentarse a ti!

Senmut siguió mirándola pero ya su mente se encontraba sumida en cavilaciones. La responsabilidad era pavorosa pero Hatshepsut, con su habitual perspicacia, había elegido tareas que él estaba en condiciones de llevar adelante gracias a su experiencia en las faenas del campo. Con respecto a sus obligaciones no explicitadas

no tenía la misma certeza de ser competente, pero sabía que nadie en el templo se animaría a sembrar la discordia mientras él ocupara el cargo de mayordomo.

–Sigue viviendo en estos aposentos –le dijo ella– hasta que tomes conciencia de la importancia de tu nuevo cargo. Entonces haré construir un palacio para ti, y tendrás tu propio barco, tu propio carro y cualquier otra cosa que desees.

Senmut le estudió el rostro, pero vio que se lo decía en serio y en la penumbra fresca de la habitación tuvo la sensación de que ella, sin palabras, trataba de comunicarse con él, mientras su rostro seguía ostentando una expresión de serena e insondable búsqueda. Senmut supo entonces que intuitivamente, casi sin saberlo ella misma, necesitaba de aquel muchacho que la había sacado del lago por la fuerza, que había expresado sueños muy similares a los suyos, que como hombre seguía movido por el mismo impulso que lo había llevado a suplicar un lugar a los pies de Ineni. Deseaba decirle que la amaba, que ese templo no sólo sería el regalo de ella al Dios y a sí misma sino también un regalo de amor que él le ofrecía a ella, todo lo que un hombre inferior podía hacer por la mujer que anhelaba tener en sus brazos.

Sus ojos sin duda le transmitieron algo de lo que habría deseado decirle, porque ella le sonrió con cierta añoranza.

–En tu interior posees una gran nobleza, Senmut. Te aprecio mucho. ¿Recuerdas cómo me enfurecí cuando me restregaste con aquella vieja frazada raída? ¿Y cómo me quedé dormida contra tu hombro?

–Sí, lo recuerdo, Alteza, erais una muchachita muy hermosa. Y ahora sois una mujer hermosa.

Lo dijo con aire casual, pero las palabras quedaron flotando en el aire y Senmut se mordió los labios y se puso a contemplar el suelo.

–Yo soy Dios –dijo Hatshepsut con tono categórico, y el hechizo se rompió. Ella se puso de pie–. Ya casi es la hora de la cena. Acompáñame, y comeremos y conversaremos con Menkh y Hapuseneb. Tal vez User–amun se encuentre también allí. Quiero presentártelo. Tengo especial interés en que me digas lo que piensas acerca de todos mis amigos, pues muy pronto es posible que sean más que eso y tu opinión es inestimable para mí. También quiero que conozcas a Tutmés, mi hermano, que acaba de regresar del norte para mi coronación.

También él se puso de pie y le hizo una reverencia.

–Alteza, acaba de ocurrírseme que Senmen, mi hermano, me sería de gran ayuda en mi nuevo trabajo. ¿Puedo mandarlo llamar, y quizá reemplazarlo en casa con un esclavo? Sé que mi padre lo necesita, pero yo creo necesitarlo aún más.

–No hace falta que me lo preguntes siquiera. Elige tú el equipo de colaboradores que convenga más a tus fines. ¿Aprecias a tu hermano?

–Sí. Hemos trabajado juntos con frecuencia.

–¡También yo he trabajado frecuentemente junto a mi hermano! –Le respondió ella mientras pasaba caminando junto a él–, y debo confesar que lo encuentro soberanamente aburrido. Pero tal vez tú descubras alguna afinidad con él, pues le fascina hacer construir monumentos, y ya ha embellecido Egipto con unos cuantos.

Hatshepsut aguardó a que él se pusiera a la par y luego echaron a andar por entre las sombras azuladas mientras los criados los precedían con las lámparas. La noche se cerró alrededor de ellos con una dulzura e intensidad acrecentada por las estrellas que acababan de asomarse en el firmamento y que bordaban con diseños plateados el agua de los estanques de lilas, por la brisa cargada de fragancias, y por la proximidad de sus cuerpos.

El día de su coronación, Hatshepsut despertó con el sonido de trompetas y permaneció acostada escuchando esas notas estridentes de los cobres. Había dormido profundamente, sin sueños, y cuando las trompetas callaron, se levantó. La habitación estaba inundada de una luz rosada y cálida. Caminó desnuda hasta el cuarto de baño, donde su esclava ya había llenado la bañera de piedra con agua caliente y perfumada, y descendió los peldaños hasta quedar sumergida hasta el mentón.

—¿Cómo está el día? —Le preguntó a la muchacha que se le acercó con jabón y toallas y, mientras la fregaban y le lavaban el cabello, se enteró de todas las novedades.

Era un día diáfano y caluroso, y ya los habitantes de Tebas flanqueaban el camino al templo, mientras los soldados con sus uniformes de gala ocupaban sus posiciones para custodiar la procesión real. Las banderas imperiales flameaban por toda la ciudad y embarcaciones procedentes de Menfis y Hermonthis, Assuán, y Nubia, Buto y Heliópolis, se apiñaban en los muelles con su carga de dignatarios y nobles. Todos los aposentos del palacio estaban ocupados por huéspedes. Los virreyes y gobernadores de las naciones conquistadas llenaban los salones con sus extrañas esclavas y pintorescos idiomas, y por todas partes flotaba un aire de expectativa al que nadie podía sustraerse.

Hatshepsut emergió del agua; permaneció de pie mientras la secaban con toallas y luego se recostó para que la untaran con aceites y la masajearan. Llegó entonces su mayordomo Amunhotpe con el desayuno y su informe matinal. Todo se estaba desarrollando según lo previsto. En la antecámara la aguardaban su peluquera y la doncella encargada de vestirla.

Su padre estaba siendo vestido en sus propios aposentos y, en los departamentos dedicados a las esposas subalternas y concubinas del faraón, Mutnefert revoloteaba de aquí para allá, comiendo nerviosamente, sus alhajas desparramadas sobre el lecho mientras trataba de decidir cuáles usaría. Ya se encontraba repuesta de su decepción. Incluso aunque ello no hubiese ocurrido, la celebración que tendría lugar ese día era de una magnitud tal como para que nadie importante quisiera perdersela, y una vez más ella estaba dispuesta a hacer las paces. Tutmés, su hijo, se encontraba sentado en su propio departamento pequeño, hablándole a su escriba.

Durante los meses de forzoso recorrido por el norte había tenido tiempo más que suficiente para meditar y decidió que no ganaría nada con enfurruñarse y sumirse en un silencio enconado. Él, como su madre, había depuesto su amargura; pero, a diferencia de ella, el joven Tutmés aguardaba su oportunidad. El viaje lo había cambiado. Esa sucesión de días ardientes, siempre en movimiento, lo había librado de buena parte de su gordura; y el hecho de estar alejado de su madre, sus mujeres y sus manjares exquisitos, le había permitido cultivar una peligrosa paciencia. Habían logrado bloquearle el camino, pero eso no volvería a ocurrir. Esperaría, durante años si fuera necesario, pero sería faraón. Su hermana no podría impedirselo. Cavilaba sobre todas estas cosas incluso ese día, el de la coronación de sus hermanas. Pero si antes su rostro era un fiel espejo de sus sentimientos, en cambio ahora conversaba cortésmente con el escriba mientras sus pensamientos se encontraban en otra parte.

Hatshepsut estaba sentada, cubierta con una túnica suelta, mientras la peinaban y le estiraban el cabello hacia atrás y luego se lo apilaban sobre la cabeza para que la corona le encajara con facilidad. En realidad debería haber permitido que la afeitaran, como lo hacían todos los faraones, y recibir la corona con la cabeza rapada, pero se había negado a hacerlo y su padre había consentido en que conservara esas gruesas trenzas negro azabache que la peluquera en ese momento se enrosca alrededor del brazo. Hatshepsut se contempló en el espejo de cobre bruñido mientras le aplicaban los afeites, y lo que vio la complació: una frente amplia y despejada; cejas rectas que estaban siendo extendidas con khol hasta las sienes; ojos grandes y almendrados, con una expresión de profunda serenidad y sabiduría que

le devolvían la mirada con aire crítico; una nariz delgada y recta; una boca sensual y voluble que siempre parecía a punto de sonreír. Pero el mentón la traicionaba: era un mentón cuadrado, enérgico, obstinado, inflexible, que denotaba la existencia de una voluntad indómita y una incontenible sed de poder. Cerró los ojos mientras se los rodeaban con khol, y sus pensamientos volaron hacia sus antepasados y los dioses que la habían bendecido con el rostro más hermoso del mundo. No sonrió cuando volvió a abrir los ojos y vio la imagen reflejada, dorada por el cobre, oscura y misteriosa, con sus finos huesos puestos en evidencia ahora que le habían apartado el cabello de la cara. La imagen la contempló fijamente, y era la de una desconocida burlona y arrogante.

La transportaron al templo en una gran litera, sentada en un trono de respaldo alto; su portador de abanico, de pie junto a ella. Por sobre su exquisita cabeza se balanceaban las plumas de avestruz y la multitud, atónita, alcanzó a vislumbrar su cuerpo, recubierto de oro fundido, antes de postrarse sobre la polvorienta orilla del camino. Cuando se incorporaron, sólo alcanzaron a ver el brillo del sol sobre su cabello y el respaldo del trono. Detrás de ella avanzaban a pie los miembros más encumbrados de la nobleza: Ineni y su hijo; el visir del Norte y su hijo, el serio y augusto Hapuseneb; Tutmés, y el corpulento visir del Sur, conversando animadamente con el bromista User-amun. El joven Djehuty de Hermópolis caminaba con arrogancia, sin mirar a derecha ni a izquierda, y detrás de él Yamu-nefru de Nefrusi, envuelto con el manto de los nobles, un joven apuesto y orgulloso. Los adinerados terratenientes, los viejos y los nuevos ricos, desfilaban lentamente cubiertos de joyas y de telas costosas. Detrás de ellos caminaba Senmut, con una peluca larga y sus nuevas vestiduras hasta los tobillos. Ta-kha'et se había ocupado de adornarle cuidadosamente la cara con afeites y ungirle el cuerpo con aceite perfumado, pero todavía no ostentaba las insignias de su nuevo cargo y, por tanto, no era precedido por un portador de insignias. Aunque llevaba la cabeza echada hacia atrás mientras su mirada se perdía entre la gente, no sonreía, pues sus pensamientos estaban centrados en la Diosa fulgurante y pintada sentada sobre el trono elevado que avanzaba delante suyo. Tan grave y remota era la expresión de su rostro, que la plebe lo tomó por un noble.

Las macizas puertas del templo se encontraban abiertas y el Sumo Sacerdote, revestido con una piel de leopardo y plumas, los aguardaba con sus acólitos. La litera se detuvo y, cuando Hatshepsut descendió de ella, cada movimiento suyo era una nube de destellos dorados. Mientras observaba acercarse a su padre, permaneció inmóvil como una piedra. Sobre ella se cernía la enorme estatua de su padre, y los sacerdotes se apiñaban más allá, en el patio exterior, mientras el humo de incienso se elevaba sin cesar del templo. Tutmés le ofreció el brazo, ella se lo tomó y entraron juntos al templo, precedidos por el Sumo Sacerdote, mientras detrás de ellos los nobles se arremolinaban y colmaban el patio interior.

Las puertas del santuario habían sido abiertas de par en par, y todos estiraban la cabeza para poder lograr un atisbo, por fugaz que fuera, del Poderoso Amón. El faraón se adelantó, caminó hacia el Dios, se postró sobre el suelo de oro y colocó las insignias reales a sus pies. Sus palabras resonaron con intensidad.

‘Heme aquí en vuestra presencia, oh rey de todos los Dioses, postrado a vuestros pies. En recompensa por lo que he hecho por Vos, os suplico otorguéis Egipto y la Tierra Roja a mi hija, Hija del Sol, Maat-Ka-Ra, que vivirá por siempre, como lo habéis hecho conmigo.’

Se puso de pie y se hizo a un lado, haciéndole una seña a Hatshepsut con los ojos.

Entonces fue ella quien se postró y avanzó hasta el Dios arrastrándose por el suelo. Las baldosas de oro martillado olían a incienso, a flores y a polvo. Pensó en el Dios, en su belleza, en su providencia y, a medida que se acercaba a sus pies comenzó a elevarle una plegaria en voz baja. El silencio de los nobles postrados y atentos era tan profundo que era posible escuchar la respiración de cada uno, incorporándose a esa atmósfera cargada de

incienso. Por último, los dedos de Hatshepsut tatearon los pies del Dios y permaneció tendida boca abajo ante él, con la mejilla contra el suelo y los ojos cerrados hasta recuperar las fuerzas.

Levantó la vista con la misma zozobra de quien implora una gracia.

–¡Muéstrame tu beneplácito, oh Amón, rey del mundo entero! –Exclamó, y su voz reverberó contra el techo de plata.

En el recinto se oyó un siseo grave, como solicitando silencio, y nadie se movió. Todas las miradas estaban fijas en Amón, mientras el humo de los turíbulos le envolvía el rostro.

Senmut quedó atrapado por la creciente excitación reinante. Desde el lugar que ocupaba, en el extremo posterior del atrio, sólo alcanzaba a vislumbrar la cabeza del faraón y la del Sumo Sacerdote. No veía a Hatshepsut pero sí al dios sentado en su trono, con expresión remota y algo fría, y Senmut no pudo apartar la mirada de su efigie dorada. Un temor supersticioso se apoderó de él, suscitado no tanto por la presencia del dios sino por la actitud hierática y expectante de la gente, y de pronto deseó encontrarse lejos de la influencia de un dios capaz de mantener a sus fieles inmóviles, en un estado de total estupidez, aguardando algún tipo de señal prodigiosa.

Súbitamente de las gargantas de todos surgió un clamor que fue creciendo al ver que Amón, lenta, majestuosamente, con infinita gracia, inclinaba su áurea cabeza.

Senmut sintió que las palmas de las manos se le empapaban con un sudor pegajoso y un escalofrío le recorría la columna, pero ya todos los presentes se encontraban de pie, bailoteando de alegría. Por encima del alboroto, oyó el sonido de las castañuelas y los sistros. Cuando el ruido se fue acallando y los ánimos se tranquilizaron, trepó al pedestal de un pilar, lo cual le permitió encontrarse algunos centímetros por encima de los demás. Entonces la vio, parada, pálida y triunfante a los pies del Dios, mientras Tutmés gritaba: –‘A esta hija mía que os venera, que está unida a Vos, mi Bienamada, le habéis conferido el mundo, se lo habéis colocado en las manos. ¡La habéis elegido reina!’

Cuando Buto y Nekhbet, Diosas del Norte y del Sur, se adelantaron con andar silencioso llevando entre ambas la doble corona, Hatshepsut cerró los puños y las palabras de su padre la siguieron martillando en la cabeza. ¡El mundo! ¡El mundo! ¡El mundo! Pensó exultante, así que cuando las diosas le hablaron de la corona roja del Norte y de la corona blanca del Sur, ella casi no les prestó atención. A Vos, poderoso Amón, y a Vos, Poderoso Tutmés, Amado de Horus, os ofrezco mi gratitud, exclamó en su interior. Sintió entonces el peso de la doble corona sobre su frente y, al levantar una mano para sujetársela vio a Senmut, un poco más alto que los demás, abrazado a un pilar, y los ojos de ambos se encontraron y se fusionaron por un instante. Eso la sacudió y le permitió salir de su ensimismamiento y seguir el resto de la ceremonia con la debida atención, mientras trataba de sofocar el estallido de triunfo que la embargaba.

Desde las profundidades del santuario tronó la voz del dios; el segundo prodigio del día:

‘¡He aquí a mi Hija Viviente, Hatshepsut! ¡Contempladla, amadla y regocijaos en ella!’

De nuevo Senmut se estremeció: no deseaba servir a ese dios sino sólo a la Hija de ese dios. Se bajó del pedestal y se sentó con la mirada fija en el suelo mientras la ceremonia se aproximaba a su fin.

Rociaron a Hatshepsut con agua, que le refrescó la cansada nuca y le cubrió de brillo los pies. Luego le colocaron sobre los hombros el pesado manto ceremonial bordado con piedras preciosas y Tutmés le entregó el Cayado y el Desgranador. Ella aferró esos símbolos reales con fuerza, casi con ferocidad, los nudillos blancos al apoyárselos contra el pecho.

Luego, Tutmés la condujo al trono, debajo del cual asomaban el Loto Azul del y el Papiro del Norte, y Hatshepsut tomó asiento con mucho cuidado.

El jefe de heraldos comenzó a proclamar sus títulos: Divinidad de las Diademas, Favorita de las Diosas, Aquélla Cuya Frescura Jamás Se Marchita, Horus, Que Vivirá por siempre, Maat–Ka–Ra, que Ostenta la Vida Eterna. Y una vez más le repitió, uno por uno, los títulos de su madre que le habían sido conferidos en Heliópolis.

Había concluido y estaba a punto de saludarla con una reverencia y alejarse, cuando Hatshepsut levantó una mano y se hizo un silencio cargado de alarma.

–Todos esos títulos me pertenecen por el derecho que me otorga mi nacimiento divino –afirmó, con voz clara y fría–. Pero deseo cambiar mi nombre. Hatshepsut, la principal entre las Mujeres Nobles, es adecuado para una princesa, pero ya soy una reina. De ahora en adelante me llamaré Hatshepsut, La Primera entre las Favoritas.

Senmut rió para sus adentros cuando ella inició su procesión ritual alrededor del santuario, con la espalda bien erguida y movimientos lentos por el peso de la corona y del manto que barría el suelo dorado. ¡Qué típico de ella, de su desafiante pequeña princesa, seguir proclamando su superioridad a los cuatro vientos y delante de los dioses! Pensó.

Se escabulló del atrio y partió en busca de Benya, quien había decidido irse a pescar, al dar por sentado que el río estaba desierto. Senmut tuvo la sensación de que éste sería su último día de libertad y, si bien le entusiasmaba la perspectiva de su nuevo trabajo, contemplaba con nostalgia una juventud a punto de concluir y todos los ratos libres de que había disfrutado, dones más preciosos que el oro.

Los festejos se prolongaron durante toda la noche. Los habitantes de la ciudad bailaban y bebían por las calles y entraban y salían sin cesar de sus casas y sus tiendas hasta el amanecer. En el palacio, el tropel de invitados colmaba los salones y se desbordaba a los jardines. De todos los árboles colgaban lámparas y sobre el césped se habían colocado sillas y almohadones para que todos pudieran disfrutar de ese cálido aire primaveral. Hatshepsut, Tutmés y los nobles que los visitaban se encontraban sentados en el estrado, rodeados de flores; Senmut fue colocado entre los hombres jóvenes: Menkh, Hapuseneb, User–amun, Djehuty y otros, quienes bebían, solicitaban canciones, aplaudían y gritaban exageradamente y comían sin cesar.

Senmut terminó de comer pronto y se echó hacia atrás para contemplar a todos los presentes; y ese otro ser que habitaba en él quedó serenamente complacido al observar las bufonadas de cientos de otros comensales. Había caído en un estado de arrobamiento cuando Hapuseneb arrojó su silla.

Estaba muy perfumado, pues su cono se había derretido y le había untado el ancho pecho con un reluciente y aromático aceite, pero no estaba bebido. Sus ojos serenos y grisáceos miraron a Senmut con expresión cordial.

–Me he enterado de que ocupas un nuevo cargo, Senmut –le dijo.

Senmut hizo un leve gesto de asentimiento. Todavía no se sentía del todo cómodo junto a ese muchacho calmo y controlado, así que se intranquilizó y se puso a la defensiva, sin saber cuáles serían sus siguientes palabras.

–Tú y yo debemos acostumbrarnos a trabajar en estrecha colaboración –siguió diciendo Hapuseneb en voz baja–, pues también yo sirvo a la reina con devoción y le he ofrendado mi vida. Mi padre está muy enfermo y le queda poco tiempo de vida –dijo, y Senmut no pudo evitar que su mirada se dirigiera fugazmente a la mesa instalada sobre el estrado, donde el noble mandatario bebía copiosamente–.

Muy pronto yo deberé asumir el cargo de visir del Norte, lo cual significa que tendré que viajar casi constantemente para el faraón y no siempre me encontraré cerca si mi presencia llegara a ser necesaria.

Este hombre sabe algo que yo ignoro, pensó Senmut, preocupado. Hapuseneb seguía mirándolo y sonriendo, pero Senmut sabía que estaba siendo evaluado con mucha atención.

–El joven Tutmés ha comenzado a cartearse con Menena, el que fue expulsado de su cargo por el faraón. No estoy demasiado seguro de lo que ello significa; el tiempo lo dirá.

Pero a ti, Bienamado de la reina, te ofrezco mi servidumbre, mis mensajeros y mis espías, a fin de que si yo me encontrara ausente hagas uso de sus servicios como lo haría yo mismo. – Levantó la vista y contempló a Hatshepsut, sonriente con su doble corona, y luego su mirada volvió a Senmut–. Mientras el faraón esté con vida, ella está a salvo. ¿Necesito decirte más?

Senmut sacudió la cabeza con vehemencia y se preguntó si a ese joven aristócrata le habría costado mucho confiarse a él y hacerle semejante ofrecimiento. Hapuseneb no aguardó su respuesta sino que disimuladamente alejó su silla y comenzó a conversar con User–amun. Senmut tuvo la inquietante premonición de que muy pronto su vida estaría llena de complicaciones y que tendría que moverse con enorme cautela. De pronto se sintió muy cansado, anhelando su cama y la calidez del cuerpo de Ta–kha'et, así que abandonó el salón antes de que la fiesta hubiese terminado.

Hatshepsut lo vio alejarse, pero en ese momento aparecieron las bailarinas keftianas, que habían sido especialmente invitadas a agasajar a los presentes, y eso le impidió ir tras él.

Fue así como Hatshepsut se convirtió en reina. Tutmés acariciaba la ilusión de pasar los últimos años de su vida conversando sobre los viejos tiempos y jugando a las damas bajo los árboles del jardín con pen–Nekheb, su viejo camarada de tantas campañas militares. También deseaba hacer inscribir en sus monumentos los últimos mandatos de su reinado, para legarlos a la posteridad. No le atraía en absoluto la posibilidad de prolongar su vida terrenal. Se sentía cansado, magullado por viejas batallas y desgastado por el peso de tantos años de gobierno. Sólo deseaba comparecer en paz ante el Dios. Si tenía algún remordimiento de conciencia al pensar en la muerte de su hija mayor, por cierto que no lo demostraba y tampoco se preocupaba demasiado por el hijo varón que le quedaba. Se tranquilizó diciéndose que había hecho todo cuanto estaba en su poder para asegurar el futuro de su país dejándolo en las hábiles manos de su hija, y que Tutmés el Joven se contentaría sin duda dedicándose a satisfacer su sed de placeres.

Durante varios meses Hatshepsut acompañó a su padre todas las mañanas a rendirle homenaje a Amón y, más tarde, a la sala de audiencias, donde el faraón recibía informes, impartía instrucciones a los gobernadores, solucionaba desacuerdos. Su coronación pareció liberar un torrente de fuerza en Hatshepsut, quien pasaba incansablemente de una tarea a la otra con la velocidad de un rayo y mostraba una exigencia fanática para consigo misma y los que la servían, haciendo que la aureola de poder que la rodeaba se convirtiera en algo casi tangible.

Cierta tarde, el padre de Hapuseneb murió en el curso de una partida de caza, y este fue nombrado visir del Norte y abandonó Tebas inmediatamente para realizar una gira por sus provincias. Senmut estaba más que atareado con sus nuevas responsabilidades en el templo, que debía repartir con viajes apresurados al valle, donde ciertos esclavos realizaban su pesada faena, y Benya sudaba y maldecía bajo el sol abrasador, mientras el hueco en la superficie de la montaña se hacía cada vez más grande: era el primer santuario.

Hatshepsut asistió a la ceremonia de Tensión de la Cuerda. Sostuvo entre sus manos una soga pintada de blanco mientras se median y marcaban los límites de su monumento y se colocaba la primera piedra. En ese primer año frenético no olvidó su promesa a Athor y a los demás dioses cuyos templos en ruinas había contemplado en ocasión de su viaje río arriba, y encomendó a Ineni que se ocupara de su reconstrucción. Cuando Hapuseneb –que tiempo antes había sido también arquitecto– regresó del Norte, Hatshepsut le pidió que excavara otra tumba para ella en el valle de los reyes, pues la de pequeñas dimensiones que su padre le había asignado ya no estaría acorde con su dignidad de reina.

Pero dejó en manos de Senmut todas las obras de su valle. Cada vez que podía escapar del palacio cruzaba el río y, sentada en lo alto de las rocas, bajo el baldaquín, se quedaba contemplando a esos hombres que se deslomaban como hormigas gigantes y que, poco a poco, levantaron la primera pared de la primera terraza: el Muro Negro de Athor. Por

la noche soñaba que la obra había sido completada y que ella dormía en sus recintos misteriosos bajo un sol blanco y resplandeciente.

Sabía que no había nadie como ella en todo el mundo, y su majestuoso aislamiento espiritual llenaba de temor reverente a todos los que la servían. Al verla florecer, su padre se sintió invadido por una soñolienta satisfacción y muy pronto dejó que Hatshepsut se ocupase sola del gobierno, si bien con frecuencia ella le solicitaba consejo, para lo cual se le acercaba caminando por el césped aprovechando el frescor de la tarde, se sentaba a sus pies y se ponían a conversar de cosas inconexas. A menudo ella invitaba a Senmut a que la acompañara y Tutmés, que tenía muy buena opinión de ese joven arrogante, siempre le ofrecía una cordial bienvenida.

Ahora que era reina, Hatshepsut se negó, casi histéricamente, a ocupar los aposentos que pertenecieron a Neferu. Y también rechazó los de su madre. Así que se estaba haciendo edificar un nuevo palacio, comunicado con el viejo por medio de muchas avenidas amplias y atrios. También ordenó que redecoraran los aposentos de Neferu para poder tener a Senmut más cerca.

Senmen llegó del campo, cohibido y tímido, con su atuendo de lienzo tosco y su tonada provinciana. Senmut lo alojó en sus antiguos aposentos, donde cayó desplomado como un zorro del desierto, atónito al ver que su hermano se había vuelto tan hermoso y poderoso como un dios. Senmen permaneció allí hasta lograr habituarse al palacio.

Hatshepsut vio como su padre engordaba y se aletargaba, a pesar de que sus ojos retuvieran aún aquel antiguo brillo que tanto temor suscitaba en todos. Solía emplear el tiempo en que no dormitaba en partidas de damas con pen-Nekheb, en las que por lo general salía vencedor, y en pequeñas caminatas, para luego volver a comer, beber y dormir. Hatshepsut también observaba con atención a su hermano

Tutmés. Convertido ya en un hombre tranquilo y rechoncho, parecía estar volviéndose más fuerte, como si le chupara la vida a su padre. No era que Tutmés fuese un gato que de pronto se transformara en un leopardo. Externamente seguía siendo el muchacho perezoso y afable que reaccionaba con irritación instantánea frente a las pullas de su hermana. Pero parecía estar en todas partes: en el templo, en las festividades, recorriendo la ciudad conducido en su carro. Hatshepsut no entendía por qué todo eso le provocaba tanta aprensión, sobre todo cada vez que lo descubría mirándola fijamente con ojos inexpresivos y una leve sonrisa en los labios. Pero redobló sus esfuerzos por aprender, por comprender, por saber todo lo que ocurría en su reino.

Cinco años después de la coronación de Hatshepsut, durante la primavera, Tutmés se durmió una noche y no volvió a despertar. La festividad de Mm ya se había iniciado y Amón había sido transportado desde su templo hasta Luxor para convertirse en el Dios de todos los excesos de la carne. Noche y día, Tebas era un centro tumultuoso donde reinaban la ebriedad y el libertinaje, y el palacio estaba casi vacío por el éxodo de sus habitantes hacia el sur.

Ineni encontró al viejo rey tendido sobre sus almohadones, los ojos cerrados y la boca abierta, sus dientes prominentes ostentando la sonrisa de la muerte. Por un momento quedó atónito contemplando al hombre; al que durante tantos años le había consagrado todas las horas de su vida. Luego giró sobre sus talones y envió a un criado a que fuera corriendo en busca del médico real y los sacerdotes Sem y se encaminó hacia los aposentos de Hatshepsut. La encontró preocupada, vistiéndose para los rituales nocturnos, mientras su litera la aguardaba afuera para llevarla a Luxor. Logró ser recibido sólo después de salirse de sus casillas y gritarle al guardia apostado en la puerta, reacción que hizo que éste, azorado, lo dejara pasar raudo sin ser anunciado.

La reina se le acercó con el tintineo metálico de sus pulseras y llamaradas de furia en sus enormes ojos.

–Ineni, ¿has perdido el juicio? Como ves, tengo mucha prisa. ¡Debería hacerte arrestar por esto!

La tensión asomaba en su rostro y en la rigidez de los músculos del cuello. Las celebraciones estaban llegando a su fin y Hatshepsut estaba agotada después de interminables noches de danza. Se quitó bruscamente la corona con la cobra y la sostuvo firmemente entre sus dedos nerviosos, y su criada se le acercó, peine en mano.

Ineni hizo una reverencia, pero no pudo articular palabra.

–¡Habla! ¡Habla de una vez! –lo instó ella, mientras impacientemente comenzaba a golpetear el suelo con un pie–. ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

Por fin Ineni abrió la boca, temeroso de las palabras que se vería obligado a pronunciar.

Pero por la expresión de su rostro Hatshepsut intuyó parte de lo que tenía que decirle.

–¡Es mi padre! ¿Está enfermo?

Ineni sacudió la cabeza.

–El Dios ha muerto, Majestad. Fue llamado a comparecer ante la Sala del Juicio Final mientras dormía. He mandado avisar a los sacerdotes y al médico. Tal vez Vos deberíais hacérselo saber a su hijo.

Ella se quedó mirándolo durante bastante tiempo y luego giró bruscamente y colocó la pequeña corona sobre el lecho.

Ineni sirvió vino en una copa y se lo ofreció, pero ella no quiso aceptarlo, y él permaneció impotente a su lado, sin saber bien qué hacer.

Un momento después Hatshepsut irguió los hombros y levantó la cabeza.

–Sé que debe haberte resultado muy penoso traerme esta noticia, Noble Ineni –dijo en voz baja–. Te ruego que mandes llamar a mi heraldo y, cuando se presente, lo envíes a Luxor. Es preciso que el Dios regrese y que las celebraciones cesen.

¡Oh, padre mío! –Exclamó, de pronto, levantando los brazos–. ¿Por qué tuviste que abandonarme tan pronto? ¡Nos quedaban todavía tantas cosas para hacer juntos!

Ineni partió y, mientras se encontraba en camino, ordenó al mayordomo de Hatshepsut que llamara a Senmut; lo hizo casi sin pensarlo, sabiendo instintivamente que él le brindaría el consuelo que ella necesitaba. Fue entonces en busca del heraldo, y esos corredores sin luces ni voces, que retumbaban con el ruido de sus pasos, le parecieron espantosamente vacíos. De un día al otro Egipto se encontraba sumido en un pantano de incertidumbre. Los pensamientos de Ineni se centraron en el joven Tutmés, quien seguramente se encontraba en ese momento en brazos de alguna de las sacerdotisas sobre el suelo del templo de Luxor. Sintió una opresión en la garganta.

Senmut corrió como nunca lo había hecho antes. La noticia lo encontró medio achispado y alegre, en el momento en que él, Benya y Menkh salían de un despacho de cerveza situado en los suburbios de Luxor. Tenía planeado asistir a las danzas que se llevarían a cabo en el jardín del templo y luego regresar a Ta-kha'et, pero al oír las palabras susurradas por el temeroso y jadeante heraldo, había dejado su jarro a los pies de Benya y comenzado a correr. Sus pies aporrearon pesadamente los tres kilómetros largos que lo separaban de Tebas y avanzó sin cejar, braceando y con la cabeza envuelta en vapores alcohólicos. En el camino se maldijo por no tener su carro, que se encontraba en las caballerizas del palacio; por no tener su barca, que se mecía anclada junto al muelle de la ciudad, y maldijo también a sus portadores de litera, que lo habían abandonado para irse de parranda. Entró casi volando en el jardín privado de la reina y redujo la marcha hasta convertirla en un trote tambaleante, hasta que por fin llegó a las puertas doradas. Hizo una breve pausa para serenar su respiración y calmar sus temblorosas piernas antes de hacerle una seña con la cabeza al guardia y trasponer la puerta.

Ella estaba parada en el centro de la habitación estrujándose las manos. Cuando vio quién era, lanzó un sollozo y corrió hacia él. Cuando ese cuerpo se estrechó contra el suyo,

los brazos de Senmut instintivamente la rodearon. Le ordenó a la esclava que abandonara el recinto y, cuando la puerta se cerró tras ella, condujo a Hatshepsut al lecho, la obligó a sentarse y comenzó a acariciarle la cabellera negra y despeinada mientras ella le empapaba el pecho con sus lágrimas.

–Lo lamento tanto, tanto, Majestad –le dijo con ternura, los labios apoyados contra su cabeza.

Ella siguió llorando, y las lágrimas se convirtieron en estremecidos sollozos que la hicieron derrumbarse y a él le resultaron desgarradores. Senmut jamás se había sentido tan impotente; permaneció quieto, apretándola con fuerza, mientras oía que afuera, del otro lado de las puertas, los corredores se poblaban de susurros y de un sinfín de pisadas. Por último la apartó con suavidad, fue hasta la mesa con los afeites y tomó un paño, que mojó con vino y con el que le limpió el rostro. Tenía los párpados hinchados y estaba ojerosa, y las lágrimas se habían abierto camino por entre el khol, llenándole de pintura las mejillas y el cuello. Senmut la lavó a conciencia y ella permaneció inmóvil, mirándolo inexpresivamente. Luego volvió a acunarla entre sus brazos y le acercó la copa de vino a los labios. Ella bebió dócilmente, dejando escapar cada tanto un leve sollozo. Luego gimió, cerró los ojos y le apoyó la cabeza en el hombro.

–No puedo salir allá –afirmó.

–Debéis hacerlo –replicó él–. Son muchas las tareas que os esperan, y a una reina sólo le está permitido llorar en la intimidad de su alcoba.

–¡No! –Exclamó ella–. ¡Era mi padre; mi padre! Oh, Señor Poderoso, ¿dónde está ahora? ¡La Luz de Egipto se ha apagado!

–Vos sois la Luz de Egipto –dijo Senmut con firmeza, casi con severidad–. Vos sois la reina. Sobreponéos a vuestro dolor y demostradles a vuestros súbditos en qué noble metal habéis sido forjada.

Ella sacudió la cabeza y rompió a llorar de nuevo.

–No puedo –repitió. Era un lamento que le brotaba del alma, el lamento de una mujer acongojada que acaba de perder a alguien que le es muy querido. Buscó a tientas entre las cosas que cubrían la mesa–. Aquí están. Éstos son mis sellos y mis cartuchos. Tómalos, Senmut. Yo no abandonaré esta habitación hasta el día en que deba acompañar a mi padre al valle, a su tumba. Ocupate tú de todos los asuntos que surjan en la sala de audiencias.

Él la escuchó con creciente inquietud, alarmado por ese derrumbe tan insólito en ella. Pensó en el joven Tutmés, que en ese momento se encontraba al otro lado de la puerta. La apartó con rudeza y se puso de pie, obligándola a levantar la cabeza y mirarlo.

–Escuchadme –le dijo, casi a gritos–; y os ruego que lo hagáis con mucha atención. No sois una campesina ignorante y necia que huye a esconderse en la oscuridad de su choza. ¿Acaso vuestro padre os educó tan mal para que en un momento de debilidad destruyáis lo que a él le costó tanto edificar? ¿Deseáis que vuestros enemigos exclamen: ‘¡Mirad todos! ¡La reina de Egipto se ha quebrado como la caña frágil que siempre sostuvimos que era!’ – Le aferró las manos y la impulsó hacia arriba–. ¡De pie! ¡Poneos de pie en señal de gratitud hacia vuestro padre, quien os entregó el mundo como dádiva! No os dobleguéis ante el peso que ello implica. Allá fuera os aguardan el Sumo Sacerdote y vuestros gobernadores. Y también Tutmés, vuestro hermano. ¿Les mostraréis la imagen de una mujer amedrentada?

Hatshepsut liberó sus manos y se puso de pie de un salto.

–¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? ¡Te haré encadenar y arrojar a un calabozo! ¡Te azotaré con mis propias manos!

Senmut recibió sin amilanarse el antiguo y heraldo fuego de sus ojos llenos de cólera.

Entonces Hatshepsut bajó la vista y cruzó a toda prisa la habitación para sentarse frente al espejo.

–Tienes razón –dijo–. Te perdono tus palabras. ¿Cuántas veces más necesitare apoyarme en tu pecho, Senmut? Abre las puertas y envíame a mi esclava. Cuando esté lista, hablaré con los que aguardan fuera.

–Fue un gran dios, un gran faraón –dijo Senmut–. Su recuerdo permanecerá sobre Egipto para siempre, mientras Ra, allá en lo alto, lo lleva a su lado en la barca sagrada.

–Sí –respondió ella, con una sonrisa lánguida–. No traicionaré el amor que nos hemos profesado. Fue mi padre, mi protector, mi amigo, y cumpliré su voluntad. Egipto me pertenece.

Senmut se acercó a la puerta y llamó a Nofret. Cuando la muchacha llegó al cuarto, los funcionarios que aguardaban fuera se agolparon tras ella, con intención de seguirla pero Senmut les cerró la puerta en la cara. Se sentó sobre el lecho de Hatshepsut hasta asegurarse de que se encontraba repuesta y, cuando vio que se colocaba la corona en la cabeza con su típico cimbreo, abandonó los aposentos de la reina.

Recorrió vacilante y cansado esos corredores, ahora atestados de gente asustada y silenciosa, rumbo al refugio de su propia cama. Ta-kha'et estaba dormida sobre la estera, junto a la puerta, con el gato acurrucado a su lado, y Senmut no los despertó.

Se quitó la ropa y se lavó rápidamente, pero antes de sucumbir al cansancio que amenazaba con hacerlo dormir varios días seguidos, envió un mensaje lacrado a Hapuseneb, que se encontraba asistiendo a las ceremonias que se llevaban a cabo en Buto. ‘Regresa –rezaba la concisa misiva–. Tu presencia es necesaria en Tebas.

En los setenta días de duelo, Hatshepsut no volvió a derrumbarse. Se ocupó de todos los asuntos relativos al gobierno con frialdad, sin una sonrisa, pero ocultando la intensa congoja que la consumía. Sólo con Senmut se permitía hablar de su dolor, que volcaba inacabablemente en sus oídos, pero sin fomentar un contacto más estrecho entre ambos. Hatshepsut se refugió tras su naturaleza divina y aunque Senmut deseaba más que nada en el mundo poder estrecharla nuevamente entre sus brazos, ella parecía más una distante y fría estrella iluminando la noche que una mujer de carne y hueso.

El día del funeral, ella y Tutmés atravesaron juntos la Necrópolis y se dirigieron a las colinas del desierto. Una vez en la tumba, Hatshepsut se dejó caer sobre el ataúd, desparramando las flores con que ella misma lo había cubierto, en un último gesto desesperado frente a su pérdida. El funeral de su madre había sido sereno y consolador: había emprendido el camino de regreso al palacio prendida de la mano de su padre. Pero en ese momento, en la penumbra de la tumba, rodeada de las cosas que ambos habían compartido, cada una de las cuales llevaba impreso el sello de épocas más felices, le resultó imposible controlarse. Hasta su hermano Tutmés se mostró conmovido, a pesar de sí mismo. Se inclinó torpemente para ayudarla a incorporarse y ella no lo apartó sino que se apoyó en su muelle brazo. Cuando estuvieron nuevamente a la luz del sol, Hatshepsut lo soltó y, sin decirle una palabra, se alejó sola descendiendo deprisa el serpenteante sendero que la conducía junto al resto de la comitiva fúnebre, obligándolo así a seguirla como una sombra.

No encontró ningún consuelo en el palacio, ninguna comida tranquila compartida con un padre que comprendía la necesidad que tiene una jovencita de una palabra, un juego, una broma que borre en ella la congoja y la formalidad de la muerte.

Se dirigió a su habitación silenciosa y cerró la puerta con firmeza.

Más tarde elevaré mis súplicas a ti, oh, padre mío, pensó, de pie, en una zona del cuarto bañada por los rayos del sol, mientras se dejaba envolver por ellos y procuraba recuperar la paz. En este momento sólo deseo que todo vuelva a ser como antes.

Se quitó la túnica azul de la mañana y la pequeña corona y se recostó en la cama. Aunque no lo deseaba, se quedó dormida.

En mitad de la noche Senmut fue despertado por un mensajero que venía del norte. El hombre estaba agotado, la ropa ajada y el rostro desencajado. Mientras Senmut levantaba la mecha de la lámpara y se colocaba un faldellín, vio que no le llevaba un rollo ni una misiva.

–Sobre la mesa encontrarás vino y pan –le dijo–. Siéntate y come antes de darme el mensaje.

Pero el hombre declinó el ofrecimiento.

–Soy el primero en llegar del delta –dijo, con la voz ronca por el cansancio–.

El mensaje que debo transmitir es muy breve. Hace tres semanas, Menena abandonó sus tierras y en este preciso instante se encuentra en los aposentos de Tutmés el Joven. Eso es todo.

Senmut dejó escapar un silbido.

–Es suficiente. ¿Estás seguro de que Menena ya ha desembarcado y está en el palacio?

El hombre asintió enfáticamente.

–Lo vi con mis propios ojos.

–Entonces ve enseguida a ver a Hapuseneb, el visir, cuya casa se encuentra a un kilómetro y medio, río abajo. Haz que mis guardias te acompañen y llévale esto.

–Buscó con impaciencia en su caja de marfil hasta encontrar el sello de Hapuseneb–. Dile que comparezca sin tardanza ante la reina; yo lo estaré aguardando en el jardín, frente a la puerta de sus aposentos.

El mensajero lo saludó con una reverencia y partió llevándose el sello. Los pensamientos se agolpaban en la mente de Senmut. Era demasiado tarde y, al mismo tiempo, demasiado pronto. Demasiado tarde para que su reina hiciera mucho más que inclinarse ante lo inevitable y, por cierto, demasiado pronto para que ella reuniera y fortaleciera un gobierno que pudiera nombrarla faraón. Sus planes habían sufrido un serio revés.

Parado a la sombra del muro y luego paseándose como un león enjaulado, Senmut aguardaba a Hapuseneb. En cualquier momento esperaba la aparición del antiguo Sumo Sacerdote y sus esbirros, y esa mera posibilidad le revolvió el estómago.

Finalmente una sombra más oscura se movió entre los troncos de los árboles. Hapuseneb se le acercó sigilosamente, los ojos más grises que nunca por el reflejo plateado de la luna, y Senmut se apresuró a darle el mensaje.

Hapuseneb lo escuchó sin demasiada sorpresa y no dijo nada. Por último se encogió de hombros.

–No hay nada que podamos hacer –afirmó–. Las cosas no han madurado todavía lo suficiente para ella. No creo que Tutmés abrigue una ambición desmedida.

En mi opinión, sólo desea vengarse por todos los años sembrados de fracasos bajo la mirada censora de su padre, y pienso que quedará satisfecho si se asegura el título de faraón, con tal de que eso no represente un trabajo excesivo para él. Egipto no sufrirá. Al fin y al cabo, es un jovencito bastante simpático.

–La reina no opina lo mismo.

Hapuseneb rió en voz baja y sus dientes blancos resplandecieron. Luego pasó un brazo alrededor de los hombros de Senmut.

–La reina posee, en ese cuerpo suyo joven y hermoso, la mentalidad de un hombre, y eso le impide tolerar la debilidad en los demás. Pero Tutmés es su hermano y creo que siente algún afecto por él, por leve que sea. Sin embargo, su inagotable sed de placeres le resultará irritante.

Abandonaron el jardín y esperaron frente a su puerta mientras el guardia obtenía el permiso de la reina para dejarlos pasar. Cuando ello sucedió, entraron y se inclinaron ante ella.

Hatshepsut estaba sentada en su silla baja junto al lecho, flanqueada por Nofret y envuelta en un sutil velo de gasa fina. Estaba descalza y su cabello despeinado le caía sobre los hombros.

–Debe de tratarse de algo grave –fueron las palabras con que los recibió–, pues es la primera vez que mis dos amigos no han vacilado en turbar el descanso de su reina. Hablad. Os escucho –dijo, cruzando las manos.

–Tutmés ha mandado llamar a Menena –dijo Senmut–. En este momento se encuentran conversando en los aposentos del príncipe.

Ella asintió.

–¿Y qué más?

Senmut la miró con incredulidad.

–Majestad, ¿entonces lo sabíais?

–Tenía una vaga idea al respecto. Mis espías son tan buenos como los vuestros.

¿Qué es exactamente lo que os preocupa?

Senmut y Hapuseneb se miraron, y fue Senmut quien habló.

–Creo que Tutmés desea ser faraón y que ha hecho regresar a Menena del exilio para que lo apoye en su intento por hacer valer sus derechos al trono. Opino que el clero lo respaldará. Vuestra Majestad no ha reinado suficiente tiempo como para demostrarle a la gente que tiene todas las condiciones necesarias para realizar un gobierno excelente.

–¿Y tú, Hapuseneb? ¿Qué me dices del ejército?

–Majestad, si os decidís por la lucha, provocaréis un gran derramamiento de sangre. Los generales se inclinan por Tutmés porque es varón. El ejército necesita tener a un hombre como comandante en jefe, pero los soldados rasos os profesan verdadera adoración por la habilidad con que manejáis el arco y los carros de combate. También la gente del pueblo apoyará a Tutmés: si bien os venera como la Hija del Dios y su reina poderosa, quiere que un hombre ocupe el Trono de Horus.

–Os estoy agradecida, porque veo que no habéis dudado en enfrentarme con la verdad.

Entonces permaneció sentada e inmóvil durante un rato tan prolongado que los dos hombres se preguntaron si no se habría olvidado de ellos. Pero por último se puso de pie y golpeó las manos.

–¡Nofret! Tráeme las vestiduras reales, las que usé el día de mi coronación. Busca mi peluca, la de las cien trenzas de oro. Consígueme el joyero y rompe el sello del frasco de khol de alabastro que me regaló Ineni. –En sus labios se dibujó una mueca de desprecio–. ¡Malditos sean Tutmés y su plañidero descarado! De acuerdo, debo ceder, pero ¡él jamás reinará! El suyo será uno de los títulos más huecos de Egipto. Hasta el mayordomo de Amón y el visir del Norte detentarán más poder que él. ¡Maldito sea! Ya me lo advertí mi padre; y yo no quise escucharlo. Y mi madre no hizo más que rogar por mi e implorar a Isis que me brindara su protección. ¡Pero yo no necesito nada! ¡Yo soy el Dios! Ya verá Tutmés quién representa realmente a Egipto. ¡Le daré un reino de papel, y eso lo hará sentirse satisfecho!

Senmut y Hapuseneb se inclinaron para saludarla y partir, pero ella les ordenó quedarse.

–¿Por qué os vais? –Les preguntó–. ¿Acaso no sois hombres privilegiados, nada menos que los consejeros de la reina? ¡Quedaos y sed testigos de las palabras del traidor Menena!

Con un floreo dejó caer el velo que la cubría y se dirigió al cuarto de baño.

Oyeron que ordenaba que le llevaran inmediatamente a sus aposentos veinte lámparas, comida caliente, flores y el mejor vino que hubiera en el palacio. Antes de que Hatshepsut hubiera emergido del agua, ya las lámparas se encontraban en la habitación y estaban siendo encendidas. El cuarto se transformó en un refulgente e inmenso cáliz: las paredes de plata, el suelo de oro y los biombos pintados con colores vivos quedaron inundados con una luz cálida.

Media hora después ya estaba lista, sentada en su silla dorada frente a una mesa cubierta de alimentos y flores.

Colocó a los dos hombres junto a ella, uno a cada lado.

–No abráis la boca –les advirtió–, y no os pongáis de pie ni os inclinéis para saludar cuando entre mi hermano. Todavía sigue siendo sólo un príncipe y, por consiguiente, súbdito mío. Sirve el vino, Hapuseneb, pero todavía no lo beberemos.

Permaneceremos inmóviles y esperaremos. Nofret, llama a mi jefe de heraldos y a mis mayordomos. Haz que vengan también el portador del abanico real y el portador del sello, y que dos miembros del Ejército de Su Majestad monten guardia aquí dentro, uno a cada lado de las puertas. ¡Les enseñaré lo que es enfrentarse a una reina!

No tuvieron que esperar mucho. Minutos más tarde retumbaron pisadas en los corredores y luego se oyó un murmullo de sorpresa al no encontrar ningún soldado custodiando la entrada. Cuando llamaron a la puerta, Hatshepsut hizo un gesto de asentimiento y los dos guardias abrieron las puertas de par en par pero les cerraron el paso con las lanzas. El azorado Sumo Sacerdote y el príncipe vieron surgir ante sus ojos la visión de una habitación tan iluminada que parecía en llamas, repleta de gente que guardaba silencio.

–¿Quién solicita ser recibido por la reina? –Preguntó con voz estentórea uno de los soldados.

Tutmés se vio obligado a recitar su nombre y rango con los ojos de todos fijos en él. Una vez más Hatshepsut asintió con la cabeza y los guardias se cuadraron y apartaron las lanzas.

Menena, Tutmés y tres sacerdotes se abrieron paso a empujones por entre la gente que taponaba la entrada y se encontraron ante la reina, rodeada por sus consejeros. Enseguida se sintieron en desventaja. La figura dorada que estaba frente a ellos los contemplaba con frialdad, y los rostros severos de los hombres situados detrás y alrededor de ella parecían reflejar el leve desprecio de aquélla. Menena y los sacerdotes se postraron y quedaron tendidos en el suelo y Tutmés, de mala gana, la saludó con una inclinación y expresión de desconcierto.

Hatshepsut dejó que los acompañantes de Tutmés permanecieran en su incómoda posición de bruces contra el suelo mientras ella le hablaba solamente a su hermano.

–Salud, Tutmés. Has elegido, por cierto, una hora bien extraña para visitarme; así como es extraña la gentuza que te acompaña. ¿Desde cuándo un príncipe de Egipto se codea con un individuo que ha sido condenado al exilio?

El tono de Hatshepsut destilaba un sarcasmo corrosivo, y la corpulenta figura postrada se agitó levemente.

Senmut miró hacia abajo con aversión y cierta dosis de temor. Menena no había cambiado. Tal vez su cuerpo estuviera un poco más marchito y las arrugas de su rostro fueran un poco más profundas pero los ojos no habían perdido nada de su astucia. Senmut no olvidaría jamás aquellas voces fantasmales que secreteaban junto al árbol, y ese recuerdo le produjo un estremecimiento mientras su conciencia volvía a fustigarlo con reproches. Apartó la mirada de la calva del sacerdote y la fijó en el rostro del joven príncipe. Tutmés parecía sentirse muy incómodo de pie frente a Hatshepsut, con las manos trabadas detrás de la espalda, como un escolar obstinado. A Senmut le inspiró cierta lástima ese hombre poco atractivo, que parecía sentirse tan fuera de lugar.

–No he venido para que me zahieras, Hatshepsut –dijo el joven con malhumor–. Nuestro padre ha muerto, y tú sabes tan bien como yo que Menena fue despojado de su cargo por un mero capricho. ¿Por qué no habría de regresar a Tebas si yo mismo se lo he pedido?

–Nuestro padre jamás actuó movido por un capricho –sostuvo Hatshepsut con frialdad–, y no le corresponde al príncipe mandar llamar a los desterrados. Es prerrogativa de la reina.

Sobre la mesa, de la comida caliente se alzaban espirales de vapor y el vino se encontraba servido en copas de plata, pero nadie se movió. Todos percibían el poder

concentrado en Hatshepsut, esa voluntad que proyectaba en el recinto una presencia de fuerza casi sobrehumana. También percibieron la empeñada voluntad de Tutmés, reforzada por su Sumo Sacerdote, y contuvieron el aliento y aguardaron.

Tutmés asintió, mientras con el rabillo del ojo miraba a Menena. Deseaba que Hatshepsut les ordenara a los sacerdotes que se incorporaran, pues se sentía mucho más confiado y seguro con Menena de pie a su lado, ofreciéndole un apoyo silencioso. Pero ella siguió sentada, interrogándolo con la mirada, haciéndole sentir que había interrumpido alguna reunión importante que proseguiría en cuanto él partiera.

Los hombres que la acompañaban, todos pertenecientes a la nobleza, que habían asistido a la escuela con él, paseaban la mirada por la habitación como si él no se encontrara allí. Estaba furioso y arrepentido, pues las palabras que deseaba escuchar no fueron pronunciadas, así que con gran dificultad se vio obligado a arreglárselas solo.

–Una reina sin un rey puede asumir tales prerrogativas –le respondió él por último–, pero he decidido, hermana mía, quitar de tus hombros un peso tan abrumador. Estoy dispuesto a ocupar sin pérdida de tiempo el lugar que me corresponde como faraón de Egipto.

Aunque nadie se movió, fue como si todos los presentes hubiesen lanzado un gran suspiro de alivio, y la tensión disminuyera. Hatshepsut comenzó a sonreírle y su mirada por fin se iluminó.

Tutmés se cruzó de brazos y separó los pies.

–¿Y bien? ¿Qué tienes que decir al respecto?

–Sé perfectamente por qué estás aquí –le dijo–. Te he estado esperando. ¡Oh, Tutmés, deja de fingir! Y tú, Menena, levántate, lo mismo que los esbirros que te acompañan. No siento la menor simpatía por ti. Nunca me gustaste; pero todo parece indicar que, a fin de cuentas, no me quedará más remedio que soportarte.

El Sumo Sacerdote se incorporó, con el rostro aceitado ardiendo de rubor pero calmo, y le hizo una reverencia.

–Sentaos, todos –dijo Hatshepsut, acompañando sus palabras con un gesto imperioso– y comeremos y beberemos y hablaremos del asunto como corresponde a personas de nuestro rango. Mis consejeros escucharán y expresarán su parecer. Pero tú, Menena, ¡tú no pronunciarás ni una sola palabra!

Cuando se instalaron en los almohadones y Nofret comenzó a servirlos, Hatshepsut levantó su copa.

–Bebed ahora, amigos míos –les dijo a Hapuseneb y a Senmut con una sonrisa y con la mirada atenta. Vació su copa y volvió a colocarla sobre la mesa con un golpe–. Y bien, Tutmés, a ver si te he entendido bien. Deseas ser faraón. ¿No es así?

–No se trata sólo de que lo desee –dijo con petulancia–. Es la ley. El trono de Egipto no puede ser ocupado por una mujer.

–¿De veras? ¿Y qué ley es ésa? ¿El soberano no es acaso la ley, el Bienamado de Maat, la encarnación misma de Maat?

–Nuestro padre fue Mart, y él gobernó como faraón ateniéndose a las leyes. Te convirtió en una reina poderosa, pero no tenía el poder de convertirte en varón.

–Mi padre es Amón, rey de todos los dioses –le respondió ella inclinándose hacia adelante–. Fue él quien me dio la vida y me preparó un trono en Egipto.

Fue él quien dispuso que yo fuera faraón desde antes que la noble Ahmose me diera a luz. Y él fue también quien me bendijo con una señal visible el día de mi coronación.

–Entonces ¿por qué no te hizo varón?

–¡Yo soy mujer porque el Poderoso Amón deseaba tener un faraón cuya belleza sobrepasara a la de cualquier otro ser sobre la tierra!

–No puedes cambiar la ley de la tierra –repitió Tutmés con obstinación–. Al pueblo le resultará inexplicable que haya un Horus mujer. Quieren ser gobernados por un hombre; un

hombre que ofrezca sacrificios por ellos, que conduzca al ejército al combate. ¿Puedes tú hacer esas cosas?

–¡Desde luego que sí! Como reina soy mujer, pero como faraón gobernaré como un hombre.

–Con tus ridículos argumentos no haces más que confundir las cosas. Lo cierto es que tengo derecho a ocupar el Trono de Horus y me propongo hacer uso de lo que me corresponde por nacimiento. –De pronto los ojos se le iluminaron–. Memás, Hatshepsut, si tú reinas, ¿quién te sucederá en el trono? ¿Qué título llevaría tu marido? ¿El de Divino Consorte? ¿Gran Esposa Real del Horus femenino? Y si no tomas esposo, Egipto se verá obligado a buscar un hijo real fuera de sus fronteras para que luego ocupe el trono. ¿Es eso lo que quieres?

La astuta estocada había alcanzado su objetivo. Hatshepsut se echó hacia atrás en el asiento como golpeada por un mazazo.

Senmut y Hapuseneb se miraron con alarma: esa faceta del problema se les había pasado completamente por alto. Hapuseneb apretó los labios y sacudió imperceptiblemente la cabeza, y Senmut supo que la reina estaba derrotada incluso antes de que comenzara a hablar. El amor entrañable que sentía por Egipto le impediría permitir que un poder extranjero ocupara el Trono de Horus, y observó cómo en ese rostro pálido se reflejaba la lucha que se libraba en su interior.

Finalmente respondió, con voz exánime y helada: –Dime Tutmés: ¿a ti te importa de veras la suerte de Egipto, o sólo piensas en la gloria que implica llevar la doble corona sobre tu cabeza? Pues Egipto representa la razón de mi vida, y mi vocación es estar a su servicio. Tus palabras son sensatas, pero no creo que fueran dictadas por un corazón altruista.

–¡Eres injusta! –Protestó su hermano–. Por supuesto que amo a Egipto, y eso es precisamente lo que me lleva a querer desposarte y ascender al Trono Sacrosanto.

–¿De veras? –Suspiró en voz muy baja Hatshepsut, respirando contra la cara de Tutmés. Se agachó más todavía para poder mirarlo a los ojos–. ¿Lo dices en serio? ¡Qué noble de tu parte, querido hermano, cuánta generosidad!

–Jamás hemos estado de acuerdo en nada –dijo él, bajando la vista–. Pero tal vez podamos trabajar juntos por una causa común. Nuestro padre envejeció y su mente se perdió en un laberinto de sueños; pero el suyo era el sueño de un anciano para con su hija predilecta, y ahora ya no está entre nosotros. Reconócelo. Hatshepsut: por fin Egipto me necesita crees que no me necesita a mí? –Le replicó ella echándose hacia atrás en su silla–. ¿Dónde estabas tú cuando, día tras día, yo me levantaba al alba para atender los asuntos del reino? ¿Dónde estabas tú las innumerables noches que permanecí insomne en el lecho, pues el peso del gobierno es mi frazada, y la dura piedra de la necesidad es mi almohada?

Sus manos temblorosas aferraban con fuerza los brazos del sillón, en un esfuerzo por recuperar el control.

Senmut tenía tensos todos los músculos del cuerpo y la acompañaba en la amarga decepción de ver morir una ilusión compartida con su padre.

Por último Hatshepsut se hundió en la silla y adoptó una pose meditabunda.

–No importa –dijo con voz opaca–. Haré un trato contigo, Tutmés. Debemos concertar un acuerdo, pues sabemos que ninguno de los dos es tan fuerte como creíamos. Yo construiré contigo y apareceré en público detrás de ti. Te acompañaré al templo y juntos celebraremos las ceremonias del culto; y también compartiré contigo mi lecho real para que Egipto pueda tener un heredero. Así el pueblo quedará satisfecho, pues un varón ocupará el trono. Pero debes dejar en mis manos todo lo concerniente al gobierno.

Menena lanzó una exclamación que sólo alcanzó a reprimir a medias, y ella se giró como un rayo y lo enfrentó.

–¡No te atrevas a abrir la boca, traidor de la confianza del Dios! ¡Pues de lo contrario, en esta misma habitación te arrancaré las insignias de tu cargo y las trituraré bajo mis pies!

Se dirigió de nuevo a Tutmés y le habló con suavidad.

–Sólo así Egipto estará a salvo. Debes admitir que no tienes la menor idea de cuáles son los procedimientos empleados en una corte de justicia y ni siquiera sabes redactar un informe. Yo, en cambio, estoy rodeada de muchos hombres leales que me brindan su consejo. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Tutmés contempló con extrañeza ese rostro dulce y sonriente. Había esperado una declaración de guerra, un violento y mortífero estallido de cólera; pero todavía no la conocía bien ni estaba enterado del insondable afecto que sentía por Egipto.

–¿Entonces seré faraón? –Preguntó.

–Por supuesto que sí. A ninguno de los dos le queda otra alternativa. Ahora veo con claridad que, en poco tiempo más, el pueblo y el ejército me lo habrían exigido, aunque yo estuviera en desacuerdo. Entonces me habría visto obligada a continuar, pero como Divina Consorte. Así que es mejor que me rinda ante lo inevitable. Iremos juntos al templo yo te daré mi sangre para que puedas colocar la doble corona sobre tu cabeza. ¡Pero no olvides jamás, Tutmés, que yo he ceñido mi frente con ella antes que tú!

Esa humillación gratuita y cruel lo sublevó.

–¡Cómo podría olvidarlo! –Le contestó, ofuscado–. Estás convencida de que yo no seré un buen faraón, pero mi padre fue también el tuyo, y en las venas de ambos corre sangre real. ¡Más te vale recordarlo!

–Jamás tuviste sentido del humor, Tutmés –dijo Hatshepsut–. Bueno; comamos y bebamos y luego regresa a tu lecho. Por la mañana enviaré a los heraldos y nos casaremos. Pero tú –dijo mirando a Menena–, ¡procura servirlo con lealtad, pues si no es así, en esta ocasión lo que te espera no es el exilio sino la muerte, y yo misma asistiré a la ejecución y aplaudiré con fervor!

Cuando Tutmés y su cohorte partieron, Hatshepsut recorrió con la mirada a los que la acompañaban en silencio y con expresión adusta.

–Al fin y al cabo, no fue más que un sueño –dijo con pesar–. No pudo ser de otra manera. Ahora bebed todos conmigo, y renovadme vuestro juramento de fidelidad, pues yo os necesitaré tanto como vosotros a mí. ¡Duwa–eneneh!

Su jefe de heraldos se inclinó.

–Haz propagar la noticia con la mayor celeridad posible. Comienza esta noche mismo, pues de lo contrario tal vez cambie de opinión. Hapuseneb, Senmut: ¿os parece que también él cambiará de parecer? ¿Que intentará meter la nariz en todo lo que yo he hecho?

Se agruparon alrededor de ella y bebieron con un dejo de melancolía, y cada cual expresó sus puntos de vista. Cuando el Sol se elevó en el horizonte, la acompañaron al templo para llevar a cabo los ritos matinales, y ofrecieron sacrificios con ella y ante ella, la reina de Egipto.

El día de la coronación soplaban viento del desierto. No era el khamsin, y el cielo permanecía despejado y diáfano, pero hacía revolotear por igual las faldas de sacerdotes, plebeyos, nobles y esclavos. Hatshepsut lo sintió agitarse contra ella como un gato impaciente cuando elevaron la litera cuyo trono ocupaba, y la peluca comenzó a azotarle la cara. En esta ocasión se había vestido con deliberada simplicidad: sólo usaba un faldellín blanco y algunos adornos de plata, como corresponde a la reina.

Sobre su cabeza se erguía la pequeña corona con la cobra, que resplandecía bajo el sol, pues el viento era demasiado fuerte para desplegar los coloridos baldaquines, así que tanto ella como Tutmés quedaron a la vista de todo el pueblo. Hubo una pausa mientras el cortejo se formaba detrás de la pareja real, y Hatshepsut permaneció sentada sin moverse, escuchando las clamorosas exclamaciones de júbilo.

Estoy haciendo lo correcto, lo que debo hacer, se dijo. El pueblo lo quiere a él; el hecho de que sea varón los hace sentirse protegidos. Para ellos, yo soy poderosa y bella, pero

no tan poderosa como un rey, ni tan hermosa como la cabeza que ostenta la doble corona. Seguridad. Eso es lo que los hace aplaudir tan frenéticamente.

Pues, entonces, que lo tengan. Que el pueblo y su rey elegido se brinden mutua felicidad, mientras yo sigo el camino trazado por mi padre y hago que esta tierra quede ligada a mí con las cadenas del poder. ¡ No me interesa la corona, un símbolo hueco usado por un hombre vacío! Siempre me han importado sólo dos cosas: mi pueblo y el poder. Y aunque por un tiempo haya perdido al pueblo, el poder sigue siendo mío. Ni por todo el oro del mundo me cambiaría por Tutmés. Pues, ¿quién es él, en el fondo? ¿Acaso fue engendrado por el Dios?

Tutmés hizo una señal con la mano y se inició la procesión, mientras el viento robaba el sonido de los tambores y los jaramillos y lo llevaba al otro lado del río.

Hatshepsut observó delante de ella el rítmico ascenso y descenso de la cabeza de su flamante marido, que parecía un adorno esférico más del elaborado respaldo alto de ese trono que también ella había ocupado camino de su propia coronación.

Parece que hubiera transcurrido tanto tiempo, pensó.

Pero no hacía más que cinco años. ¡Cinco años! Ahora tengo veinte y, una vez más, en mi vida está a punto de operarse un cambio radical. ¿A esto se reducirá el resto de mi existencia inmortal, Amón, Padre mío? ¿No seré otra cosa para ti y para Egipto que la esposa obstinada de un faraón blando y vacilante? En lo más profundo de su ser algo le dijo que no había nacido para pasarse la vida caminando detrás de su hermano. Mientras los pétalos de plata entretejidos en su peluca le fustigaban las mejillas, simbolizando por obra del viento lo que la vida le hacía en ese momento, logró superar el resentimiento que amenazaba con inundarla. Soy paciente y sé esperar, pensó mientras se apeaba. Todavía tengo por delante los días de mi juventud.

Caminó lentamente hacia donde se encontraba Tutmés, abrumado por el peso de las reales vestiduras doradas. Le tomó el brazo como su padre había hecho con ella y avanzó hacia el primer pilón mientras el fragor de las trompetas sonaba con estridencia y las sacerdotisas comenzaban a agitar los sistros.

La ceremonia se llevó a cabo sin tropiezos, y Tutmés II era ahora también el Horus de Oro, Señor de Nekhbet y Per Uarchet, Rey con Soberanía Divina, Hijo de Amón, Emanación de Amón, El Elegido de Amón, Vengador de Ra, Belleza de los Amaneceres, Príncipe de Tebas, el Poder que da Vida a todas las cosas. Él y su Divina Consorte fueron llevados de vuelta al palacio entre un alboroto histórico que parecía a punto de devorar al séquito real.

En la gran fiesta, los señores y vasallos del reino presentaron sus homenajes según correspondía a su rango, pero los hombres jóvenes que cinco años antes fueron colocados al pie del estrado y contemplaron desde abajo a Tutmés I y su hija, en esta oportunidad rodeaban a la pareja real. Senmut se encontró sentado entre Senmen y el nuevo faraón. Tutmés no pareció interesado en conversar pero sí comió y bebió en exceso y sólo levantó la vista para recorrer con mirada experta las curvas de las bailarinas núbiles. Senmut observó sus manos regordetas que jugueteaban con la comida y su abultado vientre que se volcaba sobre el enjoyado cinto, y comenzó a deprimirse cada vez más.

Hatshepsut parecía contenta. Reía y conversaba con todos los que pasaban a su lado y presentaba un aspecto travieso y diminuto al lado de ese rey obeso y pomposo. Pero en su risa chillona Senmut creyó percibir una nota de desesperación. Intuyó que esa locuacidad incesante ocultaba su febril necesidad de detener el tiempo, de fijar ese momento.

La tarde fue languideciendo y la tímida penumbra se transformó en noche cerrada. Por último, Tutmés yació su copa y se puso de pie, seguido por su portaestandarte y el resto de los dignatarios que escoltarían a la pareja al nuevo palacio de Hatshepsut, quien interrumpió enseguida su conversación y dócilmente se situó detrás de Tutmés. Sólo Senmut

advirtió el temblor espasmódico de sus dedos al soltar la copa, la súbita tensión de esos hombros cubiertos de aceite. Apartó la mirada y vio a Hapuseneb junto a él.

–Tranquilo, amigo mío –dijo Hapuseneb con su voz grave y serena–. Recuerda que sería una blasfemia verla como algo más que una reina poderosa, noble y divina. De nada le sirven tus miradas de desaprobación y desagrado. Por otra parte, Tutmés es un hombre versado en las artes de alcoba: no olvides que ha dedicado buena parte de su vida a hacer ostentación de su virilidad. Las pequeñas esclavas y todas sus concubinas sienten verdadera adoración por él.

Senmut no pudo sonreír como habría deseado.

Ven a casa esta noche –le propuso Hapuseneb–, y trae a tu hermano contigo.

Nos sentaremos en el jardín y, para variar, charlaremos sobre cosas sin importancia como la pesca, por ejemplo. Mañana no habrá audiencias, y puedes quedarte a dormir en mi habitación de huéspedes.

Senmut aceptó la invitación de buena gana, llamó a su hermano y ambos abandonaron el salón por la entrada que daba al jardín.

Hatshepsut despidió a la última de sus esclavas, cerró con desgana las puertas y se volvió para enfrentarse con su flamante marido en esa habitación apenas iluminada por la lámpara que ardía en la mesita junto a su lecho, cubierto de fragantes capullos de loto y hojas de mirra. Tutmés se había quitado la doble corona y se servía vino. Ella se le acercó lentamente, frotándose la piel irritada de las muñecas por el roce de las pulseras de plata. Se las quitó y las arrojó sobre una mesa, mientras Tutmés le ofrecía una copa que ella rehusó con irritación, cansada por el trajín de ese día.

–No deseo seguir bebiendo –dijo–. Y supuse que también tú habías bebido más que suficiente.

–En invierno me gusta tomar un poco de vino tibio antes de acostarme –replicó. Echó la cabeza hacia atrás y bebió hasta la última gota. Se pasó la lengua por los labios y volvió a colocar la copa en su lugar mientras ella aguardaba y lo contemplaba. Tutmés se quitó las sandalias, se aflojó el cinturón y lanzó un suspiro–. No creo que en el futuro tenga ocasión de volver a vestirme yo mismo.

Ella sacudió la cabeza y, girando sobre sus talones, echó a andar hacia su mesa de cosméticos. Cuando se quitó la pequeña corona y la peluca, su cabellera negra le cayó sobre los hombros en una cascada perfumada. Hatshepsut se pasó la mano por la cabeza con gesto de impaciencia y Tutmés de pronto quedó inmóvil, hipnotizado por el brillo de su pelo.

–Pues cuando vengas a mí tendrás que hacerlo –dijo con irritación–. Mis esclavas no están habituadas a ungir el cuerpo de un hombre. –Al no recibir respuesta giró la cabeza, pero cuando vio la expresión de sus ojos, volvió a concentrarse en el espejo–. ¡No me mires con esa cara de embozado, como si nunca hubieses visto a una mujer! –Exclamó Hatshepsut–. ¡Conozco muy bien la reputación que tienes en las alcobas del harén!

–Eres hermosa –dijo él lentamente, melosamente–. Con las vestiduras reales pareces un ser intocable, pero así, con el cabello suelto y los brazos desnudos, tu belleza supera a la de todas las mujeres de Egipto.

En tres zancadas estuvo a su lado y, antes de que ella tuviera tiempo de decir nada, ya le había cubierto la boca con la suya, hundido las manos en el pelo y apretado su cuerpo contra el de ella. De pronto Hatshepsut descubrió que su cuerpo respondía, y que la boca de su marido era más firme de lo que había supuesto.

–¿Por qué no demostrarnos un poco de afecto? –Preguntó él en voz baja mientras le acariciaba los pechos–. Somos hermano y hermana. ¿Es preciso que resulte tan gravoso darle un heredero a Egipto?

Ella sacudió la cabeza y con tenues gemidos lo instó a seguir adelante. Antes de terminar desplomándose juntos sobre el lecho, dos pensamientos fugaces la asaltaron. Uno se

refería a Senmut: con un estremecimiento de pasión recordó sus hombros musculosos, su cuerpo joven y firme. El otro pensamiento tenía que ver con Tutmés mismo, sus indecisiones, y cómo se las había ingeniado para malgastar las pocas habilidades de mando que había heredado. Reparó en el trágico contrasentido que se daba en él: la reciedumbre y las aptitudes que exhibía en ese momento, que debería haber reservado para aplicarlas al ejercicio del poder.

Cuando todo terminó le habría gustado conversar con él para llegar a conocerlo mejor, pero Tutmés se quedó dormido casi enseguida y comenzó a roncar muy bajito, sus piernas laxas y fofas abiertas, ocupando casi todo el lecho. Esa visión le provocó un profundo rechazo; se levantó, se cubrió con una bata y se sentó en su silla. Contempló con gratitud cómo la noche cedía frente al alba y permaneció allí, con la mente y el cuerpo vacíos, hasta que pudo ver con claridad las pinturas de las paredes. Entonces se acercó al lecho, se inclinó sobre Tutmés y comenzó a llamarlo y a sacudirle suavemente el brazo.

–¡Despierta! ¡El Sumo Sacerdote estará aquí de un momento a otro! –Le susurro.

Él farfulló un rezongo y giró hacia el otro lado, acurrucando la cabeza sobre su mano todavía cubierta de alheña. Sólo abrió los ojos cuando dio comienzo el Himno de Alabanzas. Ambos permanecieron sentados en la cama, escuchando los cánticos entonados por los sacerdotes, mientras con una luz perlada que se derramaba sobre el suelo, Ra les hacía llegar sus primeras salutations.

Hatshepsut advirtió que los ojos de Tutmés se iluminaban al oír las alabanzas.

No son para ti, pensó ella. Serán siempre, eternamente, sólo para mí.

Cuando el himno concluyó, Tutmés la besó y se levantó.

–Hoy pienso salir de caza –dijo–. ¿No quieres acompañarme?

–No, hoy no. Tengo otras obligaciones.

Él se encogió de hombros.

–Desde luego –dijo sonriendo y luego, vacilante–: ¿Me recibirás esta noche?

Ella miró esos cachetes mofletudos, esos ojos grandes, esos mechones de pelo castaño a los costados de la cabeza rapada, y le tuvo lástima. No era tan mal parecido a pesar de su cuerpo fofo y amorío, y el hecho de verlo como un niño grande la conmovió.

–Ven esta noche si lo deseas, pero no mañana. Para entonces habré dedicado el día completo a mis tareas y estaré muy cansada.

–De acuerdo –dijo y, con un gran bostezo, echó a andar pesadamente hacia la puerta–. Supongo que los nobles ya estarán reunidos para presenciar mi baño. Disfruta de tu desayuno, Hatshepsut, como yo he disfrutado de la noche.

Ella se paró y se inclinó hacia él, el faraón de Todo Egipto. Después que Tutmés hubo partido, ordenó que sus criadas cambiaran las sábanas, se metió en el baño y descansó, flotando en el agua, con los ojos cerrados. Se quedó dormida mientras le masajeaban el cuerpo, y ese breve descanso la refrescó.

A media mañana comió fruta y bebió un poco de agua, sin hacer caso de las miradas intencionadas y las sonrisas bobas de su peluquera. Luego salió a caminar un rato por su jardín con Nofret y, al percibir ese césped limpio y fresco, el murmullo seco de los árboles y el silencio abierto e inundado de luz, su corazón se llenó de gozo. No intentó siquiera analizar la respuesta de su cuerpo ante Tutmés. Aunque ya era toda una mujer, nunca había tenido un amante. Pero su corazón clamaba por Senmut, anhelaba el afecto y el apoyo que siempre había encontrado en sus ojos oscuros, y esa leve sonrisa algo cínica con que le advertía de su perspicacia; pero no lo mandó llamar. Permaneció casi toda la tarde al aire libre, caminando sin rumbo fijo.

En pleno mes de Phamenoth, sesenta días después de la coronación de Tutmés, llegaron noticias a Tebas de ciertos disturbios en Nubia. Hatshepsut recibió el informe de manos de un soldado exhausto y hambriento que logró escapar al desierto y fue recogido luego por una caravana de nómadas. Incluso ante de concluir su lectura, convocó enseguida

una reunión de gabinete en la sala de audiencias. Mandó buscar a Aahmes pen–Nekheb, a Inem y también a Tutmés, esperando que su marido no hubiese partido todavía de caza. Envió al soldado a los cuarteles para que comiera y descansara y, mientras aguardaba la llegada de todos, se puso a caminar por el recinto con gran desasosiego, aferrando el rollo de papiro con las dos manos.

Mientras iba y venía por el salón, no cesaba de dispararle órdenes a su escriba: –Saca todos los mapas que encuentres del Sur y de la Primera Catarata y el emplazamiento de nuestras guarniciones en la frontera con Nubia y tráemelos. Reúne a los generales. Busca las listas de reclutamiento: quiero saber dónde se encuentran todas mis tropas. Consígueme un plano del fuerte mencionado aquí –dijo, golpeando el rollo– y el nombre de su comandante. ¡Apresúrate!

Uno por uno entraron los hombres, la saludaron y ocuparon sus respectivos lugares alrededor de la enorme mesa vacía sobre cuya superficie la reina tenía por costumbre desplegar su correspondencia todas las mañanas. El último en llegar fue pen–Nekheb, que avanzó renqueando lentamente hasta su lugar. Era la primera vez que Hatshepsut lo mandaba llamar y estaba alarmado, pues intuyó la proximidad de una guerra.

Hatshepsut ordenó que las puertas fueran cerradas y se sentó a la cabecera de la mesa. Mientras Aneen instalaba su banquito a los pies de la reina y se aprestaba a tomar nota, los labios de la soberana estaban teusos y las arrugas surcaban su frente.

–Acabo de estar con un miembro de la Medj ay, nuestra policía del desierto – informó–: parece que una de nuestras guarniciones ha sido destruida y que una turba de nubios está realizando saqueos dentro de nuestro territorio.

Se hizo un pesado silencio.

–Era de esperar, Majestad –acotó Yamu–nefrú–. Cada vez que un faraón va a reunirse con el Dios y otro se eleva, triunfante, esos asquerosos y execrables habitantes de Kush fomentan una sublevación.

–¿Qué se sabe del comandante del fortín? –Preguntó User–amun, con expresión grave.

–Ignoramos si ha muerto o está con vida –respondió ella sacudiendo la cabeza–. En realidad, ni siquiera sé quién estaba al mando de esa guarnición. He mandado llamar al escriba de enlace. Él nos lo dirá. Aneen, dame los mapas.

Senmut tomó los rollos que el escriba tenía en la mano y los desplegó sobre la mesa. Todos se pusieron de pie y observaron el dedo moreno de Hatshepsut que recorría los trazos.

–Aquí está Asuán, y aquí la Primera Catarata. El camino del desierto se aleja del río en este punto y se desvía hacia el oeste. Nuestras guarniciones son dos: una, de este lado de la frontera y la otra aquí, ochenta kilómetros más lejos, internándose en la tierra de Kush. El informe afirma que se han apoderado de la que se encuentra en nuestro territorio y han masacrado a los hombres. Y que en este momento los kushitas avanzan hacia la otra. –Dejó que el mapa volviera a enrollarse por sí solo con un chasquido, se sentó y observó a todos con una interrogación en la mirada–.

Hapuseneb –dijo al fin–. Como visir del Norte, a partir de este momento te nombro Ministro de Guerra. Dime lo que piensas al respecto.

–Mis pensamientos, Majestad –dijo, inclinándose hacia adelante–, son sin duda compartidos por todos los aquí presentes. Es preciso reunir una fuerza militar sin pérdida de tiempo y marchar hacia el sur. No me cabe ninguna duda de que en poco tiempo podemos derrotar a esos perros desagradecidos, pero es menester que lo hagamos antes de que lleguen a la segunda guarnición.

Por entre el murmullo de asentimiento suscitado por esas palabras, se oyó de pronto la voz de Aahmes pen–Nekheb.

–Majestad: ¿me concedéis permiso para hablar?

Hatshepsut inclinó la cabeza y le sonrió con afecto.

–Confíaba en que lo harías, viejo amigo. Mi padre jamás habría organizado una expedición semejante sin contar con tu inestimable ayuda. Habla.

–Entonces, para decirlo sin rodeos, no comprendo cómo pudo caer la guarnición. Esos destacamentos son la espina dorsal de nuestras fronteras, están fuertemente amurallados, son inexpugnables y los custodian guerreros de probada experiencia. Infinidad de veces el enemigo ha atacado diversos puntos de nuestras fronteras sin ton ni son, cometiendo pillajes, matando y robando excelente ganado egipcio, pero rara vez se ha atrevido a meterse en una guarnición. Esto me huele muy mal.

Todos lo miraron con desasosiego, pero fue Hapuseneb quien le formuló la pregunta.

–¿Qué es lo que temes? ¿Traición?

–Quizá. No sería la primera vez que hombres abrumados por muchos años de servicio en el desierto, lejos de su familia y de su hogar, pierden la razón cuando les ofrecen oro o algún otro señuelo.

–Estamos a ciegas –terció Hatshepsut–. No tenemos detalles de lo sucedido.

El oficial que me trajo el mensaje sólo había peleado contra los kushitas en las arenas del desierto y no estuvo presente cuando tomaron la guarnición. ¡Ah, aquí llega el escriba de enlace!

El hombre se presentó con una montaña de papeles entre los brazos y la saludó con una reverencia.

–Siéntate aquí –le dijo Hatshepsut y él depositó su carga sobre la mesa y ocupó un banco junto a Aneen–. Adelante, Hapuseneb; fórmule tus preguntas.

Lo primero que le preguntó fue el nombre del comandante de la guarnición, y el escriba carraspeó y comenzó a hurgar entre los papeles.

Menkh le susurró al oído a Senmut:

–Este viejo idiota nos obligará a permanecer aquí el resto de la mañana. No creo que sea capaz de encontrar su propia nariz.

Pero ya el hombrecillo respondía a la pregunta.

–La guarnición está al mando del noble Wadjmose. Cincuenta soldados de infantería fueron apostados en ella por el padre de Su Majestad la reina, junto con un pequeño contingente de Tropas de Choque.

Hatshepsut lanzó una exclamación y se incorporó de un salto.

Tutmés, que en el curso de la conversación había comenzado a sentirse cada vez más incómodo, también exclamó:

–¡Wadjmose! ¡Mi propio hermano! ¿Y ahora qué dices, pen–Nekheb? ¿Crees que un noble que lleva la sangre del faraón sería capaz de traicionar a sus compatriotas?

–Sigue existiendo la posibilidad, Majestad, de que se tramara una traición y el comandante no estuviera enterado de ello. No soy partidario de descartar esa teoría –respondió pen–Nekheb.

–Comparto esa opinión –terció Hatshepsut–. Continúa.

Pero era evidente que la noticia la había perturbado pues se quedó sentada con los ojos bajos y las manos fuertemente entrelazadas sobre el regazo.

–¡Por Amón! –Estalló de pronto Tutmés–. ¡Lo que estamos planeando no es una incursión cualquiera! ¡Nuestro hermano debe ser vengado! Aplastaré a los kushitas con la fuerza de todos mis ejércitos. Los destruiré a todos. ¡No permitiré que quede ningún varón con vida!

–Estoy de acuerdo contigo en que es preciso darles un escarmiento –dijo Hatshepsut–. ¿Acaso no fue para hacer frente a un momento como éste, Tutmés, que rivalizaste conmigo por el trono? Me alegro de que te propongas imitar el ejemplo de nuestros antepasados y conduzcas a tus tropas al combate.

Tutmés no respondió y se quedó mirándola con estupor mientras su cólera se desvanecía con la misma rapidez con que había nacido. Ella sonrió con pesar: sabía que él jamás participaría de la lucha, y le indicó a Hapuseneb que prosiguiera con su interrogatorio.

–¿De cuántos soldados disponemos? –le preguntó al escriba–. Sólo me interesa la cifra de los que puedan emprender la marcha desde Tebas en el curso de esta misma semana.

–Cinco mil en la ciudad –respondió prestamente el hombre–. En total, unas cien mil tropas fijas, y es posible reclutar un número cuatro veces mayor.

–Una división, entonces –dijo Hapuseneb y reflexionó un momento–. Majestad, ¿tenéis una idea aproximada de la magnitud de las fuerzas que deberemos enfrentar?

–No contamos con una cifra exacta, pero estimo que no pueden exceder los tres mil. Entre ellos hay algunos arqueros.

–¿Y también carros?

–No lo creo, a menos que hayan conseguido robar los de la guarnición. ¿Cuántos había? –Le preguntó al escriba.

–Un escuadrón, Majestad –fue su respuesta imperturbable.

–Pues bien: si Wadjmose es tan buen soldado como mi padre creía, tengo la certeza de que lo primero que habrá hecho cuando vio que las cosas tomaban un mal cariz es matar a los caballos para asegurarse de que los nubios no pudieran hacer uso de los carros. Ahora, Hapuseneb, preséntanos una síntesis de los datos con que contamos.

El visir se echó atrás en su silla y comenzó su exposición.

–Al parecer una horda de kushitas, probablemente formada por hombres indisciplinados y sin un cabecilla capaz, se encuentra en algún lugar del desierto, aproximadamente a poco más de cien kilómetros del río, y converge en este momento hacia nuestro segundo fuerte. Se calcula que su número asciende a alrededor de tres mil. Tienen arqueros y, tal vez, carros. Opino que nos resultará fácil derrotarlos.

No creo que necesitemos más que media división de soldados y un escuadrón de carros.

Hatshepsut coincidió con él y se abocó a la tarea de impartir instrucciones precisas a cada uno de los presentes, luego de lo cual Hapuseneb volvió a tomar la palabra.

–Majestad, como Ministro de Guerra os quito de los hombros esta responsabilidad y creo poder cumplirla con eficiencia pues conozco bien vuestro pensamiento.

Pero ¿quién comandará a las tropas en el campo de batalla? Es verdad que no se trata de una guerra sino de una expedición de castigo, pero igual necesitamos la presencia de un hombre avezado, que conozca bien el terreno y haya combatido antes.

Todas las miradas convergieron en Aahmes pen–Nekheb, quien levantó ambas manos y sacudió vigorosamente la cabeza.

–Majestad, soy un hombre viejo. Los acompañaré y participaré en el planeamiento de las tácticas a adoptar, pero ya no me es posible luchar.

–Lo que dices es un verdadero golpe para mí –dijo Hatshepsut con el ceño fruncido–. Contaba contigo, Noble Aahmes; pero si no te sientes en condiciones de guerrear, tal vez puedas sugerirnos a un hombre en el que pueda depositar mi confianza.

–Ese hombre existe, Divina Señora –le respondió al cabo de un momento de vacilación–, pero no estoy muy seguro de que lo aceptéis.

–No lo sabrás hasta que me digas de quién se trata.

–Entonces lo haré: se llama Nehesi.

La sola mención de ese nombre bastó para que en el recinto estallaran murmullos indignados. Djehuty gritó:

–¡No podéis confiaros a él, Majestad! ¡Es un nubio!

Tutmés hizo un gesto conciliatorio con el brazo y todos cayeron en un sorprendente silencio: habían olvidado por completo su presencia.

–¡Silencio, todos! ¡Djehuty, siéntate! ¿Acaso no confiamos en Aahmes pen–Nekheb, fiel amigo y camarada de nuestro padre? ¿Sus juicios no son sabios?

Djehuty obedeció de mala gana, farfullando y lanzándole miradas torvas a pen–Nekheb, que permaneció imperturbable.

–Es cierto que Nehesi es negro –dijo el viejo guerrero–, pero no es nubio. Nació en suelo egipcio. Su madre es una de las criadas de la madre del faraón, la hermosa Mutnefert, y su padre era un esclavo que Ineni trajo como botín. Nehesi ha sido soldado desde que era muy joven y lo considero un verdadero genio. Es un hombre callado, que no se deja dominar por los sentimientos ni por excesos de ningún tipo, y no creo que nadie iguale sus proezas con el arco, el hacha y la lanza.

Además, posee una inteligencia fría y previsor.

Hatshepsut llamó a Duwa–eneneh y le ordenó: –Búscalos y tráelos aquí inmediatamente.

Al cabo de un rato, el jefe de heraldos regresó con Nehesi y todos lo miraron con abierta curiosidad. Era un hombre de estatura elevada, más alto que cualquiera de los presentes, y más negro que las noches de khamsin. Su faldellín parecía sólo un parche blanco y diminuto en ese cuerpo colosal y musculoso que se inclinaba frente a ellos. Su casco de cuero, también blanco, servía de marco para un rostro magnífico de ángulos contundentes. Su nariz recta indicaba cierta dosis de sangre egipcia en alguna rama remota de su árbol genealógico. Sus labios gruesos eran también firmes y fríos. Permaneció allí de pie, sin prestarles atención, con la mirada fija en lo alto de la pared.

–Acércate –dijo Tutmés, y el guerrero dio dos pasos ágiles y elásticos con sus pies descalzos, todavía cubiertos por el polvo del campo de entrenamiento. De un hombro le colgaba un carcaj con tres flechas–. ¿Cuánto hace que sirves en el ejército? –le preguntó con tono cordial.

–Quince años, Majestad –respondió Nehesi sin vacilar.

–¿Cuál es tu rango?

–Comandante de las tropas de Choque. También estoy a cargo del adiestramiento de los conductores de carros y de juzgar el desempeño de los Valientes del Rey.

El tono indiferente y casual con que lo dijo despertó una ola de admiración en los hombres que rodeaban la mesa. Senmut miró a ese individuo negro con un nuevo respeto, pues los Valientes del Rey eran la élite del ejército, hombres escogidos que ocupaban la vanguardia en todos los ataques y sólo debían rendir cuentas ante el faraón mismo.

–¿En cuántas acciones bélicas has participado? –Le preguntó User–amun.

–No hemos tenido guerras desde que yo era apenas un novato en las filas de la infantería –respondió encogiendo sus hombros macizos con impaciencia–, pero he intervenido en innumerables incursiones y escaramuzas de frontera. Mis Tropas de Choque jamás han sufrido una derrota.

No lo dijo con jactancia sino como una simple descripción de los hechos.

–¿Sabes algo de estrategia? –Le preguntó Hatshepsut.

Nehesi sacudió la cabeza.

–Nací para la guerra –afirmó– e intuyo lo acertado o no de cada movimiento o acción, pero eso me ocurre sólo durante el combate. Me resulta imposible planificar las cosas de antemano frente a un mapa.

Aahmes pen–Nekheb, que había estado observando divertido las reacciones que su protegido suscitaba, decidió intervenir.

–Majestad, ya os he dicho que os acompañaré en calidad de consejero. Nehesi se encargará de desplegar las tropas. Me animaría a decir que la batalla está ganada si se nos confía a ambos el planeamiento de la misma.

–Entonces ya está todo arreglado, ¿no es así? –Dijo Tutmés con un bostezo y miró ansiosamente a Hatshepsut.

–Así lo creo –asintió ella–. Hapuseneb: dejo en tus manos el abastecimiento, la provisión de armas y la concentración de las tropas. Encárgate de hacer instalar tiendas de campaña en los terrenos al sur de la ciudad y prepara todo para iniciar la marcha desde allí. Dales instrucciones precisas a tus oficiales, asistido por Aahmes y Nehesi. Los escribas de Enlace, Infantería y Distribución te aguardan. Nehesi: te nombro General. Como comprenderás, tal nombramiento implica que lucharás hasta la muerte si fuera preciso y que sólo responderás de tus actos ante el Rey o ante mí misma. ¿Tienes alguna duda? Te recuerdo que lucharemos contra tus compatriotas, el pueblo de Kush.

–No es la primera vez que lo hago –dijo con indiferencia–. Para mí todos los enemigos de Egipto son iguales. Yo sirvo solamente a Egipto, y seguiré haciéndolo durante todos los días de mi vida.

Hatshepsut despidió a todos los presentes con excepción de Senmut, Hapuseneb y User–amun y, mientras los tres jóvenes aguardaban, se volvió hacia Tutmés, quien ya se alejaba rumbo al jardín. Lo condujo a un lugar más apartado y le preguntó: –Tutmés, ¿marcharás tú mismo al frente de las tropas?

–¿Por qué tengo que hacerlo? –Respondió con aire desafiante pero con expresión desdichada–. Egipto está lleno de generales capaces, y los capitanes son tantos que tropiezan entre sí. Además, sabes tan bien como yo que no tengo pasta de guerrero. Que Hapuseneb guíe a mis hombres.

–Hapuseneb ya tiene bastante con su propio escuadrón y con el planeamiento general de las operaciones. Tutmés, ¿de veras no conducirás a tus hombres?

–¡No, no lo haré! –Respondió, indignado–. Es absurdo arriesgar sin necesidad la preciosa vida del faraón.

–¡Pero es que sí la hay! –Lo apremió–. ¡Los hombres necesitan el estímulo de tu presencia; verte con tu traje de combate, guiándolos y alentándolos a la lucha!

–Hablas como mi madre –le contestó, irritado–. ¡No pienso hacerlo! Haré que me lleven en mi litera hasta Assuán, donde esperaré el regreso de las tropas. Allí me ocuparé de recibir los tributos y de decidir la suerte que correrán los cautivos. ¡Pero no lucharé!

–¡Entonces lo haré yo! ¡El pueblo de Egipto me verá y sabrá que tiene la reina que merece!

–¡Estás loca! –Exclamó Tutmés, anonadado–. Jamás has visto sangre humana y nunca has corrido el menor peligro. ¿Podrás soportar el cansancio de la marcha, la garganta seca por la sed y la incomodidad que representa dormir en el suelo?

–¿Podrás hacerlo tú? –lo fustigó Hatshepsut–. Es increíble, Tutmés, ¿acaso no tienes amor propio? Yo sé arrojar una lanza y disparar una flecha. ¡Y desafío a cualquier miembro del ejército a que trate de aventajarme en el manejo de un carro de guerra! Confío en mis hombres. No me decepcionarán. No lo harán porque me aman.

–Todo el mundo te ama sin duda, a pesar de lo loca que eres. Hasta yo –gruñó Tutmés.

Arrepentida, Hatshepsut le apoyó una mano sobre el brazo.

–Yo debo ir si tú no lo haces –le dijo con tono bondadoso–. No correré ningún peligro. Estaré rodeada por los brazos más fuertes y los ojos más atentos de Egipto. ¡Ven conmigo, Tutmés! ¡Ofrecámosle a Egipto y al pueblo de Kush aunque sólo sea un pálido reflejo de lo que fueron nuestros antepasados!

Él la apartó y se alejó.

–Estás loca, completamente loca –le dijo por encima del hombro.

Hatshepsut giró sobre sus talones y, con el rostro arbolado y el corazón desbocado avanzó majestuosamente hacia los hombres que la aguardaban.

–Yo iré a Nubia con las tropas –les anunció, y ellos la miraron con incredulidad.

–¡Majestad, no debéis hacerlo! –Exclamó Senmut lleno de alarma–. ¡El campo de batalla no es lugar apropiado para una rema!

–Yo no soy una reina –respondió Hatshepsut con una sonrisa enigmática y un tono que le heló la sangre a Senmut–. Soy Dios, el principio de todas las cosas. No vuelvas a hablarme con ese tono imperativo, Senmut. Quiero ir. Conduciré las tropas del faraón. Mi portaestandarte me precederá y detrás de mí marcharán los Valientes del Rey y Nehesi.

–Entonces, permitidme que os lo exprese en otros términos. –Su tono era desesperado, pero cuando la miró a los ojos supo que era inútil, que nada de lo que dijera lograría hacerla cambiar de opinión–. Si llegarais a perecer, ¿qué sería de Egipto? Y, además, ¿quién gobernará en vuestra ausencia?

–No moriré. Lo sé. Amón me protegerá. Y tú, Senmut, gobernarás el país mientras yo lucho. User–amun, tú lo asistirá. Sé que no tienes aptitudes para la guerra. –Giró y se enfrentó a Senmut–. Senmut: te nombro Erpa–ha.

Pronunció estas últimas palabras en forma súbita, casi brusca y los dos se quedaron mirándola con total perplejidad.

A Senmut le pareció que las palabras le llegaban de muy lejos. Una vez más sintió que las alas del destino lo rozaban con la calidez de sus plumas. Buceó en los enormes ojos negros de Hatshepsut como asomado a un abismo peligroso e insondable.

Ella le tocó la frente, los hombros y el corazón, cuyo desenfundado galope repercutió en sus dedos. Rió, aunque le temblaban los labios.

–De todos modos, lo habría hecho tarde o temprano –afirmó–, pues con la fidelidad con que me has servido has demostrado bien a las claras que eres merecedor de ello. Pero debe ser ahora, hoy, pues no puedo dejar a un plebeyo en mi lugar mientras estoy lejos de aquí. Sé, pues, Erpa–ha, príncipe hereditario de Tebas y de todo Egipto, tú y tus hijos después de ti, por siempre jamás. Yo, Hatshepsut, Bienamada de Amón, Hija de Amón, reina de Egipto, así lo dispongo.

Senmut cayó de rodillas, le abrazó los tobillos y besó sus pies enjogados, pero el nudo que tenía en la garganta le impidió hablar.

Inmediatamente ella lo abrazó y lo sostuvo apretado contra su cuerpo, rodeándolo con una nube de perfume y de cabello.

–Nadie ha llevado este título tan merecidamente como tú –dijo–. ¡Regocíjate en el amor de tu señor, Senmut! –Lo soltó y se dirigió a Hapuseneb–. Y a ti, ¿qué podría darte? –Preguntó–. Pues ya posees todo lo que puede anhelar el corazón de un hombre, y tus antepasados caminaron por Egipto junto a los míos. –Sonrió a esos ojos grises y decididos, y Hapuseneb le devolvió la sonrisa–. Y sin embargo sé bien, Hapuseneb, que lo único que realmente deseas te será negado para siempre, aunque daría cualquier cosa por que no fuera así.

–También yo lo sé, Majestad –respondió con una solemne reverencia–, pero eso no me arredra, Vos sois mi reina, mi dueña. Os serviré mientras me quede un soplo de vida.

–Entonces te ofrezco el cargo de Gran Profeta del Sur y del Norte. Como visir e hijo de un visir, debes saber lo que ello representa.

–Lo sé muy bien –dijo y se inclinó, emocionado–. Es muy grande el poder que me otorgáis. Os prometo que lo usaré con prudencia.

–Entonces, manos a la obra, Senmut, User–amun: pasaremos el resto del día intercambiando ideas con Ineni y los otros. Confíad ciegamente en Ineni, pues sabe incluso más que yo cómo debe gobernarse un país. Y tú, Hapuseneb, concéntrate en las tareas que te he encomendado. Quiero salir de Tebas rumbo a Assuán dentro de cinco días.

Ese atardecer, cuando el Sol se ocultó detrás del horizonte llevándose el calor más intenso y su fuego quedó reducido a algunos jirones encamados en la cresta de las colinas, Hatshepsut y Senmut paseaban a la vera del Lago de Amón y sus figuras se reflejaban en la superficie del agua, fragmentadas por los leves rizos formados por la brisa. Caminaban juntos en silencio, sumidos en sus propios pensamientos, la cabeza baja, las manos de ambos

rozándose apenas. Cuando ya casi habían completado una vuelta alrededor del lago, Hatshepsut se detuvo y los dos se sentaron en el césped, junto a la orilla.

–¿Te parece que te quedará tiempo para seguir trabajando en el valle? –Le preguntó ella–. Sería maravilloso que, a mi regreso, la primera terraza estuviera concluida. El templo que estás erigiendo para mí ya es una hermosura, Senmut.

–No es más que un espejo –replicó él–, el reflejo de vuestra belleza. Amón no podría pedir más de su dilecta Hija.

Ella bajó la cabeza y se puso a jugar con las hojas secas y crujientes de sauce.

–Dime, Senmut –musitó, mirando hacia otro lado–: ahora que eres Erpa-ha, un noble encumbrado y príncipe de estas tierras, ¿no piensas tener hijos para que hereden tu título?

Él sonrió en la penumbra, con la cabeza agachada, pero le contestó con seriedad.

–No lo sé, Majestad, pero me parece que no. Para poder tener hijos, primero tendría que tener una esposa.

–Tienes a Ta-kha'et...

–Es verdad. Pero, aunque le profeso un gran afecto, no creo que me case con ella.

–Es posible que cambies de idea con los años. ¿Qué edad tienes, Senmut?

–Hace veintiséis años que estoy sobre la tierra.

Seguía sin mirarlo, estrujando entre sus dedos nerviosos las rizadas hojas.

–La mayoría de los hombres tienen por lo menos una esposa –dijo, con un dejo de vacilación en la voz–. ¿No deseas tener un hogar lleno de hijos?

–Majestad, sabéis de sobra por qué no puedo casarme –la reprendió con ternura, sabiendo que, repentinamente, ella se enfrentaba a un futuro incierto y estaba preocupada por la expedición al Sur–. ¿No sería más prudente elegir otro tema de conversación?

De pronto ella giró y le dijo: –Si, conozco bien el motivo pero ¿por qué no me lo dices con palabras? ¿Es acaso porque te he abrumado con demasiadas responsabilidades?

–También conocéis la respuesta a la pregunta que me formulais. –Sabía cuáles eran las palabras que ella deseaba escuchar. Él deseaba decírselo más que nada en el mundo, pero la cobra brillaba sobre su cabeza y en la garganta llevaba uno de sus cartuchos reales. Le resultaba imposible separar la reina de la mujer.

Hatshepsut echó la cabeza hacia atrás y, extendiendo las manos con las palmas hacia arriba, en gesto de súplica, le insistió:

–¡Dímelo! Y no creas que he tratado de sobornarte con un título para sonsacarte luego esas palabras. Te conozco demasiado bien. Jamás mientes, ni a ti mismo ni a mí. ¡Dilo!

–Muy bien. Os amo. No sólo como mi reina sino como la mujer por la que suspira mi corazón. Os amo. Lo sabíais, y sin embargo me habéis obligado a deciroslo sin tomar en cuenta mi orgullo, pues sois la reina y no me queda otro remedio que obedeceros. Os habéis mostrado cruel conmigo.

–Te equivocas –le respondió–. Debo partir al campo de batalla y tengo miedo, Senmut. Necesito tus palabras para que me sostengan y me abriguen. Las necesito para llevármelas conmigo y que me protejan. Como reina espero recibir tu homenaje, pero como mujer... –Y apoyo sobre su brazo una mano tan leve como la caricia del viento sobre el césped–. Regálame algo tuyo, Senmut.

–Lo que queráis –dijo sin apartar la mirada de los muros del templo, pero Hatshepsut sintió que, bajo su mano, los músculos de ese brazo fuerte se tensaban y luego se aflojaban.

–Si me quito la corona y el cartucho, la cruz egipcia del brazo y el sello de la cintura, y los coloco sobre el césped, ¿me besarás, Senmut?

Giró la cabeza para mirarla y al ver sus ojos, brillantes por las lágrimas, que no se apartaban de los suyos, y el imperceptible temblor de sus labios, tomó ese rostro tan amado entre sus manos y comenzó a acariciarle las tersas mejillas con increíble gozo.

–No –le susurró–. No, Poderosa Señora. Os besaré tal cual estáis, mi Divina reina, alegría de mi corazón, hermana mía. No habrá engaños.

Y con infinita ternura le cubrió la boca con sus labios, saboreando su dulzura y la sal de su llanto, mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos y los últimos rayos rezagados de sol se deslizaban de las torres, rebotaban en tierra, correteaban deprisa por entre los árboles y se escondían tras el manto de la noche.

Algunos días más tarde, en la frescura de las primeras horas de la mañana, el ejército de Egipto se formaba en el desierto, un kilómetro y medio al sur de Tebas.

Tutmés estaba de pie en la plataforma que se había erigido para pasar revista a las tropas, acompañado por Hatshepsut, Pen-Nekheb, Hapuseneb y Nehesi. Era una mañana espléndida y la brisa agitaba los estandartes y hacía flamear las banderas, mientras el sol golpeaba como yesca contra las hileras de lanzas y hachas al hombro y estallaba convertido en una lluvia de chispas. Las rígidas líneas de los soldados de infantería aguardaban inmóviles, la mirada al frente. Detrás de ellos, a la distancia, los conos blancos de sus tiendas de campaña se arracimaban como pequeñas pirámides de juguete. A cada flanco de los cuatro mil hombres se alineaban los carros de combate, pequeños y ligeros, revestidos de cobre, cuyas enormes ruedas con rayos lanzaban destellos opacos. También los caballos aguardaban, sacudiendo sus crines y sus adornos de plumas blancas, amarillas y rojas, y resoplando con impaciencia. Hatshepsut paseó su mirada por ese despliegue fantástico; el poder, el corazón y el puntal de Egipto.

Allí estaba la división de Horus, cuyo portaestandarte ostentaba el pico curvo y los ojos crueles del Dios. Los generales, en uniforme de batalla, se habían alineado al pie de la plataforma. Los más próximos a ella eran los miembros de las tropas de choque: hombres duros de mirada dura, los primeros en arriesgar la vida y los últimos en abandonar el campo de batalla. Estaban precedidos por sus oficiales, los arcos sujetos a los hombros y las puntas de las lanzas clavadas en la arena. Hapuseneb era el príncipe de la división de Horus; había decidido marchar con ellos en lugar de escoltar al faraón. También él aguardaba, sin apartar sus ojos de la mujer que ocupaba el estrado. Aunque Tutmés luciera en esa oportunidad la doble corona, todos los hombres tenían la mirada fija en Hatshepsut. Llevaba el atuendo de comandante: faldellín blanco corto, un casco de cuero que ocultaba su cabellera y apenas le llegaba a los hombros y guantes blancos de cuero para protegerse las manos del roce de las riendas y el arco. También usaba botas de cuero y, debajo de los guantes, sus muñecas ostentaban las bandas de plata de Comandante de los Valientes del Rey. Sólo la pequeña cobra de plata que se erguía sobre su frente y cuyos reflejos podían ser observados hasta por los hombres que cubrían la retaguardia, traicionaba su condición real. Recorrió con la mirada las hileras de tropas de infantería y los conductores de carros con sus cascos azules y, finalmente, por encima de esa selva de lanzas y arcos, contempló la silueta rojiza y distante de su palacio, e imaginó a Senmut aguardando sobre el techo, y a User-amun y a Ineni juntos sobre las murallas, atentos a la partida del ejército. Entonces, repentinamente, se volvió a Tutmés.

—¿Les hablarás tú, o lo haré yo? —Preguntó—. Pen-Nekheb, ¿estamos listos?

—¿Dónde están los Valientes del Rey? —Giró la cabeza y miró preocupada a Nehesi, quien la saludó y, señalando con su mano enguantada, dijo:

—Aquí vienen. Se han demorado un poco, pero no me excuso en su nombre, Majestad. Dentro de un momento descubriréis por qué.

Por fin sus cincuenta hombres asomaron por entre un bosquecillo de árboles junto al río, los escudos colgados de la espalda y levantando una nube de polvo a su paso.

Delante de ellos avanzaba un carro de combate, nuevo, enchapado en oro, muy ornamentado y elaborado, con las plumas de Amón grabadas en el frente y el Ojo de Horus en cada uno de los lados de la caja. Las riendas y arneses eran de un cuero grueso de primera calidad y los frenos y avíos, de oro. Los rayos de las ruedas lanzaron también reflejos dorados cuando el conductor hizo restallar el látigo y los fuertes caballos rompieron a

galopar. Entre una nube sofocante de polvo y cimbreantes plumas blancas se aproximó a la plataforma y luego Menkh enroscó el látigo y saltó a tierra, con una enorme sonrisa en el rostro. Detrás de él, los Valientes del Rey detuvieron su marcha y saludaron. Nehesi se dejó caer del estrado y se acercó a ellos. Hatshepsut se aproximó al borde de la plataforma y miró a los recién llegados.

Menkh le hizo una reverencia y, bajo su casco azul, la suya era una expresión de verdadero júbilo.

–¡Este es un regalo para Vuestra Majestad de sus soldados leales que la veneran! – Gritó desde abajo, señalando el carro y los inquietos caballos, que no cesaban de bailotear. Entonces, también Hatshepsut saltó a tierra y se acercó al carro, lo tocó e, instintivamente, revisó el eje de las ruedas, los frenos de los caballos y las riendas. Nehesi se adelantó.

–¡Este no es un vehículo de ceremonia construido para una expedición real! –Dijo–. Es un carro de guerra, ligero y veloz, una ofrenda de los guerreros a su Comandante en Jefe.

Ella no respondió pero trepó de un salto al vehículo, tomó bruscamente las riendas y se las sujetó alrededor de las enguantadas muñecas. Con un grito partió, agazapada y firme, con expresión resuelta y las piernas abiertas para mantener el equilibrio, mientras los hombres, en medio de la polvareda levantada por ella, rompieron filas por un momento y la vitorearon como al contendiente favorito de sus carreras anuales. Después de completar un circuito se apeó y, con los ojos resplandecientes, le arrojó las riendas a Menkh.

–¿Por casualidad eres el encargado de conducir mi carro, jovencito insolente? –Le preguntó al pasar, y él se inclinó sonriendo. Subió a la plataforma y volvió a ocupar su lugar junto al cada vez más irritado Tutmés, que ya comenzaba a transpirar con el creciente calor. Hatshepsut levantó un brazo y se hizo un silencio profundo. Entonces les habló directamente a sus tropas–: Os agradezco esta demostración de estima –dijo con voz fuerte y clara–. Podéis tener la certeza de que así como he sabido ganarme el afecto de todos vosotros, procuraré también hacerme merecedora de este presente. Quiero que sepáis, guerreros de Egipto, que ocupáis un lugar de privilegio en mi corazón y que me siento orgullosa de acompañaros en este día. ¡Oíd ahora las palabras del faraón, El que Vive por Siempre Jamás!

Tutmés dio un paso adelante y le indicó a Menena que subiera al estrado con el incienso. Tenía un aspecto imponente con la doble corona, el cayado y el desgranador en las manos y su gran mole elevándose por encima de todos. Al oírlo hablar de la gloria y las recompensas, de los peligros que debían afrentar en aras de la seguridad de Egipto y del honor que significaba ofrendar la vida en el campo de batalla, los soldados creyeron percibir ciertos ecos distantes de su padre. En ese momento olvidaron que la que estaba junto a él ataviada como comandante del ejército era nada menos que la reina. Cuando Tutmés finalizó su arenga fue vitoreado por los soldados y ese vocerío exaltado quedó flotando en el aire y fue llevado por la brisa hasta los hombres que aguardaban en silencio sobre el techo de la sala de audiencias, bajo los rayos ardientes del sol.

Menena entonó las Plegarias para la Bendición y la Victoria y luego Hapuseneb impartió órdenes a las tropas.

–¡Valientes del Rey! ¡Comandantes de división, capitanes, comandantes de escuadrón, portaestandartes! ¡Preparados para marchar! ¡Formen filas!

Hatshepsut y Tutmés abandonaron el estrado.

–Ven conmigo en mi carro –lo invitó ella, empuñando las riendas.

–Abriré la marcha en mi litera –respondió–. Hace demasiado calor para estar parado en esa cosa. –Y partió, seguido por pen–Nekheb.

Los soldados estaban formando nuevas filas, se cargaban al hombro las mochilas y verificaban sus armas.

Hatshepsut ordenó a Menkh que bajara del carro.

–Quiero conducir yo durante un rato, así que puedes seguirme a pie y comer la tierra que levanto –le dijo.

Le arrancó el látigo de las manos y le dio unos golpecitos afectuosos en la cabeza y luego azuzó a los caballos, que partieron al trote detrás de Tutmés. A sus espaldas avanzaban Nehesi y sus hombres, y el vasto desfile de tropas comenzó a desplegarse sobre el camino como una serpiente ondulante y multicolor. Cerraban la marcha los encargados de transportar el bagaje de tiendas y efectos varios, pues si bien los soldados marchaban a ritmo rápido, llevando cada uno a sus espaldas sus propios enseres, también era preciso transportar carpas, provisiones y agua y, además, todos los efectos de la pareja real: alfombras, sillas, catres y altares. Los hombres comenzaron a entonar un himno de batalla al ritmo de su marcha, pero la música pronto se desvaneció y reinó el silencio, pues el calor era intenso y Assuán quedaba a considerable distancia.

Senmut permaneció oteando la distancia hasta que el viento dispó la última nubecilla de tierra rojiza. Luego le dijo a Ineni:

–Que todos los dioses los acompañen.

El anciano sonrió ante ese comentario.

–Sólo se trata de una pequeña escaramuza –dijo–. ¿Acaso dudas de que todos regresaran sanos y salvos, cargados con un nuevo botín para el templo y oro para la tesorería?

Senmut rió sin entusiasmo mientras descendían por la escalera y se zambullían en la penumbra del claustro.

–No, no lo dudo –dijo, pero sus pensamientos parecían medir la distancia que se acrecentaba entre el ejército y él.

Ineni apresuró el paso.

–Entonces no pienses más en la guerra –dijo, por encima del hombro–, pues los emisarios de Rethennu nos aguardan en la sala de audiencias, y es mucha la tarea que nos espera, príncipe –dijo con una risita burlona mientras sacudía la cabeza.

Dos días después, al atardecer, llegaron a Assuán y armaron el campamento en las afueras de la ciudad. Hatshepsut se puso su pequeña corona y su peluca y acompañó a Tutmés a la residencia real, donde él respiró, aliviado, e inmediatamente ordenó que le llevaran vino y pasteles calientes.

–Quédate aquí conmigo esta noche –le suplicó–. No nos veremos durante algunas semanas y, además, estoy seguro de que te vendría bien disfrutar de algunas comodidades antes de partir.

Ella le sonrió y se entregó a sus brazos dócilmente, sin importarle demasiado, contenta de poder brindarle su cuerpo mientras sus pensamientos estaban muy lejos de allí, recorriendo una guarnición asolada y los soldados acosados y desesperados que custodiaban las murallas de la otra. Luego durmió profundamente junto a Tutmés, agotada por el cansancio del viaje y las exigencias del cuerpo ávido de su marido.

Por la mañana se despidió de él afectuosamente pero también con cierto alivio.

Cuando sonaron las trompetas y trepó a su carro junto a Menkh –a quien le permitiría conducirlo en esa oportunidad–, le pareció maravilloso ser ella misma de nuevo, sentirse libre e independiente. Giró la cabeza y saludó a Tutmés y a sus cortesanos, sonriéndole al mismo tiempo a Nehesi, que conducía su propio carro detrás de ella. Cuando Hapuseneb dio la señal de partida, afirmó bien los pies para resistir la sacudida y comenzó a tararear internamente una melodía.

Hatshepsut volvió a encontrarse rodeada por el cascabeleo de los arneses, el crujido del cuero, el golpetear de las sandalias sobre el suelo. Cuando contempló frente a ella las aguas turbulentas y las fauces irregulares de la Primera Catarata, lo hizo con una felicidad casi exultante, mientras la piel se le curtía y bronceaba bajo el implacable sol y sus músculos adquirirían nueva fuerza.

Después de pernoctar nuevamente en sus carpas, a la mañana siguiente llenaron de agua los barriles, revisaron los arneses, controlaron el equipo y dieron de beber a los caballos. Muy pronto el camino se internaría en el desierto, y les esperaba una marcha ardua y escabrosa por entre kilómetros y kilómetros de rocas y desierto en llamas por un Ra que allí se mostraba en todo su esplendor, y las montañas que los habían acompañado en el flanco occidental los abandonarían para perderse en regiones ignotas. En breve deberían marchar sobre tierra dura y calcinada por el sol, pero, las más de las veces, deberían hacerlo por las abrumadoras arenas del desierto.

Hatshepsut se ajustó el barbijo del casco y Menkh revisó por última vez el carro, advirtiéndole cómo las ruedas se hundían ya en la tierra. Hapuseneb envió exploradores para que reconocieran el terreno y averiguaran cuál era la ruta más directa. Era un camino usado por hombres y soldados para ir y volver de las guarniciones, o por las caravanas que seguían camino hacia el oasis existente a más de trescientos kilómetros al norte, pero seguía siendo un sendero desértico y los hombres sabían lo que les esperaba. Cuando Hapuseneb y Nehesi quedaron por fin satisfechos dieron la orden de partida, los pies ardiendo, chamuscados por la odiosa arena incluso a través de las sandalias, los cuerpos abrasados por los carros de cobre cuyos flancos espejaban el sol.

Todos se alegraron mucho de acampar esa noche. No se encendieron fogatas, pues al cabo de otro día de dura marcha se encontraba la segunda guarnición y no sabían qué les esperaba allí. Al caer el sol, los hombres se cubrieron con mantas de lana, pues las noches del desierto son muy frías. Hatshepsut tomó asiento en el interior de su carpa, de cuyo poste central colgaba una lámpara, y ordenó vino para ella, Hapuseneb, pen-Nekheb y sus generales.

Nehesi estaba allí, todavía medio desnudo despreciando el abrigo de una capa, pues no sufría el calor ni el frío. Hatshepsut, tiritando un poco bajo su manto de lana blanca, se preguntó de nuevo cuáles serían los sentimientos y los pensamientos profundos de ese hombre tan frío y remoto.

Cuando apareció Menkh e informó que los caballos ya habían comido y bebido y que los soldados descansaban, ella preguntó cuáles eran los planes para el día siguiente.

Nehesi le contestó.

–Después de todo un día de marcha por el desierto, los hombres no están en condiciones de luchar en cuanto se levanten –afirmó–. Sugiero que acampemos aquí una noche más y caigamos sorpresivamente sobre el enemigo al amanecer, si es que están en la guarnición o por los alrededores.

–Conozco muy bien esta región –dijo serenamente pen-Nekheb. Parecía cansado y representaba en ese momento más años de los que en realidad tenía, pero en el fondo le alegraba estar nuevamente en actividad–. En poco más de medio día llegaremos a un macizo de rocas altas y hondonadas de todo tipo y, al otro lado, en pleno desierto, está el fuerte. El promontorio de rocas nos ocultará, y podemos acampar en este lado mañana por la noche, y desplegamos en las grietas sin que nadie nos vea. Si, durante la noche, enviamos a las Tropas de Choque y a los Valientes del Rey para que ataquen el muro que da al Norte, podremos obligar a los nubios a dirigirse hacia los acantilados y, por consiguiente, a la celada que les habremos tendido.

–Eso siempre y cuando el enemigo siga sitiando el fuerte; pero tal vez avanza hacia nosotros, o ha huido hacia Kush –dijo Hapuseneb–. A mi juicio, sería mucho mejor lanzar el ataque abiertamente al amanecer. Si la guarnición ha sido tomada, el enemigo se encontrará en su interior o habrá partido; y si no es así, podemos terminar con todo en poco tiempo.

–Enviad más exploradores –dijo Hatshepsut–. Que sigan avanzando todo el día, así mañana por la noche tendremos noticias de lo ocurrido. En caso contrario, propongo que aguardemos a la sombra de esas rocas hasta saber cuál es la situación.

–Vuestra Majestad habla con gran sensatez –observó Nehesi, y por primera vez Hatshepsut vio en su boca el esbozo de una sonrisa–. ¿De qué sirve desplegar las tropas o tender celadas si se ignora cuál es la situación?

–De acuerdo –coincidió Hapuseneb–. Puesto que soy Ministro de Guerra, mi consejo es que emprendamos la marcha mañana, acampemos al abrigo de los peñascos y esperemos a tener noticias de los exploradores. Hasta que pasemos por la primera guarnición seguimos en territorio egipcio. Después veremos qué conviene hacer.

Bebieron el vino y Hatshepsut los despidió temprano, pero le resultó imposible relajarse. Después que ellos partieron se quedó sentada frente a la mesa, con los mapas bajo las manos, preguntándose qué encontrarían cuando avistaran la guarnición.

Por último guardó los mapas y se postró ante el altar de Amón, suplicándole que les concediera una victoria rápida. Cuando finalmente se quitó la ropa y se acostó, tuvo sueños llenos de fuego y de sangre y a la mañana siguiente despertó con una opresión y una angustia que se negaron a abandonarla.

Las tropas se formaron en silencio y ya estaban andando antes de la salida del sol. Hatshepsut pensó con alarma en Wadjmose, el comandante del fuerte, el hermano que jamás había visto.

Tuvo la sensación de que había estado montada en ese carro durante una eternidad, como si ya estuviese muerta y no se le hubiese permitido subir a la barca de Ra, condenada a seguirlo por toda la eternidad, cegada y agostada por su feroz aliento.

Pero en el curso de la tarde su portaestandarte se volvió hacia ella y le gritó algo, y entonces Hatshepsut vio brillar tenuemente en el horizonte un peñasco gris que parecía colgar, tembloroso, sobre la superficie del desierto. Ordenó hacer un breve alto y envió a Menkh a hablar con Aahmes pen–Nekheb. El joven regresó jadeando y con la noticia de que se trataba sin duda de los acantilados en cuestión y no de un mero espejismo. Justo cuando estaban a punto de entrar en la primera hondonada regresaron los exploradores, y Hatshepsut y los demás generales rodearon a Nehesi.

–Al parecer, la guarnición se encuentra desierta –fue el informe–, pero por los alrededores hay esparcidos cadáveres, flechas y otras pruebas de que se libró allí un combate. No quisimos acercarnos más por temor a ser vistos.

–¿A qué nación pertenecían los cuerpos? –Se apresuró a preguntar Hatshepsut.

–Son negros, sobre todo negros... y rojos, Majestad –dijo el explorador con una sonrisa cansada–. Creo que ha habido lucha pero no una victoria, pues hay nada más que unos cien cadáveres y un rastro de despojos y de cacharros inservibles que se pierde en el desierto.

–Yo soy partidario de avanzar hacia el norte –dijo pen–Nekheb–. Tengo la impresión de que el fuerte fue asediado pero permanece intacto. Aunque no soy un jugador, apostaría mi arco en tal sentido.

–Entonces no perdamos más tiempo –declaró Hapuseneb–. Una vez que hayamos atravesado las rocas, que la división se despliegue en abanico y tú, Nehesi, con las Tropas de Choque, ocuparás la vanguardia. No es prudente ser demasiado confiado.

–Y más vale que nos apresuremos –terció Hatshepsut–. Antes de que estemos en el otro lado de los acantilados ya el sol habrá comenzado a ponerse, y no me atrae la perspectiva de que nos acerquemos a la guarnición en la oscuridad.

Volvieron a los carros y se oyó el sonido de las trompetas. El camino era más escarpado, pero los caballos sortearon sin dificultad los obstáculos, mientras los soldados de infantería avanzaban de a uno en fondo. En poco más de dos horas se encontraban ya en el llano y Hatshepsut posó por primera vez sus ojos sobre la guarnición.

No era más que un muro alto que rodeaba un terreno bastante amplio, y entre las casillas de los centinelas alcanzó a distinguir las puntas cuadradas de una torre.

Los enormes portones de madera estaban cerrados.

–¡Mirad, Majestad! –Le gritó Nehesi–. ¡En el asta sigue flameando la bandera blanca y azul! –Lo cual significó para Hatshepsut un enorme alivio.

Abandonaron el refugio de los acantilados y, mientras su carro volvía a surcar la arena, oyó que a sus espaldas se ordenaba adelantarse al escuadrón de carros de guerra. Las tropas de asalto pasaron a su lado como una exhalación y ocuparon la vanguardia, y Nehesi se puso a la par de Hatshepsut con su carro. Avanzaban lentamente, y en la luz rojo sangre del poniente, el contorno amenazador del fuerte se fue haciendo más voluminoso y nítido.

Pronto descubrieron sobre la arena cuerpos amontonados aquí y allá, y Hatshepsut los contempló, armándose de fortaleza para poder enfrentar ese primer encuentro con la muerte violenta.

Con los nervios tensos cubrieron la distancia que los separaba de la guarnición, todos los hombres listos para el ataque, con el arco o la lanza preparados. Hatshepsut contuvo el aliento y se quedó allí, inmóvil, esperando que los portones se abrieran y vomitaran una horda vociferante de salvajes. Pero, en cambio, debajo de ellos las arenas del desierto lanzaron perezosos reflejos rojizos y el silencio persistió.

De pronto, desde lo alto de las murallas brotó un grito: –¡Egipto! ¡Es Egipto!

Hatshepsut alcanzó a ver fugazmente lo que parecía ser un casco de cuero blanco, un rostro borroso y un brazo desnudo que saludó frenéticamente y luego desapareció. Más caras comenzaron a asomar por el muro, y lentamente los portones se abrieron.

Nehesi dio el alto a sus tropas y se apeó del carro. Del interior del fuerte salieron seis soldados, tres de los cuales usaban el atuendo típico de los medjay: lienzos largos y las cabezas envueltas en turbantes. Los precedía un hombre alto que llevaba casco blanco de comandante. Hatshepsut se dejó caer del vehículo y le sorprendió descubrir que sentía las piernas flojas y temblequeantes. Acompañó a Nehesi al encuentro de esos hombres.

El comandante abrazó a Nehesi con gran alegría, pero cuando miró a la esbelta mujer que estaba a su lado, con una sonrisa en los ojos y la cobra con destellos rojizos del atardecer, cayó de rodillas.

–¡Majestad! ¡Cuánto honor! Ayer divisamos un par de exploradores moviéndose entre las rocas. Teníamos la esperanza de que fueran de los nuestros, pero temimos que pertenecieran al enemigo.

–Levántate –ordenó ella lacónicamente, y él la obedeció–. Hemos acudido aquí con la mayor celeridad posible, y nos afligía la posibilidad de llegar demasiado tarde. ¿Cómo te llamas?

–Zeserkerasonb, comandante en jefe, hasta hace poco integrante de la división de Ptah.

–Condúcenos a la guarnición, Zeserkerasonb, pues se aproxima la noche. Nehesi: ocúpate de que se les reparta comida a los soldados y se armen las tiendas de campaña; verifica también que se les dé de comer a los caballos. ¿Tenéis agua aquí?

–Sí, Poderosa Señora. Aquellos riscos están llenos de manantiales, y en el interior del fuerte hemos perforado un pozo.

–Espléndido.

Nehesi saludó y partió rápidamente a organizar el campamento. Luego él, pen–Nekheb, Hapuseneb y Hatshepsut fueron conducidos al sector de comandancia.

La guarnición era un lugar desnudo y funcional, un sitio de trabajo. Entraron a una habitación espaciosa que no tenía almohadones ni cortinas, el suelo era de tierra apisonada y tanto los utensilios de comida del comandante como su catre eran de madera lustrada. Por una ventana soplaba el viento nocturno, agitando las llamas de las antorchas recién encendidas.

Zeserkerasonb le ofreció su silla a Hatshepsut y envió a su criado a buscar carne y cerveza. Luego él y los demás hombres se agruparon alrededor de la reina en ese recinto donde privaba el desorden y por todas partes se advertían huellas de lucha reciente.

–Mis hombres están en el otro lado de las murallas enterrando los cuerpos de los nubios muertos –dijo, en son de disculpa.

Era un hombre apuesto, de tez oscura y pocas palabras, buen soldado y severo comandante; un exponente típico de los hombres del Faraón apostados en el desierto. Mientras hablaba se preguntó dónde estaría el faraón, pero se cuidó bien de preguntarlo. Miró con curiosidad a su reina: era por cierto muy hermosa, más aún que el recuerdo que de ella llevaba grabado en la mente, desde que la vio el día de su coronación, cinco años antes.

–¿Y el resto de tus soldados? –Preguntó Hatshepsut con severidad.

Zeserkerasonb advirtió entonces la fuerza de su mentón y la firmeza de sus hombros, a pesar de encontrarse en posición de descanso, y pensó que no era en absoluto sólo una figura decorativa acostumbrada a la vida muelle y placentera de palacio, y eso hizo que le contestara con nuevo respeto.

–Salieron tras el enemigo, pero me temo que no servirá de mucho. Sólo tenemos algunos cientos de soldados y, si bien son suficientes para patrullar la frontera y poner fin a algunas escaramuzas y pequeñas insurrecciones, no estamos equipados para hacer frente a un combate en gran escala. Les di órdenes de que se limitaran a hostilizar los flancos de los hombres de Kush. Nuestros exploradores nos avisaron que habían quemado la primera guarnición, así que estábamos preparados para recibir su ataque y logramos contenerlos hasta que comprendieron que no podrían vencernos. Los obligamos a retroceder, de modo que han vuelto a internarse tierra adentro, no sé bien si para batirse en retirada o para atacarnos desde otro flanco.

Me inclino más bien por la segunda posibilidad. Entre los atacantes había gran cantidad de jefes y arqueros, y opino que se proponen saquear todo Egipto.

–¡Qué idea más absurda y necia! –Exclamó pen–Nekheb, indignado–. Jamás podré entender por qué los nubios insisten en sublevarse una y otra vez si siempre terminamos por aplastarlos.

–Merecen ser sojuzgados –comentó Hatshepsut–, pues son demasiado estúpidos para gobernarse a sí mismos. Son afortunados por estar bajo el ala de Egipto.

Nosotros nos ocupamos de su bienestar, los recibimos en Tebas, nos interesamos por sus problemas, y, ¿todo para qué? Cada vez que roban nuestro ganado, asesinan a nuestros indefensos campesinos y matan a nuestros soldados, volvemos a formularnos la misma pregunta.

El criado regresó con carne ahumada y varios jarros de cerveza ordinaria y amarga, y todos comieron y bebieron sin el menor protocolo mientras caía la noche.

Cuando terminó de comer, Hatshepsut envió a Nehesi a llamar al resto de los generales y comandantes: Djehuty, Yamu–nefru, Sen–nefer y los otros, quienes se presentaron poco después. Zeserkerasonb despejó entonces el escritorio con un movimiento del brazo, hizo llevar más sillas y todos se agruparon en torno a él.

–Adelante –le dijo Hatshepsut a Hapuseneb.

–¿Cuál es su estimación aproximada de las fuerzas de los kushitas? –Preguntó Hapuseneb a Zeserkerasonb.

–Imagino que ese punto tiene una importancia extrema para ustedes –dijo, con una tenue sonrisa–. Pues bien, calculo que el enemigo dispone de unos tres mil quinientos hombres, la mayor parte de los cuales pertenece a una suerte de infantería, y están armados con garrotes y hachas rudimentarias. Sin embargo, entre ellos unos ochocientos o novecientos también poseen arcos.

Estas palabras suscitaron una reacción de asombro en gran parte de los presentes y de inquietud entre los generales más jóvenes. El número de las tropas enemigas era bastante mayor de lo que habían previsto.

–¿Y en cuanto a escuadrones? –Preguntó pen–Nekheb.

–No; no tienen carros. Y tampoco disciplina alguna. Los jefes conducen a sus hombres y arman un gran barullo, pero la turba corre de aquí para allá y mata sin ton ni son. No creo que sea difícil rodearlos.

–Y eliminarlos –añadió Hatshepsut con voz helada, y todos levantaron la vista y la miraron–. Quiero que cada uno de vosotros entienda muy bien esto –siguió diciendo–: las órdenes del faraón deben cumplirse al pie de la letra. Todos los hombres, sin excepción, serán pasados por las armas. No deseo que durante el resto de mi reinado sigan corriendo ríos de sangre egipcia, y es preciso que estas muertes sirvan de escarmiento para que ya nadie se atreva a desafiar el derecho y el auténtico poder de Egipto.

Pasará mucho tiempo antes de que los habitantes de estas tierras sucias e inhóspitas vuelvan a levantarse contra sus señores, y yo tengo cosas más importantes que hacer con mi oro y mis soldados que dedicarlos a estas luchas incesantes. No tengo la menor intención de permitir que la disciplina del ejército se relaje: el número de los miembros de mi ejército permanente seguirá siendo el mismo, pero no toleraré más guerras. Mi abuelo hizo la guerra para recuperar las tierras de que nos habían despojado y mi padre la hizo en aras de la supervivencia, pero yo no quiero más guerras. Lo que deseo es la paz para Egipto. Grabaos bien estas palabras. He dicho.

Nehesi asintió con la cabeza.

–Vuestras palabras son sabias, Majestad. No quedará ningún varón con vida.

–Pero no morirá ninguna mujer ni ninguna criatura indefensa –añadió Hatshepsut y levantó una mano como para subrayar su advertencia–. Y tampoco permitiré que mis tropas se entreguen al saqueo y al pillaje como lo hacen los salvajes. A su debido tiempo, todos recibirán su recompensa de mis manos.

Los presentes asintieron y luego Djehuty preguntó: –¿A qué distancia de aquí se encuentra el enemigo?

–A no más de una jornada –respondió enseguida el comandante–, y presumo que avanzan con lentitud, cansados por la lucha y acosados por mis hombres.

–Entonces reanudaremos la marcha dentro de tres horas –dijo Hapuseneb–. Que los hombres descansen. Si Amón nos acompaña, podremos presentarles batalla por la mañana.

–De acuerdo –asintió pen–Nekheb–. No creo que necesitemos trazar una estrategia muy elaborada si caemos por sorpresa sobre su retaguardia. Tal vez lo mejor sería hacer avanzar a las Tropas de Choque al frente, junto con los Valientes del

Rey, apostar un escuadrón de carros en cada flanco, y la infantería en último término. Así resultará sencillo rodearlos y acabar con ellos. Majestad, ¿querriais hacemos la merced de marchar bien a retaguardia, entre los lanceros?

Era una súplica pero ella se tiró el cabello hacia atrás y sacudió la cabeza.

–Yo soy el comandante de los Valientes del Rey; donde vayan ellos también iré yo. Y no temas, Nehesi; no pienses que deberás velar por mi integridad física en lugar de dedicarte a abatir al enemigo. Como Dios que soy, no temo a nada. Así que te ordeno que te ocupes de dirigir tus tropas.

–Como comandante de los Valientes del Rey sois también mi superior y os debo obediencia –le replicó él, y Hatshepsut percibió una expresión de aprobación en sus ojos negros–. Pero como General, soy yo quien decide cuál es el lugar apropiado para los Valientes del Rey. Marcharán detrás de las tropas de asalto y, por otro lado, es su deber custodiaros en todo momento.

Ella inclinó la cabeza.

–Entonces propongo que tratemos de dormir, si podemos hacerlo, pues estamos todos muy cansados. Zeserkerasonb: te enviaré tus hombres de regreso cuando la operación haya concluido. Y te prometo que su valentía y la tuya no quedarán sin recompensa.

Se levantaron y partieron rápidamente, después de saludarla y desearle buenas noches.

En lo más profundo de esa noche helada del desierto, Menkh la despertó y todos se prepararon para iniciar la última etapa. Los soldados adoptaron una formación de combate mientras sus oficiales caminaban entre ellos dándoles instrucciones y brindándoles palabras de aliento. A cada lado se iban apostando los carros de guerra; los conductores verificaban una y otra vez los arneses y realizaban las últimas prácticas, mientras los soldados que los acompañaban afirmaban bien las piernas para mantener el equilibrio en esos tambaleantes vehículos y preparaban las armas. Con rapidez y sigilo se estaban desarmando las tiendas de campaña y apagando las fogatas. Hatshepsut franqueó los portones del fuerte con Zeserkerasonb. Todavía era noche cerrada.

—¿Conocías a Wadjmose, mi hermano? —Le preguntó.

Sin darse cuenta se refirió a él como si hubiese muerto, y el hombre que estaba a su lado lo advirtió.

—Solía verlo con frecuencia —fue su respuesta—. Era un gran hombre, y un oficial valeroso y muy querido.

—Dime con franqueza, Zeserkerasonb, por todo el afecto que me profesas: ¿crees que la única razón de su derrota fue la superioridad numérica de sus atacantes?

Zeserkerasonb permaneció en silencio durante un buen rato, con la mirada perdida más allá del carro de Hatshepsut, de la figura embozada de Menkh y de la imponente multitud de soldados formados a cierta distancia. Hasta que por fin sacudió la cabeza a regañadientes.

—No —dijo en voz baja—. Wadjmose podría haber resistido con toda facilidad los ataques a su guarnición durante varias semanas, hasta que él y sus hombres murieran de inanición por falta de provisiones. Pero las noticias que llegaron a mis oídos no se referían precisamente a una derrota por hambre. Mis exploradores informaron que la guarnición fue quemada por completo y sus hombres aniquilados antes de que hubieran tenido tiempo de tomar sus armas.

—¿Alguien les abrió los portones, entonces?

—Sí, así lo creo.

—¡Desdichados de ellos! —Susurró Hatshepsut, con odio en la voz—. Juro que los encontraré y, cuando lo haga, desearán no haber nacido. Los cortaré en pedacitos y arrojaré sus despojos a los chacales, y ni siquiera quedarán de ellos sus nombres para que los dioses puedan encontrarlos.

Trepó al carro detrás de Menkh y su asistente le alcanzó su lanza y su arco.

—¡Me despido de ti, Zeserkerasonb! ¡Te aseguro que los dioses no te olvidarán, fiel servidor de Egipto!

Menkh fustigó los caballos con las riendas y Hatshepsut desapareció, devorada por la oscuridad, mientras el comandante de la guarnición la saludaba con una reverencia, giraba sobre sus talones, echaba a andar hacia el interior del fuerte, y los portones se cerraban tras él. Mientras tanto, el ejército lo fue dejando atrás con rapidez, engullendo el desierto como una boca gigantesca.

No fue difícil seguirle el rastro al enemigo que, como muy bien conjeturó pen-Nekheb, había abandonado el sendero que unía a ambas guarniciones y se internaba en el desierto. Era obvio que los nubios se proponían dar un gran rodeo y cruzar la frontera bastante más al sur, y los exploradores del ejército condujeron a las tropas tras ellos con gran habilidad.

Despuntó el alba e hicieron una breve parada para sentarse un momento en la arena y comer algo. Pero antes de que la luz grisácea se volviera rosada, ya estaban nuevamente en marcha, apretando el paso, como el cazador que olfatea la proximidad de su presa. De pronto apareció una nube en el horizonte y Menkh la señaló con el látigo.

—Allá están. Estoy seguro de que aquello es el polvo que esa escoria levanta a su paso. ¡Los alcanzaremos antes de que finalice la mañana!

Hatshepsut asintió, con los labios apretados, mientras el ritmo de marcha aumentaba. El sol ya había salido y se elevaba a la izquierda de ellos como una enorme esfera anaranjada; y, con su presencia, la temperatura comenzó a aumentar. La nube de polvo crecía más y más y comenzaron a oírse órdenes de mando. Hatshepsut sintió que el pulso se le aceleraba al ver que las tropas de asalto pasaban junto a ella y se abrían en abanico. También los carros pasaron a su lado, la saludaron y luego se dividieron para acompañar a las Tropas de Choque. Los Valientes del Rey se arracimaron alrededor de ella y, a su lado, Nehesi se inclinó para decirle algo al conductor de su propio carro. A pesar de que el polvo le obstaculizaba la visión, sabía que a sus espaldas la infantería también se desplegaba. Entonces, de repente, a un grito de Hapuseneb, el ritmo se aceleró y sus caballos comenzaron a trotar.

–¡Sujétales las riendas! –Le gritó a Menkh–. ¡Oblígales a mantener la cabeza erguida!

Entonces se descolgó el arco del hombro, contó las flechas y apoyó la lanza a sus pies, en el piso del carro. No quería que nada la estorbara en el momento de disparar el arco, y confió en no verse obligada a usar la lanza.

De pronto, el estado de ánimo de sus hombres se le contagió y se sintió inundada de una feroz excitación. Ya se alcanzaba a ver la retaguardia del populacho de Kush: una masa apretada y negra de hombres tambaleantes.

Nehesi levantó un brazo.

–¡Hagan sonar las trompetas! –gritó, y el aire caliente fue hendido por la estridencia de ese sonido metálico.

A bastante distancia, a izquierda y derecha, Hatshepsut vio cómo el sol se reflejaba en los carros de combate. Las tropas de asalto dirigieron hacia adelante las puntas de las lanzas e iniciaron la carga. De pronto los nubios cayeron en la cuenta de que eran perseguidos y comenzaron a dispersarse hacia todos lados, lanzando gritos.

Hatshepsut vio cómo una línea tras otra de sus arqueros se abría paso entre las filas enemigas y las rodeaba. Tomó una flecha con dedos temblorosos y la colocó en el arco.

Nehesi gritó por tercera vez: –¡Adelante! ¡Al ataque!

Cuando Menkh hizo restallar el látigo los caballos de la reina rompieron al galope y avanzaron con estruendo por la planicie mientras de los nubios brotaba un rugido como el de la creciente que se precipita por una cuenca estrecha.

Ahora Menkh estaba prácticamente doblado en dos, la arena levantada por los cascos de los caballos golpeándole la cara, y Hatshepsut pudo ver los carros que avanzaban a todo galope hacia el enemigo, volando sobre el desierto. Los tobillos y las rodillas le dolían por el esfuerzo que hacía por mantener el equilibrio. ‘Escoge con cuidado a tu hombre’, le dijo desde muy lejos la voz de su maestro, y ella tensó la cuerda del arco. De repente las líneas prolijas y aceleradas de la potente fuerza destructiva de Egipto se desintegraron, los carros se convirtieron en islas en un mar de cuerpos negros, los cascos azules de los conductores de carros quedaron como entretejidos con los blancos y amarillos de los lanceros, y el tumulto de la guerra corrió a su encuentro. Nehesi le gritó algo, una advertencia que la velocidad de la marcha le arrancó de la boca, pero ella no tuvo tiempo de prestarle atención. Eligió su hombre: un negro que tenía el brazo en alto, blandiendo un hacha, y la cabeza echada hacia atrás. De pronto los temblores de sus brazos y sus manos enguantadas cesaron y disparó con total frialdad. Antes de que su víctima se desplomara sobre la arena, ya ella estaba calzando otra flecha en el arco.

Quedaron rodeados, ensordecidos por la violenta cacofonía, los caballos inmobilizados por la presión de los cuerpos que jadeaban, gritaban o maldecían. Menkh trató desesperadamente de abrirse paso mientras Hatshepsut disparaba otra flecha, pero estaban atrapados y prácticamente tuvo que limitarse a sujetar los caballos encabritados. Una lluvia de flechas rebotó contra el carro y Hatshepsut se tiró al suelo enseguida y tomó la lanza. En ese momento vio que Nehesi saltaba de su carro y otro oficial ocupaba su lugar. Un segundo

después se encontraba a su lado, sin flechas y sin lanza, blandiendo el hacha para protegerle las espaldas mientras ella se ponía de pie y apuntaba con la lanza.

¡No puedo hacerlo!, Pensó, apabullada, cuando desapareció su primera reacción de exaltación, y se puso a mirar a su alrededor sumida en el pánico, cubierta de pies a cabeza por un repentino sudor. La lanza se le resbalaba en la palma húmeda y la aferró con desesperación, sintiendo que lo único que deseaba era gritar, gritar muy fuerte y huir. Debajo de ella apareció un rostro de boca jadeante y babosa y unas manos ensangrentadas se sujetaron del lateral del carro. Se serenó, volvió a levantar la lanza y la clavó en lo más profundo de esas fauces abiertas. Entonces tanteó en busca del hacha que colgaba del cinturón de Menkh y comenzó a tirar furiosamente de ella. A sus espaldas oyó una carcajada de Nehesi, pero el carro comenzó a avanzar y, antes de que ella hubiera logrado conseguir el hacha, ya Nehesi había saltado a tierra y se había perdido de vista en ese caos.

Menkh comenzó a fustigar los caballos y a gritarles una sarta de imprecaciones, y los Valientes del Rey, al ver que su comandante se movía, cerraron filas y la siguieron.

–¡Quedaos! ¡Quedaos y pelead! –Les gritó–. ¡Es una orden! –Y los soldados la obedecieron.

El polvo y los vahos hediondos que se elevaban de la arena hicieron que los perdiera de vista casi enseguida. El carro fue cobrando velocidad a medida que el número de tropas disminuía. Cuando se encontraron en la periferia, Menkh frenó los caballos.

–¿Qué estás haciendo? –le gritó Hatshepsut con furia.

Menkh sacudió la cabeza y soltó las riendas de una mano para secarse el sudor de la frente. Sonrió ante el espectáculo que ofrecía su reina: el faldellín empapado y con manchones de polvo gris, un río de sudor corriéndole entre los pechos firmes y turgentes, la cara cubierta de rayas negras y rojas de khol y de sangre, mientras con el brazo en alto sacudía con gesto amenazador su puño cerrado protegido por un guante de cuero blanco.

–Majestad, el general Nehesi me ordenó que cuando ya no tuvierais lanza y tampoco pudierais usar vuestro arco, yo debía alejaros inmediatamente del campo de batalla bajo pena de muerte, y eso es lo que he hecho.

Estaba ronco de tanto gritar y ella lo miró un segundo, sorprendida y enojada, antes de esbozar una sonrisa, que Menkh le devolvió.

–¿Qué sabio de parte de Nehesi, proteger así a la Flor de Egipto! –dijo Hatshepsut y, al ver los esfuerzos que hacía Menkh por reprimir la risa, ella lanzó una carcajada–. ¡Sí, ya lo sé! –Dijo–. ¡Jamás he tenido menos aspecto de flor que en este momento!

–Vuestro aspecto corresponde a lo que sois, Majestad –comentó él–: comandante de los Valientes del Rey –y los ojos de Hatshepsut se iluminaron.

Al cabo de un rato ambos cayeron en la cuenta de que el sol se encontraba bien alto en el cielo y que el calor se había vuelto asfixiante.

–No podemos quedarnos aquí cruzados de brazos, mientras nuestros hombres mueren –dijo Hatshepsut–. Conduceme alrededor del campo de batalla, Menkh, pues todavía me quedan bastantes flechas y pienso usarlas todas. Así obedecerás a Nehesi y también a mí, pues nos mantendremos a cierta distancia del centro de la lucha.

Menkh volvió a sostener las riendas y llevó a los caballos al trote describiendo a los nubios que intentaban huir. Pero a esa altura, el enemigo, al observar que la de los egipcios era una lucha despiadada y sin cuartel, se convirtió en un conjunto de hombres desesperados. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas luchaban salvajemente, con uñas y dientes cuando sus armas se rompían y quedaban desperdigadas sobre la arena. Hatshepsut hirió a muchos de ellos, y fueron también muchos los que cayeron abatidos con una flecha de punta de oro clavada en la garganta o en la espalda.

Por fin, cuando el sol de la tarde comenzaba a declinar, todo se fue tranquilizando y Hatshepsut lanzó su última flecha, apoyó el arco en el suelo del carro y le ordenó a Menkh que tratara de localizar a Nehesi. Se sentía cansada hasta los huesos y no había músculo que

no le doliera. Habría dado cualquier cosa por dejarse caer en el suelo del carro y sentarse con la espalda apoyada sobre el cálido oro de la caja, pero se obligó a permanecer de pie, sujetándose firmemente a los laterales. Por todos lados vio muerte y desolación. La arena estaba cubierta de cadáveres. Aquí y 'allá continuaban algunas pequeñas escaramuzas; en otros lugares, grupos de cansados soldados egipcios se agrupaban alrededor de sus estandartes y sus oficiales, sucios y ensangrentados. También la arena estaba empapada de sangre, que formaba pequeños charcos o cruzaba el terreno en grandes regueros. Pasó junto a un oficial y dos de sus soldados que recorrían los sitios donde había nubios heridos y les cortaban la garganta con mano firme y profesional. Giró la cabeza, mientras oía su propia voz dando la orden que en ese momento se estaba cumpliendo. Deseó con terrible vehemencia que Tutmés estuviese allí en ese momento para que viera cómo era en realidad la guerra, y siguió avanzando por esa atmósfera pesada y calma que sigue a la lucha, sintiendo cada vez más rechazo por el cuerpo fofo y las actitudes poco viriles de su marido.

Por fin encontraron a Nehesi junto a pen-Nekheb, Hatshepsut y otra serie de oficiales. A sus pies había diez cuerpos masculinos de tez oscura que al principio creyó sin vida. Se apeó, un poco entumecida, y echó a andar hacia sus comandantes; a sus espaldas, Menkh se deslizó al suelo, agradecido, las riendas sujetas con un nudo alrededor del brazo. Los hombres la saludaron con una reverencia pero sin mirarla a los ojos, abrumados por el nuevo respeto que les despertaba el verla convertida en la vengadora Hija de Amón.

Pero ella los enfrentó y les dedicó una tenue sonrisa, a pesar de su agotamiento.

—De modo que la victoria es nuestra —afirmó—. Hoy habéis peleado con valentía, y haré colocar aquí una piedra en testimonio de vuestro coraje.

De pronto el cuerpo de uno de los hombres tendidos en la arena se sacudió y ella dio un paso atrás.

—¿Quiénes son? —Preguntó.

Hapuseneb le contestó. También él se sentía cansado. Había luchado a brazo partido con sus hombres en el sector más reñido de la batalla y tenía una herida de flecha, pero los ojos que por último buscaron los de ella aparecían tan firmes y calmos como siempre.

—Si no estuvieran desnudos, sabríaís, Majestad, que son los príncipes de Kush, los jefes de las Diez Tribus que veis diseminadas a vuestro alrededor.

Hatshepsut bajó la vista y miró con renovado interés y creciente furor esos cuerpos desnudos con las cabezas rapadas.

—¡Levantaos! —Les gritó, golpeando al más cercano con un pie.

Se incorporaron trabajosamente y permanecieron de pie frente a ella con la mirada baja.

Hatshepsut les dio la espalda para dirigirse a sus generales:

—Reunid a las tropas —les dijo—. Cuando todos los hombres estén congregados, antes de abandonar este lugar para buscar un sitio donde instalar nuestro campamento y pernoctar, traed a estos hombres y decapitadlos. Clavad sus cabezas en unos postes, con el cuerpo debajo, pues mi cólera se ha acrecentado y quiero que todo el pueblo de Kush sepa lo que significa desafiar el poderío de Egipto. Pero conservad a uno con vida: lo llevaremos a Assuán, a los pies del faraón, y luego lo sacrificaremos a Amón; ¡una muerte mucho más decorosa, por cierto, de la que se merece!

Entonces Hapuseneb se le acercó con presteza.

—Venid y descansad, Majestad —le dijo—. Hoy habéis luchado como vuestros antepasados, y su gloria brilla en Vos en todo su esplendor. Permitid que Menkh os conduzca a algún sitio donde podáis dormir.

Mientras él hablaba, Hatshepsut se pasó una mano temblorosa por los ojos y de pronto fue como si todo el trajín de esos días se abatiera de golpe sobre ella.

—Estoy agotada —reconoció—, pero todavía no puedo descansar. Dime, Hapuseneb: ¿cuántos hombres hemos perdido?

–No lo sabremos hasta hacer el recuento –le respondió–, pero no creo que sean muchos.

–Y, ¿qué me dices de los traidores? ¿Han encontrado a algún egipcio entre los rebeldes?

–Eso tampoco lo sabemos, pero lo averiguaremos muy pronto.

Con un gran tranco Hapuseneb se acercó a uno de los jefes.

–Habla –le dijo en voz baja, con un tono frío cargado de amenazas y la mano enguantada rodeándole el cuello–, y así tal vez puedas prolongar tu vida varios días y morir dignamente a los pies del Dios. ¿Cómo fue que cayó la guarnición?

El hombre lo miró con cara hosca y rebelde y el puño de Hapuseneb lo derribó al suelo, donde quedó tendido y medio atontado, mientras la sangre le brotaba en un hilo de la boca y a borbotones por la nariz.

–Levantadlo –dijo Hapuseneb con voz calma. Varios pares de manos pusieron de pie al prisionero y éste se quedó parado, tambaleándose y restregándose la nariz con un dedo negro y mugriento–. Una vez más te pregunto: ¿qué pasó con la guarnición? –Al ver que Hapuseneb volvía a amagar, el hombre se acobardó.

–Hablaré –dijo– y puesto que me espera la muerte, también quiero decir que me dio un gran placer cortarles la garganta a los soldados. Mi pueblo está cansado de tener que entregar todas las riquezas a Egipto, año tras año, para que puedan derrotarnos hoy, mañana, el año que viene y el que le sigue; pero jamás dejaremos de luchar.

–¡La guarnición, imbécil! –Lo azuzó Hapuseneb, y el nubio asintió.

Sus compañeros no se habían movido. Parecían sumidos en las últimas etapas de la apatía que les producía la inminencia de su muerte, y continuaban con los brazos colgándoles laxamente y las cabezas gachas.

–Los portones nos fueron abiertos por un oficial, un hombre que nos había favorecido durante muchos años y cuyo hermano fue condenado a muerte por el faraón tiempo atrás. El resto fue sencillo.

–¡Su nombre! –Le gritó Hatshepsut–. ¡Quiero que nos digas su nombre!

El nubio se quedó mirándola con expresión obnubilada.

–No conozco su nombre. Ninguno de nosotros sabía cómo se llamaba. El comandante lo mató cuando lo encontró junto a la puerta.

–¿Y el comandante? ¿Qué fue de Wadjmose? –Preguntó Hapuseneb.

–También él cayó. Yace en alguna parte del interior del fuerte.

Se produjo un profundo silencio y por último Hatshepsut comenzó a alejarse.

–Bien está que mi padre no viviera para ver este día –dijo, trepó lentamente al carro y se colocó detrás de Menkh–. Nehesi: toma tus hombres, id al fuerte y traed el cadáver de mi hermano si lográis encontrarlo. Tendrá la tumba más espléndida y el funeral que corresponde al príncipe que era. Hapuseneb: consígueme las listas de los heridos y los muertos. Menkh se encargará de armarme una carpa lejos de este lugar maloliente.

Entonces se sentó en el suelo del carro, con la cabeza reclinada hacia atrás, mientras Menkh conducía los caballos al paso. Antes de que éste hubiera terminado de levantar la tienda para Hatshepsut junto al convoy que transportaba el bagaje del ejército, a tres kilómetros de distancia en pleno desierto, ya el sol se había hundido en el horizonte.

Nehesi y los Valientes del Rey partieron a la mañana siguiente a cumplir su macabra misión. Mientras el resto de la compañía aguardaba su regreso, apilaron los cadáveres de los nubios y los quemaron, y embalsamaron y enterraron en la arena a los egipcios. Hatshepsut ordenó que se transportara allí lo antes posible una enorme piedra para colocarla sobre esa gran tumba egipcia. Recorrió las tiendas donde estaban alojados los heridos, y le ofreció a cada uno alguna palabra de consuelo. Luego se apropió de la carpa de Nehesi y se sentó fuera, junto a la entrada, con los músculos y el alma cansados, observando cómo su ejército reimplantaba el orden con sigilo y eficiencia.

Al permanecer allí quieta, junto a su estandarte, mientras los demás limpiaban las armas y lavaban los uniformes, se sintió invadida por una gran depresión. El recuerdo de los hechos bélicos ya comenzaba a borrar en su mente, y el agotamiento nervioso y la reacción instintiva de su propio organismo se habían encargado de sepultarlo en las capas más profundas de su cerebro. Tuvo la certeza de habéis cumplido con su deber y de que jamás volvería a guerrear con el ejército. Ya no necesitaba demostrar con hechos y no con meras palabras que tenía méritos más que suficientes para ceñirse la doble corona. En ese momento veía su futuro con pesimismo, y se preguntó si ésa no sería acaso la última aventura de su vida. Ese estado de ánimo fatalista no la había abandonado cuando presencié la ejecución de los jefes nubios, que fueron al encuentro de su propia muerte tan imperturbablemente silenciosos como lo estuvieron el día anterior.

Nehesi regresó al atardecer del tercer día, portando el cadáver chamuscado, casi irreconocible de Wadjmose.

Hatshepsut lo observó con incredulidad y espanto y ordenó que también él fuera enterrado en la arena. No quedaba mucho de su cuerpo para preservar, pero le resultaba difícil creer que, nada más que por ese hecho, ese hombre tan valiente no tuviera un lugar entre los dioses. Ella haría tallar su nombre muchas veces sobre las piedras y las rocas y en las laderas de los acantilados para brindarle una oportunidad, pues si su nombre permanecía, los dioses podrían encontrarlo.

Envío a las tropas de Zeserkerasonb de vuelta al fuerte, prometiéndole recompensas a cada uno.

A la mañana siguiente emprenderían el regreso, pero esa perspectiva tampoco la llenaba de júbilo ni de impaciencia.

La noche del desierto y la soledad de su carpa le resultaron agradables, pero su mente siguió funcionando con una actividad febril y le impidió conciliar el sueño.

Mientras Hatshepsut se quedó sentada en su silla esperando que dismantelaran su tienda de campaña y las tropas estuvieran listas para la marcha, Nehesi se le acercó y se sentó en el suelo junto a ella. Parecía disfrutar de su compañía, a pesar de que en ocasiones permanecían juntos mucho tiempo sin intercambiar palabra. Hatshepsut le preguntó si en su hogar de Tebas no le aguardaba una esposa; tomado por sorpresa, lo primero que hizo fue sonreír.

—No, Majestad. No tengo esposa ni tampoco concubinas. No necesito el amor de las mujeres, y tampoco el de los hombres. Egipto y el ejército son mis amores, y la lucha es mi entretenimiento favorito. Prefiero mi propia compañía a la de los demás— salvo, desde luego, la vuestra. Reflexiono mucho y leo mucho.

En ese momento fue Hatshepsut la sorprendida.

—¿Qué extraño que un soldado sepa leer!

—Así es. Mi madre fue quien me enseñó a hacerlo, aunque jamás pude averiguar dónde lo aprendió ella. He leído acerca de las guerras libradas por vuestro padre y vuestros antepasados y sus luchas con los hicsos, pero no creo que en el futuro me quede mucho tiempo libre para seguir leyendo.

—¿Por qué no? ¿Acaso piensas que ahora que le he tomado el gusto a la guerra te obligaré a participar en una campaña tras otra? —Le dijo sonriendo, y él le devolvió la sonrisa.

—Tal vez. Pues sin duda habéis heredado el corazón guerrero de vuestra noble antepasada la gran reina Tetisheru, que tramó la caída de los invasores hicsos, y es para mí un verdadero orgullo ser vuestro general.

Hatshepsut sacudió la cabeza con aire categórico.

—La guerra es algo a lo que no le encuentro sentido, a menos que se trate de una acción defensiva o de una escaramuza de frontera como la que acabamos de librar.

Pero tienes razón cuando afirmas que de ahora en adelante no te quedará mucho tiempo libre, pues tengo pensado nombrarte Guardián del Sello Real.

Nehesi se quedó inmóvil y un momento después la miró.

–Ya es suficiente con haberme hecho general, Majestad... –comenzó a decir, pero ella lo interrumpió.

–¡No lo es! Necesito tener a mi lado a un hombre fuerte, alguien a quien sólo puedan arrebatarme el Sello Real por la fuerza. El faraón no necesita el sello, pero yo sí. ¿Lo llevarás colgado de tu cinto, Nehesi, y permanecerás junto a mí en todo momento? Eso no te impedirá cumplir con tus obligaciones como general; lo que es más, creo que también te pondré al mando del ejército de Su Majestad. No cabe duda de que eres la persona ideal para ser mi escolta personal.

–Soy un hombre rudo, Majestad, tosco y poco habituado a la vida de las cortes –respondió, pero en los labios le jugueteaba una sonrisa burlona–. Sin embargo no puedo pedir honor más grande que estar a vuestro servicio... y al del faraón. Estoy convencido de que sois el Dios, pues sólo él podría encarnarse en el cuerpo de una mujer y, no obstante, luchar como Vos lo habéis hecho; y todos los hombres lo saben. Me habéis concedido un enorme privilegio.

–Tal vez en este momento pronuncies esas palabras con facilidad y algo de ligereza, Nehesi, pero te pido que las recuerdes siempre en los años venideros –dijo ella–. No creo haber nacido para ser sólo reina, pero ignoro lo que me depara el futuro. Es posible que debas volver a empuñar las armas en mi defensa.

Nehesi asintió bruscamente, aceptando sin más preguntas esa confianza que se brindaba. Después que él hubo partido, Hatshepsut se sintió satisfecha, segura de haber tomado una decisión acertada.

Cuando llegaron al río, Hatshepsut por fin pudo darse su anhelado baño. Pero no se demoraron demasiado, pues Assuán se encontraba a una jornada de marcha ya los heraldos habían partido hacia allá con las noticias de la victoria. Hatshepsut abrió su estuche de viaje de marfil y extrajo la peluca, la corona y las pulseras de oro y, cuando se formó la procesión triunfal, se instaló con su carro impecable y resplandeciente en primer lugar, detrás de los portaestandartes.

Entraron lentamente en Assuán por entre un aluvión de personas que lloraban, reían, arrojaban flores a su paso y corrían a ofrecerles vino y manjares dulces. Tutmés los aguardaba frente a las puertas de la ciudad, sentado en su trono, con toda sus galas reales. Hatshepsut lo saludó y fue a sentarse a su lado mientras los generales desfilaban uno a uno frente a él, depositaban sus bastones de mando y besaba sus pies pintados antes de recibir sus recompensas.

El jefe nubio apareció en último término, sujeto fuertemente con las riendas de un caballo muerto y tambaleándose de cansancio, pues durante toda la marcha los soldados no habían cesado de fustigarlo con sus látigos, así que tenía la espalda de carnada, llena de sangre y cubierta de moscas. Nehesi lo condujo ante el faraón y arrojó bruscamente al suelo; Tutmés apoyó uno de sus pies enjorjados sobre su nuca y el populacho lanzó un bramido de aprobación, como una fiera que olfatea sangre. Pen–Nekheb presentó un informe de los acontecimientos de las últimas semanas, que todo el mundo escuchó con suma atención y que hizo que Tutmés sonriera asintiera con entusiasmo. Cuando el viejo guerrero concluyó su relato, Tutmés puso de pie y sostuvo en alto el cayado y el desgranador con aire triunfal.

–¡Así son derrotados todos los enemigos de Egipto! –Gritó, y los soldados respondieron golpeando los cabos de sus lanzas sobre el pavimento de piedra de patio–. Todos habéis escuchado cómo murió mi hermano, el noble Wadjmose, cómo fue vengado. ¡Agradecemosle ahora a Amón y llevémosle esta víctima a templo de Tebas para ofrecérsela allí en sacrificio, a fin de que el Dios sepa que su confianza ha recibido una recompensa!

El nubio fue levantado en vilo y arrastrado de allí y Tutmés y Hatshepsut se dirigieron juntos al salón de banquetes, donde se celebraría una fiesta en su honor y el de todos los oficiales antes de su regreso a Tebas.

–¿Fue muy terrible? –Le preguntó Tutmés con cierta vacilación, mientras observaba con un dejo de envidia cómo el sol había oscurecido su piel aterciopelada hasta volverla casi negra como la del nubio, y cómo sus brazos y piernas habían adquirido un aspecto firme y musculoso.

Ella le sonrió con indulgencia.

–Sí, fue terrible... y también maravilloso –le respondió–. Me apena muchísimo lo de Wadjmose, pero me alegra sobremanera haber llegado a conocer bien a mis oficiales, y que ellos me hayan conocido a mí.

Eso no era lo que él deseaba oír, y ella lo sabía, pero igual siguió mortificándolo, dedicándole esa sonrisa tan enigmática y exasperante. Tutmés se encogió de hombros y tomó asiento, esperando con impaciencia que todos los generales hubiesen entrado en el salón antes de golpear las manos para que la celebración comenzara.

Realmente, Hatshepsut era exasperante. Durante su ausencia, Tutmés la imaginó volviendo a él temblorosa y sumida en un mar de lágrimas, terriblemente necesitada de su consuelo; pero en cambio allí estaba, tan retozona como una gacela joven y tan necesitada de su apoyo como las piedras del templo. Pero Tutmés también sabía que, aunque por momentos lo pusiera frenético, la amaba tanto como sus hombres, los soldados y los nobles de Egipto: con una suerte de desesperanzado anhelo.

–Te he extrañado, Hatshepsut.

No pensaba decirlo, así que giró la cabeza, furioso consigo mismo.

–También yo te he extrañado –respondió ella con tono cortés–. ¿Qué es esto?

Un hombre había llegado al recinto y los saludaba, abrazado a un tambor. Salvo por un taparrabos, estaba completamente desnudo; alrededor de la cabeza usaba una cinta azul atada en la parte posterior, cuyos extremos le llegaban a los hombros.

Detrás de él apareció una mujer, y al verla Tutmés lanzó un suspiro de satisfacción y se acomodó en los almohadones.

Mientras ella se postraba, Tutmés le dijo a Hatshepsut:

—Ésta es Aset, mi nueva bailarina. Trabaja aquí, en el palacio del gobernador, pero estoy contemplando la posibilidad de llevármela a Tebas, a mi harén: realmente me gusta muchísimo.

Era una muchachita alta y de piernas largas, bastante distinta, por cierto, de las criadas voluptuosas y risueñas que a Tutmés solía gustarle llevarse a la cama. Mientras Aset aguardaba, con una de sus piernas largas flexionada, con gracia, Hatshepsut se sintió recorrida por un extraño y desagradable escalofrío, como si al levantar las mantas de su cama hubiese descubierto una serpiente enroscada.

Se quedó mirándola bailar: en esa mujer anidaba un fuego reprimido y oculto, una promesa llena de atractivos y de pasión. Tutmés la contemplaba fascinado, con la respiración acelerada y los ojos brillantes por el deseo.

¿Por qué me molesta tanto? Se preguntó Hatshepsut. No es la primera bailarina que Tutmés ha favorecido por un tiempo. Observó atentamente el baile hasta el final, y la mano que apoyó sobre el brazo de Tutmés cuando estallaron los aplausos estaba helada.

–¿Qué te ha parecido? –le preguntó él con ansiedad, los mofletes arbolados y un brillo especial en la mirada–. ¿No es increíble? No necesita música para bailar, sólo el tambor. Su cuerpo es toda la música que un hombre podría desear.

Hatshepsut lo miró con cariño.

–No es tan hermosa como yo –se apresuró a acotar–, pero reconozco que tiene cierto encanto, sobre todo tratándose de una bailarina del montón.

–Bueno, pues a mí me gusta –dijo Tutmés, molesto–. Y pienso llevármela a Tebas.

–No he dicho que me disgustara –aclaró Hatshepsut con calma–, aunque lo cierto es que la encuentro un poco... fría debajo de tanto fuego. Pero, si te hace feliz, decididamente tómla.

Su aceptación inmediata de Aset le molestó; había abrigado la vaga esperanza de que su hermana tuviera un arranque de celos. Cuando vio que no era así, que ella seguía bebiendo su vino con una sonrisa exasperante, Tutmés se paró ásperamente.

Aset aguardaba debajo del estrado a que le dieran permiso de irse, enfrentada a la pareja real con una perezosa sonrisa en su cara de zorra, con los ojos entornados.

—¿Te vas tan pronto, Tutmés? ¿No vendrás a mi alcoba esta noche?

—¡No, no lo haré! Oh, no sé, Hatshepsut. Tal vez, sí. Bueno, quizá vaya si me lo pides.

Y volvió a dejarse caer junto a ella y la rodeó con un brazo, y la sonrisa desapareció del rostro de Aset. Tutmés le arrojó una joya y le sonrió, pero aunque se inclinó y luego se alejó tan respetuosamente como Hatshepsut habría deseado, en cada milímetro de su espalda desnuda y erguida se percibían rastros del despecho y la ira que luchaba por reprimir.

Creo que es una mujer peligrosa, pensó Hatshepsut mientras su hermano la abrazaba. No puedo imaginarme de qué manera. Tal vez he estado viviendo demasiado tiempo al filo del peligro y en este momento no hago más que asustarme de una sombra. ¿Acaso puedo culpar a Tutmés porque me resulta un tonto agradable?

Pero de pronto, en un inmenso e inexplicable estallido de pasión, deseó su cuerpo casi con voracidad.

—Vayámonos de una vez —le susurró al oído—. Ya no puedo contener mis deseos.

Tutmés, azorado, dejó el vino y se puso de pie.

—¡Quedaos, comed y disfrutad de una buena noche! —Les dijo a los presentes.

Y, mientras todos caían de bruces, se encontró empujado y arrastrado hacia la puerta, y luego por el corredor, por una mujer que le murmuraba cosas que lo excitaban más y más. Hatshepsut no esperó a llegar a sus aposentos sino que lo condujo al jardín, bajo las copas de los árboles, y fue allí mismo donde la poseyó, con premura y precisión, como un soldado toma una esclava recién capturada, y ambos permanecieron un rato juntos sobre el césped, jadeando, mientras en el aire de la noche resonaban lo ecos tenues de la música de la fiesta.

Llegaron a Tebas dos días después, ambos transportados en literas; Hatshepsut llena de repugnancia y odio, tanto hacia sí misma como hacia Tutmés. La ciudad los recibió con los brazos abiertos. Antes de dirigirse al palacio fueron a rendirle homenaje a Amón y, mientras ella avanzaba lentamente por entre ese enorme atrio con su selva de pilares, vio a Senmut, de pie junto a Benya y User—amun. La mirada de Hatshepsut quedó prendida de los ojos de Senmut y él comenzó a sonreír, y la sonrisa se le desparramó por todo el rostro hasta llenarle los ojos oscuros; una sonrisa llena de aprobación y de firme y sana alegría, y ella se la retornó mientras sentía que una sensación de alivio y de angustia comenzaba a inundarla. Allí, postrada sobre el suelo de Amón junto a Tutmés, envuelta en un manto de incienso, no podía pensar en otra cosa que en ella y Tutmés unidos debajo de los árboles, y luego en la sonrisa franca de Senmut, y elevó sus plegarias con profundo fervor, implorando a su Padre que la protegiera de algo que ni ella misma sabía bien qué era.

A continuación se sentaron en sus tronos, frente al áureo Dios. Extendieron al nubio sobre el suelo y, en una breve y salvaje ceremonia, Menena le propinó una serie de golpes en la cabeza con un garrote de oro hasta hacerle saltar los sesos. Hacía mucho que no se le ofrecía al Dios un sacrificio semejante, y Tutmés estaba perturbado, pero Hatshepsut y los generales contemplaron el rito impasibles, con el recuerdo todavía fresco del cuerpo carbonizado de Wadjmose y los cadáveres enterrados en el desierto.

Cuando los estertores de ese cuerpo renegrido cesaron, Hatshepsut se le acercó y se quedó mirándolo.

—¡Egipto vivirá eternamente! —Exclamó, y los presentes murmuraron su asentimiento.

Entonces caminó con sus sandalias doradas sobre el charco de sangre y se encaminó al aire libre y la luz del sol.

Hizo señas a Senmut y User-amun de que la siguieran y, ya en su palacio, se instaló en su silla de plata y les indicó que tomaran asiento a su lado, mientras extendía la mano solicitando su Sello. Senmut se lo dio con una reverencia. Cuando los dedos se rozaron, Hatshepsut percibió un leve temblor en los de él.

–¿Hay algo que deba saber? –Les preguntó, colocando el Sello sobre la mesa–. ¿Todo ha ido bien?

–Muy bien –le contestó Senmut–. Llegó el tributo de Retheunu e Inem se ocupó de distribuirlo. En este momento se encuentra aquí Ahmose, el visir del Sur, trayendo impuestos; y, junto al templo, los graneros del Dios se están llenando.

–Me alegro. Y dime Senmut, ¿qué hay de mi templo?

Senmut sonrió.

–La primera terraza está terminada, como deseabais. Es incluso más hermosa de lo que yo imaginaba, y se está preparando el terreno para erigir la segunda.

–Entonces debemos ir inmediatamente a verla –dijo Hatshepsut con la mirada iluminada–. User-amun, quiero agradecerte toda tu ayuda. Vete ahora con tu padre, pues me he enterado de que está enfermo; si él desea descansar por algunas semanas, estoy segura de que puedes hacerte cargo de sus tareas. ¡Ah, me olvidaba!

Senmut: he nombrado a Nehesi, el negro, Portador del Sello Real. Debes llevarle a él cualquier documento que haya que sellar. Desde luego, estará bajo mis órdenes y las tuyas. Búscalo, probablemente esté con los soldados en el campo de entrenamiento, y llévale el Sello y su correspondiente cinto. Y procura encontrarle alojamiento en otra parte. Ahora, permíteme que me bañe, y entonces cruzaremos el río y le echaremos un vistazo a mi valle. ¡No sabes cuánto lo he extrañado, allá lejos, en el maldito desierto de Nubia!

Cruzaron el Nilo juntos en la barca, montaron en literas cubiertas con baldaquines y fueron transportados al valle. Al apearse, Hatshepsut contuvo el aliento.

–¡A ti, poderoso Amón, te ofrezco esta muestra de mi amor y devoción! –Exclamó–. ¡Jamás persona alguna te ha dado semejante prueba de adoración!

Aproximadamente a una cuarta parte de la altura del acantilado colgaba una terraza, aparentemente suspendida en el aire, sujeta al costado de la roca por puro arte de magia. Su hermosa fachada llena de pilares resplandecía con la luz suave y sonrosada del atardecer. Dos de sus lados abrazaban el flanco del valle y el tercero estaba unido a una pared artificial planeada por Benya. No se trataba de un cuadrado, lo cual habría sido una afrenta para el valle, sino de una superficie oblonga que parecía haber estado allí desde siempre, esperando que la mano del hombre la puliera con unos pequeños toques. Pero Hatshepsut sabía bien que detrás de esos delicados pilares había dos santuarios cavados en lo más profundo del acantilado: uno dedicado a Athor y el otro a Anubis. Justo en la mitad del frente había un enorme agujero dentado, alrededor del cual un millar de hombres se agrupaban como abejas sobre miel.

–Ése es el punto en que la siguiente terraza se unirá con la que está terminada, por medio de la rampa de la que ya hemos hablado –le dijo Senmut–. Esta terraza llegará hasta el suelo, y otra más abajo completará el templo. Vuestro propio lugar sagrado está allá dentro, entre los dioses, pero ninguno está terminado aún. ¿Desearía Vuestra Majestad acercarse un poco más?

–No –fue su respuesta–. Seguiré contemplando la marcha de las obras desde aquí, como siempre lo he hecho. Y sólo cuando esté totalmente listo, hollaré la piedra de sus suelos. ¡Has hecho un verdadero milagro, sacerdote! Hubo muchos que aseguraron que era una tarea imposible, pero tu genio ha logrado que mis sueños se hicieran realidad.

Estaba extasiada, como todas las veces que iba a ese lugar, sintiendo la presencia del Dios alrededor de ella, dentro de ella. Pero en esta oportunidad, además, se sentía débil,

mareada y con náuseas. Senmut lo percibió y se preocupó, pero Hatshepsut se alejó bruscamente de él y se recostó sobre la litera con los ojos cerrados.

Senmut sintió un toque de alarma. ¿Acaso estaría enferma? ¿Habría contraído alguna enfermedad en las arenas inhóspitas del desierto? Tuvo el tino suficiente de no sugerirle que se acostara y llamara al médico, pero habló del asunto con Hapuseneb y Nehesi. Al día siguiente, cuando la vio aparecer en la sala de audiencias con su aspecto habitual, se avergonzó de haberse mostrado tan alarmista. Sin embargo, siguió vigilándola con mucha atención, mientras las imágenes de Neferu envenenada volvían a acosarlo.

Sentía un gran cansancio, empujado de un lado al otro por sus obligaciones en el templo y el palacio y sus visitas diarias a la obra en construcción, y en más de una oportunidad se vio obligado a delegar en Senmen, su hermano, responsabilidades que habría preferido asumir él mismo. Le disgustaba su tarea en el templo, donde con frecuencia se cruzaba con Menena. Desconfiaba de él. Nunca olvidaría que ese hombre había traicionado la confianza de un faraón y solía preguntarse si Tutmés II jamás sentiría curiosidad acerca de los motivos que llevaron a su padre a destituir de su cargo al Sumo Sacerdote. Finalmente, y para su propia tranquilidad, Senmut colocó espías en la casa de Menena y en el templo, pero no pudo evitar el fuerte presentimiento de que, algún día, ese hombre astuto e intrigante acabaría por significar la ruina de todos.

Dos meses después del regreso de Hatshepsut de las tierras de Kush, Nofret se dio por vencida y decidió abandonar sus intentos de cruzar los extremos del faldellín con que envolvía la cintura de su reina. Dejó caer las manos en un gesto de fugaz impotencia.

–Perdonadme, Majestad, pero estos faldellines os quedan muy pequeños. Tal vez deberíais mandaros hacer otros un poco más holgados.

–Lo que en realidad quieres decirme es que debería meter menos la mano en la caja de los dulces –le contestó Hatshepsut sonriendo, hasta que de pronto otra posibilidad la llevó a palparse el vientre con manos inquisidoras.

–Nofret, manda llamar a mi médico. Quiero que venga enseguida. Y no te preocupes –agregó, al ver el ceño preocupado de la mujer–, no creo que se trate de ninguna enfermedad.

Mientras esperaba se sentó en el lecho, ajena por completo a las preocupaciones cotidianas, embargada repentinamente por una mezcla de júbilo y aprensión. Por supuesto, tarde o temprano tenía que suceder, se dijo. ¿Cómo no se me ocurrió antes? He estado tan atareada haciendo la guerra que ni se me pasó por la cabeza la posibilidad de tener un bebé.

Cuando llegó el médico, Hatshepsut le ordenó que la examinara y permaneció tendida en el lecho, muy tensa, mientras él cumplía con esa tarea. Cuando lo vio enderezarse, ella se incorporó con ansiedad.

–¿Y bien? ¿Qué opinas?

–Sería un poco prematuro decirlo en forma categórica, Majestad...

–Claro, claro. La cautela es algo indispensable en tu profesión. Pero ¿no podrías adelantarme aunque sólo fuera una conjetura?

–Creo que Vuestra Majestad está encinta.

–¡Ah! ¡Qué ciega y necia he sido! ¡Egipto tendrá un heredero! –Se puso de pie y su aspecto era resplandeciente–. Nofret, ve a buscar al faraón. Ya debe de haber vuelto del templo. Dile que tengo urgencia por hablar con él.

–Vuestra Majestad deberá evitar por completo los dulces y sólo os estará permitido beber muy poco vino. Debéis acostaros temprano, descansar todo lo posible y no comer demasiados alimentos asados. Asimismo conviene que...

El médico la seguía mientras Hatshepsut recorría acaloradamente la habitación, dándole toda clase de instrucciones con voz cortante y profesional, pero ella ya no le prestaba atención. Tenía sus pensamientos enfocados hacia dentro, hacia su propio cuerpo, sus misterios, su belleza; de pronto el futuro le pareció más precioso que nunca.

Tutmés entró apresuradamente en el cuarto. Había estado observando los trabajos en sus nuevos pilones en el templo cuando Nofret le dio su mensaje. Abandonó el lugar de mala gana, pero la expresión de la mujer le transmitió una sensación de temor que le hizo caminar con una celeridad desacostumbrada. Cuando llegó al palacio de Hatshepsut, prácticamente corriendo, le faltaba el aliento y tenía la cara congestionada.

–¿Qué ocurre? –Preguntó, resollando, al ver al médico.

Hatshepsut corrió hacia él con el rostro encendido.

Tutmés se desplomó en la sillita de su mujer y se secó el sudor de la frente.

–No puede ser algo muy grave, pues jamás has tenido un aspecto más sano.

–Tutmés –dijo ella, extendiendo los brazos para que la abrazara–, ¡Egipto tendrá un heredero y seré yo quien se lo proporcione!

Se puso en pie de un salto, contagiado por el estado de ánimo burbujeante de Hatshepsut, le dio un corto abrazo y volvió a sentarse.

Pero ella descubrió en el rostro de Tutmés un dejo de cansancio que le resultó incomprensible.

–¿No te alegras? –Le preguntó–. ¿Acaso no te preguntabas si tendríamos alguna vez un heredero, y no te regocija pensar que, ahora que estoy a punto de darle a Egipto el máspreciado de los dones, ningún príncipe extranjero ocupará el Trono de Horus?

–Bueno, eso depende del sexo de la criatura –gruñó Tutmés–. Si es una niña, tendremos que buscar un príncipe real.

–¿Se diría que no estás nada contento! ¡A pesar de nuestras incompatibilidades, al menos podrías alegrarte por Egipto!

–¿Me alegra, me alegra! –Se apresuró a asegurar–. Por supuesto que sí. Pero sabes que tengo razón, Hatshepsut. Si no es un varón tendremos que empezar de nuevo.

–Y, desde luego, eso significará un enorme sacrificio para ti –se burló ella–. Francamente, Tutmés, me decepcionas.

–Lo siento –respondió él, moviéndose con incomodidad en el pequeño asiento que casi no lograba contenerlo–. Es que...

–¿Y bien? ¿Qué pasa? –Todo su alborozo había desaparecido, y lo enfrentó con las manos apoyadas en las caderas–. ¡Oh! ¿Por qué será que todos los tutmésidas son tan difíciles de entender?

–No olvides que tú también lo eres –le contestó Tutmés, irritado–. No creo que exista en el mundo un ser más insondable que tú, Hatshepsut. Lo que ocurre es que ayer recibí una noticia idéntica: también Aset espera un hijo.

–¿Y en qué puede afectarme ese hecho? –Le preguntó, sorprendida–. ¡Por el palacio corretean un sinnúmero de bastardos del rey! No veo por qué habría de preocuparme que haya uno más. En cambio mi hijo será absolutamente legítimo.

Tutmés se agitó, incómodo, y bajó la vista.

–También lo será el hijo de Aset. He decidido convertirla en mi segunda esposa.

Hatshepsut quedó con la boca abierta y Nofret y el médico permanecieron inmóviles, con la mirada fija en la espalda rígida de la reina. Hatshepsut clavó la vista en Tutmés hasta que él comenzó a sentirse molesto, y luego se desplomó en el lecho con actitud de total incredulidad.

–A ver si te he entendido bien –dijo con notorio esfuerzo–. ¿Piensas casarte con esa... esa bailarina ordinaria?

–Sí –contestó Tutmés con tono desafiante pero sin levantar los ojos–. Me gusta mucho. En inteligente, cariñosa y capaz de manejar a todas las demás mujeres.

Me hace muy feliz

–¿Con qué criterio juzgas la inteligencia de una persona? –Lo increpó Hatshepsut–. ¿Acaso el hecho de ser la mujer de piernas más largas del harén la convierte también en un ser inteligente? ¿Qué otro recurso posees, Tutmés, para evaluar esas dotes?

Pero su intuición le dijo en dónde residía la verdadera fuerza de Aset: hacía sentir al faraón más hombre que el resto de las mujeres, y porque era más astuta que las 'otras esclavas bobas y llenas de sonrisas tontas, él se sentía halagado. Tutmés se enderezó en el asiento y frunció el ceño y en ese enfurruñamiento Hatshepsut reconoció los signos de su voluntad empecinada, lenta en despertar pero luego imposible de dominar. Le recordaba a su padre. Levantó las manos en ademán de exasperada sumisión.

–Muy bien, entonces. Es tu derecho casarte con quien se te antoje. Lo único que lamento es que no hayas elegido a una mujer de la nobleza: la hija de Inem, por ejemplo, o una de las bellísimas hermanas de User–amun. Esta tal Aset no es digna de un faraón, Tutmés. Es una intrigante, una trepadora, y es posible que te arrepientas de haberla hecho entrar al palacio.

–¡No pienso seguir escuchándote! –Rugió Tutmés, presa de uno de los violentos ataques de malhumor que había heredado de su padre–. ¿Desde cuándo posees una intuición infalible? A veces descubres que estabas en un error, lo mismo que yo.

¡Y te aseguro que esta vez te equivocas!

–Es raro que me equivoque, Tutmés –insistió ella–. Como soberana de este pueblo no puedo darme el lujo de juzgar a la gente con desacierto ni con ligereza, y te aseguro que Aset es una mujer mezquina y malvada.

–¡Puras palabras! –se mofó él, impotente frente a la aplomada superioridad de su hermana–. Lo que pasa es que estás celosa y temes que con Aset y su hijo yo te aparte de mi lado.

Lo dijo sólo para defenderse, y Hatshepsut sonrió divertida, pues sabía tan bien como él que eso jamás ocurriría.

–Bueno, sea como fuere –farfulló Tutmés–, no entiendo por qué te opones tan tenazmente. Le tengo mucho afecto, ¿sabes? Y por lo menos ella está donde yo quiero que esté, en el momento en que lo deseo.

–Ya lo sé, ya lo sé –concedió ella en tono más afectuoso, sabiendo que era inútil tratar de convencerlo de la peligrosidad que entrañaba Aset–. Cástate con ella entonces, y convierte a la criatura que lleva en su seno en descendiente real. ¿Qué crees que será: varón o niña?

–Supongo que te resultaría muy gracioso que las dos tuvierais niñas –murmuro Tutmés con amargura–. Entonces habría dos hijas reales pero ningún varón para ocupar el Trono de Horus.

–En ese caso –dijo ella, sonriendo–, mi hija ascendería las gradas del Trono Sagrado, como la única heredera mujer de puro linaje real.

–¡No seas absurda! Ninguna mujer ha ceñido a su frente la doble corona.

–Yo lo he hecho.

–Eso fue diferente. La usaste como Regente, no como faraón.

–No empecemos otra vez con lo mismo. Ya habrá tiempo de sobra para discutir quién tiene más derechos al trono.

–No habrá ninguna discusión –dijo Tutmés poniéndose de pie–. Como faraón, soy yo quien decide quién deseo que sea mi sucesor.

–Siempre y cuando tu heredero se case con una mujer de linaje real.

–Desde luego. Ahora debo irme. Me alegro por nosotros, Hatshepsut, y por Egipto –dijo, y partió.

Hatshepsut se encontraba demasiado distraída como para sonreír ante estas palabras. ‘Una bailarina ordinaria. ¡No puedo creerlo!’, Pensó en voz alta. Despidió al médico y se recostó mientras Nofret le aplicaba paños fríos en la cabeza.

Antes de que esa semana llegara a su fin, ya toda la ciudad estaba enterada, primero, de que Egipto tendría un heredero y, segundo, de que Tutmés se preparaba para tomar una esposa. En el lapso de un mes, las noticias se habían esparcido desde el delta hasta las

cataratas y Egipto lanzó un enorme suspiro de alivio. Tutmés era un gran faraón y su reina una poderosa soberana, y en el país todo marchaba con orden y eficiencia, pero el recuerdo de la dominación extranjera estaba todavía demasiado fresco en la memoria de sus habitantes como para que se resignaran a la idea de ser gobernados por un príncipe que no llevara sangre egipcia, así que el nacimiento de un heredero real representaría la solución de ese problema.

Senmut recibió la noticia sin hacer ningún comentario. La misma Hatshepsut se lo había dicho, observándolo ansiosamente, y al cabo de un momento él hizo una profunda reverencia y le ofreció sus felicitaciones.

Pero intuyó en él una tristeza profunda que le resultó penosa, y que la llevó a alejarlo de su lado. Hatshepsut sentía a su hijo como una nueva seguridad para Egipto, otro dios que continuaría con su obra cuando ella se cansara de vivir y ascendiera a la barca celestial para sentarse junto a su Padre. Había momentos, sin embargo, en que la sola idea de que su hijo recibiría todo lo que a ella le había sido negado, le despertaba un profundo resentimiento. Así pues, sus estados de ánimo se volvieron muy inestables.

Comenzó a ir a su valle con mayor frecuencia, transportada en la litera, mientras el nubio sordo corría junto a ella meciendo su abanico escarlata. Una vez allí se quedaba un buen rato extasiada, contemplando con avidez las líneas armoniosas y las Imponentes rampas de su monumento. Faltaba poco para que la segunda terraza quedara concluida, y ya le era posible imaginar el recorrido de la rampa que ascendería hasta los santuarios ocultos. Pero Hatshepsut siguió observándolo todo de lejos.

Entre ella y Senmut parecía haber caído un velo. Hatshepsut jamás perteneció tanto a Egipto y a Tutmés como en ese momento en que su cuerpo se expandía con la criatura que llevaba en sus entrañas; así que Senmut, con mucho tacto, puso cierta distancia entre ambos, a pesar de lo mucho que le costaba hacerlo. Siguió viéndola todos los días y accediendo a sus peticiones de que le leyera algo o le relatara anécdotas en esas tardes interminables. Senmut sabía que la tranquilizaba su presencia, pero entre ambos reinaban la serenidad y el compañerismo de un par de primos, y ninguno atormentaba al otro con problemas afectivos explícitos o sobreentendidos.

Le había pedido a Senmut que se asegurara de que Aset fuera vigilada constantemente y él así lo hizo, sabiendo que la nueva Esposa Real no lo ignoraba y tampoco le molestaba. Lo temerario de ese desdén lo llenó de alarma, pero cuando intentó transmitirle su intranquilidad a Hatshepsut, ella no hizo más que romper a reír.

–No te preocupes –le dijo–; que siga haciendo gala de su engreimiento. No es más que un pavo real, y en algún momento tropezará con sus propias plumas.

Pero Senmut no estaba muy convencido de que así fuera, y tampoco lo estaba Hatshepsut, aunque le ordenara continuar con la lectura, se recostara en el respaldo de la silla y cerrara los ojos. Tal vez Aset fuera veleidosa, pero era también astuta y no tenía nada de tonta.

Aset fue la primera en dar a luz: triunfante y ruidosamente, entre gritos y sollozos.

Tutmés, luego de inclinarse hacia esa criatura empapada que berreaba a todo pulmón, aplaudió alborozado.

–¡Un varón! ¡Por Amón! ¡Y vaya si es robusto! ¡Oid cómo grita! –Exclamó mientras alzaba a su hijo en sus brazos torpes y ansiosos.

–Entrégaselo a la nodriza –dijo Aset, y Tutmés lo colocó en brazos de aquella mujer silenciosa, quien se lo llevó de la habitación.

Tutmés se sentó entonces al borde del lecho de Aset y le tomó las dos manos.

Ella le sonrió y lo miró con ojos cansados.

–¿Estás contento con tu hijo, poderoso Horus?

–¡Muy contento! Te has portado muy bien, Aset. ¿Puedo ofrecerte alguna cosa?
¿Algo que te haga sentir más cómoda?

Aset, con gran habilidad, bajó la mirada y retiró las manos.

–Saber que cuento con tu permanente amor, Gran Señor. Eso es todo lo que deseo. El hecho de gozar de tu protección es el mejor regalo para mí.

Tutmés se sintió complacido y halagado. La atrajo hacia sí, y ella acurrucó la cabeza sobre su hombro como lo haría un gatito confiado e indefenso.

–Todo Egipto te bendice en este día –dijo Tutmés–. Tu hijo será un príncipe poderoso.

–¿Y tal vez llegue incluso a ser faraón?

De pronto él se sintió un poco cansado y abrumado, y el gozo que había experimentado al ver a su primogénito quedó ensombrecido por la evidente codicia de las palabras de Aset.

–Quizá –respondió–. Pero sabes tan bien como yo que eso depende en gran medida del sexo del hijo de la reina.

–Pero tú eres el faraón, en cuyas manos reside todo el poder. Si deseas que mi hijo te suceda en el trono, no tienes más que decirlo y todos te obedecerán.

–No es así de simple, y bien que lo sabes –la regañó con ternura–. No seas demasiado voraz, Aset. Más de un príncipe excelente y de un apuesto noble han muerto carcomidos por esos sentimientos.

Aset se ruborizó al oírlo, sobresaltada al descubrir en él una intuición que jamás supuso que tuviera, pues también ella tenía una pobre opinión de Tutmés. Nunca había presenciado los ataques de obstinación que Hatshepsut le provocaba a menudo, ni lo conoció en las épocas en que no era más que un príncipe que vagaba por el palacio con los ojos y la mente bien abiertos y la boca cerrada. No dijo más sobre el asunto, pero su resolución se volvió más firme y se juró a sí misma que lo que no lograra llevar a cabo en forma directa lo obtendría valiéndose de una sutil persuasión.

Su hijo sería faraón. Estaba decidida a que así fuera.

Tutmés consultó a los astrólogos y los sacerdotes con respecto al nombre del pequeño y recibió la respuesta unánime de que debía llamarse también Tutmés, cosa que él anhelaba fervientemente. Lo primero que hizo fue encaminarse, tan ufano como un gallito joven emperifollado, a ver a Hatshepsut. Ella se estaba vistiendo después del descanso de mediodía, y el sueño todavía no había abandonado sus párpados. La habitación se encontraba en penumbra y la atmósfera era calurosa y pesada. Lo recibió y, mientras hablaban, Nofret le deslizó la túnica por encima de la cabeza y comenzó a cepillarle el cabello.

–Aún no te he felicitado por el nacimiento de tu hijo –le dijo–; no sabes cuánto lo siento, Tutmés, pero estos últimos dos días he estado muy preocupada. Parece existir cierto litigio con respecto a la cantidad y la clase de tributo que ordenaste se le exigiera al desdichado Hanebu, y el monarca y mis recolectores de impuestos han estado regateando como dos viejas en el mercado. ¿Cómo está el pequeño?

Tutmés acercó una silla y se sentó a su lado, observando como hipnotizado el ir y venir del cepillo por su brillante cabello.

–Te has cortado un poco el pelo –comentó.

–Sí, en efecto. Prefiero que me llegue sólo hasta los hombros, así no siento tanto calor en el cuello. Háblame del niño.

–Es muy fuerte y vigoroso y se parece mucho a nuestro padre. ¡Es un auténtico tutmésida!

–Entonces debes hacer que me lo traigan, para que pueda juzgar por mí misma cuánto hay en él de Osiris–Tutmés y cuánto del orgullo tonto de un padre presumido y embobado.

–Hatshepsut –protestó él con tono agraviado–, hasta la servidumbre lo comenta. Y también Aset está muy complacida de que así sea.

Más le valiera no haberlo dicho. Hatshepsut apartó de golpe la cabeza del peine, se paró y se alejó.

–¡Me lo imagino! ¡Bueno fuera! Es una verdadera suerte para ella que tu hijo lleve el sello de la realeza y no las huellas deshonrosas de su familia plebeya.

Tutmés, furioso, abrió la boca para replicarle, pero ella se detuvo de pronto junto a su mesita, sirvió vino y ordenó a Nofret que levantara las esteras de las ventanas. Cuando el sol entró a raudales en la habitación, le ofreció una copa y se sentó de nuevo frente a su mesa de cosméticos.

–¿Y qué novedades hay del nombre que le pondrán? –Preguntó.

Tutmés se echó hacia adelante, su acceso de cólera casi evaporado por completo.

–Los sacerdotes dicen que debe llamarse Tutmés, y que será un nombre lleno de poder y de magia. Aset...

–¡Sí, ya lo sé! –Interrumpió ella con fastidio–. Aset está muy complacida.

–No –la corrigió él–. Aset no está nada complacida. Ella hubiese querido llamarlo Sekhenenre.

Hatshepsut lanzó una carcajada y casi se ahogó con el vino que tenía en la boca.

Cuando por fin pudo hablar, vio que Tutmés sonreía, a pesar de sí mismo, contagiado por su ataque de hilaridad.

–¡Oh, Tutmés, imagínate! ¡Sekhenenre! ¿Acaso Aset ve a su hijo como el aniquilador de sus enemigos, un hombre poderoso en las batallas, un soldado recordado por las leyendas y las canciones? El nombre del grande y valeroso Sekhenenre, el Dios que es también mi antepasado, es sin duda un nombre lleno de fuerza y poderío pero ¿sabe la pobre Aset que ese nombre está empañado, pues el buen Sekhenenre pereció entre el dolor y la derrote a manos de los hicsos? ¡Supongo que no!

–Es posible. Pero, a pesar de todo, es un nombre bueno y sagrado.

–Tienes razón –dijo ella–, pero Tutmés es mucho más adecuado para el hijo del faraón actual.

Le habría gustado preguntarle acerca de los sueños que abrigaba para el pequeño, las esperanzas y temores que comparten todos los padres, pero estaban demasiado lejos el uno del otro como para hacerse auténticas confidencias. No necesitó preguntarle cuáles eran los planes de Aset con respecto al futuro de la criatura: los conocía bien, así como conocía la mezquina ambición y la vanidad de esa mujer.

Y, sin embargo, no creo que sea una ambición despreciable, pensó, vislumbrando de pronto el futuro con inquietud. Tutmés. ¿El nombre de mi suave y benévolo hermano, o el de un rey poderoso y fuerte? Pero ¿por qué me pongo a pensar en todo esto ahora, cuando mi propio hijo todavía no ha visto la luz de Ra?

Tres semanas más tarde, a primera hora de la mañana, los nobles y portadores de títulos de Tebas recibieron la orden de presentarse en los aposentos de la reina.

Fueron llegando uno por uno, todavía medio dormidos, y allí encontraron al faraón que los aguardaba hirviendo de impaciencia.

–Su Majestad ha comenzado a dar a luz –anunció–. Como príncipes de Egipto, es vuestro derecho estar presentes conmigo en la alcoba –dijo y desapareció al otro lado de la puerta entreabierta, por la que se colaba una pálida cinta de luz amarilla.

Los hombres lo siguieron, pero Senmut se quedó rezagado y habría huido hacia la oscuridad si Hapuseneb no lo hubiera aferrado bruscamente del brazo, obligándolo a volverse. Senmut se soltó y tuvo que contenerse para no golpear a su amigo, y Hapuseneb vio el relámpago de ira que atravesó sus ojos negros.

–¿Dónde vas, Mayordomo de Amón?

Senmut cerró los puños debajo de la capa y respondió, por entre sus dientes apretados:

–Salgo de aquí, visir. Me iré a casa a esperar allá las novedades. ¿Acaso piensas que puedo entrar en esa habitación?

–Creo que debes hacerlo –dijo Hapuseneb con expresión comprensiva–. En primer lugar, eres un Erpa–ha y, como príncipe hereditario de Egipto, debes estar presente y estampar tu sello junto a los de los demás para atestiguar un evento de la importancia de este nacimiento real.

–No has conseguido hacerme cambiar de opinión –saltó Senmut con irritación–. He sido campesino e hijo de campesino mucho antes de que la Reina me confiriera ningún título, y tengo la tosca obstinación de un campesino.

–¿Cuándo dejarás de insultar a la Hija del Dios y a la reina inmortal al imaginarla como una débil y humilde mujer del montón? ¿Supones acaso que dará muestras de reconocerte allí dentro, o pronunciará una palabra, o dejará escapar siquiera un gemido? ¿Crees que una reina da a luz como las plañideras mujeres del harén?

Vamos, Senmut, recupera la compostura. Has crecido mucho en cuanto a honores y _cargos... y también en estatura. Pero aquí –dijo, dándose golpecitos en la cabeza– todavía tienes muchos rincones llenos de necedad y de orgullo. ¿Osarías creerte superior a la reina, el faraón y la ley?

–¡Basta! –Exclamó Senmut–. No soy un adolescente inexperto ni un estudiante torpe y estúpido. No necesito tus sermones, pues conozco mejor que tú los rincones más oscuros de mi mente. Jamás, ¿me oyes? Jamás me he creído superiora ella ni al faraón, y no tengo la menor duda con respecto a qué y quién representa la ley. No me hostigues Hapuseneb, últimamente son tantas las responsabilidades que me han cargado sobre las espaldas como bolsas de cereales, que ya no sé si llegaré al fin de la jornada caminando o arrastrándome como un ciego en un sendero peligroso. Tal vez sea un príncipe, si, como tú, ¡pero también soy una bestia de carga!

–No olvides que hablas con alguien que ha tenido que soportar el peso del poder desde mucho antes que tú abandonaras los estropajos y el jabón sobre el suelo del templo –le recordó cordialmente Hapuseneb–. Y, ¿por qué nos desgastamos de esta manera, Senmut, día tras día? ¿Porque nos gusta estar en permanente actividad? Nada de eso, mi amigo –dijo apoyando pesadamente una mano en el hombro de Senmut–: porque ambos sabemos dónde radica la salvación de Egipto, y porque ella es todo lo que afirma ser. Ven, entremos juntos. Es una ocasión única para demostrarle nuestro apoyo.

Inesperadamente Senmut se dio por vencido y se dejó conducir por Hapuseneb a esa habitación colmada de gente y saturada de vapores de incienso. Pero mientras su compañero ocupaba un lugar junto a la cama, como era su derecho, él se quedó en el otro extremo del cuarto y se sentó en el suelo, desde donde le resultaba imposible ver nada.

Hatshepsut yacía en el lecho con los ojos cerrados y las manos apoyadas flojamente sobre la colcha de lino blanco. De no haber sido por algún temblor esporádico de sus dedos alargados o los casi imperceptibles movimientos de su cabeza, se diría que estaba dormida. El trabajo del parto había dado comienzo el mediodía anterior, y ya al ocaso se sentía agotada. El médico le había administrado una poción de adormidera, que la hizo sumirse en una suerte de penumbra de imágenes fugaces entretejidas con fogonazos de dolor lacerante. Sus sueños la transportaban muy lejos, pero tenía momentos de lucidez en los que abría los ojos y veía sobre ella la cara preocupada de Tutmés y, junto a ella, sobre la pared, las sombras de muchos hombres. Finalmente la cabeza se le despejó y oyó que la comadrona exclamaba: – ¡El parto es inminente!

Entonces un espasmo de dolor la estrujó y le hizo apretar los labios con fuerza y girar la cabeza hacia un lado, en un esfuerzo supremo por no dejar escapar ni un gemido.

Cuando el dolor cedió, el médico se inclinó y le dijo al oído: –No puedo daros más adormidera, Majestad. De todos modos no serviría de mucho, ya que la criatura está a punto de nacer.

Hatshepsut asintió débilmente e hizo acopio de todas sus fuerzas cuando la última oleada de dolor se abatió sobre ella y pareció devorarla. La frente se le perló de transpiración, pero ella apenas lanzó un tenue quejido, y el grito de la partera le hizo olvidar el dolor.

–¡Una niña, nobles de Egipto! ¡Una niña!

Los hombres se agolpaban para contemplar aunque sólo fuera fugazmente a la princesa, que lanzó un débil sollozo. Por entre ese remolino Senmut vio que Hatshepsut se incorporaba, apoyándose sobre su codo, los ojos más grandes que nunca a causa de la droga, y la tez pálida y transparente como el velo arrugado que la cubría.

–¡Ayudadme a sentarme! –Ordenó, y el médico la levantó con gran delicadeza.

Entonces ella extendió los brazos para que le dieran la criatura y la apretó contra su cuerpo. Tutmés apoyó una rodilla en el suelo y ella le sonrió como a través de la bruma, todavía flotando en un mar de adormidera–. ¡Una niña, Tutmés! ¡Una hermosa y delicada Hija de Amón! ¡Mira cómo sus dedos diminutos se prenden de los míos!

–Ya lo creo que es delicada, Hatshepsut; y tan hermosa como tú –respondió él, sonriendo–. ¡Pimpollo de la Flor de Egipto!

La besó en la mejilla y se puso de pie, pero Hatshepsut ya no lo miraba; contemplaba ese montoncito de pelo negro acurrucado en sus brazos, y no prestó atención a la nodriza que, impasible, aguardaba al pie de la cama.

Tutmés se dirigió entonces a ese conjunto de hombres aliviados.

–Los documentos aguardan vuestros sellos. El Escriba Aneen os acompañará hasta la puerta.

Todo comenzaron a enfilar hacia fuera, entre un murmullo de comentarios.

Senmut se encaminaba también hacia la puerta, pero la voz del lecho lo hizo detenerse. Hatshepsut lo llamó y él se le acercó, inclinándose. Lo acompañaba pen–Nekheb, que respiraba con cierta dificultad y desplazaba el peso de su cuerpo de uno a otro de sus pies cansados, y ambos esperaron a que ella dulcemente soltara esos dedos pequeñitos de su camisón y sostuviera en alto a la criatura.

–Toma a mi hija, Senmut. –Al ver que él vacilaba, lo apremió–. ¡Tómala! Te nombro Gran Tutor Real. A partir de este momento eres responsable de su salud y su seguridad, y tengo la certeza de que te encargarás de que no sea demasiado consentida ni demasiado exigente. Dejo en tus manos la organización de todo lo referente a la princesa y el cuarto de los niños; y el ama de leche, aquí presente, queda bajo tus órdenes.

Senmut tomó ese paquetito de carne con infinito cuidado y dulzura y, al mirar a la pequeña, se topó con un rostro tan parecido al que él amaba que su vista fue varias veces de una a otra, mientras Hatshepsut se recostaba con un suspiro.

–Tenía que estar segura de que estuviera en buenas manos –les dijo–, pues son muchas las cosas que suceden en un palacio tan grande como éste, y ¿cómo podría estar yo enterada de todo? En cuanto a ti, pen–Nekheb, te encomiendo su futura educación. Quiero que reciba el mismo tipo de instrucción que yo: que tenga la libertad de estudiar en la escuela y ejercitarse en el campo de entrenamiento, y que ninguna puerta del saber le esté vedada.

Cerró los ojos y, cuando estaba a punto de dormirse, volvió a abrirlos y despidió a ambos hombres.

Pen–Nekheb regresó a su casa a acostarse, pero Senmut fue al cuarto de los niños y colocó él mismo a la pequeña en su cuna de oro, arropándola bien y asegurándose de que un soldado del Ejército de su Majestad montara guardia al otro lado de la puerta y otro, en el jardín, debajo de la ventana alta y angosta. Abandonó el lugar y partió en busca de Nehesi para pedirle que seleccionara algunos hombres más de la escolta personal del rey y los apostara cerca del dormitorio de la niña para reforzar la custodia. Sólo cuando se sintió satisfecho y tranquilo regresó a su pequeño palacio.

Encontró todo en total silencio. Ta-kha'et le había dicho que lo esperaría para que le contara las novedades, pero la encontró dormida sobre la estera, junto a su lecho, así que se acostó sin despertarla. Se sentía muy cansado.

Las celebraciones del templo se prolongaron durante varios días, y a ellas asistieron el faraón y toda su corte. Ta-kha'et tuvo que sacar a relucir sus galas y acudir sola, pues Senmut se pasaba el día en el cuarto de niños, vigilando cada detalle de la crianza de la nueva princesa. El ama de cría tenía leche en abundancia y el resto del personal estaba constituido por mujeres de edad mediana que habían sido seleccionadas del harén por haber pasado muchos años atendiendo a sus propios hijos. Senmut reunió a todas y les dio instrucciones con expresión adusta, recomendándoles que procuraran que la criatura sólo recibiera afecto y paciencia en todo momento.

Finalmente partió, a regañadientes, a inspeccionar los nuevos corrales para el ganado de Amón y hablar con Benya, quien se proponía discutir las dimensiones exactas del tercer pilar que debía erigirse en la segunda terraza. Pero no podía dejar de pensar en esa niñita que dormía tanto y parecía tan apática. No era extraño que una criatura del sexo femenino fuese menos movediza y ruidosa que un varón, pero de todos modos Senmut decidió consultar al médico de Hatshepsut al respecto y tal vez conseguir algún encantamiento provechoso de los hechiceros del templo.

La eficacia de la magia no terminaba de convencerlo, pero no se perdía nada con probar.

Hatshepsut aguardaba con impaciencia las noticias referentes al nombre elegido para la niña. Estaba levantada, pues prefería su pequeña silla al lecho y, aunque todavía débil y agotada, fue observando que, lentamente, su cuerpo iba recuperando su silueta habitual. Cierta día arrojó a un rincón los velos que la cubrían y se puso nuevamente uno de los escuetos faldellines que siempre le resultaron tan cómodos, fascinada al sentir una vez más la familiar sensación de libertad que le proporcionaban. Cuando se encontraba absorta en la tarea de elegir un cinturón, indecisa, mientras Nofret se los exhibía colgados de sus dos brazos extendidos, anunciaron la llegada del Segundo Sumo Sacerdote de Amón. Inmediatamente Hatshepsut ordenó que lo hicieran pasar y en cuanto lo vio no anduvo con rodeos.

–¡Dímelo enseguida! –Exclamó con impaciencia–. ¿Cuál será el nombre?

–Llegar a la decisión fue una tarea prolongada y difícil, pues como Princesa Real de pura estirpe, su nombre debe detentar gran poder y ofrecerle una protección total.

–¡Sí, sí! ¡Por supuesto!

–El nombre que llevará será Neferura, Majestad.

Las palabras quedaron flotando en el aire. La habitación pareció llenarse repentinamente de un viento helado, una bocanada de aliento fétido y maligno del pasado que le arrebató a Hatshepsut el color de las mejillas y le produjo un escalofrío a Nofret. Hatshepsut, estremecida, lo instó a acercársele.

–Repítame el nombre, Ipuymre, pues me parece haber oído mal.

–Neferura, Majestad. Neferura.

–Es imposible –insistió ella–. Es un nombre lleno de poder, no cabe duda; pero no es un poder bueno ni saludable. Han cometido una equivocación.

El Sumo Sacerdote se sintió agraviado por el comentario, aunque trató de no demostrarlo.

–No hay ningún error, Majestad. Los signos fueron leídos infinidad de veces. Se llamará Neferura.

–Se llamará Neferura –repitió ella con voz opaca–. Muy bien. Amón ha hablado y la niña llevará ese nombre. Puedes irte.

Se acercó a la puerta caminando hacia atrás y saludándola con una inclinación, y el guardia le abrió la puerta y luego la volvió a cerrar.

Hatshepsut permaneció sentada con la mirada perdida en el vacío, como en trance, murmurando el nombre una y otra vez.

–Envía a Duwa–eneh a ver al faraón –le dijo por último a Nofret– y ordénale que le comunique cuál será el nombre. Yo no puedo hacerlo. Creo que pasaré el resto del día recostada en el lecho. Neferura –volvió a decir lentamente mientras Nofret le apartaba la ropa de cama para que se acostara–. Qué mal presagio para mí preciosa pequeña. Debería mandar buscar un hechicero y hacer que lea su futuro.

Pero sabía que esas cosas le eran ajenas y que jamás apelaría a los sacerdotes de Seth.

Tutmés envió de regreso a Duwa–eneh con una aceptación formal del nombre, pero no fue a ver a Hatshepsut, sin duda porque –conjeturó ésta– se encontraba con Aset en los aposentos del pequeño Tutmés. Se puso de costado en el lecho, la cabeza apoyada sobre el brazo, la mirada perdida en la penumbra de su habitación, y comenzó a pensar en su hermana Neferu–khebit y el cervatillo, desaparecidos hacía ya tanto tiempo.

A partir de ese momento rehusó levantarse. Senmut le llevaba la niña todos los días; entonces jugaba con su hijita, la acunaba entre sus brazos y le sonreía, pero se negaba a abandonar el lecho. Se sentía invadida por una abrumadora laxitud, una apatía paralizante y destructiva. Día tras día hacia sus comidas, bebía y dormía encerrada en la seguridad de su alcoba. En las salas de audiencia y los despachos de los ministerios, Hapuseneb, Ineni y Ahmose, el padre de User–amun, luchaban a brazo partido para poder hacer frente a una creciente avalancha de trabajo, mientras Tutmés y Aset se dedicaban a salir de caza, a pasear en barco y a toda clase de diversiones y entretenimientos, y tanto sus risas como el sonido del ir y venir de su servidumbre eran una provocación permanente para los oídos de esos hombres agobiados por el cansancio, que comenzaban sus tareas muy temprano y a quienes el amanecer del día siguiente encontraba todavía en sus oficinas.

Senmut trató de hablarle a Hatshepsut de esa gran maquinaria que era Egipto y que, huérfana de su mano rectora, comenzaba a chirriar y a deteriorarse, camino a una lenta pero segura destrucción, pero ella le contestó, irritada, que se ocupara de sus propios asuntos y le recordó que era tarea de los ministros hacer frente a las responsabilidades propias de su cargo.

Hasta había recurrido a Tutmés, sólo porque era la única alternativa que le quedaba, a pesar de que la sola idea de hablar con él le provocaba un tremendo rechazo. El faraón se encontraba a punto de embarcarse con Aset y el pequeño Tutmés para realizar un breve paseo por el Nilo hasta Menfis y rendirle allí homenaje a Sekhmet, así que Senmut tuvo que hablarle mientras los integrantes de su séquito se amontonaban en las gradas que daban al agua, y la barca imperial, empavesada con banderas y gallardetes al viento, se mecía y los aguardaba.

Tutmés no había querido prestarle atención.

–Ya me ocuparé de todo cuando regrese –fue su respuesta, sin apartar la vista de Aset, que ascendía por la rampa y le hacía señas de que se apresurara.

Senmut se volvió, lleno de una furia impotente. Pero cuando Tutmés regresó, sus promesas se diluyeron y los festejos continuaron.

Por último, Nehesi decidió enfrentarse con Hatshepsut. Cierta tarde, en medio de un calor sofocante, entró resueltamente a los aposentos de la reina sin ser anunciado y la encontró sentada en el lecho, desnuda excepto por un velo sutil que le cubría la zona de los muslos, con un ramillete de flores de loto marchitas bajo sus manos laxas y un jarro de vino vacío en la mesita contigua. Le hizo una reverencia pero se acercó deprisa junto a ella y la miró.

–Es hora de levantarse, Majestad –dijo con tono perentorio–. Los días vuelan y Egipto os necesita.

Ella lo contempló con ojos opacos.

–¿Cómo entraste aquí, Nehesi?

–Ordenándole a mí soldado que me dejará pasar.

–¿Qué quieres?

–Yo no quiero nada, Majestad –dijo inclinándose sobre ella con gesto apremiante–, pero vuestro país dama pidiendo que volváis a empuñar las riendas de su destino. ¿Por qué permanecéis confinada en el lecho como si fuerais una criatura enfermiza? ¿Qué ha sido del comandante de los Valientes del Rey? ¡ Os aseguro que en este momento no pelearía bajo vuestras órdenes aunque una horda colosal de kushitas nos asediara!

–¡Eso se llama traición! –Dijo Hatshepsut con un destello de su antigua severidad–. ¿Quién eres tú, negro Nehesi, para hablarle a tu reina de traición?

–Soy el portador de vuestro sello real, que lleva colgado del cinto un trozo de metal inservible que ya le cansa. Soy vuestro general, que observa cómo vuestros soldados engordan, se inquietan y pierden la disciplina. ¿Por qué no queréis levantaros?

Hatshepsut contempló esos enormes brazos negros y sólidos extendidos como en una súplica, esa cintura gruesa y musculosa, esa cara lisa que irradiaba una vitalidad serena e irresistible, y se movió, incómoda, bajo la fresca sábana de hilo.

–La cabeza me arde como un fuego –dijo–, y tengo una constante opresión.

Desde que el sacerdote me comunicó el nombre que llevaría mi hija, no he dejado de sentirme débil, agotada, vencida, como si ese nombre me hubiese quitado todas las energías. No puedo pensar en otra cosa, Nehesi; es algo que me acosa sin cesar.

–No es más que una palabra –alegó él–. Es verdad que, en sí mismo, un nombre posee mucho poder, pero es el hombre o la mujer que lo lleva quien debe canalizarlo hacia el bien o hacia el mal.

–Neferu–khebit está muerta –respondió Hatshepsut–. ¿Crees que sólo fue por accidente que su nombre volvió a aparecer en mi vida?

–No –contestó Nehesi, casi gritando–, ¡no fue ningún accidente! Es un buen nombre, un nombre real, un nombre amado por Amón. ¿Acaso creéis que elegiría para la hija de su hija un nombre que le resultara nocivo? ¿O que vuestra hermana murió a causa de su nombre? ¿Creéis que en este momento ella podría maldeciros, con todo lo que la habéis amado y las cosas que habéis compartido? Majestad, ¡con vuestro comportamiento os deshonráis a Vos misma, a vuestra hermana y a vuestro padre Amón!

Nehesi no aguardó a ser despedido: le lanzó a Hatshepsut una mirada de profundo desprecio y partió.

Hatshepsut permaneció acostada, con el corazón latiéndole más deprisa. Las palabras de Nehesi fueron como una sacudida y de pronto se preguntó, llena de pánico, qué hacía recluida en esa habitación cómoda y lóbrega, cuando en el exterior Ra se regocijaba en todos los verdes que despuntaban de la tierra. Pero no se levantó.

Cierta mañana en que Aset no se sentía bien y el resfriado y el dolor de garganta la volvieron nerviosa e irritable, Tutmés fue al cuarto de los niños a ver a su hija. La encontró dormida; siempre parecía adormilada, mientras que el pequeño Tutmés no hacía más que patear, sonreír y luchar por liberarse de la ropa que lo ceñía. El faraón contempló a la niña con aire perplejo y en su frente serena se dibujó una arruga de preocupación.

Entonces se dirigió a los aposentos de Hatshepsut y se instaló en la silla que su mujer tenía junto a la cama.

–¿Cómo te sientes hoy? –Le preguntó.

Ella lo miró por el rabillo del ojo.

–Bastante bien. ¿Cómo te las arreglas con los asuntos de gobierno, Tutmés?

–No tengo la menor idea; eso se lo dejo a los ministros. ¿Para qué los tenemos, si no?

Esas palabras le sonaron tan parecidas a las que ella le había respondido a Senmut que se incorporó en el lecho, espantada.

–¿Quieres decir que no lees los informes todos los días?

–No, no lo hago. La lectura no fue nunca mi fuerte y el garrapateo monótono de los escritos me aburre. Pero, en cambio, ¡he cazado unas presas excelentes!

Hatshepsut se quedó mirando su rostro fatuo con más emoción de la que había experimentado en muchas semanas y unas ganas tremendas de borrarle esa sonrisa tonta con un cachete. Mientras su cólera iba en aumento, se deslizó de la cama y llamó a Nofret para que le alcanzara su bata.

–¡Supuse que estarías encantado de mangonear a tus anchas por un tiempo! ¿Entonces, no has hecho absolutamente nada? –Exclamó, evocando de pronto el rostro suplicante de Senmut y la furia que asomaba en sus labios, pero sin lograr recordar más que en forma muy vaga la naturaleza de su ruego–. Mientras yo descansaba, ¿no has hecho otra cosa que jugar?

–¿Jugar? Sólo los niños juegan.

–¡Oh, mi querido Egipto! –Musitó ella–, ¿qué te he hecho?

Tutmés la miró con azoramiento y ella se envolvió en su bata.

–Hatshepsut –balbuceó, pero ella ordenó que le llevaran comida y leche antes de prestarle atención–. Vine a hablarte sobre Neferura.

Ella oyó el nombre impasible, preguntándose por qué razón le había producido antes semejante congoja. La niebla que le obnubilaba el cerebro comenzaba a despejarse con rapidez, aunque todavía sentía las piernas un poco flojas. Ya su mente corría hacia las salas de audiencia, imaginando la pila de correspondencia intacta que aguardaba su sello.

–¿Qué ocurre con ella?

¿Has consultado a los médicos con respecto a su salud? Tiene un aspecto tan...

–También Senmut me comentó lo mismo, pero el médico sostiene que es así por naturaleza, y crecerá tan fuerte y sana como el torito que tienes en tu corral. No te preocupes, ella será un buen faraón.

Tutmés saltó de la silla.

–¡Eso lo decidiré yo!

–No lo creo. ¿Acaso tienes pensado, como faraón, nombrar a Neferura príncipe heredero? ¿Tu Sucesor?

–¡Claro que no! ¡Sería descabellado!

–Tu padre lo hizo y, de no haber sido por ti, en este momento yo sería faraón.

¿Sugieres que era un insensato?

–Sí, decididamente. Ya no es preciso discutir con respecto a la sucesión. Me propongo nombrar a mi hijo Tutmés sucesor al trono y, con el tiempo, casarlo con Neferura para legitimar así sus derechos.

–No, no lo harás. Puedes declarar lo que se te ocurra, Tutmés, pero no permitiré que Neferura se case con Tutmés. He decidido fundar una nueva dinastía... de reinas. Modificaré la ley.

–¡No puedes modificar la ley! –Exclamó Tutmés, atónito–. ¡El faraón debe ser hombre!

–¿Qué quieres decir exactamente con eso? ¿Que el faraón debe poseer órganos masculinos, o que debe gobernar con la firmeza y autoridad propias de un hombre?

¿Quién es Egipto, Tutmés, tú o yo? No necesitas contestar a esa pregunta, más bien te suplico que no abras la boca. Yo gobierno Egipto y Neferura será educada para que gobierne en mi lugar, como faraón.

–¡Tutmés será faraón!

–¡De ningún modo!

Tutmés se puso de pie, hecho una furia.

–¡Pongo a Amón por testigo de que, así como yo soy faraón de Egipto, él reinará! –Gruñó.

–Oh, vete de una vez, Tutmés –dijo Hatshepsut, sonriente, haciéndole un gesto con el brazo–. Pero te prevengo una sola cosa más. Si no te inclinas por Neferura, jamás volverás a compartir mi lecho. Te lo juro.

El faraón echó a andar furioso hacia la puerta.

–¡No es mucho lo que tengo que perder, gata! ¡Perra! ¡No quiero volver a sentir tus garras sobre mí!

Tiró hacia atrás las puertas de bronce y salió. Pero mientras recorría el vestíbulo, mitad corriendo, mitad tambaleándose, lo asaltó una dolorosa nostalgia por las escasas noches que había pasado perdido entre sus brazos, y al llegar a la sombra de los dulces y rozagantes sauces del jardín de Hatshepsut, la maldijo atormentado por el dolor.

Una hora después, los hombres reunidos en la sala de audiencias oyeron el sonido de pisadas rápidas y resueltas que se aproximaban y levantaron la vista de los papeles. Al otro lado de la puerta el guardia pegó un salto, golpeó el mango de la lanza contra el suelo a modo de saludo e instantes más tarde Hatshepsut entró como un vendaval, con la cobra lanzando destellos sobre su frente y el corto faldellín arremolinándose alrededor de sus muslos. Recorrió la totalidad del enmudecido recinto con pasos amplios y enojados, puntuando ese súbito silencio con el cacheteo intencional de sus sandalias de oro contra el suelo. Antes de que alcanzara a aproximarse a ellos todos se prosternaron. Al cabo de un momento en que permaneció de pie, inspeccionándolos, con una mano apoyada en la cintura, dijo: –Levantaos todos. Por Amón, si la pila de papeles os llega casi a las rodillas. ¡Nehesi, el sello! Hapuseneb, nos ocuparemos en primer lugar de tus asuntos. Ineni, alcánzame una silla; quiero sentarme. ¡Vaya si sois una sarta de ministros inútiles y perezosos, esta oficina es un verdadero caos!

Se pusieron de pie y le sonrieron, y en los ojos de todos brilló el inmenso alivio y agradecimiento que los embargaba.

–Egipto ha venido a vosotros –dijo Hatshepsut devolviéndoles la sonrisa e instalándose en la silla que Ineni se apresuró a ofrecerle, y extendió la mano para que le entregaran el primer rollo–. Mis amigos, convertiremos a este país en el más grandioso de todos los tiempos. Acortaremos las riendas hasta que ni una sola persona en toda Tebas, en todo Egipto, tenga la osadía de oponerse a nuestros designios. La tarea que hemos llevado a cabo hasta ahora será insignificante al lado de las cosas maravillosas que realizaremos juntos a partir de este día, y hasta el propio faraón quedará anonadado. –Buscó la cara de Senmut y, al hallarla, los ojos de ambos se transmitieron un mensaje vertiginoso que era a la vez un desafío. Se abocó entonces a la lectura del informe, y Aneen se colocó sobre las piernas cruzadas su tablilla de escriba, con sus cálamos y tintas–. El faraón está a punto de anunciar a su sucesor –les dijo, sin apartar la vista de lo que estaba leyendo, y en esas palabras todos comprendieron la razón de su repentina recuperación–. Afirma –aquí hizo una pausa y paseó la mirada por todos ellos–, afirma que el Halcón–en–el–Nido será el joven Tutmés. –Todos permanecieron en silencio y ella, con aire pensativo, se golpeteó los dientes con el crujiente rollo–. Pero nos dirigiremos al templo y oiremos qué dice Amón al respecto. Estoy segura de que eso no es lo que desea mi Padre. Mientras tanto, ¡a trabajar! –Concluyó Hatshepsut–. Debemos esforzarnos por acrecentar la paz, el poder y todos los dones benéficos que el Dios nos ha concedido.

Cuando llegó el Año Nuevo, ya habían logrado dar cuenta de la acumulación de tareas atrasadas y Hatshepsut, despiadadamente comenzó a consolidar el poder que le había pertenecido desde que su padre le anunció que la nombraría príncipe heredero. Fue implacable en sus exigencias para consigo misma y los que la rodeaban, sabedora de que ella y sólo ella era la esperanza de Egipto. No ignoraba que si deseaba convertir algún día a Neferura en rey, sería preciso que antes salvara cualquier brecha existente entre ella misma y el Trono de Horus. Conversó a fondo sobre el asunto con Senmut y Hapuseneb, y todos coincidieron en que mientras Tutmés viviera –y por consiguiente mientras ella misma

viviera— era poco lo que podía hacerse. Pero Hatshepsut deseaba el trono para Neferura con un apetito cada vez mayor, y se esforzó por encontrar alguna manera de asegurárselo a su hija, incluso después de que ella o Tutmés hubieran muerto.

Con astuta previsión comenzó a reemplazar con sus propios hombres a muchos de los sacerdotes que ocupaban puestos clave en el templo. Pero no podía librarse de Menena, al menos mientras Tutmés quisiera tenerlo a su lado, pues sólo el faraón tenía potestad para elegir al sumo sacerdote; así que Menena siguió asesorando y aconsejando a Tutmés, mientras Hatshepsut se encargaba de rodearlo con un cerco de espías. Se aseguró, lenta y discretamente, de que todos los monarcas, virreyes y gobernadores de provincia le fueran fieles, y solía pasar mucho tiempo en las barracas, departiendo con los soldados, y en los cuarteles de mando de los generales, cautivándolos a todos por igual con su encanto y su ardiente vehemencia. Nada de esto lo hizo movida por razones egoístas. Egipto debía ser fuerte. Amón debía reinar en todo su esplendor. Ésa era su manera de expresar toda la devoción que sentía por el dios y por esa tierra que resplandecía ante sus ojos como una preciada joya azul, verde y ocre.

Nombró a Senmut Superintendente de la Residencia Real, sabiendo que nada de lo que ocurriera bajo su techo pasaría inadvertido a su mirada atenta y calculadora.

También su hija creció al cuidado de Senmut, dando sus primeros pasos en los aposentos de los niños, protegida por el círculo de sus largos brazos. Se había convertido en un hombre poderoso, el más eminente sobre la tierra después de la misma reina.

Cuando finalmente Egipto comenzó a funcionar como una máquina bien aceiteada, Hatshepsut dirigió su atención a la escuela de arquitectos, pues los arquitectos formaban una clase aparte, reverenciada desde siempre por la realeza. Su mirada perspicaz descubrió el talento del joven y hermético Puamra. Le encargó distintos trabajos, tanto para ella como para Tutmés, y él se desenvolvió con serena eficiencia. Comenzó a acudir cada vez con mayor frecuencia a las reuniones del círculo íntimo de la reina, permaneciendo callado contemplándolos o haciendo inesperadamente algún comentario áspero e incisivo que esclarecía el problema en discusión, después de lo cual volvía a sumirse en sus pensamientos. Otro de los recientemente incorporados a su círculo fue Amunofis, cuyo padre había luchado junto a Hatshepsut en el desierto. Lo nombró Mayordomo Segundo, con lo cual compartía con Senmut la responsabilidad de la administración del palacio; y el muchacho no tardó en demostrar sus aptitudes.

Hatshepsut necesitaba tener a su lado hombres inteligentes y de gran resistencia, pues la concentración y la urgencia que ponía en su tarea jamás la abandonaban, y fue así que todos sus ministros, heraldos y escribas elevaban súplicas para no enfermar agobiados por el peso abrumador que ella les cargaba sobre sus hombros. Pero Hatshepsut misma también trabajaba incansablemente sin darse tregua, así que, con gran satisfacción, poco a poco fue percibiendo los cambios sutiles en la balanza del poder. Una a una, todas las riendas iban cayendo en sus manos.

Una tarde calurosa fue a ver al hijo de Aset. En un primer momento pensó ordenar que le llevaran al pequeño, pero luego decidió que le convenía estar algún tiempo en los aposentos de las mujeres para recordarle a Aset y a su séquito de quién era la mano que pulsaba todos los movimientos del palacio.

Hizo que Senmut y Hapuseneb la acompañaran y entró sin anunciarse a la sala de recepción de Aset, que en ese momento jugaba a las damas con una de sus criadas, sus finos codos apoyados sobre el borde del tablero de alabastro y ébano. Tan concentrada estaba en la partida que Hatshepsut se le acercó y permaneció un momento parada a su lado antes de que ambas mujeres se percataran de su presencia.

Aset, sobresaltada, se levantó de un salto y rozó con la rodilla el tablero, haciendo que las piezas saltaran por el aire y se desperdigaran por el suelo, y tanto ella como la criada se postraron, avergonzadas.

Hatshepsut inspeccionó la habitación con la mirada. Era espaciosa, llena de sol y evidentemente sin mucho uso, pues sabía que Aset y Tutmés eran inseparables. Pero tanto el lecho como las mesas, sillas, altares y estatuas eran todos de oro, y en los frisos de las paredes se advertía el brillo opaco de las figuras esbeltas de personas y animales y árboles, todos con incrustaciones de oro argentífero. Por todas partes se observaban indicios de la mano indulgente del faraón, y Hatshepsut decidió que le preguntaría a Ineni, en su calidad de Tesorero, cuántas riquezas había derrochado Tutmés en Aset. Contempló esa cabeza oscura con su cabellera despeinada y desparramada sobre las baldosas del suelo, hasta que por último dijo: –Levántate, Aset. He venido a ver a tu hijo.

Aset se puso de pie como movida por un resorte, luciendo una sonrisa taimada; pero sus ojos entornados y sus labios finos provocaron en Hatshepsut una reacción de irritación que hizo que su propia sonrisa se desvaneciera. Hacia mucho tiempo que no veía a la bailarina, y había acudido a sus aposentos decidida a esforzarse para que le cayera bien. Pero una vez más percibió en ella la arrogante superioridad de una advenediza que abriga sueños temerarios.

–Haz que tu nodriza vaya a buscar al pequeño –le dijo secamente–. Queremos verlo para poder opinar sobre él. El faraón insiste en que se parece a mi padre.

–¡Se le parece muchísimo! –Se apresuró a responder Aset antes de volverse para darle instrucciones a su criada.

Cuando la otra mujer partió deprisa, Hatshepsut se contuvo y no dijo lo que había estado a punto de replicarle. ¿Cómo podía Aset dar fe de tal semejanza, puesto que jamás había visto a Tutmés I? Una vez más Hatshepsut quedó sorprendida por la monumental falta de perspicacia y de discriminación de Tutmés.

Mientras reflexionaba sobre esas cosas, interrogó cuidadosamente a Aset con respecto a todos los detalles de la crianza del joven Tutmés: qué comía, si dormía bien, quiénes eran sus compañeros de juegos. Aset contestó a todas sus preguntas sin vacilar y en forma respetuosa, mirando de vez en cuando de reojo a esos dos hombres altos y silenciosos parados a cada lado de la reina. Por último se abrió la puerta del otro extremo de la habitación y apareció la nodriza llevando de la mano a un pequeño rollizo y moreno que, a pesar de no mantenerse todavía demasiado bien sobre sus propios pies, se soltó y avanzó resueltamente sin temor a caerse. Cuando Hatshepsut lo vio acercarse caminando sobre el suelo lustrado, el corazón le dio un vuelco. No había duda de que era un tutmésida: llevaba los hombros echados hacia atrás y caminaba bien erguido. Sus ojos negros y redondos la descubrieron enseguida y en ellos brilló una pizca de temor y de curiosidad. Sus rasgos eran fuertes y rechonchos y los dientes superiores le sobresalían un poco debajo de la pequeña nariz propia de la infancia, confiriéndole cierto aire de ave de rapiña típico de su abuelo.

Tanto la criatura como la nodriza se acercaron y se inclinaron ante ella, y al sacudir la cabeza confiadamente, el casco de príncipe que llevaba puesto el niño se le cayó hacia adelante y le cubrió los ojos.

Hatshepsut se arrodilló y lo instó a acercársele. Él deambuló a su alrededor pero no permitió que lo abrazara, y su mirada se paseó sin cesar de Hatshepsut a su madre, mientras se metía el pulgar en la boca y comenzaba a chupárselo con fruición. Hatshepsut levantó la vista.

–Senmut, ¿qué opinas?

Senmut se encontraba meditando en los años venideros, imaginando al niño convertido en un hombre joven, un Tutmés III arrollador, con voluntad de hierro y modales bruscos. Estaba admirado al ver la expresión calma y la voz firme de la reina, pero sacudió sus pensamientos y se apresuró a contestarle.

–Que sin duda lleva el sello de la simiente real que le dio origen.

–¿Y tú, Hapuseneb?

Hapuseneb asintió lentamente con la cabeza, ocultando sus pensamientos, como de costumbre, tras un aspecto exterior cortés y cordial.

–Veo a vuestro padre, más allá de toda duda –reconoció.

Cuando Hatshepsut se incorporó y le indicó a la nodriza que se llevara al niño, Aset sonrió afectadamente con aire triunfal.

En cuanto ese par de piernecitas macizas se perdió de vista, Hatshepsut se enfrentó a Aset.

–No quiero volver a verlo con ese casco –dijo. Aunque no lo dijo con palabras hirientes y su voz era calma, todos percibieron cierto tono de amenaza–. Mi marido lo ha proclamado príncipe heredero, pero es todavía una criatura y debe moverse con la misma libertad que los demás niños. Procura no llenarle la cabeza con sandeces, Aset, pues en caso contrario tanto tú como él lo lamentaréis mucho.

Aset hizo una reverencia, y su cara de zorra se transformó en una máscara taciturna.

De improviso Hatshepsut sonrió.

–Es un muchachito hermoso, un auténtico y digno príncipe de Egipto, y un hijo del que Tutmés bien puede sentirse orgulloso –dijo–. Cuidate mucho de malcriarlo. Ahora continúa con tu partida de damas. No te molestaré más.

Hapuseneb se agachó, recogió las piezas esparcidas y las colocó solemnemente sobre el tablero. Aset se inclinó una vez más ante la reina y las puertas se cerraron detrás de los tres visitantes.

Cuando quedó nuevamente a solas, Aset permaneció con la mirada perdida en el vacío, el ceño fruncido, mordisqueándose las uñas con sus afilados dientes blancos.

Durante los años siguientes, en tres ocasiones y muy a pesar suyo, Tutmés se vio obligado a ausentarse del palacio para hacer la guerra, y en cada una de ellas Hatshepsut lo vio partir con inmenso alivio. Aunque el faraón no presenciaba las batallas, no empuñaba las armas ni veía derramamiento de sangre, al menos conducía a sus tropas hasta el lugar del hecho y eso lo llenaba de orgullo. Sus generales se encargaban de dispersar sin mucho esfuerzo a las tribus belicosas y de nariz aguileña de los Nueve Arqueros, realizando al mismo tiempo un despliegue del poderío militar egipcio frente a los moradores de la zona occidental del desierto. Durante los periodos en que Tutmés estaba ausente, la construcción del templo soñado y etéreo del valle progresaba como en grandes arremetidas. A su regreso siempre insistía en ir a ver la marcha de las obras, y muy pronto el lugar se convirtió en un terreno neutral para él y Hatshepsut. En ese valle, que Hatshepsut sentía tan suyo, dominado por el señorial acantilado de Gurnet y venerado por cada piedra colocada merced al trabajo agobiador e infatigable de los operarios, ella y Tutmés podían conversar con mayor tranquilidad de temas poco controvertidos y compartir la perspectiva del día en que el templo estuviera concluido y ambos ascendieran por primera vez esa larga y suave rampa, portando incienso para dedicárselo al Dios.

También Tutmés tenía algunas obras propias en marcha, cuyos proyectos compartía con Hatshepsut. En Medinet Habu planeaba erigir un pequeño templo en honor a su persona, y le preguntó a Hatshepsut si no le importaría presentarle a su talentoso arquitecto. En un gesto de jovial magnanimidad y después de burlarse un poco de él, le dio su consentimiento.

Tutmés también encomendó a Senmut los planos de su nuevo templo dedicado a Athor. ‘Quiero que sea una prueba de gratitud a la Diosa por mi querida Aset’, le había dicho el faraón mirándolo con el rabillo del ojo. Así que Senmut se encontró de pronto trabajando para una mujer que instintivamente le resultaba antipática y un faraón al que trataba desesperadamente de respetar; pese a lo cual sacó fuerzas de flaqueza e incorporó los pedidos de Tutmés a la larga lista de tareas que debía llevar a cabo todos los días.

Sentía un afecto entrañable por la pequeña princesa Neferura. Era tan hermosa y frágil como una flor, y cuando jugaba con ella sobre el suelo del cuarto de niños o la contemplaba deambular por el jardín con el andar vacilante de un borracho, Senmut olvidaba

las presiones inherentes a sus múltiples cargos. A fin de cuentas, pensó, ya se han cumplido todas mis aspiraciones, y el cuidado de esta criatura representa algo así como la culminación de todos mis anhelos. Pero de alguna manera, al escuchar los susurros más secretos de su corazón, supo que era más, mucho más lo que ambicionaba y que no había hecho sino probar sus propias fuerzas.

Cuando todo Egipto comenzó a girar más y más alrededor de Hatshepsut y ella comprobó, complacida, que no había rincón donde no se respetara su voluntad, se dedicó a cubrir Egipto con estelas, obeliscos y pilones, construidos en mármol, granito gris o piedra arenisca rosada; monumentos que le recordaran permanentemente a su pueblo quién era en realidad la que sostenía las riendas del poder. Mientras tanto, Tutmés seguía cazando y divirtiéndose, sin prestar atención al creciente poderío y popularidad de la reina. Las festividades del Dios se sucedieron, y ambos caminaron por Tebas junto al ídolo de oro, ensalzando y venerando a Amón una y otra vez, mientras las estaciones se desgranaban y las inmutables tradiciones se observaban al pie de la letra. El pequeño Tutmés ingresó al servicio de Amón como acólito del templo bajo la mirada circunspecta de Menena, así que Hatshepsut se topaba con él cada vez que iba al templo a ofrecer sus homenajes: era un muchachito robusto y de expresión agresiva, cuyos dedos aferraban con fuerza el incensario de oro y cuyos ojos la observaban con tanta intensidad que a menudo le impedían orar. También Neferura crecía, con la gracia de la dulce serenidad de su abuela Ahmose, y Hatshepsut cuidó de que en todas las celebraciones públicas la niña estuviese vestida con el lujo que correspondía a una princesa y fuera vista por todos.

Hatshepsut y Senmut no volvieron a pronunciar palabras de amor, pero la profundidad de los sentimientos que se profesaban alcanzó una intensidad nueva por el mismo hecho de verse obligados a sepultarlos en lo más recóndito de su ser. Ella encargó a su escultor personal la realización de una enorme estatua de Senmut sosteniendo a la princesa, que lo obligó a posar durante varios meses. Pero era evidente que el escultor llegó a conocer bien a su modelo, pues cuando la obra estuvo terminada y la descubrieron frente a Hatshepsut, tanto ella como el resto de los presentes quedaron impresionados: el artista la había tallado en granito negro, y la cara serena y fuerte del Superintendente de la Residencia Real los contemplaba sobre la pequeña cabeza arrogante de Neferura con una expresión de advertencia protectora y de plácida intrepidez. La escultura formaba un único bloque macizo de granito, de tal modo que sólo las dos cabezas, una encima de la otra, se erguían sobre el manto largo de Senmut, dentro del cual se refugiaba la princesa. Hatshepsut quedó muy complacida y ordenó que fuera colocada frente al cuarto de los niños para recordar a todos los que por allí pasaran acerca de los peligros a que se exponían si llegaban a hacer algún daño a Neferura.

Y así fue transcurriendo el tiempo, la Noche de la Lagrima llegó y quedó atrás, y en cuatro oportunidades la barca del Dios avanzó por el río enguimaldada. Hatshepsut se aproximaba a sus veinticinco años con indiferencia, sin advertir cambio alguno en el rostro que todas las mañanas la miraba desde la superficie brillante del espejo, y su cumpleaños llegó y pasó con el mismo ritmo lento y mesurado del resto de sus días colmados con la rutina del gobierno.

Llevó a Neferura al otro lado del río, al santuario de quien llevaba su mismo nombre. En ese templo pequeño y silencioso, de pie junto con el sacerdote Ani frente a la estatua de Neferu-khebit que sonreía desde hacía ya más de una década, le habló a su hija de esa tía que ya no se encontraba junto a ellas. La pequeña elevó sus propias plegarias, las cintas que le sujetaban el negro mechón rozándole los finos hombros y su nariz aguileña y arrogante apretada contra los fríos pies de piedra.

Al contemplar ese rostro perfecto y oval, con ojos oscuros y boca bien formada, que tan perfectamente reflejaba sus propios rasgos, Hatshepsut quedó inundada por una avalancha de recuerdos y una sensación de total impotencia que se negó a abandonarla. Luchó contra

esa depresión durante algunas semanas entregándose a sus tareas con redoblado énfasis, hasta que cierta noche tomó una decisión. Se vistió y maquilló con gran esmero, mandó llamar a dos miembros del Ejército de Su Majestad y se encaminó a la alcoba de Tutmés. Mientras aguardaba con impaciencia a que la anunciaran, oyó voces en el interior de la habitación y, cuando la hicieron pasar, vio que detrás del lecho real una puerta se cerraba suavemente. Era obvio que esa noche Aset dormiría sola.

Tutmés estaba acostado, tomando vino como de costumbre, la cabeza descubierta y lustrosa. La habitación destilaba el olor penetrante del perfume de Aset, que comenzó a mezclarse con la mirra de Hatshepsut cuando ésta avanzó y se inclinó. Él se sentó en posición bien erguida y se quedó mirándola y, cuando ella se enderezó permaneciendo en silencio, Tutmés no tuvo más remedio que carraspear y preguntarle qué deseaba. No confiaba en Hatshepsut. Esa nueva visión de una mujer hermosa y a la vez abyecta, vestida de amarillo, que aguardaba con los ojos bajos y la cabeza gacha, lo hizo ponerse a la defensiva. Giró el cuerpo y bajó las piernas del lecho.

–¿Qué haces aquí? –Gruñó con displicencia, cruzándose de brazos.

Ella se estremeció pero no levantó la cabeza.

–Vengo a que me brindes tu consuelo, Tutmés. Me siento muy sola.

Esas palabras lo desconcertaron y arrancaron nuevos gruñidos de su boca, pero ya el perfume de Hatshepsut y su voz comenzaron a surtir efecto y sintió que el viejo deseo volvía a encenderse en él.

–No te creo –le dijo lisa y llanamente–. ¿Desde cuándo has necesitado mi consuelo? Y si te sientes sola, cosa que dudo mucho, ¿qué ha sido de tu corte de fervientes admiradores?

–Hace mucho tiempo, tú y yo solíamos brindarnos mutuo bienestar –contestó ella con mucha calma y en voz baja–, y confieso que he comenzado a añorar tu cuerpo, Tutmés. Me despierto por las noches consumida por el deseo, y tu imagen me impide conciliar el sueño.

En ese momento Hatshepsut levantó la cabeza y, detrás del temblor suplicante de su boca sensual y de los gestos armónicos y elocuentes de sus manos teñidas de rojo, él alcanzó a detectar un fugaz destello de burla sofocado de inmediato. Tutmés saltó de la cama y se puso a gritar.

–¡Mientes, mientes! ¡No me desees en absoluto! Estás aquí con otro propósito y no puedes ocultármelo, Hatshepsut. Tú misma me expulsaste de tu lecho y jamás te has retractado de tus palabras.

Ella se le acercó y le apoyó las manos en los hombros; mientras le respondía, comenzó a masajearlos suavemente, y luego sus dedos descendieron al blanco abdomen de Tutmés.

–Pero no llegué a jurarlo por el Dios.

–¡Sí, lo hiciste! ¡Déjame tranquilo! –Pero no la apartó de su lado.

Ella se le acercó más y besó el cuello de su marido.

–En aquella oportunidad te hablé en pleno arrebato de cólera –susurró Hatshepsut–. Déjame que te hable ahora de otro sentimiento que me consume.

Con los últimos vestigios de autocontrol que le quedaban la tomó bruscamente de los brazos y la obligó a sentarse, instalándose luego a su lado sobre la cama. Se oyeron unos golpes en la puerta contigua y Tutmés gritó que quienquiera que fuese se largase. Luego miró a Hatshepsut, quien le sonreía, respiraba agitadamente y tenía el cabello revuelto y las mejillas arboladas.

–No tolero que nadie me ponga en ridículo –dijo con tono amenazador–. Te echaré inmediatamente de aquí si no me dices qué es lo que desees en realidad.

Eso la hizo sonreír aún más, pues sabía que jamás se animaría a cumplir sus amenazas–. Vamos, ¡dímelo! –La urgió, acariciando ya la secreta esperanza de derribarla sobre la cama, y ella se dio por vencida.

–De acuerdo, pero te advierto que lo que dije era cierto, Tutmés. De veras quiero compartir tu lecho esta noche.

–¿Por qué?

–¡Qué astuto te estás volviendo, hermano mío! ¿No lo adivinas?

–No, no puedo imaginármelo siquiera. Me desagrada participar en este tipo de juegos contigo, Hatshepsut, pues siempre te las ingenias para ganarme.

–Y perderás una vez más, pues casi no puedes reprimir los deseos que sientes de hacerme el amor. Pues bien, he decidido que quiero tener otro hijo.

–¿Eso es todo?

–¿Te parece poco? Es algo importante, muy importante. Pero, respondiendo a tu pregunta, sí, eso es todo.

Tutmés se quedó escrutándola para tratar de descubrir si se estaba mofando de él, pero la mirada límpida e inocente de Hatshepsut disipó sus temores.

–¿Por qué quieres otro hijo? Ya Tutmés y Neferura han asegurado el Trono a Horus para Egipto.

–Eso será conforme a tus designios, quizá, pero no a los míos. Es posible que haya cambiado de opinión con respecto a permitirte que compartas mi lecho, pero sigo oponiéndome inflexiblemente a que cases a Neferura con Tutmés.

–Pero, ¿por qué, Hatshepsut, en nombre de todos los dioses? ¿Por qué, por qué? ¿Qué demonio te posee? ¿Qué pensamientos pueblan esa incomparable cabeza tuya? Tutmés tiene todo lo necesario para ser un faraón poderoso y Neferura es preciosa y será una consorte perfecta. ¿Qué tiene eso de malo?

–Tutmés tendrá las dotes necesarias, pero no es hijo mío –dijo ella con dulzura, los ojos entreabiertos–, y mi Neferura necesitará algo más que belleza y voluntad para caminar todos los días de su vida detrás del faraón. Quiero en el Trono de Egipto a un faraón de mi propia sangre, alguien que sea todo mío.

–Estás embrujada –dijo Tutmés–. Así que quieres que juntos hagamos un hijo para que se case con Neferura y gobierne Egipto.

–Exactamente. Mi hijo y mi hija, ambos dioses.

–Cabe la posibilidad de que no tengamos un varón sino otra niña.

–Debo correr ese riesgo. Es preciso que lo hagamos, Tutmés. Ningún vástago de Aset usará la doble corona mientras yo pueda impedirlo.

–¡Me adulas! –Exclamó él en tono sarcástico.

Ella lanzó una interjección y le rozó el muslo.

–No fue mi intención ofenderte. Pero tú y yo fuimos engendrados por la misma simiente real.

–Yo soy faraón y tus palabras no me afectan –dijo él encogiéndose de hombros–, pues no puedes privarme de mis derechos.

–¡Mi querido Tutmés! –Exclamó ella con dulzura–. ¿No te he brindado siempre el respeto que un faraón se merece?

–No, de ninguna manera, pero eso ya no tiene importancia. Te llevo en la sangre, Hatshepsut, como un veneno abominable; y en todos estos años en que estuvimos separados jamás logré liberarme del anhelo que sentía por ti.

–Entonces sírveme vino y cierra las puertas con llave, y recuperemos todo el tiempo que mi necedad nos hizo perder.

Tutmés tomó la jarra de oro cincelado y cumplió con su deseo, y su vanidad le impidió preguntarse el porqué de la impaciencia de Hatshepsut por beber. Se tomaron del brazo y bebieron con gran lentitud. Cuando ella sintió la calidez del vino en sus venas y cierto embotamiento en la cabeza, cerró los ojos y le ofreció su boca, sabiendo que en pocos momentos mas el rechazo que el cuerpo de su marido le provocaba desaparecería, devorado por las oscuras corrientes de su propia pasión aguardó con verdadera ansiedad la aparición de

los primeros síntomas de embarazo, acosando a su médico y escrutándose con impaciencia. Cuando por fin supo que una vez más le daría a Tutmés y a Egipto un hijo, se dirigió inmediatamente al templo para implorarlo a Amón que fuera varón. Todo el país recibió la nueva con alborozo, a excepción de Aset, que lo hizo en un silencio ominoso; alzó al pequeño Tutmés, lo sentó en sus faldas y lo abrazó con una ferocidad que atemorizó al pequeño, y jamás habló del futuro nacimiento con el faraón. Tutmés, por su parte, no estaba ni fascinado ni molesto ante la perspectiva de ese nuevo hijo, pero en cambio estaba resuelto a no volver a ofender a Hatshepsut para poder seguir disfrutando de las delicias de su cuerpo firme; y ella lo recibía de buen grado, entregándose a él con gratitud a medida que la antigua depresión que la embargaba la iba abandonando.

Con el correr del tiempo volvió a sumirse en una especie de letargo y a preguntarse si la criatura que llevaba en sus entrañas no sería otra niña. Amón no le había dado ninguna señal y, aun en la intimidad de su propia alcoba, cuando noche tras noche se arrodillaba frente al altar de Dios, en ningún momento tuvo la certeza de que sus súplicas hubieran tenido acogida favorable.

A medida que la fecha de nacimiento se aproximaba, la ansiedad de Hatshepsut se fue propagando a los que la rodeaban y luego a toda la ciudad, hasta que, tanto Tebas como el palacio y el templo, se convirtieron en un hervidero de conjeturas.

Senmut hizo todo lo posible por mantener a Hatshepsut ocupada con los problemas cotidianos de gobierno, pero ni siquiera junto a él sus preocupaciones le daban tregua. Tenía la cabal y punzante certeza de que ésa era su última oportunidad, de que sólo si lograba darle a Egipto un faraón varón y de pleno linaje real se resignaría a ocultar la impotencia que sentía por tener que permanecer en segundo plano con respecto a Tutmés por el resto de su vida.

Finalmente llegó la hora y una vez más los príncipes de Egipto fueron convocados junto al lecho real. Esta vez el alumbramiento fue más rápido. Hatshepsut, que recorría sin cesar el trayecto de la cama a la pared entre una punzada de dolor y la siguiente, carcomida por la duda y la impaciencia, casi no tuvo tiempo de acostarse y ser preparada antes de que la criatura hiciera su aparición en el mundo entre llantos y sacudidas.

Hubo un momento de intenso suspenso, y luego la comadrona giró, sonriendo, mientras el médico comenzaba a guardar sus drogas.

—¡Es otra niña! ¡Y vaya si es hermosa!

Hatshepsut lanzó un único y prolongado grito de protesta y sepultó la cara en las almohadas, y los hombres fueron abandonando la habitación en silencio, complacidos de que hubiera una nueva princesa y algo azorados por la reacción de la reina, pues era obvio que la existencia de otra niña constituía una salvaguardia frente a la posibilidad de una súbita muerte de Neferura, y la seguridad de que, llegado el momento, el príncipe heredero vería legitimados sus derechos al trono.

Senmut vaciló un momento en la puerta, pues habría deseado regresar a la habitación y consolar a esa mujer cuyos sollozos ahogados oía con toda claridad, pero decidió que era más prudente dejarla sola, así que estampó su enorme sello junto a los de los demás sobre el papel que Aneen sostenía sobre sus rodillas y caminó de vuelta a su palacio entre los murmullos de la noche.

Tutmés, en cambio, no se mostró tan sutil: permaneció de pie junto al lecho de Hatshepsut, agachado sobre ella con expresión de muda condolencia, acariciando sus hombros abatidos. Pero cuando trató de levantarla, ella se soltó de sus manos casi con furia y, al cabo de un momento de indecisión, Tutmés también partió. Le apenaba saber que se sentía derrotada, y le apenaba también saber que jamás le sería posible comprender los vericuetos de su mente. A fin de cuentas, pensó con cierta culpa mientras regresaba a sus propios aposentos, ella es realmente la Hija de Amón, su auténtica e indudable imagen y semejanza, y debe ser doloroso para un dios morir sin dejar a otro dios para que gobierne en su lugar. Las

sutiles ramificaciones de ese hecho le resultaron agotadoras y, puesto que se había levantado muy temprano, se acostó y durmió profundamente.

En el cuarto de los niños, Neferura contempló a su nueva hermana con nerviosa desazón, y su madre se sumió finalmente en un sueño exhausto y malhumorado.

Aset había obligado a Tutmés a prometerle que le comunicaría las novedades en cuanto Hatshepsut diera a luz, así que, antes de ir a acostarse, le ordenó a su heraldo con un suspiro que se encargara de comunicárselo. Imaginaba cuál sería su reacción y deseó, con cierta nostalgia, que no fuera tan resentida y mezquina. Pero, después de todo, se dijo mientras su esclava lo cubría con la sábana y se alejaba tras una inclinación, ni siquiera un faraón puede tenerlo todo.

La reacción de Aset fue precisamente la esperada. El heraldo la encontró en el jardín, arrojándole una pelota a su hijo, mientras el pequeño corría de un lado a otro por entre los árboles y trataba de saltar los macizos de flores. Al ver a ese hombre alto que se dirigía hacia ella caminando sobre el césped, flanqueado por dos escoltas que parecían leones gemelos, se puso de pie con el corazón en la boca y el balón se resbaló de esos dedos que de repente se le habían congelado. El heraldo y los dos miembros del Ejército de Su Majestad se inclinaron ante ella y Aset se protegió los ojos del sol con mano temblorosa.

–¿Y bien? –Preguntó con impaciencia–. ¿Qué ha dado a luz la reina: un varón o una niña?

El heraldo sonrió tenuemente.

–La Divina Consorte, Bienamada de las Dos Tierras, ha dado a luz hoy a... Una niña, Majestad.

Aset entornó los ojos que ya le centelleaban y de improviso estalló en carcajadas. Rió hasta quedar con la cara empapada por las lágrimas, hasta terminar doblada en dos. Los tres hombres la contemplaban con incredulidad, incapaces de dar crédito a esa muestra flagrante de irreverencia. El pequeño corrió hacia ella, levantó la pelota del suelo y se abrazó a ese juguete suyo mirando a su madre con azoramiento, pero ella siguió riendo hasta que el dolor que sentía en todo el cuerpo le impidió continuar. Finalmente se enderezó, jadeando y secándose los ojos con la túnica.

El heraldo aguardó con actitud indiferente y rostro impasible.

–¿Deseáis enviarle algún mensaje al faraón? –Le preguntó.

Al oír su tono helado, Aset recuperó su compostura y lo enfrentó con aire insolente.

–No. Sólo dile que hoy me siento muy bien... y muy feliz.

El heraldo le hizo una rígida reverencia y giró sobre sus talones alejándose con la espalda bien erguida.

Aset cayó de rodillas frente al pequeño Tutmés y se puso a acariciarle la cabeza rapada y los brazos tostados y musculosos, en un paroxismo de dicha.

–¿Has oído, pequeño príncipe? ¿Lo has oído? ¡Serás rey! ¡El faraón Tutmés III! ¡Qué apuesto lucirás con esa brillante doble corona, y qué poderoso! ¡Imagínate, yo, una humilde bailarina de Assuán, convertida en la madre de un faraón!

Pero su expresión distaba mucho de ser humilde cuando le quitó la pelota y la arrojó hacia arriba con todas sus fuerzas. Fue trepando por el aire, cada vez más alto, hasta perderse en el sol y caer del otro lado del muro que separaba sus dominios de los de Hatshepsut. Entonces volvió a prorrumpir en carcajadas frente a esa nueva señal y, tomando bruscamente a su hijo de la mano, lo condujo lentamente al interior.

Lo cierto es que el episodio fue corriendo de boca en boca, y al cabo de dos días, ya nadie ignoraba que la Segunda Esposa Aset se había reído a carcajadas de la nueva hija de la reina y hasta había tenido el descaro de enviarle un mensaje al mismísimo faraón diciéndole lo feliz que se sentía.

Hasta que, cierta mañana, el episodio llegó finalmente a oídos de Hatshepsut de labios de su peluquera. A pesar de sentirse furiosa, logró conservar su máscara de indiferencia hasta que la necia mujer partió. Entonces arrojó los cosméticos al suelo con un solo movimiento violento del brazo y se encaminó a la sala de audiencias de Tutmés, apartando al guardia que custodiaba la puerta con tal ímpetu que el pobre hombre fue a dar contra la pared y dejó caer la lanza. Aunque Hatshepsut todavía no se encontraba del todo repuesta del parto y estaba un poco débil, avanzó resueltamente hacia el trono, en cuyas gradas estaba instalada Aset y reunidos los miembros de su séquito, y les ordenó a todos que abandonaran la habitación.

–¡Tú también, desvergonzada! –Le gritó a Aset, con una expresión de ferocidad tal en el rostro, que Aset obedeció sin titubear, despojada de su habitual aplomo insolente.

Tutmés bajó del trono, espantado, y Hatshepsut arremetió contra él, con cara enardecida, obligándolo así a retroceder.

–¡Ya bastante tengo con tener que soportar tus torpezas, tu flagrante ineptitud y tus pavoneos! –Le gritó–. ¡Pero ser insultada en mi propio palacio, bajo las narices de un alto funcionario de la corte, por una campesina disfrazada de princesa, eso sí que no pienso tolerarlo! Hasta ahora la he aguantado por ti, Tutmés. El faraón no está haciendo nada contra la ley, me dije. Le está permitido tomar otra esposa porque es su privilegio hacerlo, aunque se le ocurra elegir una mujer cuya sangre y profesión son un insulto hasta para el aire que respiro. Es estúpida y mezquina, Tutmés, y jamás podrá adquirir la educación ni los modales que no recibió por herencia.

Pero es a ti a quien le debo el golpe de gracia decisivo, la más alevosa vejación a mi paciencia y a mi cooperación, pues siempre te he brindado ambas cosas: porque al dejar impune semejante irreverencia, una blasfemia de tal magnitud, es como si les estuvieras diciendo a todos: ‘¡Mirad! ¡Mi esposa se ríe de mi esposa y también yo prorrumpo en carcajadas!’

Quedó un momento sin aliento y se interrumpió, con los puños apretados y la cara demudada. Pero no había concluido.

–Lo que es más –dijo ya un poco más calmada, acercándosele–, si no te ocupas de ordenar que sea confinada a sus aposentos hasta que mi cólera se haya aplacado, yo misma la haré azotar. Puedo hacerlo, Tutmés, y ni siquiera tú puedes impedírmelo. Es preciso poner coto a Aset, y debe hacerse ahora mismo, antes que su ostentosa codicia y ambición la lleven bajo el hacha del verdugo.

Tutmés se puso a jugar con sus anillos con aire desdichado. El acceso de furia de Hatshepsut no le preocupaba demasiado pues sabía que sus arrebatos solían desvanecerse con la misma celeridad que brotaban. Pero comprendía que la acusación era justa y que su propia cobardía lo había llevado a que una afrenta contra el protocolo y la decencia quedara impune.

–De veras lo siento, Hatshepsut. Tienes toda la razón del mundo –dijo, observando que el furor de su hermana se encontraba ya en franca curva descendente–.

Desde luego que castigaré a Aset, pero debes comprender que no recibió la misma educación que nosotros y que su vida no ha sido precisamente fácil.

–Oh, Tutmés –dijo Hatshepsut con aire cansino–. Muchas personas nacen en la indigencia y sin embargo consiguen vivir con humildad y rectitud al servicio de Dios y de su prójimo. No creo que ninguna otra mujer de Tebas sea capaz de mostrarse tan dura de corazón como ella, ni siquiera con su peor enemigo. Y, por otra parte, yo no soy en absoluto su enemiga, cosa que Aset comprendería si reflexionara un poco. Incluso podría haber sido su amiga.

–Le inspiras temor –señaló Tutmés–. Se siente insegura, como si tuviera que vigilar todo el tiempo por encima del hombro. Y, para ella, la reina es una rival formidable.

Hatshepsut dejó escapar una carcajada.

–¿Cómo se atreve a pensar en mí en términos de rivalidad? Pues yo soy el dios, y en cambio ella, ¿quién es? Es inútil que esté vigilando por encima del hombro, pues ella misma es su peor enemiga.

–Lo siento –repitió Tutmés–. ¿Quieres que la haga azotar?

Hatshepsut contempló con lástima y desprecio ese rostro ceñudo y preocupado.

–No será necesario. Por lo menos en esta oportunidad. Pero si persiste en su actitud necia, tal vez no quede otro remedio. No, Tutmés; sólo enciérrala en sus aposentos y prohíbele que salga al jardín. No deseo verla por mucho, mucho tiempo; ni durante las comidas, ni en mis caminatas y tampoco en ninguna celebración pública.

Ahora regresaré a la cama. –Le hizo una leve inclinación a Tutmés y avanzó hacia la puerta. De pronto se volvió, mientras en su boca se dibujaba una extraña sonrisa–. ¿Qué te parece tu nueva hija?

Tutmés se agitó con incomodidad.

–Si quieres que te diga la verdad, Hatshepsut, no lo sé. No cabe duda de que es más robusta que Neferura, pero no encuentro en sus rasgos ninguna semejanza con nosotros dos ni con sus abuelos.

–Tampoco yo –dijo Hatshepsut con una mueca–. ¡Oh, bueno, no fue la voluntad de Amón darme un rey! –Y salió, cerrando la puerta con suavidad.

La niña fue llamada Meryet–Hatshepset, y esta vez Hatshepsut aceptó el nombre sin inconvenientes: era un nombre bueno, seguro, que no le provocaba reminiscencias ni le hacía pensar en premoniciones, y la criatura fue llevada al templo y ofrecida al Dios. Senmut no abrigaba temores por ella. Era muy sana y parecía crecer con gran rapidez, pero él no le tenía el mismo afecto que a Neferura y se alegró mucho de que en esa ocasión no lo hubiesen nombrado Gran Tutor. Le alivió comprobar que Hatshepsut se recuperaba con rapidez del parto y, pocas semanas después, se encontraba nuevamente en su despacho. Una vez más el palacio se convirtió en un inmenso panal en el cual reinaba una actividad incesante, al cual entraba el néctar del oro y desde donde se enviaban exploradores, operarios y mensajeros para recorrer Egipto a lo ancho y a lo largo por los asuntos de la reina.

Hatshepsut se tragó su decepción. Pero, al igual que Senmut, descubrió que le resulta imposible encariñarse con su segunda hija. Se preguntó si se debería al hecho de haber deseado tan desesperadamente que fuese varón o porque rehusó tomarla en sus brazos en cuanto nació. Cualquiera que fuese el motivo, lo cierto era que esa diminuta cara rojiza de rasgos finos la dejaba indiferente, y lamentaba mucho que así fuera. A medida que Meryet–Hatshepset se fue acercando a su primer año de vida, Hatshepsut, consternada, comenzó a descubrirle cierto parecido con Aset, no tanto en lo físico como en sus inclinaciones. La pequeña era una llorona, cuyas lágrimas por lo general no eran sino un medio para obtener lo que deseaba. Día tras día no cesaba de poner a prueba la paciencia de sus nodrizas. El cuarto de los niños se volvió un lugar muy ruidoso, tanto que Senmut solicitó permiso para trasladar a Neferura al pequeño departamento que le estaba destinado. Hatshepsut dio su consentimiento y la niña fue alojada en un cuarto contiguo al de las criadas de su madre, especialmente redecorado para ella. Así que fue inevitable que la reina y la futura consorte establecieran una relación más estrecha, mientras que la pequeña malhumorada, que gritaba sin cesar, quedaba relegada al cuidado de la servidumbre.

No era intención de Hatshepsut el descuidar a Meryet: iba con frecuencia a jugar con ella al cuarto de los niños, pero era una mujer muy ocupada, exigida al máximo por innumerables responsabilidades. Le resulta más sencillo hacer que Neferura la acompañara a todas partes, y así aprovechaba para conversar con ella camino al templo, a la oficina o al comedor. La más pequeña, en cambio, quedaba sumida en una rabia impotente al ver que su madre y su hermana partían juntas y a ella la abandonaban en manos de un grupo de nodrizas. Así fue como Meryet–Hatshepset comenzó a padecer desde muy pequeña el punzante dolor de los celos.

A principios del mes de Tot, cuando ya el río había comenzado a aumentar su caudal y los campesinos trabajaban día y noche con desesperación para recoger la cosecha antes de que las furiosas aguas invernales inundaran los campos, Tutmés se resfrió. Varios días antes había rehusado comer alegando un fuerte dolor de cabeza.

Cuando comenzaron a lloverle los ojos y le subió la temperatura, inmediatamente se quedó en el lecho. Su médico le recetó zumo caliente de limón con miel, mezclado con casia, y Tutmés bebió la medicina con resignación y se rodeó de amuletos y hechizos. Al cabo de tres días la fiebre no había cedido, a pesar de haber conseguido librarse de los síntomas del resfriado. Alarmado, el médico fue a hablar con Hatshepsut y la encontró con Ineni, revisando los gastos del templo del último mes, mientras Neferura jugaba con sus muñecas en un rincón.

—¿Cómo sigue Tutmés hoy? —Preguntó inmediatamente Hatshepsut, sin apartar los ojos del rollo que tenía delante, concentrada todavía en las cifras de Ineni.

El médico permaneció un momento en silencio, sin saber bien cómo contestarle, aferrando con una mano el escarabajo de oro que pendía sobre su pecho hundido.

—El poderoso Horus no se encuentra nada bien —dijo por fin, y su tono hizo que Hatshepsut se volviera rápidamente y le dedicara toda su atención.

—El resfriado ha desaparecido, pero la fiebre no cede y Su Majestad se debilita.

—¡Entonces manda llamar de inmediato a los magos! La fiebre se cura con hechizos y conjuros. ¿Qué has hecho por él?

—Le traté la tos y la nariz congestionada, Majestad, y ambos problemas desaparecieron. Pero ya no me quedan recursos para ayudarlo. El faraón dama por vuestra presencia, pero no creo que debáis acercaros a él.

—¿Por qué no?

—Su aliento está lleno de vahos perniciosos. Perdonadme el atrevimiento, pero no me parece prudente que acudáis a su lado.

—¡Disparates! ¿Desde cuándo me han arredrado los olores desagradables? Ineni: por hoy hemos terminado con todo esto. Puedes devolverle los rollos al escriba.

—¿Está muy enfermo mi padre? —Preguntó Neferura, quien había dejado sus muñecas.

Y fue acercándose sigilosamente a los demás, y ahora tenía sus ojos negros fijos en el rostro del médico del faraón. El hombre miró a Hatshepsut con expresión impotente.

La reina se puso de rodillas y besó la mejilla pálida de su hija.

—Bueno, está enfermo, pero no creo que debas preocuparte por él —le dijo con dulzura—. ¿Acaso el faraón no es inmortal?

La criatura asintió solemnemente.

—¿Vas a verlo ahora? ¿Puedo ir contigo?

—No, debes guardar tus muñecas y buscar a Senmut. Si lo deseas, puedes ir con él a ver los animales mientras yo esté ocupada. ¿No te gustaría eso?

Neferura volvió a asentir, pero no corrió para recoger sus juguetes. Hatshepsut la dejó allí, mirándola fijamente, mientras Ineni reunía todos los rollos dispersos sobre la mesa.

En la alcoba de Tutmés la atmósfera era sofocante y hedionda. El faraón se encontraba acostado de espaldas, lanzando tenues quejidos. Cuando Hatshepsut se agachó para besarlo, sintió su piel tan seca y ardiente que instintivamente retrocedió, alarmada.

—Hatshepsut —susurró él, girando la cabeza para mirarla—. Diles a estos estúpidos que me traigan agua. No quieren dejarme beber.

Ella miró al médico, sorprendida, lista para vomitarle toda clase de improperios.

Pero el anciano se mantuvo firme.

—Su Majestad sólo puede beber pequeñísimos sorbos —afirmó—, pero insiste en tragarse medio heket de agua. Le he dicho que beber semejante cantidad de golpe le provocaría un intenso dolor.

–¡Puedes decirle a Seth todo eso que estás mascullando! –Protestó Tutmés moviéndose con agitación bajo la delgada sábana de lino; su aliento fétido le llegó a Hatshepsut y se le quedó pegado a las ventanas de la nariz.

–¡Al menos podríais haberlo bañado! –Exclamó ella con irritación–. Traedme agua caliente y paños, y yo lo lavaré. ¡Y también levantad los cortinajes de las ventanas! ¿Cómo puede dormir con este calor? –Los esclavos acurrucados en un rincón corrieron a cumplir sus órdenes y ella se sentó en una banqueta–. ¡Traed aquí ese abanico! –Ladró.

Tutmés entornó los ojos al sentir que sobre su cuerpo comenzaba a correr aire.

–Estoy ardiendo –susurró y comenzó a tiritar, aferrando las mantas con ambas manos mientras los dientes le castañeteaban.

Ella lo miró con auténtico miedo y le alisó la almohada.

–No te preocupes, Tutmés –le dijo–. He mandado llamar a los magos, quienes muy pronto te sacarán la fiebre del cuerpo.

Tutmés se movió y se quejó, pero no respondió.

Un esclavo se aproximó portando una palangana con agua caliente. Hatshepsut le indicó que la colocara a su lado y se quitó los anillos. Luego añadió un poco de vino al agua, empapó en ella el paño y comenzó a lavarle la cara. Tutmés esbozó una sonrisa tenue y buscó sus manos. Con mucha suavidad, Hatshepsut lo destapó y le lavó todo el cuerpo, que se encontraba cubierto por un brillo malsano que no era exactamente sudor. Parecía un poco hinchado y, mientras proseguía con su tarea, Hatshepsut comenzó a pensar que de nada serviría ningún tipo de encantamiento. Cuando concluyó, se lavó las manos en agua limpia y se volvió a colocar los anillos con aire pensativo. En ese momento fueron anunciados los magos y ella, agachándose, le dijo a su esposo al oído:

–Tutmés, han llegado los magos. Debo irme, pues me esperan en otro lado, pero regresaré en cuanto pueda y te volveré a lavar. ¿Te gustaría que lo hiciera?

Él aspiró su fragancia y se sintió envuelto como en una nube etérea y placentera.

Habría deseado volverse y abrir los ojos, pero sus fuerzas no se lo permitieron, así que se limitó a asentir una vez.

–Comenzad enseguida –les ordenó ella a esos hombres silenciosos y embozados mientras se ponía de pie–. ¡Y no os detengáis hasta que el faraón abandone el lecho para irse de caza!

Antes de que hubiese traspuesto la puerta, ya los cánticos habían comenzado.

Le envió un mensaje a Aset, diciéndole que tenía permiso para ir a visitar a Tutmés pero que de ninguna manera debía acompañarla su hijo. Ordenó al escolta que le llevó el mensaje que permaneciera allí hasta asegurarse de que sus órdenes se cumplían al pie de la letra.

Cuando regresó a los aposentos de Tutmés, el médico la recibió en la puerta, rodeado por los miembros del séquito del faraón.

–Majestad, no debéis entrar –le dijo con expresión asustada–. El faraón duerme, pero no es un sueño saludable y tiene el cuerpo lleno de pústulas.

–¿Dónde está la segunda esposa Aset? –Preguntó.

–Estuvo aquí, pero también le di órdenes de que se retirara a sus aposentos –dijo el médico.

A pesar de la oposición vehemente del médico, Hatshepsut se abrió paso a la habitación.

–¡Basta! –Les dijo a los magos, y la monótona letanía cesó. Entonces se acercó a Tutmés.

Dormía de costado, con la boca abierta. Respiraba con dificultad, y su agobio llenaba la habitación. Las mantas se le habían deslizado hasta la cintura, y eso le permitió ver los bultos blanquecinos que le cubrían el torso, y el color amarillento y brillante de la piel entre uno y otro.

–¿Es la peste? –Le preguntó en un susurro al médico que la había seguido.

–Una de ellas –fue su respuesta lacónica mientras elevaba los brazos al cielo en gesto de azoramiento y resignación.

Ambos quedaron en silencio, contemplando al rey que dormía, cada uno concentrado en sus propios pensamientos.

–No te alejes de su lado –le ordenó– y mándame avisar de inmediato si se produce alguna novedad.

Hatshepsut se dirigió entonces al templo con sus criadas y su escolta. Entró sola hacia el santuario del Dios, pero lo encontró cerrado con llave. Se postró frente a la puerta, con las manos extendidas sobre la cabeza para tocarla, y cerró los ojos. ‘Oh Padre mío –oró, vacía de todo otro deseo que no fuera encontrarse en los áureos brazos del Dios–. ¿Acaso Tutmés va a morir? Porque si muriera...’ Le pareció oír el eco burlón de su propio pensamiento atravesar en susurros el enjambre de pilares y el incienso vacío del atrio interior, elevándose junto con el incienso.

‘Si muriera, si muriera, si muriera, si muriera...’

Cerró los ojos con más fuerza y aplastó la frente contra el suelo de oro. Pero no pudo llorar por él.

Al atardecer regresó a la alcoba de Tutmés y se sentó a su lado. Las pústulas segregaban un líquido incoloro que se adhería a las sábanas y le ocasionaba intensos sufrimientos. Pronunció su nombre sin cesar mientras se sacudía en el lecho, su pesado corpachón convertido en una masa tan flácida y fofa como la de un animal muerto. Aunque se inclinó muchas veces sobre él, Hatshepsut vio que no estaba consciente y que sin duda sus delirios lo retrotraían a algunos momentos compartidos con ella. El hedor a podredumbre y corrupción provocaba náuseas y arcadas entre los presentes. Pero Hatshepsut permaneció impertérrita, mirándolo, su rostro perfecto convertido en una máscara impasible.

Aset se deslizó en determinado momento dentro de la habitación y, al ver a Hatshepsut, vaciló. Pero, puesto que la reina no dijo nada, se acercó al lecho, cubriéndose la nariz con las manos. Reprimiendo una exclamación, bajó los ojos para mirar esa mole agitada y refunfuñante. Ya era de noche y las lámparas estaban encendidas, pero ni siquiera su luz suave y dorada pudo ocultar la podredumbre. Aset giró rápidamente para huir de allí y se encontró con la mirada implacable de Hatshepsut.

–¿Lo amas ahora, Aset? –Le preguntó en voz baja–. ¿Ya has saciado tu mirada en tu real marido? ¿Estás pensando acaso en huir a refugiarte en tu pequeño y dulce apartamento? –Llamó entonces al mayordomo de Tutmés–. ¡Tráele una silla a la segunda esposa! Colócasela al otro lado de la cama. Ahora, Aset, siéntate. ¡Siéntate, te he dicho! –La muchacha se desplomó sobre la silla pero mantuvo la mirada apartada hasta que Hatshepsut le ordenó–: ¡Míralo! Él te ha elevado y te ha cubierto con más tesoros y más amor de lo que puede recibir cualquier mujer en muchas vidas. ¡Y, sin embargo, apartas la mirada de él como si fuera un pordiosero que mendiga en las puertas del templo! Si despierta quiero que se encuentre con tu mirada de adoración, ¡mujer pérfida!

Aset, tan pálida que hasta tenía los labios blancos, la obedeció.

Pero Tutmés no despertó. Hacia la medianoche comenzó a gimotear lastimeramente, como un perro herido, las lágrimas surcándole el rostro. Hatshepsut tomó esas manos estremecidas entre las suyas y se las sostuvo con fuerza y seguridad, y él lanzó un suspiro. Pero siguió respirando con breves jadeos espasmódicos, entre un constante parpadeo. Cuando el sonido de las trompetas anunció medianoche Tutmés murió, sin haber cesado de llorar, y sus lágrimas empaparon el lecho y los dedos de Hatshepsut.

Ella se quedó sentada mirando un buen rato a ese chiquillo gordinflón a quien le encantaba mortificar, ese jovencito gruñón a quien solía menospreciar, el faraón que para ella había sido menos importante que sus propios ministros. Muerto, le inspiraba más pena de la que jamás le había tenido en vida. Pues, ¿quién había sido, a fin de cuentas, Tutmés II? ¿Qué

otra cosa había hecho, excepto aquello que es prerrogativa de todos los hombres, es decir, engendrar hijos? Lloró un poco por él, casi sin hacer ruido; por ese hombre cuya genialidad y torpeza se resumían ahora en poco más que un cadáver maloliente que comenzaba a ponerse rígido y en cuyas mejillas todavía brillaban las lágrimas. Le entreabrió los dedos y liberó su mano. Parecía increíble que el faraón estuviese muerto.

Hatshepsut se puso de pie y se dirigió a los azorados presentes.

–Llamad a los sacerdotes Sem y, cuando se lo hayan llevado, aseguraos de que tanto las sábanas como el lecho sean lavados a fondo.

Aset seguía hundida en su asiento, con expresión de embotada incredulidad en el rostro. Hatshepsut se le acercó y la ayudó a levantarse.

–Ve con tu hijo –le dijo con tono bondadoso–. Tutmés os amaba mucho a ambos. Por el momento, queda levantada la prohibición que te había impuesto sobre tus movimientos; puedes ir donde desees.

Aset abandonó la habitación con aire ausente, como sumida en un sueño profundo.

Por último también Hatshepsut se alejó. La muerte de Tutmés seguía pareciéndole irreal, como si al día siguiente ella fuese a retomar su rutina diaria mientras él iba de caza y luego ambos cenarían juntos como de costumbre y volverían a lanzarse sutiles pullas en tono cordial. Le resultó casi afrentoso descubrir que, fuera de esa habitación dorada y fétida, nada había cambiado.

Todo Egipto quedó anonadado. Era una mala época del año para que muriera un faraón, sobre todo tratándose de uno joven y saludable. La cosecha estaba a punto de terminar y los hombres no tenían otra cosa que hacer que permanecer cruzados de brazos, chismorreando y contemplando como crecía el río. Fue inevitable que comenzaran a circular infinidad de rumores.

Todos llegaron a oídos de Hatshepsut quien, cierto día hacia fines del periodo de duelo, mandó llamar al médico de Tutmés, solicitando que también estuvieran presentes en la entrevista los magistrados, Aset y el pequeño Tutmés. Cuando estuvieron reunidos, no perdió ni un minuto.

–Me he enterado –dijo lisa y llanamente– de que circulan ciertos rumores malévolos y difamatorios. Puesto que todos los hemos oído, no me ensuciaré la boca repitiéndolos. Por eso quiero que sea precisamente el médico del faraón quien nos diga de qué murió mi hermano.

–Murió de una peste, Majestad –respondió el hombre sin vacilar–. De eso no me cabe ninguna duda.

–¿Es posible administrar algún veneno que produzca los síntomas que él presentaba?
El médico negó con la cabeza.

–Hace muchos años que trato toda clase de enfermedades, Majestad, y no conozco ningún veneno con esas características.

–Tienes delante de ti una serie de documentos. ¿Puedes jurar por Amón, sobre los nombres de tus antepasados, que el faraón murió de muerte natural?

Hatshepsut le lanzó entonces una mirada penetrante a Aset, que permanecía parada y en silencio, con sus ojos de pájaro fijos en el rostro del médico.

–Si, lo juraré en las condiciones que deseéis –respondió con tono seguro.

–¿Me teméis, noble señor?

En los labios del médico se dibujó una sonrisa.

–Soy casi un anciano, Majestad, y en este momento sólo temo a Anubis y a su juicio. ¡Mis palabras son ciertas! Horus murió a causa de la peste. Es así de simple.

–Entonces siéntate y estampa tu sello en todos esos papeles. Mis heraldos los distribuirán por todas las ciudades y aldeas del país. A partir de este día, quien afirme lo contrario morirá.

Todos la vieron mirar intencionadamente a Aset, que se movió con incomodidad y atrajo al pequeño Tutmés hacia ella. Los magistrados asintieron e intercambiaron comentarios en voz baja. Cuando Hatshepsut les preguntó si estaban satisfechos, corearon afirmativamente, la saludaron con una profunda reverencia y salieron del recinto. También Aset partió, sin pronunciar palabra.

El funeral pasó casi sin pena ni gloria. Tutmés II desapareció en su tumba cercana al hermoso templo de Hatshepsut prácticamente sin dejar huellas sobre la superficie de Egipto. Mucho antes de que el cortejo se dispersara sobre la arena, fue como si él jamás hubiese existido, excepto por los niños que caminaban solemnemente detrás del féretro. Hatshepsut se puso a pensar en todos los funerales que había presenciado: el de su hermana, el de su madre, el de su padre, y ahora el de su hermano. Tuvo la sensación de que ella y sólo ella continuaría viviendo, joven, fuerte e incólume, por toda la eternidad.

Durante las semanas que siguieron, Egipto esperó que la reina ratificara los derechos de Tutmés III al trono y se proclamara Regente hasta que el niño tuviera edad suficiente para reinar. Quienes se encontraban más cerca de ella no se sorprendieron cuando el anuncio no se produjo. Los grandes engranajes del gobierno siguieron girando como de costumbre: la reina otorgaba audiencias y recibía embajadores, oraba y salía de caza, bailaba y celebraba, como si Aset y su hijo no existieran.

La misma Aset vivió los días posteriores al funeral sumida en un incesante terror, esperando que en cualquier momento se le comunicara que tanto ella como el pequeño Tutmés habían sido condenados al exilio. A medida que el tiempo fue pasando y comprobó que sus temores carecían de fundamento, comenzó a hacer toda clase de sondeos e investigaciones para tratar de averiguar cuáles eran los planes de la reina. Pero cada intento suyo tropezó con el camino cortés pero inflexiblemente bloqueado. Se confinó entonces en sus aposentos, burlada y algo inquieta. Hatshepsut no había vuelto a hacer referencia a la antigua prohibición que pesaba sobre sus desplazamientos, así que comenzó a recorrer su jardín casi con furia, y su miedo se trocó en cólera. Pasaba el tiempo y la reina no revalidaba la dignidad real de su hijo, así que decidió tomar cartas en el asunto.

Cierta mañana, en el momento en que Hatshepsut, Senmut, Ineni y Hapuseneb comenzaban la lectura de la correspondencia del día, Duwa-eneneh, el jefe de heraldos, entró precipitadamente al salón, muy agitado y casi sin aliento. Apenas tuvo tiempo de comenzar a balbucear algunas palabras cuando Ipyemre, Segundo Profeta de Amón, entró tras él. Menena se deslizó furtivamente en la habitación, las manos cruzadas sobre el vientre y una expresión de mojígato alborozo sobre su rostro zalamero.

—¡De rodillas, todos! —Bramó Senmut—. ¡Esto no es un despacho de bebidas!

Ante esta ruidosa admonición, todos se postraron.

—Levantaos —dijo Hatshepsut con tono tranquilo. Su mente despierta y veloz los fue escrutando alternativamente, tratando de descubrir el motivo de semejante irrupción, pero ambos permanecieron en silencio—. Ipyemre, amigo mío, tú pareces el menos trastornado —le dijo—. Habla, puesto que he jurado no volver a intercambiar palabra alguna con el Primer Profeta de Amón.

Ipyemre se inclinó y Hatshepsut notó que, a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, las manos le temblaban mientras hablaba.

—Esta mañana se ha producido en el templo una gran señal, Majestad. El príncipe heredero estaba cumpliendo con sus tareas de acólito, junto a los demás niños y el Sumo Sacerdote, ¡y el Poderoso Amón le hizo una inclinación de cabeza!

Hapuseneb contuvo el aliento. Ineni dejó caer el rollo que tenía en las manos y su débil crujido reverberó en el silencio. Aunque Senmut sintió que el corazón se le detenía, no se movió y clavó su mirada llena de furia en el rostro de Menena. El Sumo Sacerdote permaneció imperturbable, salvo por un leve rictus en la comisura de los labios.

También Hatshepsut quedó inmóvil, las manos congeladas alrededor del Sello, mientras el sol encendía destellos en su collar de oro cada vez que respiraba. Entonces se aflojó y esbozó una sonrisa enigmática.

–¿De veras? –Murmuró y avanzó hacia Nehesi para entregarle el Sello–. ¿Y qué conclusiones sacáis vosotros de esa... señal?

–Pues que Amón está complacido con el príncipe –farfulló su interlocutor.

La sonrisa de Hatshepsut se hizo más amplia.

–Mi querido Ipuymre, eres fiel y leal, pero me temes demasiado, lo cual por otra parte es natural. ¡Duwa–eneneh! Te agradezco tu precipitada aparición y te ruego que me relates qué ocurrió exactamente.

El heraldo se acomodó el bastón debajo del brazo y se inclinó frente a Hatshepsut, con los labios apretados y la mirada dura.

–El príncipe se encontraba orando y le preguntó a Amón si sería faraón como su padre lo deseaba.

–¿Y entonces?

La reina parecía estar disfrutando de alguna broma secreta. La tibieza asomó en su boca y sus ojos centellearon, pero detrás de esa fachada Senmut intuyó cierta tensión.

–Entonces, al cabo de un momento, Amón inclinó su áurea cabeza –dijo Duwa–eneneh con voz tan monótona e inexpressiva que bien podría haber estado enunciando lo que había comido esa mañana. Él y Hatshepsut intercambiaron una mirada fugaz y sonrieron.

–Así que Anón inclinó su áurea cabeza –repitió ella con aire pensativo–. Duwa–eneneh, busca al príncipe y a su madre y tráelos aquí inmediatamente. Menena, sal de esta habitación y aguarda en el vestíbulo. Ipuymre, puedes quedarte.

Luego de la partida del heraldo y el Sumo Sacerdote, Hatshepsut se volvió rápidamente a los otros hombres.

–¿Y bien? –Preguntó, arqueando las cejas.

Ineni fue el primero en responderle.

–Se trata, desde luego, de algo que efectivamente ocurrió –le dijo–. La señal tiene que haberse producido, pues de lo contrario Menena y los sacerdotes no se atreverían a hacerlo público. Pero...

–¡Es un truco! –Prorrumpió Nehesi salvajemente–. ¡El Dios sólo inclina su cabeza ante Vos, Poderosa Señora!

–Ya lo sé –reconoció ella–, pues son muchos los que se postran ante el Dios pero no lo reverencian con su corazón.

–También yo opino que se trata de una artimaña –terció Hapuseneb–. ¿Quién estaba con el muchacho cuando sucedió?

–Menena, desde luego –se apresuró a responder Senmut.

–Y los demás niños –le recordó Ipuymre.

–En ese caso –dijo Hatshepsut con calma–, hay en el templo más sacerdotes ambiciosos de los que supusimos, pues si Menena se encontraba con el muchacho, ¿quién estaba en el santuario, detrás de Anón?

Todas las miradas se centraron en Ipuymre, pero él sacudió la cabeza.

–No lo sé –dijo, con aire impotente–; yo me encontraba fuera del templo. Estaba en el atrio interior con las bailarinas y vi al muchacho y al Dios desde muy lejos.

Duwa–eneneh regresó con Aset y Tutmés. Aset estaba visiblemente excitada; bajo los afeites, se observaban dos grandes manchones rojos en sus mejillas y su cuerpo parecía más tenso y felino que nunca. Tutmés trasuntaba un aire solemne: se acercó a su tía–madre y la saludó con una reverencia, rezumando resabios del incienso que sus manos habían sostenido pocos momentos antes.

–Salud, Tutmés –le dijo Hatshepsut–. Acabo de enterarme de la gracia que el Dios te ha acordado y deseo conocer más detalles. Vamos, cuéntame cómo ha sido.

Los ojos del niño se encontraron con los de la reina. Su madre le había advertido que ella no le tenía simpatía, que desearía no tenerlo en palacio para poder reinar sin estorbos. Pero le resultó difícil odiar a esa mujer alta y hermosa cuyo rostro era tan perfecto que no podía dejar de contemplarlo con arrobamiento.

–Me encontraba orando. Lo hago con mucha frecuencia –añadió con tono desafiante.

–Por supuesto –dijo ella, asintiendo con la cabeza–. La oración es algo bueno y beneficioso –y con una leve sonrisa lo alentó a continuar con su relato.

El muchachito se sintió más seguro y prosiguió: –Decidí pedirle consejo a Anón –gorjeó. De pronto los presentes tuvieron la cabal sensación de que Tutmés repetía como un loro una frase aprendida de memoria–. Lancé el incienso bien alto y le supliqué que me dijera si llegaría a ser faraón.

–¿Ah, sí? ¿y qué te contestó?

–Me sonrió, y entonces inclinó su majestuosa cabeza. La inclinó muy abajo, hasta que la barbilla quedó apoyada sobre su pecho inmortal. Todos los que estaban conmigo lo vieron.

–Ajá. Dime, Tutmés, ¿quién soy yo?

Él la miró, perplejo.

–Sois la Reina de Egipto.

–¿Y qué más soy?

–Yo... no lo sé.

–Entonces te lo diré, puesto que tu madre no se ha dignado hacerlo. Soy también la Hija de Amón, Su Encarnación Viviente sobre la tierra, el Fruto de Su Simiente Sagrada, Su Bienamada, La que amó aun antes de que naciera. Sus pensamientos son mis pensamientos y su voluntad es mi voluntad. ¿Crees acaso que te diría que puedes ser faraón sin que yo lo supiera?

Aset dejó escapar una exclamación reprimida a medias y dio un paso adelante.

Tutmés sacudió la cabeza, desconcertado.

–N... No, supongo que no. ¿Qué fue entonces lo que quiso decirme?

–Que está complacido contigo. Que desea que trabajes mucho por él y por Egipto, y que quizás algún día seas faraón. Pero no todavía.

–¿Todavía no? –Le temblaban los labios, pero logró controlarlos con su furia–. ¡Pero yo soy el príncipe heredero! ¡Eso significa que debo ser faraón!

–Cuando Anón me haga saber que desea que seas faraón, te lo comunicaré.

Pero para eso falta mucho: no eres más que un pequeño príncipe y tienes mucho que aprender antes de ocupar el Trono de Horus. ¿Me has entendido?

–¡Sí! –Respondió irritado–. Pero, Majestad, ¡os aseguro que aprendo con gran rapidez!

Ella contempló con atención su rostro rebelde.

–De eso estoy segura, pues no podrías parecerte más a tu poderoso abuelo, mi padre, Tutmés I. Ahora vete a tus aposentos. Quiero hablar un poco más con tu madre.

Tutmés abandonó la habitación, con los hombros bien echados hacia atrás y la cabeza rapada muy erguida.

Hatshepsut ordenó que hicieran entrar de nuevo a Menena. Le costaba un verdadero esfuerzo controlar su malhumor, pero deseaba mostrarse justa frente a esa insensata puja por el poder. Así que cuando Menena se situó junto a Aset, ya Hatshepsut había recuperado su serenidad.

–El Dios no inclina su cabeza ante nadie más que yo –dijo–. Todo Egipto lo sabe desde el día en que nació. Vosotros dos habéis conseguido que un muchachito que cree en su dios se vea envuelto en una artimaña vil y despreciable. Habéis deshonrado a Amón, pero no habéis conseguido sino armar un pequeño alboroto entre quienes no tienen otra cosa que hacer que nutrirse de murmuraciones. Si con esto pensabais ejercer alguna presión sobre mí,

entonces sois más necios e ingenuos de lo que supuse. ¿Acaso creíais que yo saldría corriendo a colocar la corona sobre la cabeza de Tutmés y luego abandonaría mi país en manos de gente de su calaña? –Preguntó con una sonrisa de mofa–. Ni siquiera merecéis mi desprecio.

Aset la escuchó muy inquieta, mientras sus manos jugueteaban nerviosamente con la tela del vestido. De pronto estalló: –¡Mi hijo es el príncipe heredero y el legítimo sucesor al trono! ¡Su padre así lo estipuló!

–¡Y está muerto! –Le replicó Hatshepsut sin demora–. ¡Incluso cuando él vivía, yo era Egipto, y sigo siendo Egipto! El pequeño Tutmés sería como plata maleable en vuestras manos y, entre los dos, explotaría y chuparía a mi país hasta dejarlo seco. ¿Suponía que, frente al primer gesto que hicieran, el clero y el ejército os apoyarían? ¿Habéis estado ciegos durante los últimos siete años? Ésta ha sido vuestra última oportunidad. Mi paciencia está a punto de agotarse. No deseo enterarme de la existencia de ningún otro complot pues, si así fuera, no vacilaré en acusaros de traición y haceros ejecutar a ambos. Vosotros dos sois un peligro para el país que fingís amar. Ahora iros.

Aset estuvo a punto de contestarle: la fulminaba con la mirada y ya sus labios se movían, pero en ese momento Nehesi dio un paso adelante y ambos se apresuraron a saludarla y a abandonar la habitación.

–Sois demasiado indulgente, Majestad –dijo Senmut–. Las serpientes merecen ser pisoteadas.

–Es posible –dijo ella con voz cansada–. Pero no quiero privar a mi sobrino hijo de su madre tan poco tiempo después de la muerte de su padre. No creo que Menena pueda hacer mucho sin el respaldo de Tutmés. Nehesi, asegúrate de que los miembros del Ejército de Su Majestad los tengan bien vigilados en todo momento.

Senmut, quiero el nombre de todos los sacerdotes que sirven en el templo, desde el acólito más insignificante hasta el mismo Menena, y las influencias que posee cada uno de ellos. Aún no he decidido qué haré, pero me resisto a darle la corona a Tutmés todavía.

Tardó dos años en decidirse. Durante ese lapso no hizo otra cosa que poner a prueba en forma permanente su dominio y su influencia sobre Egipto: tirar suavemente de las riendas en un lugar, fustigar con fuerza en otro, ajustar un poco más los arneses más allá. Y de pronto llegó el mes de Mechir, cuando entre las palmeras y las acacias la tierra se cubre de una alfombra frondosa y ondulante de sembradíos verdes, y los pichones de las aves se esfuerzan a toda costa por levantar vuelo de los nidos a lo largo de las márgenes del río. Nuevos y viejos canales zigzaguean por entre los cimbreados terrenos, colmados de aguas serenas que reflejan el cielo suave de finales de primavera. Los hipopótamos del Nilo y sus crías yacen muy orondos entre el barro, bostezando cada tanto de puro deleite.

El templo del valle estaba terminado. El hermoso y etéreo santuario presentaba un aspecto resplandeciente y parecía vibrar en su tórrido cuenco de piedra, aguardando que los pies de la reina hollaran sus suelos de oro y de plata.

Los sacerdotes habían elegido el día vigésimo noveno del mes por considerarlo una fecha auspiciosa para la consagración del templo. Esa mañana Hatshepsut se encontraba de pie en el balcón, mirando hacia los jardines mientras elevaba sus plegarias matinales. A sus espaldas, en la alcoba, las criadas sacaban a relucir el corto faldellín cuyos pliegues estaban recubiertos de oro para que cuando caminara lanzara destellos de luz, la peluca ceremonial con trenzas azules y doradas, y el cinturón de cordel de oro anudado, tachonado con diminutas cruces egipcias de cornalina.

Se sentía embargada por un sentimiento de predestinación; la sensación de que una vez más su vida tomaría un nuevo rumbo. Tuvo la sensación de que el poder se derramaba sobre ella, la colmaba y se fusionaba con la sangre que le corría por las venas. Se supo inmortal, de pie allí en lo alto, desnuda, contemplando el mundo a sus pies, bendecida por ese sol que se esparcía sin cesar sobre su tez color miel. Las copas de los árboles parecían

inclinarse incesantemente en su homenaje mientras el viento se llevaba sus oraciones. Cuando terminó con sus plegarias recorrió con la mirada la tierra, el río y, del otro lado, la Necrópolis que bailoteaba entre las vaharadas de calor. Entonces Hatshepsut se volvió y entró en las frescas sombras donde las mujeres aguardaban para vestirla.

Permaneció de pie muy quieta mientras le colocaban el faldellín alrededor de la cintura y luego el cinturón y el pesado collar enjoyado que prácticamente le cubría el pecho. Extendió los brazos para que le calzaran las pulseras y bandas, mientras su mente vagaba evocando los años de espera durante los cuales, día tras día, se iban cortando las piedras y los pilares, que luego se pulían y erigían, y recordando las veces que, acompañada por Senmut y Tutmés, había ido a ver cómo progresaban las obras y tomaban forma las terrazas. Pensó con orgullo en todas las maravillas que había contemplado con su padre. ‘Ésta ha sido mi manera de contestaros, dioses de las Planicies. Os doy mi monumento, una obra mucho más grandiosa que cualquier otra que hayan visto mis ojos. Me siento satisfecha.’

Entonces tomó asiento y extendió las palmas hacia arriba para que pudieran pintárselas con alheña roja. Mientras se le secaban, levantó las piernas para que también le pintaran las plantas y las uñas de los pies. Le colocaron las sandalias doradas, cuyos jaspes absorbían ya con voracidad la luz de la habitación y la devolvían tan roja como la sangre. Le maquillaron la cara y se la cubrieron con polvo de oro, que se le pegó a los labios, y con khol negro y espeso que le ribeteó los ojos. Mientras le colocaban la peluca y la pequeña corona de cobra, observó la resplandeciente imagen que el espejo le devolvía: se vio convertida en una diosa, el símbolo dorado y radiante de un país igualmente dorado y radiante.

Senmut y los otros la aguardaban en el muelle. Otras cien embarcaciones empavesadas esperaban también para transportar el cortejo y los sacerdotes al otro lado del río. Senmut llevaba el atuendo de los príncipes: casco de cuero blanco repujado en oro, pulseras e insignias de su cargo que contrastaban con su piel morena, y un enorme pectoral de oro formado por eslabones unidos y escarabajos de turquesa que le cubría también los hombros, el cuello y la espalda. Sobre su pecho ostentaba el emblema de los príncipes Erpa-ha, los Señores Hereditarios de Egipto. Delante de él aguardaba su portador de insignias, con un bastón blanco con puntera de oro en la mano.

Uno a uno los barcos fueron empujados con pértigas hasta el otro lado del Nilo, convertido ahora en un río transparente y de aguas rápidas que no alcanzaría su nivel más bajo hasta pleno verano. En la orilla opuesta la multitud comenzó a organizarse en una suerte de procesión, cuyos integrantes parloteaban y reían bajo los inmensos baldaquines y banderas que flanqueaban el camino. Hatshepsut se adelantó.

Había decidido realizar el trayecto a pie, así que todos dejaron atrás sus literas y la siguieron. Cuando vio que Senmut estaba por situarse junto a Hapuseneb, Menkh y sus otros brillantes ministros, lo llamó. Senmut se acercó deprisa a la cabecera de la columna, con una mirada sorprendida en sus ojos enmarcados en khol.

–¿Dónde está Neferura?

–Con las mujeres, Majestad, rodeada por los integrantes del Ejército de Su Majestad, y Nehesi la escolta. La más pequeña es transportada en una litera; me pareció lo más prudente.

–Muy bien –asintió ella. Meryet–Hatshepset sólo tenía tres años y ese trayecto, por lento que fuera, terminaría por cansarla. Hatshepsut se hizo a un lado, sonriendo–. Éste es tu día tanto como el mío, noble Senmut, así que he decidido compartir mi gloria contigo. Puedes caminar a mi lado. –Sorprendido y emocionado, se colocó junto a ella, quien en ese momento indicaba por señas que hicieran sonar las trompetas–. Si de algo no cabe duda –siguió diciendo Hatshepsut cuando la procesión inició la marcha–, es que tu mano está en el templo como lo está la mía. Lo he pensado mucho, Senmut, y quiero que inscribas tu nombre dentro del santuario del Dios para que todos los hombres sepan cuánto te valoro y en qué alta estima te tengo.

Él se volvió hacia ella y le hizo una reverencia. Siguieron andando, pero la mente de Senmut era un hervidero de pensamientos. Era tan poco frecuente el honor que acababa de dispensarle que sólo pudo pensar en un único caso similar, que podía observarse en la planicie de Saqqara, donde el rey Zoser le había permitido al Dios Imhotep firmar sus obras con su propio nombre. Era un don tanpreciado que traspasaba los umbrales de este mundo, pues los dioses verían su nombre en un lugar donde sólo están tallados los nombres reales. Lo juzgarían como si fuera un rey. Enseguida supo dónde quería grabar su nombre y la historia de su vida y de sus títulos: detrás de la puerta del santo de los santos donde se encontraba la estatua divina, donde sólo pudieran verlo los dioses y las personas de linaje real, que eran las únicas a quienes les estaba permitido entrar en el santuario y cerrar la puerta, privilegio del ¡qué ni siquiera los sacerdotes gozaban!

–Me conferís un gran honor, Majestad –dijo con el corazón alegre.

Hatshepsut sonrió y giró su cabeza dorada para mirarlo a los ojos.

–¡Todavía no he terminado contigo, príncipe orgulloso y altanero!

Así llegaron al primer y único pilón y siguieron avanzando, entre bromas y pullas. De pronto ella se detuvo para abarcar con la mirada esa obra maestra con ojos reverentes y voraces, y toda la procesión se frenó a tumbos detrás de ella. Cien pasos más allá nacía la primera terraza, debajo de la cual, prolijas hileras de pilares a cada lado permitían que la luz fluyera hacia la vastedad del primer atrio. A otros cincuenta pasos se erguía la segunda rampa que llevaba al techo de otro atrio rodeado pilares. Hacía que la vista se dirigiera naturalmente hacia los pilares del fondo correspondientes a las capillas y continuara hasta las cumbres de los acantilados, como si el templo, el valle y los peñascos fueran una sola cosa, un conjunto armonioso y fusionado de piedra en estado natural y sometida a la mano del hombre.

Todavía no había jardines. La avenida planeada por Hatshepsut, que desembocaría en la orilla misma del río estaba, por el momento, sólo en su cabeza; pero la roca y la piedra del templo, en su austera simplicidad, no necesitaban ningún aditamento para que sus líneas a la vez fuertes y delicadas tuvieran mayor belleza. Hatshepsut suspiró con profunda satisfacción. Había hecho construir una imagen de oro de Amón para colocarla junto a su propia efigie en el santuario central, e hizo señas para que quienes portaban la estatua divina la precedieran; y los sacerdotes se aproximaron con su pesada carga, acompañados por el joven Tutmés, a quien habían designado para caminar junto a Amón llevando el incienso. La comitiva reinició la marcha y lentamente llegaron a la primera rampa, donde se detuvieron a orar; luego a la segunda, donde el procedimiento se repitió. Hatshepsut llegó entonces a la penumbra de su santuario embargada por una gran emoción, recordando cuánto ella y su hermano habían planeado disfrutar ese día juntos, y preguntándose qué pensaría él en ese momento al contemplar a través de los ojos mágicos de su ataúd la más hermosa construcción conocida por Egipto.

La efigie de Amón fue depositada en el trono elevado que la aguardaba, junto a la gigantesca estatua en oro y plata de Hatshepsut, cuyos ojos parecían escrutar hasta los rincones más apartados del templo. El joven Tutmés colocó el incensario en su correspondiente soporte de cobre, mientras otro acólito hizo lo mismo en el extremo opuesto de la capilla. Entonces, todos los que habían sido admitidos en el santo de los santos se postraron en el suelo de plata, rindiendo homenaje a los dos dioses que dominaban sus vidas. Menena avanzó a grandes trancos por entre esos cuerpos yacentes para ocupar su lugar junto a Amón y así dieron comienzo los ritos de la dedicación del templo. Los sacerdotes se arracimaron al sol sobre el techo de la primera terraza, escuchando los cánticos y el resonar de los sistros mientras colocaban incienso en sus propios turíbulos. Debajo de ellos, ocupando silenciosamente la primera rampa, los miembros del cortejo estiraban el cuello para contemplar la columna de humo que se elevaba en espirales hasta la cumbre de los acantilados.

Cuando la ceremonia concluyó, y Hatshepsut terminó de recorrer reverentemente cada centímetro de su sueño hecho realidad, se puso de rodillas nuevamente frente a Amón y recitó las oraciones finales con la sensación de que todavía algo faltaba a los acontecimientos de la jornada. El sol había cambiado de posición y en ese momento sus dedos largos y sedosos tanteaban el suelo del santuario y exploraban los pilares interiores hasta llegar a las dos estatuas. Los que se encontraban detrás de Hatshepsut la vieron como jamás la habían visto antes: la cabeza dorada, la tez cubierta de polvo de oro, los brazos enjorjados extendidos; todo parecía refulgir de manera especial, como con un halo de fuego. Se hizo un silencio profundo. Tutmés se inclinó frente a Amón y volvió a colocar incienso en el turíbulo. Menena y los nobles comenzaron a moverse nerviosamente, pensando en el banquete que les esperaba, con las gargantas secas después de entonar tantos cánticos. Pero Hatshepsut no se movió: permaneció en actitud de adoración y de espera, convencida de que algo estaba a punto de suceder. Cuando se postraba por última vez, de los labios del ídolo brotó una voz pura y sonora, y todos los presentes quedaron paralizados.

–Levántate y vete, Amado Rey de Egipto –dijo.

En ese azorado silencio, la cabeza de Hatshepsut pegó una sacudida. Los recuerdos, ambiciones, frustraciones y sueños vividos en toda su existencia se agolparon en su mente y estallaron en un potente grito de triunfo. Se incorporó y comenzó a dar vueltas, con los brazos en alto.

–¡El Dios ha hablado! –Gritó, con todos los músculos del cuerpo tensos por la victoria. Más abajo, en los patios y atrios exteriores, al oír la conmoción, los presentes se miraron unos a otros como preguntándose cuál sería el motivo de ese alboroto–. ¡Me proclamo faraón!

De repente los nobles prorrumpieron en aplausos y muy pronto una oleada de batir de palmas se propagó por el santuario y se transformó en un río sonoro. Todos estaban de pie, aclamándola. Hatshepsut se abrió paso entre ellos, flanqueada por Nehesi y Senmut, los brazos todavía extendidos y el rostro radiante. Salieron al exterior y la ovación se convirtió en un rugido al ser repetida por cada uno de los presentes. El templo se transformó en una desbordante y agitada masa de cuerpos ataviados de blanco.

–¡Me proclamo faraón! –Volvió a gritar Hatshepsut.

Las vibrantes palabras reverberaron una y otra vez multiplicadas en cientos de ecos al ser repetidas por la multitud.

–¡Faraón! ¡Faraón! ¡Faraón! –Atronaban todos.

Neferura observó entonces con ojos azorados cómo levantaban en vilo a su madre, la sentaban en las andas que habían servido para transportar la estatua del Dios y la elevaban por encima de todos. Entonces Hatshepsut se arrancó la pequeña corona de cobra de la cabeza, la sostuvo en alto y luego se agachó y se la arrojó a Neferura. Durante todo el trayecto estuvo sentada muy erguida, el rostro inundado por una sonrisa, mientras la llevaban a la barca real y luego de regreso al palacio, para que iniciara allí una nueva vida.

Mientras Hatshepsut se encontraba de pie y sola en las tinieblas de su balcón, la noche previa a su coronación, pensó: Todos estos años de trabajo, preocupación y espera han rendido sus frutos. Por fin soy lo que mi padre quiso que fuera. No existe ninguna persona en Egipto que pueda oponerse a mi reinado. Tutmés ha muerto.

Aset y Menena han perdido la carrera. Mi destino se ha hecho realidad. Soy más fuerte que nunca, más hermosa y más poderosa que nunca; la primera mujer merecedora de ser faraón. Pensó también en Neferura, profundamente dormida en su camita, aferrando todavía con fuerza la pequeña corona de cobra; y también en el joven Tutmés, cuyos sueños de ocupar el trono se veían ahora eclipsados por su resplandeciente presencia, su poderío sin par y su absoluto control sobre Egipto. Esa noche nada le parecía real fuera de ella misma y de su Dios. Ambos estaban como amalgamados en la oscuridad y contemplaban juntos los acontecimientos que habían culminado y precipitado la llegada de ese día. No estaba cansada.

Todavía existían en ella pozos intactos de fortaleza que esperaban su coronación para abrir sus compuertas. Se sintió tan inmortal como las estrellas que brillaban en lo alto y la tierra que dormía a sus pies. Permaneció en el balcón casi toda la noche, bebiendo vino frío, observando a los guardias que patrullaban sus jardines, advirtiendo algún manchón ocasional de luz que se desplazaba con celeridad cuando un sacerdote acudía deprisa al templo para cumplir con sus funciones. Cuando la noche comenzó a hacerse menos densa fue a su lecho y se recostó con los ojos abiertos, observando el techo azul y plateado, mientras mentalmente repasaba todo lo que planeaba hacer.

Por la mañana apareció el barbero con sus afilados cuchillos. Hatshepsut se quedó sentada e inmóvil mientras le cortaban sus hermosas trenzas negras, que cayeron alrededor de su silla formando una mullida alfombra. El hombre afiló su navaja y comenzó a afeitarle la cabeza. Llevó a cabo su tarea en silencio y con gran habilidad, sin extraerle ni una gota de sangre. Hatshepsut fue observando cómo el rostro se le modificaba bajo sus manos. Con la cabeza rapada tenía un aspecto asexuado, los huesos de la cara se le destacaban más, sus ojos parecían todavía más grandes y luminosos, su boca más altiva, menos dispuesta a la sonrisa. Cuando el barbero se fue, Nofret le colocó el tocado de cuero que usaría hasta reemplazarlo con la doble corona. Sus alas le llegaban hasta los hombros y el borde le calzaba hasta la mitad de la frente, otorgándole a su rostro nueva severidad y simplicidad. Nofret le ajustó entonces alrededor del cuello el pesado Ojo de Horus real, que le cubrió los pechos.

El guardia abrió la puerta y dejó pasar a Senmut, quien nuevamente se encontraba ataviado como un príncipe y llevaba a Neferura de la mano. La pequeña estaba lujosamente vestida, en oro y lapislázuli, y se había puesto la corona de cobra, que osciló peligrosamente cuando ella y Senmut hicieron sus reverencias.

Sonriendo, Hatshepsut les ordenó incorporarse.

–No, querida mía –le dijo dulcemente a Neferura–. Todavía no eres una reina.

Espero algún día convertirte en rey, pero ni siquiera así puedes usar todavía la corona de cobra.

–¿Pero puedo tenerla en mi habitación y mirarla de vez en cuando? –Preguntó la niña mientras se la quitaba.

–Si, si me prometes no sacarla de tu cuarto ni permitir que Meryet juegue con ella. Muy bien, sacerdote, ¿estamos listos?

Senmut contempló a esa joven espigada y relumbrante que tenía delante de los ojos, el casco masculino, el Ojo de Horus y los anillos reales. Hizo una profunda reverencia.

–Lo estamos. Vuestros estandartes y las banderas flamean por doquier y la gente se apretuja a ambos lados del camino.

–¿Y mi carro?

Senmut sonrió.

–En el patio, Majestad; y Menkh se está impacientando.

–¡Siempre ha sido muy impaciente! Entonces más vale que no lo hagamos esperar.

En el exterior el sol era abrasador. Hatshepsut trepó de un salto al carro detrás de Menkh, afirmó bien las piernas y se agarró de los laterales dorados de la caja mientras comenzaban a brotar aclamaciones y vítores. Menkh hizo restallar el látigo y los caballos arrancaron a un trote lento y cadencioso, pues Hatshepsut había decidido recorrer la ciudad íntegra para que todos pudieran verla. La rutilante procesión fue serpenteando lentamente por las calles. Los niños arrojaban flores a su paso y sus padres besaban el suelo ante ese dios que parecía haber perdido la suavidad propia de las mujeres y se erguía, alto y delgado, como un efebo.

En el templo, llegado el momento, ella misma se quitó el tocado y extendió las manos para recibir la corona, tomándola de los dioses que se la ofrecían. Senmut no pudo evitar cierta conmoción al verle la cabeza rapada. De alguna manera eso lo obligó a tomar conciencia por primera vez de que Hatshepsut era ya, de hecho, un ser sin sexo ni edad.

Cuando muy lentamente se colocó la doble corona roja y blanca y recibió el desgranador y el cayado de oro de manos de Menena, el flameante Uraeus, la cobra y el buitres parecieron alzarse con renovado vigor sobre esos rasgos indómitos que eran, a todas luces, los de un faraón. Entonces la cubrieron con el enjoyado manto real.

Después de ser conducida una vez más por Menena alrededor del santuario, Hatshepsut se volvió y se dirigió a los allí reunidos.

–Asumo en este mismo momento todos los títulos de mi padre –dijo–. ¡Heraldo! Duwa–eneneh dio un paso adelante y comenzó a recitarlos: –Horus, Amado de Maat, Señor de Nekhbet y Per–Uarchet, El que Ostenta la Diadema con el Uraeus, El que Da Vida a los Corazones, Hatshepsut, que vivirá por Siempre.

Senmut notó que Duwa–eneneh había omitido el título de Toro Poderoso, y sonrió para sus adentros.

Hatshepsut continuó hablando, elevando la barbilla bien en alto.

–También tomo para mí el título que me fuera conferido por Amón en mi primera coronación. Soy Maat–Ka–Ra, Hijo del Sol, Criatura de la Mañana. Usert–kau es el nombre que corresponde a mi dignidad real, así que he decidido que, de aquí en adelante, Hatshepsut no es nombre propio de un rey. Seré llamada, pues, Hatshepsut, Primero entre los Poderosos y Honorables Nobles del Reino.

Senmut volvió a sonreír ante ese gesto típico de vanidad femenina. Todo parecía indicar que su rey no se había vuelto totalmente masculino.

Entonces sujetaron con tiras la barba faraónica al mentón de Hatshepsut. Esto, que bien podría haber resultado grotesco, no hizo sino reforzar su poder mucho más que si se hubiese tratado de la barbilla de un hombre. Hatshepsut I, Rey de Egipto, salió caminando parsimoniosamente del templo de Karnak hacia el sol radiante del exterior, y su hermoso rostro lució tan liso e inescrutable como el mármol. Recibió impertérrita el homenaje de los soldados, que la esperaban en el atrio exterior para dedicarle un saludo especial a ese guerrero que los había conducido a Kush y los había hecho regresar sanos y salvos. Hatshepsut subió a su carro y regresó al palacio.

Antes de que comenzaran los festejos, se sentó en el Trono de Horus, con el cayado y el desgranador cruzados sobre el pecho, y sus hombres se congregaron frente a ella.

–Bien –dijo Hatshepsut, sonriendo–, empecemos. ¿Cómo podría olvidarme de vosotros, mis servidores más fieles, en éste, mi día más sagrado? Senmut, ¡ven aquí!

Senmut se arrastró por el suelo de oro hasta llegar a sus pies, y ella misma se puso de pie y lo ayudó a levantarse. El gesto no hacía más que respetar las formas de un protocolo empleado durante siglos, pero fue inevitable que en él se trasluciera todo el amor que sentía por él.

–Para ti, favorito del rey, Custodio de la Puerta, tengo algunos títulos más. Te nombro Interventor de todas las Obras de la Casa de Plata, Gran Profeta de Montú, Siervo de Nekhen, Profeta de Maat y, por último, Smer, Señor Eminente sobre todos los Nobles de Egipto.

Uno a uno fueron cayendo sobre él todos los mantos de poder. Los presentes supieron entonces, de una vez por todas, quién compartía el poder total de Egipto; y contemplaron con cierta cautela el rostro arrogante de Senmut, a quien ahora veían con creciente respeto. Senmut hizo una reverencia y se situó al lado de Hatshepsut.

Entonces ella llamó a Hapuseneb.

–Dime, Hapuseneb, ¿recuerdas el día en que te nombré Gran Profeta del Sur y del Norte?

–Lo recuerdo bien, Majestad. Fue antes de que derrotarais a la gentuza de Kush.

Ella asintió y dijo: –Nehesi, ordena que Menena comparezca ante mí.

Hapuseneb sabía lo que vendría después. Los demás aguardaron, sobrecogidos, hasta que el anciano Sumo Sacerdote se postró al pie del trono y le rindió su homenaje.

Hatshepsut le habló con tono cordial, pero sus ojos lanzaban fulgores helados por debajo de la imponente doble corona.

–Menena, el Sumo Sacerdote sólo puede ser nombrado por orden del mismísimo faraón. ¿No es así?

Menena palideció pero hizo una reverencia.

–Así es –respondió con voz calma.

–Y ahora yo soy el faraón. Nombro Sumo Sacerdote de Amón al visir Hapuseneb, para que asuma el cargo que le conferí hace algunos años y lo ejerza ahora con total autoridad. En cuanto a ti, Menena, te doy las gracias en nombre del Halcón que se ha elevado al Sol y te ordeno que abandones Tebas antes de fines de Phamenoth.

Había terminado con él. Menena se inclinó nuevamente y partió, tan impertérrito como siempre. Hatshepsut se quedó mirándolo un momento, recordando el odio que su padre sentía hacia él, y vio la mirada que Senmut le lanzó cuando pasó a su lado. El rostro de su mayordomo destilaba odio y temor. Sorprendida, almacenó esa nueva información en su mente para investigarla más adelante. Era evidente que Senmut sabía algo que ella ignoraba y acerca de lo cual debería enterarse algún día.

Hizo a Nehesi su canciller, un nombramiento que todos esperaban y que era la consecuencia lógica de su cargo de Portador del Sello Real. Colocó en manos de Tahuti la distribución de todos los tributos, y nombró a Puamra Inspector de Monumentos. Entonces le tocó el turno a User–amun. Hatshepsut lo llamó y él se acercó con una sonrisa. Pero después que ella lo ayudó a incorporarse, le ordenó que se postrara una vez más.

–Hace muchos, mucho años –le dijo– tú me hiciste una reverencia en son de burla y yo juré que algún día te obligaría a repetirme esas mismas palabras, pero en serio. ¿Recuerdas qué fue lo que me dijiste?

Un murmullo de sonrisas recorrió el recinto cuando User–amun sacudió la cabeza con dificultad, con la nariz aplastada contra el suelo.

–Os aseguro, Gran Horus, que mi necedad supera a mi memoria. ¿Permitís que humildemente os implore vuestro perdón?

–¡Aneen! –A esta altura, Hatshepsut reía abiertamente–. Léeme las palabras que te ordené transcribir.

El escriba se puso de pie desde la posición que ocupaba junto al pie izquierdo de Hatshepsut y entornó las siguientes palabras: –¡Salve, Majestad! ¡Vuestra belleza eclipsa la de las estrellas y su fulgor es tan intenso que me obliga a apartar la mirada!

–¡Repítelas ahora! –Le ordenó, muerta de risa, y él así lo hizo, con una voz que el suelo amortiguaba–. Ya puedes levantarte –dijo por fin, y User–amun se incorporó de un salto, con una enorme sonrisa en el rostro.

–Vuestra Majestad tiene una memoria realmente sorprendente –comentó.

–Desde luego –dijo, asintiendo–. Y para ti, mi pajarraco vistoso, te tengo reservado un recorrido por el Visirato del Sur perteneciente a tu padre, que últimamente has descuidado mucho para dedicarte en cambio a perseguir a mis criadas.

Y así siguió confiriendo privilegios y recompensas hasta que el sol se hundió en el horizonte y el sonido de las trompetas anunció la cena. Hatshepsut se puso de pie, visiblemente cansada bajo el peso agobiante del manto de coronación.

–Comamos juntos –dijo, mirándolos uno por uno con intensidad– y continuemos luego los trabajos que hemos comenzado en favor de Egipto. No quiero que nadie tenga motivos para decir en el futuro que esta tierra ha sufrido bajo nuestro gobierno.

Hatshepsut durmió profundamente durante varias horas, agotada por los excesos del día previo. Despertó sin esfuerzo pocos minutos antes del amanecer y se sentó en la cama, esperando ansiosamente el momento que representaría la culminación de todos sus esfuerzos. Hizo que Nofret le colocara la silla para que desde ella pudiera mirar por la ventana hacia el

cielo del este y, mientras abandonaba el lecho y se cubría con la bata para protegerse del fresco de la mañana, oyó que el Sumo Sacerdote, el Segundo Sumo Sacerdote y los acólitos se congregaban junto a su puerta.

Por indicación suya Nofret la abrió y la comitiva permaneció allí reverentemente de pie mientras Hapuseneb, Ipuyemre y el pequeño Tutmés llenaban la habitación de humo de incienso. Ella permaneció sentada e inmóvil, la mirada fija en el levante, mientras el borde rojizo de Ra empezaba a asomar por el horizonte y los sacerdotes comenzaron a entonar el Himno de Alabanzas y la glorificaban a medida que sus rayos le rozaban la cara.

—¡Salve, Poderosa Encarnación, que se eleva como Ra en el este! ¡Salve, Encarnación del Dios Sagrado!

Ella recibió el homenaje y se sintió inundada por una oleada de orgullo de feroz y celosa ansia poseedora. Todo eso y nada menos que eso le pertenecía por herencia: el trono, la tierra, el Dios. Cuando los cánticos concluyeron en un estallido de alabanzas, Ra se elevó en el cielo, libre ya del insistente abrazo de la noche y dio comienzo a su jornada. Las puertas volvieron a cerrarse y los sacerdotes regresaron al templo para aguardar allí a que Hatshepsut fuera a elevar sus oraciones matutinas.

Nofret ordenó que le prepararan el baño. Los guardias fueron dejando pasar a los príncipes y nobles a quienes les estaba permitido observar las abluciones del faraón. Hatshepsut se quitó la bata y pasó junto a ellos para descender los escalones de la bañera, saludando a cada uno y aprovechando la oportunidad para intercambiar ideas con ellos sobre las tareas del día mientras las esclavas la bañaban. Cuando los hombres partieron, se tendió sobre una tabla de cedro para que la aceitaran y masajearan. Una vez vestida con el faldellín y el tocado, y la frente ceñida por la cobra y el buitres, se encaminó al templo para celebrar por primera vez los ritos de la mañana en su calidad de faraón.

En el santuario, asistida por Horus y Toth, abrió la capilla sagrada, tomó el turíbulo de manos de Tutmés e incensó al Dios. Lo roció luego con agua de su Lago Sagrado, y colocó su corona, sus insignias y alimentos a sus pies, mientras los sacerdotes oraban por la salud y la seguridad del faraón. Al realizar todos esos actos, experimentó un gozo supremo. Siempre estuvo convencida de que llegaría ese día. Lo había creído de manera vaga e imprecisa cuando era pequeña. Se aferró luego a esa certidumbre durante los años de sutil y secreta preparación, mientras se preguntaba qué la hacía derrochar así sus talentos mientras su marido mariposeaba de un lado a otro. Pero en ese momento, al cerrar con llave la capilla y caminar hacia la luz del sol, supo el motivo.

Ineni la esperaba sentado en la sala de audiencias, donde los informes del día estaban prolijamente apilados sobre su mesa y Aneen y los otros escribas aguardaban para poner por escrito sus órdenes. El anciano arquitecto tenía aspecto cansado, y las arrugas que le rodeaban la nariz de halcón y la boca recta parecían haberse profundizado. Cuando Hatshepsut entró, le hizo un saludo ceremonioso. Le dolían las articulaciones y las manos, y no se apresuró a entregarle el primer documento como, era su costumbre.

—¿Qué ocurre, amigo mío? —Le preguntó ella.

Ineni volvió a inclinarse, con evidente embarazo.

—Majestad, no encuentro la manera de decíroslo. Quisiera renunciar a mi cargo de tesorero.

Ella observó de nuevo ese rostro cansado, advirtiendo su extrema palidez.

—¿Acaso estás descontento conmigo, Ineni? ¿No apruebas mis decisiones?

—No —respondió él sonriendo—. Nada de eso. Pero me estoy volviendo viejo, y mis responsabilidades me resultan muy gravosas. Seguiré construyendo para Vos, pero en mi tiempo libre, si me lo permitís. Como Alcalde de Tebas tengo más trabajo del que mis años pueden tolerar, y me gustaría tener más tiempo para estar en casa con los míos y trabajar en mi tumba.

–Has servido durante mucho tiempo –reconoció ella–. Para mi padre siempre fuiste indispensable y te confieso que yo te extrañaré terriblemente aquí, pues tus conocimientos son vastísimos. Muy bien –dijo con un suspiro–, sea. Retírate con mi bendición. ¿Cenarás conmigo alguna que otra vez?

–¡Siempre que lo deseéis!

–¿Quién te reemplazará? ¿Puedes recomendarme otro tesorero?

Fue directamente al grano, pero Ineni ya tenía preparada la respuesta.

–Os sugiero a Tahuti. Es honesto y muy minucioso; y aunque tal vez no pueda afirmarse que sea un genio, es un trabajador obstinado. Ni un solo uten de peso escapará a su mirada avizora.

–Estoy de acuerdo. Será Tahuti, entonces. Duwa–eneneh, ve a buscarlo y tráelo. Opino que lo mejor será que comience inmediatamente. Ineni, te pido que permanezcas uno o dos meses a su lado adiestrándolo y entonces te dejaré ir. ¡Es obvio que se producen cambios en el antiguo orden! Mientras esperamos a Tahuti, propongo que pongamos manos a la obra. ¿Qué novedades hay esta mañana?

Los asuntos terminaron de tratarse a mediodía, y Hatshepsut comió en su cuarto antes del descanso de la tarde. Se sintió un poco sola, padeciendo en carne propia por primera vez del completo aislamiento que la suprema autoridad traía consigo, a pesar de lo cual no habría cambiado esa doble corona ni por un palacio repleto de amigos. Se recostó en el lecho y, en la suave y silenciosa penumbra de su alcoba, cerró los ojos con una plegaria a Amón y una sonrisa en sus arrogantes labios.

Antes de que se hubiera cumplido el primer año de su reinado, ya había hecho redecorar los aposentos faraónicos, derribando paredes y techos y construyendo balcones. Cuando las reformas estuvieron listas, se mudó a habitaciones más amplias, más altas, más adornadas que las anteriores. Lo único que no quiso tocar fueron los suelos, pues estaban recubiertos de oro y carecían de todo adorno. Pero hizo que le tapizaran las paredes con plata sólida en la que Tahuti realizó gigantescos bajorrelieves que iban desde los techos pintados de azul hasta los suelos dorados.

Cuando se acostaba en el inmenso lecho en cuya cabecera había una efigie de Amón, y a cuyos pies estaban sus patas de león, le era posible contemplar su propio rostro mirándola desde las tres paredes: su altiva barbilla ostentando la barba faraónica, sus ojos escrutando con helada superioridad la habitación, su frente amplia y serena bajo la doble corona con la cobra y el buitro. Las puertas eran también de plata batida, cada una de ellas una plancha maciza en la que se destacaba el Ojo de Horus. Con el tiempo, llegó a estar rodeada dondequiera que fuera por ese fulgor blanquecino y opaco de la extraña aleación que tanto amaba. La plata lustrada de la sala de audiencias presentaba otras escenas. Las paredes parecían llenas de movimiento, y desde lo alto de su trono podía verse a sí misma corriendo, con el cayado y el desgranador en la mano, mientras sus enemigos huían aterrados ante su sacrosanta ira, o montada en su carro, blandiendo un hacha, mientras los habitantes de Kush eran aplastados por los cascos de los caballos. Sobre los pilares de todas sus habitaciones había hecho pintar lotos azules y rosados, cuyos tallos se enroscaban hasta el techo, y aves que remontaban vuelo con sus alas rojas y amarillas. Ordenó que plantaran más árboles contra las paredes de cada una de las habitaciones que daban al jardín para poder percibir la frescura, la lozanía y el verdor de las plantas que crecen sobre la tierra.

En el nacimiento del corredor que conducía del salón de banquetes a sus aposentos, y en la parte exterior de cada una de sus puertas, hizo colocar estatuas de granito de sí misma, sentada, con las manos apoyadas en sus rodillas de piedra y su rostro contemplando con mirada serena los corredores, o de pie, con un pie adelantado, en una actitud de movimiento congelado. No quiso que la piedra fuese pintada para acrecentar la impresión de fuerza y divinidad que recibían todos los que entraban y salían del corazón del palacio.

No descuidó a Amón. Su imagen brillaba en cada cuarto y delante de cada una de sus efigies había comida, vinos y flores. El incienso ardía día y noche ante él, llenando el palacio con un humo neblinoso y gris y el aroma de la mirra.

Mantuvo ocupados a todos sus arquitectos, artistas, albañiles e ingenieros. La avenida que había planeado desde su templo hasta el río finalmente se construyó, amplia, lisa y sólida. Ordenó que fuera bordeada de esfinges, esos cuerpos sagrados de león del Dios-Sol, pero los rostros impasibles que contemplaban quienes recorrían la avenida eran todos el de Hatshepsut, hermoso, real y distante, enmarcado por la frondosa melena y coronado por las pequeñas orejas redondeadas de un león. Alrededor del templo se construyeron estanques y jardines, y muy pronto las aves asentaron allí sus reales. Las mariposas y las abejas se regodearon con sus flores, pero en sus frecuentes viajes al otro lado del río, Hatshepsut tuvo la sensación de que faltaba algo, que Amón no estaba del todo conforme con los esfuerzos de su Hija por hacer que su santuario fuese más hermoso que cualquier otro monumento de Egipto. Todavía no le había dicho por qué, y Hatshepsut aguardaba serena, segura de saberlo muy pronto.

Bajo su dirección, poco a poco se fueron reconstruyendo todos los monumentos que habían destrozado los hicsos a lo largo del Nilo. Tuvo el placer de volver a visitar el hermoso templo de Cusae dedicado a la diosa Athor, pero esta vez franqueando nuevos portones para entrar en un patio exterior lleno de árboles y senderos pavimentados, y luego en el santuario propiamente dicho, donde los sacerdotes de esa diosa sonriente y dulce elevaban una vez más sus incensarios. La misma Athor le dio la bienvenida, restaurada y colocada nuevamente en el lugar que le correspondía, frente a los pilares blancos de su capilla.

Hatshepsut comenzó a hacer inscribir su biografía en las extensas y luminosas paredes de las terrazas de su templo del valle. Los pintores trabajaban sin descanso bajo la supervisión de Senmut para plasmar su milagrosa concepción, su nacimiento real, su coronación como Heredera junto a su padre y todos los hechos sobresalientes e insignes de su vida.

Senmut también pasaba mucho tiempo en el santuario tallado en la roca, donde sus propios artistas dejaban registrados para la posteridad sus títulos y su ascenso a los círculos de poder. Pero Senmut no estaba enceguecido por su triunfo: hizo que su nombre fuese tallado debajo de las capas de yeso blanco con que se preparaban los muros antes de pintarlos, para que si llegaban a producirse circunstancias adversas y su rey perdía la carrera que, en su opinión, sólo acababa de comenzar, los dioses pudieran igualmente encontrar su nombre.

Por todo Egipto e incluso en las profundidades del desierto, Hatshepsut hizo erigir un monumento tras otro, piedra sobre piedra. Dondequiera que volvieran la mirada sus súbditos, veían una efigie de ella que les recordaba que el faraón no moriría jamás; y el mundo se maravilló, y veneró a ese Hijo del Sol.

En el fragante y colorido palacio, en el imponente templo y en los campos, aldeas y ciudades, Hatshepsut hizo cumplir su voluntad. Al nombrar a Hapuseneb Sumo Sacerdote había logrado entretejer astutamente la religión con su gobierno, asegurándose así que no hubiera oposición por parte de ninguno de esos dos sectores de poder.

Cinco años después de la coronación, Hapuseneb renunció a su cargo de visir para dedicarse por completo a sus responsabilidades en Tebas. Todavía no se había casado. Muchas de las mujeres de Hatshepsut lo codiciaban y más de una se puso en ridículo al tratar de pescarlo en sus redes y terminar siendo rechazada por ese hombre de implacables y sonrientes ojos grises. Hapuseneb las trataba a todas con la misma cordialidad, pero su casa llena de pilares, con anchas avenidas que conducían al río, permaneció vacía de esposas.

Tenía, sí, algunas concubinas y unos cinco o seis hijos que prácticamente no lo veían jamás. Su vida transcurría entre el templo y el palacio real y, cuando regresaba a casa, era para descansar, dormir y leer.

El mismo año en que Hapuseneb renunció a su visirato murió el padre de User-amun, con lo cual finalmente éste se convirtió en visir del Sur. Tuvo que sentar cabeza ante la avalancha de trabajos que su padre dejó inconclusos debido a su enfermedad, pero no perdió su insolente ingenio ni su descaro frente a las mujeres. Era el terror y la delicia del palacio, y Hatshepsut lo adoraba.

Cierto frío amanecer le avisaron a Hatshepsut que Mutnefert había muerto, lo cual le produjo una sorpresa sin límites: había olvidado por completo la existencia de esa mujer obesa y solitaria que jamás logró recuperarse de la muerte de su hijo y que, a partir de ese día, se encerró en su departamento de tres habitaciones. Mutnefert jamás cesó de hacer duelo por Tutmés. Sus lágrimas y gemidos atormentaron durante semanas a las agotadas mujeres que la servían, hasta que lentamente sus sonoros sollozos de aflicción fueron transformándose en una indiferencia silenciosa y desganada a lo que no fuera el recuerdo de Tutmés y las oraciones a los muertos.

Abandonó toda actividad, excepto la comida. Sus joyas yacían olvidadas en los joyeros, en sus aposentos ya no resonaban los ecos de parloteos y murmuraciones y casi nadie la visitaba salvo Neferura, quien aparecía de tanto en tanto para sentarse calladamente junto a su lecho y escuchar de sus labios relatos de hechos ocurridos mucho tiempo atrás, cuando su padre era un príncipe y su madre una criatura. Mutnefert siempre desconfió de Aset y no cesó de reprocharle a su hijo el haber llevado al palacio a una mujer semejante. Jamás expresó deseos de ver a su nieto, pero en cambio amó a Neferura tanto como su edad avanzada se lo permitía, y los silencios que compartía a veces con ella la llenaban de consuelo.

Neferura no lloró cuando su madre le comunicó la muerte de Mutnefert; se limitó a asentir con la cabeza y comentar:

–Abuela estaba muerta por dentro hace ya mucho tiempo, cuando perdió a mi padre real. Ahora es feliz, pues su corazón sin duda ha encontrado la paz junto a su hijo. No la lloraré; se enojaría mucho conmigo si lo hiciera.

Así fue como Mutnefert fue sepultada en la espléndida tumba que tantos años antes le había preparado su marido, Tutmés I, y Hatshepsut asistió al funeral, todavía no repuesta de la sorpresa de haber compartido durante tanto tiempo el mismo techo sin percatarse de su existencia.

En el curso del sexto año del reinado de Hatshepsut, unos ladrones fueron sorprendidos cuando intentaban violar la tumba de su padre. La noticia la llenó de cólera. Presenció el interrogatorio de los reos sentada en los Tribunales de Justicia, demudada por la ira. Pensó enseguida en Benya, el único sobreviviente de las excavaciones del valle donde yacían su madre, su padre y su hermano. Lo mandó llamar lo mismo que a Senmut, pero habló con ellos en privado, en sus aposentos.

–Seis desdichados aguardan en este momento al verdugo –les dijo lacónicamente–. Ellos insisten en ser los únicos implicados en la profanación del Dios mi padre pero ¿cómo puedo estar segura de ello? –le lanzó una mirada sombría a Benya, pálido y tenso entre los dos guardias que lo sujetaban, pero sus ojos le sostuvieron la mirada. Se había convenido en un hombre apuesto y destacado ingeniero, y Hatshepsut misma reconocía que no había en Egipto quien lo superara. Se volvió hacia Senmut–. Han pasado muchos años desde que mi padre salvó a tu amigo de la muerte. ¿Qué puedes decirme de las riquezas y posesiones materiales que ha acumulado desde entonces?

Senmut le contestó con irritación, sabiendo que ella estaba asustada y desconcertada, pero al mismo tiempo dolido por su falta de confianza.

–Majestad, en todos los años transcurridos Benya jamás abrió la boca. De no haber sido así, el dios Tutmés habría sido perturbado hace mucho. En cuanto a sus riquezas, creo que sería mejor que se lo preguntarais a él mismo.

–Te lo he preguntado a ti. ¿Tienes por costumbre responder con insolencia las preguntas que tu rey te formula? –Pero ya Hatshepsut estaba arrepentida de haberlos citado y sacudió la cabeza, perpleja–. Benya es el único que estaba en condiciones de indicarles a esos chacales el lugar de las tumbas. ¿Qué otra cosa puedo pensar?

Benya no había perdido su aplomo y le contestó con total sangre fría.

–¿Y los que siguieron al Dios a su tumba, Majestad? ¿Las mujeres, los sacerdotes y todos los demás? ¿Acaso creéis que yo me rebajaría a robarle al Dios que me perdonó la vida?

–¡Oh, bueno, de acuerdo! –Exclamó ella moviendo las manos con impaciencia–. En realidad nunca pensé que fueras tú el culpable, Benya, y lamento haberte hecho arrestar. ¡Soltadlo!

Los guardias lo dejaron libre y salieron al recinto, y Benya comenzó a frotarse las muñecas.

Entonces Senmut tomó la palabra.

–Majestad, os aconsejo que trasladéis el cuerpo de vuestro padre y todas sus pertenencias a un lugar más seguro.

–Yo me ocuparé de encontrarle una tumba apropiada –terció Benya con el rostro iluminado–. Dejadlo en mis manos.

Hatshepsut lo contempló atónita, asombrada por su temeridad, pero un momento después los tres reían.

–A pesar de este breve paréntesis de jocosidad, es un asunto muy serio –le advirtió Hatshepsut–. Puesto que eres un enamorado de tu trabajo, Benya, dejaré esto en tus manos. Te sugiero que investigues los acantilados detrás de mi templo. Por esa zona suele haber mucho movimiento, incluso por la noche, y no creo que nadie se atreva a violar una tumba que se encuentra al alcance del oído de mis sacerdotes.

–Una muy buena idea, Majestad –dijo Benya con aire de aprobación.

–Y ya que te has presentado hoy ante mí con tanta seguridad en ti mismo –siguió diciendo Hatshepsut con expresión traviesa–, te encargaré otro trabajo más.

Ya no deseo ser sepultada en la tumba que Hapuseneb construyó para mí. Perfora un túnel desde mi capilla en el templo, Benya, detrás de mi estatua, hacia las entrañas de la roca. Así mi cuerpo estará cerca de los fieles que acudan a rendirme culto. Haré construir una efigie de mi padre para colocarla en la capilla junto a la de Amón y la mía. De esa manera la gente podrá elevar sus plegarias simultáneamente a los tres, pues sin duda no hay dios más poderoso que Amón, faraón más insigne que Tutmés, y Encarnación del Dios más hermosa y capaz que yo misma.

Y fue así que Benya se encontró deslomándose y sudando una vez más en ese valle que parecía decidido a absorberle los mejores años de su vida. Talló las nuevas tumbas en la piedra y muy pronto las tres estatuas estuvieron lado a lado, derramando su bienhechora influencia mucho más allá del santuario en que estaban alojadas y elevándose por encima de todos los que acudían a reverenciarlas.

Los hijos reales crecían con el irrefrenable ímpetu de las hierbas sanas. Tutmés se convirtió en sacerdote y seguía cumpliendo sus funciones cotidianas en el templo, pero cuantos lo miraban dudaban que permaneciera allí mucho más tiempo. Era tan macizo y fuerte como un joven sicomoro y se pasaba las tardes en las barracas o contemplando las maniobras y ejercicios de los soldados, abriendo y apretando los puños por la frustración que lo embargaba.

Su madre, sabiamente, aguardaba a que le llegara su oportunidad. A medida que fue madurando, Aset dejó de bregar abiertamente en favor de su hijo; pero sus arteros comentarios en voz baja, sus solapadas indirectas, sus insinuaciones de que el joven Tutmés sería un faraón tan competente como su abuelo fueron infiltrándose poco a poco en los oídos

de quienes rodeaban al joven príncipe. Aunque los destinatarios de sus palabras se encogieran de hombros, esa simiente produjo un fruto que, lenta y calladamente, comenzó a crecer, Hatshepsut desechó con una carcajada los rumores referentes a las insidiosas intrigas de Aset. Se sentía tan afianzada como faraón que se creyó por fin inmune, sosteniendo con mano firme las riendas del gobierno y del templo y cabalgando sin dificultad a fuerza de rodillas, látigo y la persuasión de su voz. Pero en cambio, Senmut, cuya misión como Mayordomo del faraón lo llevaba a revisar cuanto rincón en penumbras descubriera, se sentía intranquilo, y Nehesi, como de costumbre, fue más directo.

–Majestad –le dijo cierto día mientras caminaban juntos desde la sala de audiencias hacia el lago, para almorzar allí sobre el césped–, es hora de que le echéis otra mirada al joven Tutmés.

–¿Otra mirada? –Repitió ella con aire burlón–. ¿Por qué otra? Lo veo en todas partes: en el templo, comiendo a dos carrillos durante la cena, y observándome cuando salgo con mi carro. ¿Qué más se supone que debo ver en él?

–Que está creciendo –le contestó sucintamente–. Se cansa de las interminables letanías que entonan sus compañeros y de la penumbra del santuario.

Se le ve inquieto, mirando con anhelo a los soldados que marchan al sol.

–¡Bah! Sólo tiene doce años. Has estado inactivo demasiado tiempo, Nehesi.

¿Quieres que declare la guerra para que puedas volver a combatir?

–Sé muy bien lo que veo –insistió él con obstinación–. ¿Puedo ofreceros mi opinión, Majestad?

Hatshepsut se detuvo de pronto en medio del sendero y lo miró con exasperación.

–Si estás empeñado en dármele... y ya que veo que sí.

–Ya en el palacio surge una nueva generación de jóvenes: Tutmés y sus amigos Yamu–nedjeh, Menkheperrasonb, Minmose, May, Nakht y los demás. Su sangre es nueva y ardiente y casi no tienen nada que hacer fuera de trajinar un poco en la escuela y corretear por los terrenos reales. Poned a Tutmés en el ejército, Noble faraón, y quizá también a buena parte de sus compañeros. Haced que comience desde abajo, como simple asistente y exigidle mucho. No permitáis que permanezca ocioso.

Hatshepsut estudió su rostro negro, sorprendida al encontrarlo expresivo. Muchas veces pensó que sus facciones se prestaban más que las de cualquier otro a ser esculpidas debido a la suprema indiferencia que ostentaban, pero en ese momento vio una súplica en sus ojos.

–¿Eso es lo que harías tú?

Nehesi apartó la mirada.

–No –fue su respuesta.

–Entonces, ¿por qué me das un consejo que ni tú mismo seguirías? ¿Qué harías tú con mi pequeño y brioso sobrino–hijo?

–No me lo preguntéis, Majestad –dijo con violencia.

–¡Pero es que debo saberlo! Dímelo, Nehesi. ¿Acaso no eres mi escolta personal y el custodio de mi Puerta?

–No olvidéis, entonces, que Vos me lo preguntasteis –dijo con desesperación–. Si yo fuera Vos, me aseguraría de que el príncipe no pudiera ser nunca más una espina clavada en mi costado, y expulsaría a su madre de Egipto.

El rostro de Hatshepsut fue adquiriendo una expresión de vigilante concentración y sus ojos lo escrutaron con una mirada tan afilada como la punta de una lanza.

–¿Eso harías? –Dijo suavemente–. ¿Y acaso no crees, general, que esa posibilidad se me ha cruzado por la mente infinidad de veces al verlo crecer tan alto e impetuoso como su abuelo y ya fuerte, aunque no tenga más que doce años? Pero, dime, ¿qué opinaría el Dios de una acción como la que me sugieres?

–Diría que su Hija encama en sí toda la ley y toda la verdad, porque ella es el Dios.

Hatshepsut sacudió la cabeza.

–No, de ninguna manera. Diría, más bien: ‘¿Dónde está mi hijo Tutmés, sangre de mi sangre? Pues no le veo jugar ni trabajar’. Y me castigaría.

–Majestad –dijo Nehesi, plantándose y mirando de frente sus ojos negros–, estáis en un error.

–Nehesi –le respondió ella con mirada desafiante–, yo nunca, nunca me equivoco.

Siguieron caminando en silencio pero antes de que hubiese transcurrido una semana, tanto Tutmés como Nakht, Menkheperasonb y Yamu–nedjeh entraron a pertenecer a la División de Seth en calidad de asistentes. Tutmés abrazó el entrenamiento militar con entusiasmo, como si hubiera nacido para ser soldado.

Neferura también crecía. A los doce años parecía un reflejo esbelto, pálido y delicado de esa madre suya ardiente y vital; era una buena estudiante pero muy dada a las cavilaciones y se la veía merodear por el palacio sigilosamente, los brazos llenos de gatos, cachorros o flores. Su mechón infantil había desaparecido pero de alguna manera seguía siendo una niña, cuya mezcla de inocencia y de arrogancia casi helada hacían que resultara difícil acercarse a ella. Reservaba las corrientes profundas y ocultas de afecto que fluían dentro de su ser para volcarías en su madre soberana y en ese noble moreno que era su tutor. Pero cada vez con mayor frecuencia se la veía acercarse al campo de entrenamiento militar y quedarse parada debajo del parasol en medio del calor y las nubes de polvo, observando cómo el joven Tutmés disparaba el arco y arrojaba la lanza, escuchándolo reír al hablarles a gritos a sus amigos, y contemplando cómo sus músculos jóvenes y firmes se le tensaban bajo la piel bronceada.

Neferura no tenía otro trato con su hermana que el estrictamente imprescindible.

A los seis años, Meryet–Hatshepset era una criatura regañona, exigente, ordinaria y propensa a las pataletas. En una oportunidad había irrumpido en los aposentos de su madre, con la cara roja de celos y de rabia, acusándola de mostrar preferencia por Neferura. Hatshepsut no negó la veracidad del cargo que la niña le hizo pero ordenó que fuera castigada con severidad, y la pequeña se fue a la cama esa noche con el trasero dolorido y la cabeza llena de sombríos y enconados juramentos de venganza.

Hatshepsut alcanzó el pináculo de una gloriosa madurez y pareció permanecer allí, radiante en salud, vigor y belleza. Era como si su naturaleza divina la hubiera convertido realmente en un ser inmortal cuyo influjo atraía a todos los hombres y estaba imbuido de los poderes y misterios del mismísimo Dios Amón. Con frecuencia sus servidores intuían su presencia antes de avistar a sus portaestandartes: en la atmósfera se operaba un cambio sutil, como si un hálito de omnipotencia precediera sus pasos; aunque tal vez no fuera otra cosa que su perfume, la pesada fragancia de la mirra, transportada por la brisa. Era mirada cada vez más con una mezcla de admiración y temor supersticiosos, y el número de peregrinos que acudían a su santuario fue aumentando en el correr de los meses.

Pero, en su interior, Hatshepsut estaba llena de desasosiego. Acostada en su lecho durante las bochornosas noches de verano, no hacía sino pensar en Senmut, y su presencia cotidiana le recordaba permanentemente que había un hombre capaz de satisfacer plenamente las necesidades de su cuerpo real con sólo decir una palabra. Durante años se había negado a hacerlo, primero por la posición que ocupaba en calidad de Consorte de Tutmés y, más tarde, por el hecho de ser faraón, un ser único destinado a padecer la soledad. Pero comenzó a cansarse de su viudez, y sus noches de insomnio y sus sueños febriles le indicaron que había llegado el momento de entregarse, de una vez por todas, al hombre al que amaba por encima de todos los demás.

Cierta tarde calurosa, cuando los chorros purpúreos de la Barca de Ra lo arrastraron hacia el horizonte, Hatshepsut hizo que sus criadas la untaran con aceites perfumados y la vistieran con tules transparentes, y mandó llamar a Senmut. Esa noche decidió quitarse el tocado. Después de la coronación había vuelto a dejarse crecer el cabello, aunque no tan largo

como antes, pues debía tener la cabeza cubierta en todo momento como correspondía a un faraón. El pelo le acarició las mejillas y le enmarcó la cara, de por sí asombrosamente femenina con sus hermosos ojos bordeados de khol y su boca roja. Se colocó en la cabeza una sencilla cinta de plata, cuyos flecos le tocaban los hombros desnudos. Ordenó que pusieran fruta y vino sobre la mesa, y también sus mejores lámparas de alabastro. Despidió a Nofret y a sus esclavas para que Senmut la encontrara sola, como el día en que se conocieron, y aguardó.

El guardia lo anunció y ella asintió para que lo dejaran pasar. Mientras las puertas de plata se cerraban lentamente a sus espaldas, Senmut la saludó con una reverencia y avanzó hacia ella; entonces en sus ojos resplandeció un relámpago de sorpresa que pronto se desvaneció. Usaba un sencillito faldellín blanco. Tenía la cabeza descubierta y los pies descalzos, pues estaba a punto de bañarse en el río con Takha'et. El aceite y la transpiración brillaron en su pecho cuando volvió a inclinarse. Ninguno de los pensamientos caóticos que lo asaltaron se reflejó en su rostro, pero Senmut no tardó en evaluar la nueva imagen que se presentaba ante sus ojos: las vestiduras tenues y flotantes, la maravillosa y brillante cabellera, la mirada levemente lánguida y provocativa de esos ojos espléndidos. Infinidad de veces había deseado ardientemente tocarla: al pasar junto a ella en la sala de audiencias, al aspirar su fragancia y su tibieza en las celebraciones, al contemplar la tensión de sus músculos antes de arrojar la lanza corta. Una y otra vez había reprimido esos pensamientos blasfemos siguiendo los consejos de Hapuseneb y con el correr de los años su rostro se había vuelto hermético y algo duro; su mirada, penetrante; su porte, altivo y poco acogedor para quienes no conocían bien al gran Erpa-ha.

Hatshepsut lo vio levantar las cejas cuando ella le sonrió y le tendió una mano.

–Hace mucho que no comemos y bebemos juntos en privado, ni hablamos de otra cosa que no sean los asuntos de gobierno –contestó ella mientras él le besaba la palma de la mano–. Ven y siéntate, Senmut. Dime, ¿cómo está Ta-kha'et?

Senmut se dejó conducir a la mesa baja y se sentó en uno de los almohadones.

Mientras Hatshepsut se instalaba a su lado, él recorrió la habitación con la mirada en busca de la esclava que habría de servirles la comida.

–Ta-kha'et está muy bien –respondió–. Cuando Vuestra Majestad no necesita de mis servicios, llevamos una vida muy tranquila, y tengo la impresión de que eso la aburre un poco. Le encanta disfrutar de toda clase de entretenimientos.

Hatshepsut comenzó a servirlo ella misma: le llenó la copa de vino, le ofreció higos bañados en miel y melones impregnados de vino.

–¿De veras? Entonces deberías conseguirle músicos y otras diversiones.

–Lo he hecho, pero Ta-kha'et es de lo más estrafalaria. ¡Afirmo que ningún músico la entretiene tanto como yo!

Se intercambiaron una sonrisa, y la extraña formalidad de ese encuentro comenzó a desvanecerse.

–¡Y tiene mucha razón! –Exclamó Hatshepsut levantando su copa de vino y espiándolo por encima del borde–. Ya te he dicho que deberías casarte con ella y hacerla princesa. Eso es lo que desea.

–No me cabe duda –dijo él.

–Entonces, ¿por qué no te decides? Yo me encargaré de darle una buena dote, pues sé lo pobres que sois vosotros, los príncipes.

–Me parece –comentó Senmut con tono jovial– que ya hemos mantenido antes una conversación similar. ¿Acaso la memoria del rey es tan exigua que no lo recuerda?

–Es posible –dijo ella con sencillez–, pues han pasado muchos años desde aquella ocasión, Gran Príncipe, y los sentimientos de los hombres cambian.

–Los de algunos, quizá –respondió Senmut–, pero no los míos.

–¿Te molestaría mucho decirme una vez más por qué Ta–kha'et sigue siendo sólo tu esclava?

Senmut depositó la copa de oro sobre la mesa y permaneció un momento con la vista baja, y la habitación se llenó de un silencio expectante. Finalmente miró a Hatshepsut a los ojos.

–No, no me molestaría en absoluto. Pero, Majestad, ahora sois rey. Me parece que es a Vos y no a mí a quien le corresponde hablar sobre el asunto, pues si bien ya no temo hacer el ridículo, si me asusta la idea de que mis palabras caigan en oídos que esos mismos años a que habéis hecho referencia han vuelto sordos.

–Ah, Senmut –replicó ella dulcemente–, ¿por qué usamos las palabras como escudo, como si quisiéramos protegernos de algún peligro? ¿No sabes, acaso, que en toda mi vida ha habido sólo un hombre al que he entregado mi amor y a quien seguiré amando hasta la muerte?

Impulsivamente tomo sus manos, sepultó la cara entre ellas y comenzó a besarlas. Senmut se acurrucó junto a ella.

–Ahora me toca a mí escuchar –dijo–. ¡Dilo, Hatshepsut, dilo!

Ella gimió y dejó caer las manos de él sobre sus faldas para buscar, casi a tientas, ese rostro tan querido.

–Te amo, Senmut, te amo. Me consume la impaciencia de ser poseída por ti. Mi cuerpo te desea, mi alma dama por ti. Me humillo ante ti, buscando encontrar tu amor, tu desdén o tu total indiferencia. Pero buscándote. ¡Abrázame!

Los dedos de Hatshepsut temblaron sobre los ojos y las mejillas de Senmut y ella comenzó a llorar.

Él la atrajo hacia sí, estrujándola vehementemente entre su cuerpo y susurrándole al oído palabras de amor que lograron eludir sus sólidas defensas.

–¡Hatshepsut! Mi Bienamada, mi hermana. –Le tomó el mentón entre ambas manos y le rodeó el rostro, y ella se aferró a Senmut con la ferocidad de alguien que está a punto de ahogarse. Mientras se besaban, en los labios de ambos vibró una dolorosa ternura y las lágrimas de Hatshepsut se escurrieron por entre los dedos de su amado–. ¿Estás segura? – Preguntó él dulcemente–. Mira que no es una decisión trivial, tratándose de un faraón.

Ella asintió con ardor.

–Hace mucho tiempo que estoy segura –le respondió, besándole el cuello, el mentón, los ojos–. Amémonos mientras podamos, querido hermano mío, pues es cosa muy triste envejecer y ver cómo el amor se marchita y muere por falta de sol.

Hatshepsut se arrodilló y permaneció inmóvil mientras las manos vigorosas y sensibles de Senmut la recorrían como ella lo había soñado noche tras noche, explorando las líneas firmes y las curvas perfectas de su cuerpo joven. Senmut la aprisionó entre sus brazos con una risa sonora que despertó a las sombras y retumbó hasta el techo, y también ella rió. Se incorporaron todavía abrazados, los brazos de él ciñendo la cintura de Hatshepsut y los de ella enlazados detrás de su nuca y volvieron a besarse con voracidad, dispuestos a beber hasta saciarse en esa fuente de amor compartido.

La de Senmut y Ta–kha'et era una relación basada en una mezcla de necesidad física y de afecto: dos personas que se llevaban bien, a veces se necesitaban mutuamente, y compartían amigablemente la mesa y el lecho. Pero esa pasión ardiente y avasalladora, ese deseo incontenible de ser uno con la mujer que había amado y venerado día tras día y año tras año, superaba cualquier sueño que pudo haber sepultado en lo más profundo de su mente. Depositó tiernamente a Hatshepsut sobre los almohadones, sosteniendo con un gozo tan intenso que le resultó doloroso, ese cuerpo tenso y aterciopelado que se le brindaba; olvidó su naturaleza divina, olvidó su linaje real, lo único que sabía era que ella era su auténtica esposa, la compañera de sus días, la única persona capaz de leerle los pensamientos, la única que lo deseaba y quería complacerlo únicamente a él, para siempre. La poseyó lentamente,

pacientemente, con los ojos fijos en su rostro, observando cómo sus facciones hermosas se transfiguraban con el éxtasis. Después permanecieron tendidos, juntos, sonriendo, la brisa cálida secándoles la transpiración del cuerpo, la cabeza de ella acurrucada sobre el hombro de él, cuyos brazos seguían rodeándola, pensando ambos en los días y las noches del futuro que veían ya resplandecer con una nueva luz.

–No entiendo por qué he postergado tanto este momento –dijo Hatshepsut.

Él sonrió, satisfecho y cansado.

–No nos había llegado la hora, Majestad –replicó.

Ella le pegó unos golpecitos en el pecho con una uña afilada.

–Te suplico, Senmut, querido mío, que no me llames Majestad en privado, ni tampoco Hatshepsu. Llámame Hatshepsut, pues en tus brazos ya no soy el Primero Entre los Poderosos y Honorables Nobles del Reino, sino sólo la Principal Entre las Damas de la Nobleza.

–La única mujer –dijo él–. Siempre has sido la única mujer para mí.

–¿Y qué me dices de Ta–kha'et?

–Ta–kha'et es como la luna suave y amarillenta de la época de la cosecha, y yo me acerco a ella serenamente –respondió–. En cambio tú eres el sol abrasador e implacable de un mediodía de verano. ¿Cómo regresar a los brazos de Ta–kha'et después de haber sido tocado por tus ardientes rayos?

–Pero no la echarás de tu lado, ¿no es cierto?

Embargada por su propia dicha, Hatshepsut deseaba que también Ta–kha'et fuera feliz.

–No. Sería una crueldad muy grande. Pero jamás me casaré con ella, pues también eso sería cruel.

Hatshepsut se sintió amodorrada, como si una extraña languidez se fuera apoderando de ella.

–Entonces no te casarás nunca –murmuró–. Estaría dispuesta a compartirte con una esclava, pero ¡pobre de la que osara ser tu esposa!

–Tú eres mi esposa, amada mía –dijo Senmut, apretándola con más fuerza–. Nadie logrará jamás arrancarme de tu lado, salvo la muerte.

Al amanecer, Hapuseneb y los demás sacerdotes se congregaron en la parte exterior de la puerta de plata, como lo hacían todas las mañanas, para entonar el Himno de Alabanzas, pero la pareja que ocupaba la alcoba ni siquiera los oyó: dormía profundamente.

Aunque no se hubiera hecho ningún anuncio formal, muy pronto todos los moradores del palacio supieron que el poderoso Erpa–ha se había convertido en amante del rey. Durante esos días tan llenos de preocupaciones y responsabilidades, Hatshepsut y Senmut se siguieron tratando con la formalidad que correspondía a la sala de audiencias o al despacho en que llevaban a cabo sus tareas; las palabras que intercambiaban se referían exclusivamente a los asuntos de gobierno. Nadie podía señalar un cambio concreto de actitud y afirmar: ‘Vean, en eso se nota la diferencia’. Pero era evidente que se había operado un cambio, que existía una diferencia, y nadie lo sintió con tanta intensidad como Hapuseneb. Mucho antes de convertirse en tema obligado de conversación en las cocinas, su instinto certero le dijo que las relaciones entre el rey y su Mayordomo Principal no eran las mismas. A pesar de haberlo previsto desde hacía tiempo, no pudo evitar tratar a Senmut con frialdad, cosa que éste advirtió inmediatamente. Abordó a Hapuseneb cierta mañana en el templo. El Sumo Sacerdote había finalizado sus abluciones y se encaminaba a almorzar cuando Senmut surgió de detrás de un pilar y le cerró el paso. Hapuseneb lo saludó con una inclinación y amagó seguir su camino, pero Senmut extendió un brazo y lo obligó a detenerse. Hapuseneb despidió a los acólitos que aguardaban junto a él y se volvió hacia Senmut, quien no se anduvo con rodeos.

–¿Qué te he hecho, Hapuseneb, para que me trates con semejante indiferencia? No es propio de ti ser tan descortés. Después de haber trabajado juntos durante tanto tiempo, pensé que entre nosotros jamás surgirían problemas.

–Tienes mucha razón, Senmut, pero no me disculpo –dijo con calma–. Es verdad que soy muy descortés contigo, y debo reconocer que soy el primer sorprendido al comprobarlo, pues siempre me he jactado de ser un hombre imparcial que está por encima de cualquier discrepancia tonta y a quien sólo le importa servir a Egipto y al Dios.

–Siempre ha sido así, y te he respetado por tu sabiduría. Pero de pronto descubro que estoy perdiendo a un amigo cuyo afecto me costó mucho tiempo y esfuerzos conquistar, y no estoy dispuesto a aceptar que tú y yo, Hapuseneb, nos enemistemos por un motivo que ignoro por completo. Me debes una explicación.

–¡No te debo nada! –Por primera vez Senmut vio que esos ojos grises perdían la serenidad y adquirirían una expresión implacable–. ¿Es preciso, acaso, que te desnude mi corazón, nada más que para demostrarte que no te debo nada? ¡Déjame en paz!

–¿Qué tiene que ver tu corazón con todo esto? –Exclamó Senmut.

Hapuseneb sonrió irónicamente.

–Si de veras no lo sabes, entonces te ofrezco mis excusas y confieso que te he juzgado mal, Senmut. Pero no puedo decirte más. Seguiremos siendo amigos y aliados, pero debes darme tiempo para que vuelva a sentir respeto por mí mismo.

Tras dedicarle una sonrisa fugaz partió, y sus vestiduras flamearon tras él cuando pasó por entre los pilares y traspuso las puertas del templo.

Senmut se quedó mirándolo, furioso y perplejo. Esa noche le mencionó el incidente a Hatshepsut, quien permaneció en silencio durante un buen rato.

–Hapuseneb tiene un secreto –dijo por último–; pero es de índole privada, algo que nos concierne sólo a él y a mí. Por mucho que yo te ame, Senmut, no traicionaré la confianza de Hapuseneb.

–Ese secreto no se ha interpuesto entre nosotros hasta ahora, y me preocupa.

¿Cómo puedo seguir trabajando en estrecho contacto con él? Hapuseneb me tomó bajo su protección cuando yo no era más que un aprendiz de Ineni, y me brindó su confianza mucho antes de conocer el grado de mi devoción hacia ti. ¿Por qué este cambio repentino en sus sentimientos?

–Mi Hapuseneb es un hombre sumamente sagaz, y me resulta inestimable por su capacidad para juzgar con acierto el carácter de la gente. Pero no olvides, Senmut, que él y yo crecimos juntos compartiéndolo todo, y que lo conocí mucho antes que a ti. No puedo decirte más.

De pronto Senmut vislumbró la verdad y exclamó: –¡Pero yo no lo sabía! ¡Ni siquiera se me cruzó por la cabeza! ¿Por qué no confió en mí?

–Porque es un hombre orgulloso. No temas; todo volverá a ser como antes. Es justo y recto y no desea enemistarse contigo, pero se siente muy dolido. Necesitará tiempo para recuperar la confianza en sí mismo. Yo también le tengo mucho afecto, Senmut, pues es mi amigo más antiguo y más querido, y su sufrimiento es también el mío. No hablaron más sobre el asunto, y ambos permanecieron inmóviles en el lecho, con la mirada perdida en la oscuridad, como sin duda lo estaba también Hapuseneb esa noche; cada uno envuelto en sus propios pensamientos.

Se aproximaba la fecha en que se festejaría su Minada de Años, y Hatshepsut veía transcurrir los días con cierta preocupación, pues aún no sabía cómo celebrar esa fiesta, que era tan especial, ya que sólo tendría lugar una única vez durante su reinado. Recordó el jubileo de su padre y la algazara que se desencadenó en el palacio y en la ciudad. Al sopesar por un lado a Tutmés, que crecía a pasos agigantados, y por el otro sus propios e incontables logros, decidió adelantar la fecha de los festejos. Pensó que al llevar a cabo las celebraciones antes del tiempo señalado por las costumbres, conseguiría grabar en la mente de sus súbditos

los beneficios que su reinado había acarreado para Egipto y afianzaría firmemente la corona sobre su cabeza. No era que sintiera la necesidad del apoyo que todo eso representaba, pero el nombre del joven príncipe salía a relucir con mayor frecuencia de lo que ella había deseado: fuera por sus proezas con el arco, su certera puntería con la lanza o su espectacular desempeño en el manejo de los carros de combate. Se preguntó si tal vez Nehesi no habría estado en lo cierto. Imaginó por un momento cómo sería el palacio sin la presencia del muchacho: ella misma completamente afianzada y sin que nadie se le opusiera, Neferura convertida en su Heredera, y un cielo diáfano y despejado sobre ellas. Pero después del momentáneo alivio que esa imagen le proporcionó, se vio de pronto sola frente a Amón, taciturna, muda y culpable. Así que terminó por descartar la idea de envenenar a Tutmés. El veneno no sólo era un método cruel sino, además, el arma de los débiles, y ella no era débil. Por lo menos, no todavía. Ya manejaría a Tutmés a su manera. Cada vez que pasaba revista a sus tropas, estudiaba con atención a ese joven macizo e impaciente que azotaba a sus caballos y pasaba frente a ella como una exhalación junto a los demás soldados. A los catorce años, Tutmés se estaba volviendo cada vez más arrogante y andaba de un lado a otro dándose ínfulas seguido por sus secuaces, exigiendo obediencia de todos, la consiguiera o no. Realmente le preocupaba. Al ver las miradas secretas y anhelantes que Neferura le lanzaba, decidió que pronto discutiría con sus ministros la posibilidad de anunciar un compromiso entre ambos y controlar de esa manera cualquier sombrío pensamiento sedicioso inmediato que el muchacho pudiera albergar en su mente. Un compromiso era una manera de prometer mucho sin conceder en realidad nada. Cuando Tutmés cayera en la cuenta de que sus intenciones eran sentar a Neferura en el trono y no a él, sería ya demasiado tarde. Su hija heredaría el poderoso gabinete que ella misma había formado y Tutmés, por mucho que fanfarroneara y amenazara, quedaría impotente. Pero su Minada de Años y de Aniversario de su Aparición se acercaban y seguía sin poder decidirse sobre cuál sería la manera más apropiada de conmemorar ese evento. La idea le nació en mitad de una plegaria, cuando estaba sentada en el balcón comunicándose con el Dios. Entró inmediatamente a la habitación y mandó llamar a Senmut. Cuando él llegó, Hatshepsut no perdió tiempo en explicaciones: – Debes ir inmediatamente a Assuán –dijo–. Llévate a Benya y a todos los que necesites. Quiero que talléis para mí dos obeliscos de la cantera y los traigáis aquí antes de mis celebraciones.

–Pero, Majestad –protestó Senmut–, ¿me concedéis un plazo de sólo siete meses! ¡Es imposible hacerlo en ese lapso!

–Es posible, y lo harás. Partid hacia allá cuanto antes.

–La empresa que me encomendáis es colosal –comentó Senmut–. Si hay alguien que pueda llevarla a cabo, ése soy yo, pero esta vez no os prometo nada.

–Lo harás –dijo ella–. He suspendido todas las demás obras en marcha en Karnak, así que puedes llevarte cuantos hombres quieras. Senmut, sé que te he pedido muchas cosas hasta ahora, pero ésta es la más importante de todas. ¿Tratarás de hacerlo por mí?

Senmut se inclinó frente a ese rostro sonriente.

–Como de costumbre, estoy dispuesto a intentar hacer hasta lo imposible por Vos, Majestad.

–Muy bien. Entonces no hay más que hablar.

Ella le despidió y él partió casi corriendo, con la sensación de que el tiempo ya le mordisqueaba los talones, como un perro furioso. Pensaba que el trabajo podía hacerse, siempre y cuando no surgiera ningún imprevisto. Sacudió la cabeza y balbuceó una breve plegaria a cualquier dios que quisiera escucharla mientras mandaba buscar a Benya y ordenaba a Ta-kha'et que le preparara la ropa para el viaje. Era una mala época del año para recluirse en las sofocantes y ardientes canteras de Assuán. Se preguntó si alguno moriría bajo el látigo de Benya antes de que los monolitos fueran atados a las balsas. Recordó que el rey había dicho claramente que debían ser los obeliscos más altos del mundo. Su mente trabajaba

sin cesar cuando mandó llamar a sus escribas. Pronto se iniciaría la crecida del Nilo y, si Amón deseaba que su Hija tuviera sus anhelados monumentos, tendría que hacer que el caudal del agua se elevara en el momento preciso para poder transportar las enormes balsas que Senmut se vería obligado a construir. No tenía sentido perder tiempo en levantar casas para los operarios en el lugar de trabajo, así que ordenó a los escribas que consiguieran tiendas de campaña que podrían armarse y desmantelarse en pocos minutos. Comenzó a confeccionar una lista mental de las herramientas, provisiones y alimentos que necesitaban y, antes de que los escribas hubiesen recogido sus tablillas y abandonado el recinto, ya Senmut estaba camino del muelle, preguntándose dónde conseguiría suficiente madera para construir una balsa capaz de soportar el formidable peso de esas moles de piedra. Senmut, Benya y cientos de operarios abandonaron Tebas antes de que la semana hubiese concluido y desembarcaron dos días después. Aunque era poco después del mediodía, Senmut no perdió tiempo: ordenó a los hombres que levantaran las tiendas en cualquier lugar sombreado que encontraran y les advirtió que las puertas de la ciudad permanecerían cerradas para ellos. Mientras descargaban los materiales, Senmut y Benya caminaron hasta la cantera y estuvieron a punto de perder el sentido por el intenso calor reinante.

–¡Por Amón! –Maldijo Benya–. ¡Moriremos todos en este horno! Bueno, supongo que es mejor que reúna a mis aprendices y comience a examinar la roca. Dos obeliscos. Dos verdugos, más bien. ¡Maldito el día que te conocí, conductor de hombres!

–Escoge la piedra con cuidado, y no te demores mucho –le advirtió Senmut–. Tenemos poco tiempo. Los hombres pueden trabajar por turnos, y cuando baje el sol haré encender las lámparas.

Benya lanzó un gruñido y se secó la frente.

–¡Tú a tu trabajo, entonces, y yo al mío! Agradezco a los dioses que mi tumba ya esté lista. Pero la mía, no, pensó Senmut mientras veía alejarse a Benya, y yo no estoy listo todavía para yacer en ella. Se encaminó hacia los barcos, gritándoles a los abrumados trabajadores para que se movieran con rapidez.

Con la mirada incisiva y las manos delicadas de un médico experto, Benya fue sondeando y explorando la amenazadora roca y eligiendo las vetas. Sus discípulos demarcaron la silueta de las dos formas ahusadas. Inmediatamente Senmut puso a trabajar a los hombres con las enormes mazas de picapedrero y cuando comenzaron a golpear con ellas, el polvo formó una inmensa nube que les blanqueó la piel y los hizo toser. Senmut cumplió su turno como un trabajador más, balanceando la maza inflexiblemente mientras su transpiración se fusionaba con la de los campesinos. Día tras día Benya recorría en uno y otro sentidos las hileras de espaldas musculosas y brillantes, lanzando gritos e imprecaciones pero sin levantar jamás el látigo que colgaba de su mano oscura como una delgada serpiente.

Al mes, los obeliscos comenzaron a tomar forma, aunque todavía firmemente sujetos a su lecho de roca. A los tres meses, los cinceles reemplazaron a las mazas; el ritmo se hizo más lento y el trabajo, más delicado.

Benya dejó de maldecir y se dedicó a observar por encima del hombro de cada uno de sus operarios, dando indicaciones e instrucciones. Rogó a Senmut que interrumpieran el trabajo nocturno, pues las lámparas no proporcionaban suficiente luz y temía que se produjera alguna grieta repentina, pero fue en vano. Senmut adujo que si no continuaban trabajando por la noche, la obra no estaría lista a tiempo. Así que Benya se alejó, farfullando, y la actividad prosiguió sin interrupción.

Terminaron cuatro días antes de la fecha límite. Después de transportar los imponentes obeliscos de casi tres metros de base cada uno deslizándolos sobre los troncos que tapizaban el piso de la cantera hasta la orilla del río, y cuando estuvieron firmemente sujetos a la balsa, uno junto al otro, Senmut ordenó que todos se sirvieran vino y, luego de brindar con sus hombres, se sentó a paladearlo junto a Benya. Le pareció que habían logrado un verdadero milagro, llevado a cabo gracias a su propia eficiencia profesional. Hicieron falta

treinta y dos embarcaciones para remolcar los dos monolitos a Tebas, a pesar de que Amón se había ocupado de aumentar el caudal de agua del Nilo, que ya comenzaba a derramarse sobre la tierra. Senmut, en lo alto de su pequeño camarote en la parte superior de la balsa, vigilaba ansiosamente mientras las cuerdas se tensaban y los barcos, lenta y laboriosamente, vencían la inercia y comenzaban a moverse y a internarse en la corriente. Siguieron viaje sin detenerse ni siquiera por la noche, con los nervios tan tensos que parecían a punto de estallar. Hasta Benya permaneció en silencio durante horas, con la mirada fija en esas moles que yacían casi hundidas en el agua y los nudillos blancos de tanto apretar las manos a la proa. Mucho antes de llegar a Tebas aparecieron cantidades de pequeñas embarcaciones, barcos de pesca y esquifes pertenecientes a los nobles para escoltarlos hasta la ciudad, distribuyéndose sobre ambos márgenes y repletos de rostros excitados y expectantes. En las primeras horas de la mañana Hatshepsut avistó esa marea oscura en el codo del río. Había convocado a todo su ejército en el muelle que conducía al templo y el lugar estaba atestado.

Debajo de los árboles, los jardines del templo se encontraban repletos de gente de la ciudad, a quien se le había dado el día libre para que pudiera contemplar el espectáculo de esos gigantes arrastrados hacia el atrio exterior del templo. Al aproximarse la balsa a las gradas del muelle, Hatshepsut comió hacia allí. Hapuseneb, ataviado con su piel de leopardo, inició las oraciones. Senmut abandonó la diminuta cabina en lo alto de la balsa y bajó a tierra. Al oír sus órdenes, el agua cenagosa se llenó de soldados que se descolgaron de las altas márgenes del río para arrastrar las piedras hasta los troncos sobre los cuales las harían avanzar. Centímetro a centímetro los obeliscos se fueron acercando al primer pilón, rodeados por una multitud excitada. Senmut caminó junto a Hatshepsut, con los ojos entornados para observar mejor los trabajos de preparación realizados en el templo. Dentro del templo, proyectándose por donde antes estaba el techo de cedro, vio un ancho haz de luz que iluminaba las dos montañas de arena hacia las que serían arrastrados los obeliscos, con las bases hacia delante. Desde allí serían dirigidos hacia el otro extremo, donde se encontraban los basamentos cavados en el suelo del atrio exterior. Senmut y Puamra se hicieron a un lado y Hatshepsut se situó junto a ellos. Observaron silenciosamente cómo las imponentes columnas comenzaron a apuntar hacia arriba y un enjambre de esclavos trepó por las colinas de arena para guiarlas.

—Parecen dedos que apuntan a los Cielos —murmuró Hatshepsut—. Has hecho un buen trabajo, Senmut. ¿No te advertí acaso que juntos lograríamos lo que nos propusiéramos?

Senmut le hizo una reverencia con aire ausente, pues sus pensamientos estaban centrados en el imperceptible desplazamiento de esas moles grisáceas. Vio a Benya caminando de un lado a otro y gritando órdenes que retumbaban entre los pilares, mientras las sogas se desplegaban como un sombrilla de las cúspides de los monolitos y cientos de hombres se echaban hacia atrás ejerciendo presión. Senmut le hizo una seña a Puamra y ambos fueron a situarse junto a los pozos, a la sombra de las oscilantes bases.

Al cabo de algunos momentos de zozobra que hicieron contener la respiración de los presentes, las dos moles cayeron en sus correspondientes huecos, con las puntas bien erguidas hacia el cielo, mientras Benya se desplomaba, convertido en un cuerpo flácido y tembloroso. Los capataces comenzaron a arrear a los esclavos fuera del atrio.

—No quitéis la arena —le ordenó Hatshepsut a Puamra—, pues aún deben recubrirse los extremos con plata, y luego tallarles las inscripciones.

Tutmás se acercó entonces al lugar donde ella estaba de pie junto a Senmut y Neferura. Le dedicó una reverencia informal y la miró con sus ojos negros encendidos.

—Felicitaciones, Flor de Egipto —le dijo con una voz grave que delataba su incipiente virilidad—. ¡No cabe duda de que vuestros monumentos hablan de un reinado sin fin!

Hatshepsut miró con frialdad esas facciones rudas y altaneras y decidió pasar por alto la ironía de sus palabras.

–Salud, sobrino–hijo. Me alegra que te gusten. ¿Dónde está tu madre en este día tan auspicioso?

Tutmés se encogió de hombros.

–Le aqueja una leve indisposición.

–Pues más le vale estar curada antes de mi celebración. ¿Quieres que le envíe a mi médico?

–No será necesario, querida tía–madre. No creo que el mal que padece merezca recibir los cuidados de las manos que atienden al faraón.

Era un verdadero duelo verbal, en el que ambos contendientes sonreían con los labios pero se fulminaban con la mirada. Senmut escuchó el diálogo con preocupación, percibiendo la tensión que iba cargando la atmósfera frente al choque de esas dos voluntades decididas a todo. Tutmés era ya todo un hombre al que debía tenerse en cuenta, y Senmut se preguntó por qué Hatshepsut insistía en tratarlo como un chiquillo. Vio los ojos de Neferura mirando fijamente a su hermano, pero ni el rey ni el príncipe parecían percatarse de su presencia.

El muchacho se debatía entre la rabia y la admiración que le profesaba a Hatshepsut, hasta que se rindió ante la segunda y le dijo, sacudiendo la cabeza.

–Eres implacable conmigo, querida tía–madre. Pero no cabe duda de que la doble corona te sienta muy bien.

–A ti no te quedaría bien, Tutmés –replicó ella cuando echaron a andar hacia el atrio exterior–. Todavía es demasiado grande para tu cabeza.

–Poco importa el tamaño de mi cabeza –le respondió Tutmés–. Lo que vale es lo que tengo dentro de ella.

–¿De veras? ¡No me digas! Entonces ocúpate de que tu superdotada cabeza asista a la celebración de mi Miríada de Años. Es una orden, Tutmés. Últimamente te has mostrado por demás negligente, faltando al templo y a mis fiestas. No tolero ninguna clase de insubordinación.

El muchacho no le contestó; hizo una reverencia y, con el ceño fruncido, regresó junto a Menkheperrasonb y Min–mose.

Neferura apoyó tímidamente una mano sobre el brazo de su madre.

–¿Por qué te complaces en hacer rabiar tanto a Tutmés? –Preguntó–. ¿Acaso no le tienes simpatía?

–Al contrario –respondió Hatshepsut–, lo aprecio muchísimo. Tiene la misma fuerza taurina de tu abuelo. Pero es demasiado impaciente, Neferura, e incluso a veces francamente descortés. Necesita ser dominado como un potro arisco.

Neferura no dijo nada, pero Senmut sintió que la tibia mano de la niña buscaba la suya; después de apretársela con cariño, se encaminaron juntas al palacio bajo los árboles secos del verano.

La Miríada de los Años era un evento extraordinario, formal y deslumbrante. Hatshepsut convocó a sus consejeros por la tarde y se sentó en el Trono de Horus, con la doble corona en la cabeza y el cayado y el desgranador firmemente sujetos en las manos. En un discurso breve y preciso les recordó todo lo que había llevado a cabo como gobernante incluso antes de la muerte de su esposo, e hizo que su escriba leyera en voz alta el contenido de las inscripciones que los artesanos tallaban en la cara de sus obeliscos. Mientras Aneen hablaba, recorrió el recinto con la mirada.

Entre los asistentes vio a Tutmés, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho y los ojos contemplándola con orgullo y desafío. Escuchaba impasible la lista pronunciada por el escriba, pero cuando Aneen estaba a punto de concluir comenzó a ponerse nervioso.

–El Dios se reconoció en Ani; Amón–Ra, Señor de Tebas. Fue él quien dispuso que, como recompensa, yo reinara sobre la Tierra Negra y la Tierra Roja. No conozco enemigos en ningún territorio; todos los países me están sometidos. Él ha hecho que mi heredad se extienda hasta los confines de los cielos; el cielo del Sol ha trabajado para mí. Dios me ha

concedido todas estas cosas a mí, que habito con él, pues sabía que yo se las ofrendaría. Soy auténticamente su Hija, la que lo glorifica. Vida, estabilidad y satisfacción le sean otorgadas a la que ocupa el Trono de Horus y que como Ra, vivirá eternamente.

Hatshepsut se encontró con la mirada de Tutmés y se la sostuvo, con cierto aire burlón pero triste. Él percibió esa nota de afecto en sus hermosos ojos, esbozó una sonrisa y bajó la vista.

Esa misma mañana había estado en el valle, estudiando su biografía tallada en el santuario. Quedó azorado y furioso al descubrir que, desde su última visita, se habían añadido nuevas inscripciones. ‘Yo soy Dios, el Principio de la Existencia’, leyó, y tuvo ganas de empuñar un martillo y arremeter contra la piedra hasta convertir esa línea ofensiva en un montoncito de polvo blanco a sus pies. Sabía que ella hablaba con tanta seguridad porque en lo más profundo de su ser tenía conocimiento de algo que era evidente para sus más allegados, así que permaneció de pie e impotente en el santuario, blandiendo amenazadoramente su puño cerrado ante su efigie, presa de un acceso feroz y de algo más, que se aproximaba peligrosamente al afecto. Volvió al presente y contempló a esa figura allá en lo alto del trono, revestida de oro, magnética, enigmática; la mujer odiada por su madre, el rey que lo había despojado de sus derechos al trono. Pero en sus ojos, que lo miraban con tanta firmeza, descubrió cierta calidez, complicidad y algo parecido a la comprensión.

Tutmés apartó la vista, furioso consigo mismo por haberse ablandado y haber cedido a su mirada, olvidando lo que le había hecho; y nada menos que allí, en la sala de audiencias, rodeada como estaba por todos los símbolos de su naturaleza divina.

Los presentes se arrastraron hacia ella portándole toda suerte de ofrendas y, a medida que el sol fue descendiendo, la pila de abanicos, cajas taraceadas, miniaturas y otras lujosas chucherías fue creciendo cada vez más.

En un determinado momento Tutmés pescó una mirada intencionada y fugaz entre Senmut y Hatshepsut y una nueva rabia se apoderó de él; pero, puesto que sólo tenía quince años, no pudo captar su origen. Cuando ella se puso de pie para dirigirse al salón de banquetes, Tutmés abrió la puerta de un empujón y echó a correr por los pasillos. Ni siquiera el monótono saludo de un guardia tras otro logró suavizar las punzadas de dolor que sentía dentro de él.

Esa noche, mientras Senmut esperaba frente a las puertas abiertas del salón de banquetes a que el Herald terminara de enumerar sus numerosos títulos, y todos se encontraban listos para inclinarse a su paso cuando se encaminara a la tarima ocupada por Hatshepsut, sus pensamientos eran tan sombríos como el firmamento oscuro que se adivinaba en el otro extremo de esa habitación espaciosa y brillantemente iluminada. Precisamente ese día, en que Hatshepsut celebraba su dominio total sobre Egipto, Senmut sintió que faltaba un poco para que él perdiera el control sobre Tutmés y las intrigas de Aset. Siempre le había sido posible llegar hasta los sirvientes y amigos de Tutmés a través de sus propios espías. Mientras Tutmés era una criatura, no había tenido escrúpulos de exiliar, eliminar, advertir y amenazar a quien fuera necesario. Pero ahora los amigos de Tutmés eran los hijos de sus propios amigos, y el mismo Tutmés se había vuelto intocable y poderoso. Mientras caminaba lentamente hacia el estrado, se sentaba y saludaba al rey con una leve inclinación y una sonrisa, Senmut previó vagamente que muy pronto llegaría el momento en que Hatshepsut se encontraría cercada, acosada, luchando desesperadamente para conservar el trono. Un faraón no podía perder la corona como le había ocurrido a ella cuando su petulante marido le arrebató el trono prometido por su padre. Un rey sólo perdía su reino perdiendo la vida.

El alboroto de la fiesta se prolongó hasta bien avanzada la noche. El ruido fue disminuyendo y el júbilo general comenzó a decaer cuando ya se aproximaba el amanecer; y Hatshepsut se quitó el cono de perfume de la cabeza y despidió a todos. Faltaba sólo una hora para que se iniciara el Himno de Alabanzas, momento en que darían comienzo las tareas del

día. Quería bañarse y ponerse un faldellín limpio antes de dirigirse al templo para los ritos de la mañana.

Senmut sabía que no lo necesitaría hasta que lo convocara a la sala de audiencias, así que cuando ella abandonó el recinto, precedida por su portador de abanico, sus portasellos y sus escoltas, se acercó a Hapuseneb y tiró levemente de su faldellín.

El Sumo Sacerdote lo miro.

–Acompáñame al jardín –le dijo Senmut en voz baja–. Necesito tu consejo.

Hapuseneb asintió y juntos se abrieron paso por entre la multitud. Ambos atravesaron el claustro, se alejaron discretamente de los invitados que se encontraban disfrutando de la brisa fresca que corría por el jardín y dirigieron sus pasos hacia la pared norte del templo. Finalmente se detuvieron. El silencio era total y sólo el resplandor pálido y frío de la luna que se ponía destacaba el contorno negro de los muros por sobre las copas de los árboles. Senmut le hizo una seña a Hapuseneb y ambos se sentaron sobre el césped.

–Escúchame, Hapuseneb, y luego dame tu opinión, haciendo a un lado nuestras diferencias en nombre del faraón. –Su interlocutor asintió en la oscuridad y a Senmut le costó un verdadero esfuerzo decir lo que deseaba consultarle–. Como Superintendente de la Residencia Real, estoy al tanto de las idas y venidas de todos los que viven en el palacio. Como Mayordomo de Amón, nada de lo que ocurre en el templo escapa a mi conocimiento. Durante mucho tiempo, bajo las órdenes del rey, he controlado de manera absoluta los despachos y las audiencias; así que creo poder afirmar, como tú mismo, que tengo a Egipto bajo mi mano como una gran alfombra, la totalidad de cuyos hilos han sido devanados con mi conocimiento. Pero de pronto tengo la sensación de que las cosas comienzan a escapárseme de las manos, Hapuseneb. De alguna manera descubro fisuras en todos los rincones vigilados por mí, y me siento impotente, pues las cuñas que en ellas penetran son martilladas por el príncipe heredero en persona. Creo que los días del faraón están contados. –Hapuseneb se agitó pero no dijo nada, y Senmut continuó, siempre con cierta dificultad–. Ha llegado el momento de dejar de escabullirse por las sombras y tratar de proteger el Trono de Horus por medio de espías: ojos que jamás duermen, ojos que se impacientan frente a una fuerza que comienza a germinar y a ramificarse. Lo diré lisa y llanamente. Si no eliminamos inmediatamente a Tutmés, será demasiado tarde y perderemos no sólo al faraón sino también todo aquello por lo que ella trabajó tanto.

–Ya es demasiado tarde –dijo Hapuseneb con su voz grave–. También yo he visto crecer la simiente en los aposentos de las mujeres y en el campo de entrenamiento. He reflexionado sobre la manera de contrarrestar esas intrigas, pero es demasiado tarde. Si hubiésemos asesinado a Tutmés cuando era todavía una criatura, el hecho habría pasado inadvertido pues son incontables los niños que mueren, víctimas de un sinnúmero de enfermedades. Pero ahora no; ahora que es fuerte sano como un potrillo retozón.

–Nehesi nos lo sugirió al faraón y a mí, pero ella se opuso terminantemente.

–Y volvería a hacerlo en este momento si se encontrara aquí. No es una advenediza voraz, ambiciosa y sin escrúpulos como la madre del príncipe. Es una mujer noble, que gobierna con la bendición del Dios, pero que también insiste en mantenerse dentro de la ley del Dios. Tutmés es como carne de su carne. No importa lo que pase, ella siempre luchará por que siga con vida.

–Sucumbirá, entonces.

–Así lo creo –dijo Hapuseneb, asintiendo–. Pero preferiría morir antes que ofender a su Padre, y el asesinato constituye un crimen cuyo olor nauseabundo percibiría el Dios sin tardanza.

–Y, ¿qué me dices de ti y de mí, Hapuseneb? A mí no me importaría perder la vida si fuera en servicio del rey. ¿No podemos llevar a cabo este asunto en secreto?

–El secreto no se mantendría mucho tiempo. ¿Cómo crees poder destruir a un joven lleno de vigor y de amor a la vida, sin que surja luego un dedo acusador? Y ese dedo señalaría al faraón, y sería ella la que sufriría y no nosotros.

–¿Deberíamos haberlo envenenado hace años, a pesar de sus órdenes!

–Entonces es posible que se sintiera aliviada e incluso agradecida, pero su confianza en nosotros menguaría paulatinamente y habríamos terminado siendo despedidos. No; ella sabe bien que al frenar su mano se está destruyendo a sí mismo, pero no cambiará de parecer. Es un rey de una grandeza admirable.

–¿Entonces no podemos hacer nada, amigo mío? ¿Después de todo, no nos quedará otro remedio que ver a Egipto en manos de Tutmés? Y, ¿qué será de la princesa Neferura?

–Neferura se encuentra a salvo. Tutmés debe casarse con ella para asegurarse el trono, y no me cabe duda de que eso hará. Ya sabes que el rey tiene intenciones de comprometerlos.

–¿Para postergar el momento de su derrota! Pero Tutmés no se dejará embaucar. No está tan lleno de principios y de clemencia como ella. Una vez que tenga a Neferura...

–Quizá. –Hapuseneb extendió las manos con gesto impotente–. Sólo podemos seguir sirviendo a nuestra soberana como lo hemos hecho hasta ahora, poniendo lo mejor de nosotros para prolongarle los años. Ella ha cuidado de Egipto como una criatura adorada. El mismo Tutmés debe reconocer la habilidad con que lo ha hecho. Más allá de eso...

–Pero si lo hiciéramos de una vez por todas y Tutmés estuviera muerto, es posible que su cólera se abatiera sobre nosotros como un rayo, pero después... después...

–Se sentiría culpable, y Tutmés muerto acabaría con ella tan certeramente como Tutmés vivo. Afrenta la realidad, Senmut. No es su voluntad que su sobrino–hijo muera. De no haber sido así, el asunto se haría llevado a cabo hace mucho; lo habrías hecho tú, yo, Nehesi, Menkh, o cualquiera de los que estamos a su servicio.

Habló con vehemencia y sus palabras resonaron enérgicamente en los oídos de Senmut, pero éste de pronto levantó una mano y lo hizo callar. Permanecieron inmóviles en la oscuridad, conteniendo la respiración y aguzando el oído. Hubo un crujido a la derecha de donde se encontraban, debajo de los árboles. Senmut se apoyó un dedo en los labios, lentamente comenzó a incorporarse y de pronto saltó como movido por un resorte lanzando un brazo hacia adelante mientras los arbustos comenzaban a ondular frenéticamente. Cuando Hapuseneb se puso de pie vio que Senmut arrastraba a una figura pequeña y flacucha. Era un diminuto sacerdote we'eb, con el lienzo envuelto alrededor de su delgada cintura y la cara consternada por el miedo. Aferraba medio ganso en una mano, mientras con la otra daba manotazos al aire cuando Senmut lo ciñó con más fuerza.

–¿A quién tenemos por aquí? –Dijo Hapuseneb severamente. Senmut lo soltó y la figura cayó al suelo–. Vaya, si es uno de mis we'eb. Levántate, criatura necia, y dime qué haces aquí fuera, lejos de tu celda.

Senmut sintió de pronto que una suerte de bruma se levantaba frente a sus ojos.

No era Hapuseneb el que hablaba con tanta serenidad, con un tono levemente amenazador, sino el desenvuelto y traidor Menena. Volvió a experimentar el pánico aterrador que lo había llevado a esconderse detrás del sicomoro y el dolor que la corteza le provocó al rasguñarle la mejilla.

El jovencito se puso de pie, abrazando el trozo de carne contra su pecho huesudo y mirando a esos dos hombres poderosos cuyos anillos lanzaban destellos malévolos a la luz de la luna y cuyos ojos helados tenían una expresión implacable y colérica.

–Yo puedo responder a esa pregunta –dijo Senmut con voz pastosa mientras la cabeza le daba vueltas–. Acaba de hacer una incursión por las cocinas del Dios, pues un we'eb trabaja desde la salida hasta la puesta del sol, y su buche está siempre vacío.

–Debe de haber escuchado todo lo que dijimos –dijo Hapuseneb en voz baja–.

¿Qué haremos con él, Senmut?

El muchachito se sobresaltó y lanzó un sonido abogado e ininteligible, pero no intentó huir.

Senmut se le acercó, con el corazón repentinamente añorando el pasado, los días luminosos llenos de esperanzas y de promesas, sus sueños de grandeza, su propia niñez perdida.

–Es así, ¿no es cierto? –Le preguntó francamente–. Nos escuchaste, ¿no?

El chiquillo asintió con la cabeza.

–¿Y qué piensas hacer al respecto?

–No lo sé, poderoso señor –lo dijo con voz disonante y nerviosa, pero sus ojos claros no vacilaron.

–¡Vaya si tienes agallas! Dime, ¿a quién sirves tú?

–Sirvo a Amón, Rey de los dioses, y sirvo al faraón.

–¿Y al príncipe, no?

–También a él sirvo. Pero no sirvo a los hombres que llevan la muerte en sus corazones.

El pequeño mentón se irguió, desafiante, pero las manos que sostenían el ganso se estremecieron. Hapuseneb exclamó, indignado:

–¡Él mismo ha firmado su propia sentencia de muerte! ¡Si Tutmés se entera de esta conversación, moriremos antes de que nos haya llegado la hora!

–No lo creo –dijo Senmut mientras se sentaba en el suelo y miraba frente a frente a ese rostro delgado–. ¿Quieres ir ante el faraón y relatarle lo que has oído, we'eb?

–Debería hacerlo, pero quizás el faraón está al tanto de nuestro complot y decida entonces matarme.

–El faraón está bien enterado de nuestras maquinaciones, pues es un plan acariciado hace mucho, mucho tiempo, pero que nunca se puso en práctica. Pero el faraón se opondría a que cumpliéramos nuestros deseos, así que si acudes a él no te dañará. ¿Me crees?

–No.

Senmut se levantó, todavía envuelto en el recuerdo de aquel niño que había regresado a su jergón en lugar de aporrear las puertas del palacio. Sólo entonces comprendió que esa única flaqueza lo había acosado durante el resto de su vida. Rápidamente tomó una decisión.

–Hapuseneb, coincido contigo. ¡Basta de confabulaciones! ¡Debo de haber estado loco! Será lo que deba ser, y que se cumpla la voluntad de Amón. –Se volvió al sacerdote we'eb y lo aferró del brazo–. Tú y yo, mi pequeño gallito, iremos directamente a ver al faraón y le dirás todo lo que has oído.

Hapuseneb permaneció inmóvil, pero el muchachito balbuceó:

–¡Me llevaréis al río y me cortaréis la garganta!

–Juro en el nombre del faraón que no morirás –respondió Senmut–. Hapuseneb, te agradezco que hayas aceptado oírme. El amanecer se aproxima y ella aguarda su himno. ¡Entónaselo con la conciencia limpia!

Lanzó una carcajada sombría y arrastró al reticente jovencito por el parque, mientras las penumbras cedían ante los primeros resplandores del alba.

Hapuseneb giró sobre sus talones y se encaminó deprisa hacia su propia entrada, debajo de la estatua ceñuda del Dios Tutmés I, el vengador de Egipto.

–Es demasiado temprano para molestar al faraón –le dijo Senmut al pequeño sacerdote–. Debemos esperar a que el Sumo Sacerdote le haya cantado a Ra en los cielos. Ven a mi palacio y desayuna conmigo. ¿Qué te gustaría comer? ¿Cómo te llamas?

–Smenkhara, gran Señor.

Estaba azorado y no había perdido del todo su desconfianza. Senmut siguió agarrándole con firmeza mientras cruzaron la amplia avenida que desembocaba en el muelle real y continuaba bajo los árboles hasta cruzarse con sus propios senderos y su propio suelo dorado.

- ¿Cuánto hace que sirves en el templo?
–Dos años. Mi hermano es Maestro de Misterios.
–¿De veras? ¿Y qué te gustaría ser a ti?

Pasaron junto a los guardias y llegaron al vestíbulo en penumbra. Senmut lo condujo hacia la derecha, pasando por la sala de audiencias hasta su dormitorio privado, y llamó a Paere, su criado personal.

El muchacho observó atentamente en todas direcciones, con una curiosidad que sobrepasaba a su temor. Había oído hablar de la magnificencia del favorito del faraón y de sus tentáculos de poder. Lo había visto algunas veces, entrando en el templo con el faraón, ambos resplandecientes como dioses. De pronto se sintió embargado por una sobrecogedora timidez y admiración.

- No sé, Poderoso Mayordomo. Creo que me gustaría llegar a ser Sumo Sacerdote.
–¿De modo que tú también tienes ambiciones!

Senmut soltó al jovencito y envió a Paere en busca de comida y leche. Luego le indicó a su invitado una bonita silla de cedro tallado y el muchacho se sentó nerviosamente en el borde, contemplando a Senmut mientras se quitaba la peluca. Cuando Ta-kha'et entró medio adormilada en la habitación, envuelta todavía en su bata de dormir y descalza, encontró a su señor enfrascado en una profunda conversación con un desaliñado y joven sacerdote que parecía no haber probado una comida decente en toda su vida. Ambos no hacían más que llenarse la boca con pan caliente y trozos de ganso y parlotear alegremente.

Hatshepsut los recibió una hora más tarde. Estaba vestida y lista para concurrir al templo, pero servicialmente se sentó y los escuchó, mientras el muchacho tartamudeaba y se ruborizaba. No deseaba crearle problemas al Mayordomo Principal, un hombre que lo había alimentado y le había hablado con tanta cortesía y comprensión; pero Senmut frunció el ceño y lo empujó hacia adelante con rudeza, ordenándole en voz baja que cumpliera con su deber. El muchacho se postró y relató su historia, temeroso de levantar la vista y contemplar a esa mujer alta y agraciada que ostentaba la cobra y el buitre en su tocado dorado.

Cuando hubo terminado su relato, Hatshepsut ya no reía. Le ordenó que se levantara y buscó los ojos de Senmut por sobre la cabeza del muchacho, con una interrogación en la mirada. Al verlo asentir, se dirigió al pequeño sacerdote.

–Smenkhara, has hecho bien –le dijo–. Nos alegra mucho que seas un súbdito fiel y hayas confiado en nosotros. Me ocuparé personalmente de este asunto, pues los cargos son graves, pero quiero que me prometas que nunca le dirás a nadie lo que has oído. Yo me encargaré de administrar los castigos a mi manera y en su debido tiempo.

–Sí, Majestad –murmuró el muchacho.

–Ahora dime: ¿qué puedo hacer por ti? ¿Te gustaría llevar el incienso esta mañana y que vayamos juntos a reverenciar al Dios?

El jovencito la miró atónito, con el rostro radiante, y Hatshepsut le dijo que la esperara fuera del recinto. Cuando ella y Senmut quedaron solos, se dirigió a él con irritación.

–Has sido muy descuidado, y también Hapuseneb fue muy poco prudente. Conozco tus pensamientos, Senmut, tanto como los de Hapuseneb, Nehesi y el resto.

Tampoco ignora la avasallante impaciencia de Tutmés, su decisión de dominarme y derrocar me. ¡Pero no toleraré ningún asesinato! Es la última vez que te lo digo. Si llego a descubrir que estás implicado en un complot de esta naturaleza, te haré disciplinar como si fueras un delincuente común. Tutmés es de mi propia sangre. No permitiré que nadie le haga daño.

–Entonces, al menos alejadlo de aquí.

–¿Para que urda sus intrigas a mis espaldas? ¡No! ¿Por qué me trajiste a esa criatura? ¿No podrías haberte ocupado tú mismo de él?

–Majestad, ¿puedo sentarme?

Ella asintió, sorprendida, y se desplomó en una silla.

–Lo traje porque hoy, finalmente, un sacerdote we'eb asustado y cobarde que no se animó a cumplir con su deber debe enfrentar el juicio de Amón.

–No te comprendo.

Senmut sonrió con expresión cansada.

–Hace muchos años yo también era un sacerdote hambriento que acudía por las noches a las cocinas del Dios para robar comida. Y, como este pequeño, fui testigo de un diálogo que no estaba destinado a mis oídos. –Hatshepsut permaneció inmóvil y su cuerpo se tensó; a pesar de advertirlo, Senmut no se detuvo–. Vuestra hermana, Su Alteza Osiris–Neferu–khebit, no murió a causa de ninguna enfermedad:

Menena la hizo envenenar.

Senmut se sintió de pronto libre de un enorme peso, y en el silencio profundo que siguió, roto sólo por la respiración entrecortada de Hatshepsut, se puso de pie y se acercó a ella.

Hatshepsut palideció y de las sombrías profundidades de su mente fue surgiendo un recuerdo muy lejano, vago y confuso: apenas el fragmento de un sueño. Neferu encarnada en el cuerpecillo del pobre corzuelo prisionero y Nebanum de pie, con la llave en sus manos. Pero ¿se trataba en realidad de Nebanum?

–Yo quería ir a hablar con vuestro padre y relatarle todo como este sacerdote ha hecho hoy, pero tuve miedo porque pensé que el faraón deseaba que el plan se llevara a cabo. Mientras yo me debatía y me torturaba, los conspiradores le administraron el veneno y Neferu murió.

Los hombros de Hatshepsut se abatieron y, tras lanzar un suspiro, instintivamente buscó su amuleto con las manos.

–Por fin, por fin. He visto tu odio hacia Menena y siempre quise conocer los motivos de tu miedo. Durante todos estos años yo misma he reflexionado sobre la muerte de mi hermana y me he llenado de temor, a pesar de no poder entender el origen de esos sentimientos. Pero ahora todo resulta claro. ¿Así que crees que mi padre deseaba la muerte de su hija?

El recuerdo saltó a la superficie y estalló. No era Nebanum. Desde luego que no.

Los ojos rojizos y asesinos del Poderoso Toro la horadaron dolorosamente.

–Sigo sin saberlo a ciencia cierta, Majestad, pero así lo creo.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué motivo podría querer hacerle eso? ¡Lo único que ella deseaba era que la dejaran en paz!

–Porque ya por aquel entonces veía la doble corona sobre vuestra cabeza y, si ella permanecía con vida, ¿quién la llevaría en este momento? Tutmés, vuestro marido, se habría casado con Neferu y, con el tiempo, habría muerto a su vez, y hoy su hijo no os llamaría precisamente faraón.

Hatshepsut se llevó una mano al pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Es así. Lo sé. Lo intuía. Cuando todavía era una criatura, el hecho de presentir vagamente este horror me provocaba pesadillas. Pero, incluso ahora, es algo difícil de sobrellevar. –Hatshepsut luchó para controlar la expresión de su rostro–. Vete, Senmut. Me alegra comprobar la confianza que me tienes, pero también estoy furiosa. Lo único que quiero en este momento es ir al templo y pronunciar mis plegarias con ese muchachito tan afortunado. En fin de cuentas, podría haberle cortado la garganta y arrojarlo luego al río, como él mismo dijo.

Hatshepsut le dedicó a Senmut una escueta sonrisa y le besó la mano y partió a reunirse con los funcionarios que lo aguardaban en la sala de audiencias.

Antes de que el invierno llegara a su fin, Hatshepsut dispuso que se concertara el compromiso entre Tutmés y la resplandeciente Neferura e inmediatamente envió al príncipe y

a sus tropas al norte para realizar maniobras. Pero se había asegurado de que quedara bien claro que se trataba sólo de un compromiso y no de un matrimonio.

De pie frente a ella en el salón del trono, con los brazos cruzados sobre el pecho, Tutmés esbozó una sonrisa despectiva.

–Habéis empeñado vuestra palabra, Majestad –le dijo–. Podéis enviarme de un extremo al otro del país, en toda suerte de misiones o expediciones, pero tarde o temprano deberéis conducir a Neferura al templo y dármela en matrimonio, pues ya no soy un niño.

–¡No soy ciega! –Le retrucó Hatshepsut–. Oh, Tutmés, ¿por qué te pones tan quisquilloso cada vez que tenemos que tratar algún asunto? ¿Acaso no te he prometido que un día este trono será tuyo?

–Sí, pero no creo que tengáis intenciones de dármelo. Cuando era chico me inspirabais un sacrosanto temor. Pero ahora prácticamente soy un hombre, y continuáis cerrándome las puertas de la sala de audiencias; mi propio recinto, el lugar donde me corresponde sentarme en mi calidad de faraón. Estoy convencido de que os proponéis colocar a Neferura en el trono.

–Eres un necio si de veras crees lo que acabas de decir y, a pesar de lío, propagas tus dudas a gritos por todo el palacio. ¿Qué me impide librarme de ti? Entonces Neferura podría llevar la doble corona y casarse con algún general para darle heredero a Egipto.

–No lo hacéis porque sabéis tan bien como yo que Neferura es una mujercita dulce, suave y bondadosa y, por consiguiente, carece de las condiciones necesarias para convertirse en faraón.

–¿Y Meryet, entonces?

A Hatshepsut no le divertía el tema que estaban abordando. Tuvo que reconocer que las palabras de Tutmés encerraban una gran verdad: Neferura no poseía esa ambición devoradora y ardiente que a ella la consumía a esa edad. Por mucho que Hatshepsut la amara y deseara la corona para ella casi con desesperación, Neferura jamás tendría suficientes agallas para controlar a Tutmés ni a ningún otro despiadado joven noble que codiciara el reino.

–¡Meryet! –Tutmés lanzó una carcajada burlona–. Está llena de desprecio y de rencor y ya comienza a echarles el ojo a vuestros consejeros, como lo ramera que es.

Pero ¿cómo faraón? Es tan poco profunda como el río en verano. Y vuestro Egipto no le interesa en absoluto. –El muchacho se encogió de hombros y se aproximó a Hatshepsut–. Aceptaré el compromiso, siempre y cuando esté seguido de matrimonio. No tengo inconveniente en servir como soldado, pues disfruto ejercitándome con el arco, la lanza y el cuchillo; y, como habéis afirmado con tanta frecuencia, soy joven todavía. ¡Pero no lo posterguéis demasiado!

–¡Olvidas con quién estás hablando! ¡Yo soy Egipto, y si te doy una orden debes obedecerla! No abuses de mi paciencia, Tutmés. Eres un muchacho necio y arrogante, pero te perdono porque tus días de instrucción todavía no han terminado. Si tu madre no te hubiese llenado la cabeza de tonterías mientras estabas a su cargo, podríamos haber trabajado bien juntos. Pero, antes de que aprendieras a hablar, ya te inculcó un odio intenso hacia mí. y te resulta imposible ver más allá de sus rencorosas palabras.

Tutmés ascendió las gradas del trono y se quedó de pie, mirándola con fijeza.

–Me habéis despojado de la corona y, con ello, violado la ley. Mi madre no tiene nada que ver con eso. Y con respecto a trabajar juntos, ¿por qué no lo hacemos? ¿Acaso no soy ya capitán de asistentes, y no seguiré escalando posiciones en el ejército que comandáis? ¿No me afano y sudo en el campo de entrenamiento por Vos, como todos vuestros súbditos lo hacen obedeciendo vuestras órdenes?

Cuando Tutmés hubo partido, Hatshepsut permaneció un rato sentada a solas, con la barbilla apoyada en una mano y la mirada perdida en la distancia.

–¡Ah, Tutmés –exclamó en ese recinto insólitamente silencioso–, qué no daría por que fueses mi hijo!

Esa noche, por primera vez, sintió el peso de los años. Mientras aguardaba a Senmut en la penumbra de su alcoba, se acercó el espejo al rostro y comenzó a examinárselo cuidadosamente en busca de una arruga, el asomo de algún pliegue, consolándose con la idea de que a los treinta años no podía pretender tener la misma cara que a los quince. Pero la mujer que la contempló desde la superficie azogada tenía la mirada límpida y clara de su juventud y la piel más tersa e impecable que nunca. Entonces bajó la mirada y contempló su cuerpo desnudo: las piernas largas que terminaban en pies diminutos, el abdomen musculoso y flexible, los pechos gallardamente turgentes.

Es en mi mente donde descubro indicios de vejez, se dijo, colocando el espejo sobre la mesita y encaminándose al lecho. Tengo la cabeza llena de infinitas decisiones y políticas. Mis pensamientos están tan acalambrosos y encorvados como los de una vieja achacosa.

Lo oyó acercarse a la puerta y detenerse. El guardia lo dejó pasar y Hatshepsut lo miró también con nuevos ojos: alto, con un cuerpo tenso y musculoso por los ejercicios diarios con el arco y el carro, el rostro altanero y omnisciente, los ojos oscuros rodeados de khol, los labios sensuales curvándose en una sonrisa cuando se inclinó para saludarla. Era todo un hombre; lo había sido durante mucho tiempo y ella lo había amado durante mucho tiempo. Entonces, ¿por qué esa súbita alarma ante la posibilidad de descubrirse alguna amiga alrededor de los ojos, algún pliegue encima del cinturón enojado?

Senmut intuyó enseguida su estado de ánimo y no habló sino que se acercó a la cabecera de la cama y comenzó a acariciarle la frente acalorada para despojarla de las preocupaciones del día.

Ella alzó los brazos y lo atrajo hacia sí, buscando sus labios con avidez; pero esa noche la satisfacción de su pasión no logró borrarle de la mente el rostro burlón de Tutmés en la sala del Trono. Se durmió insatisfecha, rodeada por los brazos de Senmut pero sintiéndose agotada en cuerpo y alma.

En la primavera, cuando Tutmés regresó del norte convertido en Capitán de Sección, Hatshepsut volvió a alejarlo del palacio, enviándolo en esta ocasión a inspeccionar las guarniciones del desierto. Sabía que con ello hacía sufrir a Neferura, quien se despidió de su prometido con lágrimas en los ojos; pero también ella percibía con alarma el sonido imperceptible pero casi audible del desmoronamiento de su poder, los cambios insignificantes que se operaban en la atmósfera, en la mesa y en las miradas de los hombres. Implacablemente ordenó al comandante de Tutmés que mantuviera ocupado al príncipe durante seis meses. Le habría gustado poder viajar a alguna parte, no importaba a cuál, pero alejarse de Tebas. El palacio se le había convertido en una presencia opresiva, un edificio vacío lleno de víboras sonrientes que la saludaban con reverencias. Acudió cada vez más seguido al templo, donde Amón la aguardaba en la oscuridad para compartir con ella los secretos de su mente inmortal. También iba a su propio templo, día tras día, donde se arrodillaba frente a las estatuas de sí misma, su padre y el Dios, como si así pudiera arrebatarles más poder, más tiempo. Oh, sí; más tiempo. En las profundas cavidades de las capillas y sobre los techos de las terrazas, sus sacerdotes entonaban cánticos ensalzando su belleza y su omnipotencia, y su música se derramó sobre ella como una lluvia de oro.

Permaneció de pie en la segunda rampa y contempló, hacia abajo, la avenida que conducía al río; pensó entonces en Mentuhotep–Ra, cuyo templo había sido parcialmente arrasado para dar lugar al suyo. Mentuhotep fue, como ella, un enamorado del misterio y la consagración de ese valle y no había vacilado en mandar buscar al paraíso mismo, a la morada de los dioses, cosas que embellecieran a su propia persona y a Egipto.

Prácticamente corrió hasta su litera, segura de pronto de haber descubierto por fin que Amón todavía no se mostraba del todo satisfecho con lo que ella le había ofrecido. Se encaminó derecho a la biblioteca del palacio, donde todos los rollos de papiro, nuevos y viejos, valiosos e inservibles, se encontraban prolijamente apilados en inmensos armarios de madera que tapizaban las paredes del recinto. El bibliotecario abandonó su cómodo asiento y se postró ante ella, azorado.

–¡Punt! –Farfulló Hatshepsut, mientras Nofret y sus criadas llegaban en tropel a la habitación detrás de ella.

–¿Cómo decís, Majestad?

–¡Punt! ¡Punt! Búscame los mapas y escritos de Osiris–Mentuhotep–Ra, aquel que fue a Ta–Neter, la sagrada tierra de los dioses, y llévamelos a la sala de audiencias. ¡Apresúrate! Duwa–eneneh, llama a Senmut y a Nehesi.

–Nehesi se encuentra adiestrando a los Valientes del Rey, Majestad.

–Entonces, envíamelo cuando haya terminado.

Salió como una exhalación y avanzó a la carrera por los corredores, mientras las integrantes de su séquito se esforzaban por no quedar rezagadas. Ordenó que despejaran el escritorio de la sala de audiencias. Necesitaba a Ineni, así que envió a Amunhotpe a buscarlo a Karnak, donde el anciano arquitecto estaba supervisando su última obra: grandes pórticos formados por pilares de piedra arenisca, flanqueados por estatuas de Hatshepsut.

Ineni y el bibliotecario llegaron juntos; el primero, con las manos y el faldellín cubiertos de polvo de piedra. Minutos más tarde apareció Senmut y los cuatro se sentaron alrededor de la mesa. Parecía un consejo de guerra.

Hatshepsut apoyó las manos en el escritorio.

–¡Muy bien! –Dijo–. Bibliotecario, ¿qué tienes para mí?

–Muy poco, Majestad –reconoció–. Vuestro ilustre antepasado sólo dejó un relato de su viaje y una lista de las maravillas que trajo para el Dios.

–¿Algún mapa?

–Algo que podría llamarse así. Por aquella época no hacían falta mapas, pues Egipto y Ta–Neter comerciaban entre sí con frecuencia.

–Por lo menos, eso afirma la leyenda –le recordó Ineni–. Durante muchos, muchos hentis, el nombre de Punt no ha sido más que el reino de la leyenda de un cuento infantil.

–Pero antes de que los hicsos nos invadieran, ¿acaso nuestros barcos no hacían un servicio regular con las costas de Ta–Neter? –Terció Senmut–. Los antiguos monumentos abundan en pinturas que ilustran esos viajes.

–Es verdad –asintió Hatshepsut–. Bibliotecario, ¿cuál era el producto más importante que podía obtenerse en Punt?

El interrogado sonrió.

–La mirra, desde luego.

Hatshepsut asintió.

–La mirra. La más sacrosanta de las fragancias. Una nueva visión me acosa, Senmut. Veo los jardines de mi templo convertidos en un mar de hermosos árboles verdes de mirra. Su fragancia se elevará hasta mi Padre Amón, y entonces se sentirá satisfecho conmigo.

Senmut se echó hacia adelante.

–A ver si os entiendo bien, Vuestra Majestad –le dijo con gran atención–. ¿Queréis decir que os proponéis montar una expedición para encontrar esa tierra santa?

–Así es; parece que lo has entendido perfectamente. Los hicsos ya no están entre nosotros y es hora de que volvamos a abrir la antigua ruta entre Egipto y Ta–Neter.

Ambos se intercambiaron una mirada.

–No lo sé a ciencia cierta –dijo lentamente Ineni–, pero he oído decir que queda muy, muy lejos. Cabe la posibilidad de que los barcos no regresen.

–Zarparán y regresarán –afirmó ella categóricamente–. Mi Padre ha hablado.

Tendremos mirra, y las generaciones venideras recordarán siempre quien devolvió Ta-Neter a Egipto.

En ese momento entró Nehesi al salón, todavía acalorado y sudando por el sol que se abatía sobre el campo de entrenamiento. Entregó su arco y su lanza al guardia apostado en la puerta, saludó con una inclinación y se sentó junto a Hatshepsut, como era su derecho.

–Os ofrezco mis excusas por la tardanza –dijo–. ¿Necesitáis el Sello, Majestad?

Ella le relató sucintamente el proyecto y tomó el desteñido mapa de manos del bibliotecario. Después de despedir al anciano funcionario, desplegó el rollo sobre la mesa para que todos pudiesen ver los trazos muy finos dibujados en él.

Nehesi sacudió la cabeza.

–Mi madre me habló de esa tierra fabulosa, pero no conozco a ningún hombre que haya estado en ella y regresara para contarlo. Dijo que era un paraíso celestial del cual descendían los dioses.

–No cabe duda de que los dioses vinieron de allá –dijo Hatshepsut–, pero no se trata de un reino ubicado entre las nubes. Mentuhotep pudo encontrarlo y llegar hasta él, y nosotros también lo haremos.

Permanecieron con los ojos fijos en el mapa, como hipnotizados.

–Nos tomaría muchos meses –dijo Ineni.

En el fondo pensaba que se trataba de un proyecto irrealizable y le lanzó una mirada a Senmut, pero éste se encontraba absorto en sus reflexiones mientras con los dedos seguía los contornos de las líneas dibujadas en el rollo. Los ojos de Nehesi brillaban con una extraña luz.

Hatshepsut aguardó hasta que los demás hubiesen tenido tiempo de meditar sobre el asunto.

–Senmut, te eximo de las tareas que tienes para conmigo –le dijo–, pues quiero que tú comandes la expedición en mi nombre. Nehesi, tú también serás de la partida. Por el momento, Tahuti será el Portador del Sello Real. Llevaos el mapa y estudiadlo. Conversad con el bibliotecario, y luego venid a verme con un plan concreto. Puedo daros cuantos barcos queráis, y si fuera necesario construirlos especialmente, pongo mis diques a vuestra disposición. ¿Alguna otra pregunta?

Los asistentes sacudieron la cabeza con aire vacilante, un poco aturridos por el repentino viraje que había tenido lugar en su rutina cotidiana. Con gesto perentorio Hatshepsut despidió a todos... excepto a Senmut.

Cuando estuvieron solos, Hatshepsut se volvió hacia él: estaba sentado inmóvil frente a la mesa, con los brazos apoyados sobre la superficie y una expresión reservada en el rostro.

–¿Y bien? –le preguntó–. No lo apruebas; eso es evidente ¿Cuál es el problema?

–Creo que es una empresa grandiosa y que os acarreará grandes honores, pero no quiero participar en ella. ¿Quién organizará y controlará al personal del palacio durante mi ausencia? Y con Nehesi también ausente, ¿quién comandará a vuestros escoltas? Majestad, os imploro, enviad a otros. En Tebas hay muchos marinos capaces.

–Lo que tratas de decirme es que no quieres dejarme indefensa, ¿no es así? –Dijo con una tenue sonrisa–. Lo que dices es cierto, desde luego. Tú y Nehesi sois mi mano derecha y mano izquierda. Pero tengo otras manos, Senmut, infinidad de ellas, y este viaje es un asunto muy importante para mí. Quiero que la empresa tenga éxito, y sólo podré asegurármelo enviando a lo mejor que Egipto puede brindar.

–¿Y qué ocurrirá con Tutmés y sus secuaces? ¿No teméis que al estar ausentes Nehesi y yo, y probablemente por muchos meses, traten de imponerse?

–No lo sé, pero es tiempo de que lo averigüe. Siempre me queda la posibilidad de mantener atareado a Tutmés en los rincones más apartados del país. Te he agobiado con responsabilidades durante mucho tiempo, Senmut. ¿Cuánto hace que no te tomas un día libre para salir a caminar, o pasear, o simplemente tenderte en tu esquife?

–El ocio no me atrae –respondió con tono duro–. ¡Permitidme que os diga, Majestad, que es una locura que alejéis a vuestros hombres leales precisamente en un momento en que está en juego vuestro destino!

–¿De manera que es así como lo ves?

–No soy sólo yo. Día a día Tutmés se vuelve más fuerte más desfachatado en sus osadías. ¡Permiteme quedarme, Hatshepsut! ¡Me necesitas!

–Sería sin duda un triste faraón si me viera obligada a ocultarme de por vida detrás de las anchas espaldas de mis funcionarios –le contestó serenamente–. Y si el momento tan temido ha llegado, como tú parece creerlo, entonces más me valdría morir. Jamás seré un figurín carente de autoridad, Senmut; una hermosa cáscara vacía que alguna vez encerró dentro de sí la totalidad del poder. Vete, como te lo he ordenado, y no temas. Cuando regreses me encontrarás todavía aquí.

Senmut reprimió la airada respuesta que habría deseado darle y se puso de pie.

–Estoy a vuestras órdenes –dijo cortésmente–. Iré, entonces. Cambiaré ideas con Nehesi y calculo que en pocos días más os daremos noticias del proyecto.

–Espléndido. Me siento muy satisfecha.

Senmut le hizo una reverencia y partió deprisa. Hatshepsut mandó llamar a su portador de abanico y a Nofret y, mientras los esperaba, trató de imaginar cómo se–ría su vida sin Senmut. Sabía que tenía razón al decir que era imprudente enviarlos lejos en un momento en que ya no parecía aferrar el cayado y el desgranador con la misma firmeza que antes. Por un momento sintió la tentación de cambiar de idea, de llamarlo de vuelta junto a ella; pero no lo hizo. Quería comprobar la veracidad de sus propias palabras. ¿Seguía ella controlando Egipto, o era Senmut quien lo hacía? Tamborileó los dedos contra la superficie de la mesa con aire ausente y el ceño fruncido.

Si Senmut permanecía en Egipto, seguiría años tratando de mantenerse en el poder y aferrarse a la corona con las muñecas doloridas y los brazos cansados, azuzada por su implacable amor. También Tutmés se prendería de la corona y tiraría de ella con todas sus fuerzas, hasta que tal vez terminara por partirse en dos, como antiguamente: una corona dividida, un reino dividido.

Nofret entró a la habitación y, después de saludarla, se quedó esperándola. Hatshepsut suspiró y se puso de pie. Era preciso que Senmut se fuera aunque se llevara con él todas las risas, la alegría y la seguridad. Ella debía someterse a esa última prueba a solas. Si Senmut volvía y encontraba todo igual que cuando había partido..., si regresaba y no la encontraba...

Hatshepsut meneó la cabeza y abandonó el recinto con la barbilla bien erguida.

Tardaron cuatro meses en construir los cinco barcos y equipar la expedición.

Senmen, el hermano de Senmut, fue el encargado de conseguir los abastecimientos.

Hatshepsut le había recomendado que llevaran lino, armas y otros productos para hacer trueque, y día tras día se dedicó a confeccionar listas, reunir las provisiones y luego, verificarlas. Menkh le había rogado a Hatshepsut que le permitiera participar en la expedición, pero ella rehusó y lo nombró su escolta personal durante la ausencia de Nehesi; ambos acudieron juntos con frecuencia a los muelles para asistir a la carga de las vituallas. Ella, Nehesi y Senmut habían pasado muchas horas inclinados sobre ese único mapa que quizá les indicara el camino hacia ese país misterioso, hasta que por fin, cierta tarde Senmut volvió a enrollarlo y se lo metió debajo del cinturón. Navegarían hacia el norte en dirección al delta aprovechando la corriente del Nilo, luego se desviarían hacia el este y se dirigirían hacia el Mar Rojo por el canal construido por sus antepasados. Hacia el norte no había nada, sólo un vasto océano, así que enfilarían rumbo al sur, abrazando la costa este. Desde el momento en que las proas de los barcos apuntaran hacia el canal se encontrarían navegando en aguas desconocidas, sin otra guía que los relatos legendarios. Nehesi pasó mucho tiempo sentado pacientemente junto al anciano bibliotecario, escuchando una y otra vez de sus labios

los relatos de Ta-Neter, tratando de grabarse en la mente los detalles que podrían resultarle útiles. Senmut y Hapuseneb deambularon sin cesar por los jardines del templo, delineando la política que Hapuseneb habría de seguir, esforzándose por avizorar el futuro, lo que los meses venideros les depararían, esbozando sombrías estrategias por si llegaba a surgir la necesidad de echar mano de ellas.

El verano había llegado a su fin y en lo alto de las montañas del sur Isis derramó la Lagrima que se expandiría y multiplicaría hasta convertirse en una benéfica Inundación, que arrastraría las naves de Tebas hacia lo desconocido.

Senmut se despidió de Ta-kha'et el día antes de la partida. Se sintió muy apesadumbrado, pues sabía que la extrañaría y pensaría mucho en ella. Ta-kha'et se le colgó del cuello llorando desconsoladamente y suplicándole que no se fuera. Senmut le pidió a su hermano que se ocupara de su bienestar y le entregó el rollo de papiro que contenía las palabras que convertirían a Ta-kha'et en una mujer libre y la harían heredar sus bienes materiales en el caso de que él no regresara. Mientras avanzaba por los corredores de su casa y sus hermosos jardines, los sollozos de Takha'et lo persiguieron. Pero él no miró hacia atrás. Estaba firmemente decidido a regresar, aunque para lograrlo tuviera que hacer el trayecto arrastrándose de rodillas.

Tenía la absoluta certeza de que volvería a sentarse debajo de sus sicomoros y jugar a los dados con Ta-kha'et. En cambio, no estaba tan seguro de encontrar al faraón aguardándolo.

La noche previa a la partida, Senmut permaneció tendido muy quieto junto a Hatshepsut en la penumbra de su alcoba. Habían hecho el amor tierna y calladamente, como si fuera la última vez. Senmut no podía descubrir en su interior ningún presentimiento o palpito optimista que le brindara un atisbo de esperanza. En el silencio de esa noche que transcurría vertiginosamente, atormentado por sus pensamientos, acunó en sus brazos a ese ser tan querido. Los caprichos, los sueños, la perspicacia, la política pacifista y el profundo amor a Egipto de Hatshepsut eran en ese momento para Senmut una maraña absolutamente indescifrable que tal vez sólo el Dios estaba en condiciones de comprender.

Cuando llegó el día y la oscuridad abandonó el dormitorio con una repentina y cruel inconstancia, ambos se levantaron y Hatshepsut se arrodilló ante él y le besó los pies. Al incorporarse y abrazarlo, le susurró: –Que el Dios dé firmeza a la planta de tus pies.

Fueron las únicas palabras que intercambiaron en toda la noche; palabras de despedida. Senmut la besó con inmensa ternura y la dejó ir.

En el muelle, los marineros, soldados, ingenieros y diplomáticos que integrarían la expedición se encontraban ya cargando sus pertrechos. Los ciudadanos de Tebas se iban acercando al río para ver zarpar las naves. Senmut se dirigió a los aposentos de Menkh, donde se bañó, se cambió el faldellín y las sandalias y se colocó un sencillo casco marrón de cuero sobre la cabeza rapada. Mientras deambulaba entre el dormitorio y el cuarto de baño, aprovechó para darle toda clase de instrucciones y recomendaciones a su decepcionado amigo, hablando casi sin parar hasta que fue hora de partir.

Precedido por sus mensajeros y seguido por Ta-kha'et y el resto de las esclavas, Senmut caminó lentamente por la ciudad hacia el muelle, donde Nehesi ya se encontraba a bordo del primer barco. En la rampa estaba Hatshepsut, demacrada, ojerosa y ataviada con las vestiduras de su coronación, pues se trataba de un evento solemne. Junto a ella los sacerdotes habían instalado la estatua de Amón en su Barca de oro. Muy cerca del Dios se encontraban Hapuseneb y los demás sacerdotes, envueltos en una nube de incienso. También Tutmés flanqueaba a Hatshepsut y contemplaba impasible la multitud y el río. Senmut y su séquito los saludaron con una reverencia y él ascendió a la nave por la rampa. Saludó a Nehesi rápida y fríamente, todavía no repuesto de la desagradable sorpresa de ver a Tutmés allí, de vuelta tan pronto de su recorrido por las guarniciones del sur. Al cabo de un rato, después que Senmen, con las listas en la mano y su escriba trotándole detrás, terminó de recorrer cada

barco para la verificación final, dieron comienzo los sacrificios a Amón y Athor, Diosa de los vientos. Luego las velas se hincharon y las abarrotadas embarcaciones comenzaron a avanzar hacia la corriente.

La multitud prorrumpió en vítores que Senmut casi no oyó, sacudido por una repentina y violenta premonición. Sus ojos buscaron los de Hatshepsut en un postrer estallido de pesar. Tenía el rostro sereno bajo la corona roja y blanca que resplandecía al sol, pero la mirada de sus enormes ojos oscuros le hablaba de su amor y de sus sufrimientos, y él no pudo apartar la vista de ellos. Las aclamaciones se hicieron más débiles y los oídos de Senmut comenzaron a llenarse con el sonido del viento, el chasquido de las sogas y el aletear de las velas. Mucho después de que Tebas se hubiera perdido de vista, Senmut seguía viendo a Hatshepsut de pie en el muelle, erguida y arrogante, mientras el viento hacía que el faldellín le golpeara los muslos y tirara del manto que cubría sus delicados hombros.

–Son un espectáculo de gran belleza: parecen cinco aves blancas que levantan vuelo hacia parajes desconocidos –comentó Tutmés acercándose a Hatshepsut–. Me pregunto si alguna vez regresarán.

Ella se sobresaltó y giró lentamente la cabeza para mirarlo, como si acabara de despertar de un sueño profundo. Trató de encontrar alguna huella del sarcasmo que siempre teñía sus palabras, pero Tutmés lo había dicho con tono inocente y una sonrisa cordial en los labios. Supongo, pensó Hatshepsut, que está convencido de que ahora puede ocultar sus propósitos tras un aparente afecto por creerme privada de todo apoyo.

–Por supuesto que regresarán –respondió–. Amón los ha enviado, así que él se encargará de protegerlos y de traérmelos de vuelta.

–¡Ah! –Ronroneó él–. Pero ¿cuándo? Tardarán alrededor de un año en llegar a Punt.

–Ya lo sé. Si es que Punt existe.

–¿Lo dudáis?

–En realidad, no. Lo que pasa es que también yo, Tutmés, como tú mismo, tengo momentos de fugaz vacilación.

–Me parece que ya no podéis duros ese lujo –dijo el muchacho, con un destello de su habitual hostilidad.

–¡Oh, Tutmés! –Exclamó Hatshepsut con una carcajada–. ¿Crees acaso que me propongo pasar los próximos meses encerrada en la penumbra, llorando la ausencia de Senmut? ¡Soy faraón, y es mucho el trabajo que me espera!

La barca sagrada comenzó a desplazarse lentamente de regreso al templo, así que abandonaron el muelle y la siguieron.

–Tal vez Vos tengáis mucho trabajo pero ¿y yo? Me he pasado los últimos tiempos entre maniobras, marchas e inspecciones y ya estoy harto de ese tipo de vida.

Basta de instrucción para mí. Miradme, Hatshepsut: casi tengo diecisiete años. ¡Asignadme un puesto en la corte!

Ella sacudió la cabeza vigorosamente.

–¿Me crees tonta o loca? ¿No te parece que estás abusando de mi clemencia, Tutmés? He consultado a los generales y todos insisten en que te nombre comandante. Parece que te consideran un brillante estratega. Así que, a partir de este momento, eres comandante.

–¿Y qué se supone que puede hacer un comandante en tiempos de paz? –Dijo con aire despectivo–. ¿Reparar sus arneses y lustrar sus armas?

–Haz lo que se te antoje. El ejército te pertenece, como príncipe heredero que eres. Te aseguro que en sus filas tengo infinidad de tareas para encomendarte: escoltar caravanas, disciplinar a los evasores de impuestos y, desde luego, proseguir con la inspección de guarniciones.

–¡Vaya perspectiva! ¡Un manso comandante conduciendo a un manso ejército para un manso faraón, que ni siquiera lo es!

Hatshepsut se frenó de golpe en mitad del sendero y giró hacia él, lo aferró del brazo y le clavó las uñas en la piel.

–Te prevengo, Tutmés –dijo en voz baja–: obedéceme o lo lamentarás. Mil veces pude haberte matado, no lo olvides nunca. Y ya que estamos quiero que entiendas bien que, como comandante, estás directamente bajo mis órdenes. Por lo menos yo he participado en acciones bélicas, cosa que tú no has hecho. Si llego a enterarme de que has conducido a tus tropas fuera de los límites de Egipto, te haré encarcelar y dispersaré tus tropas asignando a los hombres a las demás divisiones. ¿Está claro?

El muchacho no hizo ningún intento de liberarse y ambos se fulminaron con la mirada.

–Sí, está muy claro –dijo–. Yo veo con claridad muchas cosas que os negáis a aceptar, faraón. ¡Es hora de que abráis bien los ojos!

Hatshepsut lo soltó y Tutmés se alejó caminando con furia, todavía con las marcas blancas de sus uñas en el brazo.

Dos meses más tarde llegaron noticias al palacio de que la flota había llegado al delta y se preparaba para penetrar en el antiguo canal. Hatshepsut ordenó que se ofrecieran más plegarias y sacrificios y escuchó ansiosamente el informe leído por Aneen. Casi le parecía verlos flotar silenciosamente sobre los yermos ardientes en dirección al Gran Mar. Con la mirada de Tutmés fija en ella, tomó la carta personal que Senmut le enviaba y fue a su dormitorio, donde rompió el sello y devoró sus palabras con una punzada de dolor. Le decía que estaba bien y que todo se desarrollaba según sus deseos. Encontraron el canal en un estado bastante deplorable, así que tuvieron que empuñar los remos y avanzar con gran cautela. Senmut le recomendaba que, aprovechando la época de la inundación, en que los campesinos estaban ociosos, enviara un equipo de trabajadores al norte para reparar esos muros semiderruidos. Le hablaba de la vida salvaje y de la belleza de los atardeceres en el desierto. Al final de la carta daba rienda suelta a su nostalgia y afirmaba que su anhelo por ella era tan intenso como el de sus marineros por agua en las horas más abrasadoras del día, y que su alma clamaba por estar a su lado. Hatshepsut guardó la misiva en su caja de marfil, junto a las chucherías y recuerdos de toda su vida, y fue al templo. Allí se postró un buen rato ante el Dios y le suplicó que le concediera fuerzas para sobrellevar los meses venideros y salir ilesa, le pidió que bendijera a los barcos, le imploró que pusiera freno a las pretensiones de Tutmés. Cuando finalmente se puso de pie, se obligó a desechar las dudas que abrigaba en su interior y se encaminó a la sala de audiencias, donde Menkh, Tahuti y User–amun la aguardaban en el resplandor de otra tarde tórrida.

Neferura apareció en sus aposentos cierta noche, mientras sus criadas la preparaban para acostarse. La muchacha entró sin anunciarse y se le acercó deprisa, y sus pies descalzos no resonaron al apoyarse sobre el suelo dorado. Hatshepsut le hizo señas a Nofret de que dejara el peine, colocara su bata de dormir sobre la cama y abandonara la habitación. Neferura quedó de pie frente a su madre y le hizo una reverencia. Estaba cubierta por un velo blanco transparente que permitía apreciar sus delgadas caderas y sus incipientes pechos, y usaba un collar de oro con incrustaciones de trozos cuadrados de amatista. Una cinta trenzada de color blanco y dorado le rodeaba la frente, pero no llevaba ningún afeitado en el rostro, y sus ojos negros vacilaron al cruzarse con los de su madre. Hatshepsut le sonrió y le ofreció una silla, pero Neferura permaneció de pie, con la vista baja y las manos nerviosamente entrelazadas bajo sus diminutos senos.

–¡Qué sorpresa tan agradable! –Exclamó Hatshepsut.

Atareada con los preparativos de la expedición había visto poco a su hija, aunque sí se había mantenido en contacto con el tutor de la niña, como lo hacía todas las semanas, para que la tuviera al tanto de sus progresos. Algunos meses antes, pen–Nekheb le había recomendado que no obligara a su hija a someterse a un entrenamiento militar, pues tenía un

físico demasiado frágil. En aquel momento Hatshepsut sufrió una gran decepción pero coincidió en que nada debía poner en peligro la salud de la Heredera del trono. Con preocupación observó el juego de las luces de las lámparas sobre esa pequeña figura; las vacilantes llamas destacaban sus piernas largas y delgadas y sus hombros afilados. No sabía bien por qué, pero en los últimos tiempos Neferura siempre le ponía los nervios de punta.

–¿Cómo has pasado el día? ¿Parada al sol viendo los ejercicios de destreza de las tropas? –Le preguntó a Neferura con cordial tono de broma, pero su hija no rió.

–Madre, quiero hablarte de Tutmés.

Hatshepsut suspiró. ¿Acaso no parecía ser ése el único tema del momento? Se sentó en la silla, resignada.

–Habla, entonces. Sabes bien que siempre puedes confiarme tus pensamientos.

–Hace mucho tiempo que estamos comprometidos, a pesar de lo cual no haces nada que indique que piensas conducirnos al templo. ¿Por qué lo postergas tanto? ¿Acaso has cambiado de opinión?

Hatshepsut buceó en los ojos atribulados y suplicantes de su hija.

–¿Te envié Tutmés para que intercedieras en su favor?

–¡No! Estuve con él al mediodía y comimos juntos, pero no hablamos mucho.

–Se ruborizó y bajó la vista–. Nunca es muy comunicativo conmigo.

–¿Realmente lo amas, Neferura?

Ella asintió con vehemencia.

–¡Sí! ¡Lo he amado desde que recuerdo! Quiero casarme con él y tú nos has comprometido en matrimonio. Pero el tiempo pasa, y yo no hago otra cosa que esperar.

–Los dos sois todavía tan jóvenes: apenas tenéis diecisiete años. ¿No puedes esperar un poco más?

–¿Por qué habría de hacerlo? ¿Qué edad tenías tú cuando te prendaste del mayordomo Senmut? Oh, madre, estoy cansada de ser un muñeco que tú manejas y usas según tus conveniencias. ¿No me permitirás nunca ser yo misma y casarme con Tutmés?

Las palabras de su hija le provocaron una sacudida. ¿Realmente soy tan dura con ella? Pensó, consternada. ¿Estaré perdiéndolo todo, incluso el amor de mi querida Neferura? Se puso de pie y rodeó con un brazo los delgados hombros de la muchacha, que se tensaron bajo su roce.

–¿Ésa es la imagen que tienes de mí, Neferura? ¿Sabes lo que significa casarse con un príncipe heredero, sobre todo con uno como Tutmés?

Neferura se libró del abrazo de su madre con una sacudida desafiante.

–¡Por supuesto que lo sé! ¡Y también sé que el motivo por el que dilatas mi matrimonio es que temes que, al casarme con Tutmés, sus derechos quedarán inmediatamente legitimados y podrá entonces derribarte del Trono de Horus!

–Correcto. Y no te quepa la menor duda de que eso es precisamente lo que haría. Tú crees conocerlo, Neferura, porque lo amas, pero yo lo veo con los ojos del reino. Lo conozco desde que nació, y he visto cómo lo crió su intrigante madre. Por eso te digo que si te casas con él será como si firmaras mi sentencia de muerte. Lo siento, pero así son las cosas.

–¡No te creo! ¡Tutmés será todo lo rebelde que quieras, pero no es inhumano ni cruel!

Hatshepsut regresó a su silla y se desplomó, abatida, apartándose el cabello de la cara.

–Lo que te digo es cierto. Y no puedo correr ese riesgo. Lo lamento de veras, Neferura, pero jamás te casarás con Tutmés.

–¡Entonces yo misma lo conduciré al templo! –Sus ojos echaban chispas, con una violencia heredada de la misma Hatshepsut, pero luego se cubrió la cara con las manos y se volvió para abandonar la habitación–. No, no podría hacerlo. Jamás permitiría que él te hiciera eso, madre. –Neferura se detuvo, regresó y se detuvo junto a la mesa donde se apoyaba la pequeña corona con la cobra–. No sé si sabes que no deseo ser faraón. Porque eso

es lo que anhelas para mí, ¿no es verdad? Preferiría mil veces seguir siendo princesa durante toda mi vida. Preferiría que me dejaran en paz, como Osiris–Neferu–khebit. ¿No podrías –le sugirió con desesperación– permitir que nos casáramos y luego nombrar a Tutmés visir o monarca de algún rincón de Egipto? Viviríamos lejos de Tebas y de ti, y entonces no correrías ningún peligro.

–Mi pobre Neferura –dijo tiernamente Hatshepsut–. ¿Durante cuánto tiempo crees que se resignaría Tutmés a gobernar un pequeño nomo, teniendo la posibilidad de regir los destinos de su reino? Dame otro año más, uno sólo, y entonces os llevaré a ambos al templo. Te lo prometo.

–¡No! ¡No deseo ser la causante de tu muerte!

–Tal vez no llegue a ese extremo. Dentro de un año Tutmés comprobará que no soy una amenaza para él y me dejará vivir en paz.

Neferura rompió a reír y se agachó para besar a Hatshepsut en la mejilla.

–Oh, madre; jamás te das por vencida, ¿no es así? El poder es tu vida misma.

El poder y Egipto. Para ti, con frecuencia ambos son una misma cosa. ¿Qué me dirás cuando expire ese plazo? ¿Te irás a gobernar un nomo y dejarás a Egipto en manos de Tutmés? ¡No lo creo! Y tampoco lo cree él. Sé que no me ama, pero no me importa. Seré una buena esposa para él.

–De eso estoy segura. Dentro de un año.

–Para ese entonces Senmut estará emprendiendo el viaje de regreso. –Neferura volvió a reír, luchando por no llorar–. Odio ser hija principal, madre. Odio esto –dijo, tomando la pequeña corona–. Odio los planes que tienes para mí y odio las necesidades del Estado que me apartan de Tutmés. ¡Que Meryet sea la Hija Principal!

–Neferura: la codicia de Meryet terminaría por despedazar el país si alguna vez se convirtiera en faraón, ¡y bien que lo sabes!

Estuvo a punto de decirle a su hija que Tutmés jamás le habría puesto los ojos encima si no hubiese sido la Hija Principal, pero la desdicha que vio en el rostro perturbado de Neferura la hizo callar.

Oh, Amón, suplicó para sus adentros, ¿por qué no me concedisteis una hija fogosa y un hijo altivo y capaz? ¿Qué será de mi vida, mi sangre, mi Egipto, cuando lo abandone para ascender a la barca sagrada?

–Sí, lo sé –asintió Neferura, mirando a su madre–. Preferiría ver a Tutmés con la doble corona a saber que existe la menor oportunidad de que ella ascienda al trono.

–También yo –dijo Hatshepsut–. No lo odio, Neferura. Lleva mi misma sangre real y siempre lo he tratado con afecto. Pero no permitiré que me despoje de la corona mientras yo siga con vida; lo juro. ¡No es suya y jamás le ha pertenecido!

¡Cómo Encarnación de Amón, la corona es y será siempre mía!

–Pero cuanto tú ya no estés, madre, ¿qué ocurrirá entonces?

–Pues en ese momento, si tú no la deseas, será de Tutmés.

–Yo no la deseo.

–Lo lamento de veras.

Hatshepsut se quedó mirando a su hija mientras ella la saludaba con una inclinación y abandonaba sus aposentos, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

No llegaron a Tebas más noticias de la expedición y Hatshepsut se resignó a esperar con paciencia. Pensaba con frecuencia en Senmut y Nehesi, surcando aguas desconocidas. A medida que los meses fueron transcurriendo, trató de imaginarlos bronceados por el sol, encallecidos, navegando sin tregua. Pero por algún motivo esa imagen la perturbaba, así que se sumergió en sus tareas cotidianas. Las fiestas del Dios y el Aniversario de su Aparición llegaron y se celebraron con los habituales festejos, y Hatshepsut inició su trigésimo quinto año de vida con la misma vitalidad que cuando acaba de cumplir veinte. Pero Tutmés y sus

secuaces la acosaban como perros rabiosos y debió apelar a todo su autocontrol para no derrumbarse y huir de ellos, para no abandonar Egipto y correr a ocultarse en alguna parte.

Cierta noche, el terrible odio que bullía en las venas de Tutmés se transformó en un devorador deseo de poseer a esa mujer que conducía su carro como un hombre y podía regir la vida de quien se le antojase. Mentalmente la vio avanzar contoneándose con los faldellines ridículamente diminutos que siempre usaba, vio proyectarse sus pechos por entre los pesados collares de oro que solía ponerse, vio sus ojos observándolo sin cesar. Tenía diecisiete años. Toda su vida la había odiado y la había admirado. Ahora sentía algo más, algo nacido de su inquieta, creciente y enloquecedora insatisfacción; fue como si dentro de él se hubiese abierto un nuevo canal por el que corría su propia sangre mezclada con la misma fiebre que había afligido a su padre, y que también había alcanzado a Senmut, Hapuseneb y cientos de otros hombres obligados a compartir su presencia en el ejercicio del poder. El hecho de descubrir ese nuevo sentimiento lo desconcertó y lo enfureció a su vez y, casi sin darse cuenta, abandonó el palacio en que vivía y que Hatshepsut había hecho construir para él en el otro extremo de sus jardines y echó a andar hacia la residencia real. En el camino tropezó con un grupo de guardias que, luego de someterlo a un breve interrogatorio, lo dejaron pasar. El ritmo de su marcha se aceleró y de pronto se convirtió en una carrera. Vio a lo lejos las luces de los aposentos de Hatshepsut titilando alegremente y dobló por la amplia avenida festoneada de imponentes árboles. No entró en el palacio por la sala de banquetes sino que tomó un atajo y llegó a la puerta misma de los departamentos del faraón.

Un miembro del Ejército de Su Majestad le interceptó el paso.

–Salud, príncipe heredero. Es una hermosa noche. ¿Deseáis tener audiencia con el faraón?

Tutmés asintió.

–¿Está en sus aposentos?

–Así es. Podéis pasar.

Tutmés franqueó la puerta y avanzó lentamente por los corredores desiertos, con andar cauto pero con una sonrisa en los labios y el cuerpo ardiendo. Cuando llegó a las enormes puertas dobles de Hatshepsut, nuevamente dos guardias se interpusieron en su camino. El heraldo se puso de pie y lo saludó.

–Salud, príncipe heredero.

–Salud, Duwa–eneneh. ¿Sabes si el Poderoso Horus se ha acostado ya?

–Me parece que no, pero está a punto de hacerlo.

–Quisiera hablar con ella. Anúnciame.

Duwa–eneneh se escabulló en la habitación y poco después salió y les hizo un gesto de asentimiento a los guardias, quienes inmediatamente levantaron las lanzas y se pusieron en posición de firmes.

–Podéis entrar –dijo el heraldo, y Tutmés traspuso las puertas.

Había estado allí antes pero no con demasiada frecuencia. Para sus sentidos excitados fue como si de pronto el perfume de Hatshepsut lo hubiese envuelto por completo. Todo rezumaba mirra: su cuerpo, el lecho, los cortinajes, incluso las paredes plateadas. En el otro extremo de la habitación la oscuridad luchaba con la llama de las lámparas y logró divisar el vago contorno negro de copas de árboles del otro lado del balcón. Hatshepsut estaba de pie junto al lecho con su bata de dormir, una suerte de velo blanco y sutil que le caía de los hombros hasta el suelo. Tenía la cabeza descubierta y su cabellera negro–azulada que le rodeaba el mentón brilló bajo la luz cuando ella se volvió para mirarlo.

Tutmés le hizo una reverencia y ella le devolvió el saludo con una tenue inclinación de cabeza.

–Buenas noches, Tutmés. ¡Por cierto que has elegido una hora bien extraña para tener audiencia conmigo!

La sobresaltó el aspecto del muchacho. Parecía ofuscado y no le quitaba los ojos de encima. En el fondo de su mirada percibió un brillo extraño.

Él se acercó con andar vacilante.

–Majestad, deseo hablar con Vos a solas. Tener la bondad de despedir a Nofret.

Hatshepsut meneó la cabeza.

–Me parece que no deseo estar a solas contigo. No es mi intención ser descortés, pero no confío en ti. Nofret no se moverá de aquí.

Tutmés extendió las manos en son de súplica.

–No pienso hacerlos ningún daño. Hatshepsut, sólo conversar. Si llegáis a sentirlos en peligro, no tenéis más que llamar a vuestros guardias. Y Duwa–eneneh está sentado junto a vuestra puerta, listo para pedir ayuda en caso necesario. ¿Me teméis acaso? –Preguntó con un esbozo de sonrisa.

–No, en absoluto. Pero por el bien de mi país no debo confiar en ti. Sin embargo, no soy una adolescente inexperta. –Hizo una pausa mientras meditaba cuál sería su decisión–. Muy bien. Puedes irte, Nofret. Espera en tu habitación hasta que te mande llamar. –Ambos permanecieron en silencio mientras Nofret saludaba, se dirigía a la puerta y desaparecía sigilosamente tras ella–. Habla entonces. ¿Qué quieres?

Era obvio que estaba impaciente por terminar con él de una vez para poder acostarse.

Tutmés se quedó inmóvil durante un momento, indeciso, deseando correr hacia ella y estrujarla entre sus brazos. Por un instante se preguntó qué hacía allí, pero al verla sonreír y enarcar las cejas como para alentarle a hablar, decidió acercarse.

–¿No podríamos beber un poco de vino mientras hablamos? –Pregunto–. ¿Pensáis dejarme aquí parado?

–Encontrarás vino a tu derecha y una silla junto al vino. ¿Realmente has venido sólo a hablar conmigo, Tutmés?

–Puede ser. Tengo algo que proponeros.

Giró y se sirvió vino, que bebió de un golpe, y volvió a llenarse la copa.

–¿De veras? Has despertado mi curiosidad. Sigue hablando.

El muchacho se sentó y escondió las largas piernas debajo de la silla. Habría deseado que también ella tomara asiento.

–Iré derecho al grano, Majestad, para no demorar vuestro descanso. Aquí va, entonces. Habíamos quedado en que me comprometeríais con Neferura para que algún día yo pudiera gobernar.

–Sí.

–Pero jamás me daréis a vuestra hija, lo sé bien.

–En cambio, yo no. Deja de tratar de leerme los pensamientos, Tutmés.

–Ambos sabemos también que ya casi soy un hombre. Cuando llegue a la mayoría de edad, me resultará fácil apropiarme de lo que me pertenece y Vos no tendréis manera de impedírmelo.

–Es posible que tú estés convencido de eso, pero yo no. En nombre de Amón, Tutmés, ¿qué estas tramando?

–¿Por qué no podemos gobernar Vos y yo juntos?

Hatshepsut se sentó lentamente sobre el lecho, con un cansancio súbito en los ojos.

–Confieso que no alcanzo a comprender el hilo de tus pensamientos. Habla.

–Es muy simple –dijo Tutmés–. Podemos terminar con nuestras diferencias en un instante y quedar satisfechos ambos. Nos casaremos. Llevadme al templo Vos misma y yo tendré la doble corona y mis derechos al trono quedarán convalidados.

Ella lo contempló atónita durante largo rato. Él le devolvió la mirada con unos ojos llenos de fuego que, pocos momentos antes, eran sólo puntitos de resplandor amarillentos. Tenía los dientes apretados y la mandíbula tensa.

–¿Es una broma de mal gusto?

En la habitación reinó por un instante un silencio total.

–Nada de eso. Así no tendré que pasarme la vida esperando que me deis a Neferura, y Vos quedaréis libre del peso de vuestras responsabilidades y ya no me temeréis.

–No es así de simple –dijo ella–. No, en absoluto. Tu padre vino a mí, Tutmés, casi con las mismas palabras con que hoy intentas seducirme. Por ser joven e inexperta consentí en acudir con él al templo, pero le di una corona sin valor y una autoridad inexistente. No soy tan tonta como para creer que tú eres blando y maleable como lo fue él. Jamás podría gobernar sin tu constante interferencia. Al casarme contigo, inmediatamente dejaría de ser faraón y me convertiría nada más que en divina consorte, y ya no tendría sentido luchar contra ti, pues en la palma de la mano tendrías a Egipto... y a mí. ¿Te asusta la idea de tratar de conseguir la corona por tus propios medios? ¿Consideras que mi poder no tiene límites? ¿Te sientes acobardado? ¿No puedes esperar algunos años más y entonces arrancarme el trono? –Hatshepsut se inclinó hacia adelante–. ¡Lo que pasa es que babeas por tener la corona ahora mismo pero todavía me temes! ¡Me temes tanto que no te atreves a tomar la iniciativa!

Tutmés se puso en pie de un salto y con dos pasos estuvo junto a ella.

–¡No tiene nada que ver con la corona! –Le gritó–. ¡Si la quisiera podría tenerla mañana mismo!

–Mientes –respondió Hatshepsut sin perder la calma–. Todavía no estás listo para dar semejante golpe, y lo sabes. ¿Por qué estás aquí, Tutmés? ¿Qué es lo que en realidad quieres?

Él la agarró de ambos brazos, se los empujó detrás de la espalda y la apretó contra su cuerpo.

–A ti –dijo salvajemente–. Te quiero ti, orgulloso faraón.

Acometió contra su boca, pero ella forcejeó y apartó la cara. Tutmés le soltó entonces un brazo y le sacudió la cabeza para obligarla a mirarlo, mientras enlazaba brutalmente los dedos en su cabellera.

–Mírame, Hatshepsut –aulló–. Soy un hombre, y tu amante está muy lejos de aquí. No permitiré que sigas provocándome y burlándote de mí. Te haré mía, y no te atrevas a gritar, porque si lo haces te romperé el brazo como una rama podrida antes de que tus guardias acudan en tu ayuda.

Le retorció el brazo y Hatshepsut gritó. Tutmés la besó, incrustándole los labios dentro de la boca, y se apretó contra ella con tal fuerza que Hatshepsut tuvo la sensación de que se le quebraba la espalda.

De pronto percibió sabor a sangre, no sabía si la suya propia o la de Tutmés. En un estallido de furia enloquecida arremetió contra su cara con la mano que le quedaba libre: le rasguñó la mejilla y comenzó a golpearle la nariz, con lo cual él se vio obligado a aflojar el brazo con que la tenía aprisionada. En un abrir y cerrar de ojos Hatshepsut le clavó los dientes en el hombro y él la arrojó de su lado aullando de dolor, momento que ella aprovechó para correr hacia el altar, tomar un soporte pesado de cobre para el turíbulo y blandirlo amenazadoramente. Se tanteó la boca con los dedos y los vio teñidos de sangre.

–¡No eres más que una perra loca! –Jadeó él mientras se restregaba el hombro y se preparaba a lanzarse nuevamente sobre ella.

Hatshepsut empuñó el soporte con ambas manos y lo hizo girar sobre su propia cabeza.

–¡Si vuelves a ponerme las manos encima, te aplastaré esos sesos podridos que tienes! –Gritó–. ¡No te acerques! ¡Mozalbeta cobarde, atacarme cuando estoy indefensa! ¡Ahora están muy claras tus intenciones! ¡Pero tratar de asegurarte tu trono mediante una seducción tan torpe es algo que supera por completo tus posibilidades, cachorro!

Se miraron echando chispas desde ambos extremos de la habitación, los dos temblando de furia y de agotamiento. Tutmés agarró la jarra de vino y se la llevó a los labios, bebiendo con desesperación hasta dejarla vacía. Se limpió la boca con ademán lento y se

quedó mirándola, los brazos colgándole a los costados del cuerpo. Hatshepsut seguía aferrando el soporte sobre un hombro y con los ojos vigilaba cada uno de sus movimientos.

–Lo lamento –dijo Tutmés ceremoniosamente–. No sé qué me ha pasado.

Pero te equivocas si piensas que quiero apoderarme del trono de esta manera tan ruda. Cuando entré a tu habitación esta noche no tenía la menor intención de portarme así; únicamente deseaba casarme contigo.

–¿Únicamente? –Repitió ella, todavía jadeando–. ¿Qué quieres decir con eso?

–Te amo –dijo Tutmés, sin mirarla a la cara–. Te odio más que a nadie y te amo más que a nadie. Pero creo que de ahora en adelante dejaré de amarte y te odiaré más todavía. No eres más que una trampa artera y profunda, como mi padre pudo comprobar para su desgracia.

–No sabes lo que dices. A nuestro modo, tu padre y yo nos amamos y era feliz conmigo. Sería un enorme disgusto para él verte aquí de pie, con sangre en la boca y el brillo turbulento de la lujuria aún en tus ojos. Hablas de amor, pero ni siquiera sabes de qué se trata. A los diecisiete años, el amor es un fuego que consume el cuerpo, pero en el cual no interviene todavía el corazón. Por eso te perdono que te hayas lanzado sobre mí con semejante violencia. Por eso no te hago arrojar en prisión ¿Amor? ¿Acaso significan algo para ti mis pensamientos, mis planes o mis sueños? ¡Vete de aquí enseguida!

Los labios de Tutmés esbozaron una sonrisa irónica.

–Sin embargo, apuesto a que habría sido glorioso hacer el amor contigo.

–Eso no lo sabrás jamás. Incluso si decidiera recibirme en mi lecho, nunca te daría mi reino. Antes preferiría casarme con Senmut, pues es un hombre hábil, sagaz y bien templado. Preferiría darle a él la doble corona. –Bajó el soporte de incienso y lo colocó en su lugar junto al altar de Amón–. Todavía puedo tener hijos, Tutmés.

¿Quieres que me case con Senmut y le dé un hijo a Egipto?

El muchacho dejó de respirar y se atragantó. Por mucho que le escrutara el rostro, no pudo descubrir si ella hablaba o no en seno.

–¿Es tanto el odio que me tienes, Hatshepsut? –Preguntó.

Ella se le acercó, le apoyó un brazo sobre los hombros y le hizo un par de caricias.

–No te odio en absoluto. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo para que me creas? Tú mismo provocas mi cólera con tus bravatas y amenazas. ¿No te he prometido, acaso, que te daré Egipto algún día?

–Sí, ¡cuanto estés muerta!

–Si tu padre siguiera con vida, ¿tramatarías contra él y confabularías para despojarlo de su divinidad?

–Desde luego que no. Él sería el faraón de acuerdo con la ley.

–Y yo también, pues yo soy la ley. Si... si llegas a convertirte en faraón a tu debido tiempo, comprenderás cabalmente lo que eso significa. No representa un salvoconducto para hacer lo que a uno se le antoje sino una responsabilidad muy grande.

–Muy bien, me escabulliré furtivamente de aquí como un chico travieso reprendido.

De pronto Hatshepsut lo abrazó y él se aferró a ella por un momento antes de separarse.

–Desearía que no fuésemos enemigos –dijo Hatshepsut con pesar.

Tutmés le hizo una reverencia desmañada, abatido y avergonzado, y abandonó la habitación sin mirarla. Ella lo miró irse y luego se volvió, lanzando un suspiro de alivio. Le latían los labios y tenía un dolor intenso en los músculos de la espalda. Se lavó la cara antes de llamar a Nofret, mientras dentro de ella comenzaba a nacer una mezcla de remordimiento y miedo que el silencio de la habitación magnificaba. Sabía que Tutmés no volvería a hablarle jamás de amor, de confianza ni de afecto familiar. A partir de esa noche ella se vería obligada a vigilar sus espaldas durante el día y a apostar otro par de guardias en su puerta por la noche.

En una noche fría y silenciosa de mediados de invierno, durante el mes de Choiak, Neferura apareció en la alcoba de Hatshepsut y permaneció de pie frente a su madre con el rostro pálido y contraído por el dolor. Hatshepsut despertó sobresaltada al ver esa forma vaga inclinada sobre ella.

Al comprobar que su madre estaba despierta, Neferura se dejó caer sobre el lecho y comenzó a llorar.

–Tengo un dolor, madre, un terrible dolor aquí –dijo tocándose el lado derecho del abdomen–. No puedo dormir.

Hatshepsut envió inmediatamente a Nofret a buscar al médico, se levantó y arrojó a Neferura en su lecho. La muchacha gemía y se retorció, y la frente se le empapó con un sudor que, al tocarla, Hatshepsut sintió viscoso y frío. Ordenó que encendieran las lámparas y atizaran el brasero. Miró el reloj de agua: sólo habían transcurrido tres horas desde que se había acostado. Nofret regresó con el médico y, mientras éste revisaba a Neferura, Hatshepsut hizo que Nofret le ayudara a vestirse. Se instaló en la pequeña silla junto a la cama y Neferura buscó enseguida su mano y encogió las rodillas al sentir las punzadas de dolor. El médico se enderezó y tapó con las mantas ese cuerpecillo delgado.

–¿Y bien? –Le pregunto Hatshepsut con impaciencia.

El médico meneó la cabeza.

–Tiene una gran inflamación en la zona de la ingle y la piel está caliente al tacto.

–¿Qué piensas hacer al respecto?

–Puedo administrarle una solución de arsénico y adormidera para quitarle el dolor, pero no mucho más.

–¿Le servirá de algo la magia?

–Un hechizo podría surtir efecto. He visto este mismo cuadro antes, en muchas oportunidades. A veces la hinchazón desaparece, pero luego vuelve a producirse.

–¿Crees que se trata de algún veneno?

–Ningún veneno podría provocar una inflamación como la que tiene Su Alteza.

En ese sentido podéis quedaros tranquila, Majestad.

Ella asintió pero no le creyó.

–Dale la droga, entonces. Nofret, envía a Duwa–eneneh en busca de los magos.

Y quiero que Hapuseneb venga inmediatamente.

Nofret salió corriendo, y el médico midió cuidadosamente las dosis de medicamentos y le dio a beber la solución a Neferura en su diminuta copa de alabastro. La muchacha la bebió con esfuerzo, a pequeños sorbos, y se desplomó sobre las almohadas cerrando los ojos. Hatshepsut habría deseado que se quedara dormida, pero ello no ocurrió. Cuando Hapuseneb y los magos llegaron y le ofrecieron sus reverencias, Neferura seguía sacudiéndose de un lado al otro entre gemidos. Los recién llegados quedaron compungidos al verla.

Hatshepsut se puso de pie.

–Tiene el cuerpo trastornado –dijo–. Se le ha hinchado la ingle y siente mucho dolor. Preparen un encantamiento para librarla del demonio que la posee.

Mientras los magos intercambiaban ideas, Hatshepsut ordenó que le llevaran una silla a Hapuseneb, quien se sentó a su lado y observó a Neferura.

–¿Esto es obra de Tutmés? –le preguntó en voz baja.

–No lo creo. El médico lo niega rotundamente. ¿Por qué habría Tutmés de destruir un instrumento tan dispuesto a servirlo? Para él, Neferura sigue representando el Trono de Horus.

Los magos se adelantaron y rodearon el lecho, llenando el recinto con sus monótonos exorcismos. Hatshepsut los oyó con desesperanza y su mente se retrotrajo a la muerte de Tutmés. Hapuseneb permaneció inmóvil, con sus ojos grises fijos en la princesa. Momentos después, cuando las drogas comenzaron a surtir efecto, Neferura se durmió, pero su sueño fue

agitado. Sollozaba y balbuceaba, moviéndose sin cesar en ese lecho de oro. La mano con que seguía aferrando a Hatshepsut estaba caliente; la frente, húmeda y fría bajo los dedos del médico.

Alguien saludó con una reverencia y Hatshepsut levantó la cabeza; para su sorpresa, comprobó que se trataba de Tutmés. Todavía llevaba puesto el faldellín para dormir y su cabeza rapada estaba descubierta, lo cual acentuaba aún más sus ojos oscuros y las facciones que lo asemejaban tanto a su abuelo.

–¿Está muy enferma?

–No lo sé –murmuró Hatshepsut, abatida.

–¿Puedo quedarme?

Escudriñó su rostro pero sólo encontró en él la expresión cortés de una pregunta. Hatshepsut indicó que le acercaran otra silla. Tutmés tomó asiento y se echó hacia adelante, los codos apoyados sobre las rodillas y las manos colgando.

El encantamiento prosiguió interminablemente, como una monótona canción de cuna. De vez en cuando el médico apartaba las mantas y palpaba la piel inflamada.

La noche fue transcurriendo y Neferura pareció calmarse un poco.

Cuando llegó el amanecer, la enferma abrió los ojos y esbozó una leve sonrisa.

–¿Tutmés? –Susurró, con la cara iluminada.

Su prometido se arrodilló junto a la cama y le acarició el cabello.

–Soy yo, mi pequeña. Tranquilízate. No me apartaré de tu lado.

–Ya me siento un poco mejor. El dolor ha desaparecido.

El médico se aproximó inmediatamente. Cuando volvió a incorporarse, la expresión de su rostro era grave.

–La inflamación ha desaparecido súbitamente –dijo.

Hatshepsut ordenó que los magos interrumpieran su letanía. En el bienvenido silencio que siguió todos oyeron la respiración corta y superficial de Neferura; Hapuseneb intercambió una mirada con el médico, quien respondió a su pregunta muda con una sacudida imperceptible de la cabeza. Hapuseneb volvió a mirar a Neferura, que en ese momento sonreía con embeleso a Tutmés. Había colocado sus manos entre las del muchacho y cerrado los dedos con fuerza sobre ellas.

–¿Estoy muy grave? Quizá si le doy un buen susto a mi madre, nos permitirá casarnos –susurró Neferura.

La niña giró entonces la cabeza para sonreír a Hatshepsut, pero ésta vio algo pavoroso en esos ojos desenfocados, con las pupilas dilatadas por las drogas: percibió la sombra vacilante de la Sala del Juicio Final. Saltó con un gemido y se inclinó sobre su hija; Neferura hipó una vez, sólo una, y lanzó un suspiro. Estaba muerta. Los ojos se le cubrieron inmediatamente de un velo vidrioso; la sonrisa se convirtió en una mueca sin vida.

Tutmés liberó lentamente sus manos y se puso de pie. Nadie se movió ni habló.

Los rayos del sol bañaban la habitación y las pavesas del brasero se apagaron, pero los presentes quedaron congelados, azorados por la rapidez con que la princesa había muerto. Un momento después, Tutmés saludó y salió del cuarto sin decir una palabra.

Hatshepsut se volvió a Hapuseneb con las manos extendidas y suplicantes.

–Está muerta. ¡Muerta! –Exclamó con incredulidad.

El Sumo Sacerdote tomó esas manos heladas y las calentó entre las suyas.

–Estas cosas pasan, Majestad –le dijo serenamente–. Sólo los dioses saben por qué.

Ella seguía contemplándolo fijamente, como mirando a través de él.

–Todos se han ido. ¡Todos! –Volvió junto al lecho, se arrodilló y abrazó el cuerpo flácido de su hija–. Regresa pronto, Senmut –murmuró en el cabello húmedo que se desparramaba enredado sobre la almohada–. Ahora sí que me haces falta.

Hapuseneb la dejó acunando a su hija, meciendo suavemente su cuerpo como el de una criatura, y se dirigió a la Casa de los Muertos para convocar a los sacerdotes sem. No podía hacer otra cosa.

Hatshepsut sobrellevó los días de duelo estoica y fríamente, y Tutmés la dejó tranquila. Todas las esperanzas que había acariciado de fundar una dinastía de reyes del sexo femenino estaban basadas en Neferura y, con su muerte, tuvo la sensación de que otro clavo de oro penetraba profundamente en el hermoso y enorme sarcófago de cuarzo en el que estaba segura yacería muy pronto. Sintió que su dios la había abandonado y que todos los años que había dejado atrás no eran sino un conglomerado de luchas, muertes y un fracaso tras otro. Olvidó todos los hechos positivos: Senmut, su coronación, y la afectuosa relación que mantenía con el Dios que le había concedido lo que ella tanto anhelaba. Sólo veía a Amón como un padre pérfido que la despojaba con crueldad de los que más amaba. Fue al templo de Karnak y caminó como una fiera enjaulada frente a su estatua, recordándole todas las plegarias a las que no había respondido, pero el dios ya no le hablaba con la misma frecuencia de antes. Cruzó el río y estuvo en la tumba de Osiris–Neferu–khebit, donde tampoco recibió ningún consuelo. Neferu permaneció muda, sonriéndole tristemente con una mirada compasiva e impenetrable. Hatshepsut regresó entonces al palacio para aguardar el momento del funeral, sintiéndose abandonada por los dioses y los hombres.

Todos los miembros de la corte asistieron al funeral. Ineni, Tahuti, Menkh, User–amun, Amun–hotpe, Puamra, Hapuseneb e incluso Aneen, el Escriba Real: hombres cansados y abatidos, desgastados por años y años de abrumadoras responsabilidades. Hatshepsut caminó delante de ellos, con la cabeza gacha y los ojos fijos en el pequeño ataúd, sintiéndose tan vacía y sin vida como el cuerpo de su hija. Tutmés avanzó a su lado, balanceándose silenciosamente. De alguna manera, Hatshepsut experimentó cierto consuelo al ver esa vitalidad desbordante, la frescura y elasticidad de su paso. Sintió la ausencia de Senmut y Nehesi como la afilada punta de una lanza que se le clavaba en el corazón, y necesitó desesperadamente tenerlos a su lado cuando por fin entró en los oscuros pasadizos de la tumba y permaneció allí mientras colocaban a Neferura dentro de los demás ataúdes.

Y aquí estoy, pensó Hatshepsut tétricamente, todavía en pie, sin ceder, aunque me sienta tan cansada de mí misma, de Tutmés y de todos los demás. ¿Es que yo, la Hija del Sol, la imagen y encarnación de Amón, no moriré jamás?

Dejó a los sacerdotes profiriendo las maldiciones finales sobre cualquiera que, en el futuro, osara violar la tumba, y a los trabajadores iniciando la tarea de sellar las puertas de piedra, y regresó lentamente al palacio. Ascendió al esquife real y se sentó con la cabeza gacha, preguntándose por primera vez en la vida qué haría el resto de la jornada, y el día siguiente, y el otro.

Había transcurrido un año desde que las cinco naves cargadas abandonaron el puerto de Tebas, pero ese evento maravilloso y feliz ya parecía pertenecer a una época muy remota, una época llena de esperanzas y expectativas a pesar de los disturbios. Aquella mañana parecía brillar como el último resplandor amigo en una noche fría del desierto.

Antes de ascender por las gradas que conducían a su amplia avenida, vio que Tutmés y Meryet ya habían desembarcado y caminaban por entre los árboles. Hatshepsut se detuvo un momento para observarlos alejarse, con las cabezas juntas absortos en la conversación. ‘Así que ésa es la dirección en que ahora sopla el viento. Por supuesto.’

Dos días después del funeral, Yamu–nefru, Sen–nefer y Djehuty se llevaron sus carros, sus carpas y su servidumbre y partieron al desierto a cazar leones. La partida de caza duró tres días, en los cuales avistaron a dos leones y abatieron a un tercero, regresando cada noche a la sombra de los acantilados de Tebas para sentarse alrededor del fuego, las carpas armadas a sus espaldas, y contemplar las espectaculares puestas de sol. Ninguno se sentía

cómodo ni tranquilo. A pesar de ser amigos desde que, muy jóvenes, compartieron las aulas del palacio, a pesar de haber combatido y celebrado juntos, un manto de inhibiciones parecía haberse abatido sobre ellos, aislando a cada uno de los demás.

Fue sólo la última noche de la cacería, después que Yamu–nefru envió a los criados a sus tiendas de campaña y sirvió él mismo vino a sus amigos, que decidió enfrentar las cosas y hablar sin ambages con sus compañeros.

–No hemos tenido muy buena caza que digamos –comentó–. ¿Será acaso porque nuestras mentes albergan otros pensamientos además de los leones?

–Diría más bien que hemos estado pensando solamente en un león –gruñó Sen–nefer–. Creo que ha llegado el momento de hablar francamente.

Los demás asintieron.

Djehuty fue le primero en expresar sus pensamientos. Lo hizo en voz baja, los ojos fijos en el cielo anaranjado.

–El león lucha ferozmente en la trampa, buscando cuchillos afilados con los cuales liberarse. Sus ataduras se debilitan. Pronto pegará un salto y abandonará su encierro. ¡Y pobres de aquellos que no estén de su lado!

–Su cólera no nos asusta –acotó Sen–nefer–. Por lo menos yo quiero hablar sin reparos. Los sueños del faraón se han visto frustrados con la muerte de la princesa Neferura. Durante muchos años ella ha gobernado Egipto con mano firme y ojo alerta, pero ahora se enfrenta a un sucesor tumultuoso y vociferante. Tutmés reclama su derecho al trono desde el día de la muerte de su padre. ¿Tiene razón en hacerlo?

–Según las leyes, si –respondió Djehuty–. Esto lo sabemos todos. Pero hemos servido a Hatshepsut durante mucho tiempo. Hemos combatido a su lado y hemos puesto nuestras tropas a su servicio, y ella nos ha tratado con infinita bondad y largueza. No cabe duda de que ha sido un gran faraón. La paz que ha propiciado le ha brindado a Egipto una seguridad preciosa y, si la abandonamos, esa paz desaparecerá.

–Ya está desapareciendo de todos modos –dijo bruscamente Sen–nefer–. Tutmés se propone ocupar el trono muy pronto, con o sin su permiso. En este último caso, es evidente que habrá derramamiento de sangre. Si, a pesar de todo, seguimos apoyándola, no haremos sino prolongar la lucha, pues son muchos los soldados que tenemos bajo nuestro mando, lo mismo que Tutmés. Pero si acudimos a Tutmés y le ofrecemos nuestra cooperación, ella quedará debilitada y la contienda será más corta. Su derrota será prácticamente indolora.

–¿Será indolora para Tutmés! –Le retrucó Yamu–nefru–. Para ella, cualquier sublevación será una decidida traición. Y es natural que así sea, pues es evidente que ella es, realmente, el Dios. No creo que presente lucha. Ha dedicado toda su vida a proteger a sus súbditos. Si sospecha que Tutmés piensa luchar y estirar de Egipto hasta destrozarlo, estoy seguro de que optará por rendirse antes que derramar sangre egipcia.

–Muy cierto –asintió Djehuty–. Y, en ese caso, Tutmés será faraón en poco tiempo más. Yo estoy de su parte. Es un hombre capaz, fuerte y será un espléndido Halcón–en–el–Nido. Hatshepsut está perdiendo terreno. A medida que se bate en retirada, su poder se debilita y con ello todo Egipto sufre. Antes que tener que contemplar el espectáculo de un gobierno caótico, prefiero ponerme yo mismo y mis tropas a disposición de Tutmés.

Todos bebieron un momento en silencio, meditando las palabras de Djehuty.

–Yo te acompañaré –dijo Sen–nefer, con desaliento–, pero detesto tener que hacerlo. Es una mujer de gran coraje y recursos. Será un golpe cruel para ella vemos desertar.

–¡No será una deserción! –le recordó Yamu–nefru–. Nosotros servimos a Egipto, y muy pronto Tutmés será Egipto. Es muy fácil conversar de todas estas cosas lejos de su presencia, pero ¿seremos capaces de plantarnos frente a ella en la sala de audiencias y repetirle nuestras palabras?

–¿Es preciso hacerlo? ¿No podemos hablar con Tutmés y luego desaparecer durante un tiempo de la corte?

Era obvio que Sen-nefer se sentía acongojado.

–No somos cobardes –dijo Yamu-nefru con desdén–. Si decidimos plegarnos a Tutmés, ella debe enterarse por nuestros propios labios; de lo contrario no seré de la partida.

El sol ya se había puesto y sobre sus cabezas el cielo iba trocando sus llamaradas rojas por un celeste muy pálido, en el que destacaban una luna redonda y despejada y el diminuto punto plateado del lucero de la tarde.

Djehuty giró la cabeza lentamente, escudriñando la vastedad del horizonte. Luego miró a Yamu-nefru cara a cara.

–Todos amamos a la Hija del Dios –afirmó–, pero es hora de que tengamos un nuevo Horus, un Horus varón, y una nueva administración. No tiene por qué ser mañana. De hecho, todavía es demasiado pronto, pues Senmut y Nehesi le traerán una nueva gloria de Punt y Tutmés deberá esperar a que su pueblo lo aclame nuevamente. Opino que debemos esperar, pero habiendo decidido cuál será nuestra posición.

–Todo depende de si Senmut regresa o no con la flota –terció Yamu-nefru–. Tal vez lo haga. O tal vez, no.

Sen-nefer estuvo en desacuerdo.

–En cualquiera de los dos casos está liquidada –dijo brutalmente.

Se quedaron contemplando el fuego con desasosiego mientras el firmamento se volvía azul oscuro y las estrellas del desierto brotaban de repente, centelleando, mirándolos desde arriba con los ojos sabios y omniscientes de Hatshepsut.

Senmut y Nehesi también estaban sentados sobre la arena, pero delante de ellos se extendía el océano; una inmensidad oscura y ondulada que se prolongaba hasta el infinito, con hileras de espuma grisácea que menguaban y volvían a formarse cuando las olas rompían. A sus espaldas se apretaba la jungla, una maraña densa y húmeda de fecundidad, horadada por los tímidos reflejos de las luces de Parihu. Las voces de sus marineros y de los súbditos de la ciudad llegaron hasta ellos propagadas por ese aire caliente y pegajoso.

Nehesi suspiró.

–Ta-Neter es sin duda una tierra maravillosa –dijo–, pero es tiempo de que regresemos a casa.

Senmut se recostó hacia atrás hasta que las copas de las palmeras le ocultaron el cielo.

–No veo la hora de hacerlo –comentó–. Este calor húmedo me agota, y te aseguro que tengo la sensación de que en cualquier momento me crecerán brotes. ¡Qué bueno será aspirar nuevamente los vientos secos del desierto!

–Nuestro faraón estará complacido –dijo Nehesi–. Sumamente complacido.

Permanecieron un rato en amigable silencio, pensando en los hermosos salones y los fragantes jardines de Tebas y en la mujer que los esperaba pacientemente, inclinada sobre el parapeto de su balcón, oteando el horizonte con ojos cansados.

Durante la primavera, la policía del desierto informó a Hatshepsut de algunos disturbios en Rethennu. Convocó un consejo de guerra, con cierta renuencia, pues en esa ocasión su corazón se encontraba muy lejos de allí. Pen-Nekheb había muerto y, de alguna manera, el antiguo espíritu de cohesión estaba ausente entre los hombres que la enfrentaban en la sala de audiencias.

Pero era Tutmés quien dominaba la mesa, de pie frente a ellos con su casco amarillo, los hombros echados hacia atrás y los ojos encendidos. Tenía un pie apoyado en una silla.

–Rethennu domina a Gaza –afirmó–, y Gaza es una ciudad poderosa y, además, un puerto marítimo. Concededme permiso, Príncipes de Egipto, para tomar Gaza y, así, no sólo darles un escarmiento a esos salvajes siempre insatisfechos sino también conquistar una salida al Gran Mar.

–¡Soy yo quien ordeno la partida de mis tropas o la desautorizo! –Le advirtió Hatshepsut con furia–. Por consiguiente dirígete a mí, Tutmés, y no a mis consejeros. Rethennu es nuestra y nos ha pertenecido durante muchos hentis. ¿Por qué debemos hacer otra cosa que darles una buena lección?

Pero los ojos de Tutmés avizoraban un futuro que ella no alcanzaba a divisar.

–Porque Gaza es la puerta de acceso a otros países, a otros aliados, conquistas y riquezas. Si bien es cierto que Rethennu nos pertenece, no le hacemos sentir nuestro dominio con suficiente fuerza. Ha llegado la hora de llenar Gaza de artesanos egipcios, comerciantes egipcios y naves egipcias.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué arriesgar nuestro ejército para tomar una ciudad que puede estar fortificada y resistir nuestros embates, cuando lo único que necesitamos es recordarle a quién le debe tributo? Y para lograrlo, sólo haría falta una expedición reducida de castigo.

Tutmés bajó la vista y la miró con expresión incrédula.

Los ministros permanecieron en silencio, incluyendo a Menkh, que siempre tenía algo que decir, pues todos sabían que su opinión no pesaría en absoluto y que estaban frente a otro altercado familiar.

–¿Por qué? Porque Gaza constituye un excelente campo de prueba.

–¿Para qué?

–Para mí. Para el ejército, que ya se cansa de simulacros de batalla y de prolongadas marchas que no conducen a ninguna parte. Para Egipto, que así tendrá oportunidad de dar un salto desde Gaza y expandir sus fronteras.

–¡Bah! Nuestras fronteras son ya tan amplias como el trayecto del sol. –Hatshepsut revisó con irritación los despachos que tenía en la mano, pensando no en la altanera y poderosa ciudad de Gaza sino en el altanero y poderoso Tutmés, que deambulaba coléricamente del palacio a los cuarteles y de un extremo a otro del país al mando de sus hombres. Por último se frotó el cuello debajo del tocado, sintiendo que un dolor de cabeza le acechaba detrás de los ojos–. De acuerdo. Toma tres o cuatro divisiones y apodérate de Gaza.

Tutmés la contempló atónito.

–¿Así como así?

–Así como así. Hace tiempo que Gaza es una espina que se nos clava en el costado pero, como sabes, hasta ahora me las he ingeniado para que la herida no sea demasiado profunda. Si crees que Rethennu perderá sus ínfulas una vez que Gaza haya caído, entonces decididamente tómala. Pero una sola cosa te pido, Tutmés: haz lo que hazas, ¡por favor no te mueras!

Se sonrieron mutuamente, todavía capaces de tomar distancia y contemplar sus encontronazos como si se tratara de esporádicas riñas familiares.

Tutmés le dedicó una profunda reverencia.

–Gracias, poderoso faraón. Gaza caerá bajo nuestro asedio y ciertamente regresare a casa.

–Ciertamente –repitió ella con una tenue sonrisa–. Pero recuerda que el botín será mío.

Tutmés rió.

–Lo depositaré a vuestros pies.

Hatshepsut lo despidió, se volvió hacia esos hombres cansados que con tanta incomodidad se habían visto obligados a presenciar la escena y les sonrió burlescamente. Ellos se agitaron en sus asientos y le devolvieron una sonrisa comprensiva mientras oían que, en el exterior, Tutmés ordenaba a gritos a los heraldos que convocaran a los generales.

Todos abandonaron Tebas rumbo al norte: Tutmés con su casco dorado y sus bandas plateadas de comandante en el brazo, Min–mose, Nakht, Menkheperasonb, Yamu–nedjeh, May, Yamu–nefru, Djehuty, Sen–nefer y quince mil hombres: las Divisiones de Horus, Seth

y Anubis. Hatshepsut se quedó toda la mañana contemplando ese relumbrante desfile que colmaba el camino al río. Cuando el último carro de pertrechos se perdió de vista, abandonó el balcón y entró a un palacio ahora vacío y silencioso. Sintió con intensidad ese contraste, recordando la época en que fue ella la que partió alegremente, dejando a su marido deambulando por los departamentos reales en Assuán. Ahora el que hacía de punta de lanza de las fuerzas de Egipto en el campo de batalla era Tutmés, y ella había sido dejada atrás pastando tranquilamente al sol como un viejo jamelgo. Pero era un verdadero alivio despertarse y oír a Hapuseneb entonando el Himno de Alabanzas junto a su puerta, vestirse sin prisa y acudir al templo en paz, sin tener que preocuparse por las demoledoras peleas y las sutiles pullas que tendría que soportar por parte de Tutmés a lo largo de la jornada. No bajó la guardia por completo, pues supuso que él habría dejado muchos espías en el espacio. Siguió haciendo patrullar sus salones día y noche, pero no creía que Tutmés diera un golpe contra ella sin estar en la ciudad para arrebatárle el cayado y el desgranador, y esa certeza le brindó cierta dosis de tranquilidad.

La suerte corrida por la expedición comenzó a inquietarla y la llevó a apostar mensajeros en todas las ciudades a orillas del Nilo para que la avisaran en cuanto avistaran las naves. Pero los días se fueron sucediendo y no llegó ninguna noticia.

Dedicó más tiempo a estar con Meryet, tratando de interesarse por los chismorreos constantes, tontos y rencorosos de la niña, pero ese rasgo ordinario y malévolo de su hija le provocaba un profundo rechazo. Hatshepsut sabía que Tutmés y Meryet estaban cada vez más cerca el uno del otro; también sabía que, cuando llegara el momento, Meryet lo acompañaría gozosamente al templo, encantada de contribuir así al derrocamiento definitivo de su madre. Hatshepsut se lamentó por la pérdida de la pensativa y silenciosa Neferura, quien al menos habría intentado darle todo el apoyo posible, por frágil que fuera.

Meryet consideraba a Hatshepsut un ser frío y superior, lo cual la hacía preferir a todas luces la compañía de la madre de Tutmés. Hatshepsut las veía con frecuencia caminando del brazo por el jardín, cubiertas de joyas, las dos delgadas y hermosas pero con cierto inquietante aire de aves de rapiña, meneándose lentamente entre los árboles mientras conversaban y reían. Hatshepsut las observaba impasible, culpándose sólo a sí misma por la deserción de Meryet: la vida no había sido nada fácil para esa niña que tuvo que crecer bajo la sombra de una madre que era, al mismo tiempo, faraón de un imperio.

La primavera se hizo más calurosa y se transformó en verano, y el segundo aniversario de la partida de Senmut llegó y pasó sin que hubiera ninguna noticia del paradero de la flota. Hatshepsut recibía regularmente despachos de su ejército, acampado en ese momento en la planicie frente a Gaza, preparándose para la batalla. En algunas oportunidades, Tutmés le enviaba también sus saludos, junto con cartas para Aset y Meryet. Sin el menor asomo de remordimiento, Hatshepsut abría y leía esas otras misivas de orden personal; pero no contenían ninguna información acerca de sus planes con respecto a ella. No supuso que la hubiera, pero tenía plena conciencia de que el momento de su derrocamiento se aproximaba cada vez más y estaba decidida a no correr riesgos innecesarios y a no pasar nada por alto. Las cartas de Tutmés a Meryet estaban llenas de afecto pero también de cautela. Al leerlas, Hatshepsut sonrió sombríamente, sabiendo que Tutmés no sería tan tonto ni imprudente como para poner a Meryet en peligro con alguna palabra comprometedor que pudiera tomarse, incluso a estas alturas de las cosas, como traición.

Egipto se agitaba en el periodo previo a la inundación y por fin Hatshepsut oyó las anheladas palabras que ya comenzaba a dudar escucharía alguna vez. Duwa-ene-neh corrió hacia ella por el césped cuando Hatshepsut se dirigía a su lago para tomar un baño. Tenía el rostro encendido, y ella se detuvo y lo esperó, ansiosamente, con las manos apoyadas en la cintura. El heraldo se frenó de golpe y le hizo una reverencia. Hatshepsut tuvo que contenerse para no tomarlo de los hombros y comenzar a zamarrearlo.

–¡Han sido avistados! –Gritó él–. ¡Entrando en el río por el canal! ¡El mensajero se encuentra en el interior del palacio!

Ella giró sobre sus talones y desandó camino, con su séquito de mujeres detrás.

En la sala de audiencias, el medjay se postró.

–¡De pie! ¡Cuéntamelo todo! ¿Son todavía cinco las naves? ¿Qué aspecto tienen?

–El de cinco cisnes destartalados, Majestad –dijo el hombre y luego sonrió–. Pero avanzan velozmente por tratarse de embarcaciones que deben oponerse a los comienzos de la inundación.

–¿Cuánto tardarán en llegar aquí?

–Diría que unas cinco o seis semanas más. Parecen estar muy cargados y pronto se verán obligados a bajar la marcha a medida que el caudal de agua vaya creciendo.

Hatshepsut se volvió al altar emplazado en un rincón, sintiendo que una nueva vida comenzaba a inundarla, pero no pudo expresar su gratitud. A pesar de que Amón le sonreía complacido, el nombre que sus labios pronunciaron en voz baja fue el de Senmut, pues estaba como aturdida y obnubilada por la felicidad que la embargaba. Despidió al mensajero y mandó llamar a Hapuseneb.

Acudió de inmediato, aliviado al ver su expresión radiante. Cuando Hatshepsut le contó que los barcos habían sido avistados, Hapuseneb sintió que le quitaban un enorme peso de los hombros.

–¡Loado sea Amón! ¿Habéis recibido cartas, Majestad?

–No, solamente el mensaje. Muy pronto llegarán sin duda noticias del mismo Senmut, pero mientras tanto quiero que comiencen los preparativos de un día de festejos solemnes, Hapuseneb. ¡Le daremos la bienvenida como la que ningún faraón ha recibido jamás de su pueblo!

–No comprendo.

Hapuseneb quedó atónito. Sus ojos buscaron los de Hatshepsut.

–Tampoco yo lo comprendo bien, pero es posible que, en fin de cuentas, Tutmés acabe perdiendo el trono a pesar de su poderío.

De pronto Hapuseneb supo lo que ella se proponía.

–Majestad –le dijo, acercándosele– ¡Os suplico, os imploro como mi Soberana Divina y mi Dios, que no lo hagáis!

–¿Por qué no? ¿Por qué no habría de casarme con él? Sería un faraón poderoso.

–Sí, pero demasiado poderoso. ¿Creéis que se resignaría a recibir los títulos y que Vos retuvierais el poder, como ocurrió con el Dios Tutmés? Como vuestro brazo derecho su fuerza es muy grande, pero como vuestra cabeza, terminaría por quitaros el trono. ¿Y cuánto tiempo creéis que transcurriría antes de que Tutmés formara un ejército y arremetiera contra Senmut para reclamarle lo que considera suyo? Entonces no se habría ganado otra cosa más que tiempo.

–Tiempo –murmuró ella recorriendo con la mirada esa habitación enorme en la que reverberaron sus palabras–. Tiempo. Lo lamento, Hapuseneb. En un momento de debilidad, sólo trataba de eludir lo que vendrá.

–Es imposible eludirlo, Majestad. Sólo es posible postergarlo. Perdonadme, pero no es propio de la divina perfección que sustentáis el intentar prolongar vuestra agonía con un recurso tan barato.

–Me ofendes –dijo Hatshepsut con serenidad, cerrando los ojos un momento y luego volviéndolos a abrir–, pero tienes razón. Siempre tienes razón, viejo amigo.

Entonces habrá sufrimientos, ¿no es verdad? ¿Estaré algún día preparada para enfrentarlos? Pero, dejémonos de hablar de futuro y vivamos el presente cuanto nos sea posible. Dispón todo para que Amón sea traído a la ciudad en su barca sagrada antes de la llegada de la flota. Juntos les daremos la bienvenida a las naves. No creo que falte mucho.

Hapuseneb se preguntó si el proyecto de casarse con Senmut habría ido tomando forma durante mucho tiempo en su mente, o si se trataba de un súbito estallido de emoción. No deseaba pasar los últimos años de su vida ensuciándose las manos con sangre, y estaba convencido de que si ella llevaba adelante sus planes no tendría otra alternativa que hacerlo. Ella se alejó pensativamente y Hapuseneb no se atrevió a hablar más del asunto.

—No cabe duda de que se trata de un gran logro —comentó—; algo que ningún faraón podrá igualar.

Hatshepsut se detuvo y, sin volverse, dijo fríamente: —Tutmés si lo hará.

Todos los días recibía noticias frescas de sus centinelas, y las cinco naves avanzaban trabajosamente río arriba, luchando contra la colérica y cenagosa corriente provocada por la Lagrima de Isis. Finalmente, un agotado marinero le llevó a Hatshepsut un rollo que ostentaba el sello del propio Senmut. Lo rompió con impaciencia para enterarse lo antes posible de su contenido. Había olvidado que Senmut ignoraba lo acontecido desde su partida y que tal vez la creyera prisionera mientras Tutmés se arrogaba la dignidad real. Las palabras que leyó eran corteses, admirativas; las palabras de un súbdito a su señor. Ningún asomo de afecto campeaba por esas páginas descoloridas. Afirmaba que se encontraba bien y no habían perdido a ningún hombre. Habían llegado a Ta-Neter y era mucho lo que tenían para contar sobre las riquezas y la barbarie que allí encontró. Nehesi también le enviaba sus respetuosos saludos. Hizo la carta a un lado, a punto de llorar, abrumada por todo el tiempo transcurrido. En ese preciso instante llegó otro despacho, esta vez de Gaza.

Mientras le echaba un vistazo superficial al informe, al principio sonrió y terminó riendo histéricamente. El rollo era de Tutmés y en él le anunciaba que había tomado Gaza y se encontraba camino de Tebas.

Esa última noche, cuando la flota ancló río abajo a sólo treinta kilómetros de allí y esperaba su arribo a la mañana siguiente, creyó que no podría conciliar el sueño.

Pero durmió profundamente, sin sueños, como solía hacerlo en su juventud. Despertó al despuntar el alba y oír las voces sonoras de los sacerdotes, más vital y fresca de lo que se había sentido en meses. Envío a Hapuseneb a elevar sus plegarias en su nombre para tener tiempo de prepararse para recibir a los hombres que habían realizado una travesía a lugares tan remotos y regresaban, casi como si volvieran de la muerte. También el palacio despertó con nuevo vigor. Las multitudes ya se dirigían a los muelles entre gritos y risas. Las calles que conducían del puerto al palacio habían sido festoneadas con flores. Las banderas flameaban en las altas astas de madera, y los Valientes del Rey se encontraban apostados debajo de ellas, vestidos con sus mejores y relucientes galas.

Amón fue sacado del templo y los moradores de la ciudad hicieron un silencio reverente cuando el sol iluminó su cuerpo de oro. El faraón caminaba junto al Dios, llevando los símbolos de su autoridad cruzados sobre su pecho enjorjado, la cabeza erguida y una tenue sonrisa en su boca roja, mientras a su paso, todos se postraban sobre las calles de piedra. Detrás de Hatshepsut marchaban los nobles de Egipto, y el silencio se hizo más intenso, pues muchos de los hombres que la seguían eran figuras casi legendarias, cuyos nombres estaban en boca de todos desde hacía casi veinte años. Junto con el glorioso júbilo propio de una ocasión tan memorable, flotaba en el aire cierta nota de pesar, como si todo aquello estuviera a punto de derrumbarse con un estallido postrero de majestad. El sol derramaba sobre la procesión una luz clara y transparente que parecía convertir a esas figuras en llamas vivas de la Barca de Ra. El hechizo se rompió y las aclamaciones volvieron a estallar.

Hatshepsut y sus nobles llegaron a orillas del río ovacionados por un aplauso ensordecedor.

Se sentó y los miembros de la corte se agruparon junto a ella. Estaba inmóvil, mirando fijamente río arriba hacia el recodo todavía vacío, un estanque de agua cenagosa

entre los campos de tierra oscura que se extendían hasta unas colinas distantes. Gradualmente los sonidos fueron acallándose y transformándose en una quietud tensa y expectante. Todas las cabezas estaban vueltas hacia el norte; los ojos de todos se cansaron de escudriñar en vano en esa dirección. Permanecieron así durante una hora, como congelados por un hechizo; un extraño conjunto de estatuas ancestrales.

Alguien lanzó un grito excitado, sofocado a medias y señaló. Hatshepsut se puso de pie de un salto, mareada y débil por el repentino estremecimiento de temor y de júbilo que la recorrió de arriba abajo. Allí venían, doblando el recodo con majestuosa lentitud, los remos hundiéndose y saliendo de nuevo a la superficie, las velas izadas para aprovechar el viento del norte. Las cubiertas estaban atestadas de diminutas figuras oscuras que comenzaron a agitar los brazos y a gritar, cuyas voces llegaron vagamente a la bullente ciudad. Hatshepsut asió el cayado y el desgranador, se aferró a ellos y se los estrujó contra el pecho, consumida por la impaciencia. Los barcos siguieron acercándose. Ahora se divisaban con claridad dos personas inmóviles, de pie en el extremo de la proa de la primera nave. La mirada de Hatshepsut voló hacia ellas y no las abandonó. Los remos se hundían una y otra vez pero Hatshepsut no pudo seguir escuchando los gritos de los marineros pues, a su alrededor, estalló una clamorosa ovación que fue creciendo y creciendo en intensidad.

Al cabo de un momento de contemplación y de espera que le resultó interminable, por fin encontró su cara y su mirada firme y cálida. Se miraron a través de ese trecho de agua que era cada vez más angosto, sin moverse ni decir nada, sólo bebiéndose con los ojos. Ambos comenzaron a sonreír y Hatshepsut lanzó los brazos hacia arriba, riendo ya sin control, mientras el incienso se elevaba una vez más, triunfalmente, los sacerdotes entonaban cánticos y la gente aullaba su bienvenida.

–Tebas y todo Egipto os saluda, guerreros y príncipes –gritó Hatshepsut cuando el primer barco viró suavemente hacia sus amarras y bajaron la rampa.

Los otros barcos maniobraban para amarrar, con las cubiertas repletas de toda clase de extrañas maravillas. Todos la miraban con regocijo, pero ella sólo tuvo ojos para Senmut. Descendió por la rampa en dirección a ella, franqueado por Nehesi, y luego ambos se postraron sobre la piedra caliente del suelo del embarcadero. Luego se incorporaron y aguardaron, mirando cómo ella los observaba fijamente.

Senmut no había cambiado. De hecho, parecía más joven y en mejor estado físico que cuando zarpó. Su mirada era límpida y bajo sus ojos ya no había sombras.

Las arrugas que las preocupaciones habían comenzado a trazar alrededor de su nariz y su boca habían desaparecido; sus músculos se veían más tensos y atractivos.

También en Nehesi se había operado un leve cambio. Los suaves planos de su rostro negro estaban, tal vez, más destacados; su cuerpo macizo y fuerte lucía más compacto y ágil. La saludó con el mismo respeto sereno y la misma monumental indiferencia que siempre había demostrado ante la muchedumbre exultante y los cortesanos obsecuentes. Hatshepsut le entregó el cayado y el desgranador a User–amun y abrazó a ambos, mientras en sus largas pestañas brillaban algunas lágrimas.

Senmut se volvió hacia las naves e indicó sus cubiertas cargadas.

–Presentes para Amón y para Vos, Majestad –dijo. Antes de mirar las naves, volvieron a intercambiarse una mirada y ella volvió a sonreír, deleitada con esa dulce voz que seguía resonándole en los oídos. En cada cubierta habían instalado un toldo, debajo del cual se apiñaban los árboles de mirra con sus troncos jóvenes y flexibles y sus ramas alegres y oscilantes. Sus raíces seguían hundidas en panes de tierra que habían excavado para extraerlos, y que luego fueron atados flojamente con telas húmedas. Junto a ellos había otra pila de bolsas–. Árboles de mirra para los jardines del valle sagrado –dijo Senmut–, y bolsas de mirra, listas para perfumar e incensar.

–Árboles para Amón, tal como él lo deseaba –dijo Hatshepsut con los ojos brillantes y brazos que ya le dolían de tanto desear abrazarlo–. Oh, Senmut, ¡esto es realmente

maravilloso! Haz que los marineros los descarguen enseguida y los lleven al otro lado del río para que los jardineros puedan comenzar a plantarlos. Necesitarán mucha agua. ¿Cuántos son?

No pudo calcularlo con la vista, pues le parecieron una suerte de bosque verde que nacía de los maderos mismos de los barcos.

–Treinta y uno. También traemos ganado, mucho oro y otras cosas preciosas.

Durante un rato permanecieron allí viendo descargar con gran cuidado los árboles. Amón fue llevado de vuelta al templo, y Hatshepsut y su cortejo regresaron lentamente al palacio, parlotando excitadamente como un grupo de coloridos pavos reales. En la sala de audiencias ella ascendió al trono y los nobles se agruparon a su alrededor, preparados para presenciar la ofrenda de los tributos. Senmut y Nehesi se situaron de pie, uno a cada lado del trono dorado, observando con mirada serena los dones que le eran presentados a Hatshepsut uno por uno, de acuerdo con el ceremonial, y luego quedaban depositados a sus pies. En primer lugar le ofrecieron las bolsas de mirra, que saturaron el recinto con su fragancia pesada y persistente. Ta–huti y sus escribas comenzaron a pesarlas y a anotar su valor.

Punt abundaba tanto en oro como Egipto, y Tahuti vigiló atentamente idéntico procedimiento con las pepitas, y el polvo y las incontables bandas de oro, que luego se dividieron entre Amón y las arcas del tesoro real. Nehesi se inclinó hacia Hatshepsut y le dijo: –Prestad atención, Majestad, a la enorme cantidad de bandas muy anchas de oro. Son tantas porque la gente de Punt las confecciona para cubrirse las piernas. Lo veréis en un momento, pues siete de los jefes insistieron en acompañarnos con sus correspondientes esposas y familias para manifestarle a Vuestra Majestad su alegría al ver restablecidas las relaciones con Egipto, y presentaros sus votos de paz y prosperidad.

Nehesi le dijo con una sonrisa un tanto irónica en los labios, y Hatshepsut no pudo menos que sonreír también, segura de que si esos moradores de Punt se encontraban en Egipto, no era precisamente por propia voluntad.

A la derecha del trono comenzaba a apilarse el oro, mientras otros miembros de la servidumbre formaban una verdadera montaña de colmillos de marfil y otros se esforzaban por transportar enormes planchas de renegrido ébano. Detrás aguardaban más esclavos, prácticamente sepultados bajo una serie de pieles de distintos animales: de pantera, de leopardo para los sacerdotes, y otras. Sólo al cabo de un rato Hatshepsut cayó en la cuenta de que no toda esa confusa masa de pelaje pertenecía a animales muertos, pues doce de los ciudadanos de su zoológico encontraban cierta dificultad en inclinarse ante ella y, simultáneamente, sostener de la correa a una variedad de perros, monos y simios que armaban un estruendoso alboroto con sus ladridos, lloriqueos y aullidos. Luego le presentaron un guepardo: una bestia flaca, vetada y señorial que los contempló con mirada fría e impávida. Senmut le aclaró a Hatshepsut que se trataba de una dádiva muy especial que le enviaba Parihu, el más importante de los jefes de Punt, para su uso exclusivo, y que era un animal de caza extremadamente feroz y letal. Ella tomó la cadena de oro sujeta al collar del guepardo y, poco después, la bestia se incorporó, trepó por las gradas y se instaló junto a Hatshepsut, con su tibio y huesudo lomo apoyado contra las piernas desnudas de Senmut.

El desfile de ofrendas prosiguió: una infinita variedad de maderas, oscuras y duras, ligeras y con atractivas vetas y texturas, con fragancias dulzonas, capaces de llenar de gozo a cualquier tallador. También había plumas de avestruz, pintura para los ojos y aceite de mirra. Y Nehesi se había ocupado personalmente de llevarle una selección de flores y plantas exóticas de Punt para que ella pudiera incorporarlas a su propio jardín.

Cuando todas las dádivas quedaron finalmente depositadas a sus pies, Hatshepsut recorrió los distintos montones de pilas y ayudó a dividir los tributos mientras los sacerdotes de Amón aguardaban su tajada, mirando y tocando cada objeto con el júbilo entusiasta de las criaturas. Cuando el salón fue despejado, volvió a ocupar el trono y le presentaron a los siete jefes. Hatshepsut quedó sorprendida al comprobar que se parecían mucho a los egipcios, pues

tenían tez clara, cabello negro y largo y eran de constitución pequeña. Como Nehesi le había adelantado, todos usaban bandas y pulseras de oro en una pierna, desde el tobillo hasta la cadera. Se le acercaron reptando por el suelo dorado y ella les indicó que se pusieran de pie. Los hombres llevaban barba y en sus rostros delgados y austeros asomaban ojos curiosos; las mujeres y los niños vestían como ellos: faldellines cortos muy semejantes a los de la misma Hatshepsut. Les dio la bienvenida con tono cordial y recalcó el respeto que les profesaba como habitantes de la tierra de donde procedían los dioses, y también expresó votos para que entre ambos países hubiera siempre una relación de paz y de intercambio comercial como antaño. Los visitantes la escucharon con rostro impasible, sin apartar los ojos oscuros de su cara maquillada. Uno de los hombres dio un paso adelante, se inclinó y comenzó a cantarle loas con voz entrecortada

y palabras apresuradas.

De pronto, Hatshepsut comprendió lo que sentía esa gente. Levantó una mano y el hombre interrumpió su discurso.

–Os he dado la bienvenida –les dijo– y he hecho preparar una gran fiesta para vosotros, pues esta noche comeremos juntos. Pero vosotros no os sentís bienvenidos. Teméis que, así como habéis sido arrancados de vuestros hogares, jamás regresaréis a ellos. Quiero haceros la siguiente promesa: quedaos en Egipto todo el tiempo que se os antoje y, cuando queráis regresar a vuestras tierras, os enviaré a Ta–Neter con una escolta de soldados y muchos regalos. Os lo juro formalmente como rey y faraón de Egipto.

Las gentes de Punt sintieron un profundo alivio al escuchar esas palabras y comenzaron a parlotear entre sí en su extraño idioma. Hatshepsut se puso de pie.

–Ahora iremos al templo para agradecerle a Amón y ofrecerle su tributo –dijo.

Abandonó la sala de audiencias precedida por Hapuseneb y flanqueada por Senmut, y echaron a andar solemnemente hacia el templo de Karnak. Frente a las puertas abiertas del santuario, Hatshepsut pudo por fin pronunciar las plegarias que 'debió reprimir durante esos dos años de espera.

Oró fervientemente, primero tendida sobre el suelo y luego de pie, para dirigirse al Dios públicamente.

–Quiero que sepáis lo que me fue ordenado. He prestado oídos a mi Padre Amón, quien me expresó sus deseos de que, en su nombre, estableciera un Punt en Egipto y plantara los árboles de la tierra del Dios junto a su templo, en su jardín. No me mostré remisa en cumplir sus deseos. Él me eligió como su predilecta y yo conozco todos sus deseos. Por eso le he creado un Punt en su jardín, tal como me lo solicitó.

Hatshepsut enumeró entonces todos los dones que le presentaba a su poderoso Padre, excusándose luego en voz baja por su falta de fe, sus dudas y las palabras duras que le había dirigido. Y volvió a rendirle homenaje poniéndose de rodillas. Desde detrás de la estatua del Dios, la voz del oráculo flotó hasta los asistentes.

–El Dios te da las gracias, Hija de su cuerpo y Rey de Egipto. Vete en paz. Punt ha venido a Egipto y Amón se encuentra complacido.

El ritual había concluido. Los presentes se dispersaron para tomar su descanso acostumbrado, pero Hatshepsut se dirigió a los jardines con Senmut. Se sentaron a la sombra fresca de un sicomoro de copa ancha, conscientes de cierta cohibición entre ambos. Por más que se abrazaron, era evidente que les costaba mirarse a los ojos.

–Háblame de Punt –dijo ella por fin–. ¿No tienes idea de cuántas veces he imaginado estar a tu lado en el barco y contemplar contigo esos horizontes desconocidos que jamás podré conocer!

Camino a la sala de audiencias, Hapuseneb había llevado aparte a Senmut para ponerlo rápidamente al tanto de la muerte de Neferura y de la feroz presión ejercida por Tutmés. Senmut seguía consternado por las noticias y, al percibir cierta nota de tristeza en la voz de Hatshepsut y cierto aire de fatalismo y de apatía en su actitud, aunque exteriormente

siguiera tan hermosa y agraciada como siempre, comprendió con cuánta intensidad la había acosado el destino en esos dos últimos años, mientras para él la vida pareció detenerse y dar un paso atrás. De repente volvió a sentir su apremio, sólo que en esta ocasión el destino tomó la forma de un monstruo destructivo dispuesto a arrojarlo inexorablemente al abismo que acababa de abrirse a sus pies, al final del largo camino recorrido desde sus épocas de aprendizaje junto a Ineni.

Al espiar dentro de ese hoyo profundo en que se había convertido su futuro, asomado vacilantemente al borde, sintió que un viento implacable le azotaba la espalda.

No hizo referencia alguna a Neferura, cosa que fue un verdadero alivio para Hatshepsut.

—Cuando salimos del canal viramos hacia el sur —dijo—, pero eso ya lo sabes. Nos mantuvimos cerca de la costa durante muchos meses, buscando siempre el lugar del que tanto habían hablado el bibliotecario y nuestros antepasados. Ya casi desesperábamos de encontrarlo cuando, al echar anclas cierta noche, fuimos recibidos por Parihu, el jefe que te mencionó Nehesi. Era obvio que le inspirábamos miedo con nuestros arcos y hachas, pero nuestras palabras fueron de paz y, al contemplar las facciones de esos hombres, supimos enseguida que estábamos frente a los moradores de la tierra santa. Parihu estaba anonadado por nuestra intrepidez; ¡hasta nos preguntó si habíamos caído de los cielos!

Hatshepsut sonrió apenas, pues sentía una opresión en la garganta por el dolor y el placer que le causaban la voz y el cálido abrazo de Senmut.

—¡Qué momento! ¡Qué bendito momento! —Exclamó, y el alivio y la emoción hicieron que rompiera a llorar.

Senmut no recordaba ninguna otra ocasión en que el faraón hubiese florado tanto, en silencio, aparentemente sin motivo. Se preguntó cómo se las habrían arreglado Menkh, Useramun y Tahuti en su ausencia, enfrentados a un gobierno inestable y a una mujer acosada. La apretó más contra sí y prosiguió con su relato como si las lágrimas de Hatshepsut no se desbordaran ya sobre sus faldas.

—Atí, la esposa de Parihu, es la mujer más inmensamente gorda que he visto en mi vida, y llegó a la playa montada en el jumento más pequeño que he visto en mi vida. El inescrutable Nehesi casi hizo fracasar la expedición con sus esfuerzos por contener la risa. Al parecer, para la gente de Punt la obesidad es un signo de gran belleza; ¡y te aseguro que, con ese criterio, Atí era una verdadera hermosura! Viven en chozas construidas con troncos de palmera muy por encima del nivel del río, sobre pilotes, rodeados por una jungla densa...

Y así prosiguió Senmut con su relato, acariciándole el pelo y hablando sin cesar mientras el calor aumentaba y la quietud y el silencio se apoderaban de los jardines; tratando de llenar su cabeza con imágenes que no fueran las de los fantasmas sombríos y desesperados que la carcomían. Cuando Senmut bajó la vista descubrió que Hatshepsut estaba dormida; le besó los ojos, sonrió para sí, se recostó contra el tronco del árbol arrastrándola con él, pero no se entregó al sueño. Descansó, con la mirada fija en la tierra que el calor hacía bailotear frente a sus ojos, mientras por su mente desfilaban lentamente los eventos más importantes de su corta vida, teñidos de un aura triste y lejana, como algo definitivamente perdido.

Hatshepsut siguió durmiendo acurrucada junto a Senmut hasta el atardecer, cuando resonaron las trompetas en el interior de los muros del templo. En el salón de banquetes, la servidumbre se afanaba en dar los toques finales a las mesas doradas llenas de flores para el banquete que se ofrecería en honor a los príncipes de Ta-Neter.

Hatshepsut despertó sobresaltada, se enderezó y miró a su alrededor para ver dónde estaba. Senmut le rozó el brazo y ella se volvió, fijando sus ojos en ese rostro que amaba desde hacía tanto tiempo, tocando ese sueño hecho realidad. Por fin había regresado.

Era una noche muy especial. Algo de la magia del pasado se derramaba sobre los vastos salones iluminados con lámparas y los corredores con columnatas; algo de las épocas en que Tutmés era apenas un niño y las fiestas de Hatshepsut se prolongaban hasta el

amanecer. Pero también flotaba en el aire la sensación de que era un espectáculo hermoso que ya llegaba a su fin.

En lo más profundo de su ser, Hatshepsut sabía que ésa era la última de sus grandes fiestas. Se había vestido para ella con el mismo cuidado y suntuosidad con que lo habría hecho si caminara hacia su muerte. Llevaba la doble corona, y se preguntó si Nofret volvería a colocársela en alguna otra ocasión. Ostentaba el collar real de oro y el pesado pectoral de su coronación, en el que se destacaba el Ojo de Horus. Las cruces egipcias, símbolos de la vida, le ceñían los brazos, y en los dedos de la mano lucía grandes anillos de oro con piedras azules, púrpuras y verdes. Sus sandalias eran de cuero rojo y estaban adornadas con relieves de oro representando flores de loto y, en su faldellín, diminutas cuentas doradas se adherían como gotas de lluvia a la suave tela de lino.

Tomó asiento entre los hombres que habían formado el grupo de poder más indestructible y unido de Egipto de los últimos veinte años: Senmut, su Bienamado, con las vestiduras del príncipe que era, sus ojos bordeados del khol, contemplándola por encima de las flores; Nehesi, el negro, general y canciller, portando nuevamente el gran Sello en su sencillo cinto de cuero, con el rostro impasible bajo el casco azul; Hapuseneb, el de la mirada serena y sensata, envuelto en su lienzo sacerdotal y con los dedos sumergidos en el bol de agua; Tahuti, con el ceño todavía fruncido mientras las largas listas de tributos seguían desplegándose en su mente; User-amun, los ojos negros lanzando destellos y gesticulando exageradamente con las manos, con una sonrisa en su cara agraciada, mientras Menkh se le acercaba para no perderse el final de la broma; Puamra, jugueteando con la comida que tenía en el plato, con una expresión meditabunda en su rostro hermético; Inebny el Justo, en animada conversación con el Virrey del Bajo Egipto, las cabezas de ambos juntas y sus pensamientos inmersos en algún asunto diplomático, ajenos por completo al barullo que los rodeaba; Duwa-eneneh ocupando su lugar en la grada inferior de la tarima, con el rostro encendido, comiendo y contemplando las bailarinas desnudas, su bastón de heraldo apoyado en el suelo junto a él; el pobre y cortés Ipuyemre, su Segundo Profeta, incapaz de expresarse pero consagrado por completo a sus funciones; el formal Amun-hotpe; Senmen el Poderoso; Amunophis, su mayordomo. Nombres, caras –rostros que ya eran historia viviente–, voces que pronto se acallarían, inteligencias brillantes ahora agotadas, cuyos días de gloria llegaron y ya se perdían en la distancia como trozos de una hoja seca arrastrada por las aguas del río. Estos pensamientos poblaban la mente de Hatshepsut mientras recorría esos rostros con la mirada, su copa volvía a ser llenada y ella apuraba el vino. Los jefes de Punt comían en silencio, observándola con curiosidad. Extrañaba a Yamu-nefru, con su hablar pausado y parsimonioso y sus gestos lánguidos; y también echaba de menos a Djehuty y a Sen-nefer, pues siempre le habían proporcionado una sensación de intemporalidad, tal vez por el hecho de que el origen de sus familias y la de ella se perdían en la bruma de las épocas más remotas de Egipto, como un hilo que enhebraba el pasado, el presente y el futuro.

Ta-kha'et estaba sentada entre las princesas y las esposas de los nobles, con su inseparable gato gris dormido hecho un ovillo sobre sus faldas, el cabello castaño rojizo destacándose entre ese mar de testas negras adornadas con pequeñas coronas.

Había terminado de comer y no le quitaba los ojos de encima a Senmut. Él había acudido a su lado al atardecer, antes de vestirse para la fiesta y ella se le colgó del cuello, llorando. Senmut no la había olvidado, y le entregó los regalos que le traía de esas tierras lejanas. Luego se sentaron un rato en el tranquilo estudio de Senmut, tomaron cerveza y conversaron, pero Ta-kha'et sabía que también esa noche dormiría sola, como lo hacía desde hacía tanto tiempo. Como de costumbre, no se quejó, ni siquiera interiormente. Senmut había vuelto, estaba de nuevo en casa, y volverían a jugar a las damas en las interminables tardes, junto a su estanque, a la sombra de los sicomoros.

Hubo música y vino, y el relato del viaje contado por el hijo de Ipuky; y más vino y bailes, y más vino. La algarabía y el clamor fueron creciendo mientras la luna menguaba. Los

salones, los jardines e incluso el templo se encontraban llenos de gente que celebraba el evento, y los gritos, vítores y risas se propagaron hasta la otra orilla del río.

También Hatshepsut bebió y rió hasta sentir que los años se transformaban en meses, luego en semanas y luego en días. Los días se volvieron minutos y los minutos, segundos; segundos preciosos e invaluable, más vitales, más hermosos, más duraderos que todo el oro de sus arcas. Por último intercambió una mirada con Senmut y ambos abandonaron el alboroto del salón y se abrieron paso dificultosamente por entre los grupos que atestaban el jardín, caminando deprisa por las avenidas y dejando atrás los sonidos hasta toparse con la luz de la luna que se derramaba sobre la alcoba de Hatshepsut. Ella suspiró, se quitó la doble corona y la depositó con reverencia en su cofre. Senmut avanzó para encender la lámpara de la mesa de luz pero ella lo detuvo, tomándole del brazo y colocándose alrededor del cuello. Se besaron, y los años de separación se disolvieron como si nunca hubieran existido. En la penumbra y el silencio se tantearon lentamente, redescubriendo las delicias ocultas del cuerpo del otro, tratando de volcar en ese momento todos los sentimientos inexpresables que habían acumulado y atesorado desde el día en que se conocieron, tratando de derribar cuanta barrera invisible pudiera quedar aún en pie. No fue preciso que recurrieran a las palabras. Con las manos, los labios y sus cuerpos ungidos con aceite hablaron de amor y muerte, de reinos conquistados y perdidos, de los rayos del sol, de su mutua adoración, de hijos y del mero placer de estar vivos. Cuando todo terminó, permanecieron tendidos muy juntos, sabiendo que esa maravillosa experiencia jamás se repetiría, que lo único que se abría frente a ellos eran las tinieblas.

Dormitaron durante una media hora, oyendo a lo lejos la partida de los invitados y los nobles. Hatshepsut se incorporó, se apoyó sobre un codo y acarició el pecho de Senmut.

–Senmut, ¿has logrado todo lo que deseabas aquel día que te cité junto al lago?

–¿No hay nada más que quieras conseguir antes de... antes de...? No pudo concluir la frase y decir ‘antes de que llegue el fin’.

Senmut le apartó el pelo de los ojos y sonrió.

–Absolutamente nada, Hatshepsut. He recibido mucho más de lo que me atrevía a soñar siquiera en aquella época.

–Si te pidiera que te casaras conmigo, ¿lo harías?

Senmut se incorporó de pronto y la miró.

–¿En qué estás pensando?

Hatshepsut saltó de la cama y corrió hacia la mesita.

–En esto –dijo, alzando la doble corona–. En esto, para ti.

Durante un momento muy largo él se quedó mirándola y luego su vista se dirigió a la corona que ella acariciaba. En su interior, esa parte suya tan fría, serena y calculadora, se le acercó furtivamente y le susurró: ‘Tómala. ¿Acaso no te la has ganado, hijo de la tierra?’ Pero luego su mente se pobló de otros pensamientos, pensamientos tristes y desagradables que le hicieron sacudir lentamente la cabeza mientras lo embargaba la sensación de que su buena estrella lo abandonaba y se escabullía por la puerta.

–No, mi querida hermana, no –dijo–. Me conozco bien y creo conocerte un poco, aunque seas en realidad un pozo profundo e insondable. Si Tutmés no te estuviera acosando, ¿me ofrecerías igual la corona? Supongamos que acepto y la ciño sobre mi cabeza. Supongamos que me convierto en el faraón Senmut I. Tutmés presentará batalla y yo me veré obligado a defender a un Egipto que no está dispuesto a servirme. ¿Acaso esperas alargar la hora de tu triunfo a mis expensas? ¿Me usarás tú también, incluso ahora?

Hatshepsut arrojó la corona sobre la mesa y sepultó la cara entre las manos.

–Te amo, te amo. ¡Eso es lo único que sé! –Sollozó–. No quiero morir, ni ahora ni nunca. ¡No quiero dejarte a ti, ni a las hermosas tierras de Egipto, ni a todos los que convirtieron mi vida en una delicia y en una fragancia que me invade! ¡Dame tu fuerza, oh amado mío!

Senmut la abrazó sin pronunciar palabra, anhelando dispersar con la fuerza de sus brazos las sombras negras y traicioneras de la eternidad.

Tutmés regresó un mes más tarde con su ejército, cargado con el botín prometido y un montón de rehenes en calidad de esclavos. Hatshepsut, con su mirada sensible y dolorida, lo encontró más crecido y dueño de sí y lo recibió con los labios apretados y un saludo frío, que él no pareció advertir. Permaneció de pie junto a ella mientras los tesoros de Gaza eran apilados a sus pies, relatando con voz grave los eventos más importantes de la campaña y del asedio. Ella lo acompañó al templo, donde Tutmés presentó sus respetos y su agradecimiento a Amón. Ya planeaba realizar importantes agregados al templo y tanto Menkheperresonb, su arquitecto, como Min-mose, su ingeniero, lo acompañaron mientras inspeccionaba cada rincón de los atrios. Hatshepsut lo dejó absorto en su tarea y fue a reunirse con Senmut, pues deseaba saber cuál había sido la reacción del pueblo. Lo encontró con Hapuseneb.

–¿Cómo ha recibido Tebas al príncipe heredero? –Les preguntó.

–Desde el delta hasta Tebas –le respondió Senmut–, el ejército fue seguido por una verdadera multitud de ciudadanos y labriegos que los aclamaban. No hacían más que gritar su nombre y cuando Tutmés abandonó su carro y se paseó entre ellos, lo llamaron faraón y le besaron los pies. Os aman, Majestad, y siempre os amarán, pero han olvidado vuestra paz y prosperidad. En este momento lo único que anhelan son conquistas.

–El pueblo suele ser voluble –murmuró– y es común que la gente desee lo que no es beneficioso para ella. Si lo que anhelan es guerra, no me cabe duda de que Tutmés les dará el gusto. ¡Cómo me enfurece eso! –Exclamó–. ¡Que todos mis esfuerzos por llenar de oro las arcas del templo y del palacio y brindar a mis súbditos un poco de paz en la que puedan prosperar y desarrollarse se frustren porque las trompetas de guerra encuentran eco en sus corazones simples!

Hatshepsut se mordió los labios y se alejó bruscamente y a Senmut le pareció más prudente no seguirla. La aceptación final, el doloroso momento de hacerse a un lado, era algo que debía enfrentar sola.

Dos meses más tarde, en mitad de la noche, un acólito aterrorizado despertó a Hapuseneb balbuceándole al oído que el príncipe heredero se dirigía a verlo. Hapuseneb luchó contra el sueño y se obligó a abandonar el lecho, agradeciéndole al muchacho y pidiéndole que inmediatamente llamara a Nehesi y a los integrantes del Ejército de Su Majestad. Hizo salir al acólito por una pequeña puerta que conducía directamente al santuario de Amón, después de lo cual la cerró con llave. Se echó sobre los hombros un manto grueso y se lavó la cara. Deseó haber ido a dormir a su casa, río abajo, en lugar de haberse quedado en los departamentos del templo, pero no perdió tiempo en lamentaciones inútiles. Cuando sus puertas fueron abiertas de par en par, ya Hapuseneb se encontraba instalado en su silla, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Sus ojos fríos y grises lo recibieron por entre la penumbra.

Tutmés entró solo, pero dos de sus soldados se quedaron montando guardia al final del corredor. Hapuseneb se preguntó qué habría sido de los guardias del templo, pero no le fue difícil adivinarlo: el oro era un imán irresistible. No se puso de pie ni le hizo una reverencia al recién llegado sino que se limitó a saludarlo con una leve inclinación de cabeza. Tutmés avanzó hasta quedar pegado al Sumo Sacerdote, bajó la vista y lo miró. Sólo entonces se levantó Hapuseneb, y los dos hombres quedaron cara a cara. Como lo exigía el ceremonial, Hapuseneb permaneció en silencio hasta que el príncipe hablara. Era obvio que Tutmés había bebido, pero no estaba borracho.

–No perderé tiempo –dijo Tutmés–, pues tengo tantos deseos de irme a dormir como tú. Quiero hacerte una proposición. –Esperó que Hapuseneb le contestara algo, pero sus ojos grises siguieron contemplándolo con una sonrisa casi imperceptible, así que Tutmés

prosiguió: Los días de mi tía–madre como faraón han terminado. Ella lo sabe y yo lo sé, pero a pesar de eso no se quita de en medio. Ya he esperado bastante. Habrá cambios en el palacio, y no necesito decirte cuáles serán, pues descuento que lo sabes.

–Si, lo sé –dijo Hapuseneb, con el pulso acelerado–. Todos lo sabemos.

–Me lo imagino. –De pronto Tutmés se alejó y comenzó a caminar por la habitación. Rezumaba un aire de impaciencia, una fuerza bruta casi palpable y desasosegada. Hapuseneb tuvo un escalofrío y colocó las manos bajo el manto de lana, pues en el resplandor amarillento de la lámpara de noche le pareció que era Tutmés I, el Poderoso Toro de Maat, quien recorría majestuosamente su alcoba–. Tú la has servido durante mucho tiempo y con gran lealtad, Sumo Sacerdote. Tu padre, el visir, sirvió a mi abuelo con la misma loable devoción, y por eso he venido a verte personalmente en lugar de convocarte a una audiencia pública. –Tutmés giró bruscamente y lo encaró–. ¿A quién sirves tú: a Egipto o a Hatshepsut?

Hapuseneb le contestó sin inmutarse, a pesar de que tenía la boca seca.

–Sabéis bien cuál será mi respuesta, príncipe. Sirvo a Egipto personificado por el faraón.

–Puesto que me contestas con evasivas y estoy cansado, te lo preguntaré lisa y llanamente. ¿Estás dispuesto a servirme a mí como Sumo Sacerdote, o seguirás respaldando a un faraón que jamás fue realmente el faraón?

–Sirvo al faraón –dijo Hapuseneb con empecinamiento–, y el faraón es Hatshepsut. Por consiguiente, seguiré sirviéndola mientras viva.

–Lo que te ofrezco es más que tu libertad; te doy la oportunidad de continuar ejerciendo tu autoridad en el templo como lo has hecho durante tantos años, y de seguir siendo el confidente y consejero del faraón. Te necesito, Hapuseneb.

Hapuseneb esbozó una leve sonrisa.

–No puedo abandonarla mientras siga gobernando Egipto.

–¿Y después de eso?

Los ojos de los dos hombres se encontraron y Hapuseneb debió luchar contra la abrumadora magnitud de la voluntad de Tutmés.

–Yo le pertenezco. No puedo ser más claro al respecto.

Tutmés se le acercó, frunciendo el ceño.

–Vamos, vamos, Hapuseneb. Tú no eres un plebeyo advenedizo como Senmut.

Perteneces a una familia de rancia aristocracia. Ponte de mi lado y vive una buena vida.

Hapuseneb sacudió la cabeza enfáticamente y, debajo del manto, las manos le temblaron.

–No traicionaré a la que no ha hecho otra cosa que colmarme de afecto y de recompensas desde que ambos éramos muy jóvenes, aunque eso me signifique la muerte. Ella es el faraón, lo ha sido desde que su padre se remontó hacia Ra. En todo caso, los traidores son aquellos que apoyan vuestras pretensiones al trono.

Tutmés parpadeó y dio un paso atrás, y la cólera le hizo apretar las mandíbulas.

–Eres un idiota. Te lo preguntaré una sola vez más, y te aseguro que será la última. Si no estás dispuesto a ponerte a mi servicio, ¿aceptarás por lo menos el exilio y me prometerás no volver a poner los pies sobre suelo egipcio durante el resto de tu vida?

–No huiré. No la dejaré desamparada e indefensa. Antes prefiero morir.

Los ojos grises vacilaron un instante y miraron hacia otro lado. Hapuseneb tuvo que sentarse pues sus piernas se negaban a seguir sosteniéndolo.

Tutmés hizo un gesto despectivo y caminó deprisa hacia la puerta. Al oírlo aproximarse, uno de sus soldados le abrió y se cuadró.

–Tal vez tus deseos se cumplan –dijo Tutmés en voz bien alta–. Sí, es posible. Reflexiona sobre tus palabras y, si llegas a cambiar de idea antes de la mañana, házmelo saber.

Tutmés tenía apoyada la mano sobre la puerta. Hapuseneb lo miró mansamente.

–Lo lamento, príncipe, pero mis convicciones no se tuercen frente a cada ráfaga de viento que se levanta, sea bueno o maligno. Jamás cambiaré de modo de pensar.

–¡Muere, entonces! –Estalló Tutmés, y estrelló la puerta tras de sí.

Hapuseneb se puso de pie ceremoniosamente y fue a atizar el brasero. Temblaba violentamente y tenía mucho frío. Cuando apenas había tenido tiempo de arrojar un poco más de carbón sobre las brasas, la puerta volvió a abrirse de golpe y apareció Nehesi, cuchillo en mano. Cuatro integrantes del Ejército de su Majestad corrían detrás de él y se abrieron en abanico, registrando visualmente cada rincón de la habitación. Hapuseneb sonrió trémulamente y acercó las manos a la nueva llama.

–Gracias por venir, Nehesi.

–No perdí tiempo –dijo Nehesi mientras volvía a envainar el cuchillo y se acercaba a Hapuseneb. Los guardias abandonaron el cuarto ante una señal suya–. Creí que te encontraría herido o muerto. Vi a Tutmés y a sus secuaces cruzar el atrio exterior, armados hasta los dientes.

–Sólo vino a hablar conmigo. Lo hicimos, y partió.

–Estás pálido.

De hecho, Hapuseneb transpiraba profusamente. Seguía temblando, pero ya comenzaba a recuperar su habitual aplomo. Condujo a Nehesi a la mesa, sirvió vino para ambos y luego bebió con avidez.

–Sí, supongo que sí. Tutmés preparará un golpe, posiblemente para dentro de uno o dos días. Vino a ofrecerme protección.

Nehesi rió sombríamente.

–¿De veras? Me imagino cuál habrá sido el precio... y tu respuesta. ¿Dónde están tus guardias?

–Supongo que fueron sobornados y dudo mucho que volvamos a verlos. Debemos ir inmediatamente a ver a Senmut para advertirle. Lo más probable es que se encuentre en los aposentos reales. –Se encogió de hombros con gesto impotente–. ¿Qué podemos hacer nosotros?

–Nada más que morir como hombres –dijo Nehesi con indiferencia–. Al menos podemos afirmar que hemos vivido como hombres. Estaremos justificados delante de los dioses. Nuestro fin será rápido, pero ¿qué ocurrirá con el faraón?

Se miraron desesperanzadamente, con las copas de vino todavía en las manos, furiosos por verse, justo en el momento decisivo, tan impotentes como criaturas recién nacidas. Abandonaron los aposentos de Hapuseneb juntos, con los cuchillos nuevamente desenvainados, deslizándose sigilosamente en la noche, forzando los ojos para horadar la oscuridad, seguidos por los guardias del Ejército de Su Majestad.

Senmut y Hatshepsut dormían cuando Nehesi habló con Duwa–eneneh y solicitó ser recibido por el faraón, pero antes de que el heraldo llamara suavemente a la puerta, ya ambos se encontraban despiertos, escuchando los apremiantes susurros del corredor. Duwa–eneneh los encontró de pie, arrebuados en sus batas.

–El Sumo Sacerdote y el canciller os solicitan audiencia –dijo el heraldo con una inclinación.

Al ver la expresión de su rostro, Hatshepsut tuvo una oleada de pánico. Había ocurrido. ¡Y tan, tan pronto!

Asintió y sus ojos se toparon con la sonrisa de aliento de Senmut.

–Hazlos pasar. Y quédate con nosotros, Duwa–eneneh. Creo que lo que vienen a decimos te concierne también a ti.

Abrió las puertas y Hapuseneb y Nehesi entraron deprisa. Cerró las puertas silenciosamente detrás de ellos, después de haberse asegurado de que los guardias del

Ejército de Su Majestad hubieran retomado sus puestos junto a la puerta y en ambos extremos del oscuro corredor.

–Hablad –dijo Hatshepsut– y no temáis enfrentarme a los hechos. Ha llegado la hora. ¿No es verdad?

Nehesi fue a sentarse junto a la mesa, debajo de la pequeña ventana, mientras Hapuseneb se acercaba a Hatshepsut y le relataba, con el mayor tacto posible, la proposición de Tutmés. Ella lo escuchó sin hacer comentarios. Cuando el Sumo Sacerdote terminó su exposición, ella se le acercó y le apoyó la mano sobre el hombro.

–Por tu propio bien, amigo mío muy querido, debes abandonar Tebas esta misma noche y huir hacia el norte. No quiero tener tu sangre sobre mi conciencia.

–No me iré. Mi lugar está aquí y aquí me quedará. Nehesi, Senmut y vuestros otros ministros os dirán lo mismo.

–Te he despojado de todo, Hapuseneb; hasta de tu corazón. ¿Acabará quitándote también la vida? –se lo dijo en un murmullo apenas audible, así que los otros hombres presentes sólo escucharon el tono de súplica de sus palabras–. Te daré oro y soldados. No te costará demasiado encontrar paz en Rethennu o en Hurria. Te lo ruego, Hapuseneb, ¡hazlo por mí!

El Sumo Sacerdote se tanteó las insignias de su cargo, sacudió la cabeza lentamente y le dedicó una sonrisa.

–No, no y no –dijo–. ¿Cómo podré vivir, sabiendo que os he dejado librada a vuestra suerte?

–¡Tonto! ¡Pedazo de tonto! –Exclamó ella con furia–. ¿Qué ganarás tú, o cualquiera de vosotros, quedándose! ¡La corriente se ha vuelto en contra mía, y nada de lo que hagáis logrará evitar la inundación!

–Podemos morir. –La voz de Nehesi flotó hasta ellos desde el otro extremo de la habitación–. Podemos morir por Vos. Podemos demostrarle a Tutmés lo que significa la verdadera lealtad, y podemos ofrecer el sacrificio postrero de nuestra devoción. Ningún soldado podría pedir más que eso –agregó, con el mismo tono con que solía comentar los despachos diarios que se recibían de los nomos.

Hatshepsut se mordió los labios mientras pensaba a toda prisa.

–¿Cuánto tiempo nos queda? –Le preguntó.

Nehesi abandonó la silla y se acercó al círculo iluminado por la lámpara.

–Ninguno; ninguno en absoluto –afirmó–. Ahora que Tutmés nos ha mostrado su juego, actuará sin tardanza. Tú serás su primer blanco, Senmut, por ser el príncipe más poderoso de Egipto. Luego eliminará a Hapuseneb, por ser el funcionario más alto del templo, y luego a mí, por ser la escolta personal del faraón.

–Opino que caerá sobre nosotros en forma simultánea –dijo Senmut. La conversación había adquirido para él cierta cualidad onírica de pesadilla: la luz mortecina y amarillenta; las figuras inmóviles; el viento de la noche lanzando tenues gemidos por las aberturas del techo, y sobre sus cabezas, un telón de tinieblas que descendía con rapidez para ocultar definitivamente las luces del día–. Asestará un golpe veloz y definitivo, entre un día y el siguiente, temiendo que si os da suficiente tiempo, Majestad, tal vez logréis reunir fuerzas y terminéis por derrotarlo.

–¡Qué poco me conoce! –Respondió Hatshepsut–. Si Tutmés se encontrara en mi lugar, estoy segura de que no vacilaría en derramar la sangre del ejército nada más que para aventurar un intento, pero yo no. No permitiré que esto se convierta en una matanza.

Sobre ellos se abatió un silencio ominoso, una sensación casi apática de derrota.

Hatshepsut envió a Duwa–eneneh a buscar a Nofret y a sus esclavas.

–Comeremos y beberemos juntos mientras Ra se eleva en los cielos –dijo–, y no hablaremos más de estas cosas. Sabéis bien lo que siento por cada uno de vosotros. Si no puedo hacer otra cosa que interceder por vosotros ante los dioses, entonces os prometo que

por lo menos eso haré. Más adelante, cuando caminemos juntos por los verdes prados del paraíso con la eternidad frente a nosotros, sonreiremos al recordar esto y nos parecerá que sólo fue un juego.

Los tres hombres no se movieron ni la miraron, pues cada uno luchaba por controlar sentimientos que eran demasiado profundos para ser expresados con palabras. Nofret apareció y Hatshepsut la envió a buscar alimentos y vino.

Cuando regresó portándolos, se sentaron sobre almohadones diseminados en el suelo y comieron y bebieron, conversando acerca de todo lo que habían hecho juntos desde aquellos días lejanos en que asumieron sus primeros cargos, evocando momentos triunfales, de terror o humorísticos, mientras se sonreían mutuamente, con los ojos llenos de afecto y de resignación. Hasta que de pronto despuntó el alba y, mientras Hatshepsut se arrodillaba, ellos entonaron abrazados el Himno de Alabanzas, y sus voces finalmente se quebraron y las lágrimas asomaron a sus ojos cuando Ra los contempló a través de la ventana superior y los bañó con su límpido resplandor.

Hatshepsut se incorporó y los abrazó, apretando a cada uno con intensidad contra su cuerpo antes de soltarlo, y lloró con ellos en el silencio del amanecer. Uno por uno se postraron, le besaron los pies descalzos y se escabulleron hacia el olvido, llevándose con ellos los días de poderío y de felicidad que le habían brindado y desvaneciéndose como las ondas que el viento forma sobre la superficie plácida de las aguas. Hatshepsut se volvió a Senmut, con el rostro blanco, consumido y, sin embargo, más joven en esa luz que comenzaba a propagarse.

–Subamos al techo –le dijo, tomándolo de la mano.

Abandonaron la alcoba, ascendieron por la escalera adosada a las paredes del palacio y salieron finalmente al techo plano que coronaba la sala de audiencias. Allí se sentaron, tomados de la mano, y Senmut supo que ésa era la última vez que su mirada se posaba sobre los majestuosos pilones y obeliscos de Tebas.

Muy lejos, hacia el oeste, todavía flotaba una faja dominada por la noche y una nube gris se aferraba a las cimas de los acantilados y oscurecía el sol. Las amplias márgenes del Nilo resplandecían con el nuevo día, con sus aguas remolineantes y reverberantes, y los cañaverales y las altas palmeras formaban un oasis de un verde refrescante. Más cerca surgían los jardines, parques, estatuas, amplias avenidas y senderos por los que había caminado, soñado, reído y llorado. En serpenteantes laberintos que en ese momento se encontraban vacíos en el silencio que precedía al clamor del día; el césped estaba cubierto de gotas de rocío, las banderas imperiales flameaban con la brisa de la mañana. A lo lejos vio los reflejos intermitentes del sol en la proa do rada de la Barca Real, amarrada junto al desembarcadero. Senmut hizo una inspiración profunda para llenarse de todos los perfumes de Egipto: de las aguas cenagosas y los lotos dulzones, la frescura de las plantas y un leve sople de mirra.

Se volvió lentamente a Hatshepsut.

–Gracias, hermosfaimo Dios –le dijo en voz baja–. Gracias, Divina Encarnación, Que Vivirá Por Siempre. No me olvidaré.

La tomó suavemente, la abrazó y la besó, mientras las brumas invernales se desvanecían y los dedos ardientes de Ra acariciaban sus rostros cansados.

Senmut regresó a su palacio y pasó la mañana poniendo en orden sus asuntos.

Antes del mediodía, embarcó a Ta-kha'et y a la mayor parte de los criados en su barco, ordenándole al capitán que los llevara al norte, a la granja de sus padres. Ella protestó airadamente, intuyendo algún peligro, pero él la besó en la mejilla.

–¡No discutas! –Le dijo con firmeza–. Ve a la casa de mi padre y quédate allí hasta que te mande llamar. No será una espera muy larga. ¡Mira! ¡Si hasta he ordenado a mis

músicos que te acompañen! ¡Te lo ruego, Ta-kha'et, no armes más alboroto, pues de lo contrario llamaré a mi mayordomo y le ordenaré que te dé unos buenos azotes!

Ella lo miró con ternura y dejó de gritar.

–Muy bien, Senmut. Me iré. ¡Pero si no me mandas a buscar antes de que finalice el invierno, volveré por mis propios medios! Y tú, ¿qué harás aquí?

–Algo muy difícil –respondió.

La besó nuevamente y se quedó de pie en su pequeño desembarcadero mientras el alegre esquife rojo y blanco comenzaba a alejarse y los remos salían a relucir. Ta-kha'et lo saludó con el brazo y se introdujo en la cabina, todavía enfadada, pero Senmut permaneció allí hasta que la popa de la nave desapareció en un recodo del río y el reflujó del agua cesó. Subió lentamente las gradas y recorrió las avenidas desiertas. El sol ya calentaba bastante, pero no con la intensidad abrumadora del verano. Se acercó al estanque y se sentó con las piernas cruzadas sobre el césped, contemplando los movimientos de los peces y los desplazamientos de las libélulas, con la mente en blanco. Por más que lo intentara, no podía cerrar sus oídos a su respiración acelerada ni al galope desenfrenado de su corazón. Aunque trató de sofocarlo, sintió nacer en él un inmenso amor por la vida. Gimió y se cubrió la cara con las manos.

Su Segundo Mayordomo le tocó el hombro.

–Señor, ¿cuántos invitados cenarán con Vos esta noche?

Senmut lo miró, sorprendido, y luego rompió a reír.

–Pues, ninguno, amigo mío. Esta noche no recibiré a nadie, así que puedes retirarte a tus habitaciones tan pronto como lo desees. Despide a la servidumbre antes de que anochezca y asegúrate de que los esclavos se encuentren bien lejos de mis aposentos. No necesitaré a nadie, creo, hasta la mañana.

El hombre, perplejo, le hizo una reverencia y partió. Senmut siguió contemplando los movedizos peces azules, verdes y violetas, pero de pronto se sintió aliviado, liviano y libre, y sólo cuando las sombras de los árboles le rozaron la espalda se levantó y caminó apresuradamente hacia su hermoso claustro rodeado de columnas.

Llegaron en plena oscuridad, segundos después de que las trompetas del templo sonaron para marcar la medianoche. Senmut los estaba aguardando, sentado junto a su lecho, leyendo a la luz de la lámpara. Oyó sus pasos furtivos en el vestíbulo de entrada y luego avanzaron con mayor lentitud. Senmut sonrió frente a la vacilación de los visitantes, hizo a un lado el papiro y se puso de pie. Sin duda habían esperado toparse con una horda de guardias y un palacio lleno de lámparas encendidas y de soldados alertas. Alguien probó la puerta suavemente, a lo cual siguió una pregunta susurrada y una orden brusca. Senmut permaneció inmóvil, luchando por controlarse mientras las garras candentes del pánico se apoderaban de él. Las altas puertas de cedro con incrustaciones de oro comenzaron a moverse.

Senmut no se movió. En el altar ubicado a sus espaldas, el penacho de incienso osciló repentinamente con la corriente del aire, y el rollo de papiro crujió secamente sobre el lecho, pero los ojos de Senmut estaban fijos en ese agujero negro que crecía en la pared. Dentro de él, sus sentidos comenzaron a gritarle: ‘¡Huye! ¡Corre! ¡Vive!’ . Una mano oscura apareció, tanteando cautelosamente el canto de la puerta. Senmut cerró los ojos por una fracción de segundo y tragó, mientras el sudor le empapaba el faldellín y le corría por la espalda desnuda. Con un golpe estrepitoso, la puerta se abrió y se incrustó en la pared. Dos hombres se lanzaron contra él con los cuchillos en alto; alcanzó a distinguir la expresión salvaje de sus caras debajo de los cascos azules, la ferocidad de sus ojos, sus dientes apretados. Durante un momento, un instante interminable y congelado en que parecieron avanzar hacia él con intolerable lentitud y el tiempo pareció fusionarse con la eternidad, Senmut contempló las paredes y vio el rostro de Hatshepsut, majestuoso e incólume debajo de la doble corona, sus ojos dorados fijos en él con una mirada de mansa autoridad. Senmut le sonrió y de pronto

sintió a los hombres sobre él, y en la agonía de su muerte gritó y cayó, y el sonido de su propio miedo le tapó los oídos, y borbotones de su propia sangre le llenaron la boca. Encima de él, el techo azul tachonado de estrellas plateadas se sacudió y se disolvió en una oscuridad más profunda y más amplia, como enormes fauces de hielo que se abatían sobre él para devorarlo.

Cayeron sobre Hapuseneb mientras caminaba por entre el silencio de su jardín iluminado por la luna. Murió diez minutos después sobre el césped mojado, herido en el estómago y en el pecho.

Se lanzaron contra Nehesi mientras éste recorría el trayecto entre el palacio y sus propios aposentos, reduciendo primero a sus dos guardias y clavándole luego un cuchillo en el cuello mientras él luchaba ferozmente por sacárselos de encima y correr de regreso al palacio. Se tambaleó, alcanzó a dar tres pasos y luego se desplomó de bruces sobre el frío sendero de piedra. Faltaban cuatro horas para el amanecer. Hatshepsut todavía se encontraba levantada cuando Paere entró en sus aposentos como una exhalación. Nofret dormía profundamente sobre la estera, junto a la puerta, pero Hatshepsut había comenzado a recorrer la habitación con la cabeza gacha y los brazos cruzados debajo del pecho, demasiado nerviosa para dormir o acostarse. El pequeño criado apareció corriendo por la entrada privada, seguido por un guardia del Ejército de su Majestad. Hatshepsut giró sobre sus talones y corrió hacia él, que temblaba, lloraba y balbuceaba algo ininteligible. Tanto sus manos como una 'mejilla y el frente de su faldellín estaban manchados de sangre. Trataba desesperadamente de hablar, pero no lograba expresarse. A una seña de Hatshepsut, el soldado levantó la vasija de agua que había en un rincón del cuarto y la yació sobre la cabeza de Paere. El chiquillo se estremeció, jadeó, sin dejar de llorar, y finalmente se desplomó en la silla de Hatshepsut y comenzó a sollozar, mientras sus manos ensangrentadas seguían aferrando un objeto.

–Lo han matado. ¡Lo han asesinado! –Exclamó con un grito desgarrador.

Ella se le acercó, sintiendo los pies insensibles y le arrancó el objeto de las manos. Era un rollo de papiro, pegajoso por la sangre. Llevaba el sello de Hatshepsut y había sido abierto muchos años antes. Cuando comenzó a desplegarlo lenta, serenamente, su otra puerta se abrió de golpe y Duwa–eneneh entró corriendo.

–¡Majestad, Hapuseneb! ¡Nehesi! ¡Ambos han sido muertos! ¡Tan pronto!

¿Qué debo...?

Pero ella no le prestó atención y se quedó contemplando a Paere con expresión de absoluto terror y congoja. El papiro pertenecía en realidad a Senmut; era el primer boceto del templo del valle. Cruzando sus líneas armoniosas y prolijas, ella había escrito: ‘Autorizado y aprobado por mí misma, para el arquitecto Senmut. ¡Vida, Prosperidad y Felicidad!’. Por la mañana, después de una noche de insomnio y horror, en que había intentado consolar a Paere y hablar sensatamente con Duwa–eneneh, cuando lo que en realidad deseaba era subir al techo del templo y arrojarlo al vacío, hizo que Nofret la vistiera de blanco y plata y le colocara la doble corona sobre la cabeza. Fue imposible borrar los estragos de las últimas horas, pero la pobre mujer se esmeró lo más posible, desparramándole colorete sobre las mejillas y rodeándole los ojos hinchados con el khol más negro que encontró. Luego Hatshepsut se llevó a Duwa–eneneh y juntos se encaminaron a la sala de audiencias. Hatshepsut avanzó hacia el trono, ascendió las gradas y se sentó sobre la superficie fría del oro, sin que su furia y su pesar se traslucieran en su rostro arrogante. Los cuerpos de Hapuseneb y Nehesi habían sido llevados apresuradamente a la Casa de los Muertos, pero nadie sabía el paradero del cadáver de Senmut. Su habitación fue sellada por orden de Hatshepsut hasta que la policía tuviera tiempo de iniciar una investigación, pero cuando las horas transcurrieron y un sirviente tras otro acudió a ella con informes negativos, Hatshepsut comenzó a temer que jamás sería encontrado. Conociendo a Tutmés, estaba segura de que no le bastaría con quitarle la vida; despedazaría y separaría su cuerpo y enterraría sus despojos

bien hondo, para que los dioses no pudieran encontrarlo ni darle la bienvenida al paraíso. Sabía de los celos enloquecidos de Tutmés, del odio que le tenía a Senmut por ser su mano derecha; pero esa insensata saña demoníaca superaba su capacidad de comprensión. De pronto la imagen de Tutmés comenzó a despertarle un auténtico miedo. Hapuseneb. Nehesi. Senmut... Ya no quedaba nadie que hablara y actuara en su nombre. Estaba sola. Esperó su llegada pacientemente, apoyada contra el respaldo del trono. Duwa– eneneh permanecía inmóvil a su lado, sosteniendo su estandarte, y el palacio comenzó a despertar ante un nuevo día.

Tutmés llegó por fin, recorriendo a grandes trancos el largo vestíbulo, mientras sus sandalias marcaban un ritmo sonoro y dominante. Hatshepsut permaneció en silencio y lo observó avanzar, pero lo único que veía eran sus manos teñidas con la sangre de sus fieles colaboradores. Leyó en los ojos de Tutmés un desafío culpable y un despertar al poder. Lo odiaba y lo temía.

Vio a Yama–nefru, Djehuty y Sen–nefer detrás de él. Hatshepsut se puso de pie, consternada y lacerada por el peso insoportable de esa nueva herida que se sumaba a las que ya sufría. Se tragó su dolor y los tres militares finalmente se detuvieron frente a ella y la saludaron. Tutmés levantó la vista y la miró, y así permanecieron durante largo rato, en silencio, hasta que Hatshepsut se sentó en el trono.

–Tú los mataste.

–¡Por supuesto que los maté! ¿Qué otra cosa esperabas? ¿Creías que dejaría que transcurrieran los meses y los años sin hacer nada?

–No.

–No me quedaba otra alternativa. ¡Estoy seguro de que hasta tú lo comprendes!

–Siempre existe otra alternativa. Lo que hiciste fue apelar al recurso empleado por los cobardes.

–¡Era lo único sensato! –Gritó Tutmés.

Ella lo contempló, impasible, y miró a los tres hombres que permanecían de pie detrás de Tutmés.

–Adelantao, Yamu–nefru, Djehuty, Sen–nefer –pronunció sus nombres lenta y pausadamente.

Ellos se apartaron de Tutmés y le hicieron una reverencia al pie del trono. Sus rostros eran imperturbables, carentes de expresión, y precisamente esa indiferencia le provocó un sufrimiento intolerable.

–¿Estáis implicados de alguna manera en esos viles asesinatos? Yamu–nefru extendió una mano, exaltado.

–No, Majestad, ¡lo juro por vuestro nombre! ¡Sólo esta mañana nos enteramos de la muerte de Senmut y de los otros!

Hatshepsut buceó en sus ojos y asintió, satisfecha.

–Podéis agradecer a los dioses por eso. Tutmés o no Tutmés, os habría castigado con mis propias manos. ¿Hay alguna otra cosa que deseéis decirme?

Hatshepsut no podía creer que se hubieran cambiado de bando sin una palabra ni una explicación. Los tres se intercambiaron miradas y fue finalmente Yamu–nefru quien volvió a tomar la palabra.

–Os hemos venerado, Flor de Egipto, y os hemos servido con nuestra propia sangre. Hemos combatido a vuestro lado y cumplido nuestras funciones con honestidad bajo vuestra mirada y la del Dios. Pero ahora el príncipe heredero reclama sus derechos al trono y, legalmente, no podemos desestimarlos. No es el miedo lo que nos mueve.

–Eso lo sé bien.

–Nuestra decisión se funda en la creencia de que Tutmés es realmente el Halcón–en–el–Nido, el auténtico heredero de la doble corona.

–¿En virtud de qué ley?

–La que estipula que el faraón debe ser varón.

Hatshepsut se pasó una mano por los ojos con gesto cansado y los despidió con el brazo.

–¡Está bien! ¡Está bien! Comprendo vuestro razonamiento y la extraña y artera honestidad que os anima. Yo también os he tenido mucho afecto. Ahora podéis iros. ¿O preferís quedaros y contemplar cómo el faraón pierde su corona?

Tutmés les hizo una señal y los tres giraron y abandonaron el recinto.

Cuando sus pisadas se desvanecieron, Tutmés dijo: –Lo único que quisieron fue evitar una matanza. Eso es todo. También yo ignoro por completo lo que en realidad piensan.

–¡En cambio a ti no te aflige demasiado la posibilidad de que se derrame sangre egipcia!

Tutmés se acercó y Duwa–eneneh se puso tenso.

–No he venido a remover antiguas cenizas. El ayer ya no existe, y el mañana me pertenece. Bájate del trono.

–No.

–¡Bájate, Hatshepsut, o llamaré a mis soldados y haré que te derriben por la fuerza!

Hatshepsut habría querido gritarle: ‘¡Hazlo, entonces! ¡Hazlo!’ Pero era un desafío sin sentido, apenas un pequeño gesto tonto. Después de encogerse de hombros descendió las gradas, con furia helada en la mirada.

–¡Allí lo tienes! ¡Es tuyo!

–Quítate la corona.

Por un momento Hatshepsut vaciló y palideció.

Al mirar dentro de esos enormes ojos negros, Tutmés vio una súplica, una tenue sensación de derrota que, sorprendentemente, lo desgarró y lo llenó de compasión. También vio en ellos algo parecido a la muerte, un violento y pavoroso desmoronamiento. Estuvo a punto de extender los brazos, pero un relámpago de obstinación se abatió sobre él y disolvió ese atisbo de conmiseración.

–¡Quítatela!

–Tendrás que venir y sacármela tú mismo. Duwa–eneneh, guarda ese cuchillo.

Ya ha habido demasiadas muertes.

El jefe de Heraldos envainó resignadamente su arma y apartó la vista. Tutmés se acercó a Hatshepsut y con un movimiento rápido le arrancó la pesada corona de la cabeza. El cabello de Hatshepsut cayó libremente y le enmarcó la cara. De pronto era nuevamente Hatshepsut, una mujer, una reina.

–¡Bueno, bueno! ¡Tenemos un nuevo faraón! –Exclamó ella con un tono burlón que lo enfureció–. ¿Cuándo legitimarás tus derechos, Tutmés? Meryet no ve la hora de conducirte al templo y convertirse en reina.

–Meryet no me interesa –dijo él ásperamente–. Te quiero a ti.

–¿A mí? –Preguntó, azorada, Hatshepsut–. ¿Quieres que yo sea tu reina?

–Por supuesto. Meryet no tiene las aptitudes de una consorte, pero en cambio tú podrías gobernar activamente junto a mí. Juntos, formaríamos una pareja invencible.

–¿Me quieres decir que, a pesar de tener las manos empapadas en la sangre todavía tibia de las personas más queridas por mí, tienes el descaro de ofrecerme matrimonio?

–Eso ya era demasiado, y Hatshepsut se desplomó sobre las gradas–. Supongo que cuando yo haya muerto, podrás casarte con Meryet y continuar gobernando Egipto sin ningún riesgo para ti. ¡Eres temerario, Tutmés, temerario y sin escrúpulos!

–¡No es verdad! –Le respondió él con rudeza–. No te necesito, pues, como acabas de decir, tengo a Meryet. Pero te quiero a ti.

–¿Por qué? ¿Por qué, Tutmés? Yo ya tengo casi cuarenta años y tú apenas llegas a la mayoría de edad. ¡Vaya pareja!

–Muy bien. ¿Qué haré contigo, entonces? –Saltó Tutmés, irritado–. ¡No puedo permitir que te pasees de un lado a otro creándome problemas!

–Eso, faraón, Que Vivirá Por Siempre –dijo ella con una tenue sonrisa–, es problema tuyo.

Sacudió la cabeza en dirección a Duwa–eneneh y abandonó la sala de audiencias en dirección a sus aposentos silenciosos y vacíos, dejando a Tutmés de pie y enfurruñado, con la corona entre las manos.

Tutmés decretó los habituales setenta días de duelo por Hapuseneb y Nehesi.

Sus cuerpos habían sido confiados a los sacerdotes Sem, quienes los envolverían con vendas y los prepararían para su último viaje. Pero Tutmés omitió deliberadamente referirse a Senmut.

–No merece que se haga duelo por él –le dijo a Hatshepsut–, ni tampoco ser sepultado. Fue un traidor.

Así que ella tuvo que llorarlo a solas, postrada frente a la imagen de Amón en su alcoba solitaria, elevando plegarias por él sin sacerdotes ni acólitos que sostuvieran los incensarios y rezaran los responsos. El dolor que sentía no le daba tregua y seguía creciendo en su interior hasta que toda ella terminó por convertirse en un interminable, atroz e intolerable sufrimiento. Rehusó asistir a las procesiones fúnebres, demostrando con su ausencia la repugnancia que esa farsa le provocaba, pero contempló las ceremonias de pie sobre el techo. Murmuró algunas oraciones cuando las barcas fueron empujadas con pértigas hasta la otra orilla del río, pero no lloró. Ya no le quedaban lágrimas para hacerlo. Lo único que le quedaba era un enorme y abrumador cansancio y una soledad imposible de soportar que llenaba los vastos salones de su palacio con ecos del pasado.

Dos días más tarde Tutmés y Meryet fueron al templo y la corona fue oficialmente colocada sobre la cabeza de Tutmés. Meryet recibió la pequeña corona con la cobra, exultante y sonriendo con aire triunfal. Esa noche la fiesta se prolongó hasta la madrugada y las oleadas del jolgorio flotaron hasta los aposentos de Hatshepsut, donde ella se encontraba tendida sobre su lecho. No podía dormir. Se había negado a acudir al templo. Tutmés la había amenazado, presionado e increpado, pero ella se limitó a mirarlo en silencio y a sacudir la cabeza enfáticamente.

–¿Por lo menos me ayudarás con los problemas de gobierno? –Le había suplicado.

–Si lo deseas –le respondió con indiferencia después de encogerse de hombros–. Por cierto que Meryet no te servirá de nada en ese sentido y por lo menos me dará algo que hacer.

Necesitaba llenar sus días con alguna tarea pero, al cabo de dos meses, Tutmés le anunció que podía arreglarse sin ella, y Hatshepsut se retiró a sus aposentos con la misma calma glacial.

Le dolió tener que cederle a Tutmés el mando de los Valientes del Rey, pero el nuevo faraón había exigido los brazaletes de plata con las insignias de comandante y había enviado al propio subcomandante de Hatshepsut a pedírselas. La perversidad implícita en ese detalle mezquino que tenía como finalidad infligirle una nueva humillación la enfureció y contribuyó a que le resultara menos doloroso entregarle las insignias al pobre soldado en cuyo rostro adusto se traslucía la turbación que lo embargaba. Lo abrazó, le agradeció sus servicios y lo despidió.

Tutmés nombró a Menkheperrasonb, su arquitecto, Sumo Sacerdote de Amón.

Hatshepsut no se acostumbró jamás a verlo con la piel de leopardo, cumpliendo sus oficios en el santuario del Dios cuando ella se dirigía allí a orar. Más de una vez, al encaminarse al templo abstraída en sus pensamientos, esperó encontrarse con el rostro de Hapuseneb y dio un respingo al toparse en cambio con Menke–perrasonb.

Era sólo uno de los innumerables cambios. Cierta día Hatshepsut mandó llamar a Duwa-eneneh, pues quería enviarle un mensaje a su nuevo mayordomo, pero el que entró en su habitación y la saludó con una reverencia fue Yamu-nedjeh.

–Mandé llamar a mi Jefe de Heraldos, no a ti –le dijo ásperamente–. ¿Dónde está Duwa-eneneh?

Yamu-nedjeh no sonrió.

–El noble Duwa-eneneh ha sido llamado a sus heredades del sur –dijo con mucha calma–. El faraón me ha nombrado Jefe de Heraldos en su lugar.

Hatshepsut observó con tristeza a ese joven alto de cejas tupidas y rectas y hombros cuadrados. No pudo contestarle nada. Era inútil luchar, gritar, exigir que Duwa-eneneh fuese reintegrado inmediatamente a su cargo. Sabía que jamás regresaría. Despidió a Yuma-nedjeh e hizo que Nofret llevara el mensaje.

A medida que las semanas fueron transcurriendo y cada nuevo día le proporcionaba pruebas nuevas y concluyentes de que su autoridad había caducado, Hatshepsut canalizó sus oleadas de energía en un frenético y furioso ejercicio físico. Cazaba a diario, con una crueldad nueva para ella. Mataba desaprensivamente en las tierras situadas al otro lado de los muros del palacio y volvía con carros repletos de aves y animales muertos, piezas cobradas que luego no volvía a mirar siquiera. Pasaba horas tirando al blanco con el arco y las flechas: tensar y soltar, tensar y soltar, horadando un blanco tras otro. A pesar de levantarse por la mañana con los músculos rígidos y el hombro dolorido, la frustración y la furia no la abandonaron, como había tenido la vaga esperanza de que sucediera.

Menkh la acompañaba en sus correrías con el carro, contrarrestaba sus temores, corría junto a sus perros para recuperar las presas abatidas. Parecía no haber cambiado. Parloteaba sin cesar, reía y brincaba frente a ella como lo había hecho toda la vida. No prestaba atención a los omnipresentes soldados que Tutmés apostaba para vigilarlos, y que los seguían dondequiera que fueran. Pero cuando Hatshepsut miraba a Menkh a los ojos, veía sangrar una herida tan profunda como la suya, un torrente de dolor que le resultaba imposible restañar. En todas esas palabras insustanciales que salían de sus labios no había referencia alguna al pasado ni al futuro, como si quisiera mantenerse a distancia, no sólo de ella, sino también de lo vivido anteriormente. Se escudaba tras los brillantes comentarios de ingenio cortesano sumados a su propio encanto; una defensa que fatalmente terminaría por derrumbarse y dar paso al duro resplandor de la realidad. Tutmés estaba al tanto de las actividades que ambos compartían, como estaba al tanto de todo lo que ocurría a su alrededor. Sopesé las cosas, reflexionó y finalmente decidió disolver con brutal celeridad la relación de camaradería que los unía. Menkh la esperó junto a los cuarteles, debajo de los árboles, pero no vestido para ir de caza sino de viaje. A sus pies estaba su fardo y sobre el brazo su capa. Cuando ella se le acercó, él la saludó con una inclinación; pero al incorporarse, Hatshepsut percibió una expresión atribulada en su rostro. De la noche a la mañana, las líneas de risa que le rodeaban los ojos se habían transformado en implacables señales del paso de los años. Vio a los soldados detrás de él y volvió a mirarlo a los ojos. Menkh no esperó a que ella lo saludara.

–Mis más humildes excusas, Divina Dama, pero no podré acompañaros hoy en vuestra partida de caza... ni tampoco mañana. Debo partir.

–¿Tú? –Preguntó ella, apabullada.

En el rostro de Menkh afloraron por un instante la aflicción, la furia y algo más; algo extraño y alarmante que pugnaba por apoderarse de él.

–El faraón necesita un guerrero de carro para incrementar el número de integrantes de un nuevo escuadrón que ha formado. Está constituyendo una nueva fortaleza en la frontera con Nubia, y me ha destinado allí. –Por último sonrió, pero esta vez con amargura–. Es un lugar que queda lejos, muy lejos de aquí.

–¿A qué distancia?

Hatshepsut estaba anonadada. ¿Cómo era posible que Tutmés, por inconmensurables que fueran sus recelos y sus sombrías especulaciones, pudiera imaginar siquiera que Menkh sería capaz de tramar algún complot con ella? Menkh, con ese temperamento alegre, abierto y transparente para todos.

—A una distancia tan abrumadora que no creo que jamás regrese. Esta guarnición se encuentra en pleno desierto, rodeada por los hombres de Kush. Pero los años son más largos que las distancias. En una palabra, Majestad —concluyó bruscamente—: he sido desterrado.

La mente de Hatshepsut se negó a funcionar. ¡Tú no, Menkh! ¡Mi último amigo, mi último recuerdo viviente! Si tú te vas, ¿quién me hablará de mi infancia en estos días en que no me queda otra cosa? Y Tutmés lo sabe. ¡Qué actitud tan implacable y rencorosa; y tan típica de él! ¿No le basta con tener mi trono?

—¿Y qué me dices de Ineni? —Dijo, en cambio—. Sin duda Tutmés lo escuchará.

Menkh se encogió de hombros.

—Mi padre acudió al faraón. Tutmés lo trató con gran deferencia y respeto, pero no sirvió para nada. Mi padre ya es anciano y le tiemblan las manos. Su lengua ya no posee la persuasión de antes. Se le dijo que si su hijo elegía asociarse con un traidor, era natural que pagara las consecuencias.

—¿Y si yo intercediera por ti?

—¿De qué serviría? Perdonadme, Majestad, pero lo único que lograríais sería incrementar su odio.

—Y tú sufrirías las consecuencias. ¡Lo conozco bien! Pero ¿qué sufrimiento podría ser peor que éste, querido amigo de mi juventud?

Menkh contempló todo lo que lo rodeaba saboreando la gloria del día, con los ojos entornados por el fuerte resol. Los árboles crujían sobre sus cabezas y el estridente gorjeo de los pájaros era como una música disonante.

—He vivido toda mi vida en el paraíso —dijo, y lanzó una carcajada—. Ahora debo transitar por los infiernos. Será una marcha calurosa y desesperanzada. Sin embargo, Majestad, no pierdo las esperanzas.

Lo dijo con tono jovial, tratando de levantarle el ánimo, pero Hatshepsut no se dejó engañar.

Algo dentro de ella se tensó y se quebró.

—¡Oh, Amón, Amón! —Exclamó—. ¿Acaso no he sido siempre obediente? ¿No he sido tu hija leal? ¿Por qué también esto?

El eco de su voz reverberó hasta ella desde el otro extremo del campo de adiestramiento, devolviéndole palabras que no eran las que ella había pronunciado. ‘¿Y yo, no te he dado acaso lo que tu corazón anhelaba? ¿No supusiste que el precio sería muy alto?’

Hatshepsut se mordió los labios.

—Conserva las esperanzas si quieres, querido amigo, pero mucho me temo que morirán contigo. Yo, por mi parte, ya he perdido toda esperanza y toda alegría.

Menkh se le acercó.

—Adiós, Hatshepsut, faraón, Que Vivirá Por Siempre. Es mucho lo que hemos llevado a cabo juntos. Cuánto más habríamos podido hacer si no hubiese intervenido la mano del destino.

No lo dijo como un criado a su amo sino como un amigo a otro amigo.

Por más que lo miró a los ojos, Hatshepsut no pudo encontrar ni rastro del joven que había bailado en sus fiestas, que solía hacer restallar el látigo alegremente sobre las cabezas de sus gallardos caballos, que se había burlado de ella en el campo de batalla por el sudor y la mugre que la cubrían y la furia que la embargaba. Silenciosamente, Hatshepsut se despidió de las risas y de la despreocupada alegría que habían coloreado su relación a lo largo de los años. Tuvo la premonición de que los dioses abatirían a Menkh mucho antes de que los hombres de Kush tuvieran ocasión de tensar sus arcos.

Se inclinó apenas hacia adelante y lo besó en la boca.

–No hables más del destino –le dijo con aspereza–. Recuérdame, Menkh, en las largas noches del desierto, como yo te recordaré a ti.

Le hizo una reverencia y levantó su fardo.

–Sea –dijo–. ¡Tal vez encontréis otro conductor para vuestro carro, Majestad, pero juro que ninguno tendrá mi gracia!

Su sonrisa era una mueca repulsiva, una parodia de su risa fácil.

Ella no respondió sino que permaneció inmóvil y siguió observándolo hasta que él y los guardias desaparecieron entre los gruesos árboles que bordeaban el agua.

Jamás volvió a salir de caza.

La implacable reorganización de Tutmés siguió adelante. Tahuti fue perdonado gracias a sus conocimientos, pero se le relegó al cargo de Subtesorero, mientras el salvaje Min–mose, con sus ruidosas carcajadas y sus modales toscos, fue nombrado Tesorero. May se convirtió en Portador del Abanico Real de la Mano Derecha del Rey. Los Portadores de Abanico de Hatshepsut fueron despedidos y ella lamentó profundamente la pérdida de esos dos hombres que siempre caminaron junto a ella meciendo las plumas color escarlata sobre su cabeza coronada. Encomendó esa tarea a sus criadas pero siguió caminando con arrogante desdén, a pesar de tener que exhibir ese nuevo emblema de humillación pública, pues era un cargo que siempre se asignaba a varones. Nakht, el conductor de carros que jamás había perdido una carrera, se convirtió en Mensajero Real de Tutmés, y las ruedas de bronce de su vehículo recorrieron a toda velocidad el país, sirviendo a ese faraón cuya inflexible mirada se dirigía siempre al norte, hacia Rethennu y más allá todavía. De pronto, los salones de los ministerios comenzaron a llenarse de hombres de aspecto aguerrido, los secuaces de la época en que Tutmés militaba en las filas del ejército, y en Tebas comenzaron a correr rumores de guerra.

Hatshepsut empezó a huir de ese palacio que se había vuelto tan inhóspito para ella. Solía cruzar el río a primera hora de la mañana y transitar sola por la avenida que conducía a su templo, entre la mirada serena e indiferente de esas esfinges que no reconocían en ella la imagen de su creadora. Luego ascendía por las rampas y deambulaba por las capillas seguida por los sacerdotes que aún la veneraban, dejando que la paz y la belleza inmutables de los atrios rodeados de pilares la consolaran.

Nunca se detuvo a leer su propia biografía ni Jade Senmut. Las palabras se encontraban talladas para siempre en su alma en ardientes jeroglíficos. No necesitaba que ninguna pintura le recordara quién era ni de dónde procedía. Tutmés o no Tutmés, ella seguía siendo Dios y siempre lo sería. Mientras caminaba bajo la sombra verde de sus árboles de mirra y hundía sus dedos en los estanques sagrados, le pareció que Senmut avanzaba a su lado, y que sus fuertes brazos aguardaban con impaciencia el momento de abrazarla.

Qué rápido ha pasado el tiempo, pensó Hatshepsut, contemplando desde las terrazas la cinta plateada y candente del río. Si parece que fue apenas ayer que me abrí paso entre los cañaverales y lo vi allí, parado, con su lienzo de tela ordinaria, la cabeza rapada y mi lanza en la mano. ¡Mi pequeño sacerdote we'eb! Mañana lo veré de nuevo, caminando y conversando con Ineni mientras tratan de resolver juntos algún problema inesperado. Pasado mañana vendrá a mí y celebraremos juntos; y me servirá vino y me rodeará el rostro con las dulces y azules flores del loto. ¡Gran Erpa–ha, príncipe de Egipto para toda la eternidad!

Recuerdo haber pensado en una oportunidad que sólo dos cosas me importaban: el pueblo y el poder. Pero estaba en un error. Pues detrás del pueblo y el poder se ocultan dos misterios mucho más grandiosos. El Dios. Y el amor de Senmut.

EPILOGO

Después de veinte años de luchar para llegar al poder, de luchar para gobernar, de luchar para conservar lo que era suyo, ya ni siquiera hacía falta que pensara, y las tinieblas de la inutilidad amenazaban con devorarla. Habría sido mucho mejor –pensó Hatshepsut al escuchar el silencio– que mis días hubiesen terminado junto a Senmut, bajo el cuchillo asesino, en un estallido de sangre y de miedo súbito.

En la tenue luz de la lámpara, la puerta de su dormitorio se abrió de golpe. Su hijastro irrumpió en la habitación mientras, a sus espaldas, el guardia farfullaba corteses protestas. Pero Tutmés le cerró la puerta en las narices y se adelantó. Su cuerpo resplandecía con los aceites perfumados de la fiesta y sus ojos estaban rodeados de khol. La cruz egipcia que colgaba sobre su pecho lanzaba destellos dorados en la penumbra y sobre su cabeza se alzaban los símbolos de la realeza: la cobra y el buitre. Se detuvo junto al lecho, las manos apoyadas sobre sus angostas caderas y ella aguardó.

–Hace frío aquí –dijo Tutmés–. ¿Dónde están tus criadas?

–Como bien sabes, sólo me queda una para la noche y dos para el día. Me has despojado hasta de mis escribas y de mi fiel Nofret. ¿Qué quieres?

–Hablar de Kadesh. ¿Estabas dormida?

–Casi. Últimamente me cuesta mucho conciliar el sueño. ¿Qué pasa con Kadesh? ¿Acaso vienes a pedirme consejo? –Su tono era cáustico, pues hacía mucho que Tutmés no se lo pedía.

–No. Pero el representante diplomático y su séquito han decidido partir mañana... muy ofendidos y con los ánimos sumamente caldeados. Así que pronto deberé ir tras ellos.

–¿Habrá guerra?

–Habrá guerra.

–Entonces eres un rematado idiota. ¿No te basta que nuestras fronteras hayan sido consolidadas y la paz reine en nuestras tierras? ¿Por qué no puedes quedar satisfecho con incursiones ocasionales de saqueo para conseguir esclavos y con un par de expediciones de castigo?

–No. Ha llegado el momento de demostrar a nuestros enemigos que Egipto es el centro del mundo. Me propongo construir un imperio del que todos los hombres hablen hasta el fin de los tiempos. A fin de cuentas, soy soldado. Tú misma te ocupaste de que lo fuera.

–Si, es verdad. Pero para comandar a las fuerzas siguiendo mis órdenes, para que cumplieras con mis deseos. No importa lo que hagas, arrogante Tutmés, no puedes ocultar el hecho de que me arrebataste el trono.

De pronto él se inclinó sobre Hatshepsut, con sus ojos negros echando chispas.

–¡No me hables tú de traición, usurpadora! Durante veinte largos años conservaste mi corona sobre tu hermosa cabeza. Pero ahora, finalmente, yo soy el más fuerte y he tomado lo que me pertenece desde que murió mi padre. He capitaneado a tu ejército en Rethennu y en Nubia. Cumpliendo tus órdenes, caí sobre Gaza con toda la fuerza de mis tropas y me apoderé de ella. Ahora conduzco mi propio ejército para mis propios fines. Pues yo soy el faraón. ¡Yo!

Se fulminaron mutuamente con la mirada, temblando y a punto de seguir lanzándose palabras ofensivas, pero Hatshepsut se incorporó y le colocó una mano en la mejilla. Tutmés sonrió y se sentó junto a ella en la cama.

–Hemos tocado este punto infinidad de veces –comentó ella– y siempre terminamos de nuevo en el principio. Me estoy volviendo vieja para proseguir con semejante lucha sin cuartel. Esta noche abandoné la fiesta porque mi hija, tu frívola y tonta esposa, rehusó dirigirme la palabra. ¡A mí! ¡La Diosa de las Dos Tierras! ¡Ojalá Neferura viviera todavía!

–Bueno, ¡pero lo cierto es que está muerta! –le replicó con dureza, y ambos quedaron en silencio–. Con respecto a Kadesh –comenzó a decir nuevamente–, pienso montar muy pronto una campaña de gran envergadura. Estaré lejos de Egipto durante algunos meses...

Como Tutmés vaciló, Hatshepsut aprovechó para mediar.

–¿Y quién tomará las riendas del gobierno mientras dure tu ausencia? ¿Tu casquivana esposa?

–Tebas es una ciudad llena de consejeros y administradores capaces y leales –dijo pausadamente–. Pero una cosa te aseguro, querida tía–madre: tú no meterás ni un solo dedo en las cuestiones de Estado. ¿Me has entendido?

–Por supuesto que te he entendido. Pero dime, querido sobrino–hijo: ¿quién podría manejar el país mejor que yo?

–Me estás dificultando mucho las cosas. No puedo llevarte conmigo y tampoco puedo dejarte aquí, pues sé bien que, tan ciertamente como Ra se eleva triunfante cada mañana, a mi regreso encontraría que mis visires han sido despedidos y tú te has instalado nuevamente en mi trono. Basta, Hatshepsut, termina de una vez. Has vivido como ninguna reina lo ha hecho antes que tú. Has exprimido a fondo los frutos del poder. Has paladeado la gloria de los dioses, pero sigues llena de codicia. Lo he visto en tus ojos. Lo veo en este preciso instante: un brillo que me habla de la esperanza de que yo desaparezca y las cosas vuelvan a ser como lo deseas. Pero eso ya no podrá ser. El traidor Senmut ha muerto. No queda nadie que te encadene las muñecas a un reino que jamás fue tuyo. Basta de tretas, tía–madre; basta de secretos y de intrigas.

Hatshepsut lo golpeó en la boca.

–Debería haber puesto fin a tu vida cuando tuve oportunidad de hacerlo –le dijo con furia– pero me opuse a ello. Habría sido tan sencillo cuando eras sólo una criatura que dependía de mi buena voluntad. Tanto los sacerdotes como mis ministros habrían vuelto la espalda y fingido no ver nada. ¡Pero, no! ¡Te perdoné la vida! ¡El buen Senmut te perdonó la vida! ¡Ten mucho cuidado, Tutmés, mira que la vieja abeja reina todavía puede clavarte su aguijón!

El Señor de Toda Vida se incorporó.

–No me amenaces –gruñó–. No estás en posición de hacerlo y una actitud tan temeraria sólo te acarreará la muerte. Te lo diré sin rodeos. Estás en mis manos, y la gloria de Egipto es más importante para mí que todo lo demás, incluyéndote a ti. Si es preciso que mueras para bien de esta tierra, entonces no te quepa la menor duda de que morirás. Insisto en que haces que las cosas me resulten más difíciles, Hatshepsut. No puedo llegar a una decisión, y eso no es propio de mí. Hace ya cuatro años que estás a un tris de la muerte y yo freno mi mano. Por qué motivos, no lo sé.

–Yo, si –dijo ella–. Es una deuda que crees tener conmigo. En una época me amaste como un jovencito ama por primera vez: ciegamente, apasionadamente, con tenacidad. Y, como siempre sucede con el primer amor de un adolescente, el fuego tardó poco en extinguirse; pero el recuerdo todavía perdura. –Hatshepsut se encogió de hombros–. Olvidalo, Tutmés. Haz lo que debes hacer. Yo estoy lista.

En lo alto de las paredes, una tenue luz grisácea comenzó a filtrarse por las ventanas y ella pudo verlo con mayor claridad. Tampoco él dormido esa noche y tenía un aspecto cansado. La luz de la lámpara se convirtió en un resplandor amarillo mortecino y el frío silencio de las primeras horas de la mañana los envolvió mientras aguardaban y contemplaban el nacimiento de otro día que comenzaba a invadir la habitación.

–La mañana ha llegado –dijo Hatshepsut con voz monótona–. Pronto acudirá el Sumo Sacerdote. Tal vez ya se encuentre en camino, acompañado por el Segundo Sumo Sacerdote, los portadores de incienso y los acólitos. Se congregarán junto a tu puerta, donde también estarán el Portador del Abanico Real, el Custodio del Sello Real, el portador de las sandalias del rey, el jefe de Heraldos y... ¡Cuántos son! ¿No es verdad? Comenzarán a entonar el Himno de Alabanzas: ‘¡Salve, Encarnación inmortal, que te elevas como Ra en el Este! ¡Salve, Dador de la Vida, Que Vivirá por Siempre!’. ¿Qué sientes, orgulloso Tutmés, al saber que no eres merecedor de esas alabanzas? ¿Qué sientes al saber que no eres tú sino yo la

verdadera Encarnación del Dios, elegida por él antes de mi nacimiento, cuyo nombre también escogió antes de mi venida al mundo, la que recibió la corona de manos de mi padre terrenal mucho antes de que abrieras los ojos en el pabellón de las mujeres para ver a la bailarina ordinaria que es tu madre? Porque es lo único que cuenta, ¿no es así? Asesinaste cruelmente a Senmut y puedes envenenarme a mí en secreto, pero jamás podrás cambiar ese hecho. ¡Jamás! Puedes destruir mi nombre, puedes hacer derribar los testimonios de mis actos, pero jamás podrás borrar a fuerza de golpes de pico y de maza tu propia indignidad. Ahora vete. Vete y recibe la adoración de los sacerdotes. Vete y emprende tus guerras. Yo me siento mortalmente cansada. ¡Vete de aquí!

Tutmés la escuchó en silencio, mientras la furia se arremolinaba dentro de él y el rostro se le endurecía. Cuando Hatshepsut terminó de hablar, avanzó a grandes pasos hacia las puertas y las abrió con tal ímpetu que rebotaron contra la pared.

–¡Eres una mujer extraordinaria, Hatshepsut, realmente extraordinaria! –Le gritó–. Y hermosa todavía, y cruel. Todavía tan cruel. ¡Ya ves cómo me repito! ¡Te aseguro que has logrado enfurecerme! –Se quedó parado en el vano de la puerta–. ¿Es que no le temes a nada?

Giró sobre sus talones y desapareció.

–¿Y tú eres el Poderoso Toro de Maat? –Le gritó Hatshepsut–. ¡Bah! –Y rompió a reír.

Hatshepsut permaneció en la cama, sin ganas de levantarse, sonriendo para sus adentros mientras la luz que entraba a la habitación se volvía dorada y posaba su caricia tibia sobre sus mejillas. Merire llamó a la puerta y ella le respondió que entrara, pero no se movió de la cama. Cuando Merire avanzó y se inclinó delante de ella, Hatshepsut contempló su rostro redondo y sus ojos pequeños con la misma oleada de repulsión que experimentaba cada mañana cuando la rolliza espía se presentaba para aguardar sus órdenes. ¿Cuánto hace? Se preguntó, con un súbito rechazo por las horas vacías e inútiles que se desplegaban frente a ella. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez que Nofret me saludó con una sonrisa y respondió a mis preguntas mientras apagaba la lámpara y me preparaba el baño?

¿Cuántos años estériles han pasado?

–¡Hoy desayunaré en la cama! –Le dijo con irritación–. Envíame esclavas con fruta y leche, pero nada de pan. Vuelve dentro de una hora para llenarme el baño.

La silenciosa mujer hizo otra reverencia y partió. Hatshepsut lanzó una exclamación de repugnancia y cerró los ojos. ‘¡Tener que morir con esa cara cerca!’

Dormitó un poco hasta que el Segundo Mayordomo de Tutmés llamó a la puerta. Hatshepsut se incorporó en la cama para recibir su homenaje, y en ese momento llegaron las esclavas con el desayuno. Se lo colocaron en la mesa y partieron.

–¿Cómo se encuentra el faraón esta mañana? –Le preguntó.

El Segundo Mayordomo permaneció estólidamente al pie del lecho y habló sin sonreír siquiera.

–El faraón está muy bien –respondió–. Se encuentra contestando los despachos del día.

¿Por qué no me sonrío?, se preguntó Hatshepsut mientras bebía la leche y comenzaba a pelar una naranja. Todas las mañanas me sonrío, pero no esta vez. Hoy no. ¿Por qué?

–¿Es un lindo día?

–Así es.

–¿Cómo está mi nieto?

–El príncipe Amenofis también se encuentra muy bien. Ayer fue a la escuela por primera vez.

–¿De veras? –El tono animado de Hatshepsut no revelaba el pesar y el placer que las palabras del Segundo Mayordomo le habían provocado. No había vuelto a tener al niño en sus brazos desde el día en que nació, pues Tutmés se había encargado de mantenerlo alejado para que no se encariñara con ella. En los cuatro años transcurridos desde el nacimiento de su

nieto, Hatshepsut apenas había visto al pequeño príncipe tres veces—. Entonces le irá muy bien en sus estudios —agregó—, pues cuando se comienza de muy joven se aprende con más facilidad.

El mayordomo permanecía desmañadamente de pie, con los ojos bajos y las manos entrelazadas detrás de la espalda.

Hatshepsut lanzó un suspiro y lo despidió.

—¿Hoy no me preguntas si necesito algo? —le gritó cuando él ya había franqueado la puerta.

El mayordomo regresó, sonrojándose por la vergüenza y por algo más, algo que ella no pudo alcanzar a comprender.

—Perdonadme, Majestad. Me estoy volviendo muy olvidadizo.

—Qué mal presagio para mi día —dijo ella.

El hombre se puso tenso y la miró con expresión consternada.

—Aceptad mis sinceras excusas por arruinaros el día, Majestad.

—Tú no me arruinarás el día, mi amigo, pero el faraón sí lo hará. ¿No es verdad? —Y le lanzó una mirada sombría y penetrante.

El mayordomo perdió todo control. Le hizo una reverencia torpe, se desplomó junto a la cama para besarle la mano y se precipitó corriendo hacia la puerta.

De pronto Hatshepsut quedó paralizada. ‘De modo que será ahora, hoy, sin ningún aviso previo.’ Aunque noche tras noche había tratado de reunir coraje para el fin que podría sobrevenirle antes de que otro atardecer se volcara sobre los muros, en ese momento supo que no estaba lista; que jamás lo estaría. Saltó de la cama y fue a la antecámara en busca de su estuche de marfil. Lo llevó a la alcoba, se instaló en su silla y levantó la tapa, revolviendo su contenido con delicadeza. Allí estaba el pequeño abanico de plumas de avestruz que Neferura le había regalado hacía mucho tiempo en vísperas de la fiesta de Año Nuevo; acarició lentamente las espigadas plumas. Allí, una carta de Senmut, la que le había enviado por mensajero cuando sus barcos abandonaron el delta y viraron hacia el canal camino a Punt. Comenzó a desplegarla pero el coraje la abandonó, así que la dejó caer con un leve suspiro. Y allá, en el fondo, debajo de las brillantes joyas de ayer, los papiros y las flores secas, las cintas y dijes que la inundaron con dulces recuerdos de épocas pasadas, estaba el grueso anillo de oro que Wadjmose llevaba puesto el día de su muerte. Todavía se veía negro por obra del fuego que había reducido su cuerpo a cenizas. Lo tomó y lo hizo girar un buen rato en la mano, viendo el rostro de Nehesi cuando lo depositó en su palma temblorosa. Se lo deslizó en el pulgar. Wadjmose. El hermano que jamás había conocido. ¡Cuántos rostros ignorados, cuántos lugares cuyos placeres ocultos ya no tendría oportunidad de descubrir! Con gesto solemne se quitó el anillo y lo puso de nuevo en la caja. Cerró la tapa con llave, pues Merire llamaba a la puerta y era hora de vestirse.

Hacía mucho tiempo que no usaba faldellines. Merire la miró azorada cuando Hatshepsut hizo a un lado la túnica que le había preparado y le ordenó que buscara una de esas prendas de antaño. Los faldellines estaban apilados en un armario detrás de la puerta, prolijamente doblados, tal como Nofret los había dejado. Mientras Merire seguía contemplándola con la boca abierta, Hatshepsut escogió uno y se envolvió en él. Le quedaba tan bien como si se lo hubiese quitado el día anterior; se lo sujetó con un cinturón enojado y se colocó un casco amarillo. Merire le sujetó al cuello el collar de oro argentífero con flores de amatista y jaspé. Mientras Hatshepsut se calzaba las botas blancas de cuero, le ordenó que fuera en busca de Per-hor y le dijera que tuviera su carro preparado.

Merire abandonó la habitación pero, antes de dirigirse a los establos, fue a hablar con el Mayordomo Principal de Tutmés. Hatshepsut nunca conducía su carro por la mañana, y sin duda el faraón querría enterarse de ello. El hombre la despidió e hizo que su escriba redactara un mensaje para Tutmés.

El faraón estaba sentado en su tienda de campaña en las afueras de Tebas, rodeado por sus generales, y con sus tropas desplegadas en la planicie. Al leer el mensaje, permaneció extrañamente inmóvil.

–Lo sabe –murmuró.

–¿Decíais, Majestad? –Preguntó Nakht.

Pero Tutmés sacudió la cabeza y ordenó más vino. Ya no faltaba mucho, y debía esperar. Por la mañana podrían emprender la marcha. Por la mañana...

La pista de carrera reverberaba al sol, convertida en una franja enceguedora de tierra incandescente. Per–hor la aguardaba de pie en el carro dorado, mientras los caballos hacían cabriolas, impacientes. Cuando la vio acercarse, saltó a tierra y le entregó las riendas.

Hatshepsut sonrió y lo saludó mientras trepaba al carro y se calzaba los guantes.

–Sube y quédate de pie detrás de mí, Per–hor –le dijo, y él la obedeció con presteza–. Hoy no daremos vueltas y más vueltas por la pista –dijo, tensando las riendas–. Hoy nos internaremos un poco en el desierto.

Los caballos resoplaron y rompieron al trote. Per–hor mantuvo el equilibrio sin ninguna dificultad y la brisa le refrescó la cara.

–Al faraón no le gustará esto, Majestad –le gritó al oído.

Ella giró la cabeza por un instante y le sonrió, chasqueando levemente el látigo sobre los caballos.

–¡Que el faraón se pudra! –Gritó, y sus palabras fueron llevadas por el viento.

Recorrieron a galope tendido el camino que bordeaba el río y luego giraron hacia el este tambaleándose al pasar entre los acantilados hasta aparecer en la planicie que se extendía del otro lado.

Toda la mañana hizo restallar el látigo sobre los caballos, recorriendo al galope kilómetros y kilómetros de arena que les picoteaba la cara y les tapaba las ventanillas de la nariz. Alrededor de mediodía el viento comenzó a soplar con violencia, haciendo evaporar el sudor que los cubría y secándoles la piel. Per–hor se prendió de los costados del carro maravillado ante ese súbito estallido de fuerza de Hatshepsut, pues en los tres años que la conocía siempre se había mostrado sumamente calma, casi fría; una mujer de andar lento y enigmático. Volaron en una y otra dirección, dejando el desierto surcado por sus huellas, llegando incluso a sofocarse con la arena y el polvo que ellos mismos levantaban. Cuando ya Per–hor se preguntaba si no debería arrancarle las riendas y poner fin a esa descabellada carrera, ella hizo un viraje brusco y enfiló hacia la hendidura entre las roca y nuevamente el río.

Per–hor cerró los ojos y elevó en su interior una plegaria de agradecimiento. Los caballos avanzaron rumbo a los cuarteles y allí se detuvieron, sudados y jadeando.

Per–hor se apeó ceremoniosamente y extendió una mano para ayudarla a bajar, pero Hatshepsut permaneció un momento inmóvil recorriendo lentamente con la mirada los edificios bajos de piedra, el bosquecillo de árboles junto al campo de adiestramiento, hasta llegar al borde del río. Cuando finalmente apoyó la mano sobre la suya y saltó a tierra, Per–hor observó que había estado llorando y que las lágrimas aún surcaban sus mejillas, como arroyos que atravesaban el desierto de arena que le cubría el rostro.

–Lávate y cámbiate la ropa, Per–hor –le ordenó–. Y después preséntate inmediatamente en mis aposentos.

Él le hizo una reverencia y ella partió, traspuso los portones y echó a andar con paso cansado por la avenida hasta llegar a su puerta. Per–hor se preguntó qué tendría en mente, pues era raro que solicitara su presencia antes del atardecer.

Sus aposentos estaban vacíos, silenciosos y frescos, a pesar del calor abrasador de media tarde que azoraba sus gruesos muros. Sin llamar a Merire se quitó el casco, el faldellín y las enarenadas joyas, arrojando todo descuidadamente sobre el lecho.

Fue al cuarto de baño, se lavó con agua fría, y regresó a su alcoba con el agua goteándole de su cuerpo bronceado. Abrió todos los armarios y con gran concentración eligió la ropa que se pondría: el faldellín azul entretejido con oro que se había mandado hacer en ocasión de la Purificación de Neferura, un cinturón de eslabones de oro y plata, pulseras sencillas de oro, sandalias doradas, una pequeña corona de oro con las plumas de Amón asomando por la parte posterior y un amplio collar de oro tachonado de turquesas. Se acercó al altar y rezó sus oraciones en voz baja, con los ojos apretados, esforzándose por no pensar en otra cosa que no fuera la presencia de su Padre.

Se puso de pie, llamó a Merire y se sentó frente al espejo de cobre mientras la muchacha juntaba sus potes y cosméticos.

–Maquíllame con gran esmero –le dijo–. Usa el azul y espolvoréalo con un poco de polvo de oro, y procura esfumarme el khol hacia las sienes.

‘Si tan sólo mi cuerpo hubiese cambiado. Si tuviera la cara floja y llena de arrugas. Si la sangre ya no me cantara en las venas como agua que sonrío y burbujea sobre las piedras. Si tan sólo... oh, sí, si tan sólo...’

Cuando Merire tomó el peine y lo deslizó por su abundante cabellera negra, Hatshepsut se colocó la pequeña corona y echó una última ojeada al reflejo opaco de su rostro sin par. Depositó el espejo sobre la mesa con gesto brusco.

–Ya está bien –dijo–. Ve y dile al mayordomo principal que estoy lista.

Merire vaciló.

–Majestad, no comprendo.

–Me lo imagino, pero él si entenderá. Vete deprisa, pues estoy impaciente.

La criada se inclinó y partió.

Hatshepsut abandonó su mesa y sus cosméticos y atravesó la habitación para salir al balcón bañado por el sol. Oyó que Per–hor entraba silenciosamente a la alcoba y le dijo:

–Alcánzame una silla.

Cuando él lo hizo, Hatshepsut se sentó a disfrutar de esa tarde luminosa y se puso a contemplar los jardines, los árboles, el río y las colinas cobrizas que había al otro lado.

–Ra se dirige ya hacia el oeste.

Per–hor, asomado sobre la balaustrada, no le respondió; su rostro joven y terso carecía por completo de expresión. Permanecieron un rato así, compartiendo un silencio profundo y afable: él, preguntándose cuándo le diría Hatshepsut por qué lo había convocado; ella, absorbiendo la gloria gozosa y vetada por el sol del panorama que se abría a sus pies, soltando una por una las cuerdas de la vida y sintiendo que el puño con que las asía se iba aflojando a medida que escapaban de su mano y retrocedían sinuosamente hacia el pasado.

Cuando el mayordomo principal llamó a la puerta de la habitación, allá lejos, a sus espaldas, y luego avanzó hasta el balcón con una bandeja de plata en las manos, ella lo miró aterrada, como si jamás lo hubiese visto antes.

–Vuestra copa de vino de la tarde –dijo, con una reverencia, colocando la bandeja junto a la silla, sobre la piedra gris.

Per–hor volvió súbitamente a la vida y cruzó el balcón como una exhalación.

–¡Pero si Vos jamás bebéis vino antes de la cena, Majestad! ¡Me consta! –Dijo con alarma, mientras su mirada se desplazaba de la copa de plata al rostro inexpresivo del mayordomo principal. Y, al observar los ojos sonrientes de Hatshepsut, comprendió.

–Pero hoy sí lo haré, Per–hor –dijo con voz calma–. Mayordomo, puedes retirarte.

–Lo siento, Majestad –dijo con gran embarazo–, pero he recibido órdenes del mismo faraón de no apartarme de vuestro lado.

Per–hor se incorporó con furia y se lanzó hacia el hombre, pero Hatshepsut asintió con la cabeza, como si esperase esa respuesta.

–Tutmés todavía teme que yo me las ingenie para escapar y, de alguna manera, sea su perdición –dijo riendo–. ¡Pobre Tutmés! ¡Pobre e inseguro Tutmés! Pero te ruego,

mayordomo, que te retires y esperes fuera, en el corredor. Te prometo que no saltaré por el balcón para luego huir. ¡Si quieres, puedes enviar a un guardia del Ejército de Su Majestad para que se siente a mi lado, pues prefiero hacer esto en compañía de un soldado íntegro y no junto a un esbirro de mi sobrino!

El mayordomo palideció.

–Eso no será necesario, Majestad –dijo rígidamente.

Se dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta, que aseguró con cerrojo después de haberla franqueado.

Per–hor se puso de rodillas ante ella y Hatshepsut le tomó las manos.

–¡No lo bebáis, Majestad! –Le suplicó–. Aguardad. ¡Todavía es posible que las corrientes de la suerte cambien!

Ella sacudió la cabeza con pesar y se agachó para besar la testa oscura del muchacho.

–Avanzan con demasiada rapidez para que se produzca un nuevo cambio –dijo–. Muchas, muchas veces han tirado para mi lado, elevándose en oleadas de triunfo, pero eso no volverá a suceder. Ahora se inclinan hacia Tutmés y ya no están dispuestas a llevarme en su seno. Vamos, levántate y tráeme el laúd.

Per–hor así lo hizo. Volvió sosteniendo el instrumento entre sus brazos y se lo entregó con gran delicadeza.

Ella pulsó las cuerdas con aire pensativo.

–¿Recuerdas la canción que él solía cantarme cuando nos sentábamos juntos sobre el césped y nos quedábamos contemplando las ondas que se formaban en la superficie de las aguas, cuando los pájaros se lanzaban en picado sobre nuestras cabezas y lo acompañaban con sus gorjeos? –El muchacho sacudió la cabeza en silencio y Hatshepsut sonrió–. Desde luego que no. ¿Cómo podrías recordarlo?

Sus dedos se posaron sobre las cuerdas y comenzó a cantar en voz muy baja, la mirada perdida a lo lejos, en dirección al sol que se hundía lentamente.

El muchacho inmediatamente extendió el brazo y le aferró la mano, apretando sus dedos con fuerza. Hatshepsut se recostó en la silla.

–Que mi bendición se derrame sobre ti, hijo de Egipto –susurró–. Senmut, Senmut, ¿estás allí? ¿Me estás esperando?

Per–hor sintió que esa mano delgada se sacudía con un estremecimiento, pero siguió sosteniéndola con firmeza. La oyó murmurar una vez más, con voz cansada.

Permaneció sentado en el balcón un largo rato mientras Ra se ocultaba lentamente detrás de la silueta oscura de los acantilados y la luz que iluminaba el balcón se volvía rojiza y se extendía detrás de él para abarcar la alcoba. Cuando comenzó a soplar el viento del anochecer, levantándole el cabello de la frente y agitando la orla dorada del faldellín de Hatshepsut hasta hacer que le rozara un brazo, Per–hor trató de levantarse pero sus músculos se negaron a obedecerlo. Siguió sentado allí, aferrando la mano fría de Hatshepsut, mientras los últimos jirones de las brillantes vestiduras del Padre de Hatshepsut encendían las joyas de sus pies.

*Siete días ayer no que veo a mi amada
Y ya el mal se ha abatido sobre mí
Me duelen los brazos y las piernas
Y hasta me olvido de mi propio cuerpo.
Si los médicos más reputados acuden a verme,
Mi corazón no encuentra consuelo en sus remedios,
Y tampoco los magos logran curarme
La dolencia que me aqueja no figura en sus textos.
Mi Bienamada me cura más que cualquier remedio,
Es más importante para mí que toda la ciencia médica.*

*Mi salud regresa a mí en cuanto ella aparece.
Cuando la veo, entonces me siento sano;
Apenas me mira, mi cuerpo rejuvenece;
Ella me habla y vuelvo a sentirme fuerte;
Y cuando la abrazo... cuando la abrazo...*

Su voz vaciló y se quebró. No pudo terminar la canción. Dejó el laúd y tomó la copa, los ojos fijos en sus rojizas profundidades. Per-hor se quedó inmóvil, sentado a los pies de Hatshepsut, rodeándose las rodillas con los brazos, la cara vuelta hacia otro lado. Hatshepsut apuró el contenido de la copa, saboreando la dulce frescura del vino y un dejo de algo más, algo amargo. Volvió a colocar el copón en la bandeja de plata con un pequeño suspiro.

–Tómame de la mano, Per-hor –le pidió–, y no me la sueltes.

FIN